Julia Muñoz Ramírez

Lo que dejé en MADRID



Lo que dejé en Madrid

Julia Muñoz Ramírez

Derechos de autor © 2026 Julia Muñoz Ramírez

Primera edición: mayo de 2026

Copyright © 2026 Julia Muñoz Ramírez

Lo que dejé en Madrid - Todos los derechos reservados.

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Maquetación: Julia Muñoz Ramírez
Edición y corrección: Marta Ruiz Pérez
Diseño de portada: Julia Muñoz Ramírez
ISBN: 978-84-09-86332-7
Depósito legal: MA 736-2026
IBIC: FRD

Para ti,
que lo dejaste todo en Madrid
menos a mí.

Capítulo 01

Una llamada en mitad de la noche

—No me creo que esté haciendo esto.

Ni que vuelva a Madrid después de cinco años, claro. Pero aquí estoy, atrapada en un avión, el cual odio, y mis propias decisiones.

He debido de hacer ese comentario en voz alta, sin querer, porque el chico que tengo sentado a mi lado me está mirando de una forma extraña. Por suerte, esa mirada no dura mucho antes de cerrar los ojos con hastío. Seguro que teme que le haya tocado una loca paranoica a su lado para un vuelo que no es precisamente corto. No va muy desencaminado, dadas las circunstancias de mi viaje, la verdad.

Desvío la vista, de nuevo, hacia el ala del avión, que se extiende a unas pocas filas por delante de donde estoy sentada. No es de mis sitios favoritos a elegir para un vuelo de esta duración. Bueno, de ninguna en realidad. Me gusta la seguridad del pasillo y eso de no estar viendo, ni pensando, el infinito bajo mis pies. No me voy a quejar tampoco, porque con la poca antelación con la que he comprado el billete, debería darme con un canto en los dientes de estar aquí sin haberme dejado los dos riñones en el mercado negro.

Veo al último de los pasajeros entrar en la cabina y sé que ya no tengo escapatoria. Por más que quiera, no me puedo bajar de aquí. Ni aunque la ansiedad que está colonizando mi pecho por segundos termine por explotar de forma definitiva. Una ansiedad que he procurado mantener a raya durante años y que ahora regresa con una facilidad dolorosa.

No me queda otra que cerrar los ojos e intentar calmarme. Me pongo mis auriculares y la música con un volumen bastante elevado, en un intento de apagar el sonido de los motores que cada vez rugen con mayor intensidad. Una *playlist* con canciones de Gracie Abrams y Elle Coves que siempre reproduzco en los días malos es hoy la elegida para acompañarme. Porque el día de hoy, si es algo, es malo. Bueno, es peor y ninguna *playlist* se podría acercar, siquiera, a la situación que estoy viviendo, así que me conformaré con esa.

No es ningún secreto para nadie que me conozca: odio los aviones con todas mis fuerzas. Siempre me ha parecido irónico teniendo en cuenta la cantidad de mundo que he recorrido a estas alturas de mi vida. Especialmente durante mi época universitaria. Todos los años ahorraba para hacer uno o dos viajes con mis amigos por Europa. Era nuestra forma de creernos adultos independientes y responsables. No lo éramos, creo que ni siquiera ahora lo somos del todo. Mis padres también han colaborado mucho en que conozca ciudades fuera de la seguridad de la capital. Lo cierto es que, por mucho que haya viajado, nunca he conseguido acostumbrarme, ni mucho menos superar, el nudo que se me forma en el estómago con cada despegue y que no se deshace hasta que el avión toca tierra.

Si a todo esto le sumamos que desde que puse un pie en Nueva York no he cogido ningún vuelo, la sensación de pánico ha vuelto incluso más fuerte de lo que recordaba. Creo que, en realidad, mi verdadero problema no es el avión en sí mismo, sino la sensación de no tener control sobre nada de lo que pasa. Me ocurre en otros aspectos de mi vida, pero en esos al menos no pienso que me muero si falla algo…

Cierro los ojos, subo el volumen de la música en el teléfono y, aunque no soy creyente, rezo para que todo salga bien. Muy típico ser hater y luego agarrarse a cualquier cosa que creas que te puede salvar. Muy de época Twitter, bueno «X» ahora o como se diga.

Soy consciente de lo irracional que resulta este miedo. El avión es el medio de transporte más seguro del mundo, lo repiten las estadísticas, las probabilidades, hasta lo diría ChatGPT si se lo preguntara. Maldito ChatGPT colonizando toda nuestra vida. Muerte

a la IA, por favor… Lo que nadie te explica es que el cuerpo no entiende de números ni de razones cuando no tengo los pies en tierra firme.

Cinco años, que se dice pronto.

Cinco putos años sin poner un pie en estos artilugios del demonio. A veces pienso en volver a casa, en ver a mi familia, pero luego recuerdo mi ajetreada agenda y lo difícil que es cuadrar todo con el trabajo, los vuelos, las consecuencias del *jet lag…* No, no me sale a cuenta esa paliza. Porque solo es por eso, ¿no? No hay más, o quizás sí, pero… Joder, ¿qué ha sido eso? Ya empiezan las turbulencias. Qué mal lo voy a pasar como sea todo el rato así.

El caso es que tampoco ha cambiado mucho la cosa en este tiempo. Mucha inteligencia artificial hasta para ir al baño, pero los aviones siguen exactamente igual: asientos estrechos, ventanillas sucias, aire acondicionado demasiado fuerte y azafatos que intentan mostrar su cara más amable a pesar del cansancio que acumulan. Recorro con la mirada la cabina, como si estuviera analizando uno de mis proyectos, y observo cada mínimo detalle, cada pasajero y cada nube que veo por la ventanilla. Y una gran revelación cruza mi cabeza: volver a Madrid no es una buena idea. Siento que la ciudad me va a devolver esta misma sensación de vacío que tengo ahora.

Y eso no es un buen presagio.

No se trata solo de regresar a la ciudad que me vio nacer y crecer. Se trata de regresar a la vida de la que huí hace cinco años, aunque a mí me dé la sensación de que han pasado diez. Con mi regreso también vuelven los recuerdos, las mentiras y sobre todo, los fantasmas del pasado que creo haber espantado, pero que en el fondo siempre viven agazapados en la oscuridad buscando su oportunidad de volver. Y esta vez yo se la estoy sirviendo en bandeja de plata.

Suspiro, me hundo en el asiento e intento vaciar la mente. Aprieto el reposabrazos hasta que los nudillos se me ponen blancos de la tensión que acumulo. El chico de al lado me vuelve a mirar incómodo. No lo culpo. Ni yo me aguanto ahora mismo, no quiero imaginar qué piensa de mí... Tampoco es que me pueda permitir

pensar demasiado en todo esto porque tengo que mantenerme entera para lo que me espera cuando aterrice.

Vuelvo porque no me queda otra opción, no nos engañemos. Porque he visto la vida maravillosa que creo tener tambalearse con una simple llamada de teléfono. Tengo bastante claro que no se me va a olvidar nunca el sonido de mi móvil en el silencio de mi apartamento. Casi me da un infarto cuando ha empezado a vibrar sobre la mesita de noche, anticipando por unos pocos segundos el tono de llamada que no ha tardado en sonar. Aún siento el frío en mi dedo al deslizar sobre la pantalla para coger la llamada. Y esa voz… esa voz que ha roto un poco mis esquemas y mi mundo.

Una llamada breve, urgente, suficiente para derribar todos mis planes. Han bastado sesenta segundos de conversación para que meta cuatro cosas en una maleta y compre el primer billete de avión a Madrid. Estoy bastante segura de que jamás voy a poder sacarme de la cabeza esa conversación, no solo por lo que significa, sino porque sé que marcará mi vida y la de los míos durante mucho tiempo.

¿Cómo no hacerlo?

Ni en el medio vuelo que llevo he conseguido procesar y asimilar lo que me han contado. He reproducido, palabra por palabra, la conversación hasta desgastarla al punto de agotarme a mí misma. He buscado distracciones, cualquier cosa que me sacara de ese bucle, pero no ha servido de nada. Ni mi paseo por el avión para estirar las piernas, ni la comedia romántica que me he puesto, ni la comida… Nada, todo es inútil. Ojalá dormir a pierna suelta como lo hace mi compañero. O está acostumbrado a volar o lleva un diazepam en el cuerpo, porque se le está cayendo hasta la baba.

Siete horas.

Qué largas se hacen siete horas aquí dentro y qué rápido se me pasan cuando estoy de fiesta o con mis amigos. Siete horas para dar vueltas en mi cabeza a todos los escenarios posibles que me esperan en Madrid. Es mi manera de lidiar con los nervios: prever cada situación para no sentirme indefensa si se cumple. ¿Lo de ojo de loca no se equivoca? Normal, si todo lo que pasa ya ha ocurrido en mi cabeza, así acierto seguro.

En cualquier caso, da igual lo que me imagine esta vez porque ninguno de los escenarios que piense me va a parecer real. Ni ciento cincuenta horas en este vuelo me prepararían para asimilar la pesadilla que estoy viviendo. ¡Claro! ¡Eso es! Estoy viviendo una pesadilla, ¿no? En cualquier momento me voy a despertar y esto va a haber pasado. Sí, es el escenario que más me gusta.

¿Irreal? Pues también, pero prefiero creerlo durante un rato.

Las turbulencias y el anuncio del piloto de que comienza el descenso sobre Madrid me alertan de que no. No estoy soñando por más que quiera. Me giro a tiempo para ver cómo el sol empieza a teñir las nubes que nos rodean en tonos naranjas y me roza la mejilla. Dios, cómo echaba de menos esta calidez que no encuentro en Nueva York ni por asomo.

Ya veo las cuatro torres desde el aire y soy consciente de que sí, que estoy a escasos minutos de aterrizar en Madrid.

A escasos minutos de enfrentar la realidad.

A escasos minutos de encontrarme con el pasado que dejé atrás.

Paciente R.P.

Sesión 01: Un rompecabezas

—Como ya te comenté cuando firmaste el consentimiento de datos y hablamos del tratamiento, voy a encender la grabadora para empezar la sesión, ¿de acuerdo? —dijo Hugo mientras dejaba un pequeño dispositivo de grabación sobre la mesa.

—Pero… esas grabaciones no las va a escuchar nadie, ¿verdad? —preguntó el paciente poco receptivo a que sus palabras quedaran recogidas.

—No. Todo lo que hablemos en esta consulta está protegido por el secreto profesional. Por lo tanto, las grabaciones también —respondió Hugo para tranquilizarle.

Estaba acostumbrado a ese tipo de preguntas, aunque esta vez percibió algo distinto en su voz: un matiz de desconfianza, incluso de escepticismo. Siempre le había resultado curioso cómo cambiaba la gente cuando sabía que estaba siendo grabada. Por eso lo aclaraba desde el primer momento; así los pacientes podían hacerse a la idea y comportarse en consecuencia.

Llevaba semanas esperando aquella cita, y sentía bastante curiosidad y expectación por lo que podría deparar. Era algo que le pasaba a menudo con los nuevos casos. A lo largo de su carrera había tratado a muchos pacientes: algunos confiaban en él desde hacía años, otros solo buscaban un alivio temporal a sus problemas. Cada paciente nuevo era una incógnita, un reto para él. Le apasionaba su trabajo, aunque incluyera una parte un tanto desagradable como era ver a sus pacientes sufrir a causa de sus problemas. Se consolaba pensando que ese dolor era el precio inevitable para poder ayudarlos a salir adelante.

Sin embargo, aquel paciente era diferente y Hugo lo había notado desde la primera interacción que habían tenido.

Los nervios durante una primera sesión eran algo normal en todo aquel que ponía un pie en su consulta. La incomodidad inicial, las respuestas algo tímidas, la desconfianza… todo eso formaba parte del proceso y Hugo lo entendía. La diferencia principal era que ese hombre no se comportaba como la mayoría, no encajaba en ese patrón al que estaba acostumbrado. Su lenguaje corporal parecía medido al milímetro y no parecía alguien que buscara ayuda, sino alguien que quería llevar las riendas de la situación.

Y eso era algo nuevo para Hugo.

Cada detalle en su apariencia solo hacía reforzar esa image. No le faltaba un detalle. Con el cabello negro, engominado y perfectamente peinado completaba un *look* de camisa blanca de lunares ajustada con el pantalón de traje del mismo tono de los pequeños círculos bordados. En una mano sujetaba un iPhone con aparente indiferencia y, en el pecho, entre los botones de la camisa, colgaban unas gafas de sol que probablemente costaban más de lo que Hugo podía gastar en un mes entero.

Aun así, llevaba demasiados años observando y estudiando el comportamiento humano como para dejarse engañar por una fachada tan perfecta. Había algo que no cuadraba con lo que intentaba proyectar. Porque si algo tenía claro Hugo es que todo el que actuaba de esa forma, siempre escondía un secreto.

Lo que él no sabía era cómo de grande iba a ser en este caso concreto.

—No hay problema, entonces —aceptó el hombre, con una sonrisa que apenas elevó la comisura de sus labios.

—Perfecto.

Hugo pulsó el botón de grabar y cogió su libreta. Tenía la costumbre de tomar notas a mano en las primeras sesiones. No solo porque le ayudaba a organizar la información, sino porque los pacientes reaccionaban de forma distinta cuando veían que sus palabras quedaban escritas para la posteridad. Algunos se cerraban un poco más con sus comentarios, otros, en cambio, eran más abiertos. Era un truco más destinado a medir su comportamiento

que una necesidad real de Hugo por tomar notas teniendo las grabaciones.

El hombre no reaccionó en absoluto ante esa libreta, ni siquiera parpadeó ante el primer apunte que hizo. Hugo tuvo la extraña sensación de que aquel silencio lo acompañaría durante las sesiones y no estaba nada equivocado.

—Como es nuestra primera sesión, empezaremos por algo sencillo —dijo con un tono muy animado. Siempre intentaba transmitirles confianza para empezar—. ¿Qué te ha traído hasta aquí?

El paciente se acomodó en la silla y esbozó una leve sonrisa con cierta chulería.

—Un Cabify.

Hugo alzó una ceja, conteniendo la risa. Era la típica respuesta de alguien a la defensiva. No era el primer paciente que no quería admitir que estaba allí por una razón concreta y él no iba a caer en ese juego tan pronto.

—Yo soy más de Uber, pero no te juzgo. Cada uno tiene sus preferencias —respondió, relajado.

El hombre se limitó a sostenerle la mirada, como si midiera hasta dónde estaba dispuesto a seguirle el rollo su psicólogo. Lo que no sabía es que Hugo tenía a sus espaldas años de experiencia como para no saber lidiar con un graciosillo.

—Ahora que ya conocemos un poco nuestras preferencias personales, ¿entramos en materia? —propuso con calma.

—Usted manda, es el experto —dijo el paciente, cediendo un poco de terreno, aunque sin verdadero interés por lo que tuvieran que hablar.

—¿Cuál es el motivo por el que has venido hoy a consulta?

—El motivo… —El hombre hizo una pausa deliberada para fingir que pensaba la respuesta—. Que tenía una cita concertada.

Hugo respiró hondo. Hacía tiempo que no se encontraba con alguien tan cerrado de primeras. Estaba acostumbrado a que a las personas que iban a verle les costara abrirse y hablar de sus problemas, no era algo raro. Esta vez parecía existir un plus de ego y burla que tenía que saber torear elegantemente.

—De acuerdo —respondió sin alterarse—. ¿La cita la pediste tú o alguien lo hizo por ti? ¿Un familiar, un amigo, un médico?

—La pedí yo.

—Eso ya es un paso. —Anotó algo en su libreta sin apartar la vista de él—. Entonces, si decidiste venir, imagino que hay algo que te preocupa. ¿Quieres hablar de ello?

—No especialmente —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Entonces? ¿Te aburrías y decidiste pasarte por aquí?

Hugo le devolvió su propio tono de chulería.

El paciente ladeó la cabeza al ver la actitud de su psicólogo. No esperaba que reaccionara así y le gustaba mucho más ese comportamiento. Casaba más con su forma de ser.

—Tengo una agenda bastante ocupada, el aburrimiento no me ha traído aquí precisamente…

—Si no ha sido eso, entonces, ¿qué ha sido? —insistió el psicólogo.

—Llevo unos meses complicados. —El hombre tamborileó los dedos sobre la mesa, con la expresión de alguien que no está acostumbrado a hablar de sí mismo—. Y creo que hablar con alguien puede ayudarme a calmar los nervios.

Hugo prestó más atención a la forma que al contenido. Es decir, a cómo decía aquellas palabras. No quería revelar mucho y eso, en sí mismo, ya revelaba bastante.

«Esquiva preguntas directas», «muestra signos de nerviosismo pero mantiene la calma», «evita hablar de sí mismo en términos emocionales» , anotó en su libreta.

Aquello le hizo tener un nuevo interés en ese paciente tan particular. Ojalá su instinto le hubiese avisado de que, en lugar de resolver ese rompecabezas, lo mejor era hacerse a un lado y dejar el misterio para otros antes de que desmontara su propia vida en el proceso.

Capítulo 02

El regreso a Madrid

Seis y media de la mañana, hora española.

Después de lo que me ha parecido una eternidad, por fin el avión toca tierra y yo siento cómo el aire vuelve a entrar en mis pulmones después de demasiado conteniéndolo. Vaya, todo lo que necesitaba para empezar a sentirme mejor era tocar tierra firme. Qué importante esto de tener los pies en el suelo, en el sentido literal de la expresión y no figurada como se suele decir.

Y mira que en este caso aterrizar no es solo que las ruedas hayan tocado el suelo, es volver al pasado. Esta última parte la estoy omitiendo por el bien de mi salud mental y me voy a centrar en mis problemas actuales.

Al menos no ha sido tan malo como otros aterrizajes que he vivido, aunque no ha evitado que el corazón me haya dado un pequeño vuelco cuando los motores han empezado a rugir a la inversa. Esta reacción física de mi cuerpo me ha hecho sacar dos conclusiones: la primera es que sigo odiando volar y, la segunda, pero no por ello menos relevante, es que me sigo mordiendo las uñas cuando los nervios me superan. Creía que había dejado ese hábito atrás hace tiempo y hoy he descubierto que, en cuanto me he visto superada por la situación, ha regresado como el ajo del salmorejo en verano. Es una forma inconsciente, e incluso algo infantil, de liberar la ansiedad. Si mis dedos buscan mis labios, mala señal, mi mente no está en calma.

Una vez superado este mal trago, me toca afrontar otro que tampoco ha sido nada placentero: pedirle a mi hermano que viniera a buscarme al aeropuerto. Porque sí, Madrid será la capital y será

muy guay, pero lo de tener buena comunicación con el aeropuerto y, especialmente, a estas horas, se ve que no se estila. Genial. Cero transporte público u opciones de llegar a su casa sin dejarme un riñón en un taxi o un Uber. Toda esta maravillosa carencia de logística me ha obligado a pedirle el favor de que venga a recogerme, cosa que odio.

Odio tener que pedir favores a los demás.

Odio tener que depender de otros y que parezca que… que necesito ayuda para algo simple.

Lo odio. Me hace sentir incómoda, pequeña, y no se me da nada bien gestionar ese tipo de conversaciones en las que siento que tengo que parar la vida de alguien para que me haga caso. No, es que eso es poner en un compromiso a la otra persona. ¿Qué va a hacer? ¿Decir que no cuando sabe que no tiene otra opción? Es que es feo… No, no es lo mío y lo evito todo lo posible, aunque implique hacer malabares para solucionar algo que sería mucho más fácil con un poco de ayuda.

Aún en la cola eterna del pasillo de la cabina del avión, con la iluminación que nos hace a todos más pálidos de lo que somos, y el cuerpo tratando de recordar cómo se camina después de siete horas encogida en mi asiento, abro el chat de mi hermano y le escribo que ya he aterrizado.

No le he dado muchos detalles a Lucas sobre mi regreso a la ciudad; en realidad ni yo misma los tengo, para ser sincera, así que le conté lo justo y necesario para justificar por qué ahora sí me atrevo a volver a esta ciudad con prisas y sin aviso previo. Por suerte, que me hayan llamado con tan poca antelación también tiene sus ventajas, porque no he tenido tiempo de hacer la maleta y, por tanto, no llevo equipaje facturado. O lo que es lo mismo, no voy a tener que estar esperando eternamente en la cinta que salga mi maleta. Mira, me libro de otra cosa que me genera ansiedad, la maldita cinta por la que nunca sabes si va a salir tu maleta o no.

El aeropuerto de Barajas sí que ha cambiado bastante desde mi última vez aquí. Tampoco es que me fijara yo mucho en nada mientras corría con lágrimas en los ojos a mi puerta de embarque en aquel momento. En esencia, sigue siendo el mismo edificio que tanto

me gustaba, arquitectónicamente hablando. La cubierta ondulada que parece respirar, las grietas de luz que se derraman en la terminal a pesar de la noche exterior y que dividen el espacio con elegancia, la altura vertical que alivia y ordena, esos pequeños detalles que a veces solo yo noto porque mi cabeza disecciona todo en planos y secciones.

Defecto de profesión, supongo.

Nada más cruzar las puertas automáticas de llegadas, lo veo: Lucas, de brazos cruzados, apoyado en uno de los pilares metálicos que sostienen la gran estructura de la cubierta. Desde lejos ya lo noto algo cambiado desde la última vez que nos vimos: ha adelgazado, seguro que el ascenso en su empresa y el estrés le han pasado factura. También lleva el pelo algo más largo, algo extraño porque hace años que se rapa por comodidad. Me alegra esta decisión porque está mucho más guapo así, le suaviza las entradas que, por desgracia, ha heredado de mi padre. Siempre hay cosas que no cambian y su forma de vestir es una de ellas: vaqueros oscuros, algo pegados para mi gusto y el de la sociedad actual, y camiseta con el dibujo de alguna serie de anime que, probablemente, solo él ve en España. Corona el *look* con unas Converse negras que le dan el toque moderno final.

No viste así para trabajar, ya que es todo un «jefazo», como me gusta decirle para picarle, y los trajes se han convertido en todo lo que rellena su armario. Eso sí, en su tiempo libre, nadie le arranca su estilo. A mí me gustan sus dos versiones. Todo le sienta bien, la verdad. Es guapo y lo sabe. Era todo un ligón en su juventud, aunque ahora lo niegue. No sé con cuántas chicas le vi salir antes de conocer a la que ahora ya es mi cuñada.

Su reacción, cuando le conté el motivo de mi vuelta, no fue mucho más tranquila que la mía; quizás un punto más sentimental, lo normal entre nosotros, vaya. Yo soy la hermana racional, un poco arisca, y Lucas… Lucas es el tipo bonachón que se lleva bien con todo el mundo, el cariñoso de la familia. Vaya, que somos el gato y el perro que mis padres siempre quisieron tener, versión humana.

Voy directa hacia él y suelto la maleta en el suelo antes de hundirme en un abrazo bastante reconfortante, la verdad. Creo que

no era consciente de cuánto lo necesitaba hasta este momento. Es como si me estuviera arropando en una cama muy blandita después de meses de insomnio, uno de esos abrazos que parecen que duran mil años y que, sin palabras, prometen que todo va a salir bien. Justo lo que necesito a pesar de su olor familiar a café y colonia barata.

—¿Cómo estás? —pregunta sin soltarme.

Lucas sabe que si empiezo un abrazo, soy yo quien lo termina cuando lo considero necesario. Normas no escritas que ha aprendido con los años. Solo cuando me siento preparada para responder, rompo el contacto para recoger mi escaso equipaje.

—Cansada, ya sabes que no soy nada fan de los aviones y ha sido un trayecto largo.

—No me refería a eso —aclara con cuidado.

Obviamente sé a lo que te refieres, pero, ¿tú me ves con cara de querer hablar de ese tema a esta *fucking* hora? Pues no y no me apetece discutir tan pronto con mi hermano. Quince minutos en Madrid, una interacción con un ser humano y ya estoy arrepentida de haber vuelto.

—Lo sé —respondo, y señalo la salida.

Es mi forma de decir «vámonos» y «hasta aquí, por ahora». Capta el mensaje al vuelo y no insiste. Lo siento, hermanito, es demasiado pronto para que yo abra el grifo de desahogarme y exprese mis sentimientos sobre este tema. Presionarme para que hable nunca es una buena idea porque solo va a conseguir que esté de mal humor y haga más incómodo el trayecto a casa, así que caminamos en silencio hasta el coche.

Una de las pegas de los grandes aeropuertos es que los aparcamientos no están cerca de las salidas, lo que hace este camino bastante pesado y aburrido. Cuando por fin llegamos al coche, no puedo aguantarme la sonrisa que brota sola en mi rostro al ver el cochazo que gasta ahora mi hermano. Ya no es el viejo Seat Ibiza que recuerdo, sino un Mercedes reluciente y amplio, coche de familia total. Mi madre solía contarnos que ella siempre había querido un coche de la marca alemana, pero no tenía dinero para comprarlo de joven. Ahora tiene dos aparcados en su garaje.

Supongo que era su manera de darnos una lección de vida: todo llega, tarde o temprano, con esfuerzo y dedicación.

Ver a Lucas con este coche me hace feliz. Lo soñaba desde niño y, después de años complicados en el mundo laboral, este coche significa estabilidad y muchos sueños realizados. Él siempre creyó más en las historias de mamá que yo, y quizá por eso este coche significa tanto para él.

Me cuesta mantenerme despierta nada más sentarme en el asiento del copiloto. Intento distraerme con la música que suena en la radio a esta hora y con la mirada perdida por la ventanilla. Dejo que el sol tímido que empieza a ascender sobre Madrid me pinte la cara y consiga que me quede dormida sin darme cuenta. Un regalo breve que mi cuerpo y mi cabeza agradecen para el día que me espera.

No sé cuántos días voy a estar en la capital, así que he decidido instalarme en casa de mi hermano y ahorrarme el hotel. Además, así podré exprimir a mi sobrinito al máximo cuando esté por aquí. Menudo terremoto tenemos en la familia, no para quieto. Le he prometido mil veces que vendría a Madrid y nunca lo he hecho porque siempre le hago el lío a mi hermano para que vengan ellos a verme. Sí, admito que he buscado e inventado excusas para no poner un pie en España y no estoy orgullosa de ello. Así que va a estar contentísimo de ver que por fin he venido a verle.

Despierto justo a tiempo de ver como Lucas aparca frente a su casa, una vivienda de dos plantas en Aranjuez. Me remuevo un poco en el asiento desperezándome y frunzo el ceño al ver que no mete el coche en el garaje.

—¿Tanto te cuesta meterlo dentro? Es nuevo, por Dios, Lucas —protesto mientras me bajo para abrir el maletero.

—Tengo que irme a trabajar en un rato. No voy a perder el tiempo metiendo y sacando el coche en el garaje. —Mentira, no lo hace por vago. Estoy convencida que los días que no ha tenido que recogerme tampoco lo ha guardado ahí. No lo va a reconocer porque lo de querer tener razón es algo que nos viene de familia—. Además, el garaje es estrecho y Ali tiene ahí dentro la moto.

—Eres experto en encontrar excusas para todo —murmuro, algo áspera y un poco malhumorada por el despertar.

El primero, y al parecer único despierto en la casa, es Roco, el gran danés de color gris perla de mi hermano. Lo adoptó hace un par de años y estoy dándome cuenta de que, a pesar de mi habilidad para saber bastante bien las medidas en el espacio y los tamaños de las cosas, no he sido capaz de discernir en las videollamadas y las fotos lo grande que es. No me extraña que siempre diga que tiene que dormir en el jardín, porque como le dé por invadir el sofá no cabe nadie más. Basta su presencia imponente para disuadir a cualquiera que quiera acercarse a la casa, porque en cuanto viene corriendo hacia nosotros, hasta yo me siento intimidada. Por suerte, es un cacho de pan y no para de mover la cola para saludarnos con una emoción un poco desbordada. Me agacho a acariciarlo y saludarlo hasta que se pone algo pesado y mi hermano le da una orden para que regrese a su cama. Al girarme, una imagen tan simple como la del perchero con los nombres de cada uno de los habitantes de esta casa, una percha extra para los abuelos, y la de Roco corriendo por el jardín, provocan que una idea tan minúscula como dura se instale en mi cabeza: mientras viva en Nueva York no voy a tener una casa, o más bien un hogar, como este.

Ellos tienen una casa, una familia y una rutina. Yo tengo un apartamento en Nueva York y la habilidad de echar a correr cuando la cosa se pone fea. Tremendo superpoder me ha tocado en la lotería de los héroes.

—Acomódate y descansa un poco si quieres —dice mi hermano señalando la que entiendo que va a ser mi habitación estos días—, voy a preparar algo de desayuno y café mientras tanto.

Yo obedezco sin rechistar y me dirijo a la estancia que me indica. Ni siquiera me fijo mucho en el espacio antes de tumbarme en la cama. Error, porque el cansancio sigue colonizando todo mi cuerpo y termino por dormirme casi sin darme cuenta una microsiesta de unos quince minutos.

Bueno, si se le puede llamar dormir a eso porque tampoco es que sea placentero. Medio dormida, medio despierta, he visto figuras

difusas que invaden el espacio y luchan contra Morfeo por darme un respiro. Ni un minuto de paz, en definitiva.

Chequeo un par de correos electrónicos nuevos y algunas tareas que se han quedado pendientes en la creencia de que, si mantengo ordenado y claro todo lo del trabajo, mi vida también va a ordenarse. Ojalá fuera tan fácil como enviar los asuntos a carpetas, marcar para gestionarlos en otro momento o, directamente, eliminarlos.

En cuanto llego a la cocina, Lucas me está esperando ya con dos tazas de café preparadas sobre la mesa. No tengo tiempo ni de ir a por esa dosis de cafeína que tanta falta me hace cuando me asaltan por el camino.

—¡Tita!

—¡Sorpresa! —Alzo a Mario por los aires para abrazarlo mejor —. Estás enorme, ya eres todo un hombrecito.

—¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no me has despertado? Nadie me ha dicho que venías —se queja lanzando todas las preguntas que puede por segundo.

—Acabo de llegar y, como era sorpresa, papá y mamá no te han dicho nada, ¿vale?

Esquivo la bala de la verdadera razón de mi vuelta, porque un niño de su edad no necesita lidiar con esos temas.

—Buenos días, Álex —saluda Alicia viniendo directa a darme dos besos y un abrazo un poco torpe porque aún no he soltado a Mario—. ¿Qué tal el vuelo? ¿Estás bien?

—Cansada… Ya sabes cómo son estas cosas, inevitablemente terminas pensando demasiado y replanteándote… —Dejo la frase flotando en el aire porque me doy cuenta de que Mario está muy atento a lo que digo.

El pequeño no tarda en robar la atención de todos los presentes mientras desayuna y termina de preparar todas sus cosas. Le he echado de menos, la verdad. Tendríamos que habernos visto hace un par de meses, pero el trabajo de Lucas no les dejó ir al viaje que teníamos planeado en Orlando para ver DisneyWorld. Noto que ha dado un estirón y está bastante más alto y algo más delgado, en consecuencia. Su pelo negro revuelto sí que no ha cambiado en

absoluto y esos ojos verdes, heredados de su madre, tienen la misma magia que el día que nació.

—Siento interrumpir, pero tengo que irme a trabajar y llevar a este renacuajo al cole —anuncia mi hermano con el abrigo de Mario y su mochila en las manos.

—¿Puedo quedarme en casa con la tía Álex?

—No —responde su madre que no va a darle el capricho y tampoco podría porque yo tengo dramas de adultos con los que lidiar.

—Porfa.

—Esta noche cenamos pizza y vemos una peli juntos, ¿vale? —propongo yo para calmar sus nervios.

No le queda otra que aceptar, porque sus padres no van a ceder. Coge la mochila resignado y se va a la puerta de la casa a ponerse los zapatos.

—No sé si te has dado cuenta al llegar, pero aún tengo mi coche viejo fuera, ¿lo necesitas? —ofrece mi hermano.

—No me vendría mal, la verdad —admito pensando en mis opciones de transporte para los próximos días—. Se suponía que me iba a recoger Marcos, pero ya sabes que no me gusta lo de depender de nadie para ir y venir…

—Te traigo las llaves.

Se marcha dejándome con Ali a solas. Mi cuñada, como buena persona empática que es, se coloca a mi lado y me toca el brazo de forma cariñosa.

—¿Cómo lo llevas?

—¿La verdad? No lo sé porque no lo estoy pensando mucho —respondo, cortante, buscando refugio en el fondo de la taza de café.

—Lo que ha pasado es grave, Álex, tienes derecho a estar mal.

Tengo derecho a estarlo, sí. Solo que no significa que quiera estarlo.

—Te agradezco la preocupación, Alicia. No me apetece hablar del tema ahora mismo, ¿vale?

No uso el tono más agradable del mundo y cualquiera se lo podría tomar mal. Cualquiera menos Alicia que me conoce lo suficiente para saber que cuando me cierro en banda y soy un libro cerrado con mis sentimientos, no hay uña que haga palanca y llegue a la página por la que nos hemos quedado.

—Toma las llaves, anda. —Agradezco la aparición de Lucas para darme las llaves del coche—. Te acuerdas de cómo se conduce, ¿no? Tanto metro en Nueva York…

—Es como montar en bici, eso no se olvida, hermanito —digo sonriendo por primera vez desde que he llegado—, además, te encanta comprarte automáticos. Más fácil, imposible. Hasta Mario podría conducir uno.

—¿Puedo? —pregunta el pequeño asomando la cabeza por la puerta.

—No puedes hacer nada —ataja Lucas, lanzándome una mirada de «no le des ideas»—. No escuches las locuras de tu tía, ¿vale? Luego os veo, que vamos a llegar tarde y, Álex… Ten un buen día, dentro de lo posible.

Le doy un último beso en la coronilla a mi sobrino y me quedo apoyada contra la puerta mirándoles hasta que se marchan en el coche. Pues nada, una ducha rápida, cambio de ropa, un segundo café y a afrontar el día que tengo por delante. ¿Estoy preparada? No. ¿Tengo más opciones? Pues tampoco. Supongo que de eso va la vida adulta, de hacer cosas que no te gustan o no quieres y joderte porque no te queda otra.

El viejo coche de Lucas está impecable, tan pulcro como el primer día, de hecho. En cuanto planto mis manos sobre el volante entiendo que lo sigue conservando por el vínculo emocional que tiene con él. Hasta yo tengo recuerdos memorables en este coche… Maldito sentimental que va a conseguir que esté ya emocionada desde primera hora.

Arranco y voy a la dirección que tengo ya en el GPS. No me hace falta ni pasar veinte minutos conduciendo por la capital para recordar por qué nunca cogía el coche en Madrid: calles cortadas, obras, zonas restringidas, tráfico imprevisible, motos que aparecen de la nada… demasiados obstáculos para un solo trayecto.

Decido que necesito quitarme problemas de encima, así que dejo el coche en un parking para no rayarme más y voy caminando hasta la cafetería en la que he quedado con mi mejor amigo Marcos. Es curioso que el aire no me parece tan contaminado como lo recordaba. Supongo que las nuevas regulaciones de tráfico, que me han hecho tardar más de la cuenta, deben de estar funcionando, aunque mi padre no para de despotricar por lo polémicas que son para los habitantes de la ciudad.

Cruzo la calle para llegar a un local que, desde fuera, ya respira el aire modernito de Marcos. Estoy bastante convencida de que ha subido algún *story* aquí y por eso me suena. Bueno, o porque ahora todos los malditos locales son iguales. Lo veo en uno de los sofás tirado, perdido en su móvil hasta que la campanita de la puerta llama su atención y me ve al momento.

—Amiga —dice nada más levantarse para recibirme con un abrazo—. Cuánto tiempo, joder.

—Esta vez parece más de lo normal.

Le he echado tanto de menos que, por un instante, me permito olvidarme del motivo de mi vuelta. Aspiro su perfume y me pierdo en la suavidad del tejido de su jersey y, lo que más me gusta, la familiaridad de quien me conoce desde siempre y me acepta.

—He pedido un par de cafés y zumos para que no nos interrumpan mucho. —Señala al sofá para que me siente con él—. Y unas tostadas, aunque tampoco es que tenga yo mucha hambre.

Me pongo cómoda y observo a mi alrededor. La cafetería es un lugar íntimo y acogedor, el tipo de cafetería en la que los clientes habituales terminan formando una pequeña comunidad, y Marcos tiene todas las papeletas de ser uno de ellos.

—¿Cómo estás?

Ahí está esa preocupación tan genuina que siempre le ha caracterizado. Es un oso de peluche un poquito grande que siempre va cuidando de todos y no iba a ser menos en esta situación.

—He tenido días mejores, ¿y tú?

—No sé ni cómo definir lo que pasa por mi cabeza —admite.

Al menos uno de los dos parece tener un poco más claro lo que nos pasa. Ahora que lo tengo más cerca, me fijo en su rostro:

las ojeras hundidas me confirman que él tampoco ha dormido desde que me llamó. Mis amigos decidieron que tenía que ser él quien me diera la noticia porque iba a ser capaz de controlarme mejor y calmarme si hacía falta. En realidad falta no hizo porque me quedé tan en shock que ni hablaba.

—Saldremos adelante, Álex, siempre lo hacemos.

—Hasta ahora no habíamos tenido que lidiar con algo así —matizo.

No quiero estar a la defensiva, no con él. De verdad que no. No puedo, ni quiero, permitirme derribar mis barreras y dejarme llevar por la pena o incluso la rabia, y mucho menos en público. No, mi manera de ser un poco más cerrada me hace evitar estas escenas. No me apetece que el mundo sepa que el mío ha estallado en mil pedazos.

—Lo sé. Lo único que puedo aportar es que no podemos pensar que es el fin del mundo. Irá mejorando con el tiempo, Álex. —Hace una pausa cuando la camarera llega con nuestros desayunos. Odio profundamente estos momentos. Entiendo que es su trabajo, pero qué incómodo es interrumpir para que no escuchen a cada momento—. ¿Le has dado muchas vueltas?

—He intentado no pensarlo mucho porque no entiendo qué ha pasado, ni cómo, Marc… Cuantas más vueltas le doy, menos sentido tiene —respondo vertiendo un sobre entero de azúcar en el café.

Tercer café del día, justo lo que mi ansiedad necesita.

—Estas cosas no suelen tener lógica. No te tortures, por favor —me pide.

Ya intuye que me estoy torturando por lo ocurrido. Y está en lo correcto. Me conoce lo suficiente para saber que voy a estudiar cada detalle hasta encontrar una explicación que me calme; así afronto los problemas: busco razones, puzzles, excusas o lo que sea que haga que todo tenga sentido.

—No entiendo cómo puedes decir eso —me quejo, enfadada por su actitud. ¿Acaso no estamos viviendo lo mismo?—. No es tan sencillo.

—No he dicho que lo sea, pero es la verdad. Ahora mismo no hay una explicación para lo ocurrido y solo estoy intentando que entiendas que quizás no la haya y tengamos que asumirlo.

Trata mantener la calma y conservar los pocos nervios que le quedan para no mandarme a la mierda.

—Eso no es un argumento válido para mí.

Soy consciente de que puedo sacar de quicio a cualquiera cuando me pongo con esta actitud. Agradezco la paciencia de Marcos, de verdad que sí, a pesar de que le estoy llevando al límite.

—Mira, hace diez minutos que has llegado y no te veía desde hace meses, no voy a discutir tan pronto —dice, centrando la vista en la tostada con aguacate de su plato.

—No estoy discutiendo —me defiendo algo molesta con el ataque.

—Solo estás intentando tener la razón, un día más en tu vida —se burla con cariño, tratando de aligerar este momento.

—Quizás, o quizás no quiero aceptar lo que ha pasado.

La frase se me escapa sin pensar. Marcos me mira, sorprendido por mi sinceridad.

—Ninguno queremos, Álex y, sin embargo, debemos hacerlo. No podemos derrumbarnos ahora, o al menos no hoy delante de todos, ¿de acuerdo?

Ten por seguro que eso no va a pasar. Si me apetece poco que un grupo de desconocidos me vea llorar, mucho menos mis amigos después del tiempo que hace que no paso por aquí. No, ya tendré tiempo en casa de asimilar esto y llorar a gusto y sin interrupciones. Sé que quiere cogerme la mano, se lo veo en la cara, y agradezco que no lo haga. Somos expertos en fingir que estamos bien en público. Yo un poco más, que para eso llevo cinco años perfeccionando mi técnica.

—No me has dicho cómo lo hizo —digo cambiando de tema.

—¿De qué hablas?

Sabe perfectamente de qué hablo, pero me va a hacer decirlo en voz alta, ¿no?

Pues allá va.

—Dime, Marcos, ¿cómo se quitó la vida Hugo?

Paciente D.A.

Sesión 01: Su versión de la historia

—Aunque sé que te has leído los papeles, voy a repetirlo para que quede registrado también en audio. Grabaré nuestras sesiones para poder trabajar mejor contigo y estudiar tu caso con más detalle —explicó Hugo, dejando claro uno de los pilares de su método.

—Por mí, sin problema —respondió la chica, sin dudar.

Ocupó su asiento habitual, frente a aquella nueva paciente, listo para empezar la sesión de ese día. La observó con calma, atento a su postura, a sus manos, a esos gestos pequeños que siempre delataban a los pacientes más nerviosos.

—Me sorprendió bastante que dijeras que querías venir a mi consulta.

—¿Por qué? —preguntó ella, levantando una ceja con sorpresa.

—No sé… ¿no te parece raro? —insistió.

Sí, era algo raro y quería que fuera ella la que confirmara sus mismos pensamientos.

—No soy una persona a la que le resulte fácil hablar de su vida. Creo que a estas alturas ya lo sabes —admitió la chica, entrelazando los dedos sobre su regazo—. Y sé que tengo algunos problemas que llevo años arrastrando y me gustaría resolver. Pensé que sería más sencillo hacerlo con alguien que ya conoce parte de mi historia… y de lo que me pasa.

Hugo hizo un leve asentimiento con su cabeza y dejó la libreta a un lado. También dejó ahí, sobre ella, los sentimientos inevitables que le despertaba la chica. Se obligó a ponerse el traje

de profesional, el que tocaba, y marcar ciertos límites antes de continuar con la sesión.

—A ver… Voy a aprovechar que sacas tú el tema para dejar algunas cosas claras —anunció, inclinándose ligeramente hacia adelante para generar mayor confianza—. Estoy dispuesto a ser tu psicólogo y tratarte. A cambio, tienes que estar dispuesta a contarme todo lo que ha pasado en tu vida y tu punto de vista sobre situaciones que quizás te hayan marcado. Incluidas algunas rupturas que ya conocemos…

La mera mención de la palabra «rupturas» bastó para tensar sus hombros al traer de vuelta a una persona en concreto a su cabeza. Cerró los ojos, apretó las manos contra las rodillas y respiró hondo, contando hasta diez para frenar todos los sentimientos que amenazaban con volver tan pronto.

Cualquiera con un poco de ojo para interpretar los gestos habría notado que la decisión de acudir a esa consulta no había sido fácil para ella. Llevaba meses dándole vueltas y, ahora que estaba allí, que la supuesta ventaja de conocer a su terapeuta se convirtiera en un posible obstáculo, la inquietaba.

—Entiendo que vinieras con la idea preconcebida de que sé lo que pasó en vuestra relación —continuó Hugo sin entrar en detalles de cuánto sabía o no sobre lo ocurrido—. Déjame aclarar que no es así. Ella es casi tan hermética como tú. Y lo poco que sé… es solo su versión de la historia. Yo necesito la tuya para poder ayudarte. Necesito tus sentimientos, tus pensamientos y tu perspectiva para comprender todo el cuadro, porque sin eso, no puedo hacer nada por ti.

Le dio espacio, silencio y, sobre todo tiempo para tomar una decisión sobre si seguir adelante o no. La conocía lo suficiente como para no implicarse personalmente en esa historia, y demasiado poco como para entender qué la había llevado hasta su consulta.

Si aceptaba quedarse, debía ser con todo lo que ello implicaba. Hugo le estaba dando la oportunidad de marcharse sin compromiso alguno, de buscar otro terapeuta. Cuando él se involucraba con un paciente, lo hacía a fondo. Y en este caso, no iba a ser distinto solo porque conociera a la persona que tenía delante.

Necesitaba hacerlo bien, sin cruzar ningún límite que ella no estuviera dispuesta a permitir.

—Tienes razón. Lo entiendo —dijo ella, finalmente, después de un largo silencio.

—Me alegro —respondió Hugo, suavizando su tono—. Aunque… tengo la sensación de que no estás aquí solo por ella, ¿me equivoco?

—Correcto… Mi relación con ella ya estaba condicionada por mi familia y otros asuntos que, a estas alturas de mi vida, creo que debo aprender a gestionar —admitió con un suspiro.

—No sabes la alegría que me da cuando un paciente tiene tan claro que quiere trabajar en sus problemas.

Esbozó una sonrisa real porque era mucho más fácil tratar a alguien con esa predisposición. Intentó transmitirle comprensión y seguridad en esa primera sesión en la que tampoco se trataron muchos temas profundos, no era tampoco el momento de hacerlo. Lo que hizo fue tantear el terreno, establecer objetivos y crear una base de confianza entre ellos.

Paso a paso. Esa era su filosofía.

Y, quién sabe, quizás con aquellas sesiones también pudiera entender un poco mejor a su mejor amiga.

Capítulo 03

Un reencuentro nada casual

No sé cuánto tiempo lleva mirándome sin decir nada. Se le ha quedado frío hasta el café.

—Marcos, te he hecho una pregunta —digo, moviendo la mano frente a sus ojos para traerlo de vuelta a la realidad.

Está en blanco desde que he pronunciado las palabras prohibidas. Creo que no esperaba que fuera tan directa al grano. Normal, me he sorprendido hasta yo misma de haberlo preguntado. Podría haber sido algo más sutil si no fuera porque llevo demasiadas horas pensándolo y necesito ya una respuesta.

—No lo sé. No pregunté cuando me llamaron para contármelo —responde por fin, intentando sonar seguro con su respuesta, aunque no me convence.

¿Aquí hay gato encerrado o me lo parece a mí?

—Es una broma, ¿no? ¿No sabes cómo lo hizo? —insisto, frunciendo el ceño.

Yo habría hecho mil preguntas en su lugar. Es que cómo no vas a preguntar qué coño le ha pasado a tu mejor amigo.

—Lo último en lo que pensé fue en preguntar cómo lo había hecho, Álex. Cuando te llaman a las nueve de la mañana para decirte que uno de tus amigos se ha suicidado, entras en shock, ¿sabes? —El tono que usa muestra que tampoco está de un humor mucho mejor que el mío al parecer—. No es algo para lo que te preparen, ni algo a lo que puedas reaccionar con lógica. Lo único que pregunté fue si se trataba de una macabra broma de mal gusto.

Las lágrimas amenazan con escaparse de sus ojos y sé que ya somos dos haciendo un esfuerzo por contenerlas.

—Lo siento, no quería hacerte sentir mal —me disculpo, bajando el tono y posando una mano sobre su muslo—. Es solo que esto no tiene sentido… Hugo no haría algo así.

El silencio se instala entre nosotros de nuevo. Es normal. Ninguno sabe cómo lidiar con lo que tenemos entre manos. No sé qué decir sin que suene hueco, frágil o ridículo. Es difícil, la verdad, y Marcos tampoco parece saber qué hacer con esta sensación que nos rodea. Así que callamos, porque ahora mismo es lo más honesto que podemos hacer.

No concibo que mi trío favorito del mundo se haya roto así como así. Siempre hemos sido Marcos, Hugo y yo, incluso cuando me marché a Nueva York. No nos hemos separado desde que nos conocimos y no tenía previsto hacerlo en toda la vida, pero ahora…

Marcos y yo nos conocimos el primer día de universidad y algo hizo clic en mí cuando soltó, delante de todos, una broma estúpida sobre Anatomía de Grey que solo yo entendí. Creo que él también me vio como alguien que le iba a saber leer y así fue. Siempre hemos sido capaces de entendernos sin hablar, estuviéramos donde estuviéramos, siempre sabía qué me pasaba. Creo que, al igual que ahora, sabe que estoy construyendo un muro que me aleje de todo lo que está pasando.

Nuestro grupo fue creciendo con otros compis de la universidad y con amigos de amigos, hasta que una noche de fiesta apareció Hugo en nuestra vida. Recuerdo aquella noche con una nitidez que hasta a mí me sorprende, teniendo en cuenta lo mucho que bebíamos en nuestra época universitaria. Era jueves. Un jueves de esos en los que juramos que íbamos a estudiar y no salir de fiesta… Súper creíble todo… Marcos y yo siempre terminábamos liandonos de alguna manera para tomarnos aunque fuera una ronda. Y ahí estaba él, con unos amigos en nuestro bar de siempre, sentado en nuestra mesa favorita. ¿Me hicieron las copas chulearles para que nos dejaran el sitio? Así es. Un breve momento de cero cordura por mi parte que me dio a uno de mis mejores amigos.

Reconozco que Hugo y yo no congeniamos de primeras, como sí ocurrió con Marcos. Nosotros éramos de discutir, de chocar por cualquier cosa y nunca darle la razón al otro. Sorprende que ese

aparente odio fuera mutando en un amor incondicional cuando nos dimos cuenta de que éramos bastante más parecidos de lo que podríamos pensar.

Así que se podría decir que el vínculo que se formó esa noche de casualidad ha seguido creciendo intacto hasta el día de hoy. Bueno, lo había hecho, porque ya no va a poder seguir… Ellos son mis pies en el suelo cuando se me va la olla y mi fuente de conexión con la vida de Madrid. Son las únicas personas con las que hablo casi a diario y de las que sé todo, a pesar del cambio horario. De ahí que no me termine de creer o sea capaz de razonar lo que ha hecho Hugo. ¿Cómo no nos dimos cuenta de lo que pasaba? ¿Qué ocurrió para que su vida se torciera de esa forma y tomara esa decisión?

No, Hugo no era así… Él no haría eso…

—Es que todo me parece una pesadilla de la que aún no me he despertado —dice Marcos mientras paga la cuenta para que podamos marcharnos al tanatorio—. Todavía espero mover la cabeza y ver a Hugo por ahí, burlándose de mí, criticándome un poco por mi *outfit* como solía hacer siempre…

—Llevo treinta horas pellizándome el brazo a ver si me despierto —respondo cuando salimos de la cafetería.

—No va a pasar, ¿no? —pregunta algo cabizbajo, encendiéndose un cigarro. Mira que he intentado veces que lo deje y no hay manera. Se lo perdono porque no es el momento de regañarle—. Por mucho que lo deseemos, Hugo se ha ido para no volver.

—Sigue pareciéndome una idea imposible de aceptar —sentencio, sintiendo cómo se me encoge el pecho por el pensamiento.

Me despido de él para poner rumbo al tanatorio. Si odiaba los aviones, lo de los tanatorios ya es que no tiene ni nombre en mi vida. Es una cosa muy incómoda de gestionar y de vivir. Si por mí fuera no pisaría ese lugar. Me agarraría a la idea de que no ha pasado nada y que todo sigue donde lo dejé. Para mi desgracia, la vida no funciona así y tengo que despedirme de uno de mis mejores amigos.

Por si la situación no fuera lo suficientemente rara y me pusiera en alerta de por sí, tengo que añadir la tensión de no saber a quién me voy a encontrar allí. La mayoría de mis amigos, probablemente, ni siquiera esperarán que me haya cruzado el Atlántico para estar aquí tan rápido. Si es que me sorprendo hasta yo de estar en Madrid, no me van a extrañar sus reacciones cuando me vean.

Intento distraerme y no darle muchas vueltas mientras me centro en la música que suena en la radio, aunque la verdad es que no ayuda. Todas las canciones son de reggaeton y puedo tolerar algunas, pero media hora de trayecto escuchando la palabra «culito», «brr» o «baby», no es mi plan favorito. No, no echo de menos la música española salvo por esos pocos grupos que me acompañan desde siempre, la verdad. Viva Amaral.

El parking está abarrotado, algo normal teniendo en cuenta que estoy en uno de los tanatorios más grandes de Madrid. Me tomo un minuto en el interior del coche antes de dirigirme a la sala doce, donde está el féretro de Hugo.

Curioso cómo hay gente que corre una maratón y dice que se le ha hecho corta y yo tengo que recorrer quinientos metros para llegar a la maldita sala que nos ha tocado y se me está haciendo el camino más largo de mi vida. O así lo siento yo. Me cruzo con mucha gente, sobre todo fumadores desperdigados por los jardines, aliviando el nerviosismo con un vicio que yo hace años que dejé. De hecho, si no lo hubiera hecho, creo que hoy ya llevaría medio paquete encima. De nuevo, no puedo culpar a Marcos por hacerlo.

En cuanto llego a la zona de nuestra sala, veo un corro de personas agrupadas junto a la puerta. Agradezco que la primera que me reconozca y venga directa hacia mí sea Amanda.

—¡Álex! —grita, emocionada, olvidando por un segundo dónde estamos.

Amanda siempre ha sido la chica dulce del grupo. La que se lleva bien con todo el mundo y a la que nada le sienta mal. Un amor hecho persona, la verdad. ¿Te faltaban apuntes? Ella te los dejaba. ¿Nadie te podía llevar al aeropuerto? Ella lo hacía. Una joya como amiga que a todo el mundo le encantaría tener.

—Hola, Amanda —saludo con un abrazo rápido.

—No sabía que ibas a venir.

No lo sabía ni yo.

—No he tenido mucho tiempo de avisar…

—¿Cómo estás?

Vaya pregunta, ¿no?

—Jodida. Como todos aquí, supongo…

Porque no sé de qué otra manera explicar el millar de sensaciones que tengo en mi interior ahora mismo.

—Sí… es un sentimiento bastante extendido en este ambiente —dice, señalando alrededor.

Es en ese momento cuando reparo en todas las caras conocidas que me rodean. En otro momento me alegraría de verlos a todos. A costa de perder a Hugo, no tanto. Dispuesta a romper la tensión que se va acumulando en mis hombros, aprovecho la cercanía de Amanda para ir a saludar al resto y ponerme un poco al día de sus vidas. Lo que sea con tal de no tener que entrar ahí dentro y verle… ¿Cómo voy a ser capaz de despedirme de él? ¿Cómo asimilar que va a ser la última vez que pueda decirle algo mirándole?

Por suerte para mí, Marcos no tarda en unirse a nosotros. Me engancho a su brazo y dejo que lleve un poco el peso de la conversación. Ni veinticuatro horas en esta ciudad y ya estoy cansada de responder a las preguntas sobre mi trabajo, mi estado anímico o los comentarios sobre mi regreso a Madrid. Estoy bastante segura de que si les preguntara a mis amigos si les ha sorprendido más lo de Hugo o lo mío… algunos incluso dudarían su respuesta. No me extrañaría, cuando me fui lo hice con la firme intención de no volver. Nadie cuestionó la decisión entonces, aunque pocos entendieron el motivo real.

Dos veces han mencionado a Hugo y a mí ya se me está cogiendo el pellizco en el estómago otra vez, así que me aparto de mis amigos y voy hasta el banco más cercano para sentarme y tranquilizarme.

Hay demasiada gente aquí y no me sorprende, Hugo era un imán social. Sí que es extraño que no haya visto a nadie de su familia, y eso sí que me chirría un poco.

—¿Qué te pasa? Tienes cara de haber visto un fantasma —comenta Marcos sentándose a mi lado.

—¿Qué cara quieres que tenga? Estamos en un maldito velatorio. En el de nuestro mejor amigo, para ser exactos —le recuerdo.

—Lo sé, pero el cuerpo en el ataúd es el de Hugo, no el tuyo, amiga…

Odio profundamente su capacidad para usar el humor como mecanismo de defensa para todo. Lo entiendo, es su vía de escape, su manera de procesar lo incomprensible, y otras veces le funciona, pero hoy no tengo paciencia para aguantarlo.

—Te mataría ahora mismo, Marc.

—Estamos en un tanatorio, puedes enterrarme fácilmente —remata.

Lo mato definitivamente.

—Para ya con las bromas. No es el momento ni el lugar, ¿de acuerdo?

Me levanto y me marcho, necesitando una distancia mínima para que el aire vuelva a entrar en mis pulmones porque si sigo aquí se me va a acabar antes el oxígeno que la paciencia.

Paciente R.P.

Sesión 04: Te lo dije

Hugo llevaba un rato observándolo en silencio. Se estaba convirtiendo en una costumbre empezar las sesiones así porque no había manera humana de avanzar con él. Era un tipo difícil, un hueso duro de roer como solía decir. Aunque eso solo despertaba aún más su curiosidad y sus ganas de descifrar qué le había llevado hasta allí. Había pasado varias sesiones intentando analizar cada gesto, escuchando las grabaciones y buscando hilos de los que tirar.

Nada.

El enigma seguía sentado frente a él sin darle ni una mísera pista de por qué acudía a su consulta semana tras semana.

La primera sesión había marcado el tono de cómo iban a ser todas las demás. El paciente siempre se cerraba en banda y apenas intercambiaban diálogos durante la hora que pasaba en la consulta. Por mucho que Hugo le explicara diferentes métodos de trabajo y preguntara sobre su vida, no conseguía averiguar nada que no fuera información superficial.

Le mataba que el silencio fuera el protagonista absoluto en lugar de las palabras teniendo en cuenta que él las necesitaba para poder trabajar.

Hasta el momento lo máximo que había obtenido era arrancarle algo de información básica y superficial: era un hombre de mediana edad, con un trabajo estable, vivía solo y mantenía relaciones esporádicas con mujeres que conocía en aplicaciones de citas o en bares.

A simple vista, todo parecía normal. Incluso demasiado normal y eso siempre era sospechoso. También había pequeños detalles que no pasaban desapercibidos en lo poco que decía. Detectó cierto aire de grandeza y una necesidad de ser el centro de atención que contrastaba con su falta de predisposición a hablar y su aparente desinterés en colaborar en la terapia.

Podría no haber sido tan anormal si no fuera porque también notó otros rasgos de su personalidad que, combinados, le hacían estar empezando a elucubrar un diagnóstico. Tenía la impresión de que su paciente quería mantener la fachada de perfección todo el tiempo y que su reticencia a hablar no era simple desconfianza, sino una estrategia.

—¿Y qué hay de tus padres? —preguntó tratando de sacar algo de información sobre su familia.

La infancia era muy importante en el desarrollo de cada persona y Hugo siempre intentaba saber la relación de cada paciente con su familia.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó el paciente entrecerrando los ojos.

—No los has mencionado en ningún momento. ¿No tienes relación con ellos?

El sutil cambio en su postura, sus brazos cruzados y la ligera rigidez en su expresión le indicaron a Hugo que había dado con un tema un tanto sensible para él.

—No creo que sea relevante —zanjó.

—O sea, que no tienes relación con ellos. Una pena —comentó Hugo, probando su resistencia.

—De pena nada… —saltó el paciente de inmediato.

Ahí estaba.

Un destello de rabia en sus ojos. Hugo tuvo que hacer un esfuerzo por no sonreír ante esa reacción. Lo había conseguido, había pulsado los botones correctos y había provocado que actuara por impulso con esa respuesta.

—Yo creo que sí es una pena que no te hables con tus padres.

Tomó algunas notas con aparente despreocupación porque no quería que se diera cuenta de la importancia de este hecho para él.

—No he dicho que no me hable con ellos. Lo hago… aunque no mucho.

—Déjame adivinar: hablas con ellos en cumpleaños y festividades, ¿verdad?

Era un comportamiento típico en pacientes de ese tipo.

—Algo así.

—Lo que yo decía, una pena que unos padres no puedan disfrutar más de su hijo.

De nuevo volvió a tomar algunos apuntes y esta vez el paciente no perdió de vista lo que hacía. El psicólogo dejó que el silencio se alargara para presionarle a hablar. Lo conocía lo suficiente ya como para saber que su ego no permitiría que la culpa recayera sobre sus hombros.

—Lo que es una pena es que ellos nunca se hayan interesado por mí —soltó rompiendo el silencio que había durado varios minutos.

—Hombre, «nunca» es una palabra muy extrema. ¿Ha sido para tanto? —preguntó, levantando la mirada para seguir indagando por el resquicio que acababa de abrirse ante él.

—Mi padre es un inútil. No ha dado un palo al agua desde que yo tenía cinco años. Vive de la renta y de los trapicheos que hace con cuatro amigos del barrio… Te puedes imaginar por dónde van los tiros.

Hugo asintió porque imaginaba a lo que se dedicaba su padre. Notó un tono de desdén en su voz, pero no de dolor. Hasta ahora, solo había rencor en sus palabras.

—¿Y tu madre? —indagó, fingiendo revisar sus notas mientras lo analizaba de reojo.

—Mi madre trabajaba y llevaba la casa. Tenía más cabeza que mi padre… aunque tampoco mucha —admitió con la mirada perdida en sus propios zapatos de marca.

—¿No teníais una buena relación cuando vivías con ellos?

La arrogancia que solía proyectar desapareció ante la mención de su madre. Hugo podía ver cómo se debatía internamente entre contar lo que pasaba por su mente o seguir llevando la narrativa que él quería.

—Mire… Esos dos eran tal para cual. Solo se preocupaban por ellos mismos. Yo fui un accidente de una noche y no tuvieron más remedio que lidiar conmigo y alimentarme para que sobreviviera. El resto de mi vida y de lo que he logrado es mérito mío —soltó de mala gana.

Hugo anotó en su libreta: «desapego emocional», «cambios emocionales bruscos», «defensivo».

—Así que crees que tus padres no tienen nada que ver con la persona que eres hoy.

—No lo creo. Lo sé con certeza.

Y por su tono notó que de verdad lo creía.

—Yo creo que te equivocas —respondió Hugo para picarle.

Quería ver cómo reaccionaba cuando alguien le llevaba la contraria. Ese paciente tenía tanta necesidad de tener la razón, que la máxima de Hugo en aquella sesión era sacarle de sus casillas para ver sus reacciones y comentarios cuando se desquiciaba. No solía gustarle ese tipo de tácticas a la hora de tratar a un paciente, pero a problemas extremos, medidas extremas.

—Si hubieras tenido mi infancia, te aseguro que me darías la razón.

—Pruébame —lo desafió Hugo.

—¿Qué?

—Dame un ejemplo y te diré si te doy la razón o no.

Por primera vez, el paciente dudó. Seguro de sí mismo, sí, aunque claramente incómodo al hablar de su vida personal. Para Hugo, eso solo significaba una cosa: había algo que ocultar.

—Mi madre nunca me ha hecho un regalo de cumpleaños —dijo como si eso fuera suficiente para convencerle.

—Bueno, hay cosas más importantes que lo material. No te doy la razón —respondió el psicólogo.

El paciente frunció el ceño por esa inesperada respuesta. No le había gustado nada que no le diera la razón.

—A mis padres nunca les importó si sacaba buenas notas, si tenía actividades extraescolares, si llegaba tarde… Les daba igual.

Segundo argumento que Hugo iba a poder rechazar sin problemas.

—Y, sin embargo, hay adolescentes que sueñan con esa libertad que tú tenías. No te doy la razón.

Notó su desconcierto, lo estaba sacando de su zona de confort y estaba a punto de tenerle en el punto justo que él quería.

—Se pasaban el día peleando por estupideces y yo tenía que encerrarme en mi habitación para que no la pagaran conmigo.

Ahí estaba, un buen argumento del que poder tirar y que le daba más información que todo lo que habían hablado hasta el momento.

—¿Cómo lo pagaban contigo? —preguntó.

—No me has dicho si me das la razón con eso.

—Responde a mi pregunta y te lo diré.

El paciente lo miró fijamente. Hugo pudo ver el dilema en su expresión. Empezaba a ser consciente de que su psicólogo le estaba haciendo un lío en la cabeza y aún así, al sentir que estaba tan cerca de tener la razón, no pudo resistirse a responder.

—Me gritaban. Me regañaban por cualquier cosa y… cuando me hice mayor y me enfrentaba a ellos… A mi madre se le iba la mano alguna vez para ponerme firme.

Lo explicaba de una forma tan serena y carente de sentimientos que un escalofrío recorrió el cuerpo de Hugo.

Escribió una nota rápida en su libreta antes de mirarlo, intentando controlar la pena en sus ojos. Empezaba a tener bastantes indicios sobre qué ocurría con ese hombre que tenía delante y que parecía buscar ayuda aunque no lo demostrara. No acostumbraba a llenar el ego de sus pacientes e iba a hacer una excepción al intuir que podía ser un punto a su favor y le ayudaría a crear mayor vínculo entre ellos.

—Tenías razón.

El paciente sonrió satisfecho al escucharle.

—Te lo dije.

Hugo se sentía incluso mucho más satisfecho que su paciente por esa respuesta. No hizo ningún gesto que demostrara lo mucho que acababan de avanzar. Necesitaba hacerle creer que había ganado aquella batalla, que era él quien controlaba la situación y que era capaz de manipularle.

Nada más alejado de la realidad.

Hugo llevaba demasiados años estudiando la mente humana y tratando pacientes para dejarse engañar así a la primera de cambio.

Capítulo 04

Fantasmas del pasado

Aprovecho mi primer momento de soledad en el tanatorio para entrar en la sala y acercarme al ataúd de Hugo.

¿Estoy lista? Para nada.

En algún momento voy a tener que hacerlo igualmente, así que lo mejor será quitármelo de encima cuanto antes.

Necesito verlo una última vez, por difícil que sea.

Necesito decirle adiós, aunque no quiera.

Necesito… qué coño, lo que necesito es que mi amigo vuelva y no hay más.

Eso no es posible… Bueno, vamos a ello.

En cuanto cruzo la puerta, noto algo raro. He estado en suficientes tanatorios como para saber que este no es como los demás. Han colocado un cordón de seguridad que delimita la zona que hay frente al cristal e impide acercarse más de la cuenta al lugar del ataúd. Lo siguiente que también llama mi atención es que el féretro está completamente cerrado.

Qué raro. Nunca me ha pasado eso. ¿Me estás diciendo que no voy a poder ni verle?

Me giro buscando a alguien que me explique esta decisión. Intento rastrear a algún conocido o a alguien de su familia y vuelvo a fallar. Ningún familiar… es rarísimo. A quien sí veo es a un empleado del tanatorio: un hombre alto y con traje negro, la sobriedad convertida en uniforme.

—Perdone —digo, tratando de llamar su atención mientras coloca unos ramos recién llegados—. ¿Es usted el encargado de este velatorio?

—Sí. ¿En qué puedo ayudarla, señorita? —responde con una voz monótona.

Lo observo de arriba abajo. Rondará los cincuenta y tiene la mirada hueca, como si el oficio le hubiera anestesiado cualquier tipo de reacción. No me sorprende; si yo me enfrentara a la muerte cada día quizá me pasaría lo mismo.

—¿No se va a abrir el ataúd para que podamos despedirnos en condiciones de él? —pregunto, cruzando los brazos para contener el temblor que me está invadiendo por segundos.

—No.

¿Cómo qué no? ¿Qué dice esta persona?

—¿En ningún momento? —insisto.

—No. Permanecerá cerrado durante toda la ceremonia —responde casi sin mirarme.

—¿Por qué? —noto cómo la molestia me sube por la garganta.

Ahora sí que se gira para mirarme con una pizca de sorpresa; no debe de ser normal que alguien pida explicaciones con tanta exigencia por aquí.

—Se ha acordado que este velatorio se realice con el féretro cerrado, señorita —contesta sin perder el tono profesional ni por un segundo.

Me está desesperando esta persona.

—Ahí dentro está mi mejor amigo y quiero despedirme de él como es debido —replico, y mi voz suena más áspera de lo que pretendía.

—Puede acercarse hasta donde indica el cordón, pero no tocar el ataúd ni, mucho menos, abrirlo —advierte, adivinando mis intenciones.

—Quiero verle.

Es una exigencia que este señor va a ignorar porque le importan tres pimientos mi vida y mis sentimientos. Yo solo sé que estoy a punto de desbordarme por completo, de dejar que las emociones me ganen la partida y romperme aquí en medio. Y no quiero que eso pase antes de poder verle una última vez, antes de poder hablar con él, aunque sin respuestas.

—Lo siento, señorita, es una orden expresa de la familia.

—¿Qué familia? Si no hay ningún miembro de su familia aquí —me quejo, incrédula.

—Ordenaron que no se abriera el ataúd y que nadie lo hiciera.

Alucinante la frialdad que tiene este tío.

—Necesito verle, necesito despedirme…

El tono de mi voz debe estar empezando a descontrolarse, porque noto cómo varias personas a nuestro alrededor nos miran.

—Me temo que eso no va a ser posible —zanja el hombre, firme.

—Mire, me da igual lo que…

—Álex, para —interrumpe Marcos, cogiéndome del brazo con suavidad—. Para, por favor. No vas a conseguir nada poniéndote así, ¿de acuerdo?

¿Es que él no quiere despedirse?

—Quiero verle una última vez —replico, la desesperación ganando la partida que juegan todos mis sentimientos.

—Lo sé, pero tienes que parar —insiste, sin soltarme.

—¿Puedo ayudarles en algo más? —pregunta el empleado, deseoso de finalizar esta conversación y seguir con sus asuntos.

—No, muchas gracias —responde Marcos por mí.

—Gracias por nada —ironizo.

El empleado se marcha con la misma expresión serena que ha tenido desde que le he visto y me libro del agarre de Marcos para ir directamente a la zona donde está el ataúd. Mi amigo, que se huele lo que soy capaz de hacer, aparece de nuevo para colocarse en mi camino y evitar que se líe aquí. Admito que no me apetece crear un numerito delante de todos hoy. Ganas no me faltan y tampoco es que me estén dejando muchas otras opciones mientras Marcos me arrastra fuera de la sala.

Si es que no estoy pidiendo tanto. Solo soy una chica que ha recorrido medio mundo para despedirse de su mejor amigo y ahora ni siquiera le dejan hacerlo. Pues es que no me da la gana que…

No me jodas, esto es lo que me faltaba ya hoy.

—Tienes que estar de broma. ¿Qué hace ella aquí? —murmuro, clavando la mirada a lo lejos.

Marcos ni se gira; sabe de sobra de quién hablo y, por su reacción, algo me dice que su presencia no es tanta sorpresa para él como lo es para mí. Solo hay una persona en esta ciudad cuyo nombre me niego a pronunciar en voz alta desde hace años. Mi propia Voldemort, la que no debe ser nombrada, ni por mí, ni por mis amigos. El pensamiento de su posible aparición ha cruzado mi mente en algún momento esta mañana, aunque me he negado a creer que pudiera pasar.

—Álex…

—¿Qué hace ella aquí, Marc? —pregunto con los dientes apretados.

La miradita que está poniendo mi amigo ya me advierte que no me va a gustar nada su respuesta.

—Eran amigos, Álex. No es ninguna novedad. Es normal que haya venido a despedirse también…

—¿De qué hablas? ¿Hugo y Diana eran amigos? ¿Desde cuándo?

Mi voz refleja el desconcierto que siento en este instante.

Hugo y Diana se conocieron por mí. Toda su relación siempre fue porque me tenían a mí como nexo de unión… ¿En qué momento se hicieron tan amigos? Especialmente después de… el incidente.

—Llevas mucho tiempo fuera, Álex. Muchas cosas han cambiado y… ya sabes, las relaciones evolucionan y esas cosas —responde, esquivo.

—¿Con Diana? ¿En qué momento ha pasado eso?

—En un momento complicado —dice, rascándose la nuca, nervioso.

Ni momento complicado, ni leches. Si estas personas eran tan amigas, ¿qué más me han ocultado estos años? Ya puede Marcos empezar a cantar con todo lo ocurrido o el siguiente cadáver de verdad va a ser él y sin bromas.

—Marc, déjate de rollos. ¿Qué me he perdido? —exijo, cruzándome de brazos, claramente a la defensiva.

Mi querido amigo, que discreto es poco, se gira para observar la distancia a la que está Diana antes de hablar. A mí me está poniendo de los nervios con tanto secretismo. Me están sudando

hasta las manos y yo nunca sudo… Por favor, Marcos, habla ya o te hago hablar.

—No es el momento de hablar de eso, ¿de acuerdo? —susurra—. Lo hablamos más tarde, de verdad, y te cuento todo.

Pues nada, ahora me voy a tener que quedar con la intriga de todo esto solo porque a él no le da la gana de contarme lo que ocurre. La paciencia no ha sido nunca mi fuerte y si encima me encuentro en un estado tan inestable como el de ahora, pues ya no tengo ningún tipo de control con mis reacciones.

Noto que necesito aire porque me empieza a faltar en los pulmones y la presión en el pecho hace acto de presencia. Me alejo de Marcos, que no deja de mirarme, supongo que preocupado por lo ocurrido o por la reacción que pueda tener después de verla. Juro que esto es una broma cruel del destino. No puede ser que todo se alinee así en mi contra en tan poco tiempo. Me niego, me niego… Primero Hugo, ahora Diana ahí… Si es que estoy desquiciada ya y aún no he hablado con ella, algo que empieza a parecer inevitable teniendo en cuenta que está charlando con todos mis amigos.

He imaginado más veces de las que podría contar que nos volvíamos a encontrar. He recreado conversaciones, peleas y hasta… Bueno, el caso es que en ninguna de esas opciones que ha pasado por mi mente esto ocurría así. La observo en la distancia y no tardo en reparar en que sigue teniendo el mismo tic de tocarse el flequillo cuando está nerviosa que cuando estudiábamos. Algo que me encantaba, porque… Joder, deja de pensar esas cosas, Álex, que no estás aquí para recordar esos tiempos.

Me quedo ahí sentada sola hasta que la mayor parte de mis amigos entran con ella a la capilla para la misa. No es ningún secreto para ellos que hubo algo entre Diana y yo, aunque tampoco es que nunca les haya dado detalles de lo que ocurrió o por qué nos peleamos.

En un intento de que mi mente no caiga en el pozo de todo lo que ella significa, vuelvo a pensar en Hugo. En su muerte y en cómo no tiene sentido nada de lo que ha pasado. Él nunca haría algo así. No hace ni tres días que hice videollamada con él y organizamos un viaje para hacer juntos en unos meses. ¿Cómo iba a estar haciendo

planes de futuro si tenía pensado quitarse la vida? Que no, que me niego.

Voy directa a por Marcos, que se está fumando otro cigarro en la puerta, y le pego un tirón para alejarle de los curiosos que están también por ahí.

—¿Qué pasa? —pregunta, notando mi urgencia.

—¿No te parece todo muy raro? —susurro.

—¿Ahora qué, Álex?

Me han entrado muchas ganas de decirle que le baje dos tonitos al reproche que acaba de echarme con esa pregunta. Solo me contengo porque necesito que no esté enfadado para esta conversación.

—Todo esto, Marc, es rarísimo —digo señalando a nuestro alrededor.

—No he estado en muchos funerales; no sé qué considerar normal y qué raro —bromea, torpemente.

Una broma más y de verdad lo echo a una zanja.

—No hablo del funeral, hablo de Hugo —corrijo, a ver si así el espabilado de mi amigo se entera.

—¿Su muerte?

Noto cómo le cuesta hacer esa pregunta. Yo estaré jodida, pero esta persona no está mucho mejor que yo, aunque lo disimule más al mantener la pose y no desquiciarse como yo, que debo de estar pareciendo una loca por la forma en la que me mira.

—Sí, su muerte… ¿Cómo podía estar tan mal y que no lo supiéramos? ¿Por qué no pidió ayuda? ¿Por qué no hay nadie de su familia aquí? —dejo salir solo una parte del torrente de preguntas que tengo en la cabeza porque no quiero abrumarle.

—Quizás lo intentó y no supimos verlo…

Una mierda, no voy a cargar con las culpas de esto.

—No. Hablé con él hace un par de días y estaba perfectamente. Hasta hablamos de cuándo vendría a visitarme a Nueva York —explico.

Marcos suspira y sacude la cabeza. No está dispuesto a seguirme el rollo al parecer.

—Álex, déjalo. Cuanto más pienses en esto, peor te vas a sentir. No es tu culpa. No es culpa de nadie que no lo viéramos venir —me pide acariciando mi brazo con ternura.

Le conozco lo suficiente para saber que ahora mismo está en pánico ante la posibilidad de que yo no sepa cómo gestionar esto y vuelva a desaparecer del mapa. No sería la primera vez, ¿no?

—¿Me estás diciendo que no te parece sospechoso? ¿Que esto es normal?

—Por supuesto que no me parece normal… Tampoco hay nada que podamos hacer ya. ¿Qué quieres que te diga? —resopla; la paciencia se le agota.

Pues ya somos dos sin paciencia para tonterías, guapo.

—Te digo que esta historia no es tan simple como parece. Su madre le adoraba y no ha venido, ni…

—Álex, basta, en serio —me interrumpe, más serio que nunca.

Consigue que pare mis preguntas sin fin para mirarle. Está cansado y él no lo ha disimulado a base de maquillaje como he hecho yo. Pues nada, si no quiere que siga por ese camino, iré por otro hasta que se dé cuenta él también de que aquí hay cosas que no tienen ningún tipo de sentido.

—¿Y Diana? ¿Qué hace aquí? Explícame eso de que eran tan amigos.

Abre la boca para responder y se calla antes de poder emitir ningún sonido. ¿Ahora qué le pasa a este?

—¿Ya estás hablando de mí? Nunca fuiste muy discreta en público, Álex. Parece que algunas cosas nunca cambian, ¿no? —Escucho a mi espalda.

Esa voz.

Esa puta voz inconfundible que tanto me ha atormentado por las noches con el paso de los años. Mi corazón se para durante un breve segundo mientras dejo que su timbre de voz me recorra la espalda como un escalofrío. Cinco años sin escucharla y no ha cambiado nada de lo que lograba provocarme, especialmente cuando usa ese sarcasmo, que tan bien se le da, para romper el

hielo. Hubo una época en la que me hacía sonreír cuando lo hacía, ahora solo quiero echar a correr una vez más.

Respiro hondo antes de girarme, porque necesito estar tranquila para esta conversación. *Spoiler*: es imposible con ella cerca. Solo cuando siento que estoy, más o menos, en control de mi cuerpo, me giro y, antes de lo esperado, nuestras miradas se cruzan. *Fuck*, sigue teniendo unos ojos verdes hipnóticos. Solo que no son tan verdes como cuando está bien y feliz, no. Tienen un tono grisáceo que solo aparecía cuando estaba muy cansada o había llorado. Teniendo en cuenta lo ocurrido con Hugo, apostaría porque las dos cosas han pasado recientemente.

Mi querido amigo Marcos, en lugar de romper el hielo y ayudar con esta situación incómoda en la que no podemos dejar de mirarnos sin reaccionar, se echa a un lado para darnos espacio.

Lo mato, de verdad que lo mato.

Tengo las palabras atascadas en la garganta porque no sé ni por dónde empezar.

—Diana…

Genial, Álex, súper creativa tu primera aportación. Tanto tiempo pensando qué decirle si la veías para quedar así de mal.

—Así me llamo —bromea con una sonrisa breve; luego baja la mirada. Agradezco que a ella se le dé mejor esto que a mí—. Sé que es una pregunta tonta dadas las circunstancias, pero… ¿cómo estás?

Pues mira, es una pregunta tonta, pero la aprecio.

—Lo cierto es que todavía intento entender todo esto porque…

—No le encuentras sentido a nada de lo que ha ocurrido —remata para terminar mi frase.

No hagas eso, Diana. No termines mis frases. No sepas qué estoy pensando porque eso era lo que hacíamos cuando estábamos juntas y no quiero caer en esto tan pronto.

—Exacto. Cuando pienso en Hugo…

—No crees que sea capaz de haberse pegado un tiro en la cabeza —dice, sin rodeos, terminando de decir lo que yo no me atrevo a pronunciar en alto.

Joder, otra vez completando mis frases y… Espera, espera. ¿Hugo se pegó un tiro en la cabeza? ¿Qué está diciendo? Me giro para mirar a Marcos, que sigue a nuestro lado y le veo en el rostro que ya se está arrepintiendo de no haber sido él quien me haya dado esta información. El leve asentimiento de cabeza me confirma que Diana no miente. Encima me ha mentido cuando le he preguntado antes cómo había sido… Quiero pensar que quería protegerme de la verdad, pero es que… En fin, otro motivo más para que no salga vivo de este cementerio.

Un disparo en la cabeza. No, eso sí que no le pega nada a mi amigo. Hugo odiaba las armas con toda su alma. El aire se me atraganta. Literalmente. Siento el estómago encogerse y un pitido en los oídos. No puede ser. No sé cuántos debates hemos tenido de este tema solo porque en Estados Unidos son legales. Es que creo que lo hemos hablado todas las veces que ha venido a verme… ¿Y ahora ha sido su forma de morir? Que no…

—¿Y tú, Marc? ¿Cómo lo llevas? ¿Has podido descansar algo? —pregunta Diana notando el silencio incómodo que se ha formado a nuestro alrededor.

—Bueno, no es que haya dormido mucho… me mantengo como puedo.

Una interacción de estos dos me ha bastado para notar la complicidad. Sinceramente, me molesta. Especialmente porque no sé de dónde viene. ¿Estos también son amiguitos ahora?

Sacudo la cabeza para desechar todos estos pensamientos. Estoy aquí por Hugo y eso es lo único que tiene que importarme.

—No puedo entender que Hugo estuviera tan mal y no lo supiéramos ver —dice Diana, y me atrapa otra vez en la conversación. ¿Puede dejar de decir todo lo que yo pienso?—. Además, lo vimos el día antes de todo esto y parecía estar perfectamente. ¿Por qué estamos aquí?

¿Qué? ¿Cómo que lo vieron?

—Espera, espera… ¿Visteis a Hugo el día antes de que muriera? ¿Juntos? —Los miro a ambos, intentando encajar piezas de un puzle del que claramente me falta la imagen de referencia.

Marcos y Diana comparten otra mirada algo tensa. Aquí hay algo que no me están contando. Vaya, vaya… No hace falta ser una genio para unir los puntos y saber que estos tres tienen una relación de la que yo no sabía nada.

—Vaya… ¿Tanto me odia que ninguno le contó que erais mis amigos? —pregunta Diana.

La decepción en esa pregunta me sorprende hasta a mí. No sé si por el hecho de que sepa cuánto la odio o porque hayan ocultado su amistad…

—Álex, Diana, este no es el momento para esta conversación, ¿de acuerdo? —interviene Marcos.

Cree que esto se va a escapar de sus manos como nos deje hablar sin filtro y olvidemos dónde estamos. No le culpo y espero que él no me culpe por no poder contener más la rabia que siento dentro.

—Llevas diciéndome lo mismo desde que aterricé, Marc. Estoy cansada de respuestas esquivas sobre Hugo, sobre su muerte… y sobre ella —digo, señalando a Diana con un gesto mínimo que olvida por un instante que la tengo delante.

—Mira, hablaremos luego y te diré todo lo que pueda, ¿de acuerdo? Ahora compórtate como la adulta que eres, que no estamos en un sitio para que montes uno de tus numeritos —pide Marcos.

Pues si pretende que no me enfade, no ha tenido tacto alguno aquí el amigo. Tengo dos opciones: o le monto el numerito que me está pidiendo que no monte, o echo a correr y que le den a todo el mundo.

No va a ser ninguna de las dos opciones porque Diana se interpone entre nosotros de una manera protectora. La sorpresa es que no es hacia mi persona, como solía hacer, sino hacia Marcos.

—Álex, yo me voy. No quería interrumpiros así, pero tenía que decirte algo importante antes de irme…

—¿A mí? —pregunto, desconfiada.

No quiero tener nada que ver con lo que pueda decirme Diana, de verdad que no y me va a tocar escuchar la petición por el

bien de todo el mundo. Y el mío propio, que si no esta noche me voy a comer la cabeza de la intriga.

—La madre de Hugo me ha enviado un mensaje hace un rato y quería que te lo dijera, ya que se ha enterado de que estabas aquí…

—¿Lola te llamó a ti? ¿Por qué? —interrumpo sin poder controlar mi curiosidad.

Es normal, mi desconcierto crece con cada dato nuevo que obtengo. Diana decide ignorar mis preguntas y continuar con su historia.

—Mañana es la lectura del testamento de Hugo y tenemos que estar las dos en esta dirección a las diez de la mañana. —Saca una tarjeta del bolsillo y me la entrega—. No puedes faltar. Si no estamos todos, no podrán leerlo. Es importante.

Cojo la tarjeta con recelo y nuestros dedos se rozan levemente. Trago saliva porque el contacto me ha hecho temblar sin ningún tipo de control. Diana, que no parece querer irse de aquí, intuye que su presencia solo empeora las cosas, así que se atreve a dar un par de pasos atrás.

—Descansa un poco esta noche, Diana. Tienes mala cara —bromea Marcos a modo de despedida.

—Gracias, Marc. Tan adulador como siempre —responde ella con una media sonrisa antes de desaparecer.

Estos dos con las bromitas otra vez. No la aguanto a ella y ahora tampoco voy a aguantarle a él como no empiece a soltar toda la información que necesito. Me espero a que Diana entre en la capilla y nos quedemos solos antes de girarme hacia mi amigo con mala cara. Reconozco que Diana me ha puesto de mal humor y, quizás, voy a pagarlo un poco con él. Lo siento, Marc, de alguna manera necesito sacar lo que me ha provocado que después de cinco años sea capaz de leer mi cabeza como si nada. Es que me molesta verme tan vulnerable frente a ella. Años levantando un muro para que venga con una sonrisa y se crea que está todo bien.

—¿Hugo y Diana eran tan amigos como para que su madre la llame? ¿Como para estar en la lectura de su testamento? —pregunto.

—Te has perdido muchas cosas, Álex. Prometo contarte todo lo que pueda y sepa, pero ahora no es el momento. Llevamos dos días horribles y necesito un respiro antes de seguir con esto —se excusa.

Marcos me conoce y yo le conozco a él. Si está cerrado en banda con este tema, no voy a sacarle nada más. Mejor le dejo un poco de tiempo y espacio, como me ha pedido, antes de seguir con este interrogatorio.

—No entiendo nada de lo que está pasando, pero vale. Lo hablamos luego.

Me guardo la tarjeta que me ha dado Diana, sin ni siquiera mirarla, en mi bolso y suspiro resignada. Marcos tira a la basura la colilla, ya más que consumida, de su cigarro y nos dirigimos al interior de la capilla. Nos sentamos junto a nuestros amigos, asegurándome de dejar entre Diana y yo todos los asientos posibles.

Distancia de seguridad. Todo lo que sea necesario para que no me ponga nerviosa, ni mi mente empiece a pensar cosas que no tocan. Decido centrarme en la misa, aunque no me gusten estas cosas, porque al menos es algo tan ajeno a mí que no me hace darle muchas vueltas a la cabeza. Tengo sentimientos encontrados porque quiero que termine este sermón cuanto antes, y a la vez no porque eso implica pasar a la parte del entierro. De ahí ya sí que no hay vuelta atrás con asimilar todo esto.

Como el día va sobre sorpresas inesperadas y no darme ni un respiro, resulta que justo antes de que entierren el ataúd, tanto Marcos como Diana dicen unas palabras sobre Hugo. Entiendo lo de Marcos, pero ¿Diana? Es que no entiendo en qué momento ha pasado todo esto de ser mejores amigos hasta el punto de estar aquí hablando de él. En su despedida. Y yo mientras aguantándome las ganas de llorar. Pues mira, me molesta, la verdad, porque esa debería ser yo. Si yo tuviera las fuerzas y el valor de hablar en público, claro…

La dulce voz de Diana se rompe durante su discurso y hace que se me pase un poquito el enfado de que esté aquí. Está… afectada, triste, dolida… No ha venido por mí, ni mucho menos, ni por posturear porque era lo que tocaba. Está aquí porque de verdad

está mal por lo que ha pasado. Por un momento, cruza mi mente la idea de ir a darle un abrazo o consolarla cuando termina de hablar… No, *stop*, no soy su amiga. Si quiere abrazos que se los dé el traidor de Marcos, que parece muy dispuesto a ello. Me decanto por mantener la distancia el resto de la ceremonia, otra vez.

Me jode, porque es que yo he estado cinco años fuera para no verla, para olvidar todo, y su mera presencia hace que me dé cuenta de que la tensión es la misma que antes. Genial. Mi día solo puede mejorar, ¿no?

Pues no, porque ahora se pone a llover. De verdad que no puedo más, necesito irme a casa cuanto antes y perderme en el sofá jugando con Mario.

—Este día no puede ir a peor —murmuro cuando siento las primeras gotas de lluvia caer sobre mi cabeza.

—No tientes a la suerte —advierte Marcos.

—Odio el tiempo de Madrid —me quejo.

—No es peor que el de Nueva York.

Esa es su opinión equivocada porque allí, por lo menos, si nieva, todo se pone precioso. El tiempo de Madrid es un «quiero y no puedo» de un invierno europeo.

—Si tú lo dices…

—Oye, para ya con esa actitud de mierda —salta Marcos, cansado de que mi humor solo esté empeorando y le hable mal sobre todo lo que dice—. No es mi culpa que Diana estuviera aquí y haya pasado todo esto.

—Quizás si me hubieras contado que erais todos tan amigos, no tendría este humor de mierda.

Marcos suspira. No tiene excusa; sabe que la ha cagado. No solo él, Hugo también, porque al parecer ambos me han mentido demasiadas veces con este tema.

—Han pasado cinco años, Álex. Supéralo. Es nuestra amiga, no hay nada de malo, y cuando hablemos con calma lo entenderás.

Si se piensa que diciéndome eso va a calmarme en lugar de enfadarme más, está muy equivocado. Además, lo de Diana está superado. He pasado página y, simplemente, su presencia me pone

de los nervios porque, quiera o no, compartimos un pasado que nunca hemos vuelto a hablar.

—Es que no puedo evitar preguntarme cuántas cosas más no sabía de él, cuántos secretos guardaba bajo el brazo… —respondo ignorando la parte que tiene que ver con Diana.

—Todos tenemos secretos, Álex. No es ninguna novedad.

Claramente teníais secretos en la caja fuerte, concretamente, a una rubia que sigue siendo igual de guapa, o incluso más, que cuando salíamos.

—Creo que un suicidio es algo más que un secreto bien guardado, eh —le recuerdo—. No sé, a mí todo esto me parece que pega cero con quien era Hugo.

—No sé mucho sobre suicidios, pero por lo que he oído, muchos familiares y amigos no tienen ni idea de lo que pasa hasta que ocurre una desgracia —insiste él para justificar la situación.

A mí no me va a convencer así como así de que esto no es raro de cojones.

—Sigo pensando que hay algo extraño. Si no, dime por qué no está su familia aquí o por qué no han abierto el ataúd. Hay muchas preguntas y pocas respuestas.

—Ves demasiada televisión americana y te estás montando películas dignas de Oscar —se burla, sin gracia.

¿Era yo fan de las teorías de conspiración? Un poquito. Eso no significa que yo esté viendo fantasmas donde no los hay.

—Siempre me dices lo mismo, aún sabiendo que tengo razón. Tú tampoco te crees esta historia. Hugo siempre ha odiado las armas y ahora resulta que se voló la cabeza… ¿No ves las incongruencias? —Juro que no entiendo cómo puede no verlo.

—¿Y qué quieres que piense? Acabamos de enterrar su cuerpo; no voy a darle más vueltas ahora. —Sacude la cabeza en negación.

—Piénsalo —le pido en un último intento—. Consúltalo con la almohada y dime mañana si sigues creyendo que todo es normal.

—Lo que tú digas… Vámonos a tomar una cerveza, por favor —suplica.

—¿Todo lo solucionas con cerveza?

Esta vez soy yo la que opta por el humor para continuar con la conversación y aligerar la tensión que se forma cada vez que saco el tema de Hugo.

—Me lo enseñaste tú, ¿recuerdas?

Touché.

Acepto con una sonrisa triste la propuesta. Se unen a la idea un par de amigos y vamos a un bar cercano. No es que me apetezca enormemente, pero sé que me va a venir bien despejar un poco la cabeza antes de volver a casa de mi hermano. Por suerte para mí, Diana declina la invitación y yo respiro aliviada. No me molesto en despedirme de ella, es lo último que quiero. Me tiene demasiado alterada. La prueba de ello es que, en cuanto me monto en el coche con la intención de regresar a casa, las primeras lágrimas del día escapan de mis ojos sin ningún tipo de control. Genial lo de conducir así, ¿no?

He abierto el grifo y no sé cómo cerrarlo, así que voy despacio e intento no sumergirme demasiado en los dos pensamientos que se han asentado en mi cabeza en las últimas horas.

El primero de ellos es hasta obvio: Diana sigue igual de cautivadora que siempre a primera vista y ha traído de vuelta recuerdos dolorosos, al fin y al cabo, ella fue la razón principal por la que me fui de esta ciudad para no volver.

El segundo, el que más me ha molestado: no se puede huir eternamente. Por mucho que corras, tus problemas siempre encuentran la forma de alcanzarte en cuanto te paras.

Paciente D.A.

Sesión 03: Me gusta lo complicado

Hugo estaba inquieto ante aquella tercera sesión, que coincidía con un día lluvioso de invierno en Madrid. No solía tratar a personas que conocía; de hecho, lo había intentado alguna vez con su amiga Álex y nunca había funcionado. Se había ofrecido a hacerlo porque sabía que ella necesitaba sacar todo lo que llevaba dentro, lidiar con sus miedos y traumas. Para su desgracia, cada vez que se lo planteaba, recibía una negativa por su parte.

Con esa nueva paciente era diferente. Ella había acudido por voluntad propia y, aunque la confianza que depositaba en él le halagaba, también le generaba cierto temor a lo que pudiera descubrir durante el proceso. No quería que lo que sucediera en esa terapia afectara a su relación personal con su mejor amiga.

—¿Qué tal te encuentras hoy? —preguntó Hugo para arrancar la sesión.

—Bien, voy tirando, aunque tengo la muñeca un poco dolorida de tantas horas frente al ordenador. Nada del otro mundo, ya sabes que aguanto bien el dolor—respondió ella, encogiéndose de hombros sin darle importancia.

—A veces diría que demasiado —comentó él de una forma nada sutil.

—Puede ser… Quejarme no es lo mío.

—No tienes que quejarte si no quieres, solo te pido que te cuides. Las lesiones en las muñecas pueden dar guerra durante años si no las tratas bien —advirtió.

La paciente asintió, dándole la razón. Tenía que sacar un hueco en su apretada agenda, repleta de citas de trabajo y planes. Acudir a la consulta de Hugo ya era un gran paso y, en ese momento, no podía con nada más. Gran gestión de la vida adulta por su parte, sí.

Hugo era muy consciente de lo que le estaba costando sentarse en aquel sofá semana tras semana. Por suerte, estaba haciendo un esfuerzo sincero por estar mejor, por superar sus problemas y enfrentarse a la realidad de sus sentimientos.

La primera sesión había sido solo una toma de contacto entre ambos. Necesitaban comprobar que no sería incómodo seguir viéndose en ese contexto, así que no tocaron temas profundos. Se limitaron a ponerse al día y sentar las bases de cómo cómo trabajarían si decidía continuar la terapia con él.

No era el tipo de psicólogo que permitía que los pacientes estuvieran años sin avanzar. Prefería establecer objetivos y asegurarse de que cada sesión sirviera para algo. No presionaba y aún así sabía cómo hacer que sus pacientes hablaran. Ese enfoque la convenció de que merecía la pena intentarlo.

La segunda sesión fue más reveladora. Era lo que Hugo solía llamar «lidiar con la realidad». Hablaron sobre su vida actual: su trabajo, sus compañeros, su vida amorosa… Aunque ambos eran conscientes de que había un tema peliagudo que aún no habían abordado y al que tendrían que enfrentarse tarde o temprano, solo esperaban el momento adecuado para sacarlo a la luz.

—¿Nos ponemos a ello, entonces? —la animó Hugo.

—Cuando tú digas, señor psicólogo.

—No te burles que algo de respeto deberías tenerme —bromeó.

—Lo siento, te he visto borracho demasiadas veces como para respetarte…

—Eso ha sido un golpe bajo.

Ambos rieron, aliviando la tensión que se había instaurado entre ellos por saber que debían de empezar a trabajar de verdad.

—Fuera de bromas, ¿lista?

—Cuando quieras.

—El último día mencionaste que estabas un poco distante con tu familia. ¿Hay algún motivo para ello? —preguntó yendo al grano y retomando el tema que habían dejado a medias el último día.

—A ver… Esto es complicado.

—Me gusta lo complicado —dijo Hugo con una sonrisa, animándola a hablar.

Sonrió para animarla a hablar. Ella le devolvió el gesto con sus labios, pero no con sus ojos. Hugo tenía la capacidad de hacer sentir cómodo a cualquiera incluso cuando tocaban temas delicados. Ella dudó durante un instante antes de responder:

—Hay un motivo, pero ellos no lo saben.

—Entonces el distanciamiento viene por tu parte, no por la de ellos —adivinó.

—Exacto.

Podía hacerse una idea de dónde residía su problemática por lo que sabía de ella con anterioridad. En lugar de usar esa información, se limitó a tomar notas y le dio espacio para que fuera contando poco a poco su historia en primera persona.

—Mi familia siempre ha sido muy… tradicional. —Buscó la palabra adecuada para definirles en su cabeza—. Les gustan las reglas, lo que es correcto. No salirse de las normas, comportarse bien, hacer lo que se debe…

—¿Eso ha sido un problema para ti?

—Crecí con esos valores. No lo veía como un problema en su momento —confesó esquivando su mirada y delatando que no era su actual postura.

—¿Y ahora sí los ves así? ¿Es un problema ahora?

—No sé si llamarlo problema. Supongo que cada persona es como es.

—No hace falta ponerle nombre si no sabes explicarlo —respondió Hugo, sabiendo perfectamente de qué hablaban—. Solo dime qué es lo que ya no encaja contigo de esa visión o por qué ves las cosas diferentes a ellos.

Respiró profundamente para tomar aire y calmarse. Una cosa era reflexionar durante meses el tipo de relación que mantenía con su familia, y otra muy diferente era decirlo en voz alta.

—A ver cómo lo explico… —se acomodó en el sofá y se dispuso a hablar sin tapujos—. Mi familia era todo eso que te he contado y, durante años, pensé que era el tipo de vida que quería o debía llevar. El problema llegó cuando descubrí que había algo más allá de esas normas, fuera de esas cuatro paredes mentales y normas en las que mis padres siempre me han encerrado. Cuando entendí que podía cuestionarlas.

Hugo la escuchó atentamente y esperó a que continuara. Ella no parecía predispuesta a hablar más de la cuenta aún, así que se vio obligado a intervenir.

—Sé que te dije que no usaría lo que ya sabía de ti… —dijo él con cuidado—, ¿pero me permites hacerlo ahora?

—Claro. Lo que sea para hacerme más fácil todo esto, Hugo.

—Tu sexualidad no encaja con lo que esperan tus padres —se aventuró a adivinar y supo que no se había equivocado al ver su reacción.

Directo al grano, como ella misma le había permitido. Bajó la cabeza y empezó a juguetear nerviosamente con los anillos en sus dedos. Al escucharle entendió que no había vuelta atrás y era hora de empezar a vivir una vida plena.

—Sí —admitió en voz baja, aún con la cabeza gacha—. Y lo peor es que ellos no lo saben. Nunca les he contado nada porque sé que no lo aceptarían. Para ser sincera, hay momentos en los que ni siquiera yo lo acepto del todo.

—¿Eso ha perjudicado tus relaciones? —preguntó Hugo, sabiendo que eso afectaba a su amiga directamente.

—Hugo… Hoy no, por favor —rogó levantando la mirada y revelando dos ojos húmedos por las lágrimas—. Para esta sesión tengo suficiente con mi familia. No traigas el fantasma de ella ahora…

El tono de pena usado por la paciente le rompió un poco el corazón y se dio cuenta de que había cometido un error, se había dejado llevar por la información privilegiada que tenía. No debía olvidar nunca que tenía que respetar sus ritmos.

—Lo siento, no era mi intención forzarte a hablar de eso, culpa mía —se disculpó—. Volvamos a lo que nos ocupa. Me decías

que a veces te cuesta aceptarlo. ¿Por qué?

—Porque toda mi vida me han dicho que está mal que me guste algo que no es «lo normal» —explicó eligiendo con mucho cuidado las palabras que usaba—. Desde pequeña, mi madre soñaba con mi boda. Mi padre insistía en conocer al chico de turno con el que estuviera hablando, insistía en que él debía darme su aprobación… Mi hermano me presentaba a todos sus amigos con la esperanza de que saliera con alguno de ellos.

—¿Eso te hacía sentir incómoda?

—No, porque era lo normal para mí, era a lo que estaba acostumbrada —explicó, cerrando los ojos un instante recordando todas las veces que había vivido esas situaciones—. Hasta que un día empecé a sentir cosas por una chica y todo cambió. Me sentía culpable, como si estuviera haciendo algo prohibido solo porque no era lo que mi familia quería que hiciera. Me esforcé tanto en ser la hija perfecta para ellos que terminé jodiéndome a mí misma y dejando todo de lado por ellos.

—¿Y ahora, en qué punto estás con tu familia y este tema?

Suspiró y cogió fuerzas para soltar sus mayores temores.

—Estoy mal con mi familia porque no quiero esa vida. Me he pasado demasiado tiempo negando quién soy y no quiero seguir haciéndolo. He perdido mucho en el camino por ello, Hugo. Quiero vivir mi vida como yo quiera, no como ellos esperan que lo haga. —Volvió a quedarse callado, dejando que se vaciara por completo—. El problema es que no se lo he contado. Quiero hacerlo porque siento que es la única manera que voy a tener de sacarme lo que llevo dentro. Lo único que me lo impide es el miedo.

—¿Por su reacción?

—Sí. Sé que no se lo van a tomar bien. Y aunque quiero ser libre y feliz con mi propia vida, tampoco quiero que me rechacen por ese motivo. Es complicado, supongo.

—Lo es. La familia siempre es complicada, la tuya y la de cualquier persona de esta ciudad —dijo Hugo con certeza teniendo en cuenta la cantidad de problemas familiares de sus pacientes con los que lidiaba—. Es importante que entiendas que no tienes que hacer nada para lo que tú no te sientas preparada. Es una parte de

tu vida muy importante, sí, pero eso no significa que tengas que hablar de ello si no quieres.

—¿Y si sí quiero?

La paciente lo miró con tristeza. Un agujero en sus ojos que era capaz de traspasar a cualquier que los viera en ese momento y que le pedían a Hugo que la ayudara a salir de ese pozo.

—Entonces puedes contárselo cuando tú quieras. Tienes que hacer lo que tú sientas. —Quería que entendiera que no se trataba de una obligación, sino de algo que tenía que decidir ella misma hacer o no. No había necesidad de justificar sus gustos o dar explicaciones si ella no quería—. No es un paso fácil. Nunca lo es y nunca lo será. Si consideras que se lo quieres contar a tu familia porque así lo necesitas, yo voy a estar aquí para ayudarte y acompañarte en el proceso.

—Gracias, Hugo.

Hizo un esfuerzo para esbozar una sonrisa mientras compartían una mirada cómplice esos últimos minutos de la sesión. La paciente no tenía energía para seguir hablando del tema y él tampoco la forzó. Había hecho un gran esfuerzo y se daba por satisfecho.

Sabían que el camino no sería fácil, pero estaba seguro de que, con el tiempo, la ayudaría a encontrar la paz que tanto buscaba.

Capítulo 05

El Testamento

Diana Álvarez García, Diseñadora.

Tercera vez que leo su nombre completo desde que me he despertado. Está en el reverso de una más que bien diseñada tarjeta de visita en la que Diana apuntó la dirección y la hora de la lectura del testamento de Hugo. Debe de ser la que da a sus clientes, porque contiene su página web, email, número de teléfono… No quiero pensar mal y que, casualmente, me ha dado esta tarjeta para que la tenga al alcance de mi mano, ¿no?

Con Diana nunca se sabe…

Me gustan los tonos azules que ha elegido para la parte frontal donde hay unas formas geométricas que terminan por intersecar justo cuando llegan hasta su nombre. Sigue teniendo el mismo gusto exquisito que cuando la conocí, quizá incluso más afinado. La madurez, supongo, ¿no?

¿Habrá cambiado en todo o…?

Mira, me da igual. Ya puede haberse convertido en el Premio Nobel de la Paz que a mí no me importa. Yo tengo una vida maravillosa sin ella y esto es solo un breve trámite porque mi querido Hugo es así de gracioso y nos ha puesto a las dos en el testamento. Pues nada, allí que iré.

Dejo la tarjeta de visita sobre la mesita de noche de la habitación de invitados y vuelvo a tumbarme un rato a contemplar el techo. Estoy un poquito cansada. Anoche me dormí nada más tocar el colchón, supongo que mi cuerpo ya no podía más. Voy a recalcar

que dormir no es descansar. Me he despertado varias veces con pesadillas en las que Hugo me hablaba y me pedía perdón por todo. ¿La guinda del pastel? La aparición de Diana en sombras varias veces, fija en mi maldito subconsciente. Sudores fríos he tenido con tanto ajetreo esta noche.

Agradecería un respirito estos días, querido cerebro, que bastante tengo como para lidiar con tus jueguecitos mentales en sueños.

En cuanto me muevo de la cama sé que se avecina un día duro, porque cada movimiento me cuesta el doble de esfuerzo de lo normal. De verdad que no tengo fuerzas para seguir lidiando con nada más, solo quiero irme de vuelta a casa y olvidar esto. Sin embargo, por muchas ganas que tenga de salir huyendo otra vez, Diana lo ha dejado claro: sin mí no hay lectura del testamento y no puedo hacerle eso a su familia.

Pues nada, un día más haciendo lo que se supone que tengo que hacer y no lo que me apetece.

Y claro, la problemática de convertirte en una tortuga desde bien temprano es que voy a llegar tarde. Bueno, eso y que me he pasado quince minutos admirando mi taza de café perdida en mi cabeza. Nada que no solucione echar a correr con el pelo empapado y rezar por no ponerme mala por el frío de esta ciudad. La fina melena a la que ya llevo años acostumbrada hace que se me seque bastante rápido así que, con un poco de suerte, para cuando llegue al centro probablemente ya tenga el pelo seco y con unas ondas surferas naturales que a mí no me entusiasman mucho y que rechazo a pesar de que todo el mundo asegure que me favorecen.

Tampoco colabora el tráfico de Madrid a que no vaya a llegar tardísimo. Esta ciudad siempre haciendo puntos positivos, es una… ¡Oye! ¡Mira por dónde vas! Otro conductor loco. Esta gente se piensa que la carretera es suya, Jesús. Voy a soltar el coche en el primer parking que me cruce porque no puedo más y ya echaré a correr a la dirección donde me han citado.

Una idea en apariencia sencilla que se me complica porque el universo ha decidido jugar hoy en mi contra en todos los sentidos. Y tampoco me ayuda cuando por fin giro la esquina de la calle, algo

acalorada y con el pelo más revuelto de lo previsto, y diviso una figura rubia apoyada con encanto contra la entrada del edificio. Respiro hondo para calmar mi respiración, por la carrera, no por ella claramente, ni por… ¿Me está sonriendo? ¿Por qué me sonríe así? ¡Qué no somos amigas, Diana, coño!

Me choca ver que sigue siendo tan… ella.

No, *stop*. No quiero un *déjà vú* ahora mismo.

—Hola —saluda con normalidad cuando la alcanzo y lo agradezco porque no quería ser yo quien rompiera el hielo primero —. Están todos ya dentro. Yo he preferido esperarte para entrar juntas.

Si no fuera ella, quizás le habría respondido cordialmente, o le habría dado dos besos a modo de saludo… quizás habría preguntado «¿cómo estás?» o soltado un comentario ingenioso. Todo eso si no fuera ella. No quiero más acercamientos de los necesarios porque dos minutos a su lado ya me han confirmado que sigue siendo una persona muy convincente y cautivadora.

—No hacía falta.

Tampoco mi tono ha sido muy amigable. Ha sido bastante seco, de hecho. A ella la sonrisita no se le borra. Desde luego los años de *brackets* en la adolescencia surtieron efecto, porque tiene unos dientes perfectos.

—Lo sé. Supongo que... simplemente no quería enfrentarme a esto sola e imaginé que tú tampoco.

La odio profundamente. Es que odio que sepa lo que pienso y lo que necesito, aunque yo lo niegue y me haga la fuerte. Estoy bastante convencida de que si no llega a estar aquí, me habría costado un rato frente a la puerta armarme de valentía para cruzarla.

—Gracias, supongo.

Esquivo sus ojos, que ya bastante tengo con los recuerdos que me está trayendo la sonrisa como para caer en los ojos más verdes que he visto nunca.

—Vamos, anda, que seguro que nos están esperando.

Deja el encanto a un lado, Diana. Primer aviso. Estamos aquí para la lectura del testamento de nuestro amigo, céntrate en eso y

no en mí y todas seremos más felices.

La notaría es algo sombría y bastante impersonal, justo lo que cabría esperar de un lugar al que se viene a firmar papeles por una suma considerable de dinero. Le damos nuestras identificaciones a la secretaria del mostrador de entrada, quien chequea algo en el ordenador, y nos guía hacia la sala donde están ya, no solo el notario, sino también la madre de Hugo que… parece como muy…. ¿entera? ¿tranquila? Si estoy yo desquiciada porque le pase eso a mi amigo, no me quiero imaginar si fuera su madre, pero ella… Qué raro, ¿no? Aunque claro, Diana también parece gestionar sus emociones mejor que yo porque no duda ni un momento en acercarse a ella para abrazarla con afecto. Yo repito el gesto mientras lo único que consigo articular con mi boca es un «lo siento mucho» que parece quedarse bastante corto para esta situación.

Demos gracias al señor notario impaciente que interrumpe este momento para empezar con el trámite de la lectura del testamento. Un señor de unos cincuenta años de pelo canoso, bien engominado hacia atrás y traje de chaqueta impoluto. Y, por supuesto, gafas de pasta. Vaya, la viva imagen prototipo de un notario.

Juro que yo intento prestar atención a lo que está leyendo porque su voz grave ha colonizado la sala, pero mi cabeza no parece ser capaz de procesar la cantidad de términos legales que se están diciendo por minuto entre estas paredes. Es que conforme me toca ir viviendo situaciones desde que Marcos me llamó, todo parece aún más absurdo. ¿Va a salir Toñi Moreno en algún momento a decirme que soy «una persona maravillosa»?

Atino a escuchar que el dinero del banco va directo a su madre, exceptuando una pequeña donación a un refugio de animales en el que éramos voluntarios durante la universidad. Hugo siempre cuidando de los demás, hasta de los animales… ¿Quién va a estar pendiente ahora de mí? ¿Quién me va a decir que la he cagado cuando lo hago? ¿Quién va a…?

—Ahora, pasemos a ustedes dos —anuncia el notario, señalándonos a Diana y a mí mientras hojea un nuevo documento.

Es en ese momento cuando la tinta del papel se mezcla con la voz del señor y lee en voz alta una carta escrita a mano por nuestro amigo:

Mi apartamento era mi templo. Mi pequeño refugio. El lugar donde se esconden todos los secretos, mis secretos, más bien, y estoy seguro de que nadie podrá cuidarlo y entenderlo como ellas. Lo dejo en manos de Diana y Álex. Por favor os lo pido, tomaos un minuto para pensar en mí y dejad vuestras diferencias a un lado con todo esto. Todo tiene un sentido y espero que lo veáis.

¿Acaba de decir que…? No, ¿no?

Por Dios, Hugo. ¿En qué momento te parece una buena idea dejarme nada a medias con Diana? Porque está muerto, que sino iba yo ahora y le mataba. Yo no quiero tener nada que ver con esta persona otra vez.

—Dime que esto es una broma.

Las palabras se escapan solas de mis labios.

—Calla —murmura Diana a mi lado sin apartar la vista del notario que sigue leyendo.

¿Cómo voy a callarme? ¿Has escuchado lo mismo que yo, Diana? Esta persona tiene una entereza admirable...

Por último, también quiero dejar mi coche a Álex. Sé que siempre te gustó y creo que te hará falta para el tiempo que pases en Madrid. Cuídalo bien y recuerda escuchar cuando conduzcas, eso siempre es importante.
No salgas huyendo una vez más, por favor.

—Eso es todo —concluye, recogiendo papeles y tendiéndonos bolígrafos para que firmemos lo que nos toca a cada una—. Necesito sus firmas para certificar que están de acuerdo y finalizar el proceso oficialmente.

Yo no quiero firmar nada. No estoy de acuerdo con nada de esto. Es una puta locura. ¿Una casa? ¿con Diana? ¿Un coche? ¿Qué pretendes, Hugo? Tampoco tengo muchas opciones porque el shock

que llevo encima, o la «cuajá» como diría mi madre con orígenes andaluces, me deja tan atontada que cojo el bolígrafo y termino firmando en todas las «X» del documento tal y como hace Diana.

Minutos después, estoy saliendo de la notaría con dos manojos de llaves de mi aparente nueva casa y un coche deportivo totalmente innecesario en esta ciudad. Cosas que ni necesito, ni quiero en mi vida. Y mucho menos con mi ex rubia aquí al lado.

Lola se despide de nosotras con la misma frialdad con la que nos ha recibido en la sala antes: un breve abrazo y un «buena suerte» que se me queda clavado en la mente. Suerte, ¿para qué? Esta persona está modo estatua para haber perdido a su hijo, la verdad. Si Hugo siguiera vivo quizás me explicaría lo de las fases del duelo y esas cosas y, a lo mejor, cobraría sentido. Como el muy imbécil ha decidido jodernos a todos con sus ideas, pues nadie me lo va a explicar y yo me quedo con mi teoría de que todo esto es rarísimo.

—Álex —me llama Diana cuando nos quedamos solas.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto sin ganas.

—He pensado que podríamos tomar algo y hablar —sugiere, señalando la cafetería que hay cruzando la calle.

Has pensado mal.

—No tenemos nada de lo que hablar, Diana.

En algún punto tengo que dibujar la línea y volver a alejarme de ella. Suficiente broma del destino cruzarnos así, ¿no? Todo lo que tenía que hacer con ella, ha sido hecho. Yo ahora me voy a mi casa y…

—Hugo era tu mejor amigo. —Insistente como ella sola la chica—. Y, por alguna razón, nos ha dejado este apartamento juntas. ¿No te parece suficiente motivo para, al menos, hablar? —pregunta con intención—. ¿No quieres saber por qué lo hizo? ¿No te parece todo muy raro?

Si es que lo peor es que sí quiero, Diana. La info, nada de anillos ni cosas así contigo. No pensemos mal. Me jode que me haga esas preguntas porque son las mismas que yo me he hecho y por las que Marc me llama loca. No estoy loca si ella también… o esta persona también lo está, que visto el pasado, pues podría ser. Hay

un factor importante que conocer de mi persona y es que en el dicho «la curiosidad mató al gato», a mí me encanta ser ese animal de siete vidas, por lo que no es raro que me pueda la intriga de saber qué está pasando aquí. Lo único que me está impidiendo decirle que sí ahora mismo es mi orgullo y no querer darle el gusto de hacer lo que ella quiera.

—He quedado para comer con un amigo. Si quieres, podemos ir esta tarde al apartamento y ver qué nos encontramos —propongo para ser yo quien controle la narrativa.

Si quiere hablar conmigo, bajo mis términos y condiciones. Además, quizás no pueda y rechace la idea.

—Genial. —Ni un atisbo de duda esta persona—. Su coche estará allí, por si quieres llevártelo.

—No, gracias —niego, echando a andar ya en la dirección opuesta a la que está ella—. Nos vemos luego, Diana.

Aquí es cuando me hago la digna y me marcho sin darle ni opción a despedirse de mí. He obviado el detalle de decirle que el amigo con el que he quedado es Marcos para que no hubiese ni la más remota opción de que se autoinvitara al plan. Necesito contarle todo lo que ha pasado y saber su opinión sin ella cerca.

Marcos trabaja como programador en la misma empresa desde hace años. Todo el mundo le adora y le dejan hacer lo que le da la gana, también porque es muy bueno en lo suyo y nadie puede recriminarle nada. Así que eso le da la total libertad de salir y entrar a su antojo, por lo que se ha escapado para que vayamos a comer, intuyendo que iba a necesitar este ratito después de lo del testamento. Va directo a abrazarme en cuanto me ve y yo me relajo un poquito. Agradezco que rellene el tiempo hablando sobre su trabajo antes de entrar en faena, porque de verdad no sé cómo afrontar lo que tengo que decir.

—Te has bebido una copa de vino de un trago y aún no me has contado qué ha pasado —comenta cuando ya hemos pedido la comida.

Sherlock aquí mi amigo dándose cuenta de que algo pasa. Mira, lo voy a soltar como quiera que salga y ya vamos viendo hacia dónde va la conversación.

—A ver… Te lo resumo rapidito —digo antes de coger aire y prepararme mentalmente—. Hugo, nuestro mejor amigo y, al parecer, también el de Diana, decidió que quitarse la vida era una gran idea. Por si eso no fuera suficiente, decidió también que, cuando él no estuviera, su maravilloso piso del centro de Madrid iba a ser para Diana y para mí. Porque claro, es super normal ocultarle a tu mejor amiga lo bien que te llevas con su expareja y luego hacerle esa faena. —Ya estaría todo, ¿no?—. ¡Ah! También me ha dejado su cochazo para que lo utilice mientras esté en la ciudad. Y para culminar la situación absurda, su madre parecía un puto robot sin sentimientos a la que parecía darle igual que su hijo hubiese muerto.

Sí, ahora sí está todo.

—Una mañana movidita, vaya —bromea con una sonrisa que solo hace que le quiera tirar el tenedor a la cara.

Me limito a asentir y seguir bebiendo de la nueva copa de vino que la camarera se ha encargado ya de dejar en la mesa. Un diez en servicio este sitio, la verdad. Se agradece porque no hay cosa que me dé más rabia que un buen local, con buena comida y ambiente que lo jode todo con un mal servicio.

—¿Os ha dejado el apartamento a las dos? —pregunta Marcos tan extrañado como yo por este hecho.

—Sí. Así que quizás es hora de que me cuentes, de una vez por todas, desde cuándo eran tan amigos —pido con la paciencia empezando a llegar a mi límite—. A ver si así algo de esto empieza a tener sentido.

—No debería ser yo quien te lo cuente, Álex.

La forma en la que agacha la cabeza y esquiva mis ojos me dice que de verdad siente que no es su historia y no le corresponde a él contarla. Lo siento, Marcos, me da igual lo que creas, vas a empezar a cantar ya.

—Hugo desde luego no va a hacerlo, así que empieza a hablar.

Ya no es una petición, es una exigencia y se ha dado cuenta.

No tiene escapatoria. Seguir ocultando esto, o pretender que Diana me lo cuente no es una opción si no quiere joder nuestra amistad y él lo sabe.

—Diana iba a terapia con Hugo, por eso empezaron a tener relación —confiesa de una vez por todas. Mi cara debe de ser un poema ante esa información porque él solito decide seguir explicándose—. Después de meses de sesiones, empezaron a quedar fuera de la consulta. Se llevaban bien, él sabía cómo animarla por todo lo que hablaban en terapia. La entendía mejor que nadie y, bueno… la trajo varias veces cuando quedamos con el grupo y por eso yo también me hice su amigo.

—¿Diana iba a terapia? ¿Por qué? ¿Desde cuándo? ¿Por qué Hugo no me lo dijo? —Las preguntas se están empezando a atropellar en mi cabeza una detrás de otra.

—A la mayoría de esas preguntas va a tener que responder Diana y no yo. —Está trazando una línea para dejarme claro que no va a entrar en temas personales por más que insista y lo entiendo—. Lo que sí puedo decirte es que no te lo contamos porque sabíamos que te pondrías hecha una furia en cuanto lo supieras.

—Ahora va a ser culpa mía lo de que me mintierais —me quejo molesta. Me ha sentado como el culo que la justificación de ocultar todo eso sea tan pobre y, encima, se me culpe—. Y yo no pienso hablar con Diana de nada de esto.

Ya me da igual el gato, la curiosidad y su madre. No quiero seguir metiéndome en cosas que no quiero saber. No. Se acabó todo lo que tenga que ver con ella. Yo voy esta tarde, veo mi piso y a volar a casa.

—No estoy diciendo que sea tu culpa, Álex. No te lo lleves por ahí —suspira Marcos. Si no estuviera tan desquiciada, podría ser capaz de darme cuenta de que lidiar con lo de Hugo y mi actitud de mierda no está siendo fácil—. Te conocemos de sobra y no ibas a tomártelo nada bien. Cada vez que la hemos mencionado estos años te has puesto a la defensiva y… un poco histérica. Sigues sin superar lo que pasó entre vosotras. Y tu reacción ayer al verla es la prueba de que sigues sin saber cómo lidiar con todo lo que te genera Diana.

¿Qué dice? Diana está en el pasado. Me da igual. Mi vida está en Nueva York y a mí me da igual lo que ella haga o deje de hacer. Agua pasada. Superado. Enterrado en el cementerio y… bueno, esta última no es la mejor metáfora dadas las circunstancias.

Por mucho que quiera justificar haber ocultado ese secreto, no hay defensa que valga. Hugo y él fueron testigos de todo lo que vivimos, de todo lo que nos pasó y cómo me destrozó la ruptura en su momento. Y ahora de amiguis con ella… malditos animales rastreros, ratas de dos patas… seguiría con la canción, pero mi casi examigo sigue hablando.

—Mira… Hugo siempre ha sabido hacer lo que era mejor para ti. Y si os ha dejado ese apartamento a las dos tendrá un propósito. No creo que quisiera joderte. —Marcos está intentando calmarme y prepararme para lo que voy a tener que hacer esta tarde, pero no me está tranquilizando como él cree—. Ha pasado mucho tiempo. Habla con Diana y deja que ella te cuente su versión de la historia. Yo solo puedo decirte que ha cambiado, igual que lo has hecho tú estos años. Ya no sois las mismas niñas que erais entonces sin saber cómo manejar esos sentimientos.

Un poquito de razón puede tener. Solo un poco, no nos vengamos arriba que tampoco se lo voy a reconocer tan fácilmente.

—La broma esta de mal gusto que habéis preparado para traerme de vuelta ha dejado de tener gracia, Marc, así que devuélveme mi vida, por favor. —Admito que es un ruego completamente en serio el que le hago. Necesito volver a hace unos días y seguir como si nada—. La vuelta, mi familia, Hugo, ahora Diana… no puedo gestionar tantas cosas. Perder a un amigo es lo suficientemente duro como para también echarle encima el resto de cosas.

—A ninguno nos gusta estar viviendo esta situación, Álex —afirma siendo ahora él quien se bebe la cerveza de un sorbo—. Yo solo te digo que aproveches el tiempo que estés aquí. Y si Hugo te dejó ese piso con ella, quizás haya una razón detrás. No sabemos qué pasaba por su cabeza. Nadie imaginó que haría algo así y…

—No es tan fácil como lo haces ver, Marc —interrumpo.

—No digo que lo sea, solo te pido que lo intentes. Hazlo por él. Erais muy importantes para Hugo.

Chantaje emocional con el amigo muerto. Manda narices a dónde hemos llegado con tal de hacerme ceder. No tengo yo suficiente con reencontrarme con mi ex, con sentirme amenazada

por ella en lo que a mis amigos se refiere, no, a todo eso vamos a sumarle la culpa, la pena, el remordimiento por lo que hice… Un cóctel que no recomiendo a nadie porque es lo que hace que se empiecen a tomar decisiones estúpidas. Tan estúpidas como seguir queriendo esta tarde ir a ver ese apartamento con Diana.

¿Me apetece? No.

Pero claro, Hugo, que no dejaba ni un hilito suelto cuando quería, dejó esa maldita frase en el testamento «no salgas huyendo una vez más, por favor» y a mí me toca el orgullo de una manera especial.

Me quedo mirando la copa de vino, sin beber, procesando lo que ha dicho Marcos. Me guste o no, tiene razón y, con un poco de suerte, el apartamento que ahora comparto con Diana arrojará algo de luz sobre la oscuridad de estos días.

A peor no puede ir, ¿no?

Paciente R.P.

Sesión 06: Cuidado con lo que dices

—No tengo suerte en las relaciones —respondió el paciente.

Se encontraban sentados el uno frente al otro en la consulta, con Hugo decidido a conseguir algún progreso después de cinco sesiones en las que apenas habían arañado la superficie de la vida de ese hombre.

—Esa es una respuesta muy vaga. Necesito que me cuentes algo más. —A esas alturas ya habían tenido suficientes sesiones juntos como para saber que no iba a soltar prenda fácilmente—. ¿Cuántas relaciones has tenido?

—Alguna seria y el resto esporádicas. No duran lo suficiente como para considerarlas relaciones.

—Vale. Hablemos de las serias y analizamos qué ocurrió. Así podremos ver por qué consideras que no eres bueno en las relaciones —sugirió Hugo, tratando de transmitirle un poco de confianza.

—Yo no he dicho que no sea bueno en las relaciones —corrigió el paciente.

Hugo había herido su ego casi sin quererlo y esto le beneficiaba al ponerlo a la defensiva. Era un caso complicado, más de lo habitual. A simple vista, aquel hombre no tenía ningún motivo evidente para estar en su consulta, más allá de un sentimiento incómodo que parecía querer expulsar sin ser consciente de ello.

Decidió ignorar su reacción y continuar con la conversación.

—Cuéntame entonces, ¿algo que destacar en la adolescencia? —dijo desviándose un poco del tema por el que habían empezado.

—No, no salí con nadie en esa época. Me centraba en los estudios y en sacar buenas notas para poder irme a la universidad y alejarme de mi casa.

Otro indicio de que la relación con su familia era un tema delicado para él.

—Entonces, supongo que la universidad fue un punto de inflexión para ti en este aspecto —dijo Hugo, quien utilizaba la poca información que tenía para obtener más.

—Fue cuando empecé a tratar con chicas, sí —confirmó.

Y no añadió ninguna explicación más.

No le ofreció información extra que pudiera usar para seguir hablando. Había tanto silencio a su alrededor que podía oír el crujido del cuero del sofá cada vez que su paciente se movía un milímetro.

Hugo entendió, un día más, que no iba a conseguir nada nuevo si no cambiaba sus tácticas y le provocaba de alguna manera. Conocía bien a los tipos como él. Esa necesidad de reafirmar su valor que le hacían parecer más creído de lo que era y si hablaban de su egocentrismo… tenían para rato. Así que decidió usar a su favor este tipo de comportamientos así como sus aires de grandeza.

—Sin mucho éxito, por lo que veo, ¿no? —dejó caer, buscando tocarle una fibra. El paciente levantó las cejas, alerta por lo que él consideraba un ataque muy gratuito—. Porque alguien que no ha tratado nunca con chicas no triunfa así como así. Y teniendo en cuenta que ahora tampoco te va bien…

—Te equivocas —interrumpió, incapaz de morderse la lengua. Hugo sonrió levemente al ver que se salía con la suya—. Cuando empecé la universidad, me llevaba bien con las chicas. De hecho, pasaba más tiempo con ellas que con los chicos.

Iba bien. Había admitido algún tipo de cercanía real con otras personas por primera vez en la conversación. Aún más revelador era el hecho de que su grupo cercano estuviera compuesto mayormente por mujeres. Teniendo en cuenta la falta de apego que había mostrado hacia su madre en sesiones previas, era posible que en la universidad buscara en ellas el refugio emocional que nunca tuvo en casa.

—Después de un tiempo me di cuenta de que podía compaginar los estudios con tener vida social y empecé a quedar con una chica —continuó con su historia y parecía disfrutarla—. Compartíamos intereses y, como ella también valoraba sus estudios, entendía perfectamente cuando le decía que no podía quedar. Nos veíamos cuando nos apetecía y disfrutábamos de la compañía del otro.

—Lo que ahora llamaríamos amigos con beneficios —señaló Hugo.

—Algo así.

—¿Y qué pasó? ¿Se aburrió?

Lo ponía siempre contra las cuerdas, haciéndole quedar mal ante sus preguntas.

—Lo que pasó es que fue una zorra y…

—Cuidado con lo que dices —interrumpió Hugo, su tono cambió de inmediato al escuchar el desdén con el que había dicho eso—. En mi consulta no se habla así de las mujeres. Ni de nadie.

—Si se comportó como tal, no es mi culpa —se defendió el paciente, encogiéndose de hombros.

—Te lo repito: no voy a consentir ese lenguaje. Ahora cuéntame qué ocurrió y podemos valorar lo que hizo.

El hombre respiró hondo, conteniéndose. Hugo estaba frente a un animal salvaje, cualquier paso en falso le podía condenar, pero había ciertas líneas rojas que no estaba dispuesto a permitir.

—Estábamos en el último año de universidad, a unos meses de terminar la carrera. Yo necesitaba relajarme por la presión de los exámenes. La llamé para quedar y me dijo que tenía planes que no podía cancelar. Me extrañó, así que le propuse vernos al día siguiente. Tampoco podía, tenía que hacer un trabajo en grupo. Lo dejé pasar, pero no me cuadraba.

—¿Por qué no te cuadraba? Antes dijiste que ambos respetabais vuestro espacio, especialmente en lo académico, ¿no?

—Sí, lo que pasa es que esa noche no tenía que estudiar. Solo había quedado con sus amigos.

—¿Te molestó que no cancelara sus planes por verte? —adivinó el psicólogo.

—Por supuesto —respondió como si fuera obvio—. Después de tanto tiempo juntos, esperaba un mínimo de lealtad y consideración.

Estaba consiguiendo arrancarle emociones reales de una vez por todas. Percibió la indignación en su voz y en su comportamiento. Tomó algunas notas más: «necesidad de control», «celos», posesión disfrazada de preocupación», «necesidad de cariño».

—¿Lo dejasteis solo porque no quiso quedar un día?

—Tan sencillo como eso —afirmó. Ante el silencio expectante de Hugo, continuó—. Unos días después, fui a su piso sin avisar. Cuando llegué, me la encontré con unos amigos viendo un partido. Y lo dejamos. Eso fue todo.

—No te creo —soltó Hugo sin rodeos.

—¿Qué parte de la historia?

—Que lo dejasteis así, sin más. Antes la has insultado y has insinuado cosas que no aparecen en tu versión. ¿Qué pasó de verdad esa noche?

Nadie sabía jugar con las mentes como él.

El paciente lo miró fijamente, como si evaluara sus opciones: podía mantener esa versión de la historia o contar la realidad. Finalmente, se levantó del sofá y comenzó a caminar por la consulta, inquieto. Hugo no se quejó por este comportamiento, solo esperó con paciencia.

Tras varias vueltas por la habitación, se detuvo detrás del sofá y apoyó las manos en el respaldo. Estaba con medio cuerpo inclinado hacia delante, casi abatido al recordar en su mente aquella noche cuando se decidió a hablar por voluntad propia.

—Cuando llegué a su piso, estaba con sus amigos viendo un partido. Le reclamé que tuviera tiempo para ellos, pero no para mí —dijo, completando su historia con la mirada perdida en el fondo de la habitación mientras hablaba—. Me dijo que había estado haciendo un trabajo y se quedaron tomando algo. Ella intentó explicarse, pero yo no la creí. La discusión subió de tono. Uno de sus amigos se metió en la conversación y le empujé. Se convirtió en una pelea. Ella intentó separarnos y…

—¿Le pegaste? —preguntó, tragando saliva.

—Fue sin querer. Se metió en medio y recibió un golpe —justificó de forma vaga.

Lo dijo sin pestañear y sin un solo temblor en su voz. Eso no era lo peor, era el hecho de que no había culpa alguna en lo que decía. Y eso fue lo que realmente inquietó a Hugo.

Anotó en su libreta: «violencia sin motivo», «impulsividad», «sin arrepentimiento». Los rasgos de su personalidad junto con esa información empezaban a preocuparle notablemente al psicólogo, quien necesitaba saber más para ver si esa conducta podía ser un patrón o simplemente un hecho aislado que le había causado un trauma.

—Lo dejamos después de eso —el paciente prosiguió con la historia—. Decía que no podía estar con alguien tan impulsivo, controlador y que actuaba así a la primera de cambio.

—¿Por qué te consideraba controlador? —Algo le decía a Hugo que le faltaban muchos detalles—. Creía que cada uno tenía su vida independiente.

—Así era, yo solo me interesaba por lo que hacía y si salía con quién iba y esas cosas, era pura preocupación por ella, nada de controlarla —dijo, restándole importancia—. Lo que pasó fue un accidente y, si soy sincero, me alegro de haberme librado de ella, esa tía no se merecía mi atención, no quiero a alguien que no me considere su primera opción, la verdad.

—¿Te arrepientes de haber reaccionado así y haber pegado a alguien que no tenía culpa?

—Viendo mi vida ahora… no. No me arrepiento.

Hugo llevaba muchos años ejerciendo esa profesión y, sin embargo, nunca había agradecido tanto que sonara la alarma que indicaba el fin de la sesión como ese día. Necesitaba procesar toda aquella información y entender qué o a quién tenía frente a él.

Estaba desentrañando algo mucho más profundo de lo que había imaginado.

Y lo que estaba descubriendo no le gustaba en absoluto.

Capítulo 06

Un pisazo en el centro de Madrid

No tenía que haberme bebido esas copas de vino. Todo malas decisiones en las últimas setenta y dos horas. Ahora tengo un dolor de cabeza bastante molesto. Parece que tenga dentro a un maldito pájaro carpintero que me está torturando, como si no estuviera yo ya torturada de por sí. Ni Taylor Swift sufrió tanto en *The Tortured Poets Department* como yo en los últimos días. Supongo que la mierda de alimentación y la falta de sueño no están tampoco colaborando a que mi cuerpo esté mejor de lo que quiero.

En fin, el caso es que me las he apañado para llegar hasta casa de Hugo. Portal que he visto alguna vez en nuestras videollamadas y que agradecería haber conocido de otra forma. A mi incipiente dolor de cabeza vamos a sumarle que Diana esté, otra vez, en la puerta esperándome. Esta persona antes llegaba tarde a todos lados y ahora siempre es la primera en llegar. Va a tener razón Marcos con eso de que ha cambiado…

Me limito a un asentimiento de cabeza y a pasar por su lado para entrar en el edificio. Si el encuentro de esta mañana en la puerta de la notaría había sido frío, este lo podemos catalogar como Polo Norte. Lo siento, yo sé que ella intenta ser amable y… en parte lo agradezco. A mí no me sale y no me apetece fingirlo.

—¿Preparada? —pregunta Diana cuando llegamos a la segunda planta, frente a la puerta con la letra «B» sobre ella.

Mira, no. No lo estoy y cualquiera que respondiera que sí, es que miente.

—No, pero abre de una vez.

Me alegro de que sea ella la que esté haciendo esta tarea porque a mí me estarían temblando las manos intentando atinar en la cerradura. Diana mantiene bastante bien la compostura. Empuja la puerta de madera y, mientras está girada hacia mí, suelta las llaves sin mirar en el mueble de la entrada. Sabe perfectamente dónde está… O sea que conoce este piso perfectamente. Otra prueba de ello es que va directa hacia las interruptores de la luz del pasillo y la entrada. ¿Cuántas veces ha venido cómo para saber dónde está todo?

La sigo porque, por mucho que me gustaría explorar a mi gusto por este piso, no me siento aún muy cómoda como para hacerlo. Pasamos frente a un espejo con un marco dorado bastante barroco. Me giro por instinto y, aunque es breve, la imagen de Diana a mi lado en la superficie reflectante hace que mi mente viaje al pasado. A todas esas fotos que tenemos juntas y que viven enterradas en alguna caja en casa de mis padres que nunca me llevé a Nueva York. Y a pesar de que en esas fotos teníamos menos ojeras y éramos algo más felices que ahora, seguimos quedando bastante bien juntas. El contraste de nuestros cabellos, rubio y castaño, la poca diferencia de altura y nuestras formas de vestir encajan tan bien como el primer día. Vernos así ahora, más maduras, más adultas… Es inevitable que mi mente proyecte una vida paralela que nunca tuvimos el valor de vivir.

—Está todo tan perfecto… —murmura Diana mientras sigue avanzando por el pasillo, asomándose a varias habitaciones—. No hay nada fuera de su sitio.

No es algo que yo pueda apreciar porque no he estado aquí nunca. Encima de tener que aguantarla va a hacer que me sienta culpable por no conocer gran parte de la vida de mis amigos. Todo ventajas lo de reencontrarme con ella. Hugo siempre ha sido una persona muy ordenada, así que supongo que todo está en su línea.

Diana no se detiene hasta que llegamos a la puerta de su despacho, el mismo donde pasaba consulta a sus pacientes. A primera vista, la estancia está igual de impoluta que el resto del apartamento. La pared principal está cubierta por varias estanterías de roble repletas de libros. Destacan para completar la decoración

numerosas plantas y algunas figuras de cerámica. Nada muy destacable o llamativo, supongo que para no distraer a sus pacientes. Mis ojos van directos a la esquina opuesta de la habitación donde hay un sofá de cuero negro, probablemente el que usaba para que sus pacientes estuvieran cómodos.

Me dejo caer en él cuando noto que la habitación empieza a darme vueltas. Yo ya no sé si es por el vino, por la presión en el pecho o porque ya no sé cómo gestionar tanta cosa junta. Se me acelera el pulso y empiezo a tener sudores fríos. Y cuanto más consciente soy de esta sensación, peor me siento. Sería fácil decirle a Diana que me siento así y que me sacara de aquí, si no fuera porque no quiero pedirle ayuda ni para eso, así que me conformo con tumbarme un poco e intentar respirar de forma constante.

—Qué extraño…

Giro la cabeza para prestarle atención y la veo examinando uno de los muebles bajos del despacho.

—¿Qué pasa? —pregunto más por intentar distraerme que por que me apetezca hablar con ella.

—El vinilo que está puesto en el tocadiscos. —Diana lo levanta con cuidado para examinarlo, pero yo a esta distancia no veo qué le pasa—. Es de *Starlight*.

—No creo, Hugo odiaba ese grupo —digo descartando su idea.

—Álex, que sí que es —insiste acercándose para que lo vea.

Atrás, no hace falta que te acerques tanto que ya veo desde aquí el nombre en la parte central del vinilo. En serio, Diana, para, que no hace falta, tía. Nada, que le da igual, ahí me tiende el vinilo para que lo mire yo a menos de un metro. Espacio vital, Di. Digo, Diana. Mira, voy a mirar este vinilo porque ya no sé ni qué pienso.

Tiene razón en que es de *Starlight* y, aunque a mí me encanta, él siempre les ha odiado con todas sus fuerzas. El nivel de no soportarlos es que ni siquiera cuando vinieron de gira a Madrid durante nuestra época universitaria, fue capaz de acompañarme a un concierto. Se negó por activa y por pasiva porque ni una canción aguantaba, así que terminé yendo con Diana cuando aún ni éramos nada. Si es que alguna vez fuimos algo, ¿no?

—No tiene polvo, está impecable. Así que tuvo que escucharlo o colocarlo en el tocadiscos justo antes de…

No es capaz de terminar la frase. Tampoco hace falta que lo haga. Hay algo en el tono que ha usado para decir eso que me da a entender que no es una afirmación cualquiera. No, Diana está pensando algo más que no va a soltar así como así.

—¿A dónde quieres ir a parar? —pregunto para ver si consigo que hable.

Diana suspira y me quita el vinilo de las manos para dejarse caer en el sofá a mi lado.

—Hugo… me dijo que tenía ese vinilo por ti, por si alguna vez venías —explica y yo no entiendo nada. ¿Cuándo han hablado de mí y por qué?—. Entiendo la razón de su compra aunque no lo escuchara habitualmente. No tiene sentido que sea lo último que dejas en el tocadiscos antes de…

Incapaz de nuevo de terminar la frase. El simple hecho de que no lo haga empieza a indicarme que su relación con Hugo era tan intensa como la mía y que está llevando todo este tema tan mal como yo.

—Diana… —Joder, qué raro se me hace pronunciar su nombre así después de tanto—. Tú… también piensas que hay muchas cosas extrañas en todo esto del suicidio de Hugo, ¿no?

Sin mirarme, se reclina contra el respaldo, dejando su cabeza apoyada lo justo para que encaje con la parte superior y mirar al techo cómodamente. Parece que lo haya hecho antes y… ¡ah! Claro. Si Marcos dijo que venía a terapia con él… Seguro que ha estado sentada aquí mil veces. ¿Qué hablaría con él? ¿Le contaría lo nuestro o era por otro motivo?

—Hugo nunca haría algo así, Álex. —Cierro los ojos en cuanto dice mi nombre e imito su postura a unos centímetros en el sofá—. Ni el hecho de hacerlo, ni las armas, el testamento, ahora lo del disco… —Hace una pausa que noto que anticipa algo más importante—. Es como si todo me indicara que hay algo más que no sé, porque una casualidad vale, pero ¿tantas? —No sé si de verdad espera mi respuesta o simplemente está pensando en voz alta, así que me quedo callada esperando que continúe—. ¿Recuerdas lo que

ha leído el notario en la carta? «Ahí se esconden todos los secretos, mis secretos, más bien, y estoy seguro de que nadie podrá cuidarlo y entenderlo como ellas». ¿Qué quiere decir? ¿Qué hay aquí? —Ahora mismo lo que hay somos tú y yo sin entender nada de nuestra vida al parecer—. Vamos a revisar este piso de arriba a abajo a ver qué encontramos.

Y, sin más, deja el vinilo a un lado y se levanta para abandonar este despacho.

Agradezco el espacio físico entre nosotras, la verdad, tener a Diana cerca no es algo que mi cuerpo, ni mi cabeza, está gestionando muy bien. Si le sumamos el hecho de que crea que pasa algo y nos haga compartir sospechas… No quiero que este tema me haga conectar con ella más de la cuenta. ¿Por qué no le he dicho a Marcos que viniera? Él también conocía el piso y así habría tenido apoyo en caso de que Diana y yo no fuéramos capaces de aguantarnos. Bueno, más que aguantarnos podría en realidad decir afectarnos o algo así. Porque uno de los principales problemas de todo esto es que en tan solo unas pocas interacciones con ella ya siento todas mis creencias empezar a tambalearse. No quiero más tiempo con ella, no quiero caer en esa trampa, en esa sonrisa que sabe usar a la perfección, en su sutil forma de… ¡Álex! ¡Céntrate!

He estado dando vueltas por un par de habitaciones sin ni siquiera fijarme y he terminado por accidente en lo que debe ser la habitación de Hugo. Las paredes están pintadas de celeste, lo que contrasta con la estrafalaria funda nórdica de flores. Siempre le gustaron los extremos y esta es una prueba más de ello. Echo un ojo por los cajones que me encuentro y abro los armarios, como si ahí se escondieran los famosos secretos de los que hablaba en el testamento. Nada. Todo está muy ordenado, la ropa planchada, los calcetines alineados… Era perfecto este chico para todo. O un psicópata maníaco del orden, depende de cómo se mire.

Me voy de esa habitación porque me da un poco de mal rollo, la verdad. En mi camino al salón, que seguro que es una zona más interesante, una fotografía colgada en la pared del pasillo llama mi atención. Noto cómo se me encoge el corazón al ver la imagen impresa. Recuerdo ese día cómo si fuera ayer. Marcos, Hugo y yo

decidimos saltarnos las clases porque hacía un día espectacular en pleno invierno y nos fuimos al parque a hacer un picnic. En la foto ninguno mira a cámara, demasiados concentrados riendo por el juego de cartas que teníamos entre manos y que Diana se encargó de capturar cuando vino a buscarnos después de sus clases. Ojalá volver a cuando mi mayor preocupación era haberme saltado una clase.

Hay algunas imágenes más de Hugo con su familia, con nuestros amigos y… con Diana. Por la ropa y el corte de pelo de la rubia diría que esta foto ha sido tomada en el último año. ¿Cuánto tiempo llevarán siendo amigos?

—¿Quieres hablar de eso? —pregunta Diana apareciendo por sorpresa a mi lado—. Por lo que escuché el otro día, nadie te había contado que éramos amigos y quizás quieras…

—No. No quiero saber nada de tu vida, no me interesa —interrumpo antes de que tenga tiempo de continuar con cosas que no quiero saber. Esto se trata de mantener nuestras interacciones e intercambio de información personal al mínimo—. El único motivo por el que estoy ahora mismo contigo aquí es porque tenemos este apartamento en común. No te confundas, Diana, tú y yo no tenemos nada de lo que hablar.

La elevación de cejas y cómo frunce los labios me dicen que mi respuesta, un poco borde, lo admito, no le ha gustado nada. Yo sé que ella ha intentando ser maja, mantener la calma con todo esto, pero yo… El pasado sigue demasiado presente, más de lo que creía, entre nosotras. Y, sinceramente, tampoco me está apeteciendo jugar a ser una adulta responsable y cordial. Me ha hecho demasiado daño.

—¿En serio, Álex? —pregunta claramente molesta.

—Mira, Diana… Eras amiga de mis amigos, genial, bien por ti. Un pin porque son geniales y eso que te llevas, pero no quiero saber nada más —insisto y sé que estoy siendo un poco cruel. Está justificado porque siento que no puedo permitirme ahora mismo cualquier atisbo de flaqueza con ella—. Tú tienes tu vida y yo la mía. No veo motivo para que eso tenga que cambiar. Las dos pensamos que aquí pasa algo raro, pues genial, buscamos respuestas y

podemos compartir información. Nada más. Ni somos amigas, ni vamos a serlo.

Ale, ahí lo llevas, rubia.

—Se me había olvidado lo imbécil que puedes llegar a ser cuando quieres.

Y no sé si me molesta más el tono que usa o la mirada de reproche, pero me jode una barbaridad que diga eso. Tampoco tengo muchas más opciones de protestar o rebatirle porque se marcha y me deja de pie en mitad del salón.

Voy a admitir que consigue que me coma un poco la culpa. Entiendo que piense así, porque sí, quizás estoy siendo un poco gilipollas, pero yo necesito poner esa distancia entre nosotras. Necesito esa barrera para que esto no vaya a más, para que los sentimientos que amenazan con desbordarse ahora mismo no consigan hacerlo. Nos hemos hecho demasiado daño en el pasado como para volver ahí. Diana no puede pensar que esto es algo más que una coincidencia forzada. Yo tengo mi vida en Nueva York y ahí que voy a volver en cuanto pueda.

Pero claro, el maldito Hugo, que siempre conseguía colarse en mi cabeza de una forma, vuelve a hacerlo cuando recuerdo las palabras que ha leído el notario esta mañana: «por favor, tomaos un minuto para pensar en mí y dejad vuestras diferencias a un lado». Si es que él sabía que esto iba a pasar. Pues no habernos dejado un piso a medias, tío… Bueno, por tu memoria intentaré que no nos matemos mientras tengamos que estar aquí. Suspiro y voy a buscarla al salón, donde está de espaldas a la puerta.

—Lo siento, Diana —digo para llamar su atención—. No quería ponerme así. Estoy algo nerviosa con todo esto y no controlo bien mis emociones, lo que me lleva a decir cosas que… bueno, que no debería decir así. Así que lo siento.

Tarda lo que para mi gusto es demasiado en girarse para mirarme. Tiene los brazos cruzados en el pecho, a la defensiva.

—Supongo que algunas cosas nunca cambian. Siempre has sido un poco bocazas… —Si pretende que sea una broma, que conociéndola seguro que sí, a mí no me hace ninguna gracia, la verdad, y debe notarlo por mi seriedad—. No pasa nada. Es una

situación complicada y es normal soltar cosas de malas maneras de vez en cuando.

No me viene bien que sigas siendo tan amable y comprensiva, la verdad. Yo quiero seguir odiándote, Diana. Yo quiero alimentar todo lo que he formado en mi cabeza estos años sobre ti. Yo quiero… salir de aquí y no quedarme mirándote como hago ahora mismo al notar que sigues inclinando la cabeza como un cachorrito cuando esperas una respuesta.

No la vas a tener, *sorry*.

Mi silencio va a tener que valerle como tregua antes de que me ponga a mirar por el salón como si yo fuera a notar si hay algo fuera de su sitio cuando nunca he estado aquí. El negro y el blanco predominan en la sala, bastante diferente a su habitación. Hay más fotografías enmarcadas por las paredes y un cuadro abstracto de gran tamaño sobre la mesa de comedor. Es entonces cuando me doy cuenta de que hay un folio sobre esa mesa, así que voy directa a por él antes que Diana.

Una vez más, mi esperanza de encontrar una nota de mi amigo cae en saco roto cuando veo que está en blanco. Solo hay un logo de una entidad bancaria en el centro superior y unas marcas extrañas que parecen puntos aleatorios por todo el papel. La suelto de nuevo sobre la mesa y me tiro en el sofá. De verdad, qué agotamiento siento con todo esto. Necesito dormir tres días para recuperarme un poco…

—Si estás cansada podemos dejar esto para otro día —sugiere Diana de pie frente a mí—, ha sido un día muy largo.

Cansada estoy. ¿Se lo voy a reconocer? No, porque es admitir que otra vez más sabe qué me pasa sin que yo se lo diga. Es que no entiendo por qué tiene que preocuparse por mí, que se preocupe por ella misma que tiene también unas ojeras… Uy, no me había fijado hasta ahora, la verdad. Aprovecho que la tengo a una distancia de seguridad suficiente para examinar su rostro. No son solo sus ojeras o los ojos hinchados, cosa que puedo entender por los llantos o falta de sueño de estos días, lo que llama mi atención. No. Se trata del moño algo despeinado que lleva. Ese moño que solo se hacía cuando se sentía superada y sin tiempo para dedicar a su

melena rubia lisa. A diferencia del *outfit* sobrio del tanatorio ha optado por unos vaqueros y una blusa que le sientan maravillosamente bien a su figura, con las caderas marcadas lo justo para destacar.

Siempre ha sido guapísima y no solo eso, siempre ha sido atractiva, que es algo más llamativo aún para una persona. No sé si habrá cambiado tanto en su interior como Marcos quiere hacerme creer. Lo que sí sé es que, exteriormente, está más guapa aún y eso que lo veía difícil hace unos años.

Debe de notar que no le he quitado los ojos de encima, porque se mueve algo incómoda y aparta los ojos de los míos. Mira, por lo menos no soy la única que no se siente en su elemento con todas estas interacciones.

—¿Te han contado cómo fue? —pregunta para intentar distraerme.

—No. No sé más que lo de la pistola que dijiste…

—¿Quieres saberlo? —ofrece sentándose a mi lado en el sofá.

Gran pregunta, Diana. ¿Quiero saber los detalles de la muerte de mi mejor amigo? Pues debería decir que no, si no fuera porque me puede la curiosidad. No hay morbo en esto, solo quiero entender en qué narices estaba pensando para hacer algo así.

—Mientras no sea demasiado explícito —pido.

—No entraré en detalles escabrosos si es lo que te preocupa. —Y sí, es justo lo que me preocupa. Otra vez más sabiendo lo que pienso—. Solo te diré lo que más me inquieta de todo esto y por qué estoy tan pesada con el tema de su suicidio.

Adelante, cuéntame los motivos por los que pareces creer que aquí pasa algo que nadie más ve.

—Me enteré de lo ocurrido porque me llamó Amanda y…

—¿También eres amiga de Amanda? —interrumpo en un impulso. Joder, sí que soy bocazas, sí. La manera en la que alza la ceja y sonríe me indican que, en el fondo, sabe que me intereso por ella—. Perdón, continúa.

—Amanda me llamó y me contó que Hugo había fallecido. Me pareció algo tan imposible que llamé a Sara para que me lo confirmara. —Me aguanto la mueca que mi cara se muere por hacer

al descubrir que sí, que se lleva bien con todo mi grupo de amigos —. Fue ella quien me contó lo del suicidio. Yo no entendía cómo él iba a hacer algo así. No tenía sentido, le había visto horas antes… —Hace una pausa y cierra los ojos intentando calmar sus emociones—. Pregunté los detalles, pregunté por una nota o algo, pero…

—¿Pero? —pregunto intrigada.

—Nada. Nadie sabía nada. Cero detalles. Ni siquiera su familia me dijo algo —continúa Diana—. Así que llamé a un amigo de la Policía y le pregunté si me podía conseguir algunos detalles del caso o saber qué había pasado.

¿Que llamó a un amigo de la Policía? ¿Pero, esta persona? Sí que le importa Hugo como para hacer todo eso…

—Guau… realmente querías saber qué ha pasado.

—¿Tú no?

—Sí —respondo sin pensar, porque de verdad lo he intentando desde que Marcos me llamó—. Cuando pregunté nadie me decía nada. No sé si pensaban que no estaba lista para asumir la realidad o… El caso es que luego tú dijiste lo de la pistola y creo que tienes razón en que nada cuadra con algo que él haría.

—Hugo odiaba las armas con todo su corazón —puntualiza Diana.

Ya ni siquiera me sorprende que sepa eso sobre él. Creo que voy a tener que entender que eran muy, muy buenos amigos.

—Sí, siempre criticaba la facilidad con la que se podían comprar en Estados Unidos.

—Pues añade otra cosa más a la lista de cosas extrañas —anuncia llamando mi atención—. Según mi contacto, el expediente del caso no era muy accesible para los policías que no estuvieran asignados. —La miro sin entender qué me está queriendo decir con esto—. Es decir, cuando nos avisaron de que Hugo había fallecido, la Policía ya había ido, revisado la escena, limpiado todo y dejado este apartamento impecable para nosotras.

—Ha sido todo como muy rápido para como funciona este país, ¿no?

España tendrá grandes cosas como la Sanidad Pública, cosa que aprecio más desde que vivo en Estados Unidos, o el buen

tiempo, o la comida, pero la burocracia no es una de esas por las que estemos agradecidos.

—Demasiado rápido, de hecho, por lo que dijo mi amigo —continúa Diana—. Su madre tampoco ha querido hablar de este tema conmigo. Dice que es «demasiado duro», pero no actúa como si lo fuera. No sé, tal vez estoy buscando explicaciones donde no las hay, pero entre las armas, la Policía, el ataúd cerrado, el testamento, el vinilo…

Muy raro todo, sí. Tienes razón, aunque no me guste dártela.

—Hay muchas cosas como para que todo sean casualidades. —Creo que es mi momento también de darle información respecto a Hugo—. Días antes de que esto pasara, Hugo me escribió. Quería venir a Nueva York a verme y estuvimos mirando fechas, hablando de planes de futuro y pensando mil cosas que hacer. Y ahora…

Trago saliva y me vuelvo a aguantar las ganas de llorar. Miro hacia el techo para que las lágrimas se queden a raya y Diana debe de notarlo porque se mueve ligeramente para acercar su cuerpo al mío. Ah, no. Me niego a que me abrace o algo así. No vamos a cruzar esa barrera. Si ni siquiera he dejado a Marcos consolarme, no va a venir ella ahora a ser mi pañuelo. Eso se hace con los amigos y ella y yo no lo somos. Me deslizo lo justo sobre el asiento para alejarme y volver a establecer unos centímetros de seguridad entre nosotras.

Diana suspira y se pone de pie.

—He encontrado antes el ordenador portátil de Hugo —anuncia señalando al ordenador que hay en un mueble del salón— y está protegido con contraseña. ¿Alguna idea o posibilidad de que sepas la clave?

Muy bien, esto me gusta más. Vamos a hablar solo de Hugo y vamos a mantener la distancia entre nosotras.

—Ni idea, la verdad. Podría probar con la que siempre usaba en la universidad.

Voy directa a encender el ordenador de último modelo, para variar, que tenía Hugo. Siempre ha sido un apasionado de la tecnología y tener siempre lo mejor, así que poco me sorprende el logo de la manzana encendiéndose en la pantalla antes de la

pantalla de inicio de sesión. Pruebo con varias opciones de contraseñas que recuerdo que siempre ha usado y todas son incorrectas. No hay manera de acceder a él.

—¡Para! —grita Diana apartando mis manos cuando salta un mensaje de advertencia en la pantalla—. Vas a bloquearlo.

El contacto no ha sido, precisamente, leve. Sus manos siguen en las mías y en cuanto me giro para mirarla noto que su cabeza está justo por encima de mi hombro. Huele… muy bien. ¿Sigue usando el mismo perfume o es mi mente traicionándome?

Álex, aléjate ahora mismo, que te traicionan los recuerdos. Céntrate en Hugo.

—Tenemos que entrar en ese ordenador como sea —digo separando nuestras manos.

—¿Tenemos? —pregunta divertida. Se va a regodear por eso y bien después de mi chulería de antes, y no la culpo—. ¿Ahora sí quieres trabajar conmigo?

Atrapada.

Siempre ha sido la reina de las palabras esta persona y yo caigo en sus trampas una y otra vez. Si tiro de orgullo, la verdad es que no quiero trabajar con ella. Ni quiero, ni debo por mi bien. Lo que pasa es que acabo de descubrir que es capaz de obtener información que podría interesarme y que parece tan dispuesta como yo a saber qué está pasando con ¿nuestro? amigo.

—Diana… Es cierto que no tenía ni idea de que eras tan amiga de Hugo —admito aunque me cuesta reconocer que todos me han mentido—, y está claro que le importabas y que a ti te importaba él. Así que, por mucho que no me guste la idea, lo más inteligente y práctico es que sí trabajemos juntas.

Es lo más cercano que le voy a ofrecer a lo que ella está esperando que diga. Lo peor es que está encantada con mi respuesta. Lo veo en su sonrisa y en cómo ha puesto sus manos entrelazadas tras su espalda de forma coqueta.

—Me parece genial.

La tía no ha sido capaz ni de disimular la satisfacción en su voz.

—Genial, ¿qué hacemos con el ordenador? —pregunto volviendo a lo que nos atañe.

Otra sonrisita. De verdad, ¿puede parar? ¿Ahora qué?

—¿Aún no sabes la respuesta? —Ahora toca el tonito de burla. De verdad que no me va a compensar lo de seguir hablando con ella—. Espero que sea por el *jet lag*, porque solías ser mucho más lista cuando salíamos.

Totalmente innecesario lo de mencionar la época en la que salíamos.

—Punto uno: llevo días sin dormir y estoy agotada —digo en un intento absurdo de justificarme—. Punto dos: no quiero que menciones nuestro pasado cada vez que puedas. —Y eso va a ser algo no negociable si quiere que sigamos teniendo cualquier mínima interacción—. Punto tres: no, no sé qué se supone que tenemos que hacer ahora.

La paciencia se está agotando y no ayuda la risita que suelta. Vale que no haya sido nunca mi punto fuerte, pero Diana no está colaborando a que no quiera matarla.

—Definitivamente te dejaste la simpatía en Nueva York. —Paciencia agotada en tres, dos, uno—. Qué suerte que tu mejor amigo sea un friki de la informática, ¿no? —Claro, ¿cómo no lo había pensado antes?—. Llévale el portátil a Marcos y pídele el favor.

Si es que soy gilipollas. La opción más fácil a veces es la correcta.

—¿Y por qué yo? Según parece ahora tú también eres muy amiga de Marcos. —No niego que es un poco infantil atacarla así solo para esconder que me jode que ella se haya dado cuenta de lo de Marcos y no yo—. Además, ya le mencioné todas mis sospechas y me tomó por loca.

—Como quieras. Si prefieres evitarte esa conversación incómoda, se lo llevo yo. No me importa.

¿A esta persona no la altera nada? Se ve que no. El caso es que tampoco es que me apetezca deberle favores ni nada, así que voy a ser yo la que se lo pida a Marcos.

—No, da igual —suspiro agotada—.Voy a quedar igualmente con él, así que se lo llevo yo. Te aviso cuando sepa algo.

Conversación zanjada.

He tenido suficiente drama y suficiente Diana por hoy.

Recogemos nuestras cosas sin hablar y salimos de ese pisazo en el centro de Madrid que ahora compartimos. Solo cuando llegamos a la calle y, con la clara intención de alargar la despedida, Diana me pregunta qué voy a hacer con el coche de Hugo. Pues nada, Diana. No lo quiero, no lo necesito. Si dependiera de mí se quedaría en el garaje para siempre. Lo que me faltaba ya… pasearme con él por Madrid.

Y ahí la he dejado, antes de que pudiera acercarse más o despedirse de alguna forma que no fuera la de un leve movimiento de la mano antes de que yo me girara de camino al coche de Lucas.

Al menos el trayecto se me hace ameno viendo el atardecer sobre los edificios de Madrid. Solo puedo pensar en llegar y tumbarme un ratito. Descansar los ojos que me pesan de tantas emociones y conseguir conciliar el sueño.

Solo le pido al universo que mi cabeza desconecte y deje de pensar en todo lo ocurrido en las últimas setenta y dos horas. Es que ya no solo se trata de Hugo y de su muerte… Esto trata de la cantidad de sentimientos que me ha despertado la presencia de Diana.

Esa es la peor parte ahora mismo, porque a Hugo no puedo traerle de vuelta, pero Diana… ella sí está trayendo de vuelta todo lo que creía enterrado.

Cinco años he pasado creyendo que la distancia y el tiempo iban a ser suficientes para dejarla atrás. Cinco años para olvidarla y arrancarla de mi mente y de mi vida. Pues no. Cinco años tirados a la basura en unas horas compartiendo espacio y tiempo con ella. Y lo que me jode equivocarme no lo sabe nadie… Bueno, quizás Hugo sí lo sabía y por eso, el chistoso, nos dejó el apartamento a las dos…

Cuatro frases tontas, una sonrisa encantadora y una magia que sigue teniendo han servido para comprobar el efecto que sigue teniendo sobre mí. Sigue sabiendo qué decir y cómo decirlo para meterse bajo mi piel.

Tres ratos cerca y ya ha hecho que me ponga a pensar en qué coño he hecho este tiempo para ser incapaz de haberla borrado del todo.

Dos ojos verdes que van a volver a perseguirme, lo quiera yo o no.

Un leve contacto de nuestras manos para erizar mi piel y notar la química existente si la dejara fluir.

Y eso es peligroso. Muy peligroso.

Paciente D.A.

Sesión 07: ¿Qué sabíamos de la vida?

—Amiga, te he dado bastante tregua en las últimas sesiones, pero me temo que ya no puedo seguir esquivando esto —advirtió Hugo mientras se acomodaba en el sillón, ya preparado con su libreta en la mano.

Lo miró con resignación, buscando en su cabeza alguna excusa con la que volver a esquivarla. Lo cierto era que sabía que no había escapatoria y, de hecho, tenía que consolarse con que habían tardado más de lo previsto en su cabeza en llegar a ese tema.

—Quieres que hable de ella, ¿no? —adivinó.

Hugo asintió con una media sonrisa. No hacía falta que lo confirmara con palabras. Curioso cómo no era capaz de mencionar el nombre de su expareja sin saber que, su expareja, tampoco solía hacerlo.

—Ya es hora —advirtió—. No solo porque llevamos siete sesiones y apenas la has mencionado, cuando sabemos que fue una parte enorme de tu vida, sino porque necesitas sacarlo. Soltarlo, para poder avanzar. En tus relaciones, con tu familia, con tu sexualidad…

—Lo sé —suspiró, rindiéndose ante la evidencia.

A diferencia de otros pacientes, Hugo disfrutaba especialmente de las sesiones con ella. Tenía claro qué le ocurría, cuáles eran sus miedos y sus inseguridades, y también los puntos clave que debían trabajar y, lo más importante, estaba dispuesta a enfrentarlos. Por eso, él le daba espacio cuando lo necesitaba. Si no lo hablaban un día, lo harían en la siguiente sesión, porque tarde o

temprano, se comprometía con el proceso. Y eso la convertía en un caso especial.

—¿Por dónde empiezo, Hugo?

Solo con el tono de su voz, entendió la magnitud del tema que estaban a punto de abordar. No era solo una historia, era la historia de su vida. Él conocía partes de su pasado, ahora era el momento de escuchar su versión en bruto. Sin adornos y sin barreras. Lo que ella había vivido y sentido en cada momento desde que esa relación comenzó.

—Por el principio —respondió, ladeando la cabeza pensativo —. Iremos poco a poco, tranquila.

Se tomó unos segundos para decidir por dónde empezar su historia. No era fácil. Aquella había sido la relación más compleja y a la vez la más especial de su vida. Ahora, con la perspectiva que le daban los años, era momento de poner en orden lo que había sucedido y, sobre todo, cómo se había sentido.

—Álex y yo nos conocimos por casualidad en la universidad. Una noche salí con mis compañeras a tomar algo y ella también estaba por ahí con sus amigas. Terminamos en el mismo bar y, por pura coincidencia, una de mis amigas conocía a una de las suyas. Así que acabamos juntando ambos grupos —Hizo una breve pausa, dejando escapar una risa nostálgica—. A los veinte años, lo único que te importa es conocer gente nueva, así que nadie cuestionó la piña improvisada que hicimos. Por alguna razón que no entendía en aquel momento, Álex y yo conectamos. Éramos bastante diferentes a simple vista, como la noche y el día, pero nos caímos bien.

—¿Y después de esa noche?

—Nada especial. No intercambiamos los números ni nada. Era lo típico en la universidad: conoces a alguien, te lo pasas bien una noche y ya. Por algún motivo que desconozco, quizás el destino, seguíamos coincidiendo —explicó la rubia, a la que se le escapaban constantes sonrisas por los recuerdos—. En reuniones, en fiestas, en la cafetería de la facultad… Al principio, era casualidad. Luego, empezó a parecer intencionado. Una de esas noches, mientras hablábamos, descubrimos que ambas éramos fans de un grupo que venía a la ciudad y decidimos ir juntas al concierto.

—¿Tenías alguna pretensión al ir con ella? —preguntó Hugo con interés.

—¿Te refieres a si quería algo con ella? —Diana frunció el ceño un instante antes de negar con la cabeza—. Para nada. Ni siquiera se me pasaba por la mente. No era consciente de que pudiera sentir algo más o de que las cosas se fueran a dar como se dieron.

—¿«Las cosas»? —insistió Hugo con cuidado—. ¿Qué «cosas», Diana?

Ella desvió la mirada, inquieta. Era obvio que su terapeuta quería que lo dijera en alto para verbalizar uno de sus problemas y aún así le costaba hacerlo.

—Dilo en alto —la animó Hugo ante sus dudas.

Diana tragó saliva, consciente de que ese momento era un punto de inflexión para ella. Desde la primera sesión, Hugo le había dicho que aprender a hablar abiertamente de su sexualidad era parte del proceso. No había nada que ocultar ni de qué avergonzarse con él.

—No pensaba que una chica pudiera llegar a gustarme —admitió, por fin.

Hugo sonrió con orgullo. No hizo ningún comentario al respecto y no lo celebró en exceso. Lo dejó estar para darle normalidad, como debía ser.

—¿Qué pasó después? —preguntó—. ¿Os hicisteis amigas?

—Sí, fue algo natural. Nos llevábamos bien y empezamos a hablar más seguido y a quedar más a menudo. A veces con nuestros amigos, otras veces solo nosotras. Compaginábamos bien los estudios con el tiempo libre, íbamos a conciertos, al cine… Para mí todo era normal, ¿sabes? —dijo ella algo pensativa.

—Porque lo era, Diana —afirmó Hugo intentando borrar un poco de la culpa que sentía—. Erais dos chicas conociéndoos, disfrutando de la compañía mutua. Dos amigas. No hay que darle más vueltas porque en ese momento no había más pretensiones.

—Pero lo que pasó después…

—Lo que pasó después, pasó después como tú misma acabas de decir —interrumpió, con paciencia—. No puedes juzgar lo que

sentiste más adelante con lo que sabías en ese momento. Ahora continúa, por favor.

Diana inspiró profundamente antes de retomar la historia.

—Lo que te decía, éramos inseparables, tanto que nos convertimos en uña y carne en poco tiempo. Todo el mundo se sorprendía por la conexión que teníamos. Es algo que no había experimentado nunca y que no he vuelto a sentir a día de hoy… —A Hugo le fascinaba ver cómo Diana se sumergía por completo en la historia y se abstraía de todo lo que había a su alrededor mientras contaba lo que había ocurrido con Álex. Era bueno que lo hiciera, pero le indicaba que había analizado durante bastante tiempo toda su historia—. Era como si nos conociéramos de toda la vida, como si hubiéramos encajado de inmediato sin necesidad de explicaciones. Estudiábamos juntas, dormíamos la una en casa de la otra, hablábamos a todas horas…

Llegado a ese punto, se detuvo. No porque no recordara qué venía después, sino porque nunca se lo había contado a nadie. Había llovido mucho desde entonces, y ahora, con la claridad del tiempo, se daba cuenta de lo evidente que había sido todo e incluso se tildaba de inocente por no haber visto las señales en aquel momento de que se estaba enamorando de Álex.

—¿Qué pasa?

—Que ahora lo veo todo clarísimo. —Diana se rió, sacudiendo la cabeza—. Pero en ese momento ni siquiera me planteé que lo que sentía por Álex era algo más que una simple amistad. Me estaba enamorando y no lo vi venir…

—No lo viste porque, hasta ese momento, nunca te habías permitido sentir algo así. No era que fueras ingenua, Diana. Era que estabas aprendiendo algo nuevo sobre ti misma —explicó el psicólogo.

—Supongo que tienes razón.

Se mordió el labio con nerviosismo y Hugo decidió que necesitaba relajar un poco el ambiente antes de continuar hablando sobre Álex.

—Siempre la tengo, ya verás —bromeó antes de volver a centrarse en el tema—. Entonces, ¿en qué momento te diste cuenta

de que lo que sentías por Álex no era solo una amistad?

Había tantas formas de responder a esa pregunta que a Diana le costaba elegir una. Era imposible ignorar la cantidad de veces en las que su corazón había dado un vuelco por esa chica morena con carita de ángel y no lo había entendido hasta mucho después.

—Seguimos así durante bastante tiempo —comenzó Diana, con la mirada perdida en el suelo—. Con más confianza y menos secretos. Pasábamos más tiempo juntas que separadas, con muchas risas y prácticamente ningún problema.

—Hasta que llegó el día en que todo cambió, ¿verdad? —intervino Hugo, con cuidado, sin querer presionarla.

—Sí... Cambió todo y, al mismo tiempo, no cambió nada —respondió Diana, sintiendo cómo su garganta se cerraba ligeramente.

Se estaban adentrando en una de las partes más difíciles de la historia.

—Explícame eso.

—Aquí hay lagunas en mi historia porque el alcohol tuvo mucho que ver —advirtió Diana, como si necesitara justificarse antes de seguir—. Salimos de fiesta, como cualquier otra noche. Solo que esta vez hubo demasiado alcohol, demasiados chupitos. No sé qué nos pasaba... Era como si necesitáramos beber para justificar el acercamiento entre nosotras, el cogernos de la mano y tocarnos… Un juego llevó a otro, risas, más alcohol... y, de verdad, te juro que no sé cómo pasó exactamente, pero nos besamos.

—¿Cómo te sentiste después del beso?

Inspiró una vez más, preparándose para verbalizar algo que había evitado admitir durante años.

—En el momento estaba eufórica —dijo finalmente—, aunque esa sensación no me duró mucho.

No necesitaba que Hugo le hiciera preguntas en ese momento. Ella misma se encargaba de sacar todo lo que había quedado enquistado en su interior, todo lo que durante tanto tiempo la había atormentado.

—Seguimos la noche como si nada. Riendo, bailando y pasándolo bien. El problema vino a la mañana siguiente. Cuando me desperté, me costó un poco entender qué había pasado. Y en cuanto mi cerebro terminó de conectar los puntos, recordé lo que había pasado. El beso. Nosotras. Todo. —Hizo una pausa al recordar los sentimientos de aquella mañana—. Más tarde, cuando hablé con Álex y me preguntó qué tal me había levantado, lo vi claro. Me puse mi mejor máscara y saqué mi mejor faceta de actriz. Le dije que me había levantado fatal y que no recordaba nada de la noche anterior. Fue mi manera de esquivar la bala. De evitar que tuviéramos que hablar de lo que había pasado —dijo con la voz algo rota.

—¿Por qué le mentiste?

Cerró los ojos un instante, buscando el valor para responder a una pregunta que, en apariencia, parecía sencilla pero que en el pasado había sido todo un quebradero de cabeza.

—Porque en ese momento, no concebía la idea de haber besado a una chica. No era lo que se suponía que debía hacer —respondió en voz baja, algo avergonzada de su comportamiento—. Sé que suena estúpido ahora…

—No lo es —la interrumpió Hugo evitando que siguiera castigándose con el mismo tema—. Era lo que pensabas por aquel entonces. Te habían enseñado a ver el mundo de una forma concreta y estabas rompiendo ese esquema. No te castigues por ello. Has cambiado mucho desde entonces.

Diana dejó escapar una risa amarga.

—No tanto... Por eso estoy aquí —confesó, exponiéndose por completo a pecho descubierto—. Además de que no lo veía «correcto» en ese momento, también tenía miedo. Mucho miedo. ¿Y si Álex me mandaba a la mierda? ¿Y si nuestra amistad se arruinaba? Era mi mejor amiga, Hugo. No tenía ni idea de cómo podía reaccionar si lo hablábamos. Preferí hacerme la desentendida y dejarlo pasar. Si ella pensaba que yo no recordaba nada, entonces todo podía quedarse como una anécdota más de una noche de fiesta.

—La querías tanto que temías perderla, sin darte cuenta de que lo que sentías era algo más que amistad.

Diana asintió lentamente. Hugo lo había pillado al vuelo.

—¿Qué pasó después?

—Seguimos con nuestras vidas como si nada hubiera pasado. Éramos igual de inseparables. Solo que ahora, yo tenía unos nuevos sentimientos en mi interior bastante difíciles de ignorar y me atormentaba por ello. No importaba cuánto intentara fingir que el beso no significó nada... Porque sí lo significó —suspiró.

El rostro de Diana había cambiado conforme avanzaba la historia. Se le notaba el cansancio y el desgaste emocional de revivir aquellos recuerdos.

—Pasaron meses hasta que volvió a ocurrir —admitió en voz baja.

—¿Otro beso? —aventuró Hugo.

—Más que un beso —corrigió, negando con la cabeza—. Y, esta vez, casi sin alcohol de por medio en nuestros cuerpos. Lo que lo hacía aún más difícil de ignorar. —Se pasó una mano por el flequillo rubio, despeinándolo sin darse cuenta. Entraban en uno de los episodios que más le había costado procesar en el pasado—. Casi nos acostamos juntas.

Hugo mantuvo el rostro neutro porque no quería que se le notara la sorpresa por estar descubriendo su historia con su mejor amiga.

—No sé cómo empezó. Estábamos en su casa, como cualquier otra noche. No sé si fue la forma en la que me miró o la manera en la que nos reíamos... Y, de repente, simplemente pasó. Nos besamos y no pudimos parar. Estuvimos horas en su cama, hasta que casi... casi... —Diana tragó saliva para contener las emociones que se agolpaban en su garganta—. Bueno, hasta que tuve un momento de lucidez. Me frené de golpe, como si algo dentro de mí me gritara que parara. Busqué alguna excusa estúpida y me fui.

—¿Y después? —presionó el psicólogo.

—Después... tomé la decisión más cobarde que podía tomar. La ignoré…

Bajó la cabeza, avergonzada y se cubrió el rostro con las dos manos.

Hugo mantuvo la compostura como pudo. Estaba presenciando un momento muy vulnerable de su paciente. Lo que no se esperaba era lo revelador que estaba siendo para él todo lo que escuchaba. Información que su mejor amiga, Álex, nunca antes le había contado. Y, de repente, muchas piezas del rompecabezas comenzaron a encajar y le hacían comprender, poco a poco, el comportamiento y la personalidad que había desarrollado con los años.

—¿Por qué la ignoraste? —preguntó para incitarla a hablar—. ¿Qué pasaba por tu cabeza?

—Pensaba que estaba loca. Que lo que había hecho era poco más que un sacrilegio para mi familia —dijo con los ojos clavados en el suelo entre sus dedos, demasiado avergonzada para mirarle—. Me repetía que no podía estar con una chica, que eso no era lo que se esperaba de mí. Así que durante semanas lo dejé pasar. Me distancié de ella y me forcé a creer que solo había sido un error. Una confusión. Y siempre llegaba a la misma conclusión: Álex era mi amiga. Nada más.

Hugo dejó que el silencio se asentara unos segundos en la consulta por si ella quería añadir algo más. Solo cuando notó que no iba a hacerlo, continuó con sus preguntas.

—Por lo que sé, eso cambió en algún momento, ¿no?

—Sí —confirmó Diana en un murmullo—. Por aquel entonces, ninguna de las dos hablaba de lo que sentíamos. Nos aterraba el tema porque no soportábamos perdernos. No sé qué pasaba por su cabeza, pero por la mía... solo quería aferrarme a ella como fuera. Así que nos convencimos mutuamente de que aquello había sido solo un desliz, una niñería que teníamos que olvidar. Algo sin importancia, y seguimos adelante sin perder nuestra amistad.

Se recostó contra el respaldo del sillón con un largo suspiro que liberaba muchas emociones retenidas durante años.

—Teníamos diecinueve y veinte años. ¿Qué sabíamos nosotras de la vida?

Hugo dejó escapar una leve risa, bastante identificado con esa afirmación.

—Lo mismo que cualquier otro a esa edad: nada.

Diana sonrió con nostalgia, pero sus ojos seguían cargados de mucho más dolor y arrepentimiento.

—Nos costó semanas recuperar la dinámica de antes de esa noche —continuó, ahora que había arrancado a contar la historia sentía que no podía parar—. Y creo que ayudó que ambas empezáramos a salir con chicos. De alguna manera, dibujamos una línea entre nosotras. Una barrera que frenaba nuestras maneras de acercarnos.

—¿Te gustaba el chico con el que salías? ¿O fue una forma de intentar olvidar lo que pasó con Álex?

Esa misma pregunta había rondado su mente durante muchas noches de insomnio.

—Ambas opciones son correctas —respondió finalmente—. Necesitaba probarme a mí misma que lo de Álex había sido una tontería. Y él... era fácil. Sin complicaciones. No tenía que pensar demasiado cuando estábamos juntos.

—Lo hacías igualmente, ¿verdad?

—Todo el tiempo —susurró Diana—. No podía sacármela de la cabeza. Quería creer que éramos solo amigas, que lo demás eran tonterías mías y que esos sentimientos de celos, enfados y deseos no eran más que paranoias de mi cabeza. *Spoiler alert:* no lo eran.

Hugo tomó aire antes de hacer la pregunta clave.

—¿Y cómo lo resolviste? ¿Qué pasó para que vuestra relación cambiara de nuevo?

Diana miró a su alrededor, como si acabara de darse cuenta de dónde estaba realmente. Siempre entraba en la consulta con la cabeza llena de ruido, enfocada en sacar lo que llevaba dentro y rara vez se detenía a observar el espacio que la rodeaba. Fue entonces cuando su mirada se posó en un marco sobre la mesa de Hugo.

Era una foto de él con Marcos y Álex, más jóvenes, con el pelo diferente. Debía de tener al menos un par de años menos. Lo que captó su atención no fue la imagen en sí, sino la presencia de Álex en ella. Aquella mujer que, sin proponérselo, había puesto su mundo patas arriba desde la primera noche en la que se cruzaron.

—Lo resolvimos acostándonos, de una vez por todas, una noche —confesó, sin apartar la vista de la fotografía. Hugo alzó la

cabeza de su libreta, sorprendido por la franqueza con la que lo dijo —. ¿Y lo mejor? Ambas seguíamos con pareja. Todo ese tiempo intentando disimular, tratando de estar con otros... Y al final, era inútil. Teníamos una especie de gravedad propia que nos arrastraba la una hacia la otra sin remedio.

—Si lo piensas, es bonito —dijo Hugo con una leve sonrisa.

Álex nunca le había contado todos esos detalles sobre cómo había empezado su relación con Diana. Y era fascinante ver cómo alguien describía con tanta claridad lo que sentía por su amiga.

—Visto ahora, sí —dijo Diana—. En su momento, Hugo... yo no entendía nada. Todo era nuevo para mí. Todo iba en contra de lo que me habían enseñado. Sentía que estaba haciendo algo que no debía y, al mismo tiempo, no podía parar. —Tomó aire antes de continuar—. Esa noche dejamos de contenernos. Nos rendimos por completo a la otra y nos acostamos. Y te aseguro que nunca me había sentido tan completa en mi vida.

La observó con atención, notando cómo la nostalgia y el dolor teñían su expresión.

—¿Y qué pasó a la mañana siguiente? —preguntó, aunque ya intuía la respuesta.

—Esta vez no salí corriendo —respondió Diana con una leve sonrisa, pero su mirada se volvió más seria—. Me quedé. Lo hablamos... O, al menos, lo intentamos. Ninguna de las dos sabía realmente qué teníamos entre manos. Pero Álex… —Hizo una pausa y esbozó una sonrisa triste—. Ella estaba mucho más decidida a seguir adelante con ello que yo.

A Hugo no le sorprendió. Álex siempre había sido de lanzarse de cabeza cuando algo le importaba de verdad.

—Yo... yo seguía temiendo lo que dirían los demás. Lo que pensaría mi familia. Lo que supondría admitirlo en voz alta —confesó Diana sin entender cómo sobrevivió a aquello—. Así que le pedí tiempo. Le pedí que fuéramos paso a paso y, lo más importante… que lo mantuviéramos en secreto hasta que yo pudiera entender lo que realmente sentía.

—Eso te puedo asegurar que lo cumplió —prometió.

Recordaba perfectamente cuánto tiempo había pasado antes de que Álex le confesara lo que ocurría con Diana. En su momento, solo lo contó cuando ya no tenía fuerzas ni para levantarse de la cama, después de tantas idas y venidas entre ellas.

Diana sonrió de medio lado al saber que la que era su chica cumplió su promesa. A pesar de todo, Álex nunca la había traicionado.

—Me alegra saberlo —murmuró—. A partir de esa noche... comenzó la etapa más complicada, caótica, absurda, divertida, fascinante, inigualable y… feliz de mi vida, a pesar de todo.

—Suena a montaña rusa —dijo Hugo, arqueando una ceja—. Pero sabes que ese resumen no me vale, ¿verdad?

—Tenía que intentarlo —respondió con un gesto burlón.

El sonido de la alarma interrumpió el momento. Siempre programaba unos minutos antes del final de la sesión para ir cerrando el tema del día y preparar el terreno para la siguiente. Hizo un par de anotaciones rápidas en su libreta y la dejó a un lado antes de mirar a Diana con seriedad.

—Gracias por abrirte de esta manera —dijo con sinceridad—. Sé que no es fácil hablar de esto. Es una parte muy importante de tu vida y necesitas ponerle voz para poder asimilarlo. También nos ayudará a entender cómo todo esto influyó en la relación con tu entorno y, sobre todo, en tu propia aceptación.

Diana respiró hondo, dejando que sus palabras calaran en su interior.

—Ahora te parecerá imposible —continuó Hugo—, pero todo esto nos va a ayudar a que te entiendas a ti misma y, poco a poco, a que te sientas en paz con quien eres.

Ella lo miró fijamente y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que alguien realmente la entendía.

—Gracias, Hugo.

Le dedicó una última sonrisa antes de recoger sus cosas y salir de la consulta.

Cada sesión con él se estaba convirtiendo en un refugio, en un espacio donde podía aliviar los demonios que llevaba demasiado tiempo guardando en su interior.

Capítulo 07

Estáis usando a Hugo como excusa

—Creo que te vendría bien hablar un poco del tema o decirme cómo estás —sugiere Lucas mientras me sirve una taza de café—. Por mucho que no te apetezca, seguro que estarás mejor.

Es la primera vez desde que he vuelto que tengo un minuto tranquilo para sentarme a hablar con mi hermano. Alicia se ha llevado a Mario al parque para jugar aprovechando la soleada mañana que hace hoy, mientras que mi hermano, con una excusa bastante mala, ha decidido quedarse aquí para hacer el *check* de cómo estoy. Clásico Lucas. Hermano mayor protector donde los haya. Lo ha sido siempre y no va a dejar de serlo ahora. Sus detectores de problemas se han activado y hasta que no hable conmigo no los va a desactivar. A mí no me apetece hablar de nada, la verdad. Agradezco su presencia y estar con él un ratito. No suele ser habitual, y menos que estemos solos, porque cuando nos vemos en vacaciones o vienen a Nueva York siempre estamos rodeados.

Este momento de hermanos se siente necesario para mi corazoncito y, a la vez, no lo quiero porque sé que va a querer seguir hablando del tema. No es que haya dormido muy bien hoy, pero al menos he dormido algo. Lo justo para devolver un poco de gasolina a mi cuerpo a pesar de las constantes pesadillas.

—No lo estoy llevando muy bien, la verdad, pero sobreviviré.

Intento sonar fuerte, convincente y menos afectada de lo que estoy. Antes me muero que reconocer que estoy en la mierda y que no sé gestionar ni una sola de las emociones que pasan por mi cuerpo a cada segundo.

—Mamá está preocupada por ti, Álex. Esto no es una situación normal. —Ya estaba tardando en sacar este tema mi querido hermano—. Hugo era tu mejor amigo y necesitas hablar con alguien para que esto luego no sea un problema para ti.

Gracias por la preocupación, mamá. Siento decirte que así no funcionan las cosas. Mi familia no ha compartido nunca, ni ha visto bien, que me marchara como lo hice. Mucho menos que no haya vuelto desde entonces. Especialmente porque hay un detallito minúsculo, relacionado con Diana, que no saben y que, claro, pone difícil lo de entenderme en aquel momento.

—Mira, luego llamaré a mamá y a papá para tranquilizarlos y les dejaré claro que, si quieren saber algo de mí, me llamen directamente en lugar de calentarte a ti la cabeza. —A estas alturas de mi vida y mi familia sigue sin entender que odio que hablen a mis espaldas—. Pensaba ir a verles a Toledo uno de estos días, solo estaba esperando que las cosas se calmaran un poco.

—Les hará ilusión, y a ti también te vendrá bien despejarte.

Pues todos contentos, ¿no?

Iré a Toledo unos días, donde por cierto, mis padres decidieron mudarse en busca de tranquilidad para su jubilación, obviando nuestros consejos de quedarse más cerca de Lucas. Es verdad que están a poco más de una hora, pero complica un poco más la logística de visitarles. Si hubieran estado en Madrid, habría pasado en cualquier momento a verles, pero ahora tengo que encajar en mi agenda esa mini escapada.

—¿Cuándo tienes que volver a Nueva York? —pregunta Lucas.

Me encantaría que dejara de hacerme preguntas para las que no tengo respuesta concreta, la verdad.

—Todavía tengo algunos días libres —respondo sin dar muchos detalles—. Ya sabes que mi jefe me adora y me da libertad con estas cosas. Igualmente debería ir pensando una fecha de regreso.

Ni yo sé cuándo voy a volver porque no lo he decidido. En principio iba a ser un viaje exprés. Y habría seguido mi plan si no fuera porque el inconveniente del testamento y de mi nuevo piso ha

complicado un poquito la cosa. Así que ahora estoy indecisa si debería seguir con este tema o cerrar el libro y volverme a casa.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras aquí. Nos encanta tenerte en casa y ya ves que Mario no se despega de ti —ofrece, y la mirada de ilusión por que pasemos tiempo juntos es evidente.

—En realidad… —Aquí viene cuando se adelanta confesar, por su insistencia, la idea que lleva desde ayer rondando mi cabeza—. No te había dicho nada porque aún no es seguro, pero estoy pensando irme a un hotel en el centro.

Lucas arquea sus cejas sorprendido, probablemente sin entender que vaya a tomar esta decisión. No es algo que no haya meditado. Al contrario, le he dado bastantes vueltas al tema. Si quiero de verdad seguir tirando de los hilos que encontremos Diana y yo… Diana y yo, qué raro me suena esto después de tantos años… El caso es que necesito un poco de independencia para entrar y salir a mi antojo sin dar explicaciones. Además, el hotel me facilita ir y venir a cualquier sitio, incluido el apartamento, sin perder horas de coche.

Adiós tráfico de Madrid si hago esto. Álex uno, coches cero.

—Sabes que no molestas a nadie. —Me conoce bien y piensa que el único motivo de mi huida es no querer causar problemas o molestarles en su rutina de vida—. Te puedes quedar sin problemas.

Esta casa es una pasada y me encanta pasar tiempo con ellos porque no suelo hacerlo mucho. Eso es un gran punto a favor para quedarme. El problema es que Aranjuez está a un ratito en coche del centro y eso me cansa mucho más y no estoy para regalar esfuerzos estos días.

—Lo sé —respondo para que entienda que, por una vez, eso no es lo que me está llevando a tomar esta decisión—. Y me encanta estar con vosotros, pero tengo papeleo y trámites que hacer con todo lo del piso y el coche de Hugo.

—¿Qué vas a hacer con eso?

Otra pregunta que no sé responder.

—No lo sé.

Sinceridad, porque otra cosa no puedo hacer. No le he dedicado ni un solo pensamiento a qué voy a hacer con la herencia que me ha dejado Hugo en caso de que todas mis intuiciones sobre que pasaba algo más fueran erróneas.

—Bueno, no te agobies con eso —dice Lucas quitándole importancia cuando nota que agacho la cabeza un poco decepcionada conmigo misma por estar tan perdida—. Tienes tiempo para pensarlo y si tienes que volver a Nueva York antes de solucionarlo todo, puedo encargarme del papeleo si lo necesitas.

El hijo perfecto, el hermano perfecto, el marido perfecto… Ese es Lucas. Y lejos de tenerle celos o envidia, lo que siento es cierta admiración de que sea capaz de gestionar todo tan bien y siempre tenga una buena palabra para todo el mundo. No puedo decir que sea mi caso.

—¿Quieres que vayamos con Mario y Alicia al parque? Seguro que el enano quiere pasar más tiempo contigo antes de que te vayas —ofrece cuando entiende que la conversación conmigo no va a llegar mucho más lejos.

—Me encantaría.

Normalmente, pasar una mañana así, rodeada de mi familia, me ayuda a poner en pausa mi vida, no solo por lo de Hugo, sino cuando vienen a Nueva York o vamos de viaje a algún lugar. No está siendo hoy el caso porque ver a Lucas jugar con su hijo en el parque, mientras Alicia pasea a Roco, me recuerda que yo quise todo esto.

Y lo quise junto a Diana.

Cuando me alejé de ella, me alejé de todo esto, o al menos de la idea de poder tenerlo. En vacaciones no me remuerde la conciencia, ni me hace pensar en todo lo que ahora pienso por culpa de haberme cruzado, de nuevo, a una rubia de ojos verdes capaz de alterar toda mi química y cambiar la formulación de mi cerebro hasta el punto de que aparezcan de nuevo las imágenes de futuro que creía enterradas para siempre.

Unas imágenes que quemé en la hoguera por orgullosa e impulsiva. A veces soy un poco como los depredadores, cuando me

hieres, no pienso y solo ataco y claro… luego hay consecuencias, que son geniales si las afrontas, pero si no… Y si hubiera…

¿Cómo habría sido mi vida si no me hubiera ido? ¿Lo habríamos arreglado? ¿Tendría ahora esta misma imagen que tengo delante pero con Diana a mi lado?

Da igual.

No lo pienses porque te fuiste a Nueva York y la nostalgia no sirve de nada en esos momentos. Me fui y construí una vida que me gusta de mujer independiente y feliz con su carrera. Ya está. No hay que darle más vueltas a las cosas que no fueron.

Llegué a Nueva York con casi nada, un euro y un sueño como quien dice, y casi cero experiencia en el mundo laboral con mi carrera recién terminada. Me las apañé para conseguir un trabajo en una empresa española de diseño industrial gracias a un contacto de Marcos. Un día más, mi mejor amigo salvándome la vida. Irme no era una decisión fácil, aunque todos piensen que sí. Era dejar mi vida atrás por su culpa e irme a un lugar donde no iba a tener ningún tipo de ayuda ni soporte emocional, pero no iba a ser mucho mejor quedarme aquí donde todo iba a recordarme a ella.

Hice la maleta y me marché sin mirar atrás y sin pensar en las consecuencias de lo que iba a hacer.

Trabajé incansablemente hasta demostrar que era muy buena en mi trabajo y podía con todo lo que me echaran. No tardaron en ver que podían darme cada vez más responsabilidades y que nunca fallaba. Por eso ahora, cinco años después, tengo uno de los puestos de jefa en mi departamento de diseño industrial y se me respeta en toda la empresa. Una empresa que ha crecido mucho en los últimos años y que colabora con grandes nombres de Nueva York en lo que a construcción e innovación se refiere.

Mi compromiso durante tanto tiempo me da ciertos privilegios, por llamarlos de alguna manera. Mi jefe me ha dado total libertad para ausentarme el tiempo que necesite en cuanto ha sabido lo que ha ocurrido. Solo me ha pedido que esté disponible y me mantenga al día por si pasa algo y me necesita. De momento, solo he recibido un par de correos y un mensaje con una duda. Lo que pasa es que sé que la frecuencia de estos contactos van a

aumentar cuantos más días pase fuera. Lo que me lleva de nuevo a la pregunta de Lucas: ¿cuánto tiempo voy a estar aquí?

En algún momento tendré que regresar a esa vida, ¿no?

A mi vida.

Para ello tengo que acelerar ciertas situaciones, así que le he pedido a Marcos que quedemos esta tarde para tomar algo, sin contarle el motivo real de por qué quiero verle con tanta insistencia. Y, aunque está feo mentir, descubro que es lo mejor que he podido hacer cuando veo la cara de mi amigo conforme voy contándole todo lo que ha pasado con Diana y lo que queremos ahora con ese ordenador que le estoy tendiendo, pero que él no quiere coger.

—No. Ni de coña voy a hacer eso. —Se cruza de brazos ante mi petición.

Entiendo que la idea es un poco descabellada, pero es que a él esto no le va a costar nada y como tenga que llevar el ordenador a otro sitio voy a perder mucho tiempo.

—Por favor, Marcos, lo necesito —insisto intentando convencerle.

—Explícame, por favor, de forma coherente, por qué debería ayudarte a acceder al ordenador de nuestro amigo muerto.

Dicho así suena feo. Muy feo, Marc.

—Porque… porque…

Estoy rebuscando en mi cabeza la razón más convincente para que ceda y me haga el favor. Reconozco que está difícil encontrarla sin parecer una loca.

—¿Ves? Ni tú misma puedes justificarlo. —Le está encantando tener la razón y a mí me está jodiendo un huevo—. ¿Sabes por qué? Porque nadie en su sano juicio haría algo así. Déjalo estar, Álex.

Nadie en su sano juicio lo haría. Bueno, esa es tu opinión, porque ya somos dos chicas que no estamos en nuestro sano juicio y que pensamos lo mismo y queremos la maldita contraseña de este ordenador, Marcos.

—Mira, Marc… Sé que va a sonar a locura, pero Diana y yo creemos que…

—¿Diana y yo? —me interrumpe con sorna—. Guau. Hace dos días no querías ni verla, poco más que nos odiabas por ser sus

amigos y ahora vais por ahí modo Sherlock Holmes haciendo cosas juntitas. ¿Qué ha cambiado, Álex?

Nada.

No quiero que cambie nada. Diana tiene que seguir siendo esa persona a la que no quiero ver, ni quiero cerca de mi círculo y que solo voy a soportar hasta que me vaya de aquí.

—Esto no va de nosotras, si es lo que estás pensando —advierto porque sé perfectamente que es lo que quiere hablar—. Se trata de descubrir por qué hay tantas lagunas e incongruencias en la historia que nos han contado. Ambas sentimos que de verdad no encaja nada de lo que sabemos.

—Otra vez las putas teorías de la conspiración, no puedo más. —Agradezco que le dé un tono de broma que relaja un poco la tensión que se había generado entre nosotros para que no nos tiremos de los pelos—. De verdad, deja de ver documentales estadounidenses.

—Deja de decir tonterías —me quejo—. Nadie puede negar que algunas de sus teorías tienen bases bastante sólidas y con pruebas. No me llames paranoica en este caso sin escucharme.

Marcos se pasa la mano por la cara, claramente meditando si escucharme o no. No le voy a dar opciones a negarse, la verdad, y si piensa que las tiene es porque no me conoce tanto como cree.

—Marc, de verdad, necesito que me consigas la contraseña de ese ordenador. —Empujo de nuevo el portátil sobre la superficie de la mesa para acercárselo.

—Álex, párate un segundo a pensar en lo que me estás pidiendo. Solo te pido eso. —Su voz suena más cansada que molesta o enfadado conmigo—. ¿Qué ganas con todo esto? ¿Qué crees que vas a encontrar en ese ordenador?

—No lo sé —admito con sinceridad absoluta—. Solo sé que tengo la sensación de que pasó algo más que no sabemos y que Hugo se merece que la verdad se sepa.

Resopla y desvía la mirada hacia el ordenador. Es un hueso duro de roer y si no fuera porque nos conocemos hace tantos años que rendiría. Tarde o temprano va a ceder ante mi carita de pena.

De verdad que yo no quería involucrarle en esto, Marc. Es la única manera de hacerlo.

—¿Diana también piensa lo mismo? —pregunta.

—Sí. Solo queremos confirmar que aquí no hay nada extraño. Si está limpio, lo dejaremos estar y cada una a su vida —respondo.

Entiendo que está un poco en shock, no solo por lo que le estoy pidiendo, sino también porque no he mencionado a Diana en años y ahora soy capaz de hablar así de ella y considerarla mi ¿aliada?

—No sé si has convencido a Diana o ella te ha convencido a ti, solo espero que no estéis usando a Hugo como excusa para pasar tiempo juntas. —Ouch. Eso me ha dolido y hago el amago de defenderme. No me deja cuando alza la palma de la mano para que me calle—. Voy a conseguirte esa contraseña, Álex. Pero eso es todo. No me pidas más favores para tus fantasiosas teorías.

—Está bien, me vale.

Voy a agotar la bala de su ayuda en este favor. Uy, feo lo de la bala teniendo en cuenta cómo murió Hugo. El caso es que coge el portátil sin decirme nada más, aparta las cervezas que hace rato que se han calentado sobre la mesa y se pone a teclear en cuanto abre la tapa. Veo cómo saca un *pendrive* de su mochila y lo conecta a uno de los puertos.

Y mientras él hace su trabajo, yo no puedo dejar de darle vueltas a lo que ha dicho de estar usando a Hugo como excusa para estar con Diana, porque es todo lo contrario. Está siendo casi una obligación porque no tengo manera de librarme de ella.

—No quiero que pienses que tengo algo con Diana o hago esto por ella, porque no es así —aclaro. Él sigue muy concentrado en la pantalla y ni me responde—. Las circunstancias nos han obligado a estar juntas con lo del piso. Créeme que he intentado alejarme, pero parece inevitable por una cosa u otra. Hugo fue un traidor dejándonos esa herencia y nos pidió que nos lleváramos bien como última voluntad en su testamento y yo… Nunca he podido negarle nada a Hugo.

—Álex, a mí me parece genial que te lleves bien con ella. —¿Ah, sí? ¿Esta gente ya ha olvidado todo lo que hizo solo porque es

su amiga?—. Ya sabes que es nuestra amiga y te diré algo más. Diana ha cambiado mucho aunque no quieras verlo. Yo no te voy a pedir que seas su amiga. Por tu bien te digo que, quizás deberías darte cuenta, si has pasado página, de que ese rencor no sirve de nada.

—¿Qué quieres decir? —pregunto algo confusa.

—Solo digo que ya que compartís ese piso, podrías aprovechar para limar asperezas con ella y conocerla de verdad —insiste—. Te aseguro que te sorprenderías mucho.

—¿Qué sabes de ella que yo no sé?

No es que me interese… Es mera curiosidad, claro.

Marcos no parece dispuesto a romper la confianza que le une con mi ex para contarme qué ha pasado en la vida de Diana en este tiempo o por qué iba a terapia con Hugo. ¿La dejaría la ruptura tan jodida como a mí? ¿Es eso? Creo que me he centrado siempre tanto en lo mucho que quería odiarla que nunca me he parado a pensar cómo se debía de sentir ella, no solo con nuestra pelea, sino con no darle opción nunca más a volver a hablar conmigo.

—Ya está —anuncia Marcos girando el ordenador y enseñándome la pantalla desbloqueada.

—Broma, ¿no? ¿Tan rápido? —pregunto incrédula.

Tampoco sé de qué me sorprendo si Marcos ha sido un *crack* con los ordenadores desde niño, por eso decidió estudiar ingeniería informática. Luego ha hecho un par de másteres que le han llevado al puestazo que tiene ahora. Su efectividad y rapidez solo corroboran lo bueno que es en lo suyo.

—No es tan complicado como la gente cree —responde quitándole importancia.

—¿Cuál era la contraseña?

—Chris Benson —responde mirándome tan extrañado como yo al oír esa respuesta.

—¿En serio?

Cada vez entiendo menos a Hugo.

—Y tan en serio —confirma Marcos—. Y ahora, el ordenador es todo tuyo. No quiero saber nada de lo que encuentres ahí dentro.

Mensaje recibido, Marcos. No pedirte más favores relacionados con Hugo.

Mientras él recoge y saca algo de dinero para dejar su cerveza pagada, me doy cuenta, al mirar la pantalla del ordenador, de que estaba tan empeñada en conseguir desbloquearlo que no era consciente de que acabo de abrir una puerta a la vida de mi mejor amigo. A su parte más privada y secreta. El pensamiento hace que un escalofrío recorra toda mi espalda y me haga moverme incómoda en mi silla.

—Me encantaría quedarme a tomar otra cerveza, pero tengo que irme al cumpleaños de mi hermano —anuncia Marcos colocándose la chaqueta.

—Claro, no te robo más tiempo. Sé lo liado que estás —respondo.

Yo sigo aún en la llamada que me hizo esa madrugada y me cuesta asimilar que el resto del mundo sigue girando con aparente normalidad.

—Por cierto, ayer hablé con los chicos y queremos quedar mañana por la noche para salir y tomar algo en honor a Hugo —me explica con una sonrisa triste—. Ya sabes, una especie de despedida como las de antes en su honor.

—Iré encantada —acepto sin dudarlo—. Avísame con lo que sea.

Nos fundimos en un abrazo más que necesario en estos momentos.

—Gracias, Marc. Sé que no compartes nada de esto, pero yo necesito saber si hay algo más —murmuro aún sin soltarle.

—Conseguir la contraseña no ha sido nada —dice separándose para mirarme a los ojos—. Solo quiero que recuerdes que nada de lo que encuentres en ese ordenador te va a devolver a tu mejor amigo. Es duro, pero tienes que empezar a asimilarlo, te guste o no. No te obsesiones con fantasmas que no existen.

Con esas últimas palabras, se despide, dejándome sola en el bar.

Paciente R.P.

Sesión 09: Yo no hago nada malo

En las últimas sesiones, Hugo había decidido cambiar un poco el enfoque de su trabajo. Después de escuchar su historia sobre la relación que había mantenido con una chica en la universidad, el psicólogo empezó a sospechar que detrás de su porte impecable y sus modales refinados se ocultaba una parte mucho más oscura. No era algo que pudiera diagnosticar de inmediato. Había decidido confiar en su intuición, junto con el análisis de cada reacción que había tenido, y creía estar ante alguien cuya psique debía ser explorada con mayor profundidad.

El cambio de estrategia era sencillo.

En lugar de seguir pidiéndole que narrara más episodios de su vida, recurrió a técnicas más estructuradas, pruebas diseñadas para analizar patrones de conducta y reacciones emocionales. No solía ser fanático de esos métodos tan genéricos, aunque en este caso le parecían necesarios. Había notado que se ponía especialmente irascible cuando no era el centro de atención en una historia o cuando sentía que su ego podía verse afectado. Así que lo puso a prueba. Le pidió que asociara conceptos básicos con su infancia, con su familia o con sus relaciones. Y, sin darse cuenta, el paciente empezó a decir mucho más de lo que pretendía.

Hugo era muy meticuloso con su trabajo. Trataba a cada paciente como si fuera el único en su lista. Pasaba horas revisando sus grabaciones, analizando sus notas y buscando patrones que le ayudaran en la siguiente sesión. Después de ocho sesiones y

muchas horas de estudio, llegó a una conclusión: su paciente sufría un Trastorno Histriónico de la Personalidad.

No era un diagnóstico grave a primera vista. Sí que era lo bastante serio como para condicionar su vida seriamente si no se abordaba bien y aprendía a gestionarlo. Los tratamientos solían centrarse en corregir los comportamientos impulsivos, ayudar al paciente a ser consciente de su necesidad de validación constante y, sobre todo, en trabajar los problemas de autoestima subyacentes para compensar su fragilidad. Sin embargo, Hugo no estaba convencido de que su paciente estuviera listo para escuchar tal diagnóstico. Decirle de inmediato lo que le ocurría no solo sería poco efectivo, sino que también podría hacer que abandonara la terapia antes de obtener resultados. Tenía que asegurarse de que se quedara el tiempo suficiente para ayudarle de verdad.

Tomó unas últimas notas justo antes de que el paciente llegara. Como siempre, lo saludó con un gesto de la cabeza y le indicó que se sentara en el sofá frente a su escritorio.

—Bienvenido de nuevo.

—Hola —respondió, escueto, como de costumbre.

—¿Cómo estás hoy?

—Bueno… bien, supongo.

La rapidez con la que respondió le sorprendió. Normalmente se tomaba unos segundos para medir cada palabra antes de responder incluso a las preguntas más simples. Algo no iba bien por la forma en la que se movía nervioso, ajustándose la camisa y evitando hacer contacto visual con él.

—¿«Supones»? —Hugo inclinó la cabeza ligeramente—. ¿Ha pasado algo?

—No… bueno, sí. No tiene nada que ver con la consulta.

De nuevo, notó cómo se removía incómodo sobre su sofá, cambiando de postura constantemente. Dejó un poco de tiempo antes de preguntarle nada más, solo observando su comportamiento. Llevaba tratándole suficientes semanas como para deducir que intentaba distraer su mente de lo que realmente le preocupaba.

—Todo lo que pasa en tu vida tiene que ver con esta consulta —le recordó con más dulzura de la habitual—. Si no, dime, ¿para qué estás aquí?

El paciente se quedó en silencio. Parecía debatirse entre hablar o no. Por suerte para el psicólogo, estaba lo suficientemente atormentado como para soltar un poco de lo que tenía en su cabeza.

—Intento… —Un atisbo de duda nuevo apareció en su rostro, revelando más sentimientos de los que pretendía—. Intento saber que lo que hago en mi vida es lo correcto. Que no pasa nada por ser como soy.

No había dicho algo parecido en las nueve sesiones que llevaban, lo que hizo a Hugo apoyar los codos en los reposabrazos de su sillón para prestarle aún más atención.

—Buscas validación. Que alguien te diga que lo que haces, que quien eres, está bien.

—Bueno… supongo que eso lo hace todo el mundo, ¿no? —respondió con una sonrisa forzada.

—Todos buscamos aprobación de alguna manera. A todos nos gusta sentirnos aceptados y se nos hincha el pecho cuando vemos que gustamos. Y está bien. Solo que no todo el mundo acude a terapia por eso —respondió con tacto al notar lo inseguro que había sonado su paciente con esa respuesta—. ¿Qué te trajo hasta aquí?

De nuevo una pausa.

Había ido directo al grano por primera vez y eso podía jugar en su contra. Con él solía dar rodeos para guiar las conversaciones justo donde quería y hacerle hablar. El paciente apartó la mirada. Sus manos se entrelazaron sobre sus rodillas y notó cierta mueca de frustración en su rostro. Hugo pudo ver cómo negaba suavemente con la cabeza, luchando contra su propia mente sobre cuánto decir o no en esa consulta.

Cada minuto que pasaba, estaba más convencido de que su paciente ocultaba algo. No solo era el trastorno de personalidad; había algo más profundo que estaba a punto de rozar con sus propios dedos. Su historial de comportamientos agresivos, sus cambios de humor repentinos, la manera en la que hablaba de sus

relaciones… Había una alta probabilidad de que estuviera haciendo cosas que no fueran correctas e incluso peligrosas para otros.

—Nada concreto —respondió tras varios minutos, mintiendo descaradamente.

—Yo creo que sí hay algo.

Sus piernas comenzaron a moverse de forma nerviosa e incontrolable, rebotando contra el suelo de madera de la consulta. Para alguien que solía aparentar sosiego y tranquilidad, eso era mala señal.

—Mira, yo… yo solo quiero ser una buena persona —suspiró con un hilo de voz.

Ni él mismo parecía creerse que lo fuera.

—¿Consideras que actualmente no lo eres?

—Yo no he dicho eso —respondió levantando la cabeza de golpe para mirarle.

El tono de su voz era más grave de lo habitual, como si estuviera conteniendo un nudo en su garganta antes de explotar.

—Entonces, ¿piensas que venir a esta consulta confirma que eres una buena persona? —Hugo mantuvo la calma, escogiendo sus palabras con mucho cuidado para que no se le fuera el tema de las manos—. ¿O tienes dudas sobre ello?

La tensión en la habitación se disparó aún más si es que era posible cuando vio cómo el hombre apretaba los puños inconscientemente. Era una bomba de relojería, y cualquier palabra mal dicha podría hacer que se cerrara en banda.

—Yo no hago nada malo, ¿vale? —dijo molesto por las preguntas de Hugo—. Solo que hay gente que no me entiende y piensan…

—¿Qué piensan sobre ti? —preguntó, dejándose llevar por la intriga.

—Tonterías.

Con esa última palabra, volvió a esquivar su mirada. Hugo supo que acababan de llegar a la raíz del asunto que tenían que tratar. Ahora solo faltaba tirar del hilo correcto para obtener las respuestas que tanto necesitaba. El problema era que sentía que cada vez que estaba a punto de obtener información crucial, su

paciente se cerraba de nuevo, como si hubiera una barrera invisible que no le permitiera adentrarse más en su mente. Era frustrante, pero también un desafío cada vez mayor.

—Si estás aquí, claramente no son tonterías para ti —dijo con un tono de voz muy calmado, buscando que su paciente se sintiera en un espacio seguro de nuevo—. Podemos hablar de ello, no hay nada de malo en contármelo.

El paciente se levantó del sofá de un bote. No era la primera vez que lo hacía, pero Hugo se sorprendió porque nunca lo había hecho de una forma tan impulsiva. Paseó por la consulta en silencio, hasta que se detuvo frente a una de las estanterías repletas de objetos y libros. Examinó cuidadosamente todo lo que había en los estantes: libros, pequeñas esculturas, vinilos... Sus dedos se deslizaron por las carátulas de los discos sin sacarlos e incluso movió de sitio un jarrón de cerámica. Hugo contuvo las ganas de pedirle que volviera al sofá para no distraerle y perder la oportunidad de hacerle bajar la guardia.

—Curioso. Yo también fui a ese concierto —dijo el paciente, señalando una entrada pegada en un lateral de la estantería junto a una fotografía Polaroid.

—Yo no quería ir, mi mejor amiga me obligó —admitió Hugo con una leve sonrisa—. Lo cierto es que me lo pasé bastante bien aunque no me gustara el grupo.

—No te juzgo. Yo también fui obligado… por mi ligue de turno —reconoció mientras examinaba la foto con más detenimiento.

Su expresión cambió sutilmente cuando sus ojos se centraron en la imagen, concretamente en su amiga Álex.

—¿Y qué fue de ese ligue? —preguntó Hugo, retomando el control de la conversación.

—Lo dejamos poco después.

Buscó en su libreta la página donde había registrado comentarios sobre sus relaciones anteriores para encajar esta nueva información. Quizás ahora podría resolver alguna de las incógnitas que se amontonaban en sus relaciones.

—¿Qué pasó?

—Lo de siempre —contestó, exhalando un suspiro cansado de responder siempre lo mismo en ese tema—. Yo lo di todo por ella. Le gustaban ciertas cosas, pues ahí estaba yo, apoyándola, adaptándome. Siempre presente cuando me necesitaba, dándole todo lo que quería. Nunca era suficiente. No era recíproco. Es como si ella no pudiera estar al cien por cien conmigo.

A Hugo le costó contener el escalofrío que amenazaba con recorrer su espalda al ver la forma en la que el paciente analizaba la imagen, especialmente cuando se centraba en Álex. No solo la miraba, la deseaba con una intensidad perturbadora.

—Otra más que no supo valorarme —añadió—. Y lo pagó.

—¿Qué quieres decir con que «lo pagó»? —preguntó Hugo con todas sus alarmas activadas porque sabía que podía ser algo agresivo.

—Nada —respondió como si nada—. Solo que se volvió loca echándome la culpa de todo. Decía que yo estaba obsesionado, que no la dejaba en paz, que la presionaba… Tonterías. Nada de eso era cierto.

Su voz sonaba tranquila, demasiado tranquila para su gusto.

—¿Entonces por qué dices que «lo pagó»? —insistió.

—Bueno, era una forma de hablar. —Se encogió de hombros y se giró para volver al sofá—. Me perdió. Es todo.

Anotó rápidamente sus palabras antes de continuar. Había encontrado un patrón en su comportamiento. Era la segunda relación de la que tenía conocimiento y también la segunda que terminaba con problemas de obsesión, control y dependencia emocional.

—¿Dónde la conociste? —preguntó para no soltar aún ese tema que tanto le interesaba.

—En un bar. Salí a tomar una cerveza una noche y me la crucé.

—¿Con amigos?

—No. Fui solo. Había un partido de fútbol o algo así y bajé a un bar a verlo. —Su tono era totalmente despreocupado—. No recuerdo bien cómo pasó, solo que nos conocimos esa noche y empezamos un rollo divertido.

Una vez más, ni rastro de amigos en su entorno cercano.

—Bueno, por lo que me has contado, no parecía solo un rollo, ¿no?

—Da igual lo que haya dicho. Esa zo… —se detuvo a tiempo al ver la expresión de advertencia de su psicólogo. Ya le había prohibido en sesiones anteriores usar términos despectivos para referirse a sus exparejas—. Esa tipeja no se merece decir que fue pareja mía después de lo que me hizo.

—Las relaciones son complicadas —intervino Hugo tratando de normalizar la situación—. No siempre hay que buscar un culpable. A veces simplemente se trata de dos personas que no son compatibles o que no buscan lo mismo. Eso no convierte a nadie en un villano. Parte de la madurez emocional es aceptar los errores propios sin necesidad de culpar a los demás…

—Esa ruptura no fue culpa mía —lo interrumpió, elevando ligeramente la voz.

—No me refiero específicamente a esa relación —Hugo se mantuvo firme en la convicción de su discurso—. Lo que intento decirte es que, a veces, las personas se encuentran en momentos distintos de su vida. Quizás ella disfrutaba tu compañía pero no buscaba compromiso, mientras que tú sí. No hay nada malo en eso, por ninguna de las dos partes. —El paciente escuchaba en silencio. Su expresión no mostraba ni una pizca de aceptación o remordimiento ante esas palabras—. Otra cosa sería que realmente la presionaras o cruzaras ciertos límites. O que ella te utilizara a sabiendas. En ese caso, estaríamos hablando de otra historia.

—Yo no crucé ninguna línea que no tuviera que cruzar.

Su mirada era fría y Hugo sintió un atisbo de miedo en su consulta. Algo en la forma en la que lo dijo le dejó claro que su paciente no veía los límites como los veía la mayoría de las personas.

¿A qué se estaba enfrentando con él?

Quizás el misterio que trataba de resolver era mucho más oscuro de lo que cualquier psicólogo podría pensarse al empezar a tratar a un paciente tan reticente a hablar como él. Sin embargo, no

tuvo tiempo para decidir qué hacer porque fue el paciente quien cortó abruptamente la conversación.

—Lo siento, tengo que irme.

Hugo frunció el ceño y miró el reloj. Aún quedaban veinte minutos de sesión.

—Todavía nos queda tiempo —dijo, señalando el reloj de la pared—. ¿Pasa algo?

—No, solo que acabo de recordar que tengo algo del trabajo que tiene que estar listo para mañana —se excusó mientras cogía su abrigo del brazo del sofá.

Hugo lo observó en silencio mientras se preparaba para marcharse.

Aquella sesión le dejó mal cuerpo y aún le quedaba lo peor por descubrir.

Capítulo 08

Miradas fugaces

Ni la tarde con Marcos, ni saber que ahora tengo la contraseña del ordenador de Hugo ha logrado tranquilizar mi cabeza lo suficiente como para dormir un poco mejor que días anteriores. Nada. No hay manera de calmar a mi mente, que me sigue torturando con pesadillas que hacen que me despierte sin aliento en mitad de la noche.

Si Hugo estuviera vivo sería él quien me estaría dando consejos sobre cómo superar la pérdida de un ser querido. No es una tarea fácil, ni siquiera para la persona más fría de este mundo, así que tampoco lo va a ser para mí, que apenas consigo gestionar mi ansiedad en estos momentos. Quizás por eso me sigo aferrando a él de alguna manera. A pensar que ha dejado algunas pistas o señales de que su muerte no es lo que todo el mundo piensa y que hay cabos sueltos que resolver. Aunque parezca loco, es algo mucho más atractivo y fácil que pensar que no vas a volver a ver nunca más a tu mejor amigo.

¿Es una forma de escapar de la realidad? Quizás. Se me da bien hacer eso, la verdad.

Desde la cama de la habitación de invitados de la casa de mi hermano repaso todo lo que he vivido hasta este momento. Todo lo que Diana y yo hemos visto extraño y las incongruencias de esta historia. Es, por cierto, el último día que voy a despertarme aquí porque me voy definitivamente a un hotel. He adelantado la decisión un par de días para poder quedarme a dormir ahí después de la salida de hoy con mis amigos. Mario se murió de pena cuando le

conté que me iba al hotel y, en consecuencia, yo me tuve que tragar las lágrimas para que no se preocupara más de la cuenta. Al menos se salió con la suya y consiguió que le dejaran faltar al colegio para estar toda la mañana bien pegadito a mí.

Yo también he tenido que suplicarle un poquito a mi hermano para que le dejaran quedarse. El chiquillo no da un ruido, saca buenas notas y se porta bien. Un premio no le va a hacer daño, ¿no? Aunque creo que el premio de pasar esta mañana solos ha sido para los dos. Hemos corrido por el jardín jugando a la pelota mientras nos perseguía Roco, hemos hecho un Lego y no hemos parado de reír. Y una mañana tan simple como esta no la compensan ni todos los musicales y vida *cool* de Nueva York. Lo que Mario transmite es un amor incondicional. Una pequeña personita a la que le importa poco lo que he hecho en el pasado o que no haya estado en su vida tanto como a él le gustaría en los últimos años.

Un remanso de paz antes de tener que ver a Diana. Tuve que usar el número que me dejó en su tarjeta de visita para escribirle que ya tenía la contraseña y podíamos vernos. Al agregarla a mi lista de contactos, con su nombre y un emoji de peligro a su lado, pude ver la foto de perfil que tiene puesta en la aplicación de mensajería. Gran error por mi parte pulsarla para verla en grande porque, en el momento en el que la imagen ocupa toda mi pantalla, siento que el tiempo se ha detenido y he vuelto al pasado. Está apoyada contra una pared de piedra clara mientras su melena cae suelta, un poco despeinada por el viento, sin perder el aura de perfección que desprende. Lleva una chaqueta color óxido caída sobre un hombro, dejando ver una tiranta de color beige sobre su hombro desnudo, y de algún modo ese detalle tan simple me resulta hipnótico. No sé si es por su expresión, entre serena y ausente, o por la forma en la que la luz acaricia su piel, pero soy incapaz de apartar la mirada de ella durante más tiempo del que me gustaría.

La magia de Diana siempre fue su capacidad de embaucar sin hacer nada y aquí estoy yo sintiéndome otra vez así y odiándome por ello.

Ya que he abierto la veda de cotilleo, me permito solo este ratito entrar también en la página web que había en la tarjeta. No

tardo en averiguar que ha montado un estudio de diseño o agencia, por llamarlo de alguna manera. Cero sorpresas. Diana nunca fue el tipo de personas a la que le gustaba que le mandasen, así que tener su propia empresa tiene más sentido que trabajar para otros. Solo me hace falta ver algunos de sus trabajos para notar que sigue siendo igual de ordenada y metódica que siempre. No hay ni una sola línea fuera de sitio. Todo combina, todo está alineado. Todo perfecto.

Esta información se queda en la habitación del hotel en la que ya he hecho el *check-in* y me dirijo de nuevo al apartamento de Hugo, usando el paseo andando para volver a ponerme la coraza de «no me importa ni una pizca tu vida, ni tú» antes de verla. Lo último que necesito es que crea que hay cualquier mínimo interés de mi parte en ella. No, no me puedo permitir que se dé cuenta de que la veo más guapa, o de que pienso que el pelo así le favorece tanto.

Y como no me lo puedo permitir, voy a aprovechar la baza que me está dando el hecho de que ya llegue cinco minutos tarde de la hora a la que hemos quedado. No me molesto ni en mirarla cuando llega al portal. El único motivo por el que la he esperado aquí y no estoy ya arriba es porque no me apetece nada poner un pie en ese apartamento sola. No estoy preparada. Yo paso frío hasta que aparezca y me jodo. Si es que ya sabía yo que no había cambiado tanto y que sigue siendo un desastre que llega tarde todo el tiempo.

Lo peor de todo es que ella piensa que la cosa está mejor entre nosotras y el saludo es algo incómodo en consecuencia. Hay un leve acercamiento en el que parece que va a darme dos besos. Ante mi amago de alejarme casi hay un abrazo, que termina cortado por un «hola» bastante seco que sale de mi boca, obviando el contacto físico. Me jode que justifique su tardanza porque «tenía una reunión con un cliente que se ha alargado» y ya no puedo culpar a su irresponsabilidad por ello. Aprovecho el camino hasta el apartamento para contarle el tema de la contraseña, sabiendo que en cuanto lo sepa va a empezar una ristra de preguntas que yo también he pensado en estas horas.

—¿Chris Benson? —pregunta Diana, sorprendida al escuchar la contraseña que Marcos nos ha conseguido.

—Ajá —respondo tranquila—. Marcos la consiguió en apenas cinco o diez minutos.

—Siempre ha sido un genio con la tecnología —dice con una sonrisa orgullosa—. Sabía que nos iba a ayudar.

—No creas que fue fácil convencerle. —Que tenga claro que he tenido que hacer una parte del trabajo de convencerle para que nos ayude y no ha sido un camino de rosas.

—¿Y eso?

—Porque piensa que toda esta historia es una locura y que…

Para el carro, Álex. No es una buena idea decirle que piensa que todo esto es para pasar tiempo juntas. No voy a darle ese argumento y que tenga la oportunidad de preguntarme algo sobre qué estamos haciendo las dos pasando tiempo juntas. No, no. Nos limitamos a este tema y ya.

—¿Y…?

Podría haberlo dejado pasar. Maldita cotilla.

—Nada, da igual. —Desvío la mirada y coloca el ordenador sobre la mesa—. Simplemente no quiere que le pidamos más favores relacionados con Hugo.

Técnicamente no miento. Solo voy a omitir parte de por qué no nos ayuda.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto para cambiar de tema.

—Ahora revisamos el ordenador juntas a ver si encontramos algo —responde como si fuera obvio.

Le paso el portátil porque parece tener un poco más de temple para estas cosas. Eso y que a mí no me apetece nada ser la que se pueda encontrar una nota de despedida o algo por el estilo. Así que la dejo que se mueva por las diferentes carpetas, chequeando el posible material. Está especialmente tranquila mientras lo hace, lo que tampoco me sorprende porque siempre supo controlar los nervios mucho mejor de lo que yo lo hacía.

—Está vacío, no lo entiendo —dice frunciendo el ceño al cabo de unos minutos.

—¿Cómo qué vacío? ¿No hay nada interesante? —pregunto inclinándome más de la cuenta para mirar la pantalla.

—No es que no haya nada interesante, Álex. Es que no hay nada en absoluto —explica Diana volviendo a abrir las carpetas para que yo pueda ver que no hay documentos en ellas—. Vacío. Ni un archivo relevante. Todo parece estar como si el ordenador nunca hubiera sido usado.

Fuck me. Dos días perdidos pensando que este ordenador me iba a dar las respuestas que mi cabeza necesita cuando en realidad no ha servido de nada. Un callejón sin salida. ¿Y si Marcos tenía razón? ¿Y si estoy viendo fantasmas donde no los hay?

—Puede que nos hayamos obsesionado demasiado con esto, Diana —sugiero—. Tal vez hemos visto conexiones donde no las hay.

—No puede ser —se queja dejando el portátil a un lado, claramente frustrada—. Tiene que haber algo que no estamos viendo.

—Diana…

—No, no puede estar completamente vacío. No tiene sentido.

Se levanta de la silla para empezar a dar vueltas en círculo en el salón y me dedico a observar. Conozco esa actitud, Diana no es de las que acepta el fracaso con facilidad, y mucho menos cuando cree tener la razón. No va a parar hasta encontrar un resquicio por el que colarse y conseguir lo que ella quiere. Así que la dejo dar vueltas sin sentido, sin interrumpirla y sin intentar razonar con ella. Puedo escuchar desde aquí su cerebro engrasando los engranajes para encontrar una solución inexistente a todo esto.

—Pensaba que ese ordenador… ¿no?

Por primera vez se para y me mira. Está buscando que la respalde, que le diga que no se ha equivocado y que vamos a seguir con esto. Ahora mismo se me está haciendo difícil decírtelo, Diana. Y no es porque no me estén entrando ganas de animarte un poco con esa cara de perrito abandonado que estás adoptando, sino porque no sé de dónde más sacar algo que no hay.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta, buscando de nuevo en mí una respuesta que no sé darle.

—Nada, Diana —respondo con sinceridad—. No hay nada más que podamos hacer. Quizás toca asumir que Hugo…

¿Cómo voy a asumir algo que no soy capaz ni de decir en voz alta?

Tampoco ella lo hace en ese momento. En su lugar, se tira en el sofá y entierra el rostro entre sus manos, abatida. Está en la mierda más absoluta con todo lo que ha pasado con Hugo y quizás tenga que dejar a un lado todo lo que siento por ella para entender que también necesita un poco de apoyo por haber perdido a un amigo.

—Álex. —Ese tonito de pena no, por favor te lo pido, Diana, que quiero seguir siendo una cabrona contigo y no me lo estás poniendo nada fácil—. Te daría la razón con que no hay nada más que podamos hacer si no fuera porque las dos sentimos que hay algo raro. ¿Qué posibilidad hay de que eso sea casualidad? Tú también has visto que no tiene sentido y que…

—Diana.

La mera mención seca de su nombre la frena inmediatamente. Seguir así no nos va a hacer ningún bien a las dos. Ya lo ha dicho Marcos y tiene razón. Se acabó esta tontería, tenemos que intentar aceptar lo que ha pasado como sea y centrarnos en seguir viviendo y, por mucho que me duela, voy a ser yo la que se lo haga entender.

—Yo ya no sé ni qué pensar, siendo sincera —suspiro con pesar—. Solo puedo decirte que en ese ordenador no hay nada y que lo mejor para nosotras será alejarnos un poco de este piso y coger perspectiva. Esta obsesión no va a ser sana para ninguna de las dos. —Me voy a estar arrepintiendo todo el día de lo que voy a hacer a continuación, pero no puedo evitarlo porque considero que es lo correcto—. Mira, esta noche vamos a quedar todos en un bar para tomar unas cervezas. Estoy segura de que nos ayudará a despejarnos, ¿quieres venir?

—¿Me estás invitando? ¿Tú?

Se le ha llenado la boca de regocijo con esa pregunta y la sonrisita no está ayudando tampoco a que no quiera retirar la pregunta. Está encantada con el hecho de que yo, persona que no

quiere verla ni en pintura, la invite a esta quedada. Y no la culpo por ello, tiene derecho a sentirse así porque lleva remando desde que nos cruzamos por llevarse bien conmigo.

—Vamos todos —aclaro para restarle importancia—. Y lo hago por tu bien. Seguro que todos se alegran de verte y no pensar en esta mierda nos ayudará.

Espero que este argumento de mierda cubra mi impulsividad de haberla invitado con tal de ayudarla a que esté un rato desconectada de toda esta realidad. Es un error que sigamos pasando tiempo juntas. Yo lo sé y el apuntador también lo sabe. Sigo siendo humana, como Chenoa, y no puedo ignorar a una persona que parece tan triste por mi mejor amigo. Por mucho que me quiera mantener fría, no va conmigo lo de negarle la ayuda a nadie que la necesite, nunca lo he hecho. Si puedo conseguir que alguien se sienta mejor con cualquier tontería, lo voy, al menos, a intentar.

—Vale —acepta Diana sin dudar demasiado—. ¿Dónde hemos quedado?

Le doy las explicaciones necesarias del lugar y hora antes de marcharme de vuelta a mi hotel. No tengo nada más que hacer aquí ahora mismo y así me puedo dar una ducha relajante que calme los nervios que ya empiezan a invadirme por la mera idea de estar con ella en un entorno que no tenga nada que ver con Hugo o con lo ocurrido. ¿Cómo puede seguir provocando esta inquietud en mi interior después de cinco años? ¿Cómo es capaz de mirarme a los ojos aún de la forma en la que lo hace aunque yo retire la mirada todas y cada una de las veces?

Esas son solo algunas de las preguntas que van y vienen en un constante mientras doy vueltas a mi maleta para decidir el *outfit* de esta noche. No es que haya traído mucha ropa, así que me decanto por una blusa blanca sedosa que cae perfecta sobre mi cuerpo, especialmente dando forma al escote, y unos pantalones de cuero negro. Básico, pero efectivo. Una última mirada al espejo para asegurarme de que no hay un solo pelo fuera de mi melena y que el perfilador de labios ha quedado perfecto antes de poner rumbo al bar del centro en el que hemos quedado.

Amanda se ha ofrecido a recogerme en el hotel porque pasaba andando por aquí. Así que aprovecho para ponerme un poco al día con ella. Llevábamos unas semanas sin hablar, la verdad, porque he estado muy ocupada y está bien saber qué ha ido pasando y aprovechar ese momento a solas. No me extraña que seamos las primeras en llegar porque nuestros amigos no han sido nunca especialmente puntuales.

Menos mal que he hecho un poco de investigación de campo antes de salir del hotel y he venido mentalizada de que este era uno de los locales de moda de Chueca. Lo que sí que me sorprende es que mis amigos deben ser clientes habituales porque el camarero les conoce y sabe perfectamente lo que van a pedir en esta primera ronda. Marcos, otro tardón de la vida, llega justo cuando esa primera ronda se termina. No fue el único porque Irene llega minutos después con su nueva pareja. ¿Me sorprende que le traiga? Pues no, porque Irene tiene un talento para enamorarse y desenamorarse con la misma facilidad con la que cambia su *look* de pelo. Así que hace una ronda para presentarnos a Nacho, que yo creo que le va a durar tres semanas como mucho por los comentarios sarcásticos que ha hecho sobre la familia de Irene. Nada, chicos, este tampoco va a ser el definitivo. Eso sí, dejaremos que ella lo piense un poco más porque nunca le ha gustado que le digamos ese tipo de cosas.

Y, como siempre, haciendo su gran entrada triunfal cuando ya estamos todos, llega Diana. Mi vista va directa hacia ella y no la puedo apartar en todo su camino hasta la mesa en la que estamos sentados. El cabello rubio, hoy en ondas, cae perfecto sobre sus hombros y contrasta con el vestido rojo estampado que lleva. Está guapa, muy guapa, y la chaqueta de cuero negra le da un toque más casual y rebelde que le sienta de maravilla. Una cosa es seguir convencida de que odiarla es lo mejor que puedo hacer, y otra ignorar que tengo ojos en la cara. No hay manera de que su caminar lento y el vaivén de su cadera marcada no me hipnoticen.

El codazo de Marcos, directo a mis costillas, hace que aparte los ojos de ella y le mire sin entender a qué ha venido esa agresividad. En cuanto veo la mueca que hace con la boca sé que

quiere saber qué hace Diana aquí. Me encojo de hombros, un simple gesto que le revela que he sido yo la artífice de su invitación y que arranca una sonrisa en mi amigo. No sonrías así, Marcos, porque no hay nada más que una persona siendo simpática con otra que lo está pasando mal.

Ya está.

Porque solo ha sido eso, ¿no?

En ese instante, Diana alcanza la mesa y empieza a saludar uno a uno a mis amigos hasta llegar hasta mí. Un día más que me hago una encerrona yo solita porque, tras ver cómo le daba dos besos a cada uno, no voy a ser yo ahora la que se quite y la ignore después de invitarla aquí. Se para frente a mí, respetando mis límites, hasta que soy yo la que se inclina lo justo para darle permiso y ella hace lo mismo. Nuestras mejillas se rozan lo mínimo posible y aun así el corazón se salta un latido.

¿Cuánto hace que no sentía esa sensación? ¿Cinco años?

Menos mal que dura un milisegundo y, para mi tranquilidad mental, Diana se aleja de mí un poco, colocándose casi en el otro extremo de la mesa. Pedimos un par de rondas más de bebidas e intuyo ya, con la poca comida que han pedido para picar, que el alcohol va a subir a más de uno más de lo que debería.

Es la primera vez, desde que puse un pie en Madrid, que me siento bien. Este rato es un respiro más que necesario para mí. Un momento de pausa, donde a veces se menciona a Hugo sin hablar el trágico suceso, para disfrutar de todos mis amigos juntos. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que estuvimos todos así. Aquí no hay penas, no hay teorías de la conspiración, ni preguntas sin respuesta. Solo existe la buena música, las cervezas y las risas que no paran de un lado a otro de la mesa.

En ese remanso de paz sigo hasta que Amanda, con ganas de ir al baño, se levanta de mi lado y deja un hueco perfecto que es ocupado por Diana en un rápido movimiento antes de que lo haga otra persona.

—Hola, hola —saluda con una sonrisa.

—Caracola.

Mi respuesta la hace reír y me jode, porque sigue teniendo una risa bonita. Aunque vaya reflexión de mierda ahora que lo pienso. ¿A quién le cambia la risa? ¿Se iba a convertir en Maléfica a la hora de reír solo porque yo me convencí de que era igual de malvada que ella?

—Cuánto tiempo, ¿no? —bromeo para intentar romper el hielo.

—Demasiado para mi gusto. —Diana apoya los codos sobre la mesa y gira completamente su cuerpo hacia mí. Vaya, buen escote lleva—. Me alegra verte fuera de ese piso. Esta luz te sienta mucho mejor.

¿Está tonteando conmigo? ¿Piensa que por haberla invitado ya puede cruzar esas líneas? Yo no sé ni cómo tenerla cerca y ella se tira así al barro. ¿Cuándo se convirtió en la que llevaba la delantera de las dos?

—No menciones ese apartamento, por favor, que me da un mal rollo —exagero el escalofrío que siento para que ella lo note y vuelva a reírse.

Mi intención de ignorar su cumplido para desviar el tema me sale mal porque esa sonrisa hace que le mire la boca más tiempo del necesario en estos momentos. Menudos labios carnosos que ha tenido siempre. Oye, por favor Álex, deja de pensar estas cosas, que te bebes tres cervezas y te descontrolas de mala manera.

—Te recuerdo que ese apartamento ahora es *nuestro*. —¿Y ese tonito tan marcado que ha usado en esa palabra? ¿Me quieres decir algo? Porque no necesito que me recuerdes que ahora tengo algo que me ata a ti, quiera o no—. Aunque claro, tampoco tenemos por qué volver mucho a él después del fiasco de hoy.

—Así que por fin te rindes —digo elevando una ceja sorprendida por el cambio de actitud.

—No quiero rendirme —suspira algo apenada mientras juega con el botellín de cerveza entre sus manos—. Pero tampoco sé qué más hacer. Pensaba que ese ordenador nos daría una pista o algo y ahora me siento completamente estancada.

Entiendo la sensación de impotencia que está sintiendo, porque yo he pasado por ella también con todo este asunto. Una vez

más, Álex al rescate, aunque sea de Diana, para intentar que se sienta algo mejor y deje de atormentarse.

—Yo tengo la solución perfecta para eso —propongo con una sonrisa

—¿Cuál? —pregunta sin entender nada.

—Vamos a beber y bailar con nuestros amigos porque nos lo merecemos.

Simple y efectivo. Seguir usando esta noche como cortina de humo de lo que sentimos, tanto por Hugo como por nuestro encuentro. Entrecierra los ojos y me mira sospechando que hay algo más en esa propuesta. No la culpo por dudar, nunca he sido una persona que se suelte así como así, al menos en todo lo que implique cabeza, porque cuando se trataba de ella… Ahí iba cuesta abajo y sin frenos con tal de tenerla cerca. Desafiando mis propias normas y principios con tal de que Diana fuera feliz a mi lado.

—¿Quién eres y qué has hecho con Álex? —bromea dándome un ligero y cariñoso empujón en el hombro.

Vamos a reducir los contactos físicos tú y yo porque no me vienen bien ni aunque sean de broma, Diana.

—No me vaciles —le advierto intentando mantener una seriedad que no tengo en esos momentos.

Me levanto para marcharme a otra zona del bar donde nuestros amigos aprovechan para bailar hasta que me frena su mano en mi muñeca. ¿Qué había dicho yo del contacto físico, Diana? No me toques, porfa, no. Porque solo me están viniendo recuerdos de la de veces que frenaste mis huidas en medio de un enfado solo para terminar horas sin salir de la cama.

—Es que es raro verte así intentando disfrutar y todo eso después de…

¿Después de que se muera nuestro amigo? ¿Después de casi mandarte a la mierda? ¿Después de cinco años sin hablarnos? Sea como sea, no quiero hablar más de la cuenta del tema.

—No me psicoanalices, por favor, que para eso ya tenía a Hugo —corto con algo de gracia para que no se lo tome mal—. Ahora vamos a olvidar todo y disfrutar de la noche.

Nada, que no suelta mi muñeca y me jode notar la suavidad de su piel sobre la mía.

—Acepto la propuesta con una condición.

Se levanta para quedar a mi altura y mirarme mejor. Mala idea, que alguien nos interrumpa, por favor, porque sigue sin soltarme y ya no hay necesidad de mantener este contacto.

—¿Qué? —pregunto.

Maldita boca que va a su puta bola y tiene más ganas que mi cabeza de seguirle el juego.

—Déjame invitarte a una ronda —ofrece.

Sutil e inocente en apariencia. No pasa nada por que acepte una cerveza, ¿no? Una ronda gratis para mí, nada más.

—Claro.

Y me siento… cómoda con la propuesta.

No sé si es porque el alcohol está haciendo que me inhiba un poco de mis sentimientos, o más bien de mis propias barreras, pero me siento bien. Una burbuja de normalidad en la que no han pasado cinco años. Una conversación tonta ha conseguido hacer que se me olviden los años que hemos pasado sin hablar y el peso de lo que en realidad nos separa.

Compartimos una mirada fugaz de camino a la barra, de esas que traen recuerdos que preferirías mantener enterrados pero que inevitablemente te hacen sonreír.

Paciente D.A.

Sesión 08: ¿Eres feliz?

—Buenas tardes.

Hugo abrió la puerta de su apartamento con una sonrisa relajada y recibió a Diana con un cálido abrazo que ya se había convertido en el saludo habitual entre ellos.

—Hola, Hugo. ¿Qué tal? —saludó ella sin soltarle.

—Mucho mejor ahora que por fin te dignas a volver —bromeó, aliviado de verla de nuevo después de varios intentos fallidos de retomar las sesiones.

Diana esbozó una sonrisa tímida mientras se encogía de hombros.

—Ya… Siento haber cancelado las últimas sesiones. Estaba sobrepasada después de todo lo que hablamos. Revivir lo que pasé con Álex se me hace muy difícil. —Sus palabras sonaban sinceras mientras caminaban por el pasillo hacia el despacho—. Es como darme cuenta de todos los errores que cometí, de todas las señales que ignoré… No sé, siento que cuanto más lo hablo, más me duele.

—Sé que es complicado, Diana. A estas alturas deberías saber que evitar las sesiones no va a hacer que lo asimiles mejor —le recordó con bastante tacto ya que no quería que se volviera a marchar—. Te prometo que todo esto es por tu bien. Poco a poco lo irás entendiendo a tu ritmo.

Dejó su abrigo y el bolso en una de las sillas que estaban junto a la gran mesa del despacho, al lado de la ventana. Luego, sin pensarlo demasiado, se encaminó directamente al sofá y se acomodó en su rincón favorito. Se dejó caer sobre el reposabrazos,

cruzando las piernas con una comodidad que solo alguien que ya se sentía en casa podía permitirse.

—Ponte cómoda, por favor —rio Hugo al verla tan a gusto.

—Oye, si tengo que venir aquí a soportar que me hagas llorar con mis movidas del pasado, al menos déjame poner los pies en tu sofá, ¿no?

El tono bromista era evidente y eso siempre relajaba el ambiente antes de empezar. Al decidir ir a terapia, había deducido que iba a tener que hablar mucho de Álex y lo que habían pasado juntas. Lo que no había previsto era cuánto le iba a costar enfrentarse a todos los recuerdos.

—Me parece justo —respondió Hugo con una media sonrisa —. ¿Empezamos?

—Estoy lista. Pregunta lo que quieras.

—Te veo hoy enchufadísima con este tema. —Estaba sorprendido por el cambio de actitud de Diana desde el último día que la había visto en ese mismo lugar—. Si no me equivoco, lo dejamos justo cuando Álex y tú decidís que vais a intentarlo.

—Sí —suspiró Diana.

—Pues adelante —la invitó, dándole espacio para que tomara la iniciativa.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Cuéntame todo. Cómo fue el inicio, cómo avanzó la relación, cómo te sentías… y, sobre todo, lo que pasaba por tu cabeza cuando pensabas en tu familia y en su reacción —dijo dándole libertad absoluta—. Tú eliges por dónde empezar.

Lo meditó unos segundos mientras Hugo la observaba con la paciencia infinita que le caracterizaba. Llevaba puesto un vaquero suelto en un tono celeste, con un suéter blanco y marrón que combinaba perfectamente con sus deportivas. Incluso su abrigo y su bolso parecían combinar en la misma paleta de colores. No era casualidad. Hugo ya había notado lo mucho que Diana cuidaba su imagen, lo meticulosa que era con cada detalle. Hizo una pequeña anotación mental. Sabiendo cómo había crecido y la importancia que su familia daba a las apariencias, tenía sentido que ese hábito estuviera arraigado en ella.

Finalmente, Diana exhaló un suspiro y comenzó a hablar.

—Como te conté la última vez, Álex y yo decidimos ir viendo qué pasaba entre nosotras, sin presiones ni prisas. Dicho así suena fácil, ¿verdad? —Esperó a que él asintiera antes de continuar—. Pues no lo fue en absoluto.

—¿Cómo fueron esos primeros meses? —preguntó para darle un punto de partida y que se sintiera más cómoda.

Diana se mordió el labio en un intento de contener la sonrisa boba que había brotado en su cara con el recuerdo de aquellos primeros días de ilusión que se suele tener cuando se empieza una relación. Cerró los ojos por un momento y se dejó llevar por los recuerdos.

—Creo que fueron los días más bonitos de mi vida, Hugo. —Su voz sonaba nostálgica mientras se acomodaba mejor en el sofá, descansando la cabeza en el respaldo—. Había algo mágico en la forma en la que Álex y yo nos entendíamos. Con solo mirarnos, sabíamos lo que la otra pensaba. El simple roce de su mano me hacía temblar por dentro. Dormir a su lado era como estar en el lugar más seguro del mundo. Y… —Se detuvo por un segundo, con un leve rubor en las mejillas—. El sexo era el mejor que había experimentado en toda mi vida.

—Todo suena bastante idílico.

—Lo era —confirmó Diana, dejando que la sensación de aquellos días le recorriera la piel—. Nos reíamos todo el tiempo, hacíamos planes como si el mundo fuera nuestro, nos escapábamos de clase para ir a cualquier sitio… Fue como vivir en una burbuja perfecta donde nada malo podía tocarnos.

—Es bueno que reconozcas lo especial que fue —afirmó Hugo —. Ahora dime, ¿cuándo empezaste a sentir miedo? ¿Cuándo comenzaste a dudar de lo que tenías con Álex? Necesitamos ver cuándo entrabas en pánico y por qué empezaste a sentir rechazo de ti misma antes de dejarlo definitivamente con ella.

—Al principio nada cambió realmente. —Diana bajó la mirada algo triste ante lo que venía—. Nuestra relación ya era tan cercana antes de empezar a salir que lo único diferente era la intimidad de pareja… y ni siquiera era extraño para nosotras. Los primeros meses

fueron de película. Apenas nos separábamos, no pasábamos un día sin vernos y, para ser sincera, Hugo, yo era feliz. De verdad.

—Es bonito escucharte decir eso, no todo el mundo puede decir lo mismo de una relación pasada.

A Hugo se le estaba rompiendo el corazón en ese momento y aún no sabía la mayor parte de la historia.

—No sé cuántos meses estuvimos así, en nuestra burbuja de un apartamento de una habitación en la que nos sobraban metros porque no queríamos salir de la cama. Para mí era todo ideal cuando estábamos juntas…

No quería interrumpirla más de lo necesario aunque no perdía ojo de lo que sus movimientos reflejaban al hablar. Diana se abrazó a sí misma, como si intentara protegerse de lo que venía a continuación.

—Pero… —la animó a continuar.

—Pero cuando estábamos separadas, cuando yo pasaba tiempo con mi familia… Todo cambiaba.

—¿Qué pasaba en esos momentos?

—Que tenía demasiado tiempo para pensar —su mirada se perdió en el techo blanco.

Esa respuesta no necesitaba muchas más explicaciones. Entendió al instante lo que significaba y lo anotó en su libreta. Quería abordar más adelante el tema de la ansiedad que le provocaba sobrepensar las cosas, averiguar si estos episodios eran algo puntual o si se trataba de una constante en su vida.

—Cuando estaba con ella, todo era sencillo —continuó, con la voz un poco más grave, conteniendo las emociones que había reprimidio durante años—. Me sentía libre, feliz, como si nada más importara. Pero cuando no estaba a mi lado, cuando estaba en casa, cuando veía a mi madre hablar de lo que era «normal» en una familia, cuando escuchaba los comentarios sobre cómo debería ser mi futuro… era como si todo lo que tenía con Álex se desmoronara en mi cabeza. Me decía a mí misma que no podía ser, que lo que sentía no era real, que estaba confundida y era algo pasajero.

Observó cómo Diana empezaba a sentirse incómoda con la dirección que estaba tomando la sesión. Se limitó a esperarla, a

darle espacio y tiempo para que se tranquilizara antes de seguir. Las respuestas más importantes a veces tardaban en llegar y él tenía todo el tiempo del mundo para ella.

—¿En qué pensabas exactamente cuando estabas separada de Álex? —volvió a preguntar para guiarla un poco en su historia.

Diana le miró a los ojos y Hugo notó su arrepentimiento, el agujero de miedo y traumas que albergaban esos iris verdes que necesitaban, de una vez por todas, sanar.

—Pensaba en todo lo que nos pasaba. —Se quedó callada una vez más, atormentándose por todo lo que dejó que su mente pensara en aquel momento sin fundamento real más que el de la forma en la que la habían criado—. Intentaba ponerle un nombre, buscar la salida fácil… Era imposible. Cuando estaba con mi familia, era como vivir en un universo paralelo. Todo eran preguntas sobre mis estudios, sobre si tenía novio… y eso me hacía pensar demasiado. Sabía lo que opinaban mis padres sobre este tipo de relaciones. ¿Cómo iba a decirles que quizás me estaba enamorando de una chica?

La familia, como para muchas personas que habían pasado por esa misma consulta, era un punto de quiebre para Diana.

—Explícame tus miedos. ¿Cómo pensabas que podrían reaccionar?

—Como locos —dijo en un susurro ahogado antes de tragar saliva para poder continuar—. No sé cuántas veces he recreado en mi cabeza el momento de contárselo, Hugo. Da igual cómo lo haga, da igual qué palabras escoja. En todas las versiones posibles… me odian.

Su voz se rompió por completo en la última palabra, ya no podía aguantar más esa sensación extraña y cómo la garganta se le iba cerrando. Se había encogido ligeramente sobre sí misma, como si quisiera desaparecer solo por la mera idea de pensar en la reacción de su familia.

—¿No crees que, con el tiempo, podrían aceptarlo?

No le gustaba la idea de que alguien fuera rechazado por su propia familia solo por su identidad, y mucho menos cuando se trataba de alguien cercano a él.

Diana desvió la mirada, incapaz de sostener el contacto visual con Hugo.

—Quiero creer que sí. Es lo único que me mantiene cuerda en este aspecto. —Su voz sonaba apagada, como si se convenciera a sí misma con cada palabra de que eso podía pasar—. Sé que al principio será un shock y que no lo van a aceptar. No tengo ninguna duda. Mi esperanza es que con el tiempo… se acostumbren. Que sean capaces de ver que soy feliz así.

—¿Lo eres?

Hugo inclinó ligeramente la cabeza, observándola con atención.

Diana se limitó a quedarse en silencio mientras subía las piernas para acomodarse aún más en el sofá de la consulta. El psicólogo esperó, observando cómo ella ponía los pies sobre el cuero buscando una distracción. Intentar usar esas tretas con alguien como Hugo era una soberana tontería. Sabía muy bien que todo lo que quería era que él le dijera que quitara los pies de ahí y no iba a hacerlo.

La pregunta que le había hecho no era fácil. No solo para Diana, sino para cualquier persona. Hugo la usaba en sesiones en momentos estratégicos, cuando el paciente estaba lo suficientemente vulnerable como para responder con honestidad, sin máscaras, ni autoengaños. Ella no tenía prisa por responder, ni Hugo por obtener respuesta. Solo se escuchaba el murmullo lejano del tráfico colándose a través de la rejilla del aire acondicionado.

—¿En mi vida en general o en ese aspecto? —preguntó Diana finalmente, en un intento de ganar tiempo.

—Me valen ambas.

—No lo sé, no sé qué responderte —admitió en voz baja, mordiéndose el labio inferior, pensativa—. No sé si soy feliz, Hugo.

Sus palabras estaban cargadas de un peso y una importancia que Hugo reconoció al instante. No era solo la incertidumbre de su respuesta. Era el hecho de que nunca antes se había permitido pensar en ello con seriedad.

—El hecho de que no lo sepas ya es bastante esclarecedor, ¿no te parece? —señaló con una ceja arqueada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó confusa al no entender qué quería decirle.

—Déjame ponerte un ejemplo, a ver si así concluimos algo. —Hugo se acomodó en su butaca y dejó su libreta a un lado—. Cuando hablas de los inicios con Álex, dices con total seguridad que fue una de las etapas más felices de tu vida. A pesar de las dudas, a pesar de los problemas con tu familia, fuiste capaz de identificar que eras feliz. —Diana asintió lentamente, esperando muy atenta el giro en la conversación—. Cuando lo dejaste con ella, me dijiste que fuiste infeliz. Que cometiste un error y que te costó superarlo. De nuevo, fuiste capaz de reconocerlo. Entonces, si comparamos esos momentos con tu presente… ¿cómo te sientes ahora?

Él lo hacía parecer fácil, pero no lo era en absoluto.

—Creo que… —Hizo una pausa, insegura—. Creo que ni una cosa ni la otra. Es como si estuviera… entumecida en ese aspecto. —Sus propias palabras parecían sorprenderla. Se quedó pensativa por un instante antes de continuar—. La relación con mi familia no me hace feliz. Quiero a mis padres, disfruto el tiempo con ellos… No puedo negar tampoco que me duele que no sepan quién soy realmente. Me duele tener que mentirles todo el tiempo. —Se frotó las manos, incómoda al darse cuenta de que empezaba a tener las horas contadas antes de tener que enfrentarse a ellos—. Mi trabajo está bien pagado y tengo un buen puesto. Cualquiera podría estar contento de tener un trabajo así, en cambio yo… creo que realmente no me llena. No diría que es algo que quiera hacer toda la vida.

Hizo otra pausa y su mirada se volvió más sombría. No era fácil poner en perspectiva tantos aspectos de su vida y darse cuenta de que no terminaba de gustarle ninguno de ellos.

—Y en cuanto a sentimientos y relaciones… bueno, después de nueve sesiones, creo que no hace falta que te lo explique, ¿no? Soy un cuadro. —Intentó bromear, pero la expresión de su rostro la traicionaba y se notaba que ese tema le provocaba ciertas inseguridades —. Tener sexo con alguien de vez en cuando no me llena. Solo me ayuda a quitarme la necesidad por un rato, pero nada más.

Hugo la observó con atención, analizando cada una de sus palabras.

—Si ponemos todo en una balanza… no es ni bueno ni malo, ¿verdad? —Diana asintió, en completo silencio. —En mi experiencia, cuando alguien está satisfecho con su vida, aunque tenga problemas en algunos aspectos, la balanza sigue inclinándose hacia lo positivo. El problema comienza cuando esa balanza se equilibra… o empieza a inclinarse hacia el lado negativo.

—¿Y qué hago?

La rubia parecía más frágil de lo habitual. Se había girado completamente hacia Hugo, con los ojos fijos en él esperando la gran revelación que le ayudara a conseguir su felicidad.

—La pregunta que te hice antes sobre la felicidad es una trampa —admitió el psicólogo con una leve sonrisa—. No hay una respuesta correcta, así como no hay una fórmula mágica para la felicidad.

—Entonces, ¿qué?

Una pregunta simple y a la vez tan difícil de responder. ¿Qué se hace para conseguir la felicidad? ¿Qué es la felicidad para cada persona? Un niño podría responder que una tarde jugando a la Nintendo, mientras que una madre podría decir que su bebé duerma varias horas seguidas…

Una pregunta sin una respuesta correcta, pero tampoco incorrecta.

Una pregunta abstracta que Diana no quería ni plantearse.

Quedó suspendida en el aire, cargada de miedos, de inseguridades. Hugo nunca la había visto tan vulnerable como en ese momento. Acababa de romper el mundo de Diana de la forma más simple, con una pregunta que cualquiera que la conociera podría haberle hecho.

El problema era que llevaba años construyendo un muro a su alrededor. Un escudo hecho de apariencias, éxito profesional, relaciones superficiales y un estilo de vida perfectamente calculado para que todos pensaran que tenía la vida perfecta. Cualquiera que la viera desde fuera pensaría que tenía todo lo que alguien podía

desear. Eso cambiaba si escuchaban sus sesiones con Hugo. En ese caso, la historia era completamente diferente.

Ese muro se había ido resquebrajando poco a poco en cada sesión que habían tenido hasta el momento. Y ahora, con la simple revelación de que no era feliz, estaba comenzando a derrumbarse por completo. No llevaba el estilo de vida que quería, ni era libre porque ocultaba a su familia una parte importante de su vida. Tenía miedo de contarles la verdad porque lo cierto era que, a veces, ni ella misma se aceptaba. Seguía luchando contra sus sentimientos y contra las normas de lo establecido en la sociedad sobre lo que es correcto o no para algunas personas.

Hugo se apoyó en el reposabrazos de su butaca y observó a Diana sin pestañear. Aquel era un momento crucial, un punto de inflexión en su terapia. Lo había estado esperando desde hacía semanas, observando los patrones, las dudas y las contradicciones en su discurso. Ahora, por fin, podía poner en palabras lo que llevaba tiempo analizando.

—Entonces, intentamos cambiar lo que no nos hace felices y construimos una vida que se ajuste a lo que realmente queremos —respondió con calma, asegurándose de que cada palabra calara en Diana—. Creo que el hecho de que no te hayas sincerado con tu familia no es solo por miedo a su reacción. Viene de algo más profundo… Creo que hay una parte de ti que sigue rechazándose a sí misma.

Diana no reaccionó de inmediato, al menos que ella notara porque su expresión sí cambió levemente. Hugo percibió la tensión en sus hombros, el leve movimiento de su mandíbula al apretar los dientes y supo que no iba desencaminado, así que se atrevió a continuar.

—Has aceptado quién eres, pero con cierta resignación. En algunos momentos, incluso te culpas a ti misma, como si te estuvieras complicando la vida solo por tus sentimientos —adivinó de una manera bastante acertada—. Y eso se ha reflejado en otros aspectos de tu vida. Te conformas con un trabajo que te da estabilidad, pero que no te llena, porque ya tienes demasiadas complicaciones en otras áreas. Y lo mismo ocurre con tus relaciones.

Mantienes todo en un nivel superficial, sin dar el siguiente paso. Porque hacerlo significaría enfrentarte a algo que evitaste incluso con Álex después de tantos años: hablar con tu familia de la persona que te hacía feliz.

Diana bajó la cabeza y se mordió el labio, tratando de contener una sonrisa amarga. No era una expresión de felicidad, sino de resignación, de impotencia e incluso de nervios.

—Me estás diciendo que se lo tengo que contar a mis padres… —susurró, sin levantar la vista.

—No —corrigió, con seriedad—. Te estoy diciendo que, antes de cualquier otra cosa, necesitas aceptarte por completo. Y cuando estés preparada, cuando sientas que es el momento, entonces podrás hablar con ellos y liberarte en todos los aspectos de tu vida. No antes. No hasta que estés realmente lista.

Diana asintió lentamente, como si procesara sus palabras a un ritmo distinto al habitual. Se frotó las manos, nerviosa.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó con un hilo de voz.

Hugo le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Seguiremos con las sesiones, hablaremos de cómo te sientes, trabajaremos en ejercicios para que te conozcas mejor. Iremos descubriendo juntos lo que necesitas para sentirte en paz contigo misma. Yo solo quiero ayudarte, Diana.

Se quedó en silencio por un momento. Luego, respiró hondo y asintió.

—Entendido.

Su tono era serio, casi formal. Parecía realmente dispuesta a hacer lo necesario para recuperar el control de su vida. Probablemente no era tan consciente como el psicólogo del largo camino que aún les quedaba por delante.

—Faltan diez minutos para que termine la sesión —dijo Diana tras consultar el reloj de la pared—, pero agradecería que lo dejáramos por hoy.

Hugo asintió sin hacer preguntas. Había sido una sesión reveladora y entendía que Diana necesitara espacio para digerir todo lo que habían hablado. Presionarla más en ese momento no serviría de nada.

Como siempre, la acompañó hasta la puerta. Sin embargo, a diferencia de otras veces, no le dio una cita para la próxima sesión. En su lugar, le dijo que se tomara unos días para reflexionar y que le llamara cuando sintiera que estaba lista para continuar. Cuando salió de su apartamento, Hugo se quedó un momento en el umbral, observándola mientras se alejaba por el pasillo. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando la escuchó llamarlo:

—Hugo.

Abrió de nuevo y la encontró de pie en mitad del rellano. Sus ojos reflejaban una mezcla de emociones que no era capaz de descifrar del todo y que estaban a punto de desbordarla por completo cuando saliera de ese edificio.

—Gracias.

Sonrió, genuinamente conmovido. No había nada que le hiciera más feliz que saber que estaba ayudando a alguien a encontrar su camino.

Capítulo 09

Nuestra propia historia

¿He bebido demasiado? Sí.

¿Era mala idea irnos a otro bar en lugar de al hotel? Sí.

¿Está Diana guapísima con esa sonrisa? También.

Voy a fingir demencia y convencerme a mí misma de que ella no ha sido una de las razones por las que he aceptado continuar de fiesta con mis amigos. No, no ha sido por ella, ¿vale? Ha sido porque me encantan las batallitas que Sergio cuenta que vivió con Hugo. También porque Amanda no para de contar novedades muy interesantes de su vida. Y por supuesto porque Marcos es un payaso y me está haciendo reír.

Sí, eso es. Todas esas razones me han llevado a quedarme aquí y ponerme al día con mis amigos. Es triste que tenga que pasar algo malo para que todos paremos nuestras ajetreadas vidas de adultos para reunirnos. En parte, me alegra que lo hayamos hecho. Siempre nos mantenemos al día por el grupo de WhatsApp que tenemos y… un momento, ¿tendrán otro grupo con Diana? Porque con lo amigos que son todos sería lo lógico y… Bueno, que me da igual lo que tengan o dejen de tener, yo voy a lo mío.

Y cuando digo a lo mío… digo a estar revoloteando allá por donde esté Diana. Aquí es cuando vuelvo a culpar al alcohol de mi desinhibición en estos momentos y no al labial rojo que ha ido a aplicarse al baño hace un momento. Es que está muy atractiva hoy como para no mirarla un poco. Hoy y siempre, la verdad, porque siempre ha sido algo que me volvía loca en el buen y en el mal sentido. En el bueno porque ese pedazo de monumento con patas,

al final del día, estaba conmigo. En el malo porque todo el mundo se fijaba en ella y tuvimos épocas en las que mis celos por estar ocultas nos superaban. No estoy orgullosa de aquello…

Tampoco es que ella se esté cortando porque no para de sonreírme y de susurrarme cosas al oído cada vez que puede cuando pasa por mi lado. Está buscando cualquier excusa, hasta preguntarme dónde he encontrado una pajita, para hablarme. La verdad es que debería haberle dicho que no quedaban más porque verla ahora bebiendo de esa pajita es extremadamente sexy y… Joder, otra vez caigo.

¿Yo para qué bebo? Que así no hay quien se controle. Es su culpa, que está muy simpática, y muy guapa, y muy divertida, o al menos a mí me hacen gracia todas sus bromas hoy. Madre mía, es que me cago en todas las mariposas que estoy notando en el estómago esta noche con ella cerca. No, no pueden ser mariposas, Álex, tiene que ser que el chupito de tequifresa te ha sentado mal. Sí, es eso seguro. Adiós, mariposas, hola, acidez.

Ah, pero es que mira cómo baila ahora con Amanda y cómo mueve sus caderas y… *Fuck*. Otra vez. Mira, me tengo que alejar un poquito de ella porque esto de estar mirándola como una imbécil esperando que interactuemos otra vez no le va a hacer bien a nadie y mucho menos a mi pobre corazón. Si quiere algo, que vuelva a venir ella a buscarme. Aunque ya lo ha hecho varias veces y casi me da un chungo por la sorpresa… Diana es como… ese postre de chocolate que te apetece muchísimo después de comer y lo pides aun sabiendo que te va a reventar la tripa y te arrepentirás en unas horas por la hinchazón. Así me siento ahora, con ganas de postre, pero sabiendo que no debería hacerlo.

Por una vez, me alejo lo justo para poner distancia, recordando que yo tengo una vida en Nueva York que no voy a dinamitar porque una chica guapa se cruce en mi camino. Aunque claro, menuda chica guapa que… ¡el alcohol, Álex! No dejes que hable por ti…

Como si supiera los mil demonios que tengo volando alrededor de mi cabeza, Marcos aparece a mi rescate para sacarme a bailar. Él no ha bebido tanto y tampoco me sorprende. Siempre ha

sido el papi que mantenía la cabeza más centrada por si pasaba algo o la noche se descontrolaba y necesitábamos a alguien responsable cerca. Va a ser el único que mañana no tenga lagunas en su memoria.

—Te lo estás pasando en grande, ¿no? —me dice al oído por encima de la música.

Sutil, mi amigo. Esa frase se traduce en «vamos a hablar de Diana, quieras o no». ¿Qué hago yo? Lo que mejor sé hacer, ignorarlo como sea.

—No me puedo quejar.

Le doy un sorbo demasiado grande a mi copa con la intención de terminarla y tener excusa para ir a la barra a por otra. Ilusa de mí por pensar que Marcos no va a seguirme.

—Hacía mucho que no estábamos todos juntos… incluida Diana —comenta apoyándose en la barra junto a mí.

Aquí está el nombre de mi ex, ya lo ha soltado y ahora pretenderá que hablemos de por qué llevo media noche siendo tan simpática con ella, riendo y rozándonos fingiendo que es sin querer. Tengo dos opciones: puedo reconocer que Diana sigue teniendo algo que me hace gravitar a su alrededor o puedo fingir que está loco y pedirle no hablar del tema.

—No vayas por ese camino que nos conocemos —advierto, eligiendo la segunda opción porque no me siento preparada para la otra.

—Venga, Álex, que todos estamos viendo lo bien que estáis…

—Marcos —le interrumpo mientras pago la copa que he pedido y que mi cuerpo no necesita—. Para, por favor te lo pido.

Y es de esas pocas veces que mi amigo decide hacerme caso.

—Está bien, no es el momento —cede—. Pero no creas que te vas a escapar de esta conversación tan fácilmente.

Agradezco que no siga porque mi lengua traidora hoy lo mismo le dice que sí, que mi ex está guapísima y que estos días solo me han hecho darme cuenta de que lo nuestro no está tan superado como yo llevo años diciendo. Como estoy fingiendo demencia, nada de lo anterior es cierto y, simplemente, soy maja con Diana.

No es que salga mucho de fiesta en Nueva York y quizás por eso me he dejado llevar tanto hoy. Los locales a los que me han traído son geniales y no me puedo quejar. Buen ambiente, buenos precios y buena música. No solo Diana me ha llevado cinco años atrás en el tiempo, mis amigos y esta fiesta también. Siempre era de las que salían todos los fines de semana con unos o con otros, aunque Diana solía ser constante en los planes. Cuando me fui a Nueva York, no sé si por esa necesidad de cambiar o cortar con todo, dejé de hacerlo. Y ahora… esto se siente bien. No por el alcohol, eso me va a hacer sentir como una mierda mañana. Sí por la sensación calentita en el pecho de estar con mis amigos, con gente que se preocupa por mí y… por ella.

Un cambio de canción hecho muy poco a poco gracias al mix del DJ hace que tarde un poco en reconocer el temazo que acaban de poner. Me giro buscando a Marcos con la mirada y ha hecho lo mismo que yo buscándome entre todos. Es una de las canciones favoritas de Hugo y Marcos no duda en estirar la mano para que yo la acepte e irnos a bailar como si no hubiera un mañana. No es que mi amigo haya sido nunca la persona más bailarina del mundo, pero poco le importa en estos momentos por el significado que tiene. Durante tres minutos nos entregamos a la música con una intensidad que va mucho más allá de lo físico. Es un pequeño homenaje a nuestra tercera rueda del triciclo que montábamos desde hace años, una forma de liberar emociones.

En cuanto suena la última nota, Marcos me abraza y yo me permito perderme un poco en mis sentimientos, en la pena y la nostalgia que hace días que habita en mi cuerpo, aunque la he relegado a un rincón oculto.

—Le echo de menos, echo de menos a Hugo —confieso.

Marcos me coge de la mano y me lleva a una zona más apartada, entendiendo que es la primera vez que lo digo y voy a necesitar un momento para entender la magnitud de lo que ha pasado.

—Yo también, Álex —responde suspirando y sé que agradece que por fin me haya soltado un poco con este tema—. Mira a tu alrededor, Hugo sigue teniendo la magia de siempre. Incluso

después de irse ha conseguido que todos estemos juntos esta noche. ¿Quién lo haría hace un año?

—Siempre supo cómo unirnos, incluso a Diana y a mí después de cada pelea…

No es que mis amigos hayan sabido nunca los pormenores de mi historia con Diana, pero cuando pasaba algo, aunque yo no diera la información completa, siempre me ayudaban a elegir el camino correcto, menos cuando… Mis ojos se desvían directos hacia la rubia que sigue bailando con Amanda. La parte baja del vestido se mueve a su ritmo y la sonrisa juguetona que brota en su cara cuando perrea solo me dan ganas de acercarme a ella y ser objeto de ese baile.

—Y lo sigue haciendo —comenta Marcos, que seguro que se ha dado cuenta de hacia dónde miro porque disimulada no estoy siendo esta noche—. Sé que me voy a arrepentir de preguntar esto, pero… ¿había algo en el ordenador?

Esa pregunta sí que consigue que deje de mirar a Diana.

—Nada, estaba completamente vacío. Solo tenía las carpetas y los programas de fábrica —respondo.

Por su cara puedo ver que no le ha gustado mi respuesta.

—Qué raro. Ese era su portátil, lo reconocí nada más verlo con las pegatinas y esas cosas que le encantaban —dice pensativo —. No entiendo por qué no tiene nada. Es raro…

Vaya, vaya, amigo. Va a ser que no estoy yo loca y sí que empiezas a pensar tú también que aquí hay cositas raras, eh. ¿Cómo no va a tener nada en su ordenador personal? Es como las escenas del crimen que están extremadamente limpias. Siempre son sospechosas, ¿no?

—Lo que te digo, no había nada —repito y esta vez no hay intención de pensar más allá porque mi cabeza no tiene los recursos suficientes para ello—. Lo más raro de todo es que la contraseña fuera «Chris Benson».

Mi cabeza debe de estar más avispada de lo que yo pienso o, por una vez, el alcohol ha agudizado mi ingenio, porque como si de un mapa mental se tratara, uno los puntos que me revelan lo que

tenía delante todo el tiempo. Un clic que me hacía falta para entender lo que teníamos que ver.

—¡Eso es! —exclamo mientras siento cómo me sube la adrenalina por lo que se me ha ocurrido—. ¿Cómo no lo hemos visto antes?

—¿De qué hablas?

Ni siquiera le doy opción a Marcos de terminar su pregunta cuando dejo la copa sobre la mesa y salgo disparada hacia la barra. He visto cómo Diana iba en esa dirección hace un minuto y la intercepto antes de que tenga la oportunidad de pedir otra copa. Cojo su mano, mala idea porque me están viniendo una cantidad de recuerdos bastante peligrosos por este simple contacto de nuestras pieles. Creo que está tan en shock por este impulso que ni protesta. Se deja arrastrar hasta que la llevo al baño, alejadas del ruido de la música para poder hablar. Aun habiendo cerrado, me cuesta un segundo de más soltar su mano, que está encajada en la mía como si fuera una pieza de Lego que siempre ha pertenecido ahí.

—Tú y yo tenemos un historial en los baños que no sé si quieres repetir —bromea en cuanto la suelto, en un intento de romper este momento extraño que yo misma he generado.

Y me tengo que morder la mejilla por dentro para no sonreír por el recuerdo de la cantidad de veces que, incapaces de aguantarnos las ganas, lo hemos hecho en el baño de una discoteca.

—Diana, *stop*, es importante…

Mi tono debe de ponerla en alerta, porque se pone seria al instante.

—¿Qué pasa, Álex? —pregunta dando un paso adelante que no me viene nada bien.

Por favor, me tengo que concentrar en lo que tengo que decirle y no en esos ojos verdes que le brillan un poquito por el alcohol y que están preciosos.

—Chris Benson —le digo simplemente con la esperanza de que lo entienda.

—¿Qué pasa ahora con eso? —pregunta sin entender nada.

Vaya, el alcohol a ella no la ha agudizado tanto.

—¿No lo ves? —insisto.

Venga, siempre has sido una chica lista, Di, tú puedes llegar sola a esta conclusión.

Chris Benson es el personaje protagonista de una saga de libros que nos encantaba. La típica que leer durante la adolescencia y que te marca para toda la vida, especialmente porque luego hicieron las películas. Cinco volúmenes que he releído infinitas veces y que me sabía de memoria. No sería raro que yo pudiera usar ese nombre como contraseña, lo raro es que lo use Hugo cuando detestaba esos libros. Siempre me hacía bromas de cómo me sabía los diálogos de las películas. Entonces, ¿por qué demonios iba a utilizar ese nombre como contraseña de su ordenador?

Antes de la cantidad de gintonics que Diana lleva en el cuerpo, estoy convencida de que podría haber pillado la idea. No parece que esté viendo lo que necesito. Tampoco ayudan las constantes interrupciones de chicas entrando y saliendo del baño. Venga, Di… Necesito que te des cuenta sola, no quiero decírtelo… Quiero que lo veas tú y así poder seguir tirando de este hilo sin pensar que estoy buscando otra excusa para seguir aquí contigo. Tiro de su brazo, esta vez esquivando el contacto con su mano, para llevarla a un esquina aún más privada donde volvemos a quedar demasiado cerca.

Me separan apenas veinte centímetros de esos labios rojos y carnosos que…

—No puede ser. —Gracias a Dios por interrumpir mis pensamientos, Diana—. ¿Cómo no lo hemos visto antes?

Bingo, ha hilado ella solita.

—Porque nos cegamos con el contenido del ordenador —digo para que no se sienta mal por no haberse dado cuenta antes—. Creíamos que la clave estaba dentro, cuando la teníamos delante todo el tiempo.

En vez de responderme o seguir elucubrando sobre lo que ahora tenemos en nuestras manos, se inclina más de la cuenta, reduciendo ahora el espacio a unos diez centímetros, y coge mi mano en un gesto demasiado natural. ¿Qué hace? ¿Por qué toca? No, no… que tiene la mano muy suave y… ¡Frena!

—Vamos, Álex —me pide cuando me quedo parada en seco, aunque el contacto entre nuestras manos no se rompe—. Tenemos que ir al apartamento.

—¿Ahora? ¿Estás loca? —pregunto negando con la cabeza.

Ni en un millón de años voy yo en mitad de la noche al piso donde mi amigo se pegó un tiro. No, de eso nada. Me da muy mal rollo la simple idea.

—Tenemos que ir y volver a buscar de nuevo algo relacionado con esos libros —insiste tirando de mi brazo, pero me resisto y me quedo sin moverme del sitio.

Creo que, inconscientemente, tampoco quiero irme de aquí con ella en este estado. Nos conozco y siempre ha sido muy fácil para nosotras caer en ciertas cosas cuando nos dejábamos llevar por el alcohol.

—Diana —suspiro—, es de madrugada, estamos algo borrachas y no me gusta ese apartamento.

Es que me dan escalofríos solo de pensar en entrar ahí ahora mismo.

—Por favor, Álex. Yo voy a ir y no quiero ir sola. —Mierda, ha sacado su mejor arma, el pucherito sacando el labio de abajo más de la cuenta y los ojos muy abiertos—. Te necesito a mi lado para esto.

Ay, no… El tono de voz de súplica y la carita. No voy a poder negarme y ya lo sé. Creo que ella también, solo que esta vez no tira de mí, sino que espera a que sea yo la que se mueva. Para terminar de rematarme, su pulgar su mueve con cariño en el dorso de mi mano. Una caricia que me hace cerrar los ojos y que, contra todo instinto de supervivencia, me hace asentir.

Mira, de perdidos al río se dice, ¿no? Más desestabilizada de lo que estoy ya no voy a estar, así que adelante. Aprieto su mano un poco, lo justo para darle permiso de tirar de ella de nuevo hacia la calle. Ni siquiera nos molestamos en avisar a nadie de que nos vamos. Con un poco de suerte, si asumen que nos hemos ido juntas, tampoco harán muchas preguntas. No lo han hecho nunca y no van a empezar ahora.

La vaga luz que arrojan las farolas del centro de Madrid deja ver que no somos las únicas que vamos algo perjudicadas. De hecho, parecemos bastante decentes después de cruzarnos a un par de parejitas que no se sostienen lo suficiente como para andar en línea recta. El frío de la noche sirve para que se me despeje un poco la cabeza, y quizás esa también es la excusa para no haber roto el contacto entre nuestras manos, que siguen perfectamente entrelazadas sin necesidad ya. No vamos a perdernos en estas calles que conocemos de memoria, pero ni ella quiere soltarme, ni yo quiero que lo haga.

¿Por qué? Pues mira, no lo sé. Solo sé que se siente bien tenerla ahí y experimentar el calor de algo familiar y cómodo. De algo que… extrañaba.

El apartamento de Hugo no está demasiado lejos, apenas a unos diez minutos a pie de donde estamos. Las dos vamos perdidas en nuestros pensamientos y yo me pregunto si ella también estará sintiendo este cóctel de emociones que tengo yo ahora mismo en el pecho. Me giro para mirarla y… ¡mala idea! Porque me sonríe de una forma muy tierna, sin dientes, solo con la comisura del labio. No puede seguir teniendo este efecto en mí aún… ¡Fuera! ¡Fuera, mariposas! No es el momento, joder.

¿Yo por qué me he embarcado en esta aventura en mitad de la noche sin mirar atrás? Nunca me ha resultado fácil decirle que no a Diana, eso no es novedad. Madre mía, qué facilidad la tía para que siga haciendo lo que ella quiere. Y cómo me jode, la verdad.

Conforme nos acercamos al apartamento, siento una sensación extraña. Vamos a llamarlo sexto sentido o sentido arácnido, como Spiderman. El caso es que me da mal rollo y vuelvo a creer que esto es una mala idea. Al girar la calle donde está el portal, Diana suelta mi mano para buscar las llaves y noto el frío en mis dedos y no solo por la pérdida de contacto.

La sigo por el piso sin decir nada, ni siquiera cuando entra directa al salón casi sin encender las luces, lo que no ayuda a calmar mi inquietud. En un día normal a mí estar en la oscuridad no me importa, pero en este piso, por lo que sea, no me hace gracia.

—Diana, tendríamos que haber venido mañana —insisto dejándome caer en el sofá mientras ella examina las estanterías—. Este sitio cada día me da más mala espina.

—No vamos a tardar, te lo prometo.. Solo tenemos que encontrar esos libros —responde buscando una aguja en un pajar.

—¿Cómo va a tener Hugo unos libros que no le gustaban? —pregunto intentando distraerme de los repentinos mareos que me han entrado al sentarme.

¿Cómo era eso de echar el ancla cuando te tumbabas? Ah, sí, poner el pie en el suelo para no marearse por el alcohol. *Fuck*, si yo ya tengo los dos pies ahí tocando la alfombra. No parece que funcione en este caso. Vaya mierda de truco.

—Igual que tenía el disco de *Starlight* —me recuerda todavía con la vista fija en la estantería.

—Entonces, ¿crees que esos libros son la clave de…?

¿De qué? ¿Qué coño estamos haciendo en realidad?

—Por supuesto. Tiene todo el sentido. En la universidad, tú arrastraste a Hugo al cine para ver la última película de la saga porque yo no podía ir contigo el día del estreno porque tenía un examen. —Diana habla con una emoción bastante notable al recordar aquello—. ¿Por qué usaría ese personaje en su contraseña si no le gustaba? Significa algo, Álex.

¿Cómo narices se acuerda de ese día? Si fue una tontería… Diana siempre ha tenido buena memoria, pero joder, como para no olvidar algo así ni en plena borrachera.

—¿Cómo te acuerdas de eso?

No tenía intención de preguntárselo, pero como ella diría, «siempre he sido una bocazas» y, borracha, más aún.

Para su labor de búsqueda y suspira antes de girarse a mirarme. Hay algo en su expresión que no termino de descifrar, la verdad.

—Porque, a diferencia de ti, yo no decidí marcharme y borrar todo mi pasado.

¿Y yo ahora qué he hecho para que me dé este corte?

Debo de tener cara de gilipollas ahora mismo por esa reacción. ¡Que no hace ni diez minutos veníamos de la mano, loca!

Lo que más me duele es que lo ha dicho con tanta soltura que me demuestra que lleva tiempo conteniendo el rencor por mi marcha. Lo puedo entender, pero joder, que no es el momento… No ha sido solo un reproche, ha sido… Ella dolida como el primer día. Espera… ¿Sigue Diana…?

No, no puede ser. Llevo días dándole vueltas a todo esto y he llegado a la conclusión de que si éramos capaces de tolerarnos y compartir espacio era por Hugo y porque ya habíamos superado nuestra historia. O eso creía yo, porque esa respuesta me ha dejado claro que hay muchas heridas abiertas y que, al parecer, no soy la única a la que todo esto le está removiendo más de la cuenta.

Emociones a flor de piel lo llaman. Y si le sumamos el alcohol, el cansancio y la tensión… pues nada, tenía que estallar por algún lado y yo no me voy a dejar abofetear así, aunque sea en el sentido figurado.

—Vaya, parece que el buen rollo se ha acabado —atino a murmurar.

Quería hacerme un poco más la guay con esa respuesta y me ha quedado fatal por la culpa que me está comiendo un poquito. Curioso el cerebro humano, ahora que lo pienso. En ningún momento me he sentado a pensar en cómo se habrá sentido Diana estos años o cómo se tomaría la forma en la que me fui. Ni siquiera me he planteado cómo estaba ella con mi vuelta a Madrid porque he supuesto que ese «buen rollo» era que no le importaba y ahora parece indicarme lo contrario con ese comentario.

—No es que se haya acabado —suspira y da un par de pasos para enfrentarme, quedando separadas por la mesa baja que hay entre nosotras—. Lo siento, Álex, sentía que tenía que decirlo. —Hay un rastro de pena y duda en su voz que solo me indican que lleva demasiado tiempo pensando en todo esto—. Desde que nos reencontramos he intentado hacer borrón y cuenta nueva. Te he tratado bien, he sido amable y… tú solo te has dedicado a poner una barrera entre nosotras desde el principio. Me dejaste muy claro que no querías saber nada de mí y que no íbamos a ser amigas.

Efectivamente, todo eso es cierto. Igualmente sigo sin entender el cambio de actitud. No pretendería que la dejara entrar

sin más en mi vida de nuevo, ¿no? Habría que estar loca para pensar eso.

—Pero esta noche…

No termina la frase y a mí solo me intriga aún más saber qué tiene en la cabeza para parecer ahora tan perdida con lo segura que ha estado desde que la vi en el tanatorio. Yo necesito que siga hablando porque estoy notando cómo las paredes del salón se están haciendo más pequeñas y me está faltando el aire solo por cómo me está mirando y todo lo que está cruzando mi cabeza. Porque si yo he sentido que aún había una conexión entre nosotras, que aún quedan cosas pendientes… quizás ella también ha notado la electricidad de nuestras manos y por eso no me ha soltado o ha contado los centímetros que nos separan.

—Esta noche, ¿qué? —me atrevo a preguntar.

Porque si vamos con todo, pues adelante, al menos que pongamos las cartas sobre la mesa.

—Esta noche he visto a la chica que tanto me gustaba, la chica de la que me enamoré tantas veces —admite sin rodeos y yo me quiero morir en el sitio por la confesión inesperada—. He visto a la Álex divertida y desenfadada que siempre alegraba mis días. He visto a la chica que se preocupa por los demás y que me saca la sonrisa hasta cuando no quiero. Te he visto… a ti.

No, yo no soy la misma que hace cinco años. No soy la misma chica de la que ella se enamoró y no voy a ser esa persona. He cambiado y ahora no vamos a volver a caer en viejos hábitos solo por una noche de fiesta y un poquito —o un muchito— de atracción física entre nosotras.

No, de verdad que no puede ser. No me has visto a mí, has visto lo que querías ver, Diana.

—Me gusta la Álex de esta noche y me jode muchísimo porque no entiendo quién eres en realidad. —¿Acaba de… de… decir que le gusto? Madre mía, aquí va con todo ya la rubia—. No sé si eres la persona encantadora que bebe cervezas conmigo, me coge de la mano y me sonríe como si no hubiera pasado nada de esta noche, o la borde inaguantable con la que intento resolver misterios.

¿Te valdría que te dijera que yo tampoco sé quién de las dos soy? O peor aún, decirte que me jode más ser la versión de esta noche que la otra, porque entonces… Dios, tengo que parar esto. No puedo dejarme llevar por mis emociones como ha hecho ella. No, me lo prohibí el día que crucé miradas con ella de nuevo y no lo voy a hacer ahora.

—Perdona por intentar ser simpática —respondo con sarcasmo.

Las dos sabemos que no ha sido solo eso, y que yo no lo voy a admitir. Me cruzo de brazos, claramente a la defensiva, mientras espero que dé por finalizada la conversación.

—No te hagas la víctima ahora, no son horas y no te pega nada. —Diana niega con la cabeza y yo maldigo que no quiera dejar pasar esto porque en este estado vamos a terminar muy mal—. Fuiste tú la que se marchó sin decir nada, así que no vengas ahora con la dignidad herida por que te diga lo que pienso. He hecho todo lo posible porque estemos en paz desde que te vi y he sido amable contigo todo el tiempo, algo que no me has puesto fácil, pero esta noche… —Otra vez esta noche. Madre mía, vamos a olvidar la de gilipolleces que he hecho acercándome a ti, ¿va? Nos va a ir mejor —. Esta noche me has desequilibrado del todo porque no sé cómo comportarme contigo, ni qué hacer cuando te tengo cerca, Álex.

¿Y yo sí lo sé? ¿Tú te crees que a mí esta situación me gusta? Que parece que es que a mí me encante estar aquí en vez de en mi casa en Nueva York. Y sí, tengo la dignidad herida y eso me pone de muy mal humor.

—A lo mejor podrías haberme dado razones para quedarme. —Dejo que sea la rabia la que hable por mí en estos momentos—. O podrías haber venido conmigo. No me eches la culpa de todo, Diana. Sabes perfectamente que fuiste tú quien me empujó a irme con todo lo que pasó y…

—Te recuerdo que la que salió huyendo fuiste tú —me interrumpe Diana, su voz temblando de contención. Tenemos un problema porque yo a estas alturas me quiero contener poco con el mal humor que tengo—. La que dejó atrás a todo el mundo, incluidos su familia y sus amigos. Yo intenté arreglarlo y tú no

quisiste ni escucharme. Tomaste la salida fácil, Álex. Me dejaste. No me diste la oportunidad de explicarte nada de lo que había pasado.

Es que no había nada que explicar. La cagó mucho y yo ya había alcanzado mi límite de dejarle cosas pasar y, quizás por eso, ahora tampoco quiero dejarle pasar nada. No aguanto más en el sofá antes de levantarme para ponerme a su altura.

—¿Que no te di la oportunidad? Es que tiene narices que digas eso. —Admito que grito un poco más de lo que debería y que no sé cómo mantener el control ahora mismo—. Te di demasiadas oportunidades, de hecho. Y no podía más. Me destrozaste y me humillaste con lo que hiciste. No era feliz y no iba a serlo así que cuando surgió la posibilidad de irme, la tomé.

—No te fuiste, huiste —sentencia, muy seria—. Huiste de mí porque tenías miedo, y lo pagaron tus amigos y tu familia.

¿De qué coño habla ahora? ¿Qué tienen que ver ellos aquí? Mira, a mí que me diga lo que quiera, pero nada de tocar a mi familia.

—Nunca se han quejado de que me marchara —aseguro, aunque su ataque hace que dude brevemente de lo que estoy diciendo—. Están felices de que me vaya bien en Nueva York. No los uses a tu favor.

—Quizás es porque no has hablado con ellos lo suficiente para saber cómo se sienten realmente.

Es la risa burlona que acompaña la frase la que termina de desestabilizarme.

Diana ha abierto la caja de pandora y no quiere parar con los ataques. Genial, pues yo también se los voy a devolver porque no voy a dejar que diga cosas que no son ciertas. No. Me ha llevado mucho tiempo quitarme la culpa de haber dejado aquí a mi familia y amigos, en parte por lo que ella hizo, como para que ahora me acuse así. Mi familia y mis amigos están encantados de que me vaya bien y de que esté feliz allí, ¿no? Quiero decir… Es verdad que estoy lejos y siempre me preguntan si algún día volveré, pero sin ningún tipo de segunda intención, ¿no?

Fuck, es que ya me está jodiendo haciéndome dudar otra vez de mi vida.

—Eres una zorra rencorosa —escupo sin pensar, herida por dentro y no queriendo que me provoque más dudas—. No soportas que me vaya bien. Te fastidia que haya seguido adelante sin ti, que no me quedara revolcándome en la miseria como hiciste tú, pegada a mis amigos como consuelo. Es lo único que tienes.

Uf, esa le ha dolido en su orgullo. Lo veo en sus ojos y en cómo frunce los labios, pensando en cómo va a atacarme a continuación.

—Claramente la que no ha superado nada eres tú —susurra con un claro desprecio. ¿Me explica alguien cómo hace media hora estábamos cogidas de la mano y ahora así?—. No puedes mirarme a la cara sin una cerveza en el cuerpo porque te sientes culpable de lo mal que lo hiciste. Por eso no vuelves a Madrid, porque en Nueva York no tienes que enfrentarte a tus miedos.

Buah, ¿qué se piensa que sabe de mí esta persona después de cinco años?

—¿Y cuáles se supone que son mis miedos? —le pregunto, cometiendo el error, otra vez, de rodear la mesa para acercarme a ella.

Si pretendo intimidarla, no funciona, porque se queda clavada en el sitio.

—Tus amigos. Tu familia. Y yo.

Me jode, y mucho, lo segura que suena diciendo eso.

—Te conozco. Tienes miedo de ver que tu hermano tiene la vida que tú querías —continúa Diana ante mi silencio—, de que tus amigos han seguido adelante sin ti y que ya no eres tan importante. Tienes miedo de comprobar que, fuera lo que fuera lo que les contaste sobre nosotras, han sabido ver más allá y ahora son mis amigos porque yo sí estuve aquí. Y tienes miedo de que tengamos algo pendiente.

Otra vez siento que la habitación se está encogiendo y que me está costando respirar. Maldito alcohol. ¿Yo para qué bebo? No trae nada bueno. Respiro y me armo de valor para responder y defenderme como puedo a pesar de la falta de aire a mi alrededor.

—Les he ayudado cuando tú no estabas—. Pues no me puedo defender porque ella no ha terminado su discurso al parecer—.

Estuve con ellos cuando más me necesitaron. Incluso con Hugo…

—Pues para haber estado tan presente, y ser la nueva mejor amiga de Hugo, no impediste que se pegara un tiro en la cabeza.

La interrumpo para soltar esa burrada de la que me arrepiento tal y como la digo. He jugado sucio con un tema que no es para usar así. Si no somos capaces de resolver nuestros problemas es cosa nuestra, no de Hugo. Joder. Vaya cagada, eh… Diana se ha quedado de piedra, apenas abre un poco más de la cuenta los ojos y sé que la acusación ha sido un disparo al corazón. Quizás he ganado la discusión aunque el precio a pagar creo que va a ser demasiado cuando veo cómo su rostro pierde color y su respiración se entrecorta.

Si eso no fuera suficiente, me mata ver las dos lágrimas que brotan de sus ojos sin esfuerzo, resbalando por sus mejillas, sin que haga nada por detenerlas.

Me he pasado, sí. Es que no me ha dejado otra opción. Me ha acorralado y… ¿a dónde va? No me da tiempo a disculparme ni a frenarla porque Diana se gira sin decirme nada y se marcha del salón. Para mi sorpresa, no escucho la puerta de entrada de la casa, sino la de la habitación cerrarse de un portazo.

Bueno, por lo menos no se va a ir sola a esta hora por las calles de Madrid, ¿no? Por pensar en algo bueno ahora mismo. Otra cosa no encuentro, la verdad. Joder, ¿qué coño he hecho? ¿Cómo la voy a acusar así de la muerte de Hugo? Si es que soy una gilipollas profunda y todo por no ser capaz de mantener una conversación por lo ocurrido entre nosotras.

La presión en el pecho solo aumenta con cada pensamiento, así que me tiro sobre el sofá, con las manos en el rostro, sintiendo la vergüenza y la rabia mezclarse en mi interior. He cruzado un límite que nunca he debido tocar. *Fuck me.*

La cabeza me da vueltas, la habitación también, y mis sentimientos ya no tienen ni sentido, así que dejo que el cansancio y el alcohol se adueñen de mi cuerpo hasta que se me nubla la vista y la razón.

Agradezco que, por un rato, se me olvide la discusión que acabamos de tener. Especialmente porque me ha hecho entender

que antes de poder enfrentarnos a la muerte de Hugo, tenemos que enfrentarnos a algo mucho más doloroso: nuestra propia historia.

Paciente R.P.

Sesión 10: Acepto el desafío

—Me alegra tenerte de nuevo aquí —dijo Hugo sin querer darle mucha importancia a cómo había terminado la última sesión—. El otro día te fuiste antes de que pudiéramos terminar de hablar.

El paciente se encogió de hombros con indiferencia mientras tomaba asiento en el sofá un día más.

—Perdona por eso, tenía una cosa de trabajo importante, no podía quedarme más tiempo —se excusó.

Al observarle con más detenimiento, Hugo notó que había algo distinto a otras ocasiones. Parecía algo más tenso de lo habitual, aunque intentaba disimularlo con esa actitud despreocupada que solía adoptar cuando entraba en la consulta.

—¿Seguro que no tenía nada que ver con el tema que hablábamos? —preguntó, tanteando el terreno para ver hacia dónde guiar la sesión.

—No, para nada —dijo, chasqueando la lengua con fastidio y negando con la cabeza.

Hugo asintió y no insistió más. No quería empezar el día con mal pie. Era consciente de que si presionaba demasiado desde el principio, el paciente levantaría una barrera aún más alta de lo normal. Así que decidió llevar la conversación por otro rumbo, uno que había estado analizando detenidamente en los últimos días. Había demasiadas incógnitas en su historial. Una de las cosas que más le preocupaban era su forma de relacionarse con las mujeres. Su manera de hablar de ellas, de describirlas, incluso la indiferencia

con la que mencionaba las rupturas evidenciaba una falta de empatía que no podía, ni quería, pasar por alto.

—Hace unas semanas me contaste tu historia con la chica de la universidad. —Observó la reacción del paciente al sacar este tema, quien solo asintió, impasible—. Y en la última sesión hablaste brevemente de la chica del concierto. ¿Ha habido alguna otra relación seria que creas que merece la pena mencionar?

—La chica del concierto no fue una relación —corrigió el paciente con desdén, cruzando una pierna sobre la otra—. Era solo un rollo.

Tenía que manejar la situación con sumo cuidado al ver el tono usado.

En su análisis de las sesiones previas, había llegado a la conclusión de que una de las pocas formas de hacer hablar a ese paciente era reforzar su ego y dejarle llevar la conversación. No era una táctica que le gustara ni que utilizara con frecuencia. De hecho, la consideraba poco ética en muchas circunstancias. Después de diez sesiones sin apenas avances significativos, había decidido ponerla a prueba.

—Está bien, era solo un ligue —repitió, reforzando su respuesta para que se sintiera cómodo—. Entiendo que has tenido varias relaciones esporádicas, pero hoy me gustaría hablar de relaciones más estables.

—¿Parejas serias?

—Sí, quitando a la chica de la universidad, de la que ya hemos hablado.

El paciente pareció tomarse un momento para hacer un recuento mental. Hugo observó cómo su mirada se perdía en algún punto de la sala, repasando la lista de mujeres con las que había estado hasta encontrar aquellas que considerara una relación estable.

—Creo que después de ella, solo puedo considerar una relación realmente seria.

—Cuéntame, ¿cómo la conociste?

—Éramos compañeros de trabajo.

Pareció relajarse un poco al decir eso y dejó escapar una media sonrisa que sorprendió a Hugo. Por todo lo que habían hablado hasta el momento, el paciente había dejado muy claro lo importante que era el tema laboral para él. Ponerlo en riesgo por una relación con una compañera se salía por completo de su perfil.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace un par de años. En mi anterior trabajo.

Hugo tomó nota, trazando mentalmente la línea temporal de los acontecimientos.

—¿Cómo empezó?

Apoyó un brazo en el respaldo del sofá y sonrió de medio lado, como si recordara algo gracioso. No era habitual verle tan relajado como parecía estar hablando de esos temas.

—Por accidente, más o menos.

—¿Accidente? —Hugo ladeó la cabeza con interés.

—Fue en la cena de Navidad de la empresa. Yo acababa de empezar como ejecutivo y la fiesta era la oportunidad perfecta para conocer mejor a mis compañeros. La cena en sí fue aburrida, pero después fuimos a una discoteca.

—¿Y allí la conociste?

—Más o menos —continuó el paciente—. La verdad es que pasé la mayor parte del tiempo con los ejecutivos, bebiendo y charlando de trabajo. No me molesté en socializar con nadie más. Cuando salí del local para irme a casa, choqué con una chica. Rubia, guapa. —Entrecerró los ojos imaginándose que la tenía delante. La mirada no gustó nada a Hugo—. Y con una sonrisa de las que te hacen detenerte un momento más de la cuenta. —Menos aún le gustó el tono que estaba usando al hablar de esa chica—. Empezamos a hablar y, bueno, ya te puedes imaginar lo que pasó después.

—No sabías que era de tu empresa, ¿verdad? —adivinó.

El paciente negó con la cabeza.

—Lo descubrí a la mañana siguiente, cuando los dos íbamos en la misma dirección al salir de mi casa…

—Aun así la relación continuó.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa autosuficiente—. Nos llevábamos bien. Nos entendíamos. Y el trabajo nos unía.

Para sorpresa de ambos hombres, era la primera vez en esa consulta, en la que se le notaba confiado y tranquilo. Hugo le estaba dejando tener el control de la conversación y eso llenaba su ansia de protagonismo. Esa historia le complacía. Le hacía sentir en control. Y el psicólogo estaba cada vez más convencido de que, en su mente, las relaciones no eran más que un juego de poder.

—Resultó que la muchachita trabajaba en el departamento legal. Era una pasante a la que habían contratado unos meses antes de prácticas y, gracias a su desempeño, había conseguido un contrato estable —explicó con evidente orgullo, como si aquella conquista validara algo dentro de él—. Yo no tenía que tratar con ella en el día a día, lo que nos venía genial, porque cuando entré en la empresa me dejaron muy claro que las relaciones entre empleados estaban prohibidas.

Tuvo que contener una mirada que, claramente, pretendía juzgarlo. Su paciente ya había demostrado en otras ocasiones que no tenía demasiado respeto por las normas.

—¿Y aun así decidiste seguir con ella? —cuestionó.

—Por supuesto. Era una regla estúpida que pusieron para evitar problemas de acoso, una exageración total —respondió con absoluta frialdad.

A Hugo le inquietaba la naturalidad con la que el paciente desestimaba cuestiones éticas o límites establecidos para la convivencia en cualquier aspecto. Aquello solo reafirmaba la imagen que había ido construyendo de su personalidad.

—Entonces, ¿continuasteis con la relación en secreto?

—Claro. Era una chica joven, inteligente y atractiva —recalcó con una sonrisa prepotente—. No le conté nada a nadie y ella tampoco. Como trabajábamos en departamentos distintos, no era difícil mantenerlo oculto.

—¿Y qué pasó para que terminara?

Y ahí, el paciente titubeó.

Hasta ese momento, había respondido con fluidez y sin reservas, pero aquella pregunta pareció incomodarle más de lo

normal.

—Es… complicado.

La respuesta evasiva le dijo a Hugo exactamente lo que necesitaba saber: ahí había algo que su paciente no quería reconocer. Le dejó un pequeño margen de tiempo, permitiéndole procesar la situación, pero no tenía intención de dejar pasar el tema.

—¿Complicado por el trabajo? —insistió sin que pareciera que era algo importante.

—Algo así —contestó el paciente, y se acomodó en su asiento, adoptando una postura más rígida.

Volvía a cerrarse en sí mismo. Hugo vio claro que aquella historia contenía algo turbio y, para hacerlo hablar, tenía que recurrir a la misma estrategia que había funcionado antes.

—Vamos, dime la verdad. Seguro que hizo algo, ¿no? —sugirió, dejándole la oportunidad de posicionarse como víctima.

La reacción fue inmediata. Sus ojos se encendieron con una chispa de satisfacción, como si finalmente encontrara comprensión en su terapeuta y decidió hablar.

—¡Exacto, tío! —exclamó, con un deje de emoción hasta ahora nunca vista en ese despacho—. Mira, al principio todo fue perfecto, ¿vale? No había problemas en el trabajo, fuera congeniábamos genial, nos divertíamos… Y el sexo era espectacular. Nos mantuvimos en esa fase de euforia durante unos seis meses, cuando todo parece idílico y emocionante. Pero entonces… empezó a cambiar.

—¿A qué te refieres?

—Al final del día, ella era mucho más joven que yo. Intentaba seguirle el ritmo, pero, ¿sabes? Yo disfruto de la tranquilidad de mi casa. Me gusta estar relajado, sin demasiados planes. Ella siempre quería salir de fiesta, ir con sus amigas… a mí eso no me gustaba.

El paciente se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre sus muslos, en un gesto que pretendía transmitir vulnerabilidad y conseguía justo lo contrario en este caso.

—¿Le pediste que dejara de salir? —preguntó.

—Se lo pedía, claro. Pero hacía lo que le daba la gana —respondió con un tono que destilaba claro resentimiento—. No

entendía por qué no podía simplemente quedarse conmigo. En lugar de eso, se iba a discotecas llenas de babosos, a beber y bailar… Y claro, yo no podía ver lo que hacía ni saber si me estaba poniendo los cuernos.

Aquello iba más allá de la inseguridad. Era un patrón de control y comportamiento. Lo había visto estudiado en otros casos prácticos. Nunca había tenido un paciente que lo sufriera y mucho menos a ese nivel.

Meditó qué decir. No quería que se volviera a cerrar en banda, pero le costaba mantener las apariencias de tipo duro que degrada a las mujeres para hacerle hablar.

—¿Crees que te fue infiel?

—Ella decía que no, pero yo tenía claro que sí. Siempre lo mismo: salía de fiesta y, al día siguiente, cuando le preguntaba, decía que solo había estado con sus amigas. Cuando intentaba saber con quién había hablado o qué había hecho exactamente, me acusaba de desconfiado. —Su mandíbula se tensó—. Nunca me dejaba ver su móvil. Decía que yo intentaba controlarla y otras tonterías.

A Hugo se le erizó la piel al ver el nivel de control de su paciente. En su posición, debía mantenerse neutral ante esos comentarios por mucho que le revolvieran el estómago. Era una historia de posesividad y desconfianza extrema disfrazada de preocupación.

—Entiendo —mintió, manteniendo el gesto serio—. ¿Cómo terminó la relación?

Una vez más, el paciente usó su táctica favorita en esos momentos y se levantó para dar una vuelta por la consulta con las manos en los bolsillos. Hugo ya se había acostumbrado a esos movimientos. Era su mecanismo de defensa antes de decidir qué versión de la historia contar.

Se detuvo, una vez más, frente a la polaroid del concierto que Hugo tenía sobre una de las estanterías. En ese instante decidió que tenía que quitar esa foto de Álex de ahí cuanto antes porque no le gustaba cómo la miraba. Cada sesión que pasaba, ese hombre le producía cada vez más un rechazo visceral difícil de controlar.

—Un par de semanas después de dejarlo, pasé por su casa sin avisar —dijo finalmente, sin mirarle—. Y bueno… una cosa llevó a la otra y volvimos a acostarnos. Aunque ella insistía en que era el punto y final que necesitábamos.

Se giró entonces, buscando en Hugo algún tipo de complicidad. El psicólogo se limitó a devolverle una media sonrisa muy falsa. No quería darle la satisfacción de reforzar su comportamiento, pero tampoco podía dejarle ver su desaprobación.

—A pesar de eso, intenté hablar con ella, hacerle ver que lo que teníamos era bonito y que merecía la pena.

—Claramente no funcionó —dedujo Hugo.

—No —confirmó el paciente.

Respuesta tajante y seca.

Se notaba que le costaba reconocer sus derrotas, sobre todo en el terreno de las mujeres, a las que consideraba inferiores, algo que Hugo hacía un tiempo había anotado bien grande en su libreta. Buscó en su mente una forma rápida de conseguir que continuara hablando. Por desgracia, todas las respuestas que le venían a la mente iban a ser rechazadas por su paciente. Tenía que encontrar la manera de seguir fingiendo esa falsa empatía hacia él, así que decidió tirar por el camino más sencillo, aunque le molestara.

—Hay que ser tonta para dejar a alguien como tú —comentó haciéndose un poco el chulo, algo que no le pegaba en absoluto—. Guapo, con un buen puesto de trabajo, simpático, gracioso… Las mujeres deberían estar peleándose por salir contigo.

El comentario captó de inmediato la atención del paciente, que volvió al sofá mucho más relajado. Una sonrisa de autosatisfacción se dibujó en su rostro y su pecho se hinchó ligeramente, alimentado por la validación que creía estar recibiendo.

—¿Verdad que sí? —respondió con aire triunfal.

Le tenía exactamente donde quería y ahora podía retomar la conversación.

—¿Volviste a verla después de la ruptura?

—Lo intenté. Como te decía, le escribía y la llamaba. No quería saber nada de mí. Si hay algo que me jode más que me dejen, es que me ignoren de esa manera —admitió sin tapujos—.

Estaba cansado de que me evitara, así que un día decidí ir al departamento legal a hablar con ella. Costara lo que costara.

Hugo se mantuvo impasible, aunque por dentro sintió una punzada de asco.

—¿Y qué ocurrió?

—Le pedí que saliera a hablar conmigo y me soltó que no teníamos nada de qué hablar, que se había terminado y que la dejara en paz —relató con frialdad. Hizo una pausa y, por la forma en la que su mandíbula se tensó, Hugo supo que lo que venía a continuación no era nada bueno—. Estaba loca si pensaba que a mí se me deja así.

—¿Qué hiciste entonces?

Le estaba costando un gran esfuerzo mantener esa fachada y no decirle cuatro cosas bien dichas sobre su comportamiento.

—Intenté convencerla de que saliera de la oficina para hablar. Quería hacerle ver que estaba cometiendo un error, que podíamos seguir juntos. Se negó. Así que la agarré del brazo para detenerla y… se volvió loca. Empezó a gritar que la estaba agrediendo, que la acosaba y, en un segundo, uno de sus compañeros vino a separarnos. —Hizo una pausa antes de continuar. Lo que más llamaba la atención era su falta de remordimiento ante esas acciones Ni una pizca de vergüenza—. La cosa se puso fea. Nos empujamos, tiré las cosas que tenía sobre su mesa y ese tío se volvió loco. Llamaron a seguridad y, bueno… ya te imaginas.

Estaban en un nuevo nivel y era el de la violencia. Ya no se trataba solo de controlar a las chicas con las que salía o problemas de ego. No, su paciente estaba describiendo un episodio de agresión con la misma indiferencia con la que alguien narraría un día complicado en la oficina.

—Una escena muy de película…

—Sí, una de terror —soltó el paciente con un deje de risa amarga—. Y por culpa de esa escena me quedé sin novia y sin trabajo.

Ahora había un tonito de resentimiento y no por sus acciones, sino contra la chica y el propio sistema en el que vivía. No parecía

haber aprendido nada de lo ocurrido, sino que lo consideraba una injusticia personal.

Tras esto, Hugo se debatió entre callarse o seguir preguntando. No tenía claro qué quería hacer o si quería saber más sobre él. La parte que había jurado ayudar a las personas le decía que debía seguir indagando, entender mejor a su paciente y redirigir su comportamiento antes de que fuera demasiado tarde. La parte más humana, la que no tenía nada que ver con su profesión, le gritaba que se alejara antes de que terminara metido en algo peligroso.

No tuvo que tomar una decisión porque el paciente siguió hablando por su cuenta y eso sí que era una sorpresa. Por lo que se lo tomó como una señal de que debía aguantar la compostura.

—Como te dije, las relaciones no se me dan muy bien. No por mi parte, claro, sino por las mujeres, que no hay quien las entienda —resopló con burla contra ellas—. Tú mismo lo has dicho antes, ¿quién no querría salir conmigo? Son ellas las que siempre lo arruinan. Se merecen todo lo malo que les pase.

Hugo sintió la bilis subir por su garganta. Su pulso se aceleró ligeramente e hizo un esfuerzo por contener cualquier gesto de rechazo. No podía permitirse perder el control.

—Ese pensamiento no es muy acertado.

Fue lo más sutil que pudo decir sin querer matarse a sí mismo por traicionar sus propias creencias con tal de seguirle el rollo un rato más.

—¿Acaso crees que es mi culpa?

—No he dicho eso —negó rápidamente, cuidando cada palabra porque estaba viendo que si no iban a discutir y era lo último que quería—. Solo que desearle el mal a alguien solo porque una relación no ha funcionado no es la mejor manera de lidiar con ello.

El paciente resopló, visiblemente irritado por esa respuesta.

—Mira, yo he dado muchas oportunidades a las mujeres y siempre termina mal. Te juro que no es por mi culpa, es que actúan de una forma que no puedo ni definir…

—Bueno, entonces tendrás que contarme más sobre esas oportunidades que les has dado para que pueda entenderte mejor —sugirió con naturalidad viendo un nuevo resquicio por el que obtener información.

—Te aseguro que cuando te cuente lo que me han hecho, me vas a dar la razón más que nunca…

—Si tienes razón, te la daré —respondió Hugo al que esa táctica ya le había funcionado anteriormente con él—. Y si resulta ser cierto todo lo que dices, te invito a una cerveza.

—Acepto el desafío.

Nunca antes un paciente le había hecho sentir tanta incomodidad. Y lo peor era que tenía la certeza de que lo que estaba por descubrir le haría querer salir corriendo de su propia consulta.

Capítulo 10

Por tu bien y por el mío

¿Dónde estoy?

Joder, tengo a uno de los siete enanitos picando piedra dentro de mi cabeza ahora mismo… Nada más moverme un poquito noto cómo mi cerebro, claramente deshidratado por el alcohol, se da golpecitos contra las paredes de mi cráneo. Quizás tenga a los siete enanitos y no solo a uno.

Nota mental: no volver a beber tanto sin control, que luego pasa lo que pasa. Y lo que pasa es que me quiero morir aquí mismo con tal de no tener que soportar esta agonía. Parpadeo varias veces, intentando acostumbrarme a la claridad que se filtra a través de las cortinas semicerradas del salón.

¿Dónde…? Dios, me dormí en el sofá de Hugo, qué mal rollo siento ahora mismo. Y estoy aquí porque… oh, oh. Mierda. Los recuerdos de todo lo ocurrido empiezan a venir a mi cabeza en cuanto me incorporo y me siento con las manos en la cara y los codos apoyados en las rodillas. La discusión con Diana, las palabras hirientes que nos dijimos, mi propia incapacidad de controlar mi boca cuando llevo unas copas de más… Uf… Qué mal.

Qué liada.

El apartamento está en completo silencio y me pregunto si Diana se habrá despertado antes que yo y habrá huido para evitar lo que sería un reencuentro muy incómodo. Nos ahorraría, al menos a mí, un mal trago por gilipollas, la verdad. Y el mal trago no es otro que tener que pedirle perdón por haberla llamado zorra rencorosa y

comportarme como lo hice. Porque otra cosa no, pero ella ha sido amable desde que llegué y yo no se lo he puesto fácil.

Me levanto para comprobar que, efectivamente, estoy sola en el apartamento. O al menos eso me indican las sábanas desordenadas sobre la cama de Hugo y el silencio que sigue rodeándome. No me gusta, la verdad. Preferiría ponerme mis AirPods y escuchar un poco de música que ahogue mis pensamientos.

Sigo por el pasillo, que me provoca la misma sensación extraña en el cuerpo que el primer día. No me voy a acostumbrar y no puedo esperar a irme a casa y no tener que pisarlo más. Paso de largo por el despacho y, solo entonces, me doy cuenta de que estaba equivocada cuando algo se mueve dentro. Doy un paso atrás y veo que Diana está tumbada en el sofá, como si lo hubiera hecho mil veces antes, con un libro entre las manos. Está tan concentrada que ni siquiera se da cuenta de que me apoyo en el marco de la puerta para observarla. Eso o me está ignorando aposta y tampoco me sorprendería que lo hiciera.

Busco en mi cabeza alguna manera de romper el hielo, de poder acercarme sin que la tensión de anoche estalle de nuevo entre nosotras. Lo último que necesito es otra pelea con ella o que saque más sentimientos que quiero que sigan bien enterraditos bajo capas de inconsciencia.

—Buenos días.

Superingenioso, eh.

Quizás no ha ayudado que tengo la voz un poco ronca por hablar tanto rato por encima de la música. Siempre me pasa cuando salgo o voy a conciertos. Vaya mierda de cuerdas vocales que no aguantan ni cuatro gritos de nada. En fin. Mi saludo no ha sido suficiente para llamar la atención de Diana. Es que ni siquiera ha pestañeado al escucharme, porque sé que lo ha hecho aunque se haga la loca. Va a tener razón en que hay cosas que no cambian con el tiempo y Diana sigue dominando el arte de la indiferencia mejor que nadie, sobre todo cuando espera una disculpa.

—Veo que no me has despertado, querías llevarte todo el mérito de encontrar otra pista, ¿no? —Mi nuevo intento, ahora con

un poco de humor para ver si consigo suavizar el ambiente, tampoco surte efecto. Me va a tocar disculparme si quiero seguir en este apartamento, ¿verdad? Pues nada, le daré el capricho—. Mira, Diana… siento lo que te dije anoche, ¿vale?

¡Por fin me mira! Aunque no es que sea tampoco una mirada muy amigable. Vamos poco a poco. Ha levantado sus ojos del libro y me observa sin decir nada. Algo me dice que esa mierda de disculpa no le ha parecido suficiente y me va a exprimir un poco más para que lo haga mejor.

—Lo siento, de verdad. —Ahora sí que el tono que utilizo es más arrepentido porque, en el fondo, sé que tiene razón en ciertas cosas—. Bebí demasiado, estaba nerviosa y me pasé de la raya con las cosas que te dije. No tenía que haberte hablado así. —Hago una pausa para ver si ella se digna a interrumpirme o decir algo, pero no. Nada—. Me dijiste cosas que… bueno, me dolieron y no supe reaccionar bien. Estos días estoy muy irascible con todo lo de Hugo y mezclar eso con alcohol no fue la mejor combinación.

Sigue analizando si mi disculpa le parece suficiente o no. Por suerte para mí, deja el libro a un lado para sentarse, poco a poco, en el sofá. Suspira y sacude la cabeza antes de hablar y creo que no me va a gustar su respuesta por cómo tuerce el gesto antes de hablar.

—Álex, como tú misma has dicho desde que nos encontramos, no tenemos que ser amigas. No tenemos que hablar más de lo necesario sobre nada que no tenga que ver con Hugo o con lo que encontremos en este apartamento. —Y no sé por qué me jode tanto que ahora sea ella la que esté estableciendo ese límite en nuestra relación actual—. Anoche me demostraste que no estamos en el mismo punto de nuestra vida y que tú… Bueno, da igual, solo quiero que nos centremos en estos libros y averigüemos qué esconden. Hugo es lo único que debería importarnos en estos momentos.

—¿Yo qué? —pregunto sin dejar pasar esa frase a medias.

Resopla de mala gana y se gira, cogiendo otro de los libros para ignorarme.

—Diana.

—Álex, déjalo, no me apetece volver a discutir contigo —se queja.

La diferencia es que no lo dice enfadada, más bien… ¿decepcionada?

—No, no lo voy a dejar. Termina esa frase o te vas a mirar esos libros tú solita. —Mi amenaza cae en saco roto porque me ignora, así que vuelvo a rebajar mi tono para pedirle que lo haga por las buenas—. Por favor, Diana, di lo que tengas que decir.

Soy una ilusa si me pienso que, a estas alturas, Diana va a hacer algo que le pida yo. No, de eso nada. Me va a castigar con la intriga de esa frase en el aire y saber qué pasa por su cabeza sobre mí. Me vuelve a fulminar con la mirada, dejando claro que le importa poco que me enfade o que la amenace con irme. No va a ceder de ninguna de las maneras y, por un lado, admiro que ahora tenga esa tenacidad y no se deje doblegar así como así.

—Diana…

—Ya he revisado los dos primeros libros y no he encontrado nada sospechoso —interrumpe antes de que yo pueda volver a rogarle por una relación cordial que considero más que necesaria si queremos ser capaces de estar en la misma habitación—. Ahora estaba con el tercero. Quedan dos más, así que coge el que quieras y me dices si encuentras algo.

Mensaje recibido: no me lo va a decir. Me tocará aceptar la derrota, algo que no se me suele dar bien. Tampoco es que me deje otra opción, es eso o pirarme de aquí, porque discutir con ella no nos va a llevar a ningún sitio.

Me siento a su lado, manteniendo las distancias todo lo que puedo, y cojo uno de los libros que ha revisado antes de mirarla a ella, que sigue ojeando el tercer ejemplar.

—¿No se te ha ocurrido mirar directamente en el último libro? —pregunto, con cierto tono de recochineo, mientras lo abro—. Al fin y al cabo es el que Hugo fue al cine a ver conmigo cuando se estrenó.

Por su cara sé que no lo ha pensado y se me llena el pechito de orgullo por haber conseguido un minipunto en este tema.

—Para ser sincera, estoy tan cansada y resacosa que ni se me había ocurrido —admite.

—Hora de comprobarlo.

Es Diana la que se levanta antes que yo y va directa hacia la estantería que hay junto a la mesa, donde la colección de libros se alinea con una pulcritud casi obsesiva. El último ejemplar de la saga destaca entre los demás, no por su estado de uso, sino por la falta del mismo. Está completamente nuevo. Es el tomo más grueso de toda la saga y está junto a los libros de psicología que Hugo usaba con frecuencia, a juzgar por sus lomos desgastados y sus páginas dobladas. Esos libros reflejan la vida profesional de Hugo, la normal, su verdadera pasión. En cambio, los libros de Chris Benson parecen fuera de lugar.

Diana pasa los dedos por la cubierta con cuidado, como una caricia, mientras analiza cada detalle y cada marca inexistente en él. No tiene ni una mota de polvo, ni un pliegue en una esquina, ni un golpecito… Y cuando creo que va a ser ella la encargada de volver a examinarlo, me lo tiende.

Es su manera de firmar la paz, o al menos eso parece. Estiro la mano y lo cojo, rozando mis dedos con los suyos y recordando, por un segundo, lo bien que se sentía su mano cogida a la mía hace menos de doce horas. Suspiro y desecho el pensamiento de mi cabeza para centrarme en el libro. Paso las páginas con cuidado, atenta a cualquier detalle fuera de lugar. Una nota, una marca, alguna palabra subrayada o algo que indique que Hugo ha dejado un mensaje escondido.

Nada.

Otro callejón sin salida y ya no sé cuántos van.

—Aquí no hay nada —digo cerrando el libro de golpe y tirándolo sobre la mesa.

—Quizás si miramos con…

—Diana, no hay nada —la corto, algo molesta—. Nada de nada, mira lo que quieras, no encontrarás más que un libro perfecto.

La última brizna de esperanza que me quedaba con este tema se ha desmoronado tan rápido como un castillo de naipes un día de viento. Me jode soberanamente porque después del fracaso del

ordenador yo me estaba haciendo a la idea de que aquí no había más dónde rascar hasta que anoche… Si es que yo para qué me dejo llevar por el alcohol y la tontería de compartir espacio con Diana.

Esto ya no se sostiene por ningún sitio.

—Puede ser que en el libro que nos falta haya algo o que no estemos mirando de la forma adecuada —insiste Diana.

Ella parece más reacia que yo a rendirse. Puede ser que yo ya quiera volverme a mi vida de siempre sin ella y ella no esté tan de acuerdo con mi decisión.

—Diana, ya está. No busques más porque no hay nada —digo en un intento de que entienda que hay que parar en algún momento.

Estoy agotada tanto física como psicológicamente y ni puedo, ni quiero seguir con esto.

—Pero…

—Diana —vuelvo a cortar—. Nos hemos empeñado en buscar algo que no existe.

—Álex, sabes tan bien como yo que hay muchas cosas en esta historia que no cuadran, no son imaginaciones mías, ¿no?

Es ella la que suplica ahora por mi respuesta.

—Sí, no te niego que hay muchas cosas que no cuadran. Pero, ¿de qué sirven? —Alzo la vista y la miro a los ojos por primera vez en toda la mañana—. Desde que llegué a Madrid he estado persiguiendo algo que no existe. He visto fantasmas donde no los había y he revivido otros que… siguen demasiado vivos. —Como el tuyo, Diana—. Siento que he perdido el control de mi vida y me siento perdida. No quiero seguir sintiéndome así, Diana. Lo de anoche… no quiero seguir así. No me vienen bien las discusiones y sacar nuestra historia.

No hay más que verdad en lo que le he dicho y ella lo sabe. Por mi tono, por cómo la he mirado y por cómo he tragado saliva antes de cada frase. Estoy atrapada en un conflicto interno, una lucha entre lo que siento y lo que mi razón me pide que haga. No quiero sentir que estoy entre la espada y la pared y volver a salir huyendo cuando sea tarde, cuando ya me hayan hecho mucho daño.

Quiero respuestas, y a la vez también quiero cerrar los ojos y fingir que nada ha cambiado y sigo en Nueva York. No quiero cerrarlos para darme cuenta de que nuestro vínculo sigue intacto y que la distancia y el tiempo no lo han roto ni un poco.

Y es ese maldito pensamiento el que me está consumiendo por momentos.

—Álex, sé que anoche nos dijimos cosas muy feas, pero no dejes de lado a Hugo, a tus amigos y a tu familia por mí otra vez. —La forma en la que me lo pide es una disculpa oculta, como si se sintiera culpable de la decisión que tomé, de haberme empujado a irme y dejar a un lado a esas personas que tanto quería—. Si quieres yo me aparto y te dejo hacer tu vida mientras estés en Madrid. Hablamos lo justo para decidir qué hacer con este piso y poco más.

—Sí, lo mejor será dejar esto a un lado —respondo algo aliviada.

—Yo seguiré investigando este tema por mi cuenta y no te preocupes que no te contaré nada. Puedes volver a Nueva York.

No es capaz de mirarme mientras me dice eso y… ¿está dolida? Sí, clásico Diana. Se está haciendo la fuerte y la que todo le da igual, a pesar de que le molesta que yo me vaya a ir y ella se quede aquí con este tema. Por un segundo, la posibilidad de decirle que sí que me cuente los avances cruza mi mente y podría haber cedido a ella, si no fuera porque implicaría seguir removiendo mis sentimientos por ella.

—Haz lo que quieras, Diana —respondo levantándome del sofá—. Yo simplemente no puedo seguir aquí actuando como si nada.

Noto que me vuelve a faltar el aire, una sensación que no sentía desde hace años y que, desde que trato con Diana, es más habitual de lo que me gustaría. Tengo que salir de este apartamento como sea y sentir el aire de la calle para volver a respirar. Alejarme de ella y acercarme a mi vida de nuevo. Recuperar el control y… ¿qué hace?

Diana me ha agarrado por el brazo para frenarme en mi intento de marcharme de este despacho. Mis ojos van desde su

mano, apoyada en mi muñeca, hasta sus ojos. Malditos ojos preciosos que hasta cansada y con el blanco enrojecido de las lágrimas que le hice soltar anoche, son bonitos. Tan bonitos como ella, la verdad. Ya no es solo su atractivo, es la forma de su cara, con la mandíbula perfectamente marcada y los mofletes hinchaditos cuando se ríe.

Duda. Por primera vez en mucho tiempo la veo dudar y la conozco lo suficiente para saber que la duda reside en si pedirme que no me vaya o dejarme marchar. Aquí ya no juegan solo los sentimientos que tengamos por la otra o la idea de que pueda pasar algo, aquí juegan el partido el orgullo, la ira, la rabia, la pena y… la esperanza. ¿Cuál de todos marcará gol? ¿Quién ganará el partido?

Pues en este caso se ve que la aceptación y el orgullo de no querer mendigar que me quede esta vez, porque suelta mi brazo y yo me voy sin mirarla más. Aunque no va a ser tan fácil como creo, porque noto que me sigue y se queda apoyada en el marco de la puerta del salón, anticipando otro cruce cuando pretenda marcharme.

—Todo esto tampoco ha sido fácil para mí, Álex, y aquí estoy —dice a mi espalda mientras yo sigo recogiendo mi bolso y mi chaqueta—. Irte no va a arreglar nada.

—Quizá sí.

Ojalá que sí.

—Sabes tan bien como yo que así no funcionan las cosas. —Joder que si lo sé—. Huir no va a hacer que dejes de pensar en lo que pasa aquí, ni en lo que hemos vivido juntas, ni en lo que hemos hablado, ni…

—Ahora mismo tengo demasiadas heridas abiertas como para seguir aquí. —Y es la pura verdad, porque no puedo más con la sangre que se acumula en la superficie de mi cuerpo y amenaza con desbordarse—. La única forma de cerrarlas es volver a mi vida real, y en esa vida no hay misterios, amigos muertos o noches en bares de Madrid. Y, sobre todas las cosas, no estás tú.

Tan simple y tan complicado como esa última afirmación.

No puedo seguir aquí porque no puedo seguir teniéndola cerca sin sentir que no tengo control absoluto de mi vida. He sido

dura con ella, lo sé, y quizás se merecería una conversación de otro tipo que no vamos a tener porque no me lo puedo permitir.

La presión en el pecho solo aumenta y me trae muy malos recuerdos, así que termino de coger mis cosas y pongo rumbo a la salida. Esta vez Diana no intenta detenerme, ni siquiera al pasar por su lado. No hay ninguna frase ingeniosa, ni un intento de convencerme de cambiar de opinión. Si me sigue conociendo como, para mi desgracia, creo que lo hace, sabe que cuando me pongo así no me bajo del burro.

Y se lo agradezco. No en voz alta, pero sí en lo más profundo de mi corazón herido que no podría soportar otra vez que me pida que me quede o que hablemos de esto.

Solo freno mi camino al llegar a la puerta de salida. Al poner la mano sobre el pomo lo entiendo. Se acabó. Ahora sí que sí. Me voy a ir y no vamos a volver a cruzar nuestros caminos. El destino ha querido juntarnos una vez más y yo no estoy dispuesta a aceptar su indirecta. Me voy a seguir con mi propio camino, sin ella.

Sin el amor de mi vida, por mucho que me joda, porque nadie ha tenido el poder que tiene sobre mí, hasta odiándola como lo hago ahora mismo.

Suspiro y justo cuando estoy a punto de cruzar el umbral, me giro una última vez para mirarla. Está abrazando sus brazos, como si tuviera frío. Estoy convencida que no es eso lo que siente, sino una profunda pena y decepción que yo podría borrarle, pero que no quiero hacer.

—Lo siento, Diana, es lo mejor.

Esas son, sin ninguna duda, las palabras más sinceras que le he dicho hasta el momento. Porque son de verdad.

Siento mucho estar haciéndote daño y no haber sido nunca suficiente para ti. Siento mucho dejarte con este marrón y siento lo que te dije anoche, pero tengo que irme. Por tu bien y por el mío. Para que, algún día, podamos tener la vida que creemos merecer.

Un lamento sincero que se pierde en el aire tenso entre nosotras. Es aquí cuando agacho la cabeza y me voy. Ahora sí, ahora de verdad, porque como la mire una vez más no voy a encontrar las fuerzas para marcharme.

Paciente D.A.

Sesión 08: Mi peor enemigo

Diana tardó más de lo que había imaginado en volver a la consulta de Hugo. Durante semanas, la cantidad de pensamientos que se le amontonaban en la cabeza le hacían plantearse si debía seguir o no con la terapia. Llegó a pensar que, quizás, lo mejor —o al menos lo más fácil— era enterrarlo otra vez, como llevaba años haciendo.

No fue hasta que un día se vio frente al espejo, con las ojeras más marcadas de lo habitual bajo sus ojos, el cuerpo algo más delgado y una sensación de vacío en el pecho. Solo en ese momento entendió que esconderse no era la solución.

Necesitaba hablar.

Necesitaba aceptarse a sí misma.

Se había pasado las últimas semanas enfrentándose a verdades incómodas: su miedo a aceptar sus sentimientos, la manera en la que se había escondido tras una vida acomodada e insatisfactoria, su costumbre de dejar que las decisiones más importantes las tomaran otros. Y sobre todo, la certeza de que su primera gran historia de amor se había desmoronado, en gran parte, por su incapacidad de asumir quién era realmente.

Tenía miedo de seguir hablando con Hugo y enfrentándo sus problemas. Tenía miedo de hablar de su historia con Álex y darse cuenta de la cantidad de errores que había cometido. Le aterraba darse cuenta de que había pasado años escondiéndose y rechazándose a sí misma. Aun así, necesitaba compartir cómo se

sintió en esa primera relación tan importante para ella para poder entender cómo había cambiado.

El psicólogo la recibió con un abrazo más cariñoso de lo habitual. Se notaba que estaba preocupado por ella de forma genuina. De todas las sesiones que llevaban, era la primera en la que Diana llegaba algo impaciente y con los ojos tan cargados de insomnio.

—¿Qué tal estás?

—Relájate, señor psicólogo, que aún no hemos entrado en consulta —bromeó Diana, intentando esquivar la primera bala.

—Era una pregunta de amigo, no de psicólogo —aclaró Hugo mientras caminaban por el pasillo hacia el despacho.

—¿Somos amigos? —preguntó ella, sorprendida.

—Dentro de la consulta, no. Fuera de aquí, podemos serlo. Me caías bien cuando salías con Álex, y hemos pasado mucho tiempo juntos. No veo inconveniente para quedar un día si te apetece —ofreció él, aun a sabiendas de que no era la mejor idea ser amigo de una paciente.

—¿No crees que a Álex le molestaría?

No era ningún secreto para Diana que Hugo y su ex seguían siendo muy cercanos por las fotos que había visto en su casa.

—Álex vive en la otra punta del mundo y tiene su vida. Yo puedo tener la mía aquí —No quería decirle que ni siquiera le había mencionado a Álex nada sobre la terapia de Diana. No por proteger a su paciente, sino porque temía la reacción explosiva que pudiera tener su amiga si lo sabía—. Si un día te apetece, nos tomamos algo.

—Claro, sería genial.

Esa pequeña charla relajó el ambiente un poco. Diana ocupó su lugar habitual en el sofá, notando pequeños cambios en la consulta. Hugo había reorganizado los cuadros y su colección de vinilos había crecido. Siempre encontraba algo nuevo en ese espacio que se sentía cada vez más familiar.

—Ahora sí te lo pregunto como tu psicólogo, ¿qué tal estás?

—Mejor que la última vez que nos vimos —admitió ella con sinceridad. Hugo siempre valoraba ese rasgo en ella. A pesar de su

miedo a abrirse con su familia, en terapia había aprendido a no ocultar lo que sentía con el resto del mundo—. He estado pensando mucho estos días. Incluso me planteé dejar la terapia por un tiempo.

—Y ahora estás aquí. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Darme cuenta de que no quiero una vida vacía llena de mentiras. Quiero poder tener una relación sin sentirme culpable. Quiero que mi familia lo sepa, para bien o para mal. —Era una decisión que había pensado mucho y ahora parecía tenerla clara—. Y para eso necesito tu ayuda, Hugo.

—Para eso tenemos estas sesiones —asintió él, con la firme determinación de ayudarla, no solo como psicólogo, sino como persona que le guardaba mucho cariño—. ¿Te sientes cómoda para seguir hablando de tu relación con Álex?

—No creo que cómoda sea la palabra. Más bien dispuesta a hacerlo.

La sonrisa algo triste de Diana le hizo ver que quería enfrentarse a ese pasado con tal de poder construir un mejor futuro para su vida. Apreciaba la tenacidad que la caracterizaba y le encantaba tener a pacientes como ella. Se acomodó en su butaca, cuaderno en mano, y la observó unos instantes antes de dar por iniciada la sesión.

Notó que su aspecto no estaba tan cuidado como de costumbre. Su cabello caía en ondas más rebeldes, apenas llevaba maquillaje y sus ojeras hablaban de noches en vela. No necesitaba preguntarle si esos días habían sido difíciles porque lo veía en su rostro.

—¿Retomamos donde nos quedamos la última vez? —preguntó. Diana asintió, esperando sus preguntas—. Me contabas que al principio todo era perfecto, solo que la ansiedad aparecía cuando estabas lejos de ella. ¿Qué pasaba cuando volvías a su apartamento?

—Lo olvidaba todo —respondió sin un atisbo de duda—. Sé que suena absurdo, hasta yo misma lo pienso ahora. No entiendo cómo era capaz de aislarme de esa manera. —Cerró los ojos e hizo un esfuerzo por no dejarse llevar por los sentimientos otra vez—. Vivía en mi burbuja. Cuando estaba con ella, el mundo exterior

desaparecía. Es que era tan… intensa la forma en la que me hacía sentir. Podía rozarme el brazo sin querer y yo me derretía por dentro. Nunca he sentido esa atracción y ese sentimiento con nadie más.

—¿Eras consciente en ese momento de que estabas enamorada?

—Para nada —negó con la cabeza—. Para mí, aquello no tenía nombre porque, en mi mente, una relación con una chica no era posible. Luego Álex me besaba y todos mis pensamientos se desvanecían. Era una lucha constante por lo que sentía y lo que debía sentir.

—¿Me estás diciendo que eras feliz con ella, y al mismo tiempo sentías que hacías algo incorrecto según lo que te habían enseñado?

—Sí, exactamente.

—¿Cómo evolucionaron tus sentimientos? Porque vivir en esa lucha interna no es sostenible en el largo plazo, ¿no?

—Se volvió un caos, Hugo. —Sacudió la cabeza de forma nerviosa—. Mis sentimientos por Álex crecían cada día. No podía imaginar mi vida sin ella. Pero a la vez… el miedo no desaparecía. Y ahora soy capaz de entender lo que pasaba. En ese momento era un sinsentido.

—¿Hablabas de esto con Álex?

Ahí estaba la gran pregunta.

—No. —Su respuesta fue firme, sin rodeos y con mucha culpa en la afirmación—. Tenía miedo de que si le contaba cómo me sentía, me dejara.

—¿Por qué pensabas eso?

Conocía a su amiga lo suficiente para saber que nunca habría hecho eso. El hecho de que Diana pensara que sí tenía más que ver con su miedo interno que con los comportamientos de Álex.

—Porque para ella todo parecía mucho más fácil. —Se encogió de hombros, con una sonrisa amarga—. Siempre fue la valiente en la relación. Dio el primer paso en todo: el primer beso, la primera vez que nos acostamos, fue quien habló abiertamente sobre

lo que sentíamos, quien me pidió que me mudara con ella… Yo solo la seguía, iba a remolque.

Parpadeó sorprendido ante esa última información e hizo un esfuerzo por sonar profesional y no cotilla con su siguiente pregunta:

—¿Álex te pidió que te mudaras con ella?

—¿No te lo contó?

Diana arqueó una ceja, ahora era ella la que se quedaba atónita por su reacción.

Él negó con la cabeza y ella sintió una punzada de incredulidad. Siempre había pensado que Álex compartía todo con sus amigos, especialmente con Hugo. Al parecer su relación no había sido tan pública como ella siempre había creído. Era algo que le había pedido muchas veces en casa y aun así daba por hecho que su expareja hablaba del tema con Marcos y con Hugo para desahogarse.

—Creo que llevábamos casi un año juntas cuando ocurrió. —Ahora sí que cerró los ojos para dejarse llevar por las imágenes de aquella conversación de domingo inesperada—. Pasábamos prácticamente todo el tiempo juntas. Dormíamos en su casa o en la mía. Rara era la noche que no dejábamos todo a un lado para vernos. Entonces me propuso que, ya que mi contrato de alquiler estaba a punto de terminar, nos mudáramos juntas. Me dijo que si lo manteníamos como «compañeras de piso» nadie sospecharía de que pasaba nada más entre nosotras. —Dejó escapar una carcajada amarga antes de hacer una pausa necesaria en su historia. Era un momento importante de su relación y ella, una vez más, optó por el miedo como opción—. Era lo más lógico, ¿verdad? Pues yo… le dije que no.

—¿Por qué? —preguntó Hugo, que cada vez tenía más ganas de levantarse a abrazarla al ver lo rota que parecía conforme avanzaba la historia.

—Porque el simple hecho de decirle a mi familia que me iba a vivir con ella me aterraba —confesó—. ¿Y si pensaban que había algo más? ¿Y si venían a casa a menudo?

—Tu familia ha condicionado muchas de tus decisiones.

—No te haces una idea.

Se notaba su propia decepción en la voz.

—¿Cómo afectó eso a tu relación?

Diana suspiró intentando sacarse la presión que tenía en el pecho cada vez que hablaba de ese tema.

—Fue nuestra primera gran crisis. Creo que fue la primera vez que le rompí un poco el corazón. —Porque hubo varias veces, entendió Hugo—. Estaba convencida de que íbamos a vivir juntas porque lo había insinuado varias veces y yo nunca lo negué. Hasta que me lo propuso en serio. —Se frotó las sienes, como si intentara calmar un dolor de cabeza interno que nunca desaparecía cuando se hablaba de Álex—. Ella no entendía por qué la rechazaba de esa manera, y yo no podía explicarle que no tenía nada que ver con ella, que el problema era mío. Mío… y de mi estúpida familia y…

Su voz tembló y Hugo vio a Diana al borde de romperse como nunca antes lo había hecho delante de él. Se cubrió la cara con ambas manos, intentando ocultar el miedo en su expresión, mientras agachaba la cabeza para que no viera el brillo de las lágrimas en sus ojos. Enfrentarse a su pasado era el único camino, pero revivir cada error, cada decisión que la había llevado a perder lo que más quería, era como desenterrar un cadáver con sus propias manos. La terapia la obligaba a abrir heridas que llevaba demasiado tiempo fingiendo que no existían.

Y lo peor era que aún quedaban más y peores.

—Descubrir tu sexualidad y aceptarla no es fácil, Diana. —Hugo rompió el silencio con la voz tranquila, sin prisa por apurarla—. No te castigues por ello. Cada persona lleva su propio ritmo. Que Álex lo hiciera antes que tú no significa que hayas hecho nada mal. Todos tenemos circunstancias distintas, y muchas veces se necesita ayuda para llegar donde otros llegan solos. Estás aquí para lograrlo, y eso es lo que importa ahora.

Lo sabía, en el fondo lo sabía, pero eso no hacía que la culpa pesara menos en su interior.

—Le fallé tantas veces… —murmuró con un hilo de voz.

—Podemos hablar de eso si lo necesitas —le aseguró Hugo, buscando una forma de sacarla del agujero emocional en el que

acababa de sumergirse—. Cuando te calmes, cuéntame qué pasó después de rechazar la propuesta de Álex.

Le dio el tiempo que necesitaba. Entendía que el silencio también era parte del proceso. Diana respiró hondo varias veces, sintiendo la presión en su pecho disminuir poco a poco. A pesar del dolor que le causaba hablar de esos temas, sabía que, cuando saliera de esa consulta, dormiría mejor.

No entendía cómo funcionaba, pero siempre era así.

—Álex se quedó muy dolida después de que me negara a vivir con ella. Tuve que inventarme excusas absurdas para justificarme. Sé que ella nunca se las creyó —confesó Diana con más calma—. Pasamos semanas complicadas. No sé cómo explicarlo… Era como si ya no confiara en mí. O, mejor dicho, como si hubiera dejado de confiar en que yo iba en serio con ella y creyera que era un juego para mí.

—¿Cómo te sentías tú con esa situación? —quiso saber, centrándose en su perspectiva y no en la de Álex.

—Culpable —dijo sin titubear por un segundo—. La persona que más quería en el mundo se sentía rechazada, y todo porque yo no era capaz siquiera de decir en casa que me mudaba con mi «mejor amiga».

—¿Fue solo por tu familia?

—La sociedad de ese momento tampoco ayudaba —recordó ella—. Parece que no ha pasado tanto tiempo, pero en esos años todo era distinto. Yo misma vi cómo se burlaban de compañeros que salían del armario o que simplemente parecían gays en su opinión. ¿Cómo iba a asumir que mi relación con Álex saliera a la luz? Me aterraba que la gente hablara de mí.

—Parece que te importa mucho la opinión de los demás. ¿Es algo que te inculcaron en casa?

Él ya sabía la respuesta, ahora tenía que ser ella la que llegara también a esa conclusión solita.

—Sí. Mis padres siempre han dado demasiada importancia a las apariencias. Teníamos que ser perfectos, o al menos parecerlo. Y según sus normas, yo nunca lo fui.

—Eso es duro de admitir —valoró Hugo—, y también valiente. No todo el mundo es capaz de reconocerlo.

Diana tragó saliva y se atrevió a sonreír con amargura.

—Supongo que pasé tantos años fingiendo ser alguien que no soy, que a veces ni siquiera sé quién soy de verdad bajo todo este maquillaje y la ropa de marca.

—¿Y cómo intentaste mantener tu relación con Álex en ese punto? Cuando ella empezó a desconfiar…

—Pues puse mucho de mi parte e intenté demostrarle que iba en serio con ella. Que estaba a su lado, que la quería y que nada iba a cambiar. Pero la verdad es que… —Se pasó la lengua por los labios, dudando si debía decirlo en voz alta—. Creo que Álex me quería tanto que estaba dispuesta a perdonarme todo lo que hiciera.

Era consciente de la cantidad de meteduras de pata y daño que había provocado en su relación y cómo, cada una de las veces, Álex había encontrado la forma de darle otra oportunidad. Todas menos la última, que cruzó una raya que ni ella misma pensaba que podía llegar a cruzar.

—¿Todo?

—Bueno… —Diana apartó la mirada y se frotó las manos—. No todo.

—Llegaremos ahí a su debido tiempo, tranquila —dijo Hugo, captando la indirecta.

La ruptura entre ambas fue dolorosa y aún no habían llegado a ese punto de la historia en el que Diana se sintiera segura como para compartir el final.

Durante el resto de la sesión, Diana le habló con más detalle sobre ese período complicado de su relación. Hugo tomó nota de todo mientras ella describía cómo, a pesar de sus intentos por aferrarse a Álex, la inseguridad seguía persiguiéndola como un fantasma cada vez que cerraba los ojos. Si bien el miedo a perderla la llevó a mostrarse más cariñosa y entregada, su lucha interna por ocultarlo a todo el mundo continuaba.

Y eso la estaba destruyendo.

Le confesó que las noches en las que no dormía con Álex, lloraba en silencio hasta quedarse dormida por agotamiento. Que en

las reuniones familiares tenía que escuchar comentarios homófobos y fingir que no le afectaban, cuando en realidad cada palabra se le clavaba como un puñal en el pecho.

Hugo vio en ella a una mujer que, para el resto del mundo, tenía una vida perfecta. Ropa cara, un buen trabajo, una sonrisa encantadora y la seguridad de alguien que sabía manejar cualquier situación social. La realidad era que, en el fondo, Diana no era más que una niña aterrada, atrapada en una jaula de expectativas impuestas por otros.

—¿Sabes qué es lo más difícil de aceptar en todo esto? —dijo Diana en un susurro, con la mirada clavada en el suelo.

—Dímelo tú.

—Que yo misma fui mi peor enemigo.

Fue una confesión tan sincera, que ninguno de los dos pudo decir nada más.

Hugo entendió en ese instante que la batalla de Diana no era solo con su pasado. Era con ella misma. Con todas las veces que se negó la oportunidad de ser feliz, con cada decisión basada en el miedo, con cada mentira que contó para seguir ocultándose.

Y aunque ahora estaba empezando a enfrentarlo, aún quedaba un largo camino por recorrer.

Capítulo 11

A otro con ese cuento

Podría decir de memoria cuántos azulejos tiene el baño del hotel, cuántas veces ha saltado la calefacción esta tarde y los horarios de todos los vuelos con destino a Nueva York desde Barajas. Me habría encantado echarme una siesta que me curara el mal cuerpo que sigo teniendo por la resaca, si no fuera porque mi cabeza no está remando en una buena dirección para desconectar. He tenido que buscar alternativas para distraerme y eso ha incluido hacer todo lo que se me haya pasado por la cabeza, por tonto que fuera.

No es la primera vez que lo hago. De hecho, llevo años perfeccionando este mecanismo de distracción. En Nueva York, cuando noto que la ansiedad empieza a subirme poquito a poco por el estómago, me suelo refugiar en el trabajo. La otra alternativa es el deporte u organizar meticulosamente mi vida al milímetro. Una conducta muy criticada por mi querido Hugo, que siempre decía que distraerme así era obviar el problema en lugar de enfrentarme a él. Me ofreció muchas veces tratarme para ayudarme a gestionar mis emociones, aunque fuera con sesiones online, pero siempre he rechazado sus ofertas.

Algo me decía que abrir esa caja de truenos desataría una serie de tormentas imparables.

A falta de dormir, me he pasado horas debatiendo conmigo misma si marcharme sin decirle nada a nadie o despedirme como debería de mi familia y amigos. Siendo franca, huir me ahorra tener que dar explicaciones incómodas y responder preguntas que no

quiero, ni por asomo, enfrentar. El problema es que mi amiga la culpa está haciendo acto de presencia una vez más, aquí tumbada conmigo en la cama. Además, si algo he aprendido con la muerte de Hugo es que nunca sabes cuándo será la última vez que verás a alguien, así que haré lo correcto.

He comprado un billete para mañana por la mañana, lo que me da hoy tiempo para despedirme de quien yo quiera e irme a una hora en la que, gracias al cambio de horario, me libraré del *jet lag*. Aviso a Lucas de que voy a pasar por casa para cenar con ellos y le digo a Marcos de vernos mañana para desayunar justo antes de irme para el aeropuerto. Una vez hechos esos planes, procedo a recoger mi maleta, lista para marcharme otra vez.

Una tarde me ha hecho falta para desligarme emocionalmente de esta ciudad, para convencerme de que lo mejor es volver a mi rutina y fingir que todos estos días no han pasado.

Y sería genial si no fuera porque por mucho que yo finja que todo va bien, la despedida se me hace bola. También es que nada ayuda. Lucas no se toma nada bien que me vaya así como así y me hace una serie de preguntas que voy esquivando como puedo, escudándome en que aquí ya no puedo hacer nada más y me necesitan en el trabajo porque dejé a medias el proyecto más importante del año. Por suerte, se cansó al ver mi actitud y no insistió más. Nuestro tiempo familiar tendrá que ser pospuesto unos meses.

Tras el interrogatorio, intento disfrutar de la cena juntos y mantengo a raya, como puedo, el eco de la conversación con Diana de anoche. Es que maldita tía que hasta sin estar aquí me da la brasa. Es inevitable que vuelva, claro está, al ver la felicidad palpable de mi hermano, con su casa ideal, su perro, su hijo adorable… ¿Cómo no iba a repetir en mi cabeza eso de «tu hermano tiene la vida que tú querías» después de verles así? ¿Y si tiene razón? ¿Y si, por mucho que me niegue a aceptarlo, Diana tiene razón?

Siempre ha sido la única persona capaz de meterse en mi cabeza cuando aislaba a todo el mundo y parece poder seguir haciéndolo. ¿Me hace gracia? Ninguna. ¿Tengo manera de

controlarlo? Sí, yéndome de aquí y volviendo a alejarla de mi vida como sea.

Resisto como puedo el chantaje de Mario para que me quede a dormir en esta casa una última noche. El débil argumento de que todas mis cosas están en el hotel y me voy muy temprano parecen suficientes para convencerle de que es lo mejor para todos. Y ni siquiera es esa la peor parte. Es la de despedirnos. Es darle un abrazo a todos con una sonrisa que no siento en absoluto. Es saber que hasta dentro de unos meses no nos veremos. Es entender que esta vida ya no me corresponde, quizás nunca lo hizo, y que tengo que volver a mi rutina en Nueva York, por mucho que ahora me duela.

Lo que más me jode de toda la situación es que soy tan imbécil que me he pasado toda la noche esperando un mensaje de Diana. ¿Para qué? Pues ni yo lo sé. Poco más que la he mandado a la mierda y ahora aquí estoy mirando mi móvil cada cinco minutos. No me entiendo ni yo misma porque tenerla cerca me desestabiliza y solo quiero poner tierra de por medio, pero a la vez necesito ese mensaje, esa última despedida, esta vez en condiciones. Es que me estoy odiando a mí misma por necesitarla. Es que hasta prefiero otra discusión y mandarla a la mierda que quedarme con esta sensación dentro de volver a dejar, una vez más, la historia inconclusa.

Inconclusa y algo vacía, como parece ahora mi vida en Nueva York. Cinco años, eh. Cinco putos años construyendo una vida decente y con la que estar a gusto para que esta chica me la tire abajo en días.

Maldita Diana.

¿Cómo voy a querer estar cerca de ella otra vez después de cómo terminamos? Aquello fue un completo desastre. Por no hablar del incidente que ya fue la gota que colmó mi vaso. Admito que, quizás, no fue la mejor ruptura porque yo tomé la decisión, unilateral, de acabar con todo. Un vago intento de empezar una vida nueva alejada de ella, ignorando el problema, era lo que yo creía que necesitaba. Resulta que no, que el tiempo no cura las heridas que ignoras y que no enfrentas. Lección aprendida. Hacer como si mis sentimientos por Diana nunca hubieran estado ahí fue la peor

idea. Yo creía que todas esas emociones estaban en una caja en el fondo del mar, pero no, están flotando en la superficie de mi mar de dudas.

Ahora no puedo volver a preguntarme si la persona que vuelve a Nueva York es la misma que se marchó de allí y si seré capaz de volver a apartar a Diana como lo hice. Por no hablar de que tengo aún la espinita clavada por todo el tema de Hugo.

En ese océano de preguntas, dudas e inquietudes termino por dormirme después de un par de horas dando vueltas a la cama del hotel. Mejor que no lo hubiera hecho, porque para el poco descanso y la cantidad de pesadillas que he tenido, podría haberme quedado toda la noche viendo series o leyendo un libro. Al menos así podría centrarme en las paranoias de otros y no en las mías. Ni siquiera ha hecho falta que suene mi alarma, ya que cuando llega la hora de que se active, llevo bastante rato mirando mi móvil.

Intentaría mirar el lado positivo y animarme un poco para el día que me espera, lo que pasa es que me queda aún la peor despedida: Marcos. Él no va aceptar respuestas esquivas, ni excusas de mierda cuando le diga que me voy ya. Al menos me voy a despedir de él, debería sentirse halagado conociendo mi *modus operandi* habitual. He quedado con él en una cafetería ahí al lado, con parada de taxis cerca para poder irme al aeropuerto en cuanto terminemos. Yo pensaba que iba pronto hasta que he cruzado la puerta de cristal de la cafetería y me he encontrado a Marcos ya sentado con un café sobre la mesa. Este duerme menos que yo…

—Buenos días —saludo acercándome para darle un abrazo.

—Buenos días, amiga.

Es en ese momento cuando me suelta y se fija en la maleta que arrastro. Puede ser que le haya ocultado que me marcho en un rato. ¿Está feo? Sí. ¿Tenía ganas de aguantar el linchamiento a mensajes que habría sufrido hasta este momento para convencerme de que no me fuera? No.

—¿Y esa maleta?

Aquí está ya la gran pregunta. Respiro hondo y me dispongo a tener una conversación que no me apetece para nada.

—Me vuelvo a Nueva York, Marcos —anuncio lo más tranquila que puedo—. Mi vuelo sale en unas horas.

—No me jodas, Álex. ¿Así sin más? —pregunta llevándose la mano a los ojos, ya presagiando el dolor de cabeza que voy a provocarle.

—Sin más.

Mentira.

Ojalá fuera sin más, Marcos. Ojalá no tuviera que mentirte porque no te voy a decir que tu querida amiga Diana, mi expareja —dato a destacar— me sigue causando el mismo caos en la cabeza que la primera noche. Ojalá no ocultarte que no puedo tenerla cerca sin querer más y que me voy por eso.

Sin más mis cojones.

No ayuda a defender mi elaborado argumento que no pueda parar de mover mi pierna contra el suelo de forma bastante descarada. Tampoco que esté incómoda con toda esta conversación o que me esté tocando el flequillo sin parar. Me estoy delatando yo solita en este silencio que Marcos ha establecido para examinarme.

—Mira, tenemos dos opciones —dice apoyando los codos sobre la mesa—. Puedes contarme directamente qué ha pasado para que salgas huyendo así otra vez o puedes negarlo y hacer que te interrogue hasta que te canses y termine por unir los puntos. Tú decides.

Cabezota como él solo. ¿No podría tener yo un amigo que se creyera mi mentira y me dejara en paz? Tenía que tener al rey de la racionalización de todas las decisiones sentado aquí delante.

—Marcos, no pasa nada —miento de nuevo—. No saques las cosas de contexto, por favor te lo pido.

Ni el tono de súplica parece convencerle para dejar esta conversación a un lado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta de nuevo.

—Nada.

Y no sé por qué sueno cada vez menos convincente. Como siga así me va a sacar toda la información que él quiera. Aprovecho la tregua que me da la camarera, sirviendo una taza de humeante café frente a mí, para intentar recomponerme.

—Lo último que supe de ti antes de todo este *show* es que te fuiste de la fiesta con Diana. —Pues sí que se dio cuenta de que me fui con ella, oye—. No hace falta ser un genio para saber que ha pasado algo con ella.

—Diana no tiene nada que ver con…

—A otro con ese cuento, Álex —me interrumpe Marcos, sin darme la oportunidad de justificar mi marcha con una mentira—. ¿Qué ha pasado? ¿Os habéis acostado? ¿Os habéis reconciliado? ¿La has matado?

No sé qué ha pasado y necesito que dejes de hacer preguntas que siempre siembran pensamientos en mi cabeza a los que les voy a dar muchas vueltas. Más de las necesarias. Es que empiezo a pensar que hasta habría sido mejor acostarnos o mandarnos a la mierda o yo que sé. Lo que fuera para sacudirme esta sensación extraña que ha colonizado todos los poros de mi organismo y no me deja vivir en paz.

—No ha pasado nada, Marcos. —¿Me va a creer si lo sigo repitiendo hasta la saciedad?—. Fuimos a casa de Hugo porque creíamos que habíamos resuelto el misterio, pero nos equivocamos. Ya está. No hay más.

—¿Y por eso huyes? ¿Por Hugo?

Joder, el tío, directo a la yugular.

—No estoy huyendo.

¿O sí lo estoy haciendo?

—Haz lo que quieras, Álex. Si no me lo cuentas tú, me lo contará Diana. —Uy, ha sacado la artillería atacando a mi orgullo con su amistad—. Tú decides qué versión de los hechos voy a escuchar primero.

El hecho de que su mejor amigo fuera Hugo le ha dado ciertas habilidades de manipulación de las emociones durante los años que estoy sufriendo yo ahora y que no me están gustando nada de nada. ¿Tan malo sería contárselo? ¿Tan malo sería admitir que no puedo tenerla cerca? ¿Tan malo sería darle la razón en lo de que me voy por ella?

Un poco sí, pero en este momento estoy acorralada y hablar del tema, quizás, pueda ayudarme a liberar un poco la presión del

pecho.

—Tuvimos un encontronazo, ¿vale? —admito y veo cómo su sonrisa se ensancha al saber que voy a confesar tras su truquito de mierda—. Nos dijimos cosas feas y… Yo no puedo seguir así. Diana lleva mucho tiempo fuera de mi vida y, entre lo de Hugo y verla todos los días… No estoy bien y quedarme aquí no va a ayudarme a estarlo.

Liebre fuera del sombrero. Ahí tienes la verdad, amigo.

—Huir tampoco te va a ayudar. —Y dale perico al torno con lo mismo otra vez—. Ya lo has comprobado desde que volviste.

Me jode soberanamente que tenga razón y me deje sin argumentos de una forma tan sencilla como esa. En Nueva York puedo engañarme a mí misma cuanto quiera. Finjo demencia, me centro en mi vida y no pienso en nada de lo que pasa aquí, ni en ella. Especialmente no pienso en ella. No hay recuerdos juntas, ni nada por el estilo. En Madrid es diferente, aquí siempre hay un recuerdo de nuestra relación o ella misma, con su encanto de siempre, recordándome que ignorar mis sentimientos no es efectivo. No ayuda que Marcos me conozca tan bien como para calar todo lo que me pasa con mirarme a los ojos.

Creo que, en este punto, seguir aparentando que mi coraza está intacta es una tontería. No tengo nada bajo control y no lo voy a tener si me quedo más tiempo en Madrid.

—Me encantaría decirte que te equivocas, pero no puedo. —Pura verdad. Creo que no le he dicho algo tan verdadero como lo que estoy a punto de decir y, lo cierto, es que no me siento tan mal por querer hacerlo como pensaba que lo haría—. Sabes que mi historia con Diana viene de muy lejos. Me fui para dejarla atrás y lo conseguí, o eso pensaba hasta ahora. Durante años no he sabido nada de ella. Ni siquiera sabía que era vuestra amiga y, al hacerlo, supongo que también os he alejado a vosotros.

Marcos no parece dispuesto a interrumpir este momento de confesión por mi parte porque se aferra a su taza con la paciencia que solo un amigo te puede demostrar, y espera que siga hablando.

—Verla de nuevo me ha removido demasiados sentimientos, Marc. Me ha hecho darme cuenta de que sigue aquí clavada. —Me

llevo la mano al pecho, justo al centro para que entienda lo que quiero decirle. Al mismo punto donde tengo una presión desde hace días—. Tenemos demasiados asuntos sin resolver y yo… yo tengo mi vida allí. No quiero ponerlo todo patas arriba por ella después de cómo terminamos.

—Entiendo que te duela, de verdad, pero alejarla a ella no va a hacer que todo esto se te olvide, Álex. —No le contesto porque tiene razón. Otra vez. Yo sé que no se me van a olvidar esos ojos por mucho que me vaya a miles de kilómetros, pero déjame vivir engañada hasta que ponga un pie en América—. Hace unos días me rogabas que entrara en el portátil de Hugo porque estabas convencida de que había algo raro en su muerte y ahora lo dejas todo de lado por Diana. No sé si lo de Hugo era solo una excusa para pasar tiempo con ella y ahora que has visto que aún sientes algo sales corriendo… o si simplemente no tienes ni idea de qué hacer con todo esto y por eso te marchas.

—¿Qué más da, Marcos? —pregunto sacudiendo la cabeza—. Solo quiero irme.

—Álex…

—Te juro que me encantaría ser tan valiente como para quedarme y hablar con ella. Me encantaría ser capaz de ponerme en riesgo de nuevo y ver qué pasa entre nosotras, pero no lo soy y no quiero serlo —suspiro cansada y algo resignada con lo que me está tocando vivir—. No puedo quedarme, lo siento.

Es en ese momento cuando Marcos se calla y decide no insistir más. No sé si es por el tono de derrota que pocas veces he usado en mi vida o porque me tengo que aguantar las ganas de llorar, el caso es que entiende que no hay nada que hacer y la decisión está tomada.

Desde ese punto y aparte en la conversación, nos centramos en aprovechar el último rato juntos y en intentar planear cuándo vernos. El cabezota insiste en acompañarme a la parada de taxis aun sabiendo que llegará tarde al trabajo por hacerlo y yo… se lo agradezco, siendo sincera. Unos minutos más con él no me vienen mal, de hecho el abrazo que me da justo antes de montarme en el coche es de los mejores que me han dado, o así se siente esa

firmeza de sus brazos a mi alrededor, como si quisiera agarrarme antes de que me caiga del precipicio. Lo que no sabe es que hace rato que ya voy en caída libre.

—Solo espero que no te arrepientas toda la vida de irte hoy, Álex —dice cuando nos separamos.

—Yo también lo espero.

Espero no arrepentirme de volver a dejarla aquí sin explicaciones.

Espero no arrepentirme de huir de nuevo y no tener la conversación que nunca llegamos a tener.

Espero no arrepentirme, en general, de volver a cerrarle la puerta a la persona que más he querido en el mundo.

Le regalo a Marcos una última sonrisa antes de montarme en el taxi que conduce un señor algo entrado en años con el pelo canoso y que me observa por el retrovisor esperando mis indicaciones.

—¿A dónde vamos?

Buena pregunta, señor.

Si tengo que decirle un lugar físico, le diré que el aeropuerto, aunque si tuviera que saber hacia dónde va mi vida…

Well, mal momento para mí.

Paciente R.P.

Sesión 11: Todo controlado

La paz de Hugo se vio perturbada cuando, sentado en su elegante silla de cuero, vio en la agenda el nombre de su siguiente paciente. Sentía una responsabilidad no solo con él, sino consigo mismo en lo que a ese hombre se trataba. Necesitaba entender hasta dónde llegaban sus comportamientos violentos y controladores, y si las historias que le contaba en consulta eran solo una parte de la verdad de su vida o había algo más.

A lo largo de los años, había aprendido que muchos pacientes mentían, aunque no con la intención de engañarlo a él, sino para evitar enfrentarse a su propia culpa. Por eso, valoraba tanto la sinceridad de Diana en sus sesiones. Aunque al principio le había costado abrirse, ahora hablaba sin filtros, sin excesivos adornos y sin excusas. Era una paciente con la que podía trabajar de manera efectiva.

Ese hombre, en cambio, era todo lo contrario.

Hugo se preguntaba a menudo qué lo había llevado a terapia y por qué acudía semana tras semana. Con el tiempo, había llegado a la conclusión de que, aunque fuera de forma inconsciente, su paciente buscaba que alguien le dijera que sus actos estaban justificados, que sus palabras contra las mujeres no eran tan graves y que todo lo que hacía tenía sentido.

Y lo peor no era su actitud, sino el hecho de que Hugo debía fingir comprensión para obtener más información al respecto.

Estaba ante un caso delicado, el más delicado de su carrera, de hecho.

Si lograba ayudarlo, no solo podría mejorar su vida, sino también la de las personas que estaban a su alrededor. El problema residía en que cada sesión se volvía más difícil de soportar a nivel emocional y moral para él.

Perdido en sus pensamientos, el sonido del timbre lo devolvió a la realidad. Puntual, como siempre, el hombre de rostro serio y apariencia impecable cruzó la puerta de su consulta. Su abrigo largo ocultaba el traje negro con corbata a juego que llevaba debajo. Le había mencionado en alguna ocasión que acudía a terapia directamente desde el trabajo, lo que explicaba siempre su aspecto formal.

Hugo esperó a que se sentara en el sofá antes de iniciar la sesión.

—¿Qué tal estás?

—Más o menos —respondió con un movimiento negativo de la cabeza—. No me gusta la lluvia.

Hugo se giró hacia la ventana. Había estado tan concentrado en prepararse mentalmente para la sesión que no había notado el mal tiempo tras el cristal. Le sorprendió que su paciente comenzara hablando de algo tan trivial como eso.

—¿No te gusta la lluvia? —repitió, fingiendo curiosidad.

—No, la odio —respondió molesto.

—¿Por alguna razón en particular?

—Es molesta.

Supo que necesitaba cambiar el rumbo de la conversación a su gusto hacia un tema que le preocupaba bastante y le acababa de dar pie a ello.

—Bueno, puede serlo en algunas ocasiones, aunque odiarla es un sentimiento bastante fuerte, ¿no crees?

Sutil cuanto menos.

—¡Claro! —dijo algo alterado—. Es que tú vas tan tranquilo un día, dispuesto a estar contento, y sin previo aviso te empieza a llover y te empapas. Es imposible mantener el buen humor así.

—Bueno, sin previo aviso tampoco, que para eso hay aplica… —No terminó la frase porque recordó con qué paciente estaba

tratando. Rectificó y se metió de lleno en su juego—. Tienes toda la razón, aparece de la nada y no hay manera de controlarla.

—Exacto. —El paciente asintió, satisfecho de que alguien por fin entendiera su punto de vista—. Eso es lo que más me fastidia, que no hay manera de controlarlo. Puedes tener toda tu vida organizada al milímetro y, de repente, la lluvia lo echa todo a perder.

Ahí estaba un día más su obsesión por controlar todo.

Su problema no era la lluvia, sino no tener voz ni voto en cómo y cuándo ocurría. Necesitaba dominar cada aspecto de su entorno, y cualquier cosa que se escapara de sus redes lo desquiciaba. Hugo decidió aprovechar la oportunidad para profundizar en esa obsesión.

—¿Te molesta no tener el control de lo que ocurre a tu alrededor?

—Sí.

La respuesta tan contundente sorprendió a Hugo. No era común que hablara de sus emociones de forma tan directa. Había ido a por cobre y había encontrado oro.

—¿Por qué?

El hombre entrecerró los ojos, examinando a Hugo con la misma mirada calculadora de siempre. Lo hacía cada vez que la conversación tocaba un punto sensible. Era su manera de decidir hasta qué punto quería compartir la verdad con él. O hasta qué punto podía fiarse de él, más bien.

—Si tengo el control de lo que ocurre, puedo decidir qué pasa en cada momento.

—¿Me puedes dar un ejemplo?

A Hugo no le servían esas respuestas tan vagas. Así que a menudo usaba una táctica en particular, la de pedir ejemplos. Esto forzaba a los pacientes a traer recuerdos concretos, reales para poner esos ejemplos. Con suerte, el suyo compartiría algo que le permitiera entender mejor cómo funcionaba su mente.

—Pues mira, en el trabajo, cuando tengo que asignar tareas a los empleados siempre les doy de fecha límite unos días antes de la entrega real —explicó con una sonrisa maliciosa—. Así, si algo sale

mal o no me gusta el resultado, tengo tiempo para corregirlo antes de hablar con los clientes.

¿Le sorprendía esa actitud? Obviamente no.

Su paciente tenía tendencias manipuladoras y que le gustara asegurarse de que todo saliera como él quería sin que los demás lo supieran seguía encajando en su perfil psicológico.

—Lo entiendo —dijo, fingiendo empatía—. Prefieres manipular un poco a los demás para que la situación nunca te supere.

—Algo así. —El paciente hizo una pausa porque le estaba molestando la connotación negativa del verbo que había usado Hugo —. Aunque yo no lo llamaría manipular.

—Era solo una forma de hablar. —Hugo suavizó el tono—. Quería decir que siempre vas un paso por delante, ¿no?

—Eso es —afirmó el paciente, relajándose de nuevo—. Es difícil que algo salga mal si lo tienes todo controlado.

—¿Aplicas esto en todas las áreas de tu vida?

Hugo esperaba poder derivar ese tema a otros más importantes.

—Podría decirse que sí.

—¿Incluso en tus relaciones? —preguntó, jugándosela—. Porque, cuando hay sentimientos de por medio, no es tan fácil controlar lo que pasa. Al fin y al cabo, hay otra persona con pensamientos y deseos que tú no puedes predecir.

Hugo sabía que estaba pisando terreno pantanoso, pero también sabía cómo manipular a su paciente para que se abriera. Decidió halagarlo, darle la impresión de que admiraba su manera de manejar sus relaciones.

—Yo soy un desastre con las parejas —dijo, riendo con fingida complicidad hacia él—. Me encantaría saber cómo lo haces.

Fue capaz de ver cómo el ego de su paciente fue creciendo notablemente después de ese comentario.

—No es fácil, especialmente porque las mujeres son impredecibles y, muchas veces, insufribles —escupió con bastante desprecio.

—Ya veo.

Fue lo único que fue capaz de responder. Tenía un nudo en el estómago. Forzó una sonrisa como pudo y aguantó el asco que sentía. Le repugnaba la forma que tenía de ver a las mujeres ese hombre.

—Como has visto, mis relaciones no han sido exactamente un éxito —continuó él sin que le forzara a hablar, lo que demostraba que estaba cómodo con la conversación—. Es lo que pasa cuando sales con tías que no entienden cómo debe funcionar una relación.

—¿A qué te refieres? —preguntó Hugo aprovechando esa confianza.

—Que muchas mujeres no entienden que, si están con alguien, tienen que tenerlo en cuenta en todo momento. No pueden ignorarlo y hacer su vida como si nada. —Su tono cada vez iba cambiando a algo más sombrío que no le gustaba nada al psicólogo. Hugo tuvo que apretar los dientes para no interrumpirlo—. No quiero estar con alguien para quien no soy el centro del universo, ¿sabes?

—Claro, claro… —mintió Hugo una vez más.

—No me gusta que nadie se interponga en mi camino. Si quiero algo, lo consigo, cueste lo que cueste —insistió.

Empezaba a ver que ese hombre, de verdad, era capaz de lo que fuera para conseguir sus objetivos. Y ahí estaba de nuevo. La frialdad, la oscuridad en su voz que no anticipaba nada bueno. Empezaba a verle las orejas al lobo y no le gustaba nada. Quería correr y, sin embargo, siguió preguntando para presionarlo un poco más.

—¿Lo aplicas en todo? —insistió con el mismo tema queriendo confirmar sus sospechas.

—Sí.

Hugo necesitaba más respuestas y lo peor era que estaba dejando a un lado, por un momento, sus conocimientos de psicología para seguir indagando. Le podía la curiosidad.

—¿En todo, todo?

—¿A qué te refieres?

Se arrepintió de la pregunta cuando notó cierta desconfianza en su respuesta. No quería arruinar todo lo que había construído en

ese momento. Se tomó un momento para pensar bien su siguiente movimiento y no tardó en encontrarlo.

Iba a hacer una pregunta que llevaba tiempo rondando en su cabeza tras analizar los comportamientos que tenía su paciente con las mujeres y sus episodios de violencia. Aquella pregunta determinaría no sólo cómo iba a verle de ahora en adelante, sino que podía definir la forma en la que afrontaba la terapia.

—Por ejemplo… Si una noche te apetece tener sexo y tu pareja no quiere, ¿qué haces?

Pregunta bomba soltada y la respuesta fue silencio. Un silencio tan ensordecedor que hasta él se sentía incómodo.

Podía escuchar las gotas de lluvia golpeando contra el cristal de la ventana. La rapidez con la que chocaban indicaba que había aumentado la intensidad con la que el agua se precipitaba desde que había empezado la sesión. Intentaba no moverse, era una forma de no llamar la atención y dejar que su paciente meditara la respuesta. A menudo, que dudara tanto en hablar solía implicar que la respuesta era bastante esclarecedora a la par que difícil de digerir.

El paciente pasó una mano por su flequillo, intentando controlar lo despeinado que estaba hoy por la humedad de la lluvia. Si su cerebro hubiese estado compuesto por engranajes, en ese momento habrían estado girando a todo funcionamiento. Las últimas sesiones le habían dado una confianza en Hugo que no había tenido en un primer momento. Había mostrado cierta comprensión con sus confesiones y no le había criticado por su forma de ser, algo que hacía crecer su ego en cada sesión y le indicaba que estaba ante un igual.

Su mirada se desvió hacia el reloj de la pared, calculando el tiempo que quedaba de sesión. Mantuvo su rostro impasible y se preparó para lo peor cuando vio que el paciente se colocaba en su posición favorita de nuevo en el sofá antes de hablar.

—Bueno… Como te decía, cuando quiero algo, lo consigo.

No era la respuesta que Hugo esperaba y se vio obligado a jugársela un poco más.

—¿Dirías que no aceptas un no por respuesta?

—Lo has clavado.

La frase que Hugo temía. Una persona que no aceptaba un «no» por respuesta, en ningún aspecto de su vida, era una persona muy peligrosa con la que tratar.

—¿Alguna vez has estado en esa situación con una mujer?

No era la pregunta que quería hacer directamente, pero tampoco se atrevía a hacerla en esos momentos. El paciente esbozó una sonrisa, ladeando la cabeza con un gesto de falsa modestia.

—Sí.

El bolígrafo que Hugo sostenía entre los dedos cayó al suelo por los nervios del momento. Siempre había sospechado que sus comportamientos eran erráticos y que no trataba bien a las mujeres, pero obtener una confirmación así de su propia boca, era mucho más duro de lo esperado.

Tragó saliva y se obligó a recomponerse antes de levantar la vista. Le dedicó la sonrisa más falsa que tenía en su catálogo y se levantó para dejar su bloc de notas sobre el escritorio.

—Te entiendo a la perfección —mintió, volviéndose de espaldas para que su paciente no viera el horror en su rostro.

—Me alegra tanto que usted me entienda. Hay gente que cree que hoy en día se pueden tener unas libertades que, en mi opinión, son…

La alarma de la consulta sonó y el paciente se detuvo.

Más que nunca Hugo agradeció ese sonido que daba por finalizado el tiempo disponible que tenían cada semana. Su paciente tampoco se esmeró en terminar la frase. Recogió sus cosas y fue acompañado en silencio por Hugo hasta la puerta. Se despidió de él hasta la siguiente sesión y cerró la puerta. Se deslizó contra ella, dejando resbalar su espalda hasta que quedó sentado en el suelo.

Nunca en su carrera se había enfrentado con alguien así. Tenía un gran problema por delante y no sabía cómo lidiar con él. Suspiró y maldijo el día en el que ese hombre cruzó el umbral de su apartamento. Aún con esas, se prometió que, fuera como fuera, iba a hacer algo al respecto.

Capítulo 12

El desorden es vida

El avión de vuelta a Nueva York, a mi casa, fue una auténtica tortura, aunque nada comparado con todos los sentimientos que tuve que gestionar durante esas horas. No solo por mi miedo a volar, sino porque todo eso se mezclaba con la falta de sueño y descanso. Por no hablar de la cantidad de acontecimientos que tenía que digerir y que no me apetecía en absoluto.

El problema es que no tuve que lidiar solo con la ansiedad por volar. No. Tuve que gestionar la ansiedad a secas y no lo llevé nada bien. De hecho sigue bastante presente estos días. He tenido alguna que otra crisis y ataque de ansiedad a lo largo de mi vida, especialmente desde que vivo en Nueva York, así que pensaba que ese día podría ser una más y punto. Intenté no darle más importancia y convencerme de que todo estaba bien… Fingir demencia, vaya.

Mala idea.

Llevo años conviviendo con estas sensaciones a pesar de las quejas de Hugo de que tenía que tratarlo para no vivir así y no sale nunca bien lo de ignorar el problema.

Ojalá te hubiera hecho caso, amigo.

Habría sabido qué hacer, además de respiraciones, para calmarme o para entender qué me estaba pasando. Nunca he sido una persona que se abra con facilidad a los demás o que cuente mucho de lo que siente, ni siquiera con él. Aunque fuera uno de mis mejores amigos, me pasaba como con Marcos, que me costaba contarle ciertas partes de mi vida, ciertos pensamientos que siempre

reservo para la soledad de la noche en mi apartamento. Dejarles entrar, a ellos o a quien sea, significa exponerme por completo a corazón abierto, y no es algo que ahora mismo quiera hacer.

Esa ansiedad y nervios han ido aumentando cada día que he pasado en la capital. La falta de aire y la presión en el pecho llevan días durmiendo conmigo. Bueno, si se le puede llamar dormir a lo que he hecho. Tampoco ayudó el último enfrentamiento con Diana, que disparó a lo más alto mis niveles de ansiedad.

Vamos a sumarle a todo esto el viaje en avión.

Un cóctel molotov, vaya.

Nada más poner un pie en mi apartamento, yo intento volver a ser la chica que se fue, es decir, a la Álex fuerte —en apariencia— que tiene su vida aquí. Por mucho que mire a mi alrededor noto que las paredes son las mismas, los muebles siguen teniendo un diseño precioso, a pesar de la acumulación de polvo de estos días, pero yo no lo soy.

Maldita Diana, maldito Hugo y maldita yo.

Parece todo tan ajeno a mí ahora mismo que ni siquiera sé qué hacer o qué sentir. Suelto la maleta en el *hall* de entrada y recorro la casa como alma en pena. Es un apartamento muy guay, su dinero vale, claro está. Y ni siquiera el pensamiento de tener una vida tan exitosa como para poder pagarlo ayuda a apagar todas las voces de mi cabeza.

Todo lo que he construido se ha ido a la mierda. Me siento de la misma manera que cuando llegué a la ciudad hace cinco años. Como una hormiga completamente perdida en una jungla de cemento y cristal, vulnerable a ser aplastada en cualquier momento. Incapaz de discernir si el problema es el apartamento, que ya no me parece tan guay, o yo, que empiezo a ver las cosas de otra manera.

Y si pensaba que volver a la rutina de mi vida haría las cosas más fáciles, no podía estar más equivocada. Es hasta más… ¿complicado? ¿insulso? ¿raro? No sabría definirlo, porque ni volcarme en todos mis proyectos de nuevo mantiene a raya la angustia como lo solía hacer antes. Da igual los planes que me ofrezcan de salir, tomar algo o hasta ir a un musical, que nada me apetece. ¡Yo rechazando un musical! Es de las cosas que más me

gustan de la ciudad, o me gustaban, porque ni eso rellena la pena que tengo.

¿Cuántas veces he pensado en qué estará haciendo Diana en Madrid? Más de las que debería. ¿Que si echo de menos ahora más que nunca a mi familia? También. Si es que yo para qué puse un pie en España sabiendo que esto podía pasar. Mira, Hugo, porque estás muerto, que si no te enterraba yo con mis manitas por todo lo que estoy viviendo por tus ideas.

He mantenido el contacto casi diario con Marcos, aunque tampoco hablamos mucho más allá de qué tal el día. Yo necesito que me siga escribiendo a pesar de que no le esté contando todo lo que tengo dentro. ¿Y por qué no se lo digo? Porque soy gilipollas. A esta conclusión llegué hace rato y no la suelto.

Tampoco ayuda que decidiera mantener el motivo de mi viaje en secreto a todos mis amigos y compañeros de trabajo. Todo el mundo piensa que me he tomado unas mini vacaciones más que necesarias para descansar la mente antes de la carga de trabajo de los próximos meses. ¿Se me ocurrió pensar a mí que esto llevaría a conversaciones incómodas? Obviamente no. Para qué iba yo a pensar un poquito. No, yo para adelante como los de Alicante, y ya iremos resolviendo problemas conforme vengan.

Mala técnica esa. Lo aviso por experiencia.

—¿Qué tal tus vacaciones? —pregunta Jack en un descanso que tenemos para hacernos un café entre reuniones.

—Bien —respondo algo seca sin querer alargar más de lo necesario esa conversación.

—¿Has hecho algo interesante además de ver a tu familia? —insiste Jack, que está mucho más acostumbrado a una versión más habladora de mi persona.

¿Ir a un entierro? ¿Pelearme con mi ex? ¿Intentar averiguar por qué se suicidó mi mejor amigo? Respuestas sin duda interesantes, eh.

—No.

Jack ha trabajado conmigo desde que entré en esta empresa, así que me conoce un poquito y mis respuestas cortantes y el nudo en la garganta me están delatando por completo. Me he pasado

horas preparando todo tipo de proyectos con él, noches en vela discutiendo la mejor forma de afrontar los problemas y ponerle solución a plazos imposibles. Así que me ha calado por completo.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta yendo al grano.

¿Yo por qué falté a la clase donde enseñaban a mentir de una forma más disimulada? ¿Y si finjo que no le he escuchado y me concentro en el fallo que acaba de saltar en el programa que tengo delante? Sí, eso voy a hacer.

Así que tecleo algo y me centro en mirar la pantalla. Es súper importante lo que estoy haciendo, no puedo distraerme y… ¡Pum! ¡Oye! Me ha cerrado la pantalla y por poco me pilla los dedos, joder.

—Si hace falta le doy ese proyecto a otro —me advierte—, pero no te vas a mover de aquí hasta que me lo cuentes.

Agradecería al universo que dejara de ponerme a mi alrededor a gente que no quiere respetar que no quiera hablar de ciertos temas. Es que encima este es igual de terco que Marcos y no va a dejarlo pasar hasta que se lo cuente, cosa que no quiero. El problema es que aquí entra el juego de que si de verdad quiere, me deja sin este proyecto. ¿Qué he hecho yo para que me obliguen todo el rato a revivir sentimientos que no deberían existir?

—He tenido algunos problemas personales —respondo intentando así esquivar la bala—. Pero ya he vuelto y está todo bien, no te preocupes.

—Después de tantos años contigo esperaba un poco más de sinceridad por tu parte.

Me mata el deje de decepción que hay en su voz. Marcos, Diana, Lucas, ahora Jack… ¿Hay alguien a quien no decepcione con mis decisiones? Madre mía, no hago nada bien al parecer. Estoy cansada de decepcionar a la gente y de nunca hacer lo suficiente.

Echo el cuerpo hacia atrás para reclinarme lo justo en la silla y hacerle un poco de hueco, un día más, a la culpa. Podría probar una nueva estrategia, como hice brevemente con Marcos, y ser sincera. Total, a estas altura tengo poco que perder y mucho que ganar.

—Me fui a Madrid porque… —Hago una pausa para respirar, intentando deshacer el nudo que se forma en mi garganta cada vez

que hablo de este tema—. Uno de mis mejores amigos falleció. Volví para el funeral y he estado unos días con mi familia y amigos.

—Lo siento mucho, Álex —dice Jack acercándose para posar su mano en mi brazo de forma cariñosa.

—No pasa nada —respondo sacudiendo la cabeza.

Debería de empezar a asumir que sí pasa porque la táctica de fingir que no está siendo un fracaso. No voy a empezar a hacerlo hoy, ya mañana si eso, que coja fuerzas. Mejor me pongo a trabajar de nuevo. Sí, eso me irá mejor y se acabará este momento tenso que he creado, volcarme en el trabajo y seguir concentrada.

—Si necesitas hablar o lo que sea, puedes contar conmigo —ofrece.

—Gracias.

No me gusta que me compadezcan, ni dar pena, así que me limito a sonreír y hacerle un gesto para que vuelva a su mesa porque tenemos mucho trabajo. Entre planos y peleas con los chicos de producción acerca de uno de los diseños que tenemos que sacar dentro de plazo en las próximas semanas, las horas se me pasan volando. Gracias, por lo menos algo bueno en el día de hoy. Estoy tan agotada con todo el esfuerzo físico, mental y gestión de mí misma que no vuelvo paseando a casa como hago muchas veces, sino que llamo a un taxi y dejo que me lleve hasta mi portal para no sentirme más agotada aún por el esfuerzo.

Solo quiero tumbarme en mi cama y olvidarme de todo.

¿Habrá estrenado Netflix alguna serie que merezca la pena? Hace poco me enganché a una de estas adolescentes de chica atormentada enamorada de su *crush* mientras resuelve crímenes. A mí me hizo la tarde entera a pesar de que no suene muy bien. Algo así necesito ahora mismo y voy directa a buscarlo en cuanto cruzo la puerta de entrada. Tiro la chaqueta en el sofá, porque sí, el orden me encanta, pero siendo incapaz ahora mismo de ordenar mi cabeza, no me va a molestar el desorden real que hay en mi casa.

¡El desorden es vida! O eso me dijo alguien una vez. No recuerdo quién, la verdad. Me voy a agarrar a eso ahora mismo y… Espera… ¿No fue Diana? Ahora que lo pienso me está viniendo a la cabeza el momento exacto en el que me lo dijo. Estábamos en mi

apartamento un sábado por la tarde. Llevábamos toda la semana estudiando y estábamos bastante cansadas. Era esa época en la que Diana casi vivía a diario en mi casa y, por lo tanto, todas sus cosas estaban por ahí mezcladas con las mías. No es que yo tuviera un piso muy grande, lo justo para que las dos conviviéramos tranquilamente. El problema es que nuestras cosas se iban apilando de un lado a otro porque nos faltaban espacios de almacenamiento. A Diana poco le importaba el orden o tener el piso perfecto, lo opuesto a mí, para variar. Yo quería recoger todo y ella solo quería estar en el sofá viendo una película. Recuerdo cómo siempre me decía «cariño, tienes que descansar» como argumento para que me quedara tumbada con ella. Yo no pretendía hacerlo porque sabía que el desastre solo seguiría creciendo. Fue entonces cuando hizo todo un alegato de por qué tenía que dejar mi «precioso culo» en el sofá y terminó su discurso con un «¡el desorden es vida!» que me hizo reír tanto que consiguió su objetivo final y me quedé en el sofá con ella.

Y con ese recuerdo tan simple, me quedo dormida con una sonrisa en la cara.

No solo eso, es que creo que es la noche que más he podido descansar en semanas a pesar de los sueños que, en esta ocasión, son buenos. Al menos en apariencia, porque son escenas felices y de la vida cotidiana… con Diana. Esa es la única parte ¿mala? Porque en realidad no me parece tan mala si no fuera porque implicaría tener una conversación con ella. Froto las palmas de las manos contra mi cara para despertarme un poco y borrar esos sueños antes de coger mi móvil para espabilarme. Lo desbloqueo y chequeo las notificaciones que me han entrado durante la noche hasta que paro en un nombre en mi bandeja de entrada que no me hace gracia. ¿Tenía que ser justo hoy que he soñado con ella? ¿Ahora qué pasa? Me debato entre abrir el mensaje o no, cosa que hago porque las imágenes de esta noche aún no han sido eliminadas de mi cabeza y me puede pensar si algo en ese mensaje va a llevar a que se produzcan.

Di
Oye Álex, sé que no terminamos muy bien…
pero me gustaría hablar contigo…

Bastante ambiguo el mensaje. No sé si me ha gustado o no algo tan poco esclarecedor. Aunque claro, ¿qué pensaba que iba a mandarme? ¿Una disculpa? ¿Un «voy a Nueva York a verte»? Si es que no sé ni en qué momento me he planteado que pudiera ser algo significativo. No, seguramente querrá contarme algo del piso para venderlo o cualquier cosa. Seguro que es eso. Mejor le contesto luego, que ahora mismo no me apetece tener que lidiar con nada de esto.

Fucking Diana y sus *fucking timings.*

Ella no podía escribirme ayer que estaba ocupada con el proyecto. No, tenía que escribirme en mi día libre para que yo me pase todo el día atormentándome sobre el significado de ese mensaje. Tocará limpiar el apartamento a fondo, que no lo hago desde antes de irme a Madrid. Sí, será lo mejor. También pondré música a todo volumen para motivarme. Combinación perfecta de planes para no pensar.

En mi cabeza es una idea infalible.

En la realidad, tiene alguna laguna cuando me doy cuenta de que miro el móvil más de lo que debería esperando que entre otro mensaje, que me insista un poco o algo. No, si encima soy lo peor, que me voy yo y pretendo que ella venga arrastrándose. ¿Quién me creo que soy? ¿Margot Robbie?

Paro de aspirar la alfombra azul del salón al notar que la presión en el pecho está alcanzando nuevos niveles que no había sentido hasta este momento. Es todo culpa de ese mensaje. No debería de darle más vueltas. No me ha dicho nada, voy a dejarlo estar un tiempo y en unos días le preguntaré qué hacemos con el apartamento y ya. No puedo sentirme así cada vez que aparece en mí vida. No quiero sentirme así de rota y eso que no la he dejado entrar mucho en mi vida, imagina si lo hiciera…

A ver, querido corazón, relaja el ritmo de los latidos, por favor te lo pido, que no gano tanto para pagar lo que me va a costar el hospital en este país como me dé un infarto por tu culpa. Al músculo más importante de mi cuerpo poco le importan mis súplicas y menos aún le importan a mi cabeza, que no para con las preguntitas. ¿Por qué ahora? ¿Por qué, después de todo, Diana siente la necesidad de hablar conmigo? ¿Por qué no puede simplemente dejarme en paz? Todas tendrían respuesta si me dignara a responderle al mensaje.

No lo voy a hacer.

Eso es de lo poco que tengo claro. Y sí, vamos a culpar a mi orgullo y mi cabezonería de esta decisión. El porqué es tan sencillo como que me jode enormemente el poder que tiene Diana sobre mí. Es que es como el primer puto día que nos liamos. Bueno, no como ese día porque ahí me tocó fingir que no había pasado nada entre nosotras ya que ella decía no recordar nada de la noche anterior. Con el tiempo me confesó que lo hizo por miedo y a mí me pareció hasta tierno que no quisiera perderme y se agarrara a esa mentira. ¿Perdimos unos meses de haber estado juntas por ello? Sí, pero se lo perdoné porque me gustaba demasiado como para pensar en otra cosa que no fuera estar con ella.

Un poco lo que me está pasando ahora que da igual lo que haga que solo puedo pensar en ella y no haber hablado como deberíamos antes de irme. Puedo mentirle a Marcos y decirle que no hay nada entre nosotras. Puedo mentirle a Lucas y decirle que he vuelto por trabajo. Puedo mentirle a todos. Incluso a Diana si me la ponen delante. Lo que no voy a hacer a estas alturas es mentirme a mí misma y negar que verla ha removido todo mi mundo y que no la he olvidado en absoluto.

Es que cómo no van a ser suficientes cinco años para superar a alguien. Es un lustro, tiempo de sobra para sacarte una carrera y para mil experiencias en la vida. No lo suficiente para olvidarla a ella, al parecer. Aquí puede que yo tenga parte de culpa por negar mis sentimientos en lugar de enfrentarlos.

Un día más Hugo teniendo razón.

Ha tenido razón en cada crisis que he tenido en este tiempo y en cada intento de relación que he tenido en Nueva York. Bueno, si

a eso le podemos llamar relaciones. El punto en común de todas para terminar era el mismo: las comparaciones con Diana. Nadie me hacía sentir como lo había hecho ella. Nadie me entendía con una mirada y nadie me ha hecho reír en este tiempo como ella.

Diana fue casa y refugio. El lugar más seguro sobre la faz de la tierra… hasta que dejó de serlo.

¿Lo volvería a ser si la dejara?

Sirvo una copa de vino blanco y me voy al sofá una vez termino todas mis labores de limpieza. Podría hacer unos ejercicios para relajarme o… podría llamar a Marcos. Una llamada sutil para preguntarle qué tal van las cosas y eso, ¿no? Puro interés de amiga y nada más. Sí, es una gran idea.

—*¿Álex?* —responde nada más descolgar.

Está tan sorprendido por esta llamada repentina como yo de hacerla por impulso.

—Hola, Marc.

—*¿Qué pasa?* —pregunta algo preocupado.

—Nada, solo quería hablar un rato —respondo sin querer entrar aún en el tema que realmente quiero saber.

—*Estoy en la oficina, puedo hablar un rato contigo si no me lías mucho* —me advierte y escucho cómo cierra la puerta de su despacho de fondo.

—Un rato me vale.

Se queda en silencio esperando que, ya que he sido yo la que ha empezado la llamada, sea yo la que le pregunte algo. No me sale porque no sé por dónde empezar.

—*¿Estás bien?*

—Sí, solo quería saber qué tal va todo por Madrid y…

—*Si quieres saber algo de Diana, llámala a ella* —me interrumpe.

¿Cómo sabe esta persona que iba a preguntar por Diana? Joder, así no hay manera.

—Yo no he dicho…

—*Álex, que nos conocemos* —corta de nuevo mi frase.

Y tanto que me conoce. Lo mejor es que ha usado un tono de burla que me da a entender que no se está tomando mal que

pretenda usarle como informante.

—Bueno, vale, quizás era eso —confieso.

—*Ya sabía yo* —ríe—. *Ahora explícame por qué te fuiste para no lidiar con ella, pero me llamas para que te cuente cómo está o lo que quieras saber.*

—Es que… no sé. Solo quería saber qué tal iban las cosas y el piso y eso…

Miento. No te lo puedo explicar porque ni yo lo sé, Marcos. Es mi maldita cabeza confusa y su mensajito de anoche.

—*Si quieres saber algo sobre el piso, no he hablado con ella de eso.* —O sea que sí que ha hablado con ella de otras cosas—. *Así que si tienes dudas, llámala. Es menos orgullosa que tú, seguro que te coge el teléfono sin problemas.*

Ya me ha caído a mí el hachazo sin venir a cuento.

—No tengo nada que hablar con ella. —En realidad tengo tantas cosas que hablar con ella que no sé ni por dónde empezar—. Solo era curiosidad.

—*¿Seguro que no tenéis nada que hablar?* —Se podría callar y dejar de meter el dedo en la llaga—. *Yo creo que sí y que lo del piso es lo de menos.*

No puedo seguir mintiéndole tan descaradamente por teléfono y tampoco se lo merece. Solo puedo quedarme callada ante el acierto que, una vez más, ha hecho mi amigo. ¿Cómo puede ser que yo llame para intentar tranquilizarme un poco y me ponga peor?

—No te preocupes, Marc. No tengo nada que ver con ella, solo quería hablar un rato contigo —continúo—. Mejor te llamo cuando salgas de la ofi, ¿vale?

No le doy tiempo a que se queje antes de colgarle el teléfono y terminar la copa de vino de un trago. Me tienen harta él, Diana, Hugo y todo el mundo. Solo quiero enterrarme bajo la almohada y no salir de ahí en semanas o hasta que se me pase esta angustia. El primer paso va a ser borrar el chat de la conversación de Diana y así eliminar posibles tentaciones de mirar su foto o responder a su mensaje. Sí, es una gran idea.

Se acabó. Este día libre va a ser el único que me voy a permitir de autocompasión antes de seguir adelante, esta vez de

verdad. Voy a retomar el control de mi vida en Nueva York.

Adiós, Madrid.

Adiós, Diana.

Fue bonito veros, pero hasta aquí habéis llegado.

Una estrategia que me funciona durante días. He tenido que creerme yo misma que era capaz de superar esto para empezar a hacerlo. Salgo con varios amigos, trabajo durante horas y hago mucho deporte. Mente ocupada y muchos planes de futuro.

Todo se está encauzando a la perfección y… ¡uy! Tengo una notificación que no he visto. Estaría entretenida con algo y no me he dado cuenta de que estaba vibrando el teléfono. Voy a ver qué…

«Llamada perdida de Diana»

Madre mía.

No tenía yo bastante con el mensaje del otro día y ahora una llamada. ¿Me puedes dejar vivir, Diana? Cada vez que retomo un poco la normalidad apareces. Así no hay manera, tía. Por favor te lo pido, déjame. Es que agradezco no haber visto la llamada antes porque ahora puedo eliminarla y fingir que no ha pasado sin tener que tomar la decisión de descolgar o no en el momento.

Con eso fuera de mi vista y la alarma puesta, es hora de ir a dormir y… otra vez el móvil vibrando. De verdad, qué mal he llevado siempre el cambio de horario con España porque a la gente se le olvida y me escriben a unas horas en las que yo solo quiero hablar con mi almohada. Cojo el teléfono solo para asegurarme de que no sea una emergencia y cuando leo en la pantalla bloqueada la notificación bajo el nombre de Marcos se me hiela la sangre.

Marc
Llámame en cuanto puedas.
Ha pasado algo con Diana y es importante que lo sepas.

Paciente D.A.

Sesión 12: Me puse como una loca

Tras varias sesiones emocionalmente intensas, Hugo decidió abordar el duodécimo encuentro con Diana con un enfoque más práctico. Le gustaba proponer ejercicios que ayudaran a sus pacientes a tomar conciencia de sus problemas de forma dinámica en lugar de limitarse a solo hablar de ellos.

Uno de los ejercicios que más impacto había causado en Diana era el de los *post-its*. Hugo le pidió que escribiera en notas adhesivas de diferentes colores las situaciones que había logrado aceptar —verde—, las que aún le costaban procesar —amarillo— y aquellas que le parecían imposibles de asumir —rojo.

El resultado fue revelador para ambos, aunque casi más para la propia Diana.

En los *post-its* verdes aparecían frases como: «necesito ayuda», «soy homosexual», o «destrocé la mejor relación de mi vida». En los amarillos había afirmaciones cargadas de dudas: «me cuesta aceptar que puedo ser feliz», «ser libre con mi sexualidad», o «pensar que puedo tener una vida completa». Pero lo que más llamó la atención de Hugo fueron los rojos, encabezados por dos frases demoledoras: «me parece imposible que mi familia me acepte» y «no sé si me quiero a mí misma».

Durante dos sesiones trabajaron sobre esas notas, analizando cada una de ellas y explorando sus implicaciones. Diana empezó a cambiar su forma de enfrentarse a sus problemas y comprendió que asumir por sí misma lo que antes rechazaba era el primer paso para encontrar una solución. Hugo podría haberle dicho lo que necesitaba hacer desde el primer día. Y sin embargo, él dejaba que sus

pacientes llegaran solos a ese tipo de conclusiones con el fin de que la terapia fuera más efectiva.

Por eso, cuando la chica cruzó la puerta del apartamento ese día, Hugo notó de inmediato la diferencia en ella. Parecía más segura y su sonrisa era más natural. No jugaba con sus anillos de forma nerviosa y no apoyaba los pies en el sofá como un acto de distracción.

—¿Lista? —preguntó él con una sonrisa que Diana le devolvió al instante.

—Lista —afirmó con confianza.

—La última vez que hablamos de tu relación con Álex, mencionaste que cometiste muchos errores y que, a pesar de todo, ella siempre te perdonaba. Si te parece bien, podemos profundizar en esos momentos y ver qué te llevó a actuar así —sugirió.

—Me parece bien—Diana asintió sin dudar—. Lo de no mudarnos juntas fue un momento clave. Nos costó semanas superarlo como pareja. Bueno yo... yo nunca lo superé del todo.

—¿Qué quieres decir?

—Que vivir con Álex, al menos como compañeras de piso, habría sido la tapadera perfecta para nosotras. Nadie sospecharía nada, ni siquiera mi familia. Era un paso lógico en nuestra relación y lo rechacé igualmente —suspiró, claramente arrepentida de aquella decisión del pasado—. Como pareja, logramos dejarlo atrás, aunque nos costó. Lo que Álex no sabía era que, después de decirle que no, empecé a rechazarla en muchas otras cosas que sí tenían un mayor significado.

—Ponme un ejemplo y lo analizamos mejor, Diana.

Meditó unos segundos pensando cómo decir lo que le rondaba la cabeza esos días. A Hugo le gustaba mucho trabajar con Diana en las sesiones porque siempre hacía el ejercicio previo de intentar ver qué había hecho mal para poder analizarlo mejor con él.

—Ya sabrás que Álex aceptó su sexualidad mucho más rápido que yo, ¿no? —Hugo asintió. Recordaba cómo había sido la primera persona a la que su amiga se lo había contado cuando se sintió preparada—. Me dio mi espacio para que yo lo hiciera a mi ritmo, pero a veces se le olvidaba. Se dejaba llevar más de la cuenta y… Lo

entiendo, ¿sabes? Para ella era natural, mientras que yo pasaba el día controlando mis palabras y mis gestos cuando estábamos con otras personas.

—¿Eso te suponía un problema?

—No la mayor parte del tiempo porque Álex solía controlarse también. El problema era cuando no lo hacía… —Negó con la cabeza y suspiró—. Por ejemplo, una vez estábamos en el césped de la facultad con unas compañeras. Todo el mundo sabía que éramos amigas, mejores amigas de hecho, así que a nadie le extrañó verla sentarse con nosotras. Todo bien hasta que tuvo que irse a clase y se despidió diciendo «cariño, tengo que irme».

Hugo alzó las cejas, sorprendido por la naturalidad del apodo cariñoso que él nunca le había escuchado a su amiga.

—¿Y tú cómo reaccionaste?

—Me puse como una loca. —Diana cerró los ojos, avergonzada—. Visto ahora, creo que mi reacción fue más delatora que su «cariño».

—¿Qué le dijiste? —preguntó Hugo, que se apuntó preocuparse por sus reacciones tan desmesuradas por algo tan pequeño en público.

—No recuerdo las palabras exactas porque hace mucho. Le solté algo como «no vuelvas a llamarme así, a una amiga no se le dice eso» o alguna tontería del estilo delante de todas mis compañeras. —Ella sí recordaba el pánico que sintió en ese momento y cómo huyó al baño para no tener que lidiar con las miradas y comentarios de sus amigas—. Fue instintivo. Entré en pánico, Hugo. No pensé y reaccioné a la defensiva porque me daba miedo que esas personas supieran que éramos algo más que amigas.

—Puedo imaginar que Álex no se tomó bien ese rechazo… —adivinó Hugo que la conocía lo suficiente como para saber lo herido que tendría su ego en ese momento.

—Se lo tomó peor que lo de no compartir piso. Así que imagínate. —Diana se frotó las sienes, intentando alejar el recuerdo y las imágenes de la cara de decepción de su por aquel entonces novia sin éxito—. Ella asumió que no debía de haberme dicho cariño

en público y yo asumí que tuve una reacción desmesurada. Creo que ese fue el momento en que se dio cuenta de que yo no estaba preparada para tener una relación de cara al mundo. Y eso le dolió.

—¿Le explicaste por qué reaccionaste así?

—No. —Fue una respuesta concisa y rotunda.

No había que darle vueltas, no había sido sincera con Álex respecto a sus sentimientos y no podía negarlo.

—Entonces, ¿cómo arreglabais esos malentendidos? Porque, siendo honesto, no entiendo cómo Álex aceptaba continuar con la relación sin entender del todo sus condiciones.

Hugo empezaba a estar muy confuso con las dinámicas de la relación.

—Era complicado, no lo niego. —Diana entrelazó los dedos de las manos—. Yo le decía que me había pillado desprevenida, que no lo esperaba y por eso reaccioné así. Nunca le conté la verdad de mi miedo a que el resto lo supiera. Le pedía perdón, le hacía un regalo, le prometía que todo estaba bien… y volvía a confiar en mí.

—¿Y después de eso, volvíais a la normalidad?

—Sí. Sé que parece absurdo, pero teníamos una gran capacidad de dejar a un lado todos esos problemas para seguir dentro de nuestra burbuja de felicidad en casa. —Diana había aprendido con los años que su relación había sido insana en numerosas ocasiones por culpa de la falta de comunicación y ese era un claro ejemplo de ello—. Yo sabía esconder mi miedo muy bien. No puedo culpar a Álex por no verlo, la verdad.

—¿Episodios como este ocurrían a menudo? ¿Eran habituales los malentendidos?

—No, no eran cosas que nos pasaran a diario. Tampoco puedo decir que esa reacción mía fuera la única vez que ocurrió. —Diana repasó mentalmente algunas de las broncas que había tenido con Álex para encontrar una que ejemplificara lo que quería transmitirle a Hugo—. Hubo otra vez, una noche que salimos a dar un paseo…

—Cuéntame.

—Estábamos caminando por la ciudad y, sin darnos cuenta, Álex me cogió del brazo. Yo me sentí cómoda, hasta que noté que

metía su mano en el bolsillo de mi chaqueta para sostener la mía. Fue un gesto pequeño, insignificante para cualquier pareja… pero para nosotras significaba todo.

—Y, ¿qué pasó?

—Nos sentamos en un banco y empezamos a observar a la gente pasar, comentando lo que veíamos. No sé qué tontería dije y Álex se partió de risa. A mí me daba la vida verla así de feliz. —Un destello de ternura cruzó los ojos de Diana y no pasó desapercibido para Hugo—. Y, en ese momento, entre risas, nos acurrucamos y, con la naturalidad que solíamos tener en casa, Álex se acercó para darme un beso.

Diana se quedó en silencio, con la mirada perdida como tantas otras veces.

—¿Qué hiciste? —preguntó con suavidad.

—Lo arruiné. —Diana cerró los ojos un instante, antes de volver a abrirlos con una mezcla de culpa y resignación—. Como siempre.

No continuó la historia porque le parecía evidente que Hugo ya sabía cómo había reaccionado. Eso no le impidió seguir indagando en la profundidad de sus comportamientos.

—¿La rechazaste?

—Le giré la cara para que no me diera ese beso —admitió Diana con voz apagada—. Te puedes imaginar la cara de Álex…

—Un poema.

—El camino a casa fue tenso. Intenté acercarme a ella, agarrarla del brazo como ella había hecho conmigo horas antes, pero ya era tarde. —Diana suspiró y dejó caer todo su peso contra el respaldo del sofá, como si la historia le drenara las fuerzas—. No había nadie cerca que nos conociera, y aun así reaccioné de esa manera…

—¿Lo hablasteis?

—Le pedí perdón cuando llegamos al apartamento. Le dije que me había pillado desprevenida, que no estaba acostumbrada a las muestras de cariño con ella en la calle y que no supe qué hacer cuando intentó besarme. —Diana no intentaba justificarse a esas alturas, sino contar lo que en su momento ella veía como su

escapatoria—. Una vez más, tuve que prometerle que no la estaba rechazando a ella, que la quería con toda mi alma.

—¿Te perdonó?

—Sí. —Aunque Diana no sabía ni por qué—. Tuve que ganármelo, no fue nada fácil. Tardamos un par de semanas en volver a estar bien.

Hugo se quedó pensativo analizando la situación. Todo indicaba que Diana no rechazaba a Álex por falta de amor, sino por el miedo que le habían inculcado desde niña sobre lo que debía ser una vida «normal». Y, aun así, le costaba entender cómo su relación había durado tanto tiempo con una falta de comunicación tan evidente.

—Me sorprende la dinámica de rechazos y problemas que teníais… y que, a pesar de todo, lograrais arreglarlo. ¿A ti te compensaba ese sufrimiento interno? —preguntó Hugo.

Diana se tomó un segundo para pensarlo, haciendo un balance de todo lo que sentía en esos momentos.

—Aunque ahora te cuente todo lo malo, nuestra relación no eran solo esas peleas o broncas. Eran todos los momentos maravillosos que pasábamos juntas. No he querido a nadie como la quise a ella. Y yo… sufría mucho cuando analizaba lo que estaba pasando o pensaba en mi familia, por eso evitaba hacerlo y me concentraba en disfrutar el tiempo con Álex. —Hugo la miró con curiosidad—. Bueno, tú nos viste juntos muchas veces. Tú y Marcos sabíais cómo éramos.

—Por eso me sorprende tanto lo que me cuentas —admitió Hugo—. Os he visto juntas. He visto con mis propios ojos cómo la mirabas, cómo os tocabais sin siquiera daros cuenta, los apodos cariñosos que se os escapaban… Siempre pensé que estabais hechas la una para la otra. Y ahora, al escuchar todo lo que pasaba cuando nadie más miraba… me impacta.

—Marcos y tú sabíais lo nuestro.—Diana bajó la mirada pensativa—. Álex me dijo que cuando tuvimos una de nuestras crisis más fuertes, os necesitó y os lo contó. Por eso me sentía tan libre cuando estaba con vosotros. Con vosotros no tenía que esconderme.

Hugo levantó la mano en un gesto para que se detuviera. Era la primera vez que le pedía que no siguiera hablando en medio de una sesión. Necesitaba recopilar toda la información que acababa de obtener para saber hacia dónde guiar la conversación y ver dónde residía el cambio de comportamiento de Diana en público.

—Aquí tenemos un problema, entonces —dijo tras varios segundos de reflexión.

—Si solo fuera uno —intentó bromear Diana.

La expresión de Hugo le indicó que no era momento para eso.

—Si estabais solas en mitad de una calle, rodeadas de desconocidos… ¿Qué te impedía besarla? Entiendo que no quisieras que tu familia lo supiera, pero no podían enterarse por un beso.

Diana exhaló lentamente.

—¿Sinceridad?

—Siempre, por favor —pidió.

—Me daba pánico que la gente nos mirara mal o nos dijera cosas feas.

Diana no quería entrar en detalles. Ya se notaba mucho más sensible que al entrar en la consulta y no quería volver a terminar con lágrimas en los ojos como había ocurrido otras veces.

—¿Por qué te importaba lo que pensaran los desconocidos y no lo que pensábamos Marcos y yo?

Hugo intuía cuál era la respuesta y le daba muy mala espina.

—¿Qué quieres decir?

Diana había entendido la pregunta a la perfección, sólo quería ganar tiempo para meditar la respuesta.

—Has dicho que con nosotros era diferente porque ya sabíamos lo vuestro…

—Exacto. Por eso era diferente —reiteró Diana con rapidez. La mirada inquisitiva de Hugo le dejó claro que esa respuesta no era suficiente. No esa vez—. Vosotros ya lo habíais aceptado. No ibais a juzgarnos. Álex os lo contó y vosotros nos seguisteis incluyendo en vuestras cenas de los viernes, en los planes… Vosotros no ibais a insultarme por darle un beso a una chica. No ibais a pegarme una paliza. No ibais a… —se interrumpió, como si decirlo en voz alta hiciera que sonara aún peor.

Hacía tiempo que Hugo conocía los motivos de sus miedos tan profundos y no hacía que escucharlo de la boca de la propia Diana fuera menos duro de lo esperado. Su tono de voz, la manera en que sus hombros se encogieron y los ojos acuosos… Todo en ella reflejaba un peso que había estado cargando sola durante años y que estaba muy débil emocionalmente en ese instante.

Dudó sobre si continuar con la conversación o desviar el tema para aliviar su dolor. No era fácil ver a alguien a quien apreciaba abrirse así y mostrar tanto sufrimiento acumulado.

—Si esto ocurriera hoy… —dijo Hugo con cuidado, tanteando la evolución de Diana—, si estuvieras en esa misma calle con Álex, ¿la rechazarías otra vez?

—No.

Diana no dudó, pero tampoco le miró durante esa respuesta. No podía hacerlo en ese momento.

—¿Y si fuera otra mujer? ¿Si estuvieras en una cita con una chica nueva y quisieras besarla?

Ya no se trataba solo de su relación con Álex, sino de la capacidad de Diana para mantener una relación estable con otras mujeres.

—No me liaría con cualquiera, en general —respondió, rodando los ojos.

—No te desvíes del tema —insistió Hugo—. ¿Dejarías de darle un beso porque alguien te mirara mal?

Diana tardó un par de segundos en responder, era algo que le había privado muchas noches del sueño.

—No.

Esa seguridad la sorprendió incluso a ella. Hugo notó el destello de orgullo en su mirada, casi como si estuviera descubriendo algo nuevo sobre sí misma en ese instante.

—Eso ya es un gran progreso, Diana —afirmó Hugo con una leve sonrisa—. Hemos hablado mucho sobre la aceptación y creo que has avanzado más de lo que crees en los últimos meses. Tu familia ha sido en gran parte la responsable de esos miedos e inseguridades y ahora los estás desmontando poco a poco.

—Lo intento —Diana esbozó una media sonrisa, aunque se notaba agotada emocionalmente—. Pero sé que le mandaba señales confusas a Álex. A veces, cuando bebía un poco, me desinhibía y era mucho más cariñosa con ella en público. Y luego hacía cosas como aquella… No tenía control sobre lo que hacía y lo que sentía. Estaba en una vorágine de autodestrucción y no era consciente. Así terminé. Destruyéndonos a ambas en el proceso.

—Diana, está bien que analices tus errores y veas qué harías diferente hoy. Pero eso no significa que tengas que castigarte por ellos cada día.

—Hugo, perdí a la persona que más he querido por ser una niñata cobarde que no sabía lo que quería. —Se levantó del sofá y empezó a pasearse por la habitación con nerviosismo—. Hay tantas cosas que haría diferentes ahora… Yo tenía claro que no podía vivir sin Álex, que estaba totalmente enamorada de ella. Era mi cabeza la que me decía que no podía tener una vida normal, que perdería a mi familia si seguía con ella. No sé ni cómo explicártelo.

Hugo le dejó su espacio, observando cómo sus pasos se volvían más lentos hasta que, finalmente, se detuvo y suspiró.

—Diana, la persona que eres hoy no es la misma que eras hace años. Y eso está bien, ¿sabes? —Era la primera sesión en la que Hugo veía a una Diana tan oscura y decaída—. Evolucionamos, aprendemos y crecemos gracias a las hostias de la vida. Y ahora toca aplicar todo eso para construir la vida que quieres.

—¿Tú crees que yo puedo ser feliz?

Se giró para mirarle a los ojos. Su pregunta había sido formulada con la misma inocencia con la que los niños pequeños preguntan sobre los Reyes Magos en Navidad. Se notaban sus ganas de estar bien, de aceptarse y de quererse tal y como era. Hugo estaba conmovido. Era asombroso ver cómo una persona que podía parecer tan firme y segura de sí misma en algunos aspectos, era, cuando le daba la oportunidad, un cachorrillo que necesitaba cariño y ayuda a cada pequeño paso que daba.

—No lo creo. Lo sé.

Intentó transmitirle toda la confianza y seguridad del mundo con aquella frase. No iba a ser fácil, pero él mismo se encargaría de

ayudarle a lograrlo.

Diana exhaló despacio y, finalmente, volvió a dejarse caer en el sofá.

—Eso espero.

Capítulo 13

Soy una imbécil orgullosa

Si yo fuera una persona con un horario y calidad de sueño normal, me habría encontrado durmiendo cuando el maldito mensaje de Marcos ha llegado a mi móvil. Eso sería si fuera normal y no llevara años luchando contra el insomnio. Todas las situaciones de las últimas semanas tampoco han colaborado a que lo haya conseguido regular. Aquí estoy despierta releyendo una y otra vez esa mierda de mensaje.

Me he pasado horas meditando qué hacer. La última vez que mi amigo me contactó en mitad de la noche con una noticia, no era algo muy bueno. El tono de urgencia que detecto en ese mensaje, junto a la falta de emojis o *stickers* que a Marcos le encanta utilizar, intuyo que de verdad pasa algo serio. Ahora que lo pienso… Diana me llamó hace unas horas y no respondí. ¿Estará relacionado? ¿Le habrá pedido a Marcos que me llame porque a ella no le contesto?

De nuevo, si yo fuera una persona normal, habría devuelto la llamada a la primera de cambio y me habría ahorrado toda esta tortura emocional que estoy sufriendo. Solo cuando siento que estoy a punto de explotar de intriga, decido llamar a Marcos porque, si no, no voy a poder seguir con mi vida y en unas horas tengo que estar exponiendo en la oficina el proyecto que terminé con Jack el otro día.

Un tono.

Dos tonos.

Tres tonos.

¿Para qué me dice que le llame si ahora no me lo va a coger? Siempre me hace lo mismo y…

—*Joder, Álex, por fin llamas* —suelta Marcos nada más descolgar.

—¿Qué pasa? —pregunto algo temerosa por la respuesta.

—*Diana está en el hospital* —dice sin ningún tipo de anestesia —. *Creo que la han atacado.*

¿Cómo que la han atacado? ¿De qué habla este ahora? ¿Puede dejar de llamarme para solo darme disgustos?

—¿Qué dices, Marcos? —pregunto.

—*Solo sé que está en quirófano porque tiene una fractura en la muñeca o algo así.* —Marcos, una persona muy tranquila, suena bastante alterado, lo que hace que me preocupe más.

—¿Qué coño me estás contando? ¿Quién la ha atacado? ¿Cómo?

Tengo demasiadas preguntas que esta persona no va a responderme.

—*No sé muchos detalles, Álex* —responde con sinceridad—. *No soy de la familia, así que hasta que no salga de quirófano y pueda ir a verla a la habitación no me van a decir nada. Estoy de camino al hospital.*

—Vale, pues dime los pocos detalles que sabes —ruego con la voz un poco más rota de lo que me habría gustado.

—*Estaba en el piso de Hugo y alguien entró por sorpresa. Lo siguiente que sé es que estaba en el hospital* —explica, subiéndose en su coche, o eso intuyo por cómo cambia la forma en la que se escucha su voz.

Cierro los ojos y me apoyo contra la almohada. Esto tiene que ser una pesadilla, no hay otra.

—Joder, joder… Si es que soy una imbécil orgullosa de mierda —suelto rompiendo el silencio que se ha formado entre nuestros teléfonos.

—*¿A qué viene eso?* —pregunta Marcos sin entenderme.

—Viene a que hace unas horas me llamó y yo no le cogí el teléfono ni volví a escribirle ni nada.

Mi voz sale más aguda de lo normal por el volumen utilizado, producto de los nervios.

—*¿Hace unas horas?* —repite Marcos.

—Sí, y por lo que me estás contando, quizás estaba en el piso… Joder, si lo hubiera cogido a lo mejor no habría estado ahí sola y…

—*Álex* —me interrumpe Marcos, que sabe todo lo que voy a castigarme—. *No te culpes por algo que no podías controlar desde Nueva York. Ya ha pasado y por suerte parece que no es grave, o eso creo.*

Ese es el problema, que solo lo crees. Me has dado una mierda de información y yo ahora no sé qué hacer o qué sentir al respecto.

—*¿Álex?* —pregunta, preocupado por mi mutismo.

—Sigo aquí —atino a decir.

—*Mira, sé que antes de irte estuvisteis investigando juntas lo de Hugo y no sé si lo que ha pasado tiene algo que ver con eso o es pura casualidad. Lo que sí sé es que no es tu culpa.* —Me conoce de sobra como para saber lo que estoy pensando en estos momentos—. *Te mantendré informada cuando sepa algo más, ¿vale?*

—Gracias, Marc.

Un hilo de voz es todo lo que consigo sacar de mi garganta antes de colgar el teléfono. Un teléfono que tengo ganas de estampar contra la pared por la rabia que tengo, si no fuera porque vale más de mil dólares. ¿En qué momento hemos normalizado pagar esto por un teléfono? Si yo con mi Nokia y los politonos era feliz… Tan feliz como con Diana.

Fuck.

¿Qué narices ha pasado para que esté en el hospital? ¿Qué habría pasado si le hubiera cogido esa llamada? ¿Y si no me hubiera ido nunca de Madrid? No solo esta vez, sino la primera… Mierda, se me están acumulando demasiadas dudas, demasiadas preguntas. Me falta el aire y estoy a punto de empezar a llorar. No, no puedo estar así. Me levanto y busco en mi alijo personal de pastillas —con receta médica, claro—, una que me mandó el médico una vez por si

me podían los nervios. Sí, mejor me tomo una que me calme un poco porque voy a estallar si sigo así.

Lo peor de todo es que no sé ni qué he hecho esta noche, ni a qué he dedicado las últimas horas antes de que mi alarma empiece a sonar sin parar. La apago y quito también las otras tres alarmas que tengo programadas. Siempre he sido una persona precavida, mejor tener varias puestas por si me duermo, falla alguna o pasa cualquier cosa. Especialmente en un día especial que… ¡Oh, Dios! Encima ahora con todo esto me tengo que ir a la oficina a la presentación del proyecto.

¿Y si no voy? Podría decirle a Jack que estoy mal y que… Mira por dónde, me está mandando un mensaje. Pues no, no voy a poder decirle que estoy mala porque se está encargando de darme los buenos días y de recordarme lo importante que es para la empresa que esto salga bien.

Yo no puedo más con los *timings* de la vida, lo juro. Se me acumulan los problemas.

No pasa nada. Puedo con todo, es un pequeño bachecito que sé gestionar y que se va a pasar en nada. Nada que no arregle una ducha rápida y un café. Aunque claro, lo de meter cafeína en mi cuerpo quizás aumente un poco la ansiedad y luego sea peor. La otra opción es dormirme sobre la mesa en la presentación. Bueno, me lo tomo, que seguro que con la pastilla mi cuerpo queda equilibrado.

Tengo todo el camino a la oficina para calmarme. ¿Lo hago? Pues no. Yo lo intento, pero mi corazón vuelve a ir a su rollo. ¿No te quedó claro lo de que no tenemos para pagar el hospital, tío?

¡Joder! Que con la tontería de pensar en Diana me he pasado la parada del metro. Bajo corriendo del vagón, justo antes de que se cierren las puertas, para cruzar la plataforma e ir en la otra dirección de nuevo. Esta vez intento estar más atenta para que no me pase lo mismo. ¿Tenía que ser justo hoy cuando me despistara? Voy a llegar tarde y no vamos a tener ni diez minutos para repasar los puntos fuertes del PowerPoint antes de meternos en la sala de reuniones.

Genial, Álex. Otra gran gestión por mi parte.

Echo a correr en cuanto me bajo, esta vez en la parada correcta, hacia la oficina. Ahora soy yo la que te hace sufrir, querido corazón. Prometo tratarte mejor en los próximos días, aguanta solo hasta que cruce las puertas de cristal del gran edificio de Manhattan.

Y lo hace, a pesar de que llego sin aliento. Paso mi acreditación por los tornos y entro como una tormenta directa a mi despacho. Por el camino veo a Jack, al que no dejo ni que me salude porque voy cegada con mi objetivo de prepararlo todo para los clientes.

—¿Dónde narices estabas, Álex? —pregunta siguiéndome al despacho.

Si es que ya sabía yo que se iba a picar porque haya llegado más tarde de lo prometido.

—Lo siento, he tenido un lío personal —respondo sin aliento.

Cuando me siento en mi mesa, veo por un segundo mi reflejo en el cristal de separación que hay con el resto de la oficina. Estoy algo despeinada, la respiración agitada no ayuda a que parezca una persona calmada y las ojeras completan un *look* de derrota absoluta. Ni las peores *influencers* de Instagram saldrían así de mal a posta… Jack me mira extrañado. Normal. Le entiendo. He pasado de ser la chica perfecta que nunca llega tarde y va con su imagen cuidada al milímetro a… esto.

—¿Qué te ha pasado ahora? —pregunta.

¿Tú crees que estoy para dar explicaciones?

—Nada, me he dormido y he tenido que venir corriendo —miento, porque es mucho mejor que contar la verdad—. Dame cinco minutos para repasar todo y vamos a la reunión.

—Avísame si necesitas algo, hoy es un día importante.

Mira, por lo menos no ha insistido mucho. Punto para mí. ¿Estaré aprendiendo a mentir mejor?

Se marcha del despacho y me da espacio, lo que agradezco porque necesito calmarme un poco antes de entrar en modo trabajo. Enciendo el ordenador y voy directa a abrir la presentación que he estado días haciendo. Confío plenamente en mi capacidad de dejar todo a un lado y que mi mente se centre en lo importante. No es que Diana no lo sea. De hecho ahora mismo me preocupa más que…

¡Otra vez! ¡El trabajo! Venga, venga. Me centro. Marcos me escribirá cuando sepa más, así que no tengo por qué preocuparme mientras tanto.

Un paseíto de un lado a otro de mi despacho mientras repaso los puntos más importantes a destacar y cómo vender este diseño me ayudan a bajar pulsaciones y que mi cabeza se centre y deje de sentir náuseas. Ni un momento de tranquilidad en este cuerpo que somatiza todos los síntomas de mi ansiedad por una cosa u otra. A ver, querido organismo, yo entiendo que te sientas culpable porque Diana pueda haber estado en peligro por ignorarla o no coger esa llamada. Yo lo entiendo, pero vamos a intentar que no nos consuma y superar esta reunión. Te prometo que luego me voy a casa a tirarme en el sofá hasta que sepamos qué ha pasado. ¿Trato?

—¿Me vas a contar ya qué coño te pasa? —pregunta Jack entrando sin llamar.

Tiendo a olvidar que las paredes son de cristal y el espectáculo que he tenido que dar dando vueltas y hablando sola habrá llamado la atención de media plantilla.

—No me pasa nada —respondo.

No lo creo yo, no lo cree él y no lo cree ni el apuntador aquí.

—Estás actuando de una forma rarísima desde que has llegado y tienes mala cara. Cuéntamelo, por favor.

Está preocupado por mí. No por el trabajo, le importo yo en estos momentos y es algo que valoro mucho. Los entornos laborales son algo hostiles y tener a gente que te quiere ver bien es una alegría.

—No me pasa nada —miento de nuevo.

—Si no me quieres contar a nivel personal lo que te pasa, lo entiendo —dice con paciencia—. Lo que pasa es que sabes lo que nos jugamos hoy y no puedo dejar que entres en esa sala en este estado.

—No me vas a apartar ahora del proyecto —advierto antes de que se atreva a usar ese argumento en mi contra—. Sabes que nadie lo hará mejor que yo.

Tengo razón y no puede discutírmelo. Si quiere que todo vaya bien con el cliente, me necesita dentro de esa sala. Está dudando y

la duda se va a inclinar a mi favor en la balanza. Seré un desastre en lo personal, no lo discuto, pero si hablamos de lo laboral… Ahí soy un lince, especialmente en presentaciones así. No necesito mirar mis notas, ni siquiera la pantalla con las diapositivas, porque me lo sé todo al milímetro. Esto me permite observar las caras de los clientes en busca de rasgos y gestos que denoten su opinión. Uso esos pequeños detalles para improvisar siempre y sacarme información de la manga que haga que terminen por salir muy felices de la sala y nosotros tengamos otro contrato sobre la mesa. Jack sabe que dejarme fuera es la peor decisión que puede tomar a pesar de cómo esté yo ahora mismo.

Sacude la cabeza y señala mi carpeta como aprobación para que le siga.

¡Bien! Vuelta al ruedo, *baby*, aunque no es que haya estado fuera de él en ningún momento por mucho que Jack lo piense.

En cuanto entramos veo que, para variar, estamos ante una reunión en la que hay más hombres que mujeres. Qué sorpresa, ¿no? Nadie lo esperaba… Me da rabia que hoy en día sigan pensando que las mujeres no tenemos esa capacidad para estar en puestos de poder. Reconozco que este hecho siempre me da una motivación extra para exponer y dejarles con la boca abierta. Jack hace las presentaciones, nos saludamos todos educadamente y me cede la palabra.

Showtime.

Estoy un poquito tensa y nerviosa, cosa que no acostumbro en estas situaciones, así que me cuesta coger el ritmo de la presentación. En cuanto lo hago voy como una bala exponiendo las razones por las que deberían confiar en que nuestro diseño va a revolucionar la forma en la que concebimos el trabajo de oficina. Agradezco que Jack intervenga para hacer algunos apuntes clave que me ayudan a seguir con el hilo de lo que tenemos que contar.

Genial, concentración pura, no sé cómo lo estoy haciendo, ya que…

Ring, ring…

¿Quién coño tiene el móvil encendido en una reunión? Bueno, más bien quién tiene el móvil en sonido en esta época. Espera,

hablando de móviles, ¿dónde está el mío? Palpo los bolsillos de mi pantalón y no lo encuentro. Echo un vistazo a la mesa y la zona del proyector y tampoco lo veo. He debido de dejármelo en el despacho sin querer con tantas prisas. ¿Y si me ha llamado Marcos? ¿Y si hay nueva información de lo que ha pasado?

—Álex…

Jack llama mi atención para que continúe por donde lo he dejado. El problema es que he perdido el hilo por completo y ahora las palabras se me traban. No ayuda que me haya equivocado con un dato que Jack tiene que corregir al instante. Menos mal que está atento mirando la presentación antes de que la cague más. No me estoy sintiendo muy bien ahora mismo… me tiemblan las manos y…

—Vamos a hacer un pequeño descanso —anuncia Jack en la sala, avisando a una de las secretarias para que pase a servir cafés —. Vamos a traer unos papeles que nos hacen falta y continuamos.

¿De qué papeles habla?

Se acerca a mí y tira de mi brazo de forma disimulada para que nadie note que está improvisando sobre la marcha. No entiendo qué está pasando y tampoco me voy a molestar en hacerlo antes de echar a correr hacia mi despacho a por mi teléfono móvil. Ahí está, sobre la mesa esperándome. Lo chequeo y veo que no hay nada nuevo. Cero llamadas y cero mensajes.

—Joder…

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta Jack cerrando la puerta del despacho tras de sí—. Álex, estás totalmente ida y no podemos seguir así.

—Yo… Yo… Es que…

No hay manera de explicar todo lo que estoy sintiendo y quizás sea lo mejor. Mi cabeza es un caos y resumirle todo en los cinco minutos de descanso que vamos a tener parece muy ambicioso.

—Álex, reacciona. —Chasquea los dedos frente a mi rostro, tratando de sacarme de mi trance—. No vas a volver a esa sala. Me ocupo yo desde aquí.

¿Soy sincera? Lo último que me apetece es tener que volver ahí dentro. Llevo tanto tiempo volcando mi vida en el trabajo que he

dejado de lado mis propios sentimientos. Esos mismos que ahora solo quieren saber qué le ha pasado a Diana y cómo estará. ¿Cómo explicarle a alguien que no haya vivido mi historia con ella todo lo que está pasando por mi cabeza? ¿Cómo decirles que todo lo que quiero es hablar con ella, saber que está bien y resolver lo que quiera que nos ha tenido alejadas tanto tiempo?

Y no puedo hacerlo porque estoy a miles de kilómetros de distancia. Un puto avión directo a Madrid solucionaría esto y… Un momento. ¿Cómo de locura sería…? Quiero decir… Total, apartarla de mi vida no ha sido una solución muy efectiva. Podría intentar verla, hablar con ella, solucionar de raíz lo nuestro para bien o mal y… ¿Habrá vuelos ahora? ¿Debería hacerlo? ¿Debería por una vez hacer lo que siento y no lo que creo que debo hacer?

Jack sigue mirándome extrañado, sin entender este repentino silencio en el que no estoy protestando porque me haya apartado del proyecto. En realidad, estás haciéndome el mayor regalo que podrías. Acabas de quitarme lo único que podría retenerme aquí un poco más.

Se acabó. Hora de hacer lo que quiero, y lo que quiero es verla a ella.

—Mejor, porque me tengo que ir. —La idea que tengo ahora mismo en la cabeza es una puta locura, sin embargo, mi cuerpo me pide que lo haga. Por una vez me pide que haga lo que siento. Recojo mis cosas, tiro del abrigo y me paro a su lado—. Lo siento mucho, Jack.

—¿Cómo que te tienes que ir?

Sigue mis pasos por el pasillo que lleva al ascensor sin entender qué hago.

—Lo siento. Siento mucho dejarte así sin aviso, pero ha pasado algo muy importante en mi vida. —Pulso el botón del ascensor, maldiciendo la cantidad de plantas que tiene este edificio —. Confío en ti, tienes el proyecto controlado. A la vuelta me pones al día ¿vale? Y no te preocupes, ya aviso a Recursos Humanos de que necesito el resto de mis vacaciones.

Por fin se abren las puertas metálicas en tonos dorados y le dejo ahí con la palabra en la boca sin entender nada.

—No me jodas, Álex.

Es lo último que escucho antes de que el ascensor empiece su descenso a la planta cero. Tengo que ir cuanto antes a casa, coger cuatro cosas, reservar el primer vuelo con destino a Madrid y salir corriendo al aeropuerto.

Sí, ese es el plan. Sencillo, ¿no?

Es hora de volver.

Y, esta vez, no pienso marcharme hasta saber la verdad.

Paciente R.P.

Sesión 13: Tenía que confiar en ti

Hugo le había dado muchas vueltas a la última sesión con aquel paciente. No era capaz de decir cuántas veces había reproducido las grabaciones de sus conversaciones. Había transcrito a mano gran parte de ellas en un intento de profundizar en lo que pasaba. Trataba de llegar a la raíz del problema, encontrar resquicios por donde colarse y hacerle entender a ese hombre que no podía tratar así a las mujeres. De una manera u otra tenía que ver que tenía que controlar sus impulsos y gestionar sus emociones mejor.

No era una tarea nada sencilla. El primer paso era desentrañar todas las relaciones de su paciente y el pasado de su vida. Estaba convencido de que su comportamiento no se debía únicamente al trastorno que padecía, sino que también tenía raíces profundas en su infancia y en la relación con sus padres.

Se preparó psicológicamente durante varios minutos antes de que el timbre de la puerta sonara. El camino hasta la entrada de la casa se le hacía más largo de lo habitual. Lamentó no tener una secretaria que se encargara de recibir a los pacientes, simplemente para ahorrarse la incomodidad de compartir más tiempo del estrictamente necesario con aquel hombre.

Como siempre, su aspecto era perfecto, modelo de revista: traje azul marino, zapatos marrones, camisa blanca y expresión seria. Si Hugo se lo hubiera cruzado en la calle, habría supuesto sin dudarlo que era el típico ejecutivo de éxito, alguien que ganaba dinero solo por respirar.

—¿Qué tal todo? —preguntó Hugo para romper el hielo.

—Bastante bien —aseguró el paciente.

Mostrarse tan positivo de primeras era algo nuevo en una sesión. Quizás, por una vez, Hugo tenía una pequeña oportunidad de entrar en su mundo y hacerle ver ciertas cosas desde otro ángulo.

—Me alegro —mintió Hugo—. Estos días he repasado nuestras sesiones y me he dado cuenta de que apenas hemos hablado sobre tu familia. Me gustaría que me contaras más sobre ello.

El rostro del paciente no mostró ninguna emoción. No era un tema que le gustara tratar, y a Hugo no le sorprendió.

—Ya le conté el primer día cómo era mi relación con ellos —respondió con frialdad—. No sé qué más hay que decir.

—Bueno, me diste una versión muy resumida, y me gustaría profundizar un poco más —insistió Hugo. Pero vio que no estaba obteniendo el efecto que buscaba, así que cambió de táctica—. Mira, eres un hombre de éxito. Atractivo, con un buen trabajo, alguien a quien le va bien en la vida. He estado pensando que, si entiendo mejor de dónde vienes y cómo creciste, podré ayudar a otros pacientes más jóvenes que están buscando abrirse camino.

El paciente sonrió.

Bingo.

Hugo podía notar casi como si se relamiera por el hecho de que otras personas pudieran ser como él. Aquel enfoque le había dado lo que quería. Hugo sabía que las personas con el trastorno de su paciente solían ser fácilmente influenciables si se les hacía sentir el centro de atención. Y en ese momento, acababa de ponerle en un pedestal, convirtiéndolo en un modelo a seguir para otros.

—Te diré que no ha sido fácil llegar a donde estoy hoy —dijo el paciente con aires de grandeza—. Mi familia no me ayudó en nada. Todo lo que tengo, lo he conseguido solo.

—Entiendo. Para comprender cómo has logrado todo esto, quiero que volvamos a cuando eras pequeño. Así podré ver cómo te has ido formando con el tiempo y podré poner ejemplos reales a otros pacientes. Ya sabes, para ayudarles a seguir un camino similar al tuyo. —Hugo apenas podía creer lo que estaba diciendo. Vio cómo

el paciente se acomodaba en el sofá, interesado en la conversación y siguió adelante—. Me contaste que tu padre no hacía nada y que tu madre trataba de mantener la casa.

—Sí. Cuando yo nací, mi padre era constructor y ganaba bastante dinero. El problema era que, si había algo que le gustara más que el dinero, era el alcohol. —Su voz dejó entrever un rastro de odio hacia él—. Una cosa llevó a la otra, perdió todos sus trabajos y nadie más quiso contratarlo. Se hizo una fama de borracho y se echó a perder.

Hugo notó que el recuerdo lo incomodaba.

—¿Y tu madre?

—Recuerdo que, cuando yo era pequeño, era bastante agradable. Al menos hasta que la oscuridad de mi padre la consumió y se olvidó de que a su hijo no tenía que tratarle mal. —Agachó la cabeza algo incómodo, síntoma de que esos recuerdos le dolían—. Trabajaba largas jornadas para mantener la casa y, cuando volvía, él le exigía que hiciera todo lo que quería. Si pedía la cena, ella la preparaba sin rechistar, aunque llevara horas de pie en el trabajo. Si quería palomitas, ella salía a comprarlas. Siempre él primero. Siempre por encima de mí, de su hijo.

Su tono se volvió más frío e hizo una pausa. Necesitaba controlar sus emociones y no mostrarse vulnerable. Ese hombre había crecido viendo a su madre doblegarse ante un padre autoritario y tirano. Había mamado la mitad de su vida la concepción de que una mujer tenía que hacer lo que el hombre quisiera, cuando quisiera, aunque se tratara del hombre más mísero del universo. Era una cuestión de poder y control otra vez.

—Me contaste que en alguna ocasión llegaron a ponerte la mano encima —continuó Hugo repasando su libreta.

—Sí. Al principio eran collejas, pellizcos. Cuando fui mayor, llegaron las tortas.

La forma en la que esquivaba los ojos de Hugo todo el tiempo delataba que se avergonzaba de haberlo permitido.

—¿Alguna vez… se lo devolviste?

Necesitaba saber en qué momento se empezaron a desencadenar los episodios violentos.

—Al principio, no. —El paciente bajó la mirada—. Era mi madre, y aunque no tuviéramos buena relación, yo quería pensar que eso podía cambiar. Pero no fue así. Así que, un día, decidí que o contraatacaba o saldría perdiendo siempre.

—¿Lo hiciste? —preguntó Hugo, conteniendo la respiración.

—Sí. Y te aseguro que fue la primera vez en mi vida que mi padre me miró con respeto. Desde ese momento, mi madre no volvió a tocarme. Yo hacía lo que quería en casa. Salía cuando me daba la gana. Fue liberador en todos los sentidos.

Asintió con la cabeza, incapaz de hablar en ese momento. Era sobrecogedor lo normalizado que tenía ese paciente los comportamientos violentos y la misoginia desde tan temprana edad. Llegado a ese punto, incluso le sorprendía que no hubiese tenido, que supiera, problemas por peleas o abusos.

—Dices que fue liberador… ¿Puedes explicarme qué significó para ti ese momento? —le pidió.

—Sentí que, por primera vez en mi vida, yo tenía el control. No vivía bajo la sombra de mi padre, ni de su alcoholismo. Mi vida era solo mía. Por fin era libre. Por primera vez, podía decidir lo que ocurría a mi alrededor.

—Esa sensación te hizo sentirte importante, ¿verdad? —adivinó Hugo.

—Lo has clavado.

Había un nuevo brillo, hasta ahora desconocido, en sus ojos. Un sutil tono que le indicaba al psicólogo que se sentía comprendido. Había encontrado a alguien que entendía sus pensamientos y con el que, con un poco de esfuerzo, había establecido una conexión real. Quizás era lo que había buscado desde el primer momento que cruzó el umbral de su puerta, alguien que justificara sus razones y que le dijera que no había nada malo en lo que hacía porque, en lo más profundo de su ser, sabía que la sociedad, especialmente las mujeres, le rechazaban por sus actos.

El paciente había pasado de sentirse indefenso en su infancia a experimentar una sensación de poder al imponer su voluntad por la fuerza. Su trastorno de personalidad, sumado a una infancia

marcada por la violencia y el desprecio hacia las mujeres, lo había convertido en lo que era ahora.

Hugo sintió que su responsabilidad con ese caso crecía a cada segundo. No solo debía ayudarle a cambiar, sino evitar que siguiera causando daño.

El problema era un poco difícil. ¿Cómo se reprograma una mente que ha sido moldeada así desde la infancia?

—Desde entonces, no he permitido que nadie vuelva a hacerme sentir pequeño. —Fue la primera vez que el paciente tomó la iniciativa en la conversación sin que Hugo lo guiara con preguntas —. He hecho y dicho lo que ha sido necesario para llegar hasta aquí sin depender de nadie.

—Imagino que eso te habrá llevado a más de un enfrentamiento con quienes te rodean, ¿no? —preguntó Hugo, intentando evaluar el alcance de su comportamiento—. No todo el mundo acepta que otros intenten dominarlos.

—Bueno, como te decía, si alguien se ha interpuesto en mi camino, le he dejado las cosas claras. Tampoco te creas que me he encontrado a mucha gente así. Cuando te haces respetar, el resto te respeta. No hay más.

Hugo no necesitaba que le dijera qué significaba «dejar las cosas claras». Sabía que detrás de esa frase se escondían una serie de tácticas de intimidación, manipulación y, en el peor de los casos, violencia.

Mostraba una seguridad y un dominio de la conversación que intimidaban incluso a Hugo. Era la primera vez que sentía que un paciente llevaba el control absoluto de la sesión. En su cabeza, el psicólogo trazaba la hoja de ruta de cómo reconducir la conversación sin perder esa apertura con él, pero lo que más le preocupaba era su violencia hacia las mujeres y su forma de obtener lo que quería, cuando quería, como ya habían discutido en la sesión anterior.

Quería ir directo a ese tema, pero primero necesitaba consolidar la conexión que había logrado para obtener respuestas más profundas.

—Tu táctica funciona, al fin y al cabo, tienes todo lo que siempre has querido —dijo Hugo, fingiendo interés—. Aunque me

pregunto… ¿No echas de menos a tu familia?

—No. Hace años que los dejé atrás y solo hablo con ellos en contadas ocasiones, para asegurarme de que siguen con vida y poco más —explicó el paciente con total indiferencia—. Solo me buscan cuando necesitan dinero o ayuda.

—¿Y lo haces? ¿Les ayudas?

—Cuando me lo han suplicado, sí —confesó con una media sonrisa.

—¿Disfrutas viendo cómo se arrastran para pedirte ayuda?

—Sí.

La sinceridad de su respuesta fue como un golpe en el estómago para Hugo. ¿Qué clase de persona podía disfrutar viendo a sus propios padres humillados de esa manera? La familia estaba para apoyarse en los malos momentos.

Podía entender el resentimiento porque su infancia había sido un infierno. Hugo pensaba que ahora, como adulto, debería haber sido capaz de ver las cosas desde otra perspectiva y, en lugar de seguir atrapado en esa espiral de venganza, haber buscado sanar sus propias heridas.

El ojo por ojo nunca llevaba a ningún sitio bueno.

—¿Nunca has considerado olvidar lo que pasó y empezar de cero con ellos? —Hugo intentaba ver algo de buena fe y bondad en lo más profundo de aquel hombre que cada vez parecía más un pozo negro sin fondo.

—No lo necesito. No les necesito.

Frío. Directo. Sin emociones.

—La familia es una parte importante de nuestras vidas. Aunque haya heridas, siempre existe la posibilidad de reconstruir la relación y…

—No, de verdad, no lo intentes —lo interrumpió el paciente con brusquedad—. No quiero relación con ellos.

Hugo se quedó callado por un segundo.

—De acuerdo —cedió finalmente.

El paciente miró el reloj de la pared y, sin previo aviso, se puso de pie y agarró su abrigo.

—¿Le importa si terminamos antes hoy? He quedado con una chica luego y quiero pasar por casa a cambiarme de ropa —explicó poniéndose de pie.

Hugo sintió que su estómago se encogía solo de pensar que fuera a quedar con una mujer.

—Claro… No hay problema.

—Perfecto.

Acompañó al paciente hasta la puerta. Normalmente, él se marchaba sin más, pero esa vez se detuvo en el umbral para mantener una última conversación con su terapeuta. No había duda de que Hugo había conseguido ir colándose en su cerebro y ser aceptado en aquella fortaleza que guardaba alrededor de su persona.

—Me caes bien, Hugo —dijo con una sonrisa que no presagiaba nada bueno—. Pensaba que esto de los psicólogos no servía para nada y me has demostrado lo contrario. Está bien venir a hablar con alguien que te entiende.

Ese hombre creía que realmente lo entendía y no que estaba fingiendo cada día para sacarle información.

—¿Y por qué viniste si pensabas que no servía para nada? —preguntó Hugo, que no dejaba escapar la más mínima oportunidad.

—¿Recuerdas la chica del trabajo con la que salía? —Hugo asintió, ya intuyendo que no iba a gustarle la respuesta—. Resulta que me ha amenazado con ponerme una denuncia por acoso —dijo con total normalidad—. Mis abogados me recomendaron que buscara un psicólogo que pudiera decir que estoy en plenas capacidades y que todo fue un malentendido, un hecho aislado, producto del amor que sentía por esa chica. Con ese informe en la mano, le haríamos entender que sin pruebas no tiene nada y que es mejor que se olvide del asunto.

De repente, todo tenía sentido.

Después de meses de sesiones, después de cada conversación cuidadosamente manipulada, después de cada confesión… Hugo había caído en su propio juego.

Había sido el paciente el que lo había manipulado. Había estado probándolo, analizando sus reacciones, viendo hasta dónde

podía confiar en él. Y ahora, creyendo que tenía su aprobación y que eran amigos, le estaba pidiendo el favor definitivo: un informe que lo absolviera de una acusación que, sin duda, era solo la punta del iceberg de su historial.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? —preguntó Hugo, sintiendo que su voz temblaba ligeramente.

El paciente sonrió con suficiencia.

—Tenía que asegurarme de que podía confiar en ti. De que me darías la razón —respondió—. Ahora veo que me entiendes y puedo contártelo.

La sangre de Hugo se heló.

Lo miró marcharse con una sonrisa siniestra en el rostro, satisfecho, confiado, seguro de que había conseguido lo que quería.

Cerró la puerta lentamente y respiró hondo, tratando de calmar el temblor en sus manos. Tenía que encontrar la forma de salir de esa trampa sin convertirse en su próximo objetivo.

Porque una frase se repetía en su cabeza con más fuerza que nunca: «cuando quiero algo, lo consigo, cueste lo que cueste».

Capítulo 14

Ay…

Las últimas doce horas de mi vida han sido un sinsentido difícil de explicar. No lo entiendo ni yo, siendo sincera. Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que yo me iba a meter en un avión sin pensármelo solo para volver a Madrid a ver a Diana le habría dicho que estaba loco, o que me pasara el número de su camello para la droga.

¿Ahora? Ahora ha pasado justo eso.

Con todas mis narices salí de la oficina, compré un vuelo mientras iba en el metro y volví a echar cuatro trapos en una maleta antes de dirigirme al aeropuerto. Lo bueno de toda esta locura de idea y la poca gestión que he hecho de mi ansiedad y horas de sueño es que me han permitido dormir la mayor parte del vuelo. No lo he pasado ni tan mal, teniendo en cuenta cómo suelo ponerme con estas cosas.

¿Le he dicho a alguien que venía? No.

De hecho, he tenido que hacer un poco de manipulación a Marcos para que soltara en qué hospital estaba sin que pareciera sospechosa tanta pregunta por mi parte.

Misión cumplida.

Probablemente porque está tan cansado que ni sospecha nada de lo que puede pasar. Pillo un taxi directo del aeropuerto en dirección al hospital y aprovecho el camino para chequear los mails de trabajo y ver que mis vacaciones no han sido aprobadas. Ups… Esto va a ser un problema, porque obviamente no estaré yendo a la oficina. Bueno, problema de la Álex de mañana porque el taxi para

frente a la puerta de cristal donde hay varias personas tomando el aire. Pago y me dirijo al mostrador para que me indiquen la habitación en la que se encuentra Diana.

Tercera planta, habitación 312, allá voy.

La prisa me puede y ni siquiera uso el ascensor, que parece bastante ocupado a esta hora, sino que uso las escaleras que me llevan, a pesar del esfuerzo por mi parte, a la tercera planta en un pispás.

Entro en la habitación sin apenas aliento y voy directa a por Marcos, que está dormitando en una butaca vieja que hay en la esquina de la habitación. Dejo mi maleta tirada por el camino y me lanzo a por él para despertarlo y que me cuente lo que sabe sobre el estado de Diana.

—¿Cómo está? —pregunto aún zarandeando a Marcos.

Lo suelto cuando veo que empieza a reaccionar para girarme hacia la cama en la que está tumbada Diana con los ojos cerrados. La imagen me deja muy mal cuerpo. Su labio carnoso que tantas veces he besado está partido. Mis ojos recorren sus brazos, notando varios hematomas, hasta llegar a su muñeca derecha que está oculta bajo una serie de vendajes y yesos como consecuencia de la operación. De su cuerpo salen varios cables conectados a monitores y goteros.

—¿Álex? ¿Qué coño haces aquí? —pregunta Marcos, frotándose los ojos.

Creo que piensa que sigue durmiendo.

—¿Cómo está? —repito sin mirarle.

—Dentro de lo que cabe está bien —responde poniéndose de pie y estirando los músculos después de haber dormido en ese incómodo sillón—. La muñeca estaba fracturada en varios puntos, así que le han puesto clavos para estabilizarla. También tiene una costilla fisurada, y esa lesión es más molesta porque no hay mucho que hacer, solo dejar que se cure sola. Y bueno… ya ves, los golpes y cortes son evidentes.

—¿Qué ha pasado, Marcos? ¿Quién ha sido?

—No sabemos nada aún. Habrá que esperar a que Diana se despierte y nos cuente…

Mi vista vuelve a ella y a cada centímetro de su cuerpo que está cubierto por algún tipo de herida, por muy superficial que parezcan algunas. Duerme profundamente, me podrían chutar a mí algo parecido para ver si así me recupero un poco, porque estoy a punto de colapsar. La culpa que crece cuanto más veo lo afectada que está por lo ocurrido. Va colonizando todos mis rincones, como una onda expansiva que no se puede controlar. Si hubiera contestado esa llamada. Si no me hubiera marchado. Si me hubiera quedado y la hubiera ayudado a descubrir la verdad sobre Hugo… Quizás todo esto no habría pasado.

Contengo las ganas de llorar que me entran y que amenazan en convertir mis mejillas en ríos en plena bajada hacia el mar. Poco me están importando ahora mismo los años separadas o el daño que nos hicimos en el pasado. Necesito verla bien. Necesito que despierte y me diga que no pasa nada y que se va a recuperar. Necesito que podamos hablar una vez más.

Por favor, Diana. No tengo derecho a pedirte nada, pero si te importo mínimamente, despiértate cuanto antes y dime que estás bien, porque no soy capaz de seguir viéndote así.

—Diana es fuerte, Álex. —Noto cómo sus brazos me rodean por la espalda, descubriendo, en ese momento, cuánto necesitaba la calidez del abrazo de un amigo para calmarme—. Se pondrá bien. No te preocupes más de la cuenta.

Necesito que tengas razón.

Necesito que se recupere y que hablemos. No puede pasarle nada malo, no a ella. No se lo merece por mucho que yo me haya convencido a mí misma de que es un demonio. No lo es y nunca lo fue y no quiero que siga pensando que la odio.

¿Cómo iba a odiarte, imbécil? Si eres la persona a la que más he querido en mi vida.

Ya ni me esfuerzo en contener más las lágrimas. Me limito a girarme entre los brazos de Marcos y esconder mi cara en su cuello, pudiendo sollozar sin control contra su piel.

—Tranquila, todo va a estar bien —dice mientras acaricia mi espalda con cariño—. No pasa nada.

—Sí pasa —atino a decir entre sollozos—. Sí que pasa, Marc. Hugo está muerto, Diana está ahí tirada en el hospital, yo estoy en la mierda más absoluta y mi vida es… mira, no sé ni lo que es ahora mismo.

—Cálmate —me pide apretando su agarre para que no pueda moverme—. Vamos a bajar a la cafetería a pedirte una infusión y hablar con más calma.

—No —niego rotundamente—. No quiero separarme de ella por si se despierta o pasa algo.

Rompe el contacto entre nuestros cuerpos, sorprendido no solo por lo seria que sueno, sino por el propio hecho de que quiera estar aquí y no dejarla sola. Creo que la he dejado sola suficientes veces ya como para seguir con el patrón.

—Te marchaste de Madrid no una, sino dos veces por ella. —Gracias por el recordatorio, Marcos, ¿puedes ir al grano?—. Ahora apareces aquí sin decirle nada a nadie en cuanto te enteras de que le ha pasado algo. ¿Me lo explicas, por favor?

Reconozco que entiendo su confusión. Solo hay un pequeño problemita así sin importancia y es que no sé decirle qué hago aquí.

—Ya no sé ni lo que hago con mi vida, Marc. —Es la pura verdad—. Estaba en la oficina, en medio de una presentación súper importante, y aun así me he ido para venir a verla porque me mata la culpa de que le haya pasado algo por mi culpa, pero también…

—Sigue, venga.

—También estoy preocupada por ella. No quiero que le pase nada malo y no poder hablar de nuestras cosas como tendríamos que haber hecho hace mucho.

Ahí lo llevas.

—Por una vez estás haciendo lo que te pide el corazón.

Lo que estoy haciendo es meterme en un laberinto de sentimientos del que ya me costó encontrar una vez la salida y ahora voy de cabeza al centro con el minotauro y todos los males que me crecen por el camino. Y lo cierto es que estoy… perdida. Completamente perdida entre pasillos de hojas verdes sin salida.

—Oye, ya que no te quieres separar de ella, ¿puedo ir un momento a la oficina a recoger unas cosas que necesito? —pregunta

ya cogiendo su chaqueta—. Voy a eso y me paso por la comisaría para ver qué pueden decirme de esta investigación antes de volver. ¿Te importa?

—No te preocupes, yo me quedo con ella —respondo.

Nos damos otro abrazo, esta vez más breve, y me deja sola en la habitación con ella. El único sonido proviene de uno de los monitores que controla sus pulsaciones. Un ritmo constante y que significa buenas noticias. Lo suficientemente buenas como para que me siente en la butaca que ocupaba Marcos hace un rato.

Tengo varios mensajes de Jack esperándome en mi bandeja de entrada. Me alegra leer, y también me tranquiliza, que la reunión terminó bien a pesar de que no fue como esperábamos. Vale, quizás eso me ayude a conservar mi puesto de trabajo a pesar de cómo me he ido. Le respondo dándole las gracias por cubrirme y omito el hecho de que he vuelto a dejar el continente.

Todos los mensajes contestados. Noticias leídas. Todo lo que me queda para llenar mi tiempo es volver a mirar a Diana. Está todavía dormida, supongo que por la medicación que le habrán metido en el cuerpo en las últimas horas. ¿Qué pensará cuando se despierte y me vea aquí? ¿Me mandará ella a mí a la mierda? ¿Querrá que hablemos?

Conversaciones pendientes tenemos unas pocas, la verdad. Culpa suya, por poner mi mundo patas arriba volviendo a aparecer en mi vida. Culpa mía, por no haber cerrado nuestra etapa nunca como debí hacerlo. Culpa de Hugo, por hacerme esa encerrona con el piso. Y culpa… Bueno, mejor paro ya, que parezco Nicole Wallace con tantas culpas a unos y otros.

Un par de horas es lo que tardo en descubrir por qué Marcos se estiraba tanto cuando llegué y es que este sillón, butaca o lo que sea, es incomodísimo. Aprovecho un momento en el que entra una enfermera a hacer la ronda y comprobar que todo está bien para moverme un poco y salir al pasillo a estirar las piernas.

No vuelvo hasta que la chica, bastante joven, se marcha y yo tengo vía libre de nuevo para estar con ella. No quiero volver a comprometer la salud de mi columna vertebral con ese sofá, así que

me quedo de pie junto a la ventana observando el paisaje de Madrid.

Ay, Madrid… Cuánto te echo de menos aunque me queje. Las calles donde crecí, las mismas que vieron cómo me enamoré de Diana.

Ay, Diana… Cuántos dolores de cabeza me dabas y todos merecían la pena por dormir contigo cada noche.

—¿Álex? ¿Estoy en el cielo?

Doy un respingo en el sitio porque me ha asustado al despertarse sin previo aviso. ¿No tendría el maldito monitor ese que haber pitado algo más fuerte? Me habría ahorrado el infarto que me ha dado. Ah, mira, querido corazón, en este país puedes rendirte, que la sanidad pública nos salvará, no como en Estados Unidos.

—Joder, qué susto y qué imbécil eres —respondo acercándome poco a poco a la cama para comprobar cómo está—. Me alegra saber que verme sigue siendo un sueño y no una pesadilla.

Sonríe con pocas ganas e intenta moverse un poco hasta que el dolor la frena. Veo cómo se lleva la mano sana a las costillas y se retuerce un poco antes de recuperar su postura. Claro, yo me he plantado aquí sin pensar y sin tener en cuenta que ahora tengo que justificar mi presencia en esta ciudad sin decirle que de verdad he venido por ella.

—¿Estás bien, Álex? Tienes mala cara…

—Eso es solo porque no has visto la tuya —bromeo y la hago sonreír aún más que antes. Me hace un gesto para que me acerque más a la cama y yo obedezco.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta del millón.

Y no sé si debería o si sé responderla. Es que ni aunque Carlos Sobera me ofreciera ahora mismo el premio gordo del programa.

¿Por qué estoy aquí, Diana?

¿Por qué he dejado todo atrás para cruzar medio planeta sin pensarlo?

¿Por qué, después de tanto tiempo, siento que el único lugar correcto para estar es este?

Lo peor es que temía, desde que me monté en el avión, que este momento iba a llegar. Por su parte o de quien fuera, todos iban a querer saber qué hago yo aquí. Solo la muerte de Hugo me ha traído de vuelta en los últimos cinco años y ahora vengo por voluntad propia. Lógico que haya preguntas.

Abro la boca para hablar y la cierro tal y como la he abierto sin emitir ningún tipo de sonido. Podría mentirle y mantener mi tapadera un poco más. Una excusa barata de por qué estaba aquí. Una tapadera para justificar mi viaje y ya… Y sería algo muy típico mío de hacer, lo que pasa que no he cruzado el Atlántico para seguir con las mentiras que no me han funcionado antes, ¿no?

—No lo sé, Diana —admito con sinceridad—. Simplemente sentía que tenía que venir a verte.

Lo confieso sin ser capaz de mirarla a los ojos. Eso ya es un nivel de comodidad que no siento aún a su lado o no quiero sentir, no lo tengo claro. Doy un paso atrás e intento poner algo más de espacio entre nosotras. Diana me lo impide cuando hace el esfuerzo de moverse lo justo para atrapar mi muñeca y detener mi huida. Si lo hubieras hecho hace años, ¿dónde estaríamos ahora?

—Gracias, Álex.

Noto cómo su mano va bajando, poco a poco, como pidiendo permiso, hasta llegar a la mía. La deja ahí y yo vuelvo a acercarme por inercia a la cama sin romper el contacto entre nuestros dedos. Al contrario, la poso sobre las sábanas para que ella no tenga que hacer tanto esfuerzo para mantener el contacto.

—¿Qué te ha pasado, Diana? ¿Cómo has terminado así? —pregunto.

—Fui al apartamento de Hugo porque llevaba ya unos días sin pasar por ahí y quería comprobar que todo estaba bien. Cuando llegué, la puerta estaba abierta. Sabía que yo había dejado todo perfectamente cerrado, así que debía haber alguien dentro. —Hace una pausa para recomponerse y aclarar sus pensamientos. Creo que le cuesta pensar en este estado—. En ese momento, pensé que podía ser su madre o algún familiar buscando algo y me dispuse a

entrar en el apartamento. Se escuchaban algunos ruidos, así que pregunté quién era en alto. Nadie me respondió y los ruidos pararon. Me tenía que haber dado la vuelta en ese mismo momento…

¿Me llamó cuando estaba ahí? ¿Sería antes para avisarme de que iba a ir a ver el piso otra vez?

—La curiosidad me pudo, así que entré en la casa. Estaba en mitad del pasillo cuando vi a un tipo salir corriendo hacia mí. No sé cómo lo hice, pero reaccioné a tiempo y eché a correr fuera de la casa. Para cuando llegué al rellano, el hombre me había alcanzado y me agarró de las muñecas. Me costaba moverme. Forcejeé todo lo que pude y en tan poco espacio, entre una cosa y otra, me tiró escalera abajo. Lo último que recuerdo es ver a un vecino salir de su casa para ver qué ocurría. Después todo se vuelve borroso hasta que me he despertado contigo aquí. No recuerdo su cara, ni nada relevante de esa persona.

¿Quién coño estaba en ese apartamento? ¿Qué buscaban?

—Joder, Di… lo siento.

Esas dos letras que tantas veces he usado para acortar su nombre de forma cariñosa le arrancan la mayor sonrisa que he visto desde que volvimos a encontrarnos. A mí se me ha escapado por inercia y costumbre, y un poco también por dejar mis barreras a un lado en lo que respecta a ella. Diana solo sonríe aún más por escucharme recuperar esa confianza en nosotras.

—No ha sido tu culpa —dice restándole importancia a la historia.

—Me llamaste cuando estabas allí, ¿verdad? —pregunto.

Necesito saber si el contestar a su llamada habría cambiado algo o habría impedido esto.

—Pensaba que podías ser tú la que estuvieras ahí y visto cómo terminamos… no quería sorprenderte a traición para que no te lo tomaras mal.

Algo me dice que hay algo más que no me está contando por el tono que ha usado.

—Siento no haber cogido el teléfono, ni haberte devuelto la llamada —me disculpo—. Si hubieras sabido que no era yo, quizás…

—Lo que pasó no es tu culpa —interrumpe sin dejarme recrearme en mi miseria—. Ya sabes cómo soy, habría entrado igual para saber qué estaba pasando.

Agacho la cabeza en un intento de que Diana no vea lo preocupada que estoy o lo mal que me siento con todo lo que ha pasado. Tarde, porque me sigue conociendo tan bien como para interpretar mis gestos y expresiones a la perfección.

—Buenas tardes —dice una voz masculina a nuestras espaldas que no tardamos en descubrir que se trata del médico asignado a su caso—. ¿Diana Álvarez?

—Esa soy yo.

Escucho atentamente todas las explicaciones del médico. Es tranquilizador saber que la operación de la muñeca ha sido un éxito y que ahora está equipada con una placa y dos tornillos que aseguran la correcta curación de sus huesos. Va a tener que llevar un tiempo el vendaje puesto y tendrá que hacer rehabilitación para recuperar toda la movilidad de muñeca y dedos. Eso es lo de menos dadas las circunstancias. El mal menor para todo lo que podría haber pasado. No tiene contusiones en la cabeza, lo que termina por ahuyentar todos mis miedos y descarta daños internos a excepción de una costilla fisurada. Para eso no hay mucho más que tener cuidado y paciencia. Los puntos del labio y de la frente le dejarán una pequeña cicatriz para toda la vida que ya estoy empezando a encontrar encantadora. Tampoco me extraña, porque a esa cara le queda todo bien. Esto se me daba mejor cuando escuchaba los diagnósticos en *House* desde mi sofá.

Las náuseas que siento y el malestar se esfuman un poco cuando le informan de que van a darle el alta y puede irse a casa a seguir con la recuperación. Un alivio que me devuelve años de vida. Le dejo espacio para recoger sus cosas y vestirse con ayuda de las enfermeras mientras yo llamo a Marcos para mantenerle informado de los avances médicos. Por su parte me cuenta que ha ido a comisaría y que quiere vernos a Diana y a mí mañana en el apartamento de Hugo. Aunque tengo un poco de curiosidad por saber qué le han dicho, dejo todo eso a un lado cuando veo que Diana está lista para marcharse.

—Te acompaño a casa —ofrezco cuando la veo sentada en el filo de la cama algo cansada.

—No hace falta que…

—Déjame hacerlo.

No hay más protestas.

Opta por sonreír y asentir aceptando mi ayuda para salir del hospital. Creo que las dos queremos pasar tiempo juntas aunque no se lo digamos a la otra. De hecho, no hablamos nada mientras esperamos el taxi que he pedido y mucho menos en el trayecto hasta el apartamento de Diana. Yo me limito a mirar por la ventanilla intentando ordenar todo lo que siento y que voy a tener que enfrentar más pronto que tarde. Estoy agotada, tanto física como emocionalmente. La posibilidad de que a Diana pudiera haberle pasado algo grave no sólo me provoca cargo de conciencia, sino que hace que crezca el agujero en mi pecho. Me importa mucho más de lo que llevo años intentando ocultar, y volver a verla ha hecho que emerjan todos mis sentimientos por ella.

Yo, que estoy acostumbrada a tenerlo todo bajo control, veo cómo soy incapaz de controlar esas emociones en los últimos días. Te tienes que reír con lo irónica que es la vida a veces.

El taxi para frente a un edificio elegante cerca de la Castellana. No me sorprende que Diana viva en una de las mejores zonas de Madrid, sólo hay que ver su forma de vestir para saber que le va muy bien en el tema económico. La ayudo a bajar del taxi, cojo mi maleta y sus cosas y la sigo hasta el interior del edificio. Un edificio tan pijo que tiene hasta portero. ¿Quién tiene portero hoy en día? Ella no podía vivir en un sitio donde fuéramos directamente a su casa. No, tenía que vivir aquí y ahora aquí estamos aguantando el interrogatorio de un señor de cincuenta años que parece ser que la trata como si fuera su hija. ¿Me sorprende que todo el mundo la adore? Pues no, en el fondo no, porque siempre ha sido encantadoramente adorable.

En cuanto nos montamos en el ascensor veo que marca el botón de la última planta y hago un esfuerzo por morderme la sonrisa. Siempre ha tenido debilidad por los áticos. En cuanto cruzo la puerta de entrada, la cual tengo que ayudarle a abrir, veo que el

espacio es una muestra del talento de Diana. Está decorada con un gusto exquisito. Llegamos a un amplio salón con una cristalera de suelo a techo que ofrece una vista panorámica de Madrid. Uf, creo que había olvidado parte de la magia de esta ciudad tanto como la de Diana. En el centro de la estancia, un chaise longue de cuero beige combinado con cojines de colores. Una de las paredes está cubierta de lado a lado por una estantería a diferentes alturas hecha a medida. Libros, jarrones, fotos y algún cactus se distribuyen en las largas baldas de color negro.

Examino la habitación al milímetro ante la mirada de Diana. A pesar de ser una situación extraña, ninguna de las dos nos sentimos incómodas juntas. Voy con cautela recorriendo el espacio, como un gatito recién llegado a su nuevo hogar, mientras ella me da espacio para que haga lo que quiera.

—Gracias por ayudarme, Álex. Y por venir —dice por fin.

Hace que me gire de manera instantánea y mis ojos van directos a los suyos. Creo que es la primera vez que nos miramos a pecho descubierto, sin aparentar lo que no somos y con las máscaras tiradas en el suelo hace rato. Por un momento, me olvido de Nueva York, de Hugo y de mi trabajo. Incluso del daño que nos hicimos. Ahora solo puedo ver a dos chicas que no saben cómo comportarse la una con la otra.

—No es nada —digo sacudiendo la cabeza.

Vuelve a mirarme y yo ya no sé qué más hacer. De hecho, ¿qué hago aquí en su casa? Ya he venido y he visto que está bien. Necesita descansar y recuperarse, así que lo mejor será que me vaya, ¿no? Sí, es lo mejor para todos. Así me despejo, nos centramos y vamos lidiando con todo esto.

—Deberías descansar, así que te dejo tranquila —digo mientras recojo de nuevo mi maleta.

—Quédate.

¿Ha dicho…?

No, no puede ser. ¿Cómo va a pedirme que me quede aquí después de todo? Si le he hablado siempre súper mal y me fui sin darle oportunidad de nada. No puede seguir siendo tan buena después de cómo me he portado con ella.

—¿Qué?

—Es tarde y después de acompañarme hasta aquí y ayudarme, es lo menos que puedo hacer —justifica cuando nota lo tiesa que me he quedado—. La casa es grande y tengo habitación de invitados. Te puedes quedar y descansar aquí. Lo necesitas tanto como yo.

Dormir bajo el mismo techo que Diana. No era lo que tenía en mente y no sé si es la decisión correcta. No porque piense que vaya a pasar algo entre nosotras. Eso no va a pasar. No, señor. Es solo que… ¿qué sentido tiene seguir huyendo?

—Está bien.

Acepto y me alegra que no haya más comentarios, al menos en este momento. En su lugar, Diana me guía por la casa hasta alcanzar la habitación de invitados. Si alguna vez había pasado por mi cabeza dormir en la misma casa que ella, nunca pensé que lo hiciéramos separadas. Ahora es lo mejor para nosotras. Me quedaré a dormir para asegurarme de que tiene todo lo que necesita y mañana me iré a otro sitio. Sí. Gran plan. Entro en la habitación y antes de dejar mi maleta noto que ella no se ha ido.

—Álex. —Detengo mis pasos para girarme a mirarla y ver qué tiene que decirme ahora—. Si hubiera sabido que para que volvieras a Madrid y me hablaras tenía que romperme un par de huesos… lo habría hecho antes.

Ah…

Joder.

¿Qué se dice ante esto? ¿Cuándo se ha vuelto tan valiente y tan directa? ¡Esa era yo! A Diana le costaba la vida soltarse y dejar claro sus sentimientos y ahora lo hace así. Dejándome claro que hace mucho tiempo que esperaba mi regreso.

Tenías tú más fe en que lo hiciera que yo misma.

En fin, lo mejor será que ignore el comentario y no complique esto más ahora mismo, ¿no? Eso no quita que no pueda ser maja y sonreírle, con un rubor en las mejillas que delata lo mucho que me ha gustado lo que ha dicho antes de despedirme de ella por hoy.

—Buenas noches, Di.

No te muerdas el labio así solo porque te diga ese apodo, que tienes una raja muy fea. No te toques el pelo tampoco, que te hace sexy.

Joder, que noche más difícil voy a pasar dándole vueltas a todo esto.

Paciente D.A.

Sesión 14: Al final lo consiguió

—Bienvenida a mi hogar —saludó un enérgico Hugo al abrir la puerta y recibir a Diana para una nueva sesión.

—Tu querido hogar y tú sois el motivo de mis pesadillas —bromeó mientras le daba un rápido abrazo y se adentraba en el apartamento.

—Joder, sabía que era feo, pero no tanto como para causarte pesadillas.

La broma provocó la carcajada de Diana de forma instantánea. El humor siempre era su mejor defensa y agradecía que también fuera la de Hugo. En su camino hacia el despacho, notó una nueva foto enmarcada sobre el mueble entre el salón y la puerta del despacho. No le costó reconocer a Álex y a Marcos.

Se le revolvió el estómago solo de pensar qué sería de ella y si tendría una vida mucho mejor que la suya, si habría pasado página…

Llevaba años sin saber nada de Álex. Desde que había empezado la terapia, había sentido la tentación de preguntarle a Hugo por ella más veces de las que podía contar con las manos. Nunca lo había hecho. Quizás porque temía la respuesta que pudiera darle sobre que la chica había rehecho su vida mientras ella seguía así, estancada en esos recuerdos.

—¿Iba en serio lo de las pesadillas? —preguntó Hugo.

—¿No puedo decir nada delante de ti sin que me psicoanalices?

Se dejó caer en el sofá, cansada tras una semana agotadora de trabajo.

—Si me lo dices en el bar, como amigo, no lo haré. Si me lo cuentas aquí, cuando estás a punto de entrar en mi consulta… lo hago.

Diana resopló. Hugo era imposible.

—No es ningún secreto que, en general, no suelo dormir bien —le recordó. El insomnio había sido uno de los primeros temas que trataron en terapia. —Los días de consulta son los peores. Me paso la noche analizando lo que hemos hablado, interiorizando todo lo que descubro de mí misma en cada sesión.

—¿Y el resto de noches?

—Depende. Hay noches mejores y noches peores. No es que no duerma, es que, aunque lo haga, no descanso. Es como si mi mente…

—No pudiera desconectar —interrumpió Hugo, quien sabía a la perfección de lo que Diana le hablaba—. Recuerdo que el primer día que viniste apenas dormías. Me alegra saber que, aunque sea de esta forma, al menos lo consigues. Pasito a pasito.

—Algo bueno tenía que tener verte el careto todas las semanas, ¿no?

Hugo se rio. Diana sabía ser mordaz cuando quería, y lo usaba siempre a su favor.

Le dio unos segundos para relajarse antes de entrar en materia.

En la última sesión habían hablado sobre su autoexigencia y cómo las creencias impuestas por su familia la habían marcado. Había sido una de sus sesiones más duras. Y, para sorpresa de ambos, su reacción había sido positiva.

Haber hablado durante tantos días sobre sus sentimientos y cómo ahora veía desde una nueva perspectiva su relación pasada, le había ayudado a entender el tipo de vida que quería y era mucho más sencilla de lo que nadie pudiera pensar. Tan solo quería ser feliz y para ello necesitaba ser libre. Por mucho que le doliera, tenía que enfrentarse a su familia y contarles cómo se sentía. Lo tenía

decidido, ahora solo le quedaba encontrar las fuerzas y armarse de valor para poder hacerlo.

Hugo se sentía orgulloso de ver su evolución. Había pasado de negar en la primera sesión la posibilidad de contárselo a su familia a aceptar que tenía que hacerlo tarde o temprano.

—¿Quieres contarme algo de estos días o empiezo yo? —le ofreció Hugo.

—Adelante.

Diana no se andaba con rodeos en consulta.

—¿Has hablado recientemente con tu familia? —preguntó.

—Con mi hermano el fin de semana.

—¿Y con tus padres?

Hugo sabía la respuesta incluso antes de formular la pregunta.

—No, creo que hace un mes que no hablo con ellos.

Sin decir nada más, se agachó para desabrochar sus zapatos y subir los pies descalzos al sofá. Hacía mucho que esa consulta no la hacía sentir incómoda, lo que era muy importante para la terapia. Era el único motivo por el que nunca le decía nada sobre sus posturas tirada sobre el sofá o si se quitaba los zapatos.

—¿Cuánto hace que no los ves?

No era ningún secreto que la relación con su familia se había enfriado en los últimos meses, lo que Hugo no sabía era cuánto.

—No sabría decirte. —Había pasado meses esquivando a su familia. Sabía que el día que los viera, tendría que contarles la verdad, y aunque creía estar lista, en el fondo seguía aterrada por su reacción—. He estado ocupada y he aprovechado para prepararme lo que voy a decirles.

—Entonces, ¿estás decidida a hacerlo?

—Sí.

Hugo vio la firmeza en su mirada. Era la primera vez que respondía sin titubear sobre ese tema. Diana estaba creciendo mucho en lo que a confianza se refería.

—¿Cuál crees que será su reacción?

—Creo que hay una gran probabilidad de que me dejen de hablar.

—¿Y estás dispuesta a aceptarlo?

Buena pregunta porque ni ella misma se lo había planteado aún.

—No es plato de buen gusto que tus padres te rechacen por quien eres y, si no están dispuestos a quererme tal y como soy, no puedo hacer nada para remediarlo. —El dolor era más que evidente en ella—. He pasado mucho tiempo de mi vida en pausa y con miedo por cómo se lo tomarían. Me he rechazado a mí misma y he perdido a la persona que más quería... Creo que es hora de que empiece a disfrutar mi vida sin pensar en los demás.

Diana suspiró y se sintió un poco desequilibrada. Podía hablar con confianza del tema, estaba decidida a hacerlo y aceptar lo que viniera, lo que no quitaba que le doliera la posibilidad de alejarse de su familia después de tantos años.

—¿Y tu hermano? ¿Crees que él también se lo tomará así? Porque con él hablas más y tienes buena relación.

—Mi hermano es solo dos años mayor que yo. Se mueve en el mundo audiovisual, es más abierto de mente, creo que, aunque mis padres intentaron inculcarle los mismos valores, él ha sido siempre más libre. Podría aceptarlo sin problemas.

O eso quería creer ella.

—Quizás podrías empezar por él —sugirió Hugo.

—¿Qué?

Diana frunció el ceño sorprendida por esa propuesta.

—Puedes hablar con él primero. Ensayar un poco el tema. Ver cómo te sientes al contárselo a alguien cercano que aún no sabe que eres lesbiana.

Hugo vio miedo al vacío que acababa de sentir en sus ojos. Le dio tiempo para respirar y procesar lo que acababa de sugerirle. Hasta ahora, se había centrado tanto en sus padres que no se había planteado contárselo primero a su hermano o ver qué pensaba él al respecto. Dejó su libreta a un lado para dirigirse a su tocadiscos. Estaba seguro de que algo de música le vendría bien para relajarse. Observó su colección de vinilos perfectamente ordenada por colores, algo que a Diana siempre le había producido un gran placer visual cuando estaba en ese despacho, y buscó uno con el que le dejaría

con la boca abierta. No le gustaba mucho ese grupo, pero sabía que Álex y Diana eran fans cuando salían juntas. Sacó el LP rojo de su envoltorio y lo colocó con cuidado a esperas de una reacción de Diana al escuchar las primeras notas reproducirse.

—¿En serio tienes este disco? ¿Tú? —preguntó con la boca abierta al reconocer la voz de la cantante.

—Soy toda una caja de sorpresas, ¿verdad? —se burló Hugo.

—¿En qué momento dejaste de odiar a este grupo? Eso sí que me parece algo imposible y no lo de mis padres.

Que tuviera capacidad de hacer bromas con el tema con una sonrisa en su rostro, indicaba que estaban haciendo las cosas bien.

—Yo nunca los he odiado, simplemente no me gusta su música.

—Venga ya…

—Tampoco ayudaba que Álex estuviera todo el día obsesionada con ellos, de hecho, solo tengo el vinilo por si viene algún día poder regalárselo —admitió Hugo con una sonrisa nostálgica—. Además, te recuerdo que me arrastró hasta Barcelona para verlos en directo porque, según ella, «solo iba a tener oportunidad de verlos una vez en la vida», lo cual es gracioso teniendo en cuenta que los ha visto tres veces más en el Madison Square Garden en… —Se quedó callado al darse cuenta de que estaba hablando de la vida de Álex frente a Diana—. Perdón… no era consciente de que…

—No pasa nada, Hugo. —Diana le interrumpió antes de que pudiera disculparse más—. Puedes hablar de ella.

Hugo le sonrió con algo de pena. Siempre que habían hablado de Álex había sido en el contexto del pasado y de su relación, aunque por lo menos era capaz de hablar de ella. En el caso de su amiga, ni siquiera se podía mencionar a Diana o hacer referencias a su ex. Había enterrado sus sentimientos en lo más profundo de su ser en lugar de superarlos o afrontarlos. Hugo era consciente de que no lo tenía superado y que, tarde o temprano, viviría una crisis cuando se diera cuenta de todo lo que se había estado reprimiendo tantos años.

Diana era diferente, no había ni rastro de rencor en su mirada. Solo una calma y una aceptación difícil de encontrar en Álex.

—Así que al final lo consiguió, ¿no? —preguntó Diana para devolverle a la realidad—. Siempre decía que quería vivir en Nueva York.

—Sí, al final lo consiguió —respondió Hugo sin dar más detalles.

—Me alegra, aunque me hubiese gustado haber estado ahí para verlo.

Hugo podía sentir en su propio cuerpo el amor que Diana le seguía teniendo a su mejor amiga. No importaba cuántos años hubieran pasado, estaban hechas la una para la otra. Diana hacía tiempo que lo había aceptado y había entendido que no conocería a nadie que la quisiera ni entendiera como Álex. Su amiga, como siempre, era el polo opuesto. Se había querido convencer de que Diana había sido una relación más en su vida y, lo cierto era, que no se engañaba ni a sí misma con esa mentira.

—Que conste que hoy no tenía previsto hablar de ella —bromeó.

—No pasa nada, es tu amiga y puedes hablar de ella tanto en las sesiones como cuando quedamos fuera de aquí. Te lo digo muy en serio. Si ella es feliz ahora, me vale, aunque yo ya no esté en su vida.

Presentaba una madurez emocional por la que muchos pagarían.

Hugo le devolvió la sonrisa con sinceridad. Era un privilegio ver cómo alguien avanzaba tanto en su proceso personal, especialmente cuando el cambio no solo se veía en las palabras, sino también en la manera en la que Diana se desenvolvía en la vida.

—Lo tendré en cuenta, Diana —dijo antes de coger de nuevo su bloc de notas para retomar el tema de la sesión—. Hoy volvamos al tema de tu familia, ya tendremos tiempo de hablar de ella más adelante. Te sugería que hablaras con tu hermano antes que con tus padres para ver cómo te sentías.

Había pasado de evitar cualquier conversación sobre su familia y su sexualidad a tomar las riendas y decidir enfrentarlo.

Hugo no podía hacer más que sentirse orgulloso.

Diana suspiró, cruzando los brazos sobre su pecho.

—El problema es que mi hermano es un bocazas y, si se lo cuento, va a tardar una hora en contárselo a mis padres. No por chivato, sino porque se le escapan las cosas sin pensar. Preferiría arrancar la tirita con ellos y ya luego si mi hermano se lo toma bien, eso que me llevo —justificó Diana —. ¿Crees que estoy preparada para hacerlo?

—Has evolucionado mucho en los últimos meses, de verdad. Y creo que sí que puedes estar preparada para afrontar una posible reacción negativa por su parte, pero solo tú sabes cuándo es el momento adecuado para hablar con ellos, Diana.

Levantó su mano derecha a modo de juramento para transmitirle confianza.

—Voy a tener que invitarte a cenar para agradecértelo. —Hugo se lo tomó a broma, pero ella lo decía en serio—. ¿Cómo crees que será mi vida después de esto?

—¿A qué te refieres exactamente?

Apoyó el codo sobre el reposabrazos de su sillón y la miró con curiosidad.

—A que… si todo sale mal con mi familia y mi relación con ellos se rompe, ¿cómo se sigue adelante con algo así?

Diana evitó su mirada. Por mucho que intentara aparentar fortaleza, el miedo al rechazo seguía ahí, acechándola como una sombra.

—Diana, la vida sigue. Y sigue para mejor. Sé que ahora parece el peor escenario posible, pero quiero que pienses en esto: ¿qué es más doloroso, perder la relación con tus padres o vivir para siempre escondida y sin poder ser quien eres? —preguntó con mucho acierto.

Silencio.

Uno bastante elocuente teniendo en cuenta el tema que tenían entre manos.

—Sé la respuesta —admitió en voz baja.

—Lo sé. Y ese es el verdadero avance.

—Pero… ¿y si un día me arrepiento?

Hugo la observó con paciencia antes de responderle.

—¿Te arrepentiste alguna vez de haber amado a Álex?

—No, claro que no.

Diana resopló, como si la pregunta le pareciera absurda y es que, en parte, lo era para ella.

—¿Te arrepientes de haber entendido y aceptado tu sexualidad? —continuó.

—No.

—Entonces, ¿por qué ibas a arrepentirte de decidir vivir sin miedo?

Se mordió el labio, perdida en sus pensamientos y ahí Hugo supo que la había hecho reflexionar en serio sobre ese tema.

—¿Cómo lo haces? —preguntó con una pequeña sonrisa.

—¿Hacer qué?

—Hacer que me dé cuenta de cosas que parecían imposibles de aceptar hace solo unos meses.

—Es mi trabajo.

Y lo cierto es que era uno de los mejores en lo que hacía.

—Eres bueno, lo admito.

—Lo intento.

Diana le dedicó una sonrisa antes de dejarse caer más cómodamente en el sofá. Desde que se había dado cuenta de su sexualidad, por fin empezaba a sentir que la idea de enfrentar a sus padres no la ahogaba. No la hacía temblar de miedo. Seguía siendo una montaña difícil de escalar, pero ya no se veía incapaz de hacerlo.

—Bueno, ahora solo falta fijar una fecha para que lo hagas —soltó Hugo con naturalidad, devolviéndola a la realidad.

Diana se tensó.

—¿Qué?

—Sabes que lo vas a hacer. Pero si no te pones una fecha límite, lo seguirás posponiendo.

Diana gruñó, enterrando el rostro en sus manos.

—Te odio.

Hugo se echó a reír.

—Lo aceptaré como un cumplido.

Diana negó con la cabeza, pero una sonrisa luchaba por aparecer en su rostro. Era el principio de un cierre que llevaba años postergando.

—Gracias, Hugo, no estaría en este momento de mi vida sin ti —dijo emocionada por lo que estaba avanzando.

—No he hecho tanto, Diana.

—No te quites mérito —se quejó ella.

—De verdad. Yo solo estoy aquí para escucharte y ayudarte a entenderte a ti misma.

A Hugo no le gustaba nunca quedarse con los méritos de las mejoras de los pacientes.

Diana negó con la cabeza.

—Puede que sí, pero me has acompañado en todo este proceso. Y eso ya es mucho.

Hugo sintió un ligero calor en las mejillas. No estaba acostumbrado a recibir halagos de sus pacientes. Le gustaba mantener una buena relación con ellos, pero con Diana había algo más que solo una buena relación. Era una de las pocas personas con las que había conseguido romper la barrera entre psicólogo y paciente.

Era su amiga.

Como lo era Álex.

—No sé qué habría hecho sin ti todo este tiempo, Hugo.

Él sonrió, esta vez con gratitud.

—Con la evolución que he visto en ti desde que te conozco… no solo en mi consulta, sino en todo lo que viviste con Álex… —Sostuvo su mirada y concluyó con una sinceridad aplastante—: El placer ha sido mío, Diana.

Capítulo 15

Recuerda escuchar bien

Oye, qué molesta la luz… ¿Qué hora es?

¿Y esta cama? ¿Esta habitación decorada con tan buen gusto?

¡Ah! ¡La casa de Diana!

Tengo mi vida tan patas arriba que mi cuerpo ya no sabe ni dónde está, especialmente después de haber conseguido conciliar el sueño de una forma tan placentera. ¿Cuánto hacía que no dormía así? Ruedo en la cama para abrazarme un poco más a la almohada, con pocas ganas de salir de este colchón tan mullidito. Debe de ser que anoche con tantos nervios olvidé bajar la persiana y ahora el sol del amanecer me ha castigado con los rayos que entran directos a mi cara, privándome de un rato más de descanso. En realidad, tampoco voy a quejarme, porque con el mal tiempo que está haciendo en Nueva York últimamente, se agradece un despertar tan cálido.

Tiro de la sábana y el edredón hasta taparme por completo. Creo que no hay sensación más satisfactoria que la de vaguear un poco recién despierta en una cama *king size* con sábanas de una textura tan sedosa que da hasta pena estar arrugándolas. Y más estando sola, porque arrugarlas de otra manera siempre es más divertido.

Observo la habitación en la que estoy un poco más que anoche. No le falta un detalle, como el resto de lo que he visto de esta casa, claro. Todo estaba meticulosamente decorado, con ese equilibrio entre elegancia y calidez que solo Diana sabe crear. Es que te dan ganas de gritar «decórame la vida» con este buen gusto,

«elige los colores que alegren mis mañanas» y «haz que todo parezca perfecto».

La alarma de mi teléfono suena y la apago en el primer tono. Ha sonado bastante fuerte y no quiero que pueda despertar también a Diana, que seguro necesita mucho más descanso que yo. Resoplo sabiendo que, por mucho que me guste, no me puedo quedar en la cama mucho más rato.

Salgo al pasillo y miro a los dos lados antes de atreverme a pasear a mi antojo por lo que considero que es el espacio privado de Diana. Siempre he pensado que las casas son el reflejo de las personas y un día más está confirmando mis teorías. El silencio en el que está sumida me da la confianza para explorar a mi antojo y descubrir las diferentes habitaciones que tiene. No tardo en encontrarme una estantería en la que está su colección de discos y vinilos. Ya le gustaba comprarlos en la universidad y veo que lo ha mantenido porque hay más de una balda ocupada por esas cajas estrechas y cuadradas perfectamente alineadas. Llama también mi atención la cantidad de figuras de LEGO que hay por toda la casa y van desde máquinas de escribir a flores o cámaras. Son preciosas. Mi mente va sola al recuerdo de un viaje a Londres que hicimos juntas para ver las luces de Navidad. Estábamos por Picadilly cuando vimos la tienda de LEGO a lo lejos y fuimos a dar una vuelta. Estaba fascinada y enamorada de todas las figuras que había ahí para poder construir. Eso sí, eran caras y a mí me rompió el corazón no poder regalarle ninguna. Éramos solo dos estudiantes que no tenían mucho dinero en ese momento, de hecho habíamos ahorrado en el último año para poder hacer ese viaje. Ver que ahora tiene tantos…

Pelos de punta, Isabel Pantoja.

Esta casa grita todo lo que ella siempre quiso tener y no hay un lugar al que mire que no desprenda a una Diana alegre, feliz y encantadora. El lugar es para enamorarse al instante, como ella cuando la conoces, supongo.

Continúo mi paseo por la casa, sintiéndome un poco mal por estar cotilleando así, pero no puedo resistirlo. Siento que es lo más cerca que voy a estar de tenerla cerca y saber más de ella sin tener que preguntarle o mantener una conversación incómoda, al menos

para mí. Una conversación que tendrá que llegar en algún momento y que…

¿Qué es esto?

Mis pies se paran solos cuando mis ojos detectan, antes de que mi cabeza sepa lo que es, una foto Polaroid colocada en un marco en tonos azules, mi color favorito, en una repisa. Mis manos van solas a por ella y la cojo para mirarla mejor porque me parece increíble que esté aquí. Se trata de una imagen de las dos y es inevitable que las punzadas en el pecho que llevaban unas horas fuera de mi organismo, regresen al verla. Recuerdo ese momento a la perfección, cómo no hacerlo… Estábamos en Barcelona para celebrar el cumpleaños de Diana. Ahí llevábamos ya un par de años saliendo y se nos ve tan felices en la foto… Bueno, lo que éramos. Algunas cosas no pueden negarse y es que felices éramos a pesar de los malos ratos y las peleas. Creo que en Barcelona fue la primera vez que Diana me cogió de la mano para pasear y yo estaba en una nube. Siempre supe lo que le costaban ese tipo de gestos y no me importaba no tenerlos porque al final del día dormíamos en la misma cama. Muchas veces he pensado que el hecho de que yo sí que los tuviera con ella la presionaban de alguna manera. No lo hacía queriendo y nunca fue mi intención, lo que pasa que controlarse cuando tu novia es alguien como Diana, se hace difícil.

Noto el nudo en la garganta cuando la nostalgia por todos esos recuerdos y los pensamientos sobre qué podríamos haber hecho diferente en la relación empiezan a sucederse uno tras otro. No ayuda a calmarme el hecho de que, por mucho que yo lo haya negado estos días, tenemos una conexión inimaginable para alguien que no seamos nosotras.

¡Pum!

Mierda, seguro que se ha despertado ya y yo aquí cotilleando a mi antojo. No quiero que me pille o que me haga preguntas, aunque también podría preguntarle yo por qué tiene esta foto enmarcada aquí. ¿No me odia entonces por cómo me marche? Siempre he pensado que, a pesar de que ella lo provocó, me guardaba rencor por irme así, sin despedidas, sin cierre. Suelto la foto en la estantería, intentando colocarla tal y como estaba antes

de dirigirme al ventanal del salón y hacer como la que lleva aquí un buen rato contemplando las vistas.

—Buenos días.

Uf, justo a tiempo, no me ha pillado de milagro. Menos mal que se mueve lento por las lesiones, si no soy mujer muerta y acorralada contra su pasado. Respiro hondo e inclino la cabeza al descubrir que está apoyada en el marco de la puerta mirándome. Y, sin darme cuenta, sonrío. No intento ni controlar cómo las comisuras de mis labios se elevan más de lo que deberían al verla con el pelo rubio alborotado y sin peinar. Sus ojos, aún enrojecidos por el sueño y las pastillas, tienen ese brillo adormilado que la hace siempre parecer más vulnerable.

Y no es nada físico lo que más me llama la atención y me enternece, sino el pijama de dibujos que lleva y que hace que sacuda la cabeza divertida. Tengo frente a mí a Diana en su estado más puro, sin barreras, ni postureo. Solo ella.

—¿Cómo estás? —pregunto preocupada por sus múltiples heridas.

—Un poco dolorida, pero sobreviviré. —Se encoge de hombros y, automáticamente, se queja de dolor por el gesto. Sacude la cabeza quitándole importancia para que no me preocupe—. ¿Qué tal has dormido?

—Bien, y eso ya es decir mucho viniendo de mí —bromeo.

—¿No duermes bien? —pregunta ladeando la cabeza cual perrito interesado en su chuchería.

No es que no duerma bien, es que no duermo una puta mierda, Diana. Y no te voy a responder a esa inocente pregunta porque te conozco lo suficiente para saber el interrogatorio que me vas a hacer al respecto. Eso llevará a dos opciones: la primera es que me enfade y no te conteste y tú te enfades más aún por mi actitud o, la peor, que termine por confesarte que me robas el sueño y abra un cajón de sentimientos que no estoy preparada aún para abrir.

—Vamos, te hago un café —ofrece ante mi silencio.

Gracias, gracias por no presionarme. Sigues leyéndome igual de bien que siempre.

—Se supone que tú no debes moverte mucho —digo señalando a su costilla y su muñeca.

—En ese caso, yo te digo dónde está todo y tú me haces el café a mí.

Caradura, eso es lo que es.

Toda la vida saliéndose con la suya, porque yo la he dejado siempre, no lo niego.

Sacudo la cabeza y obedezco cada una de las indicaciones que me va dando cuando llegamos a la cocina. Ella se sienta en el taburete de la isla sin rechistar y me deja hacer todo. Siento que está analizando cada uno de mis movimientos, lo que me hace ser un poco más torpe de lo habitual. Quince minutos y un poco de azúcar en el suelo después consigo servir dos humeantes tazas de café bien cargadas junto con dos tostadas.

Este momento es rarísimo y a la vez… ¿cómodo? No sabría explicarlo, es como si no hubiera pasado el tiempo, con la diferencia de que sí que mantenemos las distancias, exceptuando un roce accidental de nuestras manos al ir a coger el aceite y que nos hace sonreír. Mientras está centrada en su móvil, levanto la cabeza y la miro mejor, no perdiendo de vista ninguno de sus movimientos. Diana muerde la uña de su dedo índice en un intento de calmarse, lo hacía siempre antes de los exámenes y veo que continúa con esa fea costumbre. ¿Estará ella tan nerviosa como yo por esta extraña dinámica que tenemos ahora mismo?

—Tengo que irme —anuncio cuando doy el último sorbo a mi café.

—¿A Nueva York?

Hay algo de miedo y pena en su mirada.

No quiere que me vaya aún… Yo tampoco quiero hacerlo aún, Diana, créeme.

—No, al apartamento de Hugo —respondo para que se tranquilice—. Marcos ha quedado ahí con la Policía para que echen un vistazo por lo ocurrido y eso.

—Voy contigo —responde corriendo.

—No, tú te quedas aquí en reposo. —La empujo cuando hace el intento de levantarse del taburete para que se quede ahí sentada

mientras yo recojo—. Necesitas reposo.

—Alex…

—Que no —interrumpo antes de que empiece a protestar e intentar convencerme de lo que quiere—. Ya escuchaste al médico, tienes que descansar.

No sé si es por la dureza con la que lo digo o por el tono de preocupación genuino de mi voz, pero no insiste más. Por una vez se queda calladita y acepta la derrota.

—Te preocupas por mí…

Ah, pues no se va a quedar calladita, no. Ella va a recrearse en esto un poco y lo va a disfrutar. Tampoco la culpo después de lo mal que la traté hace unas semanas.

—Estás hecha mierda, Diana —le recuerdo como excusa para justificar mi comportamiento—. Hasta un mendigo se preocuparía por ti.

—Lo que tú digas. —Me saca la lengua para burlarse de mí y me hace reír—. Solo digo que el mendigo no está aquí y tú sí.

Pues nada, ya ha vuelto a ganar esta batalla la muy hija de una hiena. ¿Puedo volver a subir los muros y que no sea capaz de verme de una forma tan evidente? Es que madre mía… No sé si es que he sido muy obvia o de verdad sigue siendo capaz de colarse en mi cabeza sin esfuerzos. Sea como sea, tengo que aprender a lidiar con esta nueva forma de relacionarnos.

—Voy a ducharme y me voy, que voy a llegar tarde.

Con eso e ignorando su comentario previo, me voy de la cocina sacudiendo la cabeza y aguantándome la sonrisa tonta. Va a ser muy complicado y muy satisfactorio a la par tenerla tan cerca y no dejarme llevar por nuestras viejas costumbres del pasado. ¿Me jode ver que, si quisiéramos, estaríamos bien? Sí. ¿Me da un calorcito en el pecho que hace años que no tenía? Pues también.

Pensamientos que son fácilmente alejables durante un buen rato gracias a la música a todo volumen que pongo en mi habitación mientras me ducho. Intento ir lo más rápido que puedo porque no quiero llegar tarde y que la Policía ya se haya marchado. Ni me fijo en lo que saco de la maleta, sino que coloco las prendas conforme van saliendo. Un vaquero oscuro algo suelto, unos botines negros y

un jersey tricolor un poco metido en el cinturón que termina el *look*. Pelo más o menos liso y un poco de *gloss,* ya que no tengo ganas de maquillarme mucho más.

Salgo disparada por el pasillo mientras compruebo la hora en mi reloj. En mi camino a la puerta veo que Diana se ha ido al sofá y está tumbada descansando. Mira, por lo menos en algo me hace caso. Tiene un libro sobre su regazo. No alcanzo a ver su título, solo la ilustración de una chica pelirroja y una morena sentadas en el suelo de una habitación bastante rosa, cogidas de la mano. Podría pasarme el día observando a la mujer madura en la que se ha convertido, mucho más segura de sí misma y sin miedo a decir lo que se le pasa por la cabeza.

—¿Vuelves luego y me cuentas?

Ups, me ha vuelto a pillar mirándola. Me gusta que no se recree en ese hecho, sino que pregunta con tanta inocencia y delicadeza si voy a volver aquí, con ella, que me derrito. ¿Cómo puede seguir queriéndome cerca después de lo mala que he sido? ¿Lo cruel? Asiento y sonrío, tragándome el nudo que tengo en la garganta y que me impide hablar antes de marcharme.

¿Metro? ¿Uber? ¿Taxi? ¿Un largo paseo? La elección va a depender del tiempo que tenga para llegar al apartamento de Hugo. Comparo todas las opciones y me decido por el metro. Rezaré por que no vaya excesivamente lleno a esta hora y no tener que restregarme con medio Madrid contra mi voluntad. Incluso el universo me da una tregua porque hasta me da un asiento para que ocupe durante las seis paradas que tengo hasta mi destino.

—Buenos días, chiqui —saluda dándome un rápido abrazo.

—Hola, Marc.

—Llegas tarde —recrimina señalando el reloj inteligente de su muñeca.

Siempre a la última en lo que a la tecnología respecta este chico.

—Perdón, me he entretenido y he perdido el metro porque no recordaba qué línea me traía hasta aquí —respondo para justificar mi retraso.

Ups… La cara que está poniendo es que está empezando a hacerse preguntas.

—¿En qué hotel te estás quedando ahora para venir en metro?

Bueno, pues aquí es cuando ya se desata la liebre y le cuento dónde estoy sin dar muchos rodeos. La culpa es mía por delatarme sola. La última vez estaba en un hotel aquí al lado y podría haber venido andando si hubiera repetido hospedaje.

—Pues… es que no estoy… —¿Por qué me estoy poniendo tan nerviosa solo por contar que me estoy quedando con Diana? Por Dios, que no es para tanto. No hay nada de malo, ni segundas intenciones—. He dormido en casa de Diana.

—Interesante.

Venga, Marcos, suéltalo, si lo estás deseando. El único motivo por el que no ha empezado a burlarse de mí es porque quiere calibrar hasta dónde puede llegar sin que me enfade. Por una vez, te voy a dejar que digas lo que quieras porque me lo merezco y tu cara es un poema por la sorpresa que te has llevado.

—Vaya, no pierdes el tiempo, Álex —se burla.

—No es lo que piensas —advierto.

Esta persona ya se está imaginado que nos hemos acostado y esas cosas que, obviamente, no van a pasar.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces qué es? —pregunta.

Es que el tío siempre sabe ponerme contra las cuerdas para que me arrincone yo solita.

—Está fatal con todos los dolores, así que la acompañé a casa cuando le dieron el alta y, a cambio, me ofreció quedarme porque era tarde —resumo en una explicación en apariencia normal si no fuera porque se trata de Diana y yo.

—Ajá.

No se ha creído ni una palabra que ha salido de mi boca. Con razón.

—Es la verdad —insisto.

—Si yo no digo que no lo sea, es solo que… —Hace una pausa antes de soltar de una vez por todas lo que está pensando—.

Me sorprende, la verdad. ¿Qué te ha picado para ser así de amable con ella de repente?

—¿Versión larga o corta? —pregunto.

—¿Pueden venir un momento?

La voz de uno de los agentes de Policía, procedente del apartamento, interrumpe la conversación.

—Dame la corta que yo tengo que irme a trabajar y tú entrar ahí —responde Marcos ignorando al Policía.

—Pues la corta es que hace mucho que crucifiqué a Diana porque le preocupaban más las apariencias que yo. —Hago una pausa, eligiendo con cuidado mis palabras. Qué seca tengo la garganta así de repente—. Digamos que me he dado cuenta este último mes de que es hora de dejar de aparentar frente al mundo que la odio cuando no lo hago.

No le doy ni tiempo a hacer más preguntas o responder algo porque ya me ha costado un mundo admitir eso, así que entro en el apartamento para buscar a los policías y ver qué necesitan por mi parte. El oficial al mando me pide que le cuente lo ocurrido, así que repaso todo lo que Diana me contó ayer para decírselo. También les doy su contacto, así podrán hablar con ella si tienen dudas o necesitan algo por su parte.

Lo poco que me cuentan es que no hay rastro de que nadie haya estado aquí. Todo parece bastante ordenado y no hay signos de puertas forzadas ni nada por el estilo. Incordio e insisto tanto con el tema de que alguien ha estado aquí que toman huellas por las diferentes superficies y pomos de las puertas para ver si eso es un hilo del que tirar.

—Por nuestra parte, todo está correcto —anuncia uno de los policías mientras termina de apuntar datos en su libreta—. Pueden seguir viviendo aquí con normalidad. Si notan que falta algo o recuerdan algún detalle más, háganoslo saber.

—Por supuesto. Gracias, agente.

Gracias por nada, porque ya me dirás tú lo que habéis hecho…

En cuanto me despido de ellos y me dejan sola en el apartamento, soy consciente de que nunca había estado aquí sola.

Uf… Qué mal rollo me da todo esto. Encima, he estado tan centrada en Diana cuando estábamos aquí que ni siquiera he tenido tiempo de asimilar que todo esto pertenecía a Hugo y ahora… ya no está.

Recorro la casa como he hecho esta mañana en la de Diana, solo que abrazándome a mí misma al entender que estoy viendo toda la vida de Hugo en imágenes repartidas por las diferentes habitaciones de la casa. En cuanto a la decoración… El gusto exquisito en la combinación de colores, el equilibrio entre el minimalismo y la calidez… espera un momento. Aquí hay mucha similitud con la casa de Diana. ¿Le ayudaría a decorarla? No me extrañaría a estas alturas.

No hay nada revuelto ni roto, como ha dicho la Policía. O bien Diana llegó casi al mismo tiempo que el ladrón, o el que entró aquí sabía muy bien lo que buscaba. Al pasar por el recibidor, me fijo en el pequeño mueble de madera tintado en rojo que preside una de las paredes. Recuerdo haber dejado ahí las llaves del coche de Hugo después de negarme a llevármelo. Abro el cajón para comprobar que el ladrón tampoco se haya llevado las llaves y las encuentro intactas en el mismo sitio en que las dejé.

En este momento, las palabras del testamento de Hugo que leyó el notario vuelven a mi cabeza.

Por último, también quiero dejar mi coche a Álex. Sé que siempre te gustó y creo que te hará falta para el tiempo que pases en Madrid. Cuídalo bien y recuerda escuchar cuando conduzcas, eso siempre es importante. No salgas huyendo una vez más, por favor.

—Qué bien me conocías, Hugo… Cómo sabías que iba a volver a huir a la más mínima de cambio y qué poco caso te hice.

Le echo de menos, más que nunca, más de lo que puedo y voy a poder soportar toda la vida. Hugo siempre ha sido, desde que nos conocimos, tan necesario en mi vida como mi mano derecha. Era el pilar que me equilibraba y me mantenía firme cuando empezaba a ahogarme en mis problemas. Siempre, siempre hacía que todo pareciera menos intenso, menos pesado y menos difícil. Adoro a Marcos, pero él siempre ha sido más directo, más impulsivo

y eso le hace chocar conmigo más por nuestras personalidades. Hugo, en cambio, siempre sabía cómo guiarme hasta el lugar correcto.

Ojalá hubiera hablado más contigo sobre Diana, quizás me habrías ayudado a darme cuenta de lo que me pasaba o haberlo arreglado antes de marcharme. No sé, supongo que ahora es tarde y tendré que aprender yo sola a lidiar con mis problemas y entender mis sentimientos.

En un impulso y, con ganas de sentirlo cerca una última vez, cojo las llaves del coche y bajo hasta el garaje del edificio. Nada más abrir la puerta de seguridad que separa el bloque del ascensor del garaje como método de protección antiincendios, diviso el coche deportivo plateado. Inconfundible. Tanto como su dueño. Me acerco poco a poco, pasando mi mano por un capó lleno de polvo de llevar tantos días sin salir de aquí y suspiro antes de abrir la puerta para sentarme dentro. Recuerdo la ilusión que le hizo comprar este coche. Siempre había sido un fanático de los deportivos y el día que se lo dieron me llenó el móvil de fotos y audios muy emocionado. La tapicería negra de cuero es suave y las costuras están rematadas a la perfección. Es perfecto.

Era su bien más preciado y me lo ha dejado a mí.

¿Por qué, Hugo? Yo no me lo merezco y sabías que no me lo puedo llevar a Nueva York.

No sé ni qué hago aquí sentada. Supongo que si doy una vuelta en el coche, quizás sienta a mi amigo un poco más cerca. ¿Sería eso lo que él querría? Por probar a ver cómo me siento… Total, llevo cuarenta y ocho horas haciendo cosas sin sentido, por una más no va a pasar nada. Ajusto el asiento a mi altura, muevo los retrovisores y arranco el motor. El rugido que hace es ensordecedor y estoy convencida de que más de un vecino le odia por el escándalo que hace.

Allá vamos.

Conduzco por Madrid durante bastante rato, intentando no pensar en nada más que en la carretera y los coches de mi alrededor. En esta ciudad hay que ir con mil ojos o te dan cinco golpes en la misma rotonda. Y me ayuda. Me ayuda a perderme un

rato y honrar su memoria como no he podido hacer hasta el momento, demasiado ocupada conmigo misma como para ello. Solo cuando me paro en un semáforo frente al Retiro, aprovecho para encender la radio y escuchar algo de música.

En cuanto pulso el botón de reproducir, lo que escucho es la voz de Hugo en el interior del coche, y el brinco que pego hace que pulse el claxon sin querer. El coche de al lado me mira extrañado por mi actitud y yo sonrío intentando parar la grabación que está sonando.

Explícame mejor eso que decías de que la situación se descontroló cuando…

—Joder, Hugo… ni conduciendo podías dejar de trabajar —susurro cuando entiendo que se trata de una sesión con un paciente.

Empiezo a tocar todos los botones que hay en la pantalla para que se calle, totalmente de los nervios y desbordada de estar escuchando su voz así cuando yo creía que no iba a volver a hacerlo nunca más. Joder, ahora el semáforo en verde… A ver, arranco y lo sigo intentando. Nada. Le he dado a todos los botones y esto no para, así que opto por apagar la radio y volver al silencio.

Uf… ¿Qué ha sido eso?

Qué sensación más rara tengo ahora en el cuerpo.

Lo peor es que ya no sé si es por la grabación, por estar en Madrid, por llevarme bien con Diana o por qué. ¿Cómo voy a saberlo si aquí pasan cien cosas por segundo? No hay manera humana de tener la cabeza asentada con tanto evento canónico, joder.

Tío, Hugo, vuelve, que ahora sí que me apetece que me trates y me ayudes porque no puedo más, de verdad que no puedo. Necesito que vuelvas a guiarme, que me hagas entender qué hacer y si debo escuchar a mi corazón, a mi cabeza o a ti.

Espera, a ti…

No puede ser, ¿no? No sería tan retorcida esta persona de hacer eso. O sí, teniendo en cuenta todo lo que ha hecho desde que se suicidó. Si fuera un dibujo animado, ahora mismo tendría una

bombilla sobre mi cabeza. Estás aquí y te estoy escuchando, literalmente, solo tengo que volver a encender la radio. Y no estoy loca… Lo dijo el notario al leer el testamento y yo no supe verlo.

Recuerda escuchar bien cuando conduzcas.

Qué cabrón…

¿Por qué iba a ser tan importante escuchar bien cuando condujera? ¿No es más lógico decir que mirara bien a mi alrededor? ¿Y si Hugo quería que escuchara esta sesión? Quizás no es una casualidad que se haya reproducido automáticamente, ¿no?

Pulso la pantalla táctil y vuelvo al menú anterior para darle al botón de reproducir.

La voz de Hugo se cuela hasta lo más hondo de mi cuerpo, otra vez. Casi no puedo prestar atención a lo que dice porque mi mente está totalmente perdida en la voz de mi amigo. Al menos hasta que la voz de otro varón aparece en la grabación.

Es una voz grave y mucho más pausada que la de Hugo.

¿Ahora este quién coño es y por qué tengo que escucharle?

Nada de lo que ha pasado desde la muerte de Hugo ha sido una coincidencia y esta grabación tampoco puede serlo. Subo el volumen de la radio y doy la vuelta en la rotonda para cambiar de sentido. Tengo que volver a casa de Diana a contarle lo que acabo de encontrar. Ella, más que nadie, podrá entender esta sensación extraña de que algo no cuadra que se ha apoderado de mi cuerpo otra vez.

Paciente R.P.

Sesión 15: Casi siempre…

Decir que Hugo estaba nervioso aquel día era quedarse muy corto.

Llevaba más de media hora paseando de un lado a otro del pasillo de su apartamento, incapaz de quedarse quieto. Tres semanas llevaba sin ver a su paciente. Tres semanas tratando de no pensar demasiado en él y fallando estrepitosamente. Ocupaba gran parte de sus pensamientos y noches en vela. Cada vez que cerraba los ojos, recordaba su voz en las sesiones. No era solo el miedo lo que lo inquietaba, sino la sensación de estar atrapado en una encrucijada sin salida.

Su paciente había revelado sus cartas de forma calculada, dejando claro el motivo real por el que asistía a terapia. Hugo no podía redactar el informe que le estaba pidiendo, no solo porque sería mentir y traicionar su ética profesional, sino porque hacerlo significaría que más mujeres podrían volver a caer en sus garras. Y, sin embargo, negarse abiertamente no era una opción fácil. Conocía demasiado bien el tipo de hombre que tenía frente a él: alguien acostumbrado a conseguir lo que quería, sin importar el método.

Si no accedía a su petición, ¿hasta dónde estaba dispuesto a llegar?

Resopló y se pasó las manos por el pelo, demasiado largo para lo que estaba acostumbrado, despeinándolo aún más. Se prometió a sí mismo que tenía que ir a la peluquería cuanto antes, pero ahora mismo eso era lo último en su lista de prioridades y preocupaciones. Antes de poder seguir perdiéndose en esos

pensamientos, el timbre de la puerta sonó. Se quedó inmóvil un segundo, como si su cuerpo necesitara procesar lo inevitable.

Maldijo entre dientes y se obligó a poner su mejor cara antes de abrir la puerta. Era el momento de ser el actor del año.

—Buenas tardes —saludó con la educación forzada que le permitía la situación.

El paciente entró sin esperar invitación, dándole una palmada en el hombro a modo de saludo, un gesto de falsa camaradería que a Hugo no le gustó para nada. No era su colega y no quería serlo. No hablaron hasta que ambos estuvieron dentro del despacho. Hugo lo observó durante más tiempo de lo que lo hacía normalmente. No estaba seguro de si era por la confesión del último día, pero parecía más relajado, satisfecho.

—¿Qué tal? —preguntó, intentando romper el hielo.

—Fenomenal —respondió su paciente con una sonrisa socarrona.

—Pareces contento.

Hugo levantó las cejas, sorprendido por su actitud. No le gustaba nada que se sintiera tan cómodo de repente.

—Lo estoy.

—¿Algún motivo en especial? —preguntó.

—He tenido un buen día, nada de lo que quejarme. Ni siquiera de venir aquí, ahora que somos colegas...

Le parecía muy sospechoso ese comportamiento. ¿Le estaba poniendo a prueba para ver hasta dónde llegaba su complicidad? Se obligó a mantener la compostura y decidió intentar manipularlo con lo único que realmente le importaba: el informe.

—A ver —dijo con un tono un poco más amigable de lo normal—, si quieres que haga ese informe, tenemos que mantener una relación profesional para que sea verídico. Si alguien revisa este caso y nota favoritismo o manipulación, nos meteríamos en problemas.

—Claro, lo entiendo perfectamente. Lo que tú digas, doc.

Su repentina confianza le daba cada vez más náuseas. No quería tener nada que ver con él ni por asomo.

—Me contaste todo lo que ocurrió con esa chica, ¿verdad? —El paciente asintió—. Está bien. Ahora necesito que me cuentes si alguna vez has tenido situaciones parecidas con otras mujeres.

—¿Qué tiene eso que ver con el informe?

El gesto del paciente cambió sutilmente. Hugo tragó saliva y pensó lo más rápido que pudo una excusa para justificar que le siguiera contando todo lo que necesitaba saber.

—Yo no soy abogado, pero he trabajado en este tipo de informes antes y te aseguro que necesitas algo más que tu historia con ella. —Hugo intentó sonar muy profesional para que le creyera y así se abriera más con él—. Para que sea sólido, tengo que demostrar que no eres una persona con un patrón de conducta problemático. Eso significa que necesito saber de otras relaciones que hayas tenido y demostrar que ninguna acabó de la misma forma. Si en un juicio preguntan por tu historial y yo no tengo esa información, no podremos justificar que esto fue un hecho aislado. Solo quiero los detalles necesarios para entender cómo plantearlo.

El paciente lo observó y, como buen hombre práctico, entendió lo que le planteaba y aceptó que tenía mucha lógica. Para tranquilidad de Hugo, le dio luz verde para seguir.

—Está bien. Pregunta lo que quieras.

—Hasta ahora hemos hablado de tus relaciones más largas, pero un hombre como tú habrá tenido muchas más esporádicas, ¿no?

—Por supuesto.

De nuevo la sonrisa siniestra que Hugo odiaba.

—Bien, necesito sinceridad absoluta. Cuéntame tu dinámica con esas mujeres. ¿Dónde las conoces? ¿Cómo interactúas con ellas? ¿Alguna vez ha habido malentendidos o situaciones incómodas? —interrogó Hugo, deseando que no le parecieran demasiado esas preguntas.

—No tengo mucho tiempo libre, así que uso aplicaciones de citas y redes sociales —respondió pensativo—. En unos minutos puedo filtrar a las chicas guapas que me gustan y hablarles.

—Así que el físico es en lo que más te fijas —adivinó.

—Bueno, para echar un polvo no necesito más.

Su respuesta fría y carente de emoción le ponía la piel de gallina en el mal sentido.

—Entonces, les escribes, quedas con ellas y os acostáis, ¿no?

—A veces sí, a veces no. No es tan fácil —respondió algo más dubitativo.

—¿Puedes darme más detalles?

—Las mujeres tienen ideas raras sobre el sexo casual y alguna vez he tenido algún malentendido. —El paciente se encogió de hombros—. No suelen entender que es solo eso. Yo no quiero citas, ¿sabes? Aunque en ciertas ocasiones he tenido que ir a alguna para luego poder acostarme con la chica de turno. Por eso también recurro a salir de noche a un bar, suele ser más efectivo aunque tenga que hacer el esfuerzo de salir de casa.

—¿Por qué un bar es más efectivo?

—Porque las mujeres beben, se emborrachan… y se convierten en pequeños seres con los que puedes hacer lo que quieras. Son mucho más dóciles y se dejan hacer.

Se echó hacia delante para quedar sentado en el filo del sofá, en un intento de acercarse a Hugo para crear más confianza por lo que le estaba contando.

Él, en cambio, se recostó en su sillón volviendo a crear más distancia física entre ellos. Estaba confirmando sus mayores temores. Tenía frente a él a un abusador de mujeres de libro, no solo con las que había mantenido relaciones durante largos periodos, sino con las que ligaba o quería tener algo. Intentó mantener la compostura y recuperó su posición seria ante la mirada del paciente. Tenía que seguir con aquella sesión, aunque lo único que quisiera fuera llamar a la policía para contarle que tenían que investigar a ese tipo.

—¿Es algo que haces con frecuencia? ¿Salir a bares con esa intención de cazar mujeres?

—Cazar es una palabra fea, doc —se burló el paciente, que parecía tomarse a broma todo aquel asunto, como si no tuviera gravedad alguna en lo que hacía. Lo tenía totalmente normalizado—. Yo salgo a pasármelo bien y a veces necesito desahogarme.

—¿Siempre lo consigues? ¿Desahogarte?

—Unos días es más fácil porque encuentro alguna que se deja llevar. Otros me cuesta más, pero el alcohol siempre ayuda.

Hugo sintió que su garganta se cerraba. Tuvo que obligarse a formular la siguiente pregunta como fuera.

—¿Están… conscientes cuando lo haces con ellas?

Sentía miedo real a la respuesta que pudiera darle. Un miedo que se incrementó cuando vio crecer una sonrisa fría en sus labios.

—Casi siempre…

Hugo no aguantaba más.

No podía seguir escuchando esas barbaridades y hacer como si no ocurriese nada. Tenía delante a lo que él podía considerar, sin cortarse, un monstruo. En ese momento se prometió a sí mismo que acabaría con él, costara lo que costara.

Durante media hora más, el paciente le relató historias en las que el consentimiento parecía un concepto irrelevante. Se obligó a escucharlo, a grabar cada detalle en su memoria, a resistir la tentación de echarlo a golpes de su apartamento. Cuando por fin terminó la sesión, lo acompañó a la puerta y forzó una sonrisa mientras se despedía. En cuanto cerró con llave supo lo que tenía que hacer.

El abuso sexual y físico era uno de los cuatro casos en los que un psicólogo podía romper el secreto profesional e ir a las autoridades pertinentes con su información.

Para ello, primero debía indagar, recopilar y verificar toda la información que pudiera. En este caso, ya había hecho gran parte del trabajo, ahora necesitaba unir todas las piezas y redactar varios informes antes de poder ir a la policía con un caso en firme.

Capítulo 16

De perdidos al río

Estoy en la puerta de Diana esperando que me abra. Soy una imbécil y tendría que haberle pedido unas llaves para ahorrarle el esfuerzo de tener que venir hasta aquí en lugar de estar quietecita en el sofá. Encima he subido corriendo por el ansia que tenía de contarle esto cuanto antes y ahora no tengo aliento. Apoyo mis manos en las rodillas justo cuando ella hace aparición y me ve así.

—Hola —saluda con una sonrisa en cuanto me abre la puerta —. ¿Estás bien?

Yo levanto la cabeza justo para notar que ha cambiado el pijama de dibujos por unas mallas deportivas que realzan toda su figura y una sudadera naranja muy cantosa. Está guapa con lo que se ponga, la verdad.

—Hola, Diana —saludo recuperando el aliento y pasando por su lado—. Vamos al salón, anda.

—¿Ha pasado algo con la Policía? —pregunta frenándome al pasar a su lado.

Agarra mi brazo lo justo para que nuestros cuerpos queden más cerca de lo que han estado en años. Una vez más, el poco contacto físico que tenemos es una descarga para todo mi cuerpo. Me aclaro la garganta y hablo antes de que se dé cuenta de que le he mirado la boca sin querer.

—Todo bien, no es eso de lo que quiero hablar contigo — explico.

—¿Entonces? ¿Qué pasa? —insiste siguiéndome.

La debería estar ayudando para que no fuerce. Lo haría si no fuera porque ahora mismo necesito un poco de aire en mis

pulmones y no solo por haber subido corriendo. Solo cuando estamos las dos sentadas en el mismo sofá, cada una en una esquina, procedo a contarle lo que ha pasado.

—El apartamento estaba impoluto, no se han llevado nada de nada —anuncio y veo que su cara es de extrañeza total—. Así que ya que estaba ahí, bajé a comprobar que su coche también seguía en el garaje.

—¿Y?

No tiene ni idea de hacia dónde voy con todo esto.

—Prométeme que no me vas a tomar por loca cuando te lo cuente —pido antes de seguir con mi historia porque yo sé que cualquiera pensaría que estoy cucú por lo que voy a decir.

—Álex, desembucha ya.

Uy, ahora es mandona también. Esta faceta suya no la conocía y es… sexy.

—Pues… luego decidí ir a dar un paseo con el coche y al darle al *play* en el reproductor empezó a sonar una sesión de Hugo con uno de sus pacientes. —Su cara es de entender menos que yo lo que he vivido en ese coche—. Era un tipo que tampoco hablaba mucho y lo quité, hasta que recordé lo que dijo Hugo en el testamento.

Aquí es cuando cierro mi boca para contener lo que quiero seguir contando. Necesito que sea ella la que llegue sola a la misma conclusión que yo. Si no estoy loca, si Diana y yo siempre hemos pensado lo mismo de este tema, ella también será capaz de unir los puntos y así comprobaré que no soy la única que piensa que…

—Te decía que lo disfrutaras y que… —¡Se acuerda! Ella también se acuerda y sabe a dónde quiero llegar—. No puede ser.

—Sí, esa sesión estaba ahí para que la encontrara, Diana —confieso yo.

—¿Y qué decía en ella? ¿Había más? —pregunta acercándose emocionada en el sofá hasta casi donde estoy yo.

Menos mal que hay un cojín de barrera que no le va a permitir avanzar más.

—No lo sé, la grabación dura como una hora y no he tardado tanto en llegar aquí —explico—. Es un coche ultramoderno, no hay

ranura de CDs ni nada por el estilo, no sé dónde estará esa grabación.

—En el USB de la guantera. —Frunzo el ceño y la miro algo confusa—. Dentro de la guantera está el equipo de música y Hugo siempre llevaba un USB ahí enchufado con listas de reproducción.

No me voy ni a molestar en preguntar cómo lo sabe. Lo quiera o no, hace días que he asumido que Diana formaba parte de la vida de Hugo de una manera tan cercana que sabe hasta dónde está el maldito USB de su coche. Asiento y, antes de que ella me diga que la deje acompañarme, echo a correr de nuevo hacia el parking en el que he dejado el coche. Dejo la puerta de entrada entornada, así esta vez no se tiene que molestar en abrirme. La verdad que con las prisas por llegar a contarle lo que había encontrado no me he entretenido en buscar aparcamiento y he dejado el coche en un parking tan solo a dos bloques de aquí, lo que ahora me está viniendo de maravilla porque si sigo corriendo a este ritmo lo mismo vomito un pulmón.

Una vez más, Diana tiene razón y el USB está justo donde ella ha dicho. Mira, esta vez ni siquiera me va a molestar su acierto, al contrario, me hace sonreír. Venga, otra carrera y me puedo tirar en el sofá a morir a gusto mientras escucho a un desconocido contarle sus problemas a Hugo. Diana no ha cerrado la puerta, lo que me permite entrar directa al salón donde sigue en el mismo sitio en el que estaba.

—Bingo —anuncio levantando el *pendrive* en el aire—. ¿Lo ponemos?

—Claro, ¿me acercas el portátil que está en aquella mesa? —pide señalando a la mesa de comedor donde hay un ordenador negro que está cubierto de todo tipo de pegatinas adornando la tapa, entre ellas una de un arcoiris que me lleva a pensar que hace mucho que dejó el miedo a quien es atrás—. ¿Qué crees que vamos a encontrar?

—Espero que respuestas.

¿No se supone que la marca esta de la manzanita es muy buena y rápida? Porque a mí me está pareciendo que tarda una eternidad en arrancar antes de poder enchufar la memoria extraíble.

Dejo que sea Diana la que navegue por las carpetas y me siento frente a ella, en una butaca en tono verde oscuro que me va a mantener un poco distanciada de ella. Necesito centrarme en Hugo y estas grabaciones y no en ella.

—Hay muchos archivos aquí —murmura Diana, navegando por la carpeta del USB—. Todos parecen grabaciones de sesiones por la duración y los nombres. Escucharlos todos va a llevar su tiempo.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos? —pregunto.

—Entonces vas a la cocina, coges el folleto de la pizzería que hay en la nevera, llamas y nos pides de comer un par de pizzas y nos ponemos a escuchar desde el primer archivo —dice con una sonrisa en el rostro—. Planazo, ¿no?

Lo peor es que sí, que me parece un planazo estar tirada en pijama en el sofá contigo comiendo pizza como tantas veces hemos hecho en nuestra vida. No voy a hacerme la dura con esto, voy a obedecer y hacer justo lo que me ha pedido.

—Pide una carbonara y una cuatro quesos —grita desde el salón cuando yo ya estoy marcando el número de la pizzería.

—Justo lo que tenía en mente —respondo sacudiendo la cabeza.

Y es que la tía ha ido a decirme que pida mis dos pizzas favoritas. No da puntada sin hilo y quiere dejarme claro que no lo ha olvidado. Cuando estábamos juntas, Diana siempre usaba la comida para calmar mis malos días. Había veces que íbamos a un restaurante de los que teníamos apuntados en nuestra lista y otras pedíamos algo en casa. Fuera como fuera, siempre conseguía distraerme. No iba a ser menos ahora.

Pedido hecho y toca volver a ese salón a escuchar las grabaciones. Ahora que lo pienso un poco más en frío, me está dando el mismo mal rollo que *13 Reasons Why* esto de las cintas… Espero que todo esto tenga mejor final, la verdad.

—Allá vamos —susurra Diana antes de darle al *play*.

Cada grabación dura una media de una hora y algo, ya que Hugo empezaba a grabar desde el instante en el que el paciente colocaba un pie en su despacho. Supongo que eso Diana lo sabe de

primera mano. ¿Habrá grabaciones también de sus sesiones? ¿Dónde estarán? No debería ni pensar en escucharlas, porque seguro que hablan de mí, pero me puede la curiosidad mientras escuchamos a este hombre contar más bien poco de su vida.

Las dos primeras grabaciones son desesperantes. Un hombre de mediana edad, con tono seco y actitud evasiva, difícil de tratar. Parece como si no quisiera estar allí y que cada sesión fuera un suplicio para él. No da mucha información sobre sí mismo, lo que hace complicado, de primeras, saber algo más de su vida. Solo las soportamos gracias a las pizzas que hemos colocado en la mesa baja que hay delante del sofá y que hemos devorado nada más llegar.

Buenísimas, recomiendo este italiano cien por ciento. Gusto exquisito un día más, Di.

Es bastante duro escuchar la voz de Hugo así, tan viva, haciendo alguna broma e intentando ayudar a un paciente que no parece querer tener ayuda en absoluto. Me estoy desesperando yo de escucharle, no quiero imaginar lo que tenía que ser aguantarle semana tras semana. Hago todo lo posible por mantenerme ajena a los recuerdos que no paran de perseguirme con él y es bastante difícil.

Llevamos ya un par de horas perdidas en estas grabaciones cuando se me empieza a hacer mucha bola toda la situación. Diana lo nota cuando doy vueltas de un lado a otro y me pongo a jugar con una pequeña pelota antiestrés que está colocada en una repisa. Estamos ahora con una grabación en la que el paciente está contando cómo es la relación con su familia y yo no puedo evitar sentirme afortunada de que siempre me hayan apoyado y querido tal y como soy. A pesar de la distancia, estoy muy unida a ellos y, por un momento, me siento culpable de estar en Madrid y que no lo sepan... Vale, nota mental para llamarles mañana y contarles que estoy aquí. Siempre me han apoyado desde que era una niña en todo lo que hacía, manteniendo los pies en el suelo en todo momento. Si quería hacer ballet, me apuntaban a clases. Si al año cambiaba de opinión y prefería practicar balonmano, me apuntaban al equipo más cercano. Mis padres tampoco pueden quejarse, porque he sido la hija perfecta en los estudios y he cumplido todas

las normas. He dado por hecho durante tantos años que esa es la normalidad de una familia al crecer, que escuchar el testimonio de ese hombre misterioso me pone los pelos de punta. Tengo que empezar a valorar más lo que tengo.

Miro a Diana y me pregunto si ella también estará pasando por ese proceso de auto comparación con su vida. Siempre ha estado unida a ellos y… un momento, ¿dónde narices se ha metido su familia? ¿no saben que ha estado en el hospital o qué pasa aquí?

—¿Estás bien? —pregunta extrañada por cómo la miro.

—Tu familia… ¿no saben lo que te ha pasado? —pregunto acercándome para sentarme a su lado de nuevo.

—No.

Le ha costado unos segundos más de la cuenta responder con ese monosílabo. ¿Por qué? Entiendo que no lo hiciera en el mismo momento por todo lo que pasó. Lógico. Pero… ha tenido tiempo de sobra, incluida esta mañana, para contarles cómo estaba.

—Vas a contárselo, ¿no? —insisto.

—No.

Es la primera vez que veo a Diana tan impasible y ajena a sus emociones. Aprovecho esta nueva cercanía para volver a fijarme en los detalles de su rostro. La hinchazón del labio ha disminuido notablemente y los hematomas ahora tienen un color más oscuro. Mueve las puntas de los dedos de su mano vendada en un intento de que le circule la sangre mejor por la zona afectada y tiene la mirada fija en una libreta rosa que ha cogido para tomar notas de las grabaciones.

—¿Por qué no se lo vas a contar, Diana? —pregunto.

Me va a mandar a la mierda como siga así. Me da igual, yo necesito saber qué le pasa y por qué ahora parece tan atormentada con este tema. Es más importante que las sesiones del paciente misterioso ese. En el pasado… el único motivo por el que Diana se alejaba de su familia era… yo. ¿Será mi presencia aquí lo que está impidiendo que se lo cuente?

—No quiero hablar de eso ahora, Álex.

Un último intento, a ver si cede. No es que la quiera forzar, de verdad que no. Solo lo hago porque he notado su voz alterada, más

aguda de lo normal, y eso indica que está reteniendo una cantidad de emociones nada sana en lo que respecta a ese tema. Deslizo poco a poco mi cuerpo por el sofá, hasta quedar a su lado. Diana no se mueve, ni me mira, así que me inclino lo justo para cerrar la tapadera del portátil y captar toda su atención.

—Diana, si es porque yo estoy aquí puedo irme y…

—¡No!

La interrupción antes de que pueda terminar siquiera mi oferta me sorprende. No quiere que me vaya de aquí… Mala idea, Diana, porque en algún momento tengo que volver a mi vida en Nueva York. Esto es solo… solo una pausa, una tregua que las dos necesitamos para seguir adelante. Solo es eso, ¿no? Y debe ser mi mirada inquisitiva sobre sus ojos, esperando más respuestas, la que la lleva a ella solita a confesar algo que me pilla desprevenida.

—No me hablo con mi familia, Álex.

¿Cómo que…? Si estaba muy unida a ellos… Diana no hacía nada que su familia no aprobara. ¿En qué momento ha pasado esto? Suspira y deja el portátil a un lado antes de recostarse contra un cojín algo derrotada. Es un tema que le duele, lo noto en sus ojos y en sus gestos. No voy a seguir forzándola a hablar de algo que no quiere.

—Mejor no pregunto, ¿no?

Estira su mano para dejarla perfectamente colocada entre nuestras piernas. Yo la miro, como preguntándole si quiere que haga lo que está esperando. Asiento y se lo concedo porque sé que lo necesita. Bueno, y porque me apetece. Quiero consolarla de alguna manera sin cruzar ciertas líneas y darle la mano… No es tanto, puedo hacerlo. Estiro mi brazo con lentitud hasta posar la palma de mi mano sobre su dorso.

—Puedes preguntar lo que quieras, Álex. La curiosidad siempre te puede y vas a terminar haciéndolo tarde o temprano.

No sé si es por la caricia o porque de verdad no le importa que lo sepa ahora que me he mostrado preocupada por ella, pero me alegra que me dé luz verde.

—¿Qué ha pasado?

Una pregunta tan sencilla la rompe por completo cuando suspira algo apenada. Gira la mano para que ahora sean nuestras palmas las que queden enfrentadas y poder aferrarse a la mía antes de hablar. Noto que le da vueltas a algo en su cabeza mientras frunce los labios. ¿Qué ha podido ser tan grave para que no se hable con ellos? ¿Ni con su hermano?

—Les conté que me gustaban las mujeres.

Jo-der.

Lo ha hecho. Después de tantos años… se lo ha contado. Nunca fue capaz de hacerlo mientras salíamos. Ellos pensaban que éramos amigas y ya, y eso… Eso fue un gran problema, por mucho que lo negáramos, en nuestra relación. ¿Se acabó la Diana con miedo a lo que pensaran los demás? ¿Era eso lo que hablaba con Hugo?

Guau… es que sí que ha cambiado. Marcos debe saber todo esto y por eso me insistía tanto en que no era la misma niña que conocía.

—Siempre decías que tu familia se lo iba a tomar mal, ¿por qué se lo has contado? —pregunto.

—Porque llegó un punto de mi vida en el que me esforzaba tanto en mantener las apariencias que me perdí a mí misma en ellas. —Directa a mi corazón va la daga que acaba de soltar. Se perdió a sí misma y yo tampoco estuve aquí para sacarla del pozo de sus propias heridas. Yo me fui provocando una herida aún mayor. He pasado años pensando que lo de la familia era una excusa porque nunca estuvo segura de lo que teníamos y esto confirma que no lo era. Diana de verdad sabía que les iba a perder si les contaba lo nuestro—. Ya no sabía si era feliz, si me gustaba mi vida o qué quería. Ni siquiera era capaz de discernir entre si prefería la playa o la montaña. He estado tanto tiempo mintiendo a los demás que me creí mis propias mentiras y me sentía… extraña. En algún momento me di cuenta de que no podía tener una vida plena por ese camino.

Desvía la mirada cuando noto que se le empiezan a aguar los ojos y aprieto su mano entre la mía con más fuerza para que sepa que estoy aquí y no me voy a ningún sitio… de momento.

—¿Hace cuánto de todo esto, Di? —pregunto con cuidado.

—Un año, más o menos —responde con la mirada perdida en el techo.

—¿Llevas un año sin hablar con tus padres? —Maldigo que se me escape el tono de sorpresa que he usado porque hace que ella solo se tense aún más. Hace amago de soltar mi mano y yo no la dejo. Al contrario, tiro de ella para que se acerque más a mí antes de continuar—. ¿Nada de nada?

—He mantenido alguna conversación cordial de veinte segundos para felicitarnos en cumpleaños y fiestas importantes —responde Diana.

—Lo siento. —Y sin pensarlo mucho para lo que suelo hacerlo cuando se trata de Diana, paso mi brazo libre por detrás de su cabeza para abrazar sus hombros con cariño—. Sé lo importante que es tu familia para ti. Lo siento…

—No pasa nada, no ha sido tu culpa, todo lo contrario —suspira acomodándose aún mejor para apoyar su cabeza en mi hombro.

—¿Qué quieres decir? —pregunto extrañada.

—Tenías razón cuando salíamos, en algún momento tenía que aceptar lo que era y se lo tenía que contar a mi familia —responde con tristeza—. Me ha costado unos años más que a ti…

Sí, yo siempre le decía que tenía que hablar con ellos. No porque quisiera presionarla, sino porque quería que se liberara y dejara de darle vueltas todo el rato a la cabeza y a los mismos temas. Prometo que no la presioné nunca, no queriendo, claro… ¿Lo sentía ella así? ¿La llevé al extremo en un intento de que viviera más libremente conmigo?

—Cada persona lleva su ritmo, Diana —digo para intentar animarla y que no se culpe por no haberlo hecho cuando yo se lo decía—. Lo has hecho cuando has estado preparada y si ahora te sientes mejor contigo misma, es lo que importa. Da igual que hayan pasado tres años o los que sean…

—No pensabas así cuando estábamos juntas…

No lo dice para herirme, aunque a mí me sienta como una patada.

Reacciono de manera impulsiva, rompiendo toda la cercanía que habíamos ido adoptando para marcharme del sofá. Aquí están luchando mis ganas de seguir con ella curando heridas y mi orgullo que se ha sentido atacado por ese comentario, o acusación más bien, sobre lo que pasaba cuando salíamos. Tuve una paciencia tremenda con ese tema. Pasamos años saliendo sin que lo supiera nadie. De hecho, se lo oculté a mis mejores amigos durante mucho tiempo, más de lo que nadie aceptaría. Todo para que ella se sintiera bien. Siempre a su ritmo, y me jode que ahora me diga eso como si yo la hubiera presionado en algún momento. Me paro frente a la ventana para darle la espalda y no tener que mirarla y que note lo dolida que estoy ahora mismo.

—Álex, no pretendía decir nada que te ofendiera —dice Diana a mi espalda intentando arreglar este momento tenso—. Solo es que me ha sorprendido que ahora, viéndolo desde fuera, seas tan comprensiva.

—Las cosas cambian y la vida pasa para todos —respondo sin girarme de mala gana—. No veo la vida igual ahora que con veinte años. Yo también he madurado y también he reflexionado mucho sobre lo que hice mal en el pasado.

—¿Y qué crees que hiciste mal? —pregunta intrigada.

Silencio.

Hemos entrado en un terreno peligroso. Tendríamos que estar con las grabaciones y hablando de Hugo, no de nuestra relación. Esto no va a salir bien. Tenemos demasiadas heridas como para no poner el dedo en alguna en cualquier conversación que intentemos mantener.

—Diana… yo nunca quise presionarte —respondo, ignorando la pregunta que me ha hecho—. Nunca quise sacarte del armario a la fuerza, y si alguna vez te hice sentir así… lo siento. No fue justo. Muchas veces me decías que tu familia se lo tomaría mal. Te juro que nunca llegué a pensar que hasta este extremo. —Ahora sí le voy a confesar algo que espero que le ayude a entenderme—. Yo también era nueva en eso de salir con una chica y me sentía insegura en numerosas ocasiones con nuestra relación.

—No lo parecía, Álex.

¿No? Pues era un flan en mil ocasiones, intentando mantener la relación y la fuerza que ella necesitaba en mí. Para mi sorpresa, Diana aparece a mi lado y se queda también con la vista fija en el cielo madrileño.

—Trataba de ser la roca que se mantenía a flote por las dos —respondo casi en un suspiro que podría haber pasado por alto para Diana si no fuera porque está más cerca que antes—. Lo cierto es que, más a menudo de lo que me gusta admitir, pensaba que solo era un juego para ti, que lo de estar con una chica no era más que una fase y te cansarías de mí…

—¿De verdad pensabas eso?

Hay tanta sorpresa en su voz que hasta yo me quedo de piedra por la pregunta. Está muy equivocada si piensa que yo tenía bajo control todo. Já.

—Sí.

Esta vez es Diana la que estira su mano sana para coger la mía, entrelazando nuestros dedos en un gesto íntimo que, siendo sincera, echaba de menos. Cierro los ojos y disfruto el contacto. Frente a mí se empiezan a reproducir todas las veces que tiró de mi mano para ir al baño en una discoteca, algún paseo por un parque, todas y cada una de las veces que me llevaba así a la habitación…

—¿Y por qué seguías conmigo, entonces?

Entiendo que se haga esa pregunta. Es lógico, de hecho, que quiera saberlo. Yo también lo haría si me dijeran que todo el rato tenían miedo de que me dejaran… Es complicado… ¿debería decirle la verdad? ¿Me ayudará sacarme del pecho una de las espinas que tantos años lleva ahí clavada? A estas alturas tampoco tengo mucho que perder, ¿no?

—Porque tenía la esperanza de que no lo fuera, Diana —confieso mirándola a los ojos por primera vez desde que estamos en esa nueva posición y sabiendo que ya no hay vuelta atrás—. De que siguiéramos juntas, porque…

—¿Por qué? —Sacudo la cabeza en un intento de negarme a responder y hago el amago de irme. Diana usa la poca fuerza que tiene para frenarme—. Álex, por favor, necesito saberlo.

De perdidos al río se dice, ¿no?

—Porque nunca he querido a nadie como te quiero a ti, Diana.

Y en ese momento, lo sé.

No importa el daño, el tiempo, ni la distancia.

Sigo queriéndola como el primer día.

Paciente D.A.

Sesión 17: Entré en pánico

—¿Quieres saber por qué Álex me odia tanto? —preguntó Diana, tumbada en el sofá, con la cabeza apoyada en sus manos, mirando al techo.

Hugo, que llevaba meses tratando de recomponer el puzzle de su relación con Álex, contuvo la curiosidad que le generaba ese tema y respondió con el tono más profesional que tenía en la recámara.

—Solo si tú necesitas hablar del tema.

La realidad era que, después de tanto tiempo, se moría por saber qué había pasado realmente entre ellas. Había escuchado fragmentos, piezas sueltas que nunca terminaban de encajar del todo. Ahora, por fin, parecía que Diana estaba dispuesta a contar lo que había guardado para sí durante años y que Álex tampoco se había atrevido a compartir.

—Creo que me vendría bien contarlo. Ponerle la guinda a todo lo que hice mal en esa relación.

—Adelante —la invitó Hugo, tomando su libreta para anotar cualquier detalle que pudiera ayudarla a cerrar ese capítulo de su vida.

Suspiró y trató de mentalizarse para la conversación que iban a tener. Llevaban un buen rato de la sesión hablando sobre cómo había sido su relación con Álex y era inevitable llegar a eso. Tras explicar la tensión constante que suponía llevar una relación de amor en secreto y el pacto que habían sellado de comportarse como amigas en público, Diana se sentía bastante culpable. Marcos y Hugo

eran la única excepción de esa norma, los únicos que sabían la verdad y con los que podían ser ellas mismas sin restricciones.

No había sido nada fácil para ninguna de las dos. La situación y el secretismo había provocado peleas durante años. No ayudaba tampoco la frustración que sentían y las heridas que habían ido formándose con cada discusión. Especialmente para Álex que deseaba poder gritarle al mundo que estaban juntas, mientras Diana, aterrada por lo que pudieran pensar los demás, se aferraba con uñas y dientes a su burbuja de privacidad.

Los acontecimientos que estaba a punto de contarle a Hugo era, en su opinión, lo peor que había hecho en su vida y que consiguieron que Álex se marchara sin mirar atrás a Nueva York.

—A esas alturas de nuestra relación, yo ya había conocido a su familia y…

—Espera, espera. —Hugo la interrumpió, en shock por esa afirmación—. ¿Te presentó a su familia?

—Sí. No oficialmente como su pareja, claro. También te digo, nadie en esa casa dudaba de lo que éramos. Al fin y al cabo, no te llevas a una amiga cualquiera a todas las celebraciones familiares ni te duchas con ella cuando están tus padres en casa, ¿no? —preguntó riéndose por lo absurdo que sonaba todo.

Alzó una ceja, procesando la ironía de la situación.

—Me sorprende que estuvieras tan cómoda con su familia como para hacer todo eso, teniendo en cuenta lo mucho que te aterraba que la gente se enterara… Es contradictorio.

—Supongo que… —Diana hizo una pausa, como si intentara entenderse a sí misma—. Me sentía segura y cómoda en ese ambiente. Era un entorno donde me aceptaban sin preguntas. Donde podía ser yo sin sentir que debía justificarme. Con ellos viví momentos que nunca podría haber vivido en mi casa. —Bajó la mirada, sintiendo una punzada de vergüenza y envidia—. Me consideraban una más de la familia y, en cambio, en mi casa apenas sabían de la existencia de Álex.

—¿Ni siquiera como amiga? —preguntó Hugo.

—Más bien como una compañera de universidad y poco más —respondió ya arrepentida de sus decisiones pasadas—. Cuanto

menos supieran, menos podrían sospechar. —Hugo notó que se frenaba y se volvía a atormentar antes de continuar—. Cuando llegó el último curso de la universidad, Álex y yo hicimos planes para el futuro. Entre ellos, me pidió que fuera a la cena que su familia organizaba para celebrar su graduación.

—Álex iba muy en serio contigo.

El propio Hugo estaba sorprendido por los gestos de su amiga en la relación.

—Sí —susurró.

Diana se incorporó para quedar sentada mirando a Hugo de frente. La pena la estaba invadiendo conforme avanzaba en la historia y empezaba a sentirse incapaz de controlar sus sentimientos. Decidió continuar y arrancar la tirita de una vez por todas.

—Fui a esa cena, y fue maravillosa, Hugo. Y después… —Hizo una pausa, cerrando los ojos con fuerza para contener las primeras lágrimas—. El problema es que entré en una espiral de autodestrucción y culpabilidad por no poder darle lo mismo con mi familia, por ocultarla, por tener tanto miedo al qué dirían si se sabía que salíamos juntas. —El sufrimiento de Diana por sus acciones pasadas era tal que Hugo lo podría haber notado a simple vista aunque no la conociera de primera mano—. Los días siguientes fueron complicados. Álex quería venir a mi graduación, le hacía muchísima ilusión. Habíamos pasado tantas noches en vela estudiando juntas, apoyándonos en cada examen, en cada entrega de trabajo… siempre me decía lo orgullosa que estaba de mí... —Su voz tembló ligeramente antes de anunciar el gran problema—. Mi decisión final fue perdirle que no viniera.

—Porque iba tu familia —adivinó Hugo.

—Sí. —Dos lágrimas se precipitaron por sus mejillas al recordar la pelea que tuvieron aquel día—. No se lo tomó nada bien. Y con razón. No entendía que, después de cuatro años juntas, siguiera sin decir nada a mi familia. Creía que me avergonzaba de ella o algo parecido…

—¿Lo hacías?

—¡No! —Diana negó con la cabeza, furiosa consigo misma—. Nunca. Era el miedo… tenía tanto miedo… —Se recostó en el sofá de nuevo, derrotada—. Habíamos dejado a un lado durante tanto tiempo la conversación sobre ser una pareja libre sin tener que escondernos para estar bien entre nosotras que nos terminó pisando los talones y mordiendo por detrás sin darnos cuenta.

—¿Y ahí lo dejasteis?

Negó de nuevo con la cabeza.

Hugo no la presionó. Era algo difícil y debía contarlo a su propio ritmo. Se quedó ahí quieto, observando las expresiones de dolor de Diana. Su mente traía constantemente la figura de Álex a sus pensamientos. No podía ni imaginar cómo debía de haberlo pasado su amiga con todo aquello y el sufrimiento que había llevado en silencio. Marcos y él no sabían ni un cuarto de todo lo que habían vivido esas chicas juntas y lo dura que debía de haber sido su ruptura para ambas.

—Al final, Álex terminó por aceptar que no podía venir a la graduación y seguimos con nuestras vidas. Hizo el esfuerzo de entenderme aunque no compartiera la decisión. O al menos, intentó hacerlo. Seguimos adelante más tranquilas hasta que el universo cruel aún tenía una última jugarreta preparada para nosotras. —Su respiración se volvió más errática conforme seguía hablando—. Ese día, habíamos quedado para comer antes de la ceremonia. Álex vino a recogerme a la universidad y así podríamos tener un momento de celebración juntas. Con toda la mala suerte de que mi familia tuvo la misma idea de darme una sorpresa y un regalo ya que después de la ceremonia yo me iría con mis compañeros de clase.

Diana volvió a quedarse en silencio. Su mente divagaba entre el pánico de recordar el momento y el consecuente arrepentimiento de lo que hizo en esa situación.

—Mi familia apareció de sorpresa justo cuando Álex venía hacia mí con toda su buena intención y yo… yo hice como si no la conociera, Hugo. La dejé allí tirada, sin ninguna explicación, sin decirle ni hola. —Apretó los puños rabiosa y no aguantó más el torrente de agua que salía de sus ojos—. La dejé allí. Sola porque yo era gilipollas.

Cerró los ojos un momento e intentó imaginarse la cara de Álex en aquel momento tras esa traición.

—Diana…

—Lo sé —interrumpió, porque no quería ningún sermón al respecto.

—¿Eso fue todo? ¿Volvisteis a hablar? —preguntó Hugo.

—Sí, le dejé un mensaje rogándole que por favor habláramos y, como me ignoraba, le pedí que viniera a la graduación. Sabía que se moría de ganas de verme con el vestido que me había comprado y no iba a rechazar esa oportunidad. Era mi momento de arreglarlo. —Diana estaba nerviosa o más bien sentimental y triste—. Apareció allí radiante y yo… yo no podía estar más enamorada, Hugo, a mí se me olvidaba casi hasta respirar cuando la tenía cerca, pero…

—¿Pero?

—Quiero contarte lo que pasó, de verdad. Lo que pasa es que temo que si lo hago, te voy a decepcionar tanto como decepcioné a Álex aquel día.

Estaba avergonzada incluso antes de contar lo ocurrido. ¿Cuánto tiempo llevaba ella torturándose por lo que había hecho años atrás?

—No estoy aquí para juzgarte, sino para ayudarte —le recordó Hugo.

Diana asintió lentamente, agradeciendo la comprensión que siempre le mostraba. Aquel era el último gran lastre que le quedaba por soltar en su conciencia, la confesión definitiva de lo que la había llevado a perder a Álex para siempre.

Suspiró, cerró los ojos para calmar su cabeza y se armó de valor para continuar.

—Hablé con Álex un poco antes de la ceremonia y le pedí perdón. Le expliqué que mi familia había aparecido por sorpresa y que no había sabido reaccionar bien. —Hugo la escuchaba con atención, analizando cada una de sus palabras, sin interrumpir—. Estaba dolida, eso era evidente, y aun así, estaba dispuesta a hablarlo conmigo con tranquilidad. Álex nunca ha sido de las que huyen sin intentar solucionar las cosas antes. Al menos hasta ese momento. —Se frotó las palmas contra los vaqueros y continuó—. Yo

estaba nerviosa. Quería que todo estuviera bien entre nosotras. Así que, sin pensar, le di un beso para intentar calmar mis nervios. —Hizo una breve pausa que anticipaba el gran momento—. No me di cuenta de que, al invitarla allí, la estaba metiendo de lleno en la boca del lobo. Y como era de esperar… mis padres se acercaron en cuanto nos vieron tan pegadas.

—¿Qué hiciste entonces?

—Entré en pánico. —El recuerdo de aquel momento la estaba destruyendo—. Mi madre empezó a preguntar quién era y… yo… —Se mordió el labio inferior, sintiendo la vergüenza arrastrarse como un veneno por su garganta—, solo me salió decir que era una compañera de clase y la invité a irse y dejarnos. —La cara de Hugo era un poema—. En ese instante, lo vi todo claro. Vi la decepción en los ojos de Álex. Pude notar cómo su corazón se rompía en mil pedazos a cada segundo que presenciaba aquella escena.

—¿Por qué no dijiste, al menos, que era tu mejor amiga? No creo que te hubiesen reprochado nada por eso —preguntó Hugo, intentando comprender su lógica.

—Porque en mi mente… si mis padres veían que tenía una relación tan estrecha con otra mujer, podían sospechar que había algo más —justificó Diana, aun sabiendo que no había justificación alguna—. Y yo no estaba preparada para eso.

—¿Cómo reaccionó Álex?

Se podía imaginar perfectamente la cara de su amiga.

—Mal y eso no fue lo peor…

—¿Más? Diana… ¿qué narices hiciste? —preguntó Hugo, casi temiendo la respuesta.

—Me puse aún más nerviosa. Pensaba que mis padres se habían dado cuenta de que había algo entre nosotras, que sospechaban. Entré en modo pánico y… —Volvió a dejar que las lágrimas tomaran el control de sus ojos mientras seguía hablando—. Agarré a mi mejor amigo de aquel momento y le planté un beso para disimular cuando mis padres miraban.

—No… —Hugo parpadeó, atónito.

—Sí —susurró Diana, con la voz ahogada.

El silencio que siguió fue brutal. Hugo supo, sin necesidad de que ella lo dijera, que ese había sido el punto de no retorno para su amiga. El hecho que hizo que se marchara para no volver. Es que las fechas y todo cuadraban. Diana se frotó las sienes, como si intentara contener la creciente oleada de ansiedad que le provocaba recordar aquello.

—Álex se marchó corriendo. No sin antes dedicarme una mirada gélida que… joder, Hugo, fue como una torta de realidad en plena cara. —Se apretó el puente de la nariz con los dedos, intentando mantener la compostura—. Sabía que no había vuelta atrás después de eso.

—¿Intentaste hablar con ella después?

—Lo intenté todo —dijo resignada—. Le escribí, la llamé, fui a su casa a ver si me abría la puerta… pero nada, Hugo. Nada. No quería saber nada de mí. Se esfumó de mi vida de la noche a la mañana.

Hugo la miró con seriedad y, aunque siempre le había prometido no decirle nada de su vida personal o sobre información que no tuviera que ver con la terapia, decidió decirle algo que, al menos, apaciguaría su sentimiento de abandono.

—Si te consuela… se esfumó de la vida de todos.

No le consolaba en absoluto, al contrario, se sentía peor por provocar que dejara todo a un lado por su culpa. Por sus miedos y por su incapacidad de hablar de lo que pasaba.

—La decepcioné tanto… y eso es, a veces, insalvable. —Diana se hundió aún más en el sofá—. Yo sabía que, aunque consiguiera hablar con ella, aunque la convenciera de que me diera otra oportunidad… esa sensación de haberme caído del pedestal en el que me tenía era definitiva.

Hugo le permitió sacar todo lo que necesitaba de su interior para ver si así podían trabajar en su nueva vida.

—Con los años he aprendido que esas cosas pasan. Que a veces fallamos a alguien de tal manera que nos convertimos en irreparables para ellos y que… una simple acción puede hacer que alguien pase de serlo todo a nada en cuestión de segundos.

—¿Crees que tuvo una reacción exagerada desapareciendo así? —preguntó Hugo con cuidado.

—Sí, creo que hizo mal huyendo así —Diana asintió sin dudarlo porque una cosa no quitaba la otra—. En su defensa diré que me lo merecía. Le había decepcionado muchas veces. Había consumido su entusiasmo con mis miedos. Había conseguido hacerla sentir pequeña por ocultarla, por no luchar lo suficiente por nosotras. Me pasé tantos años en la comodidad del secretismo y el rechazo a mí misma… que nunca pensé en cómo debía sentirse ella.

—Ahora lo ves desde una perspectiva mucho más madura. Imagino que en el momento no fue así —adivinó tomando algunas notas más.

Diana dejó escapar una sonrisa triste.

—En el momento la odié mucho e incluso quise culparla por romper nuestra relación así. Con el tiempo he entendido que ya me había encargado yo sola de hacerla añicos. —La presión que sentía en la boca del estómago aumentaba por momentos en vez de reducirse—. Todo el mundo tiene un límite, y yo sobrepasé el de Álex demasiadas veces.

Hugo estaba asimilando mucha información, tanto a nivel profesional, como personal.

—Estabais en momentos diferentes de vuestra vida en lo que respecta a aceptar vuestra sexualidad. Tú has recorrido un largo camino desde entonces. Ahora no gestionarías así una relación. —Ella volvió a asentir, sin decir nada—. Es bueno que hayas entendido lo que hiciste mal, que empatices con Álex. Eso no significa que tengas que vivir atormentada por ello toda la vida.

Hugo se levantó para ir a sentarse junto a ella en el sofá. Quería mostrarle su apoyo, así que pasó su brazo por los hombros de la chica para abrazarla.

—Álex aguantó cosas que nadie habría aceptado durante cinco años y yo no fui capaz ni de decirle a mis padres que era mi amiga… Tuve que montar todo ese estúpido numerito para nada, porque mírame ahora, ¿de qué sirvió?

Su voz terminó por quebrarse en la pregunta final, incapaz de controlar más sus sentimientos.

—Tranquila, Diana —Hugo la consoló apretándola contra su cuerpo—. Ha pasado mucho tiempo. Ahora sois otras personas. Y quién sabe… quizás el destino os haga volver a cruzaros en algún momento. Un amor como el que vosotras habéis vivido no es algo fácil de superar, lo sabes bien. Solo espero que el día que volváis a estar en el mismo sitio, ambas seáis capaces de veros como lo que sois ahora y no como lo que fuisteis una vez.

Diana suspiró, con la voz rota.

—Ojalá, Hugo.

Fue lo último que Diana acertó a decir en aquella sesión antes de romper a llorar desconsoladamente.

Capítulo 17

Tan perdida como yo

Dejo caer todo el peso de mi cuerpo sobre la cama de la habitación de invitados de Diana. Cubro mi rostro con ambas manos en un intento, bastante vano, de frenar las lágrimas que llevan un rato retenidas, no sé cómo, en mis ojos. La conversación que hemos tenido me ha dejado tocada, exhausta y… Es que no sé ni describir la sensación que tengo en el cuerpo. Ella no ha hecho más preguntas cuando le he confesado quererla como lo hago, cosa que agradezco porque creo que ha notado que esa confesión ha sido reveladora tanto para ella como para mí misma.

Días, meses y años negando esto. Negando que la seguía queriendo y que solo ella ha conseguido colarse en mis rincones más oscuros. Negando que nadie ha puesto mi mundo tan del revés y aun así me gustaba. Joder, Diana, tía… Años hasta que he tenido delante la posibilidad o la idea más bien, de que le pasara algo y no pudiéramos volver a hablar más. Solo entonces he explotado, solo entonces he entendido que es ella y no hay más. Ella ha sido el motivo por el que no conecto con nadie más o nadie llena su hueco.

Diana fue y será el amor de mi vida.

Un amor que ha vuelto, sin que yo lo pida, a rondar mis días y mis noches y ha hecho que no sepa cómo actuar. ¿Y es que cómo hacerlo? ¿Cómo se comporta una con su expareja después de tanto tiempo sin hablarse? ¿Cómo se hace cuando aún notas la conexión inexplicable latente todo el tiempo? ¿Cómo intentar seguir con tu vida después de esa conversación a pecho descubierto?

No sé cuántas vueltas llevo en la cama intentando descargar la frustración que siento conmigo misma. Soy incapaz de frenar la

sucesión de recuerdos de Diana entre mis brazos, los besos furtivos cuando nadie podía vernos, las caricias escondidas bajo las sábanas y todos los «te quiero» que nos dijimos. Bueno, y los que no nos dijimos y me arrepiento de no haber dicho, quizás así habría entendido lo que era para mí. Por no hablar de los viajes, de las noches interminables de risas fingiendo que estudiábamos y, en resumen, todo el amor que nos teníamos.

Un amor inmenso que, de alguna manera, sigue existiendo.

Hago un esfuerzo titánico por pensar en otra cosa, por dejar la mente en blanco o borrarla de ahí un rato. Nada, tarea imposible, porque el poco tiempo que lo consigo, la imagen de Diana es reemplazada por la de Hugo y no sé cuál estoy gestionando peor ahora mismo.

Resoplo y salgo de la cama, porque total, para lo que estoy durmiendo… Vamos a ver, si me canso físicamente un poco, quizás así duerma o descanse un poco, ¿no? Empiezo a dar vueltas por la habitación, doce metros cuadrados que se me están quedando pequeños en cuestión de minutos. ¿Hago flexiones? ¿Abdominales? ¿Hago sentadillas? Es que, por mucho que me cansen, me parece ridículo hacer eso a estas horas… Mira, mejor me voy a pasear un poco por la casa que ahí sí que me van a sobrar metros para desahogarme.

Salgo al pasillo y aprecio el silencio de la noche. No es algo que tenga en Nueva York porque siempre hay ruido de fiestas, sirenas de ambulancias, policía, gritos… Todo parece en calma, excepto por una tenue luz que proviene del salón. Con la tensión e incomodidad de nuestra conversación, hemos debido dejarla encendida sin darnos cuenta. Voy a apagarla y así me doy otro paseíto.

En cuanto giro por la puerta de doble hoja de madera caoba veo la silueta de Diana tumbada en el sofá. Freno mis pasos a tiempo para quedar apoyada en el marco de la puerta, observándola un día más. Noto cómo los latidos de mi desbocado corazón vuelven a sentirse en mi pecho de una manera incontrolable. Diana Álvarez, experta en provocar terremotos que me tiran abajo todas mis creencias, no importa cuándo se lea esto.

¿Cuánto tiempo lleva despierta? ¿Estará tan inquieta como yo después de nuestra conversación? Conversación que, por cierto, habrá que retomar en algún momento por el bien de nuestra salud mental, nuestros corazones y nuestra vida en general. No me siento nada preparada para seguir abriéndome a ella, o a nadie, pero algo me dice que tampoco me va a dejar el universo muchas opciones de retrasarlo.

Suspiro sin quererlo y ese mínimo ruido, en esta paz nocturna, es suficiente para que ella gire la cabeza buscando el origen del sonido que no es otro que el de mi cuerpo intentando encontrar un resquicio de calma en la tormenta que estoy viviendo. Sus ojos van directo a los míos y yo me quedo ahí, atrapada, sin impedirlo y sin querer desviarlos ni por asomo. Ojalá ser capaz de saber qué está pasando por esa cabecita, Diana.

¿Estás tan perdida como yo ahora mismo? Porque esos ojos me están gritando muchas cosas y no tengo clara ninguna de ellas… Están más tristes que habitualmente, cosa que no entiendo dada mi confesión de hace unas horas. ¿Por qué estás así? ¿Qué te atormenta?

—¿Tú tampoco puedes dormir? —pregunta ella rompiendo este pulso de iris de colores.

—No.

Sin apartar la mirada de mí, Diana se mueve en el sofá para hacer un hueco a su lado, lugar que justo palmea para invitarme a que me siente. Ya había sitio de sobra en ese sofá sin que se moviera. Supongo que es su manera de decir que me quiere cerca, lo que puede ser peligroso.

—Ven, anda, no seas cabezota —insiste.

Obedezco sin decir nada más, sin protestar y sin hacerme la chula. Simplemente voy hacia el sofá, dejándome caer en el hueco que me ha dejado donde nuestras piernas se rozan y noto el calor que desprende su cuerpo. Estira la manta que tiene sobre ella y que yo acepto, cubriendo mis muslos y provocando que estemos aún más cerca. Una pequeña sonrisa de agradecimiento por su gesto es todo lo que consigo mostrarle en este momento. Ella la corresponde y coge el mando de la televisión para poner la primera película que

aparece en la portada de Netflix. Ni siquiera me pregunta si me parece bien esa opción porque sabe que es de esas pelis chorras que me gustan solo porque sale un perro como protagonista. Acoplo mi cuerpo un poco mejor, pegándome a ella en el camino y disfrutando, sin ser plenamente consciente, de que nos estamos comunicando como en los viejos tiempos, sin palabras, sin decirnos nada y dándonos nuestro tiempo cuando es necesario. Con mucho cuidado y cariño.

En algún momento de la noche, cuando la película aún no ha terminado, las dos acabamos vencidas al sueño y al cansancio que sentimos. Y debía de estar agotada porque ni siquiera he soñado o tenido pesadillas hoy. No, he dormido bien. Poco, pero de buena calidad, y eso es mucho viniendo de mí. No puedo moverme ya que noto un peso sobre mis costillas. Froto mi ojo, acostumbrándome a la poca luz del amanecer que entra por la ventana del salón y que me permite intuir la silueta de Diana sobre mi cuerpo. No tardo también en ser consciente de su calidez contra mi piel. Hemos debido terminar en esta postura, con las piernas enredadas en la otra por inercia mientras descansábamos.

Parece muy relajada y no quiero despertarla, así que me toca no moverme para no perturbar esta paz. Eso incluye conseguir calmar mi corazón de alguna manera porque está justo debajo de donde ella está reposando su cabeza. Observo su rostro desde arriba y disfruto de lo guapa que sigue siendo. Su pequeña nariz respingona siempre me ha gustado, de hecho, creo que darle golpecitos con mi dedo siempre ha sido un gesto que le hacía porque ella se derretía todas las veces. Los años le han sentado como el vino, mucho mejor, más madura, con rasgos más marcados y mucho más atractivos. Su pelo, un poco más claro de lo que solía llevarlo cuando salíamos, cae en ondas despeinadas que la hacen parecer más inocente de lo que es ese rostro angelical. Y en un impulso, aprovechando la privacidad de este momento, alzo la mano y deslizo la yema de mis dedos por su mejilla, recorriendo el contorno de su mandíbula con mucha delicadeza.

Diana, con su magia habitual, consigue parar el tiempo para mí sin estar ni despierta. Hace años que el amor me produce una

desazón insoportable. He pasado años sintiendo pavor de no volver a encontrarlo, un sentimiento que fue sustituido por la mentira propia de que podía vivir sin él. Me sumergí en el trabajo, en la rutina, en el gimnasio y en cualquier distracción que alejara esa sensación de mi interior. Lo que fuera que alejara ese temor que siempre aparecía cuando me quedaba sola con mis pensamientos y no era otro que la certeza de que el amor tenía forma de mujer rubia y asustadiza que no supo gestionar sus emociones.

Y sigue teniendo esa forma.

Para mi propia sorpresa, esa realización no me produce pánico, sino que me calma. Inunda mi cuerpo de una paz que hacía años que no sentía. No hay más, es ella y siempre lo será, por mucho que lo haya negado. Con los dedos aún en su piel, Diana empieza a moverse y yo aparto la mano en un movimiento tan rápido que ella pega un respingo y gime del dolor en sus costillas.

—¿Estás bien? —pregunto preocupada, ayudándola a acomodarse mejor en el sofá.

—Me duele un poco, supongo que es normal por la postura —explica Diana, llevándose la mano a su costado—. Se me ha pasado el efecto de las pastillas, ahora me las tomaré con el desayuno.

—¿Qué te parece si voy a prepararlo para que te tomes la medicación y podemos seguir con esas grabaciones? —ofrezco, no solo porque quiera prepararle ese café, sino porque necesito unos minutos alejada de ella.

Diana acepta la propuesta, extendiendo las manos para que la ayude a levantarse del sofá. En cuanto nuestras manos se tocan, las dos nos miramos, como dos adolescentes por la electricidad del contacto. ¿Me explica alguien cómo podemos seguir así después de tanto tiempo? Mira, mejor salgo huyendo a la cocina porque de verdad necesito que entre aire en mis pulmones antes de que me mate de los nervios.

Intento recordar dónde me dijo Diana que estaba todo ayer. Cafetera al lado del horno, tostador en el esquinero, aguacate en el bol de encima de la placa… Espera, ¿está todo en el mismo sitio que en mi casa? Sacudo la cabeza al darme cuenta de que tantos años

viviendo juntas han creado manías que se ve que no se han marchado con el tiempo. Dos animales de costumbres somos…

Diana tarda más en aparecer de lo que pensaba, así que yo ya he devorado mi desayuno, mientras el suyo espera en un plato y una taza en tonos celestes preciosos.

—Las ojeras no te sientan bien, Álex —bromea sentándose en el taburete de la isla—. Vete a darte una ducha y despejarte un poco, anda.

Hace que sonría y que le lance la bola que he hecho con la servilleta por ese comentario que ha ido con el mismo tono de broma que de preocupación por mis horas de sueño.

—Estás guapa igualmente, pero si me haces caso, mejor —insiste.

¿Quién es esta chica tan confiada que no tiene miedo de decir lo que se le pasa por la cabeza? Guau… Me gusta, la verdad. Ha cambiado mucho de la chica insegura que solía costarle mirarme a los ojos cuando me decía «te quiero». Ahora me dice guapa sin cortarse, bromea sobre mi aspecto e insinúa lo que le da la gana. Un cambio interesante. A mejor.

—Cómetelo todo y tómate las pastillas —advierto cuando paso por su lado.

Ella se ríe y estira su mano para coger la mía, frenando así mi huida hacia la habitación.

—Gracias por el desayuno… y por hacerme de almohada —dice para mi sorpresa.

Fuck, no te muerdas el labio así, Diana, que no soy tan fuerte.

—No es nada… —Y mi mano va sola hasta la suya para acariciarla—. ¿Estás bien?

—Estaré mejor en cuanto desayune —responde y es ahí cuando suelta mi mano y se gira en el taburete para enfrentar su plato.

No era exactamente lo que le estaba preguntando, que también me importa su estado físico, eh. Solo que esta vez quería saber cómo estaba después de mi confesión. Capto la indirecta de que no quiere hablarlo, así que la dejo sola de una vez por todas

para ir a darme la ducha que me ha sugerido. Porque tiene derecho a esquivar mis preguntas o no responderlas tanto como he tenido yo este tiempo a ignorarla. Calma mi mente el hecho de que sé que no lo hace para castigarme, sino porque necesita este tiempo y espacio para pensar. Comprensible. Lógico y aceptable.

Supongo que yo también he cambiado y ella está viéndolo en cómo estoy gestionando toda la situación desde que me planté en el hospital a verla. La Álex del pasado se habría quedado interrogándola en la cocina, intentando saber todo lo que hay en su cabeza y atormentándose por no arreglarlo en el mismo segundo. Hoy no. Hoy entiendo que ella me lo dirá cuando lo sienta oportuno y considere que tenemos que hablarlo. Quizás estas versiones adultas de nosotras no están tan mal, ¿no? Puede que hasta hayamos aprendido cosas y ahora seamos capaces de entendernos mejor y no dejarnos llevar por la intensidad del primer gran amor.

El único en mi caso.

Para cuando vuelvo al salón con una sudadera bastante cómoda y el pelo empapado, veo que Diana también se ha deshecho de su pijama de dibujos para volver a unas mallas bien pegadas y una sudadera igualita a la mía. Tiene que ser una broma… Mira que habrá tiendas y sudaderas en el mundo y la señorita diseñadora tenía que comprarse la sudadera burdeos con el logo de Harvard en ella que Amancio Ortega se encargó de diseñar la temporada pasada.

—Qué buen gusto has tenido siempre —se burla mientras me dirijo a la butaca más lejana del sofá, poniendo distancia entre nosotras para no colapsar.

—Por eso me robabas todo el rato la ropa, ¿no? —respondo sonriendo.

Ella asiente y se sonroja, probablemente por las mismas imágenes que están pasando ahora mismo por mi cabeza. Aún recuerdo cuando empezó a quedarse en mi piso y usaba mis pijamas. Luego fue algo de ropa para la mañana siguiente y llegó un punto en que me robaba hasta los tangas si le hacían falta. Nunca me importó. Todo le sentaba de maravilla y a mí se me caía la baba

de pensar que teníamos una vida tan entrelazada para no distinguir la ropa de una y de la otra.

—¿Nos ponemos manos a la obra? —pregunta señalando el ordenador.

Acepto que otra vez no quiera seguir por donde pretendía ir yo. Vuelve a ser justo. Mejor asiento y dejo que prosiga reproduciendo las grabaciones. Esto es lo importante. Lo que quiera que le pasara a Hugo, lo nuestro puede esperar un poco más. Total, después de cinco años…

Agradezco las obsesiones y el perfeccionismo de mi querido amigo Hugo por su trabajo en estos momentos porque sin las notas y aclaraciones que ha ido dejando él entre grabaciones, habríamos salido corriendo después de lo que estamos escuchando. Cada grabación es peor que la anterior. Nos da escalofríos, nos hace querer vomitar del asco y nos preocupa ver con qué clase de personas lidiaba Hugo. Ese hombre era frío, calculador y, lo peor, peligroso.

—Qué mal rollo me da todo esto —murmura Diana cuando termina la última grabación.

Mal rollo no empieza ni a describir lo que hemos tenido que escuchar. No soy capaz ni de formular una frase que dé sentido a todo lo que acabamos de oír. Horas de grabación escuchando cada palabra, cada pausa y cada matiz de un hombre sin rostro. Estamos tan metidas en la historia que ni siquiera nos hemos dado cuenta de que se nos ha pasado la hora de comer aquí tiradas.

—Estas grabaciones no estaban en el coche de Hugo por casualidad —continúa Diana ante mi silencio—, y menos con ese mensaje en el testamento.

—Hugo quería que yo encontrara estas sesiones y lo quería por algo concreto —respondo intentando unir los hilos de todo lo que ha pasado. Aunque, en realidad, no me hace falta mucho para unirlos porque hace rato que la teoría se ha formado sola en mi cabeza, lo que pasa que me da miedo verbalizarla—. Diana… ¿Crees que ese tipo le hizo algo a Hugo? ¿Crees que todas esas pistas eran por si le pasaba algo? Para que supiéramos que había sido él…

Ella está tan atemorizada como yo de reconocer en voz alta que eso es lo que haya podido pasar. Si era terrorífico pensar que nuestro amigo se hubiera quitado la vida, imaginar que lo haya hecho otra persona lo hace mil veces peor.

—Puede ser, Álex.

Me mato como sea cierto… Bueno, más bien mato al hijo de puta ese por tocar a mi amigo.

—¿Podemos parar a comer? —sugiere Diana.

—Claro —acepto al notar que hace rato que mis tripas rugen pidiendo alimento—. ¿Pido algo de comida?

—En el primer cajón de la cocina hay un folleto de los mejores tacos de todo Madrid, pide los que quieras porque a mí me gusta todo —anuncia mientras sigue tomando notas en su libreta.

—¿Tacos? Diana… ya sabes que nunca he sido fan de…

—De los mexicanos, del pico de gallo y esas cosas. —Me interrumpe antes de que me queje—. Lo sé y lo recuerdo. Te prometo que estos te van a encantar. Confía en mí.

Por alguna extraña razón, le hago caso. Puede ser que mi alma esté intentando redimirse con ella y si esos tacos le van a alegrar el día, quién soy yo para privarla de ese supuesto manjar. Lo más raro de toda esta situación ya ni siquiera es que estemos escuchando sesiones de terapia de un desconocido con nuestro amigo muerto. No, eso me parece hasta normal en comparación a lo extraño que es lo sincronizadas y compenetradas que estamos Diana y yo poniendo la mesa, recogiendo las cosas, abriendo la puerta al repartidor y sentándonos a devorar los tacos. ¿Cómo vamos a movernos así la una alrededor de la otra como un baile perfectamente coreografiado si llevamos sin vernos años?

Fuerte, eh…

Hay cosas que no se olvidan y parece que las incontables horas que pasamos juntas haciendo este tipo de planes siguen arrinconadas en nuestra biblioteca de recuerdos primarios. Y para recuerdo el que me llevo también de estos tacos que consiguen sustituir a todas las impresiones que me he llevado siempre de la comida mexicana.

—Están buenísimos —murmuro mientras me como el cuarto taco, esta vez de cochinita pibil.

—¿Alexia Cruz dándome la razón en algo? Voy a marcar este día en el calendario —se burla con una sonrisa estratosférica.

Siempre he sido un poquito cabezota, ¿vale? Además, ella no puede quejarse porque es de las pocas con las que daba mi brazo a torcer. Imagina el resto… Pobrecitos Marcos y Hugo, ahora que lo pienso. Encima la tía me está restregando la victoria utilizando mi nombre completo, cosa que sabe que odio y que no borra la sonrisa de su cara. Qué sonrisa, por Dios. *Fuck*, que se va a dar cuenta de que no dejo de mirarla, así que le lanzo una miga de pan que atrapa al vuelo y me saca la lengua.

—Vaya reflejos para lo lesionada que estás —la pico apoyando los codos en la mesa para inclinarme en su dirección—. A ver si va a resultar que no estás tan dolorida y todo es una excusa para tenerme aquí de sirvienta.

—Te merecerías el castigo por lo imbécil que fuiste antes de irte a Nueva York —contraataca con encanto.

—Apunta doble marca en el calendario porque te voy a dar la razón dos veces hoy —digo con una gracia que se cuela en todas sus rendijas y le hace soltar una carcajada aparatosa.

—Vamos al sofá, anda, hay unas cosas que quiero terminar de las grabaciones —dice cambiando de tema.

De nuevo, tienes todo el derecho a no seguir esta conversación. Recojo todo lo que hemos ensuciado y dejo el lavavajillas puesto antes de volver al salón donde ha reclamado su hueco del sofá otra vez. Yo dudo entre irme de nuevo a la butaca o atreverme a sentarme a su lado después de esta camaradería que seguimos compartiendo para sorpresa de nadie.

Venga, vamos fuerte, al sofá y si no que me eche ella.

—¿Qué tramas?

Por encima de su hombro veo que en la libreta tiene fechas, una línea temporal y todo tipo de apuntes que ha ido recopilando en las escuchas.

—¿Me lo cuentas ya? —pregunto señalando el papel.

—Dame un rato, que quiero chequear unas cosas —responde cogiendo el portátil.

Ante mi incapacidad para aportar nada más ahora mismo, culpa de la digestión que estoy empezando a hacer y mi cansancio, me recuesto en el sofá. Diana se gira un momento para mirarme y dejarme algo más de hueco mientras me tiende una manta que acepto encantada. Huele a ella. Muchísimo, y me gusta, así que me acoplo hecha una bolita abrazándola hasta que esta extraña calma que parece haberse apoderado de mí desde que vivo en este apartamento hace que me eche una pequeña siesta. No he sido yo nunca de siestas y sin embargo esta me parece muy reparadora.

—¿Diana? —pregunto mirando a mi alrededor, extrañada de no tenerla en mi espacio visual.

—Estoy aquí. —Sigo el sonido de su voz hasta el escritorio que hay junto a la ventana y la veo con la cabeza inmersa en el ordenador—. Buenas tardes, bella durmiente.

—Es culpa de tu sofá —me excuso metiéndome de nuevo bajo la manta para esconder el rubor de mis mejillas.

—El sofá o que te sientes como en casa —suelta sin previo aviso.

Protestaría y diría que no es verdad y que es por el cansancio, pero… debe de tener algo de razón porque es lo que me viene pasando en este apartamento. ¿Y si un hogar no tiene nada que ver con un espacio físico arquitectónico y sí mucho con quien lo ocupa?

El caso es que no se lo voy a decir, que darle tres veces la razón en un día va a hacer que se le suba demasiado el ego.

—¿Vienes? Quiero enseñarte una cosa —pide cambiando de tema.

Allá voy, liada en mi manta, bueno, en la suya, y me coloco tras ella para ver mejor la pantalla del ordenador. Tiene abiertas más de treinta pestañas en el navegador con grupos de Facebook, redes sociales, foros, periódicos… en su libreta tiene nombres y supuestos testimonios. ¿Cuánto rato llevo durmiendo como para que haya hecho todo esto?

—Álex, he estado investigando cosas y dándole muchas vueltas a las grabaciones —anuncia apoyando todo el peso de su

cuerpo en el respaldo del asiento y yo me limito a escuchar—. Por todo lo que hemos oído, ese tipo no le haría daño nunca a un hombre así porque sí. Y menos a Hugo, que parecía entenderle y estar de su lado.

Razón tiene. Hasta donde sabemos por sus notas, Hugo fingía llevarse bien con él, por lo que no tiene sentido que ese señor le hiciera algo.

—Pero si él no le hizo nada a Hugo… ¿qué pasó entonces?

—No lo sé, Álex —suspira—. Lo que sí sé con seguridad es que le hizo daño a varias mujeres y creo que he conseguido los datos de algunas chequeando foros de chicas que hablan de estos temas. Coinciden fechas, descripciones y la forma en la que hablan del hombre.

—¿Has hecho todo esto mientras yo dormía? —pregunto robándole la libreta y ella solo asiente—. Diana, esto es genial. Tenemos que ir a hablar con la policía ahora mismo.

Tantas horas buscando respuestas, tantas dudas sobre lo que le había pasado a Hugo y por fin parece que tenemos algún tipo de información sólida para que nos hagan caso.

Ahora podremos hacer justicia.

Ocho semanas antes

Hacía una semana que Hugo no veía a su paciente más problemático. Tiempo que había aprovechado para consultar con amigos y colegas especializados en Derecho y Psicología Forense el caso de su paciente. No entró en detalles y habló de forma generalizada sobre lo que pasaba. Lo último que quería era meter a nadie más en líos. Era un caso que traspasaba los límites de la legalidad ya que, si quería acabar con él, tenía que romper el secreto profesional y quería asegurarse de hacerlo correctamente para que no pudiera volverse en su contra.

Le explicaron los procedimientos a seguir, los informes y las pruebas necesarias para que la policía se tomara en serio su denuncia, y se puso manos a la obra.

No era una tarea sencilla en ningún aspecto.

Tenía que compaginar la investigación con su trabajo diario y las sesiones de terapia habituales. Cancelar una consulta o descuidar a sus otros pacientes no entraba en sus planes. Siempre había sido un profesional íntegro y su ética no le permitía hacer distinciones entre los problemas de unos y otros pacientes.

Durante días, redactó informes detallados, trazó un perfil psicológico de su paciente y recopiló todas las grabaciones y notas que había tomado a lo largo de más de quince sesiones. Incluso se atrevió a buscar información sobre la chica que había amenazado con denunciarlo, aquella que había trabajado con él. Si tenía suerte, tal vez pudiera contactar con ella y añadir su testimonio al expediente.

Era como estar atrapado en el argumento de un *thriller* en el que nunca había querido involucrarse. Pero no podía mirar hacia otro

lado ahora que sabía tanto. Tenía casi todo lo necesario ya preparado cuando, en mitad de una sesión con una paciente que llevaba años acudiendo a su consulta, el timbre de su casa empezó a sonar de forma ininterrumpida.

—Discúlpame un momento, no sé quién puede ser —se excusó Hugo, molesto por la interrupción.

Detestaba que algo externo alterara el ambiente íntimo y frágil que se creaba durante sus sesiones. Cada minuto con sus pacientes era sagrado y merecían el cien por cien de su atención.

Fue directo a abrir con mala cara cuando se encontró a su paciente estrella frente a él. Se quedó helado en el sitio. No tenían concertada ninguna sesión próximamente ya que le había pedido tiempo para redactar el supuesto informe que necesitaba, una mentira para tener tiempo y espacio para recabar pruebas.

El hombre lo miraba con una sonrisa inquietante y entró al apartamento sin esperar invitación, dándole una palmada en el hombro como había hecho la última vez y volviendo a poner a Hugo en alerta.

—Menos mal que estás en casa, doc. Te necesito.

—Estoy… estoy en mitad de una sesión —balbuceó Hugo, intentando recomponerse de la sorpresa—. Si necesitas algo, podemos concertar una cita y hablarlo…

—No, no quiero una sesión otro día, te necesito ahora —insistió su paciente, con un tono más agresivo de lo habitual.

Fue entonces cuando Hugo lo miró bien y lo notó enojado como nunca antes. Parecía inquieto, alterado. Su cabello, normalmente engominado, estaba despeinado, tenía un arañazo visible en la mejilla y su chaqueta presentaba unas manchas que no supo identificar. Algo había pasado.

Y eso no era bueno.

—¿Hugo, todo bien?

La voz de su paciente, Rebeca, llegó desde el pasillo al asomarse por la puerta del despacho.

—Sí, Rebeca, no te preocupes —respondió rápidamente, intentando que no se le notaran los nervios—. Pero necesito que

dejemos la sesión por hoy, ¿de acuerdo? Te lo compensaré en la próxima consulta. Te lo prometo.

La chica observó la situación y sintió que había algo extraño en todo aquello. Hugo le hizo un gesto para tranquilizarla y la invitó a marcharse. El hombre no le quitaba los ojos de encima a la chica. Hizo el amago de avanzar hacia ella y Hugo no tardó en intervenir para evitar una situación más incómoda aún.

—No te preocupes, Rebeca —insistió Hugo, haciéndole una señal para que se fuera cuanto antes mientras se colocaba delante de su paciente para impedir que llegara hasta ella—. Te llamo luego para citarte otro día.

Ella, nada convencida con lo que estaba pasando, decidió obedecer. Cogió su bolso y se dejó acompañar por Hugo hasta la puerta. No volvió al interior de la vivienda hasta que se aseguró de que se subiera al ascensor.

El paciente estaba de pie en el centro de la habitación, caminando en círculos como un animal enjaulado.

—¿Qué pasa? —preguntó Hugo.

El hombre se detuvo en seco antes de dirigirse a él.

—Doc, tú me entiendes, ¿verdad?

No, no le entendía y le iba a tocar fingir que sí, otra vez.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Yo… te he contado muchas cosas de mi vida, de cómo veo las cosas… Y me entiendes, ¿verdad? Nunca has visto nada malo en lo que hago.

Hugo tragó saliva al ver que era la primera vez que divagaba de esa manera y no parecía muy seguro de sí mismo. Era un gran indicativo de que había pasado algo gordo.

—Sí, claro —mintió, intentando mantener la calma—. ¿A qué viene esto? ¿Ha pasado algo?

El hombre se sentó en el sofá del salón de Hugo. Le hubiese encantado poder echarle de ahí con agua hirviendo en ese mismo instante, pero se contuvo para sonsacarle más información sobre lo ocurrido para poder incluirlo en su informe. Quizás estaba ante la última prueba que necesitaba para completarlo.

—Anoche… anoche salí a un bar y las cosas no acabaron como esperaba —explicó cubriendo su rostro con sus manos.

—Vamos a mi despacho y hablamos allí.

Hugo no tenía ni su móvil, ni la grabadora encima y quería ir al despacho para poder grabar la conversación de una manera u otra.

—No, esto no es una sesión. Aquí estamos bien —dijo tajantemente.

—Está bien. ¿Qué pasó?

Hugo sabía que no le iba a convencer y lo mejor era no cabrearle más.

El hombre se tomó un minuto para ordenar sus ideas. Respiró hondo y se alisó el cabello con las manos, como si necesitara restaurar su imagen antes de hablar.

—Salí con un compañero del trabajo para celebrar un proyecto que habíamos cerrado. Bebimos unas copas de más en un bar del centro… —Hugo ya temía por dónde iba a terminar esa historia, pero esperaba equivocarse—. Normalmente no bebo tanto. No me gusta perder la percepción de la realidad, ni perder el control de mis instintos. Pero bueno, estaba de celebración y me dejé llevar un poco.

—No hay nada de malo en dejarse llevar —dijo Hugo quitándole importancia.

—Conocimos a un par de mujeres muy guapas, amigas que habían salido de fiesta a disfrutar la noche madrileña. —Hugo maldijo que, efectivamente, esa historia implicaba a mujeres—. Salimos juntos del bar y como no sabíamos a dónde ir, ofrecí mi apartamento.

—¿Los cuatro?

El corazón de Hugo empezó a latir con fuerza.

—Sí. Tomamos unas copas más y, en un momento dado, yo cogí a una de ellas y empecé a besarla y ponerme un poco más cariñoso. Ya sabes… —Hugo asintió y agradeció que no entrara en mucho detalle en esos momentos—. El caso es que la chica, que había estado tonteando toda la noche conmigo, me dijo que no quería hacer nada y que la dejara en paz. —Su tono cambió ante el

rechazo de la mujer—. Yo seguí. Ella se revolvió y me hizo esto —señaló el arañazo en su mejilla—, y empezó a gritar.

Hugo se temió lo peor en ese momento. No se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración a la espera del final de la historia.

—Mi compañero de trabajo se acercó a nosotros con la otra chica y me dijo que la dejara en paz, que si no quería hacer nada, era decisión de ella, no mía. —Podía ver las orejas del paciente encenderse conforme crecía su enfado—. Una cosa llevó a la otra y me peleé con él. No sé en qué momento, las chicas aprovecharon para marcharse de mi apartamento, pero mi compañero me llamó de todo.

—¿Me… me puedes decir alguna de las cosas que te dijo? —preguntó Hugo, sintiendo cómo la bilis le subía por la garganta.

—Pues que estaba loco, que debía respetar a las mujeres, que cómo se me ocurría hacer algo así… No sé, tonterías. —Sacudió la cabeza, como si intentara sacarse aquellas palabras de la mente —. Yo no soy así, ese hombre está muy equivocado, yo no he hecho nada malo. ¡Fue ella!

Había elevado la voz lo suficiente para que Hugo diera un respingo del susto.

—Cálmate —le pidió Hugo con voz suave—. Respira hondo. Todos tenemos peleas con nuestros amigos y no pasa nada. Cosas que pasan y ya.

El hombre obedeció, inspirando y espirando varias veces hasta que su respiración se acompasó a un ritmo normal.

—Es solo que… no quiero que me acusen de cosas que no he hecho, doc —insistió—. Esa chica fue a mi apartamento, sabía lo que iba a pasar y en cambio ella…

—Para, no tienes que darme más explicaciones —Hugo le interrumpió. No podía seguir escuchando esas tonterías de la boca de un misógino. Alguien que no fuera capaz de comprender el significado de «no es no» no merecía su tiempo—. Está todo bien. Puedes irte tranquilo a casa que yo en cuanto termine el informe en unos días, te aviso y podrás pasar página de todos estos fantasmas y dudas que te invaden últimamente.

—¿De verdad? —preguntó con cierta ilusión.

—Sí —mintió Hugo una vez más.

—Muchas gracias, doc, y siento la interrupción de tu sesión con esa chica.

Se disculpó ya más calmado.

—No pasa nada, lo que haga falta —insistió Hugo guiándole hacia la puerta de su casa, quería que se marchara cuanto antes—. Yo te aviso cuando tenga todo, ¿vale?

—Gracias, esperaré con ganas.

Se puso su abrigo y se fue de ese piso. Hugo nunca se había sentido tan aliviado por quedarse solo como en ese momento.

No podía esperar más. Tenía que acudir a la policía antes de que ocurriera una desgracia que recayera sobre sus hombros.

Capítulo 18

¿Por qué has vuelto?

—¿Estás preparada? —pregunto a Diana cuando nos quedamos las dos de pie frente a la puerta de la comisaría.

Ante su silencio, giro mi cuerpo un poco en su dirección y me la encuentro con la mirada perdida. Está nerviosa, más de lo habitual en ella que ha parecido mantener la calma todo este tiempo con el tema de la muerte de Hugo.

—Venga, te ayudo —ofrezco viendo que nos queda aún un buen trecho de escaleras y el primero le ha costado bastante.

—Gracias.

Se deja acompañar, enganchando su brazo en el mío y recostando su cuerpo, lo justo para que la ayude a llegar hasta la puerta de la comisaría. Estoy convencida de que hace semanas, si llegamos a venir aquí con nuestras teorías, nos habrían tomado por locas. Por suerte ahora tenemos pruebas que hablan por sí solas y una serie de indicios que alguien con un poco de experiencia podría saber unir.

—Buenas tardes —saludo a la chica que está en la recepción y que no hace ni por mirarme—. Estamos aquí para hablar de un caso que creemos que no debería haberse cerrado.

Es entonces cuando consigo que la chica, a la que le debe de picar la curiosidad, levante la mirada hacia nosotras.

—¿Podrían ser un poco más específicas? —pregunta.

—Verá, es que tenemos pruebas de que el supuesto suicido de nuestro amigo podría tener algo que ver con un hombre que estaba siendo tratado en terapia y…

—Está bien, suficiente información —interrumpe la chica, descolgando el teléfono y manteniendo el dedo índice elevado para que nos quedemos calladas—. Gabriel, tengo aquí a dos chicas en recepción que dicen tener información sobre un caso. —Nos mira de nuevo mientras sigue esperando que le den respuesta—. Genial, les digo que pasen. —Cuelga el teléfono y entrelaza sus manos—. Pueden avanzar por el pasillo de la izquierda y el Subinspector Márquez les atenderá.

—Gracias —respondemos Diana y yo al unísono.

Sonreímos por la coincidencia antes de echar a andar por el pasillo que nos han indicado hasta que llegamos a una amplia sala llena de escritorios distribuidos de forma ordenada de izquierda a derecha. A esta hora de la tarde quedan ya pocos agentes de policía en sus mesas, así que no es difícil distinguir la mesa del Subinspector Márquez al fondo. A su lado, un hombre alto de pelo negro bastante fornido lee una pila de papeles.

—¿Subinspector Márquez? —pregunto cuando nos acercamos

—En persona, ¿en qué puedo ayudarles?

Cierra la carpeta con un golpe de muñeca y la deja sobre la mesa.

—Nos han dicho que podría usted echarnos una mano con un caso.

Ahora es Diana la que toma la delantera. Márquez se acomoda en su silla y nos hace un gesto para que nos sentemos frente a él. Las dos obedecemos.

—Cuéntenme.

¿Por dónde empiezo esta loca historia? Miro a Diana, que parece igual de perdida que yo, pero la forma en la que hace un gesto con la cabeza para empujarme a hablar me da algo de confianza.

—Hace un mes y medio nuestro amigo Hugo se suicidó. O al menos eso determinó la investigación —empiezo a explicar, notando ya la incertidumbre del subinspector al otro lado de la mesa—. En estas semanas hemos descubierto que antes de su muerte estuvo tratando como psicólogo a un paciente potencialmente peligroso y creemos que puede estar relacionado con su muerte.

Márquez apoya los codos sobre la mesa y entrelaza sus manos, mirándonos alternativamente a ambas.

—Lo que estás sugiriendo es una acusación muy grave —advierte—. ¿Son conscientes de las implicaciones de lo que dicen? Por no hablar de que el secreto profesional podría haber sido roto y…

—Lo sabemos —interviene Diana.

¿Lo sabemos de verdad? Yo diría que no…

—¿Pueden decirme el nombre de su amigo? —pregunta encendiendo su ordenador.

—Hugo Moya Ruiz.

Nos quedamos en silencio mientras él teclea sin parar. Yo no sé qué está mirando, lo que sí sé es que su cara cada vez es más rara con los informes que sea que está leyendo. Se le ha tensado la mandíbula y ha apoyado la barbilla en su puño de manera incómoda. ¿Puede decir algo? Me está poniendo atacada y… mis ojos van a la mano que acaba de posarse sobre mi muslo en un intento de parar los movimientos que he debido empezar a hacer sin darme cuenta. Paro de inmediato y dejo que la calma que me transmite ese contacto se vaya extendiendo por todo mi organismo.

—¿Nos puede decir algo? —pregunta Diana.

—Voy a tener que hablar con el comisario antes de poder ayudarlas —explica poniéndose de pie—. Espérenme aquí.

¿Comisario? ¿Qué coño pasa aquí? ¿Por qué se ha puesto así de nervioso?

—Cálmate, por favor —susurra Diana sin mover su mano, al contrario, me da un apretón tranquilizador.

—¿Cómo quieres que me calme si cada vez que intentamos hacer algo con este tema pasan cosas extrañas? —pregunto.

Suplica con los ojos que me calle e intente respirar y yo… le hago caso porque desquiciarme en estos momentos tampoco sirve de nada. Poso mi mano sobre la suya y la aprieto para que entienda cómo me siento. En lugar de apartarla, Diana la gira para poder entrelazar nuestros dedos y se siente… familiar. Cómodo.

—Síganme —pide el subinspector interrumpiendo este momento.

Vaya por Dios, no podría haber tardado un minuto más. Ayudo a Diana a levantarse y le seguimos por el pasillo hasta llegar a una oficina donde está el que debe ser el comisario. Se trata de un hombre de unos cincuenta años, lo que me tranquiliza porque debe tener bastante experiencia y tiene un aire menos intimidante que el de Márquez, quien por cierto se marcha y nos deja a solas con él.

—Siéntense, señoritas —nos pide con una calma muy extraña —. ¿Me dicen sus nombres?

—Diana Álvarez.

—Alexia Cruz.

Ruedo los ojos cuando veo que Diana sonríe al escuchar mi nombre completo. Si es que nunca he entendido por qué a ella le gusta tanto.

—Un placer. Yo soy el comisario Jorge Herrera —se presenta dándonos la mano—. Mi compañero me ha informado de que tienen información sobre la muerte de Hugo Moya. ¿Podrían explicarme qué es lo que han descubierto?

—En las últimas semanas hemos estado investigando y creemos que hay algo más detrás de su muerte y que no fue solo un suicidio —explico intentando no sonar como una loca.

—Siento comunicarles que esa investigación está cerrada — anuncia reclinándose en la silla—. Ya estudiamos todas las posibilidades y concluimos que vuestro amigo se suicidó. —Intento protestar, pero no me da margen antes de continuar hablando—. Es mejor que dejen esto en manos de profesionales y no le den más vueltas.

—Creo que no nos está entendiendo —insiste Diana con cierta desesperación en su voz—. Tenemos pruebas de que uno de sus pacientes podría haber tenido algo que ver con…

—Las he entendido perfectamente la primera vez —la interrumpe el comisario con un tono seco—. Insisto, el caso está más que cerrado.

—Este hombre no solo podría haberle hecho daño a nuestro amigo, sino que también ha dañado a mujeres y a saber qué será lo próximo —se queja Diana elevando la voz.

Ahora soy yo la que lleva mi mano hasta su antebrazo para que se calme y no entre en una guerra que no nos viene nada bien.

—Está haciendo acusaciones muy graves —repite de nuevo.

—Porque tenemos pruebas que lo demuestran —intervengo yo ahora.

—Creo que mi compañero ya se lo ha dicho, pero lo repito por si acaso: no podemos aceptar pruebas que vulneren el secreto profesional de su amigo. Así que legalmente no tenéis nada —zanja el comisario levantándose para abrir la puerta e invitarnos a irnos—. Es mejor que dejen este tema.

Hago un esfuerzo por contener la rabia y no mandarle a la mierda. ¿Qué es lo que no entiende de todo lo que le estamos diciendo?

—No pueden ignorarnos así…

—No las estamos ignorando —responde con una sonrisa—. Recogemos sus comentarios y aportaciones y veremos qué hacemos con ellos. Como les decía, esto es cosa de profesionales así que pueden marcharse ya.

—Comisario…

—Señoritas, por favor. —Se cruza de brazos bastante fastidiado por la tabarra que le estamos dando—. Les pido, por su bien, que no indaguen más en este caso. Hay mucho en juego y no quiero que dos mujeres egoístas con ansias de protagonizar su propia novela policíaca de misterio arruinen el trabajo de meses.

¿Arruinar qué? ¿De qué habla? ¿Meses? Si no ha pasado tanto tiempo.

—Álex, vamos.

Diana tira de mi brazo, rindiéndose ante esta situación y llevándome hasta el *hall* de entrada de nuevo.

—¿Qué acaba de pasar ahí dentro? —pregunto sin entender nada.

—No lo sé, vamos a casa y lo hablamos mejor —responde ella fingiendo una calma que sé que no siente.

¿A estas alturas intentas engañarme a mí, Di?

Ni siquiera me apetece discutir por lo que me limito a pedir un taxi que nos lleve a casa cuanto antes y ayudo a Diana a bajar

hasta la acera. Ninguna de las dos emitimos sonido, demasiado concentradas en intentar entender qué ha pasado ahí dentro. Tampoco lo hacemos en el trayecto en coche o cuando ponemos un pie en su apartamento. Es como si una sensación de derrota se hubiera apoderado de ambas.

—¿Tienes hambre? Puedo preparar algo para cenar —ofrece Diana.

Quiere normalizar la situación y que me olvide un rato de lo que acaba de pasar. Lo agradezco, pero no voy a dejarla hacer esfuerzos innecesarios.

—En todo caso cocino yo —respondo poniéndome de pie para abrir la nevera—. No voy a dejar que te muevas tanto tal y como estás. Como mucho te dejo abrir esta botella de vino.

—Me vendría bien un trago —dice aceptando la botella cuando se la paso.

—Tú no deberías beber con tus pastillas —le recuerdo.

—Mira, si hace falta hoy no me tomo las pastillas y me jodo con el dolor, Álex. Necesito esa copa de vino más que respirar —insiste mientras la descorcha.

Busco algún atisbo de broma en su rostro, pero no hay nada. Habla en serio y está tan afectada como yo por la forma en la que nos han ignorado. Por lo menos no estoy sola con todo esto…

Mis dotes culinarias hoy se reducen a unos sándwiches bien tostados de queso, aguacate y jamón serrano. Y debe de saberle a gloria a Diana que lo engulle en unos minutos. O quizás yo tardo más en comérmelo porque estoy revisando los últimos mensajes en mi bandeja de entrada.

—Marcos me ha escrito para preguntarme qué tal estamos —comento de pasada.

—Puedes decirle la verdad: que estamos hechas una mierda. Y que, mirando el lado bueno, por lo menos no nos matamos entre nosotras —bromea con una sonrisa cansada.

—Creo que eso le quedó claro cuando crucé medio globo terráqueo en avión para verte.

Me arrepiento de esas palabras tal y como salen de mi boca. Levanto la cabeza para comprobar si por un casual Diana no se ha

enterado. La forma en la que ha parado la copa de camino a sus labios me hace temer que lo ha escuchado muy clarito.

—Así que admites que volviste por mí —suelta con una sonrisa que le está llenando todo el pecho de ego.

—Sé que te mueres por oírme decirlo en voz alta, pero no te voy a dar el gusto —respondo rodando los ojos.

Ya bastante me he delatado yo sola como para darle a ella más armas contra mis sentimientos. Ella se ríe porque sabe que estoy esquivando el tema y… Dios, cuánto echaba de menos esa risa a diario. Me muerdo el labio y sigo comiendo sin decir nada más. Suerte para mí que Diana también continúe centrada en su pan durante un buen rato. Y estamos cómodas, lo que no es una sorpresa del todo y a la vez sí. ¿Tiene sentido lo que digo? Supongo que no, pero nuestra dinámica de relación nunca la tuvo y volvemos a ella con una facilidad asombrosa.

—¿Te apetece ver una peli? —propone Diana mientras recogemos la mesa juntas—. Creo que nos merecemos una noche de relajación después de todo esto.

—Claro.

Sirvo otra copa de vino para cada una y la acompaño hasta el salón. No puedo evitar preguntarme qué coño estoy haciendo dejándome llevar así a su alrededor como si yo no tuviera una vida en Nueva York a la que volver. Hace días que se me acumulan los emails cuando yo no he dejado que mi bandeja tenga más de dos emails sin responder en los últimos tres años. El efecto Diana sigue activo, hace que se me olvide todo porque me gusta cómo me siento con ella, tanto como para no tener que centrar toda mi atención en distracciones y entretenimientos externos. Y mira que me tiene la cabeza hecha un lío. Al menos hasta que la vuelvo a ver con su pijama de dibujos tirada en el sofá y la vida me parece un poco menos complicada. Aun así, yo no sé cómo comportarme a su alrededor y, después de dejar las copas sobre la mesa baja del sofá, empiezo a dar vueltas sin saber dónde plantar el culo.

—Podríamos ver esa película —digo señalando la pantalla que está colgada de la pared—. La estrenaron el otro día y tiene buena pinta.

—O puedes venir aquí y dejar de dar vueltas —se burla mientras señala el hueco que ha dejado a su lado en el sofá con una sonrisa—. No te voy a morder y ya has comprobado con tu siesta lo cómodo que es este sofá.

Gracias al señor que tú sabes gestionar esto mejor que yo, Diana. Voy a darle naturalidad a esto, venga, si ella lo hace yo también puedo. Con toda mi cara, le robo la manta en cuanto me siento a su lado y ella se limita a dejarme ganar esa batalla mientras le da al botón de reproducir la película. Juro que yo intento centrarme en las imágenes que salen en pantalla porque llevo semanas leyendo noticias sobre este estreno y viendo entrevistas de la protagonista, de la cual llevo años enamorada, y no lo consigo por la maldita chica que tengo a mi lado. Parece muy tranquila, relajada, y a mí me encantaría sentirme así. Espero que por dentro estés tan extrañada con todo esto como yo, Diana… Veo cómo se remueve el pelo con su mano sana y el desastre que ha hecho hace que su melena caiga en la dirección contraria a la que suele llevarla. Le da un toque de chica mala muy llamativo y que hace que me muerda el labio por lo que se me acaba de pasar por la cabeza al vernos así. Voy a volver a centrarme en la pantalla por mi propia salud aunque me guste más esta vista. Y no sé si es porque se ha dado cuenta de que no paro de mirarla o es pura casualidad, Diana se gira para mirarme.

—¿Puedo preguntarte algo? —susurra moviéndose un poco hacia mí.

—Siempre te decía que…

—«Si tienes que pedir permiso para preguntar es porque no me va a gustar la pregunta» —dice ella con una sonrisa radiante, completando una frase que yo siempre le decía de broma.

—Exacto —río.

—¿Puedo hacerlo igualmente? —insiste.

Hay dos opciones y creo que ninguna me gusta. O quiere hablar, ahora sí, sobre nuestra relación, o quiere retomar la conversación de la cocina sobre mi vuelta a España. En cualquier caso salgo perdiendo porque ambas respuestas están muy ligadas entre ellas. Y, sin embargo, me está mirando con unos ojitos que no

puedo decirle que no, especialmente cuando estira la mano y la posa sobre mi rodilla con cuidado.

—Adelante.

El permiso se escapa de mi boca antes de que pueda ni meditar lo que quiero decirle.

—¿Por qué has vuelto? —pregunta.

Ya sabía yo que no iba a dejarlo pasar. Quiere comprobar si de verdad he vuelto por ella… ¿Tiene algún sentido que a estas alturas le siga mintiendo? ¿Hay alguna lógica en intentar mantener esa fachada fría de chica que no quiere saber nada de su ex cuando no podría estar más equivocada? No quita los ojos de cada uno de mis movimientos y lo entiendo porque esta respuesta puede ser clave para lo que quiera que sea que está pasando aquí.

—Si la pregunta es si volví por ti, sí.

Ya está. Ya lo he dicho. ¿Contenta? ¿Podemos pasar página?

—¿Por qué?

Nada, que no le vale con esa respuesta a la niña, que me va a hacer justificarla como en el colegio. Y lo entiendo porque sus ojos siguen llenos de dudas. No me extraña. Después de portarme como una gilipollas en mi viaje a Madrid 1.0, ver ahora mi actitud en Madrid 2.0 tiene que ser, cuanto menos, confuso.

—Yo… ¿por qué quieres saberlo? —pregunto en un intento de ganar tiempo.

—Porque no es lo mismo saber que has vuelto porque te sentías culpable de haberte marchado por todo lo de Hugo, que porque querías verme a mí y estabas preocupada —explica ella.

Tengo delante a una persona que hace cinco años era incapaz de mantener una conversación sobre sus sentimientos y ahora está intentando desgranar mi decisión de volver para entender qué está pasando entre nosotras. Tremendo desarrollo de personaje, ¿no? Gracias Hugo por tu terapia, *I guess.*

—Volví porque… porque no podía concebir que te pasara algo malo y no haber estado ahí para ti.

Es una versión bastante suavizada de mis sentimientos, pero bastante real.

—Podría haberme pasado cualquier cosa durante estos cinco años y tampoco habrías estado, Álex.

No es un reproche y entiendo de dónde viene ese comentario, de verdad que lo hago, pero no me lo esperaba ahora.

¿Cómo te digo que ha hecho falta que volvieras a mi vida para dejar de fingir ser la chica fuerte que todos creen conocer? ¿Cómo te cuento que me siento frágil e indefensa a mis sentimientos por ti ahora mismo?

—No tienes que contestarme si no quieres, era mera curiosidad. No pasa nada, de verdad —dice Diana antes de que tenga tiempo de responderle.

Le da al botón de reproducir la película de nuevo y yo lo aprecio. Al igual que yo siempre supe dónde estaban los límites para hablar de nuestra relación, ella siempre supo cómo protegerme de todo y creo que es lo que está haciendo ahora mismo. No ha querido continuar la conversación porque me ha visto en un debate interno muy difícil y me quiere proteger de mí misma. A pesar de todo el daño, siempre me pone a mí primero y no lo entiendo porque no me lo merezco.

Exígeme respuestas. Grítame. Dime que fui una gilipollas y lo sigo siendo… Algo, pero no me muestres que sigues teniendo esa debilidad por querer crear una burbuja a nuestro alrededor porque yo me derrito aquí mismo.

—No podía quedarme en Nueva York y hacer como si nada hubiera pasado después de volver a verte —confieso, siendo yo ahora la que para la película—. Sé que no tiene sentido alguno todo lo que he hecho y te he dicho, pero volver a verte otra vez fue…

¿Cómo lo describo? ¿Como cuando Moisés partió las aguas en dos? ¿Como cuando el Real Madrid remontó al Manchester City en aquella eliminatoria del uno por ciento? ¿Como cuando escuché por primera vez el «*should we kiss*» en aquel *reality* de música? ¿Como cuando Taylor recuperó sus másters? ¿O mejor como la primera vez que ella apareció en mi vida?

—Lo entiendo —responde Diana antes de que yo encuentre las palabras que quiero para definir este sentimiento. ¿Cómo vas a

entenderlo? ¿CÓMO? Si no lo hago ni yo—. Yo también sentí eso cuando volvimos a vernos.

Ah. Mira por donde, la que parecía segura y confiada estaba temblando tanto como yo con todo esto. Pues a lo mejor no es mala idea ser un poco sincera… Decirle algo que le haga entender que no está loca y hemos sentido las mismas cosas este tiempo. Desde la confusión hasta las mariposas en el estómago.

—Di… —Se le escapa la sonrisa en cuanto escucha el apelativo cariñoso—. Me importas y no podía quedarme en Nueva York sin hacer nada sabiendo que estabas mal.

No digo nada más, cojo el mando y subo el volumen de la película. Tiro de la manta para cubrirme hasta la barbilla, dando a entender que es todo lo que voy a confesar hoy. Se puede dar por satisfecha y… ¿qué hace? ¿por qué quita la película? ¿dónde va ahora? Mis ojos la siguen hasta que veo que rellena las dos copas de vino una última vez, terminando la botella, y me ofrece una de ellas.

—Gracias.

Doy un sorbo y en cuanto la vuelvo a posar sobre la mesa, Diana coge mi mano y se acerca en el sofá.

—A mí también me importas, Álex.

Menos mal que se ha esperado a que terminara de beber o lo habría escupido todo por la sorpresa. No se queda ahí, porque con ella nunca sabes qué es lo siguiente. En este caso, lo siguiente es dejar un dulce beso en la mejilla, prolongando el contacto con mi piel más de lo necesario, antes de volver a su esquina en el sofá y no hablar más en toda la noche.

Fuck… ¿y yo ahora qué hago con todo lo que estoy sintiendo?

Ocho semanas antes

La visita por sorpresa de su paciente había dejado a Hugo muy alterado.

Solía ser una persona que controlaba bastante bien sus emociones y, sin embargo, en este caso no lo era en absoluto. El *shock* que sentía ante los acontecimientos que le estaba tocando vivir le tenían sin saber qué hacer.

Seguía con la espalda pegada contra la puerta de seguridad de su apartamento, tratando de recuperar el aliento y sintiendo que su corazón iba a escaparse de su pecho por el ritmo irregular que no conseguía estabilizar. Cerró los ojos e inhaló profundamente, buscando la manera de calmarse con técnicas que él mismo solía enseñar a sus pacientes.

Fue ahí cuando decidió que no podía perder más tiempo en informes, necesitaba ir a la policía y contarles todo lo que sabía y darles las pruebas necesarias para poder acusarle de sus posibles delitos de una vez por todas.

Se dirigió a su despacho y comenzó a transferir todas las grabaciones de las sesiones a un pendrive. Sus manos aún temblaban por los nervios y el pánico que había sentido durante su conversación con él. Temía que, si no decía las palabras adecuadas, pudiera atacarle, por suerte, había escapado de la boca del lobo un día más.

Mientras copiaba los archivos, su mente divagó un poco y recordó la última, y única, vez que había estado en una comisaría y como en la mayoría de las historias de su vida, ese recuerdo incluía a Álex.

Había sido una de tantas noches que se alargaban más de lo previsto tras salir a tomar unas copas después de clase. Siempre por insistencia de la chica a la que le costaba poner punto y final a sus salidas argumentando un «la última y nos vamos» que duraba otras tres rondas más. Y eso llevó a que terminaran en la comisaría a las cinco de la madrugada de un jueves. Planazo.

—Eres un desastre, Álex —murmuró, frotándose los ojos mientras esperaban en la sala de recepción.

—No es mi culpa que me hayan robado la cartera —se defendió ella, apoyándose contra una columna, con claros signos de agotamiento y algo borracha.

—Robado… o perdido —aclaró Hugo con escepticismo.

—Que no, que yo no la he perdido —insistió Álex, tan cabezota como siempre.

Hugo no insistió más porque no le apetecía pelearse con su amiga a esas horas. Lo que quería era acabar con esa denuncia cuanto antes e irse a casa, por mucho que su intuición le dijera que había sido la propia Álex la que, en uno de sus despistes, había perdido la cartera. Un simpático agente no tardó en atenderles y empezar todo el procedimiento para llevar a cabo la denuncia. Denuncia que no iba a ir a ningún sitio porque, sin ningún tipo de dato sobre quién podría haberle robado, el policía no tardó en dictaminar que no podía hacer nada más que aconsejarle cancelar las tarjetas y coger cita para la renovación del DNI.

Cuando abandonaron la comisaría, Álex iba refunfuñando por lo bajo, claramente molesta por la poca atención que le habían dado, pero Hugo notó que la irritación no venía solo de lo ocurrido con su cartera. Llevaba toda la noche notándola tensa y el hecho de que no quisiera volver a casa le decía que pasaba algo que no estaba contando.

Caminaron en silencio por las calles desiertas de Madrid. La ciudad, dormida, contrastaba con la mente inquieta de su amiga a la que podía escuchar pensar unos metros más alejada en la acera.

—¿Te pasa algo? —se atrevió a preguntar Hugo.

—Nada —gruñó ella bastante malhumorada.

—Yo diría que sí…

—Nada de analizarme, no estás en clase y no soy una de tus prácticas —atacó Álex.

La seriedad de su rostro mostraba que el tiempo en la comisaría había hecho disminuir el nivel de alcohol en sangre considerablemente y las emociones, que llevaba toda la noche reprimiendo e intentando bloquear, se agolpaban sin control a las puertas de su cabeza. Iba cabizbaja, con las manos en los bolsillos y tenía una mueca triste en la cara. Hugo la acompañó hasta el portal de su apartamento y fue entonces cuando comprendió lo que ocurría.

—No quieres subir, ¿verdad? —Hugo formuló la pregunta con bastante tacto y solo obtuvo un leve asentimiento de cabeza de su amiga—. ¿Pasa algo?

Ella se apoyó contra la pared, dudando si responder o no. Finalmente, exhaló un suspiro y dejó caer una verdad a medias, que era mejor que ocultar todo lo que le pasaba en esos momentos.

—Diana está arriba —dijo Álex.

—¿Estáis peleadas? —intentó adivinar Hugo.

No es que Álex hablara mucho de su vida romántica con Diana, pero tanto Marcos como él sabían lo aparentemente feliz que era con su chica y que hacía mucho que la rubia se había instalado de forma casi permanente por las noches en el apartamento de Álex.

—No… no es eso —negó sin atreverse a mirarle a los ojos.

—¿Entonces? —preguntó de nuevo Hugo.

—Es complicado.

Hubo un nuevo silencio entre ellos y Hugo entendió que no iba a obtener más detalles, al menos no esa noche. Apenas le faltaban unas pocas asignaturas para terminar la carrera y había aprendido lo suficiente con los años como para saber que Álex se encontraba en un estado bastante frágil en ese momento y que estaba a punto de echarse a llorar si la presionaba un poco más.

No lo hizo. Le hubiese gustado saberlo, pero dejó su lado de psicólogo a un lado y decidió ser el amigo que ella necesitaba esa noche. El amigo que no pregunta y que sale de fiesta contigo aunque no le apetezca. El amigo que te da tu espacio y espera a que estés preparada para hablar.

—Si quieres, te invito a un trozo de pizza para terminar la noche —ofreció.

A Álex se le iluminó la cara. No solo porque no habían cenado y tenía hambre, sino porque le daba una escapatoria, durante un rato más, para no enfrentarse a los sentimientos que tenía en ese momento y la esperaban en cuanto subiera a su casa. Hugo era su compañero de batallas, la persona que más la entendía sin hablar. Se agarró a su brazo como un bote salvavidas y fue a la pizzería con la intención de alargar la noche un poco más.

Ahora, en el presente, Hugo acudía de nuevo a comisaría un poco con la misma sensación que aquella noche. Confusión y aturdimiento, solo que esta vez no era el alcohol lo que lo confundía, sino el peligro real en el que estaba envuelto.

Y un poco de enfado también, para qué mentir.

No sabía cuál era el procedimiento, por lo que le contó al hombre que estaba en la puerta un poco la situación y, ante la incredulidad de alguien que venía contando una historia tan loca, decidió pasarle directamente con su superior y que él decidiera si había algo de verdad en la historia o tenían que darle largas porque estaba loco.

—Soy el subinspector Márquez. Acompáñeme a mi mesa —indicó el hombre cuando le estrechó la mano.

Hugo asintió y lo siguió sin rechistar. Se sentía minúsculo en esa comisaría, un ambiente bastante imponente, rodeado de policías uniformados que caminaban de un lado a otro, contrastando con Márquez, que vestía vaqueros y chaqueta, proyectando una imagen más relajada, pero con una autoridad innegable.

—Cuénteme —dijo Márquez sin rodeos cuando se sentaron.

—A ver cómo le explico yo esto… —Hugo tragó saliva, organizando sus ideas y la historia que tenía que contar—. Soy psicólogo y llevo meses tratando a un paciente que creo que es peligroso. Bueno, no lo creo… ya lo tengo confirmado.

—¿Peligroso en qué sentido?

El subinspector arqueó una ceja y sacó una libreta para tomar notas como hacían los buenos policías y no solo los de las películas.

—Es agresivo, especialmente con las mujeres y ha abusado de más de una, la última hace apenas unas horas.

Hugo notaba cómo su pulso iba perdiendo firmeza y se ponía cada vez más nervioso ante el rostro impasible de Márquez.

—Son acusaciones muy graves —advirtió.

—Lo sé, y por eso estoy aquí —Hugo sacó de su mochila un pendrive y una carpeta con sus informes—. Tengo pruebas e informes que lo demuestran.

El subinspector cogió el material que le ofrecía y conectó el pendrive a su ordenador, revisando los archivos mientras Hugo le relataba los detalles de todo lo que había sacado en conclusión después de mucho investigar durante meses sobre la vida de su paciente.

—Hace meses que trato a este paciente y le aseguro que es un peligro. Hace unas horas apareció en mi casa sin previo aviso para contarme lo que le había hecho a una mujer —explicó el psicólogo.

—¿Sabe ese hombre dónde vive usted, doctor? —Márquez apartó la vista de su ordenador por primera vez.

—Sí —asintió Hugo, con el pulso acelerado—. Y el problema es que ya no me siento seguro. Trabajo en mi casa y él podría aparecer en cualquier momento. Ya me ha amenazado sutilmente para que esté de su lado.

Márquez no le respondió, en su lugar examinó uno de los documentos que había elaborado Hugo con fechas y lo que su paciente había hecho. Fue como si se le encendiera la bombilla. Dejó a Hugo en el escritorio y volvió unos minutos más tarde con unas carpetas marrones en la mano.

—Las fechas que ha documentado coinciden con algunas de nuestras denuncias de agresión a mujeres —anunció, mostrándole los informes policiales—. Puede que haya encontrado a nuestro sospechoso. Llevamos meses con este tema.

—Entonces es perfecto. Van a detenerle y se acabó toda esta historia. —Hugo sintió una chispa de esperanza al pensar que esa pesadilla se acababa ya—. Qué alivio.

—No es tan sencillo. —Márquez negó con la cabeza y dejó los papeles a un lado—. Sé cómo funciona la justicia en este país y, sin pruebas concretas ni testigos, esto no es suficiente.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Hugo volviendo a sentir que su mundo se derrumbaba.

Márquez se inclinó sobre el escritorio, pensativo. Necesitaba tiempo para escuchar las grabaciones que Hugo le había proporcionado, así como para hablar con las víctimas en busca de detalles más concretos que lo relacionaran con el paciente y encontrar suficientes pruebas reales, no solo testimonios e indicios, como para detenerle sin que ningún resquicio legal le librara de aquello. Tenía por delante un importante caso que construir, pero no podía dejar que nada lo estropeara.

—No podemos arriesgarnos a que ese hombre sepa que estás trabajando con la policía, podría arruinar todo el caso —dijo Márquez mirándole con una idea en la cabeza.

—¿Qué sugiere? ¿Que siga tratándolo? —preguntó, sintiendo un nudo de pánico en el estómago—. No sé si puedo hacerlo, no soporto estar cerca de él…

—Tengo un plan. —Márquez esbozó una sonrisa siniestra—. Pero no creo que le vaya a gustar.

Capítulo 19

No quiero odiarte

Despierto de golpe, con el pecho subiendo y bajando con rapidez mientras noto las sábanas enredadas en mis piernas. Tardo un segundo en discernir entre las imágenes de la habitación que me rodea y las de la pesadilla que aún no se ha ido de mi cabeza. Debe de ser temprano por la poca luz que entra a través de las cortinas en tonos beige que tapan el ventanal de cristal. Diría que incluso está amaneciendo por el tono naranja que parece haber en la atmósfera.

Con los músculos de mi cuerpo aún bastante tensos, estiro la mano para alcanzar el móvil que suelo dejar debajo de la almohada. Sí, mal hecho, lo sé. No es que yo descanse muy bien de todas formas y no es precisamente culpa de las ondas de ese aparato bajo mi cabeza. El caso es que pretendo distraerme un poco así que voy directa a mi cuenta de Instagram. Nada mejor para atontar las neuronas que pasar *stories* una tras otra sin hacerles mucho caso.

Ahora que lo pienso… no sigo a Diana. Bueno, no es que no la siga, es que la bloqueé cuando nos separamos y no he vuelto ni a acercarme a esa cuenta de Instagram. ¿Podría…? ¿Cómo de malo sería echar un vistazo y ver qué ha subido en estos años?

Pulso el botón de desbloquear, dejándome llevar por el ansia de información que siento desde hace días en todo lo que respecta a mi ex pareja. Madre mía, cuánta cantidad de fotos tiene subidas. Tengo aquí contenido para un buen rato… Así que empiezo a deslizar en su *feed* para deleitarme con todas las imágenes. Me sorprende ver que ha cambiado mucho de color de pelo estos años. Un pelirrojo atrevido que le sienta de maravilla y la hace sexy, un marrón chocolate que la hace más adulta y un tono de rubio platino

que la convierte en una *femme fatale* —más aún. Todos los *looks* le sientan bien, no puedo negarlo y es que con esa cara, tampoco me extraña. Sigue sabiendo posar en las fotos de una forma que atrapa. Es que no puedes dejar de mirar la naturalidad que la hace tan única y que me saca una sonrisa de buena mañana, haciendo que se me olviden las pesadillas que he tenido. Ver su vida en fragmentos tan nítidos solo consigue que las preguntas se agolpen en mi cabeza y me den ganas de saber más sobre ella. ¿Cuánto me he perdido en este tiempo? ¿Cuánto has cambiado? ¿Sigues siendo fan de las mismas cosas? ¿Sigues teniendo predilección por los animales?

Siento que la conversación de anoche abrió las puertas a una confianza y una nueva etapa en nuestra… ¿relación? actual y no sé cómo gestionarla. Bloqueo de nuevo el móvil y lo dejo a un lado. Lo mejor será tomarme un café que me despierte y me despeje la cabeza.

Uf… me pesa el cuerpo y… Joder, Diana ya está despierta. La veo sentada de espaldas en la isla de la cocina. El olor que nos rodea me indica que ya se ha encargado de preparar ella el café hoy. ¿Cuánto rato llevará aquí sin dormir? Vaya dos estamos hechas con los horarios de sueños que llevamos.

—Buenos días —anuncio flojito para que no se asuste.

—Buenos días, Álex —responde con una leve elevación de la comisura de su labio.

Señala la cafetera que está sobre la encimera para indicarme que me sirva uno. Como en mi casa. No suena mal, ¿no? Cojo el taburete que hay frente a ella para sentarme y disfrutar de mi café en silencio. Hace rato que la tensión y la rabia entre nosotras ha desaparecido, dejando lugar a nuevos sentimientos entre los que navegamos como podemos, intentando no hundirnos en un mar sin respuestas. Me pierdo en la oscuridad del remolino que se forma en mi taza cuando no paro de mover la cucharilla perdida en mis pensamientos. Siempre he tenido cierta facilidad para enfrentar los problemas en el ámbito laboral o universitario, organizando estrategias y resolviendo conflictos, ahora, cuando entran en juego los sentimientos… tiendo a bloquearme.

Mejor me quedo callada. Si no hablo, no puedo cagarla.

—He estado pensando en lo que pasó ayer. —Diana debe de ver la cara de pánico que se me ha puesto al pensar que quiera retomar la conversación que anoche volvió a quedarse a medias y hace una aclaración—. En la comisaría, Álex.

Menos mal, bala esquivada. Volvemos al tema de Hugo y no a nosotras.

—A ti también te pareció muy raro cómo nos despacharon de ahí, ¿verdad? —intuyo, porque yo también le he dado vueltas y de hecho es uno de los motivos por los que no he dormido.

—Vaya, veo que a ti también te ha robado el sueño este tema —responde Diana mirándome a los ojos y, conociéndola, analizando mi mala cara—. Aunque a ti las ojeras te sientan mejor que a mí, estás guapa aun sin dormir.

Guau, gracias. ¿Y estas confianzas? ¿Va a decir ahora todo lo que se le pasa por la cabeza? Mejor desviamos el tema un poquito…

—Lo que pasa es que aún estás un poco dormida y no ves bien —digo, restándole importancia a ese cumplido.

Ella se ríe y yo recuerdo que estos piques tontos siempre le han puesto de muy buen humor. Lejos del rencor y el odio, muestran una confianza y cariño que se consolida conforme pasan los días.

—Hay muchas cosas que no me cuadran de nuestra visita a la comisaría —continúa Diana volviendo al tema importante aquí—. Lo primero de todo, la forma en la que se comportó el subinspector cuando buscó el caso de Hugo. Y segundo, el hecho de que llamara al comisario de esa manera tan abrupta. Un comisario no se pone a esas horas a hablar con dos civiles por un caso que lleva cerrado más de un mes.

—Te dejas lo más importante —puntualizo con ganas de aportar a este misterio alguna respuesta—. El comisario dijo que no iba a permitir que dos mujeres le jodieran el trabajo de meses y que había mucho en juego.

—Cierto…

—¿Cómo pueden llevar meses con eso si Hugo no murió hace tanto? —Le pregunto y veo cómo se le va iluminando la cara por entender a dónde quiero llegar—. Si no pasara nada raro, nos

habrían pedido los datos, preguntando qué pasaba... algo ¿no? Fue teclear el nombre de Hugo en la base de datos y adiós muy buenas.

—Esconden algo, no tengo duda. La gran pregunta es ¿el qué?

—No lo sé —suspiro—. Le he dado vueltas esta noche y no termino de ver la *big picture* aquí.

—¿Recuerdas cuánto me gustaba hacer presentaciones en PowerPoint en la universidad? —Ay, madre, no sé cuántas de esas presentaciones me ha hecho en mi vida. ¡Hasta para convencerme de ir a algún destino de viaje!—. Quizás no nos venga mal hacer una con toda la información que tenemos para ver qué se nos escapa.

Es alucinante la habilidad que ha tenido siempre esta personita de hacer divertida cualquier tarea que tuviera que hacer.

—Eres la versión actualizada y moderna de los detectives de las películas con su pared llena de *post-its*, cuerdas y fotos —me burlo.

—Y soy más guapa —dice con el pecho hinchado.

—Y eres más guapa —río yo por su actitud.

A cada uno hay que reconocerle sus verdades y ella guapa es un rato. Mi respuesta debe de encantarle porque sus mejillas se han sonrosado muy rápido.

—Tú ríete de mi forma de trabajar, pero si consigo encontrar algo me debes una cena.

Se levanta de la silla para ir al salón a ponerse con esa nueva tarea sin perder un segundo.

—¿Y si lo encuentro yo primero? —pregunto cogiendo su brazo para frenarla.

—Entonces te invito yo a cenar —responde como si fuera una obviedad.

—El caso es que tú ganas, ¿no?

Tiene un morro…

—No te hagas la dura, tú también ganas en esta apuesta, pero está bien, te dejo elegir qué pasa si lo encuentras tú.

Y con esas me deja aquí como una tonta. ¿De verdad quiero pensar en otro plan y no aceptar esa cena? No suena tan mal, ¿no?

Uy, que me coge la delantera porque la veo ya sentarse con su portátil en el escritorio que hay en el salón sumida en su propia misión. Hago dos intentos de convencerla de que se vaya al sofá que estará más cómoda y sus costillas sufrirán menos. Dos intentos inútiles porque guapa es un rato y cabezona también. Es que ni me escucha la tía mirando su ordenador. No entiendo cómo a alguien le gusta tanto hacer presentaciones como a esta persona. Va a ganar la apuesta de calle como yo no me centre, cosa difícil de hacer porque no dejo de mirarla.

Me pierdo en esa imagen de ella en la mesa y es inevitable que mi mente viaje a todas las tardes en la biblioteca estudiando cuando estábamos en la universidad. En concreto se viene a mi cabeza un día en el que no sé cómo no me mató. Hacía un año que habíamos puesto sobre la mesa nuestros sentimientos a corazón abierto y que manteníamos una relación más comprometida. Intentaba concentrarme en esos apuntes, a sabiendas de que tan solo tenía unos días para memorizar asignaturas como Historia o Planificación de Diseño. Diana siempre se sentaba frente a mí para evitar un tonteo excesivo si se ponía a mi lado o que fuéramos más cariñosas de la cuenta.

—Para —susurró Diana sin levantar la vista de su cuaderno—. Tienes que estudiar.

—Es tu culpa. Bueno tuya y de esa camisa —me quejé, incapaz de concentrarme con ella cerca.

Me mandó a callar y volvió a centrarse en sus apuntes. Yo de verdad quise imitarla, quise ser responsable y seguir estudiando, solo que… no había manera. No lo lograba, demasiado perdida en Diana y su sonrisa.

—¿Podemos salir cinco minutos? —propuse.

—No.

—Porfa… —rogué con un puchero.

—Álex, nos hemos venido aquí porque en casa solas no estudiamos nada —me recordó ella dejando a un lado su cuaderno y mirándome. Estaba sacando fuerzas de donde no las había para ser responsable y concentrarse, por suerte no era de piedra a mis encantos y menos a mis caras de pena—. Un café y volvemos.

Y esa tarde siempre ha quedado grabada en mi memoria, no por lo que estudiamos, sino por los besos robados en el baño a pesar de que ella me mirara mal al hacerlo, las pausas para el café, los roces por debajo de la mesa y cómo se me aceleraba el corazón con solo mirarnos.

He pasado años sin sentir ese calor en el pecho y no es el hecho de no sentirlo y sí el de pensar que no iba a volver a notar esa sensación la que me tiene en una nube extraña. Flotando en las garras de la incertidumbre de mi vida. Y en un momento oscuro, lidiando con lo de Hugo, perdida en mi regreso a Madrid, Diana ha vuelto a conseguir encender la luz en la oscuridad y que empiece a sanar heridas que ni sabía que tenía.

Ahora que la tengo enfrente siento que, si me dejo llevar más, no tardaré en sentirme como aquella niña de la biblioteca, con el corazón latiendo demasiado rápido solo por una sonrisa y un roce de manos.

—¿Puedes venir? —pregunta Diana rompiendo mi momento nostálgico.

Un vistazo es suficiente para quedarme alucinada. Esta persona tiene un sinfín de notas, esquemas y líneas de tiempo con los hechos. Todo meticulosamente ordenado por colores, con textos y leyendas. ¿Cuánto rato llevo yo en mi nube para que haya hecho todo esto? Siempre ha sido buena en todo lo que se proponía y sus conocimientos de diseño le permitían hacer toda la información mucho más clara con pocas herramientas. Escucho todas sus explicaciones mientras señala cada punto con calma, desglosando todo lo que tiene, enlazando pistas y sacando conclusiones que, aunque parecen una locura, tienen demasiado sentido.

—Está vivo, Álex —dice cuando llega al último punto de su PDF.

¿Cómo… cómo va a estar vivo? ¿Qué? Ahora sí que todo parece de película americana. ¿Lo peor? Que por muy loco que pueda parecer, tiene todo el sentido del mundo. Las pistas, el testamento, los mensajes, todas las incongruencias… ¡Si ni siquiera vi su cuerpo! Es que puede ser… Como poder, puede…

Uf… No, ¿no? Estamos puto locas. No hay más.

—Diana… —Me mira esperando que suelte uno de mis característicos «pero» que ella conoce muy bien y que le voy a dar en un segundo—. Puede ser, pero…

No puedo ni terminar la frase porque no tengo un argumento que formular ante la idea que acaba de plantar frente a mis narices. ¿Me dará el universo la oportunidad de recuperar a mi mejor amigo?

—¿Pero? —insiste ella—. Sabes que todo lo que he dicho tiene sentido.

¿No te enteras que ese es el problema?

—Sí y por eso me rayo… ¿No seremos nosotras haciéndonos ilusiones por nada? —pregunto sin atreverme a mirarla—. Quiero decir, todo encaja, sí. Cuanto más lo miro, más sentido tiene, es solo que no quiero hacerme ilusiones y que luego…

—Lo sé —interrumpe Diana cogiendo mi mano en un gesto que empieza a hacerse habitual cuando queremos calmarnos y que cumple su función—. Álex, yo también tengo miedo porque es muy loco. Y sé que tú también, aunque no quieras reconocerlo. No es que dudes de la información, es que temes equivocarte… o permitirte creer en algo que podría romperte de nuevo.

—No quiero perderle dos veces por una ilusión…

—Te prometo que no lo harás —insiste ella entrelazando nuestros dedos—. Estoy convencida de que tengo razón en esto.

—No puedes prometerme algo tan… enrevesado.

Por decir una palabra.

—¿Por qué no puedo si creo que es cierto?

¿Te doy la respuesta sincera o me invento una excusa para salir del paso de esta situación? Venga, vamos con la sinceridad que tampoco me ha ido tan mal estos últimos días.

—Porque no quiero odiarte ahora mismo, Diana —admito con la voz un poco rota por la confesión que sale desde mis entrañas—. Me he pasado mucho tiempo haciéndolo y no quiero volver a ese punto. Si me prometes que mi mejor amigo está vivo y luego no… Será como perderle por segunda vez y no quiero culparte por mi dolor. No quiero odiarte, de verdad que no quiero.

Es la primera vez que dejo al aire mis sentimientos de una forma tan clara. Me gustan las sensaciones que estamos cogiendo

entre nosotras, nuestra manera de movernos y las bromas. No quiero volver a lo que sentía hace unos meses, quiero seguir explorando esto de alguna manera.

—Te lo prometo —repite sin titubear. No lo dice a la ligera y por si no me queda claro, se pone de pie para que nuestros ojos queden a la misma altura y transmitirme una confianza que necesito en estos momentos—. Lo último que quiero en esta vida es que me odies, Álex. Eso sí que no podría volver a vivirlo.

Nuestros ojos siguen fijos en la otra, intentando encontrar las fuerzas en ese color que tantas veces nos ha salvado de nosotras mismas en los peores momentos. No sé cómo lo hace, juro que no, porque por más tiempo que pase, consigue que se me olvide todo lo que no sea nosotras dos. Diana está tan segura de que tiene razón que está dispuesta a arriesgar lo que sea que está creciendo entre nosotras. Y es esa certeza la que me produce un vértigo terrible. Yo intento mantener los pies en el suelo y no dejarme llevar por la vorágine que me está consumiendo en mi interior. Un abismo de recuerdos, de palabras no dichas, de promesas rotas y sentimientos que no han llegado a extinguirse mucho. Si le doy la razón, si acepto que es todo cierto…

Leyendo mi lenguaje corporal y mis dudas, Diana se acerca y me abraza y yo no me he sentido nunca tan en casa como ahora. Y en ese momento lo entiendo todo. Ya no hay marcha atrás. El punto de no retorno de esta historia fue mi vuelta a Madrid tras su ataque y ahora todo esto se siente inevitable.

Tan inevitable como mis sentimientos por Diana.

Seis semanas antes

Decir que Hugo estaba desquiciado ante la propuesta que el subinspector Márquez le había hecho unas semanas atrás era quedarse muy corto. Le había dado un plazo para aceptarla y él seguía sin saber qué hacer. Su mente iba a mil por hora, analizando cada opción y, especialmente, las consecuencias de todo lo que podía pasar si decía que sí a esa descabellada idea.

No, más que eso. Era una auténtica locura que solo había visto en las películas de Hollywood y, muchas veces, en los culebrones turcos. Y tampoco eran cosas que salieran muy bien la mayoría de las veces. ¿Cómo iba a hacer eso? ¿De verdad era la única salida que le quedaba por intentar hacer el bien y ayudar a la Policía?

Y, sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más sentido tenía por más que le jodiera.

Curioso cómo a veces la solución correcta no era la mejor.

Catorce días habían pasado desde la primera propuesta. Cinco desde que había vuelto a visitar la comisaría para que le contaran más detalles, en caso de aceptarla porque ya empezaba a entender que no le iba a quedar otra opción. La sensación de peligro no había hecho más que crecer en ese tiempo. No se sentía nada seguro en su propia casa y temía que el paciente se presentara en cualquier momento ahí. Cada vez que el ascensor se detenía en su planta, cada vez que escuchaba pasos en el pasillo, su cuerpo entraba en estado de alerta. Su paciente no era cualquier hombre. Tenía recursos, contactos, formas de enterarse de todo. Si sospechaba que algo iba mal, no se quedaría de brazos cruzados. Y Hugo lo sabía.

Si desaparecía sin más, su paciente iría a buscarlo. Lo rastrearía y querría saber qué había pasado para que no le hubiera entregado el informe que le había prometido la última vez. El tiempo se iba acabando y el tictac del reloj solo le producía ansiedad. Qué irónico que el psicólogo no supiera controlar esa ansiedad de ninguna de las maneras, pero claro, en la universidad no te preparan para algo así ni por asomo.

Por mucho que no le gustara la solución, la única forma de protegerse y, a la vez, dar tiempo a la policía para seguirle la pista y recolectar pruebas, era hacerle creer que ya no existía.

Porque ese era el plan maestro del subinspector Márquez, hacerle desaparecer de la faz de la tierra y no de cualquier manera. No. Lo que harían sería fingir su muerte para que nadie le buscara. Era la única manera de conseguir las pruebas que necesitaban ya que no era un trabajo que fueran a hacer en un par de días y pudieran tenerle vigilado mientras tanto. La policía necesitaba construir un caso sólido antes de poder detenerle, asegurarse de que todas las pruebas eran lo suficientemente contundentes como para que no pudiera escaparse por ningún resquicio legal. Y, mientras tanto, Hugo tendría que desaparecer de la manera más cruel posible para sus amigos y familiares.

La mera idea le quitaba el sueño.

Había pasado noches y más noches intentando entender cómo iban a sentirse sus amigos, su madre… Era una crueldad hacerles eso. La pérdida de un ser querido era una de las pocas emociones que casi nadie sabía gestionar y él iba a provocar que mucha gente a la que quería la experimentara por su culpa.

Maldijo el momento en el que había aceptado a aquel paciente.

Y a pesar de todo ese dolor, a pesar de saber que era destrozar a muchos por dentro… sabía que era la decisión correcta. Esa decisión iba a ayudar a muchas mujeres a estar a salvo y a sus víctimas a poder obtener justicia. Aquel tipejo debía de pagar por todo el daño causado y había que impedir que siguiera haciéndolo. Pero, aun así, no podía evitar pensar en lo que todo esto supondría para su propia vida.

Un día lo tenía clarísimo y al otro dudaba. ¿Cómo no iba a hacerlo cuando las preguntas no paraban de repetirse en su cabeza cada vez que planteaba los pros y contras de la decisión?

¿Cómo iba a hacer esto?

¿Cómo iba a mirar a la cara a Marcos, a Diana y a Álex y saber que pronto tendrían que llorar su falsa muerte?

Suspiró destrozado y se tumbó en el sofá que muchos de sus pacientes habían ocupado tarde sí y tarde no en su despacho. Tragó saliva con dificultad y se echó a llorar para sacar todas las emociones que había ido acumulando. Deseó tener su propio terapeuta que le gestionara sus emociones en ese momento tan extraño que estaba viviendo.

Dudó mucho sobre si contarle a sus amigos lo que estaba pasando. Lo había mantenido en secreto para ser fiel a su secreto profesional y se estaba arrepintiendo. Ya no podía hacerlo porque no iban a entender nada y contarles eso era ponerles también en peligro. No. No se merecían llorar su muerte, pero mucho menos estar en peligro por su culpa. En su proceso de intentar planear todo lo que iba a pasar, Hugo se imaginó cómo iban sus personas más cercanas a sufrir su muerte. Si les conocía como creía que lo hacía, Marcos entraría en modo protector con todos sus amigos para evitar que volviera a suceder lo mismo. Seguramente se culparía por no haberlo visto e intentaría seguir adelante cuanto antes.

Y Álex… Álex simplemente se rompería en mil pedazos y eso le mataba. Nunca gestionaba sus emociones y no las expresaba ni las comentaba con sus amigos. Solo alguna vez puntual se había abierto con él y ahora él no iba a estar para ser su pañuelo de lágrimas. Le dolía mucho hacerle eso a ella, pero no le quedaba otra.

Por su bien y por el de todos los que conocía, tenía que quedarse callado y no contarles lo que estaba ocurriendo en realidad. Cerró los ojos mientras se cubría el rostro con sus manos para difuminar las lágrimas que hacía rato que no paraban de caer.

La frase que más se repetía a sí mismo era «lo estoy haciendo por un bien mayor. Lo estoy haciendo por ellas. Lo estoy haciendo porque alguien tiene que hacerlo». La decía una y otra vez como un mantra para convencerse de lo que estaba haciendo, pero la culpa

se enroscaba en su pecho como una serpiente venenosa, robándole el aire y dejándole sin capacidad de pensar más.

Exhaló con fuerza y supo que necesitaba salir de esa casa y despejarse antes de que el mundo se le viniera encima. Cogió su chaqueta de cuero favorita y salió de casa sin rumbo fijo, caminando por las calles de su barrio que tanto le gustaban y que no sabía cuándo volvería a recorrer.

Su cabeza estaba a punto de estallar y no ayudaba que sintiera que Madrid estaba más bulliciosa de lo habitual, o quizás solo era él, que sentía que todo a su alrededor iba demasiado rápido. Que el mundo seguía girando mientras él sentía que estaba al borde de la nada, al borde del salto definitivo al precipicio.

Sin saber cómo, quizás porque su cuerpo se lo pedía, terminó sentado en la terraza de un bar. No era un sitio que soliera frecuentar, pero para tomarse una copa tampoco le hacía falta el sitio más elegante de la ciudad. No era de los que ahogaban sus problemas en alcohol, aunque en ese momento, cualquier distracción era bienvenida.

—¿Hugo? —preguntó una voz de mujer, más que conocida para él, a sus espaldas.

Giró la cabeza inmediatamente y se encontró con Diana, que lo miraba con una mezcla de sorpresa y curiosidad de verle ahí solo.

—Ho… Hola, Diana —murmuró siendo consciente de que se estaba tomando una copa a las cuatro de la tarde solo en un bar—. Vaya, qué casualidad.

La sonrisa forzada y toda la situación hicieron saltar las alarmas de Diana, quien le conocía muy bien. Ladeó la cabeza y se quedó mirándolo. No tardó ni un momento en notar los ojos rojos de su amigo, producto de las lágrimas que había soltado en su piso.

—No pareces, precisamente, feliz de encontrarme —comentó con un deje de burla, pero sin perder la expresión de preocupación por él.

Hugo suspiró y apartó la copa, como si de pronto le molestara tener que mentirle a ella. Joder, es que se había centrado tanto en Álex y Marcos que no había pensado cómo se lo iba a tomar Diana. Le había costado años superar la pérdida de Álex, luego había tenido

que lidiar con la pérdida de su familia al confesarles su sexualidad y ahora iba a perderle a él, su persona de confianza.

—No es eso —dijo atormentado sin poder mirarla a los ojos—. Solo… estoy teniendo un día complicado.

En lugar de preguntar o agobiarle, Diana cogió una silla y se sentó a su lado. Llamó al camarero y pidió un vodka con limón para acompañarle.

—Todos tenemos días de mierda —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Quieres hablar de ello?

Hugo soltó una risa amarga.

Ojalá pudiera contárselo.

Ojalá pudiera advertirle para que supiera que no tenía que llorar cuando le contaran que había muerto.

—No creo que quieras escucharlo —respondió, intentando sonar desenfadado.

—Pruébame.

Diana podía ser muy persuasiva y él lo sabía. Al igual que sabía que contarle la verdad haría que Diana, justiciera de todas las causas, se convirtiera en una aliada en todo eso y le quisiera ayudar.

Le tocaba mentir otra vez y fingir que no pasaba nada, que no estaba a punto de dinamitar toda su vida y la de los que le rodeaban.

Tenía que hacerlo solo por mucho que le doliera. Así que simplemente negó con la cabeza y cogió su copa de nuevo.

—De verdad, Diana. No pasa nada —dijo levantando la copa para que brindara con él.

—Hugo…

—Porfa, no sigas —rogó él.

Diana supo que había algo más, pero no insistió. Él nunca la había presionado para hablar y ella no iba a hacerlo tampoco.

—Si cambias de opinión, sabes dónde encontrarme —dijo chocando su vaso con la copa de él.

Hugo asintió con una sonrisa débil, sintiéndose más solo que nunca ante toda esa situación.

Capítulo 20

Las migas de pan

Hace rato que no decimos ni una palabra. Solo nos miramos y lo más curioso es que no hay una tensión extraña como había al principio. No, lo que hay en todo caso es tensión de la buena, de la que se quema entre las sábanas cuando decides liberarla. No creo que estemos en ese punto ni mucho menos, lo que pasa es que sí que hemos conseguido llegar a este estado intermedio donde podemos hablar de nuestros sentimientos con un nivel de comprensión que ambas desearíamos haber tenido años atrás.

Podría seguir horas así, perdida en ese verde color bosque que me enamoró y que sigue tan mágico y profundo como para hipnotizar a cualquiera que dedique un momento a dejarse llevar por ellos. Tampoco Diana se mueve y me hace preguntarme si ella también quiere dar ese paso, si también está pensando como yo en todas las consecuencias que tendría que rompamos los veinte centímetros que separan nuestras bocas.

—Álex… —susurra y sin decir nada más sé que me está advirtiendo que frene esto de alguna manera.

—Deberíamos… ¿centrarnos?

Sí… Tienes razón. No puedo dejarme llevar así. O sí…

—Sí. —Y para mi desgracia es ella la que se aleja para volver a sentarse en el escritorio—. Ahora que sabemos o creemos saber que Hugo está vivo, ¿dónde demonios creemos que se ha metido?

Anda, mira. No es tan lista la niña y me sigue necesitando si aún no ha hilado en su presentación los datos para descubrir dónde podría estar nuestro amigo.

—¿No lo sabes? —pregunto con una mueca divertida.

—Intuyo por tu chulería que tú si —adivina, fastidiada por cómo me estoy paseando conteniendo esta información para que me la tenga que rogar—. Álex, habla.

—Parece que voy ganando esa apuesta…

—No vas a ganar nada si te mato antes por esa actitud. —Sigue siendo tan divertido hacerla desesperarse como el primer día —. Hace cinco minutos ni querías aceptar que estuviera vivo.

—Reconoce que he ganado y te lo digo —insisto.

—Habla ya —pide con impaciencia.

—A ver, ¿dónde fue el concierto de *Starlight*? ¿Dónde se desarrolla la última película de Chris Benson? ¿A qué ciudad fui con él la primera vez que se sacó el carnet de conducir?

Estoy intentando que ella vea la respuesta sola para comprobar que no estoy loca por haberlo deducido tan rápido.

—Barcelona…

Así es.

Todas las pistas extrañas que nos hicieron sospechar al principio y que no cuadraban con la vida y la personalidad de Hugo ahora encajan de nuevo para darnos la localización del mapa de su paradero. Tiene que ser eso.

—Barcelona —repito yo al sentir el peso de la confirmación por su parte en mi pecho—. Nos ha ido dejando migas de pan todo este tiempo para que las encontráramos, Diana.

Ahora mismo es el meme de la mujer con los números alrededor de la cabeza con la diferencia de que ella está pensando qué hacer con lo que sabemos.

—Nos vamos —anuncia girándose para mirar en su ordenador la manera más rápida de llegar a Barcelona.

Vamos a ver, Diana, ¿qué dices? ¿Cómo vamos a irnos así como así a la aventura? Nos falta información, mucha información.

—¿Estás loca? —pregunto cuando veo que habla en serio—. No podemos irnos así, sin más. Sin un plan, sin saber dónde buscar o dónde podríamos encontrarle…

—Álex, aquí ya no hacemos nada —me interrumpe Diana bastante seria y yo con esa cara ya no puedo cuestionarla más—.

Sabemos que está ahí, ¿no? Pues vamos y ya improvisamos sobre la marcha como hemos ido haciendo hasta ahora.

Mis ojos amenazan con salirse de sus cuencas por la absurda idea que está teniendo. La idea de que Hugo esté vivo, por mucho que parezca tener sentido, es una locura. Si le añadimos lo de irnos de aventura a otra ciudad… pues un cuadro. Yo soy una persona que necesita tenerlo todo planificado y bajo control y Diana pretende que yo me lance al vacío sin paracaídas. Ya éramos así en el pasado. El mix perfecto para llegar al punto medio de nuestra, a veces, opuesta personalidad.

—Si no quieres venir conmigo, lo entiendo. No te preocupes —responde algo decepcionada por mi silencio.

Rompe la conexión de nuestras miradas y suelta el agarre de nuestras manos para volver al escritorio a mirar algo en su ordenador. ¿Cómo puede ser que mi piel ya se sienta huérfana sin la suya solo por los pocos contactos que hemos tenido? ¿Y esa carita de pena que ha puesto? Me está prometiendo que mi mejor amigo está vivo con toda su ilusión y yo ya no sé si de verdad es que quiero creerla, si tiene fundamento o si esta chica está dispuesta a hacer lo que sea con tal de que yo sonría un poco. La segunda opción suena muy idílica ahora mismo aunque conociendo a Diana también podría ser bastante acertada.

¿Y si me equivoco? ¿Y si ella se equivoca? ¿Estamos usando toda esta historia para pasar más tiempo juntas porque nos da miedo lo que va a pasar cuando tengamos que separarnos? Nunca he sido yo de quedarme con la duda o con las ganas… O al menos solía serlo. No quise quedarme con la duda de si mis sentimientos por Diana eran mutuos la noche que me atreví a besarla, impulsada por el alcohol, a pesar de saber que podía joder nuestra relación. Y quitando la sucesión de hechos que tuvimos los siguientes años y cómo terminamos, no me arrepiento de arriesgarme. ¿Podría ahora hacer lo mismo? ¿Podría tirarme a la piscina y no quedarme con la duda de todo lo de Hugo? Desde luego volver a mi vida en Nueva York no suena posible ahora mismo sin obtener respuestas…

—Está bien, iré contigo —cedo, exhalando con resignación.

No le sorprende, al contrario, se muerde el labio para contener la sonrisa de suficiencia de quien ya sabía la respuesta antes de que la pronunciara. Dios, es que me cae tan mal esta persona y odio que me conozca tan bien.

—Sabías que iba a decir que sí, ¿verdad? —pregunto.

—Lo imaginaba —responde girando el ordenador sin darle mayor importancia—. Los trenes están todos llenos y supongo que sigues odiando volar, ¿no?

¿Hay algún dato que Diana haya olvidado sobre mí? Es bonito, no lo niego. Lo que pasa que me hace sentir como una mierda que yo me haya pasado tanto tiempo tratando de eliminar todo lo que tuviera que ver con ella y, por el contrario, Diana ni lo haya intentado.

—Vístete y recoge tus cosas —ordena levantándose con el ordenador en su mano y saliendo del salón—. Nos vamos ya, Álex, y conduces tú.

—¿Nos vamos en coche? —pregunto algo confusa, siguiéndola por el pasillo.

—Sí —responde sin girarse—. Mañana es Sant Jordi y está todo completo. En coche tardaremos unas cuatro o cinco horas, es la forma más rápida de llegar ahora mismo.

Vamos a ver, ¿cómo vamos a ir en coche? No podemos estar cinco horas encerradas en un mini espacio sin ningún tipo de escapatoria si hay una conversación incómoda o que no me apetezca tener. Es como meterme yo sola en la boca del lobo teniendo en cuenta lo que le gusta a esta persona ahora hablar de sentimientos y nuestra relación. ¡Que me va a explotar en la cara como haga eso! Por no hablar de que no me gusta improvisar así los planes. No, no. Yo quiero tener todo medido al milímetro, saber en qué gasolineras puedo parar, el trayecto, cuántos peajes hay de camino… Genial que Diana sea una cabra loca y vaya sin mirar nada, pero yo no soy así, que luego pasa lo que pasa.

—¿Álex? —La voz de Diana me saca de mis pensamientos—. ¿Puedes venir a ayudarme a bajar mi maleta del armario?

Suspiro y sigo su voz por instinto, sin darme cuenta de que voy directa hacia la habitación de Diana, la única de la casa en la

que aún no me había atrevido a entrar. En parte por miedo de profanar un espacio tan íntimo sin permiso, aunque también por lo que pueda encontrar ahí. No sé decirle que no y menos si necesita mi ayuda porque físicamente no puede coger su maleta. En cuanto cruzo la puerta, el aroma de Diana está por todos lados. Ese perfume dulce que tanto me gustaba y que debe de haber seguido manteniendo. No me extraña, era perfecto para ella. La habitación, al igual que el resto de la casa, está decorada con un gusto por encima del que tenemos el resto de los mortales. No hay nada fuera de lugar y es curioso cómo consigue mezclar esa elegancia con detalles personales como fotografías, LEGOs y regalos de todo tipo. No pasa desapercibido para mí que encima de la cómoda tiene un peluche de un dálmata. Sigue teniéndolo… ¿Cómo vas a haber guardado eso tantos años? Y no solo eso, ¿cómo vas a tenerlo ahí para verlo todas las noches antes de dormir? ¿Por qué has decidido torturarte así tantos años? Recuerdo que Diana estaba al borde del colapso estudiando para los exámenes finales en la biblioteca el día que se lo regalé. Yo ni siquiera había ido con ella, estaba sola porque sabía que necesitaba concentrarse y yo no iba a ayudar. Lo que pasa es que entró en pánico y no salía del bucle de pensar que iba a suspender, así que me planté en esa biblioteca para sacarla de ahí y que se diera un paseo. En mi intento de calmarla, la llevé a comprar chucherías —¿seguirán siendo las sandías sus favoritas?—, vi el peluche y, sabiendo lo que le gustaban los dálmatas, se lo compré por sorpresa. La sonrisa y el abrazo que nos dimos en ese momento no solo hizo que yo me quedara en estado líquido en el sitio, sino que a ella le dio la fuerza que necesitaba para seguir estudiando. Y aquí sigue el maldito perro, volviendo a hacer que yo me derrita en el sitio.

—Es esa —anuncia señalando la maleta que está en lo alto del armario—. No puedo estirarme por las costillas.

—No te preocupes.

Cojo la maleta y se la dejo sobre la cama antes de marcharme de esa habitación en un intento de no ver nada más que me traiga recuerdos que me están poniendo la piel de gallina más de lo necesario. Como si no estuviera yo bastante alterada ya con las

emociones como para que Diana me las siga alterando. Una tregua, señor. No pido tanto…

Hago lo propio con mis cosas y recojo todo, sin saber si voy a volver a poner un pie en este piso antes de dirigirnos al coche de Hugo. Aquí es cuando descubro que sí, que muy guay lo de tener un deportivo y todo eso de cara a la galería. Lo que nadie te cuenta es que el maletero es una mierda y no hay manera de encajar nuestras pertenencias en ese espacio. Anda, mira, como yo. Una apariencia perfecta para todo el mundo con una mierda de mundo interior porque no he querido guardar nada ahí dentro. O eso pensaba yo porque como Diana siga mirándome con esa cara voy a necesitar un tráiler para gestionar todos mis sentimientos interiores.

Cinturones puestos, GPS con dirección Barcelona y *playlist* de música para pasar un buen rato. Todo listo. Bueno, todo menos yo misma. No pasa nada, fingiremos que sí. Diana me deja espacio y tiempo para conducir y perderme en mi cabeza. Escucho la voz de la chica que me va dando indicaciones y solo puedo pensar lo fácil que sería que alguien te diera esas indicaciones en la vida real, ¿verdad? «Vuelva con su ex», «cambie de sentido en la siguiente salida y vuelva a Nueva York» y así yo me ahorro la de vueltas que le estoy dando a la cabeza ahora mismo. Las indicaciones se han ido reduciendo desde el momento en el que por fin entramos en la autopista que nos llevará a Barcelona. Para el poco tiempo que llevamos en el coche, ya noto que Diana no para de moverse de un lado a otro, buscando una postura en la que no le duela la costilla o alguno de los hematomas que aún tiene por su cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunta Diana.

Puede ser que sus dolores físicos y evidentes sean tan obvios como mis heridas emocionales, de otra forma no puedo entender que siempre sepa los momentos en los que más me estoy comiendo la cabeza.

—Eso tendría que preguntártelo yo a ti —respondo, sin desviar la vista de la carretera—. No has parado de moverte desde que hemos salido.

—Lo mío es físico, nada que el tiempo o unas pastillas no ayude a curar —responde con intención, porque pillo el doble

sentido al vuelo.

Si está esperando que reaccione o me abra aquí va apañada. No. Ya sabía yo que era mala idea encerrarse en un coche con ella. No han pasado ni dos horas y ya quiere que hablemos de temas sensibles. Aquí no pasa nada, Diana. Vamos a seguir conduciendo y…

—Álex… ¿puedes dejar de fingir que todo está bien?

Posa su mano sobre la mía en la palanca de cambio y yo pego un respingo del susto.

Nada, que no lo deja pasar.

El silencio se adueña del coche y ella debe de entender que no voy a hablar ahora mismo de ese tema. Alejo mi mano de la suya y la poso en el volante. Mejor las dejo aquí y evito posibles contactos inesperados que hagan saltar todas mis alarmas y perder el control de mis sentimientos. Diana suspira y decide centrar la atención en su móvil. Siento decepcionarte una vez más, Di, pero no puedo hacerlo ahora mismo. Ojalá ser capaz de mantener una conversación más profunda contigo sin desmoronarme, y conducir llorando es peligroso. Lo hago por nosotras, creéme.

Por el rabillo del ojo veo cómo quita mi música cuando enchufa su móvil a la pantalla táctil del coche. La dejo que reproduzca lo que quiera, es lo menos que puedo hacer después de castigarla con este silencio que ni yo misma entiendo. Van pasando canciones pop en español y en inglés y entiendo que, una vez más, es mala idea dejarla hacer cualquier cosa a mi alrededor porque hasta su música me gusta. Bueno, es que siempre tuvimos un gusto parecido. ¿Cuántos grupos habrá descubierto y yo me he perdido por el camino? ¿Me pasará sus *playlists* si se lo pido? Es entonces cuando empiezo a escuchar las primeras notas de una canción más que conocida por las dos. De verdad, es que tiene todo el valor que a mí me falta porque con toda su cara acaba de poner *Complicated* de Avril Lavigne. Y es que es un himno de los 2000 que las dos hemos cantado a pleno pulmón mil veces en casa, lo que pasa que en este caso la letra… ¿Me está tirando indirectas?

Es imposible no pensarlo mientras el verso habla sobre gustarle mi forma de ser mientras conduzco. Nada sutil la rubia

dadas las circunstancias, ¿no? Las siguientes estrofas hablan sobre cómo me he convertido en otra persona muy diferente a la que solía ser cuando estoy rodeada… Pues sí, para qué te lo voy a negar, Diana.

La miro de reojo y la veo empezar a cantar poco a poco, como invitándome también a mí a hacerlo. No me hagas esto que soy débil a los clásicos del pop. Y a ti. Pasa la primera estrofa y llega el estribillo y ahí ella ya no contiene las ganas de gritar.

Mira, a tomar por culo, yo también quiero cantar mis dos líneas favoritas de la canción y chillar a pleno pulmón que me fui e hice todo mucho más complicado de lo que ya era.

Y una canción que en el pasado no era más que una melodía que nos encantaba, pasa a ser un poco reflejo de lo que hemos vivido. Con ella cantando al pie de la letra lo frustrada que se ha sentido con todo lo que ha ocurrido, con mi forma de comportarme y de marcharme…

Termina de sentenciarme al girarse para mirarme en la frase que pide que le prometa que no fingí nada de lo que vivimos. ¿Eso es lo que cree? ¿Que no significó lo mismo para mí que para ella? ¿La frustra que esté fingiendo que no siento lo que no puedo controlar desde hace días? Giro mi cuerpo hacia ella para empezar a cantarle la letra, postura que ella imita al segundo, aprovechando que por una vez esté haciendo algo que me apetece. Y disfrutamos de las risas, de dejarnos la garganta en cada estribillo hasta que la última nota de la canción se esfuma en el aire y da paso a otra canción más tranquila.

Es en ese momento cuando me doy cuenta de lo bien que me siento y lo divertido que ha sido siempre cualquier cosa con ella. El aire ahora es más fresco y entra en mis pulmones mucho mejor que antes. ¿Es esto lo que se siente cuando empiezas a sentirte libre? Por mucho que haya devuelto mi vista a la carretera la mayor parte del tiempo, no se me escapa que no puede dejar de mirarme. Está tanteando el momento para preguntar algo, la conoceré yo…

—Álex, ¿por qué no has vuelto a Madrid en todos estos años? —pregunta.

No fallo, eh.

Ya podría salir otra canción chula para berrear en lugar de tener que responder a estas cosas. Supongo que se merece un poco de sinceridad por mi parte y que borre la cantidad de dudas que yo también he tenido que ir sembrando en su cabeza con mis actitudes. Medito un poco la respuesta porque decirle «el motivo está sentado a mi lado» es un poco directo. Aunque tampoco… mira, vamos a ello y a ver qué dice.

—Siempre he creído que, si volvía a Madrid, sería una tortura constante porque todo me recordaría a ti —suelto sin atreverme a mirarla, apretando el volante entre mis manos—. En Nueva York tenía una vida en la que no existías y era más fácil ignorarte y esconder la pena en mi interior. Fingir que no estaba ese sentimiento.

Por primera vez, ella no responde. No hay comentario ingenioso, no hay otra pregunta más sobre qué me pasa o qué estoy haciendo con mi vida. Solo hay un silencio que ni ella misma parece saber gestionar. La dejo pensativa porque entiendo que esté así. No había reconocido en alto el motivo de mi ausencia a nadie, ni siquiera a Hugo, creo que porque daba por hecho que todos lo sabían. ¿Cómo iba a volver a una ciudad en la que las calles me recordarían nuestros paseos, los bares nuestros besos robados y la relación con ella en general?

—Y aun así has vuelto dos veces en muy poco tiempo —murmura.

Una por Hugo, la segunda por ti, sí. Ya te lo confirmé ayer y no voy a volver a repetirlo.

—Como hagas un comentario más respecto a mi vuelta, te dejo en la próxima gasolinera —advierto.

Ella se parte de risa con una carcajada de esas que resuenan en el pecho y envuelven a todo el que la escucha. Y si quedaba alguna grieta en mis barreras por las que Diana aún no se hubiese colado, acaba de hacerlo.

Rendición.

Rendición total a ella.

Siguiendo la línea de nuestras conversaciones de este tipo, dejamos el tema a un lado, sin presionarnos más de la cuenta, y

disfrutamos de lo que queda de viaje. Aprovecho cuando la carretera es bastante recta y no tengo que estar super atenta para mirar a Diana, que se ha dormido en el asiento, y ver lo bien que le sienta la luz de la tarde en su rostro. La hace más atractiva, si es que eso está permitido. Ojalá estirar la mano y acariciar esa mandíbula tallada en mármol que siempre ha tenido. Resisto la tentación aun sabiendo que no voy a poder hacerlo si seguimos en este tira y afloja constante que provoca seísmos cada vez mayores en mi escala Richter interior.

En cuanto se despierta, la mando a buscar alojamiento en la ciudad, cosa que va a ser complicada teniendo en cuenta que es Sant Jordi. Algo habrá… Solo necesitamos un sitio donde dejar las cosas y dormir y las dos tenemos buenos sueldos, así que podremos permitirnos lo que sea.

—He encontrado un apartamento tipo *loft* bastante decente en el que podemos quedarnos —anuncia Diana mientras va deslizando en las fotos del anuncio.

—¿Cuántas camas tiene? —pregunto temiendo la respuesta.

—Una de matrimonio —responde ya intuyendo el por qué de mi pregunta.

—¿Sofá? —insisto.

—Sí, eso sí —responde.

Vale, hay sofá, estoy a salvo. Diana puede dormir en la cama para estar a gusto y descansar sin que le dé en sus heridas y yo me voy al sofá. Bueno, por sus heridas y porque estoy demasiado confusa como para tumbarme con ella al ladito como si nada. Diana se está aguantando la risa ante mi evidente sonrojo por pensar que podamos dormir juntas.

—Como veo que te preocupa dormir en la misma cama que yo debería advertirte de que sigo durmiendo sin pantalones —dice con un toque bastante sexy.

A mí se me cae la boca al suelo y me quedo sin saber qué contestar ante la imagen que acaba de implantar en mi cabeza. Es una maldita sinvergüenza que sabe darme en mis puntos débiles y está encantada de obtener estas reacciones por mi parte.

Yo ya no me veo capaz de hablar más en lo que nos queda de viaje. Lo mejor es centrarse en conducir, que ya estamos llegando y no puedo estrellar el coche ahora.

Lo más extraño de todo es que este viaje, que al principio me parecía una encerrona, solo ha conseguido que me sienta más en paz con ella y con nuestras interacciones. Cada partícula de mi ser se ha relajado y así sigue una vez aparco el coche en el parking del apartamento que hemos alquilado para unos días. Una paz que había olvidado que solo ella me daba. Mi organismo lo agradece. Está tan acostumbrado a huir y luchar como si le persiguiera un león que este nuevo estado es luz.

Como ella, que no ha borrado la sonrisa en las últimas horas. Sonrisa que se ensancha aún más cuando propone salir a cenar y yo acepto sin protestar, por una vez. No es una cita, ni mucho menos, y los nervios en mi barriga parecen querer llevarme la contraria. Por favor, estómago, relájate que hemos pasado cosas peores con ella como para ponernos así por una cena. Rebusco en mi maleta un *outfit* medio decente basado en pantalón negro y camisa blanca. Esa combinación no falla nunca y me sienta bien. ¿La voy a dejar con la boca abierta? No, pero estoy guapa. Al menos eso pienso hasta que sale del baño y me cruzo con ella en el pasillo. Joder… ¿y yo salía con esta chica? Qué suerte tuve… Es cierto que le sienta bien cualquier cosa, no obstante hoy la veo especialmente guapa con ese vestido.

—Estás… espectacular hasta llena de heridas de guerra —digo al pasar por su lado sin pararme.

O no pretendo hacerlo, porque ella vuelve a agarrar mi muñeca por inercia y me para. Aprecio que lo haya hecho ya que me permite ver lo sonrosadas que están sus mejillas por mi comentario.

—Tú también estás preciosa.

Y me suelta.

Gracias por hacerlo, que a mí se me ha olvidado hasta cómo se anda al verte mirándome así.

Vagamos sin destino por las calles de Barcelona durante casi media hora hasta que vemos un restaurante italiano muy mono, de esos que tienen lucecitas en el techo y un ambiente muy del sur.

Debemos de desprender, sin quererlo, una química bastante peculiar porque la camarera que nos lleva hasta nuestra mesa piensa que somos pareja, lo cual nos hace sonreír a las dos como tontas.

Aprovechamos para ponernos un poco al día de nuestra vida actual, dejando a un lado el pasado y a Hugo. Solo dos viejas amigas que se reencuentran después de años y tienen mucho pendiente que contar. Las sonrisas cómplices y los roces innecesarios de nuestras manos sobre la mesa nos tienen a las dos un poco ensimismadas, utilizando este universo paralelo en el que somos una nueva Álex y una nueva Diana conociéndose. Ayuda también que nos tomemos un par de copas de vino que relajan nuestra actitud y aumentan la comodidad. Ni siquiera una pequeña disputa sobre quién paga la cuenta hace explotar la burbuja en la que nos hemos metido. No está tan mal este buen rollo, o lo de seguirle el tonteo cuando Diana saca sus mejores armas. Es… divertido, guay y… me gusta. La situación y me gusta ella.

¿Acaso ha dejado de hacerlo alguna vez?

Probablemente no.

Si mañana resulta que no encontramos a Hugo y todo ha sido producto de nuestras mentes y la negación a aceptar su muerte, al menos me llevaré este momento con ella. Ni tan mal, supongo. Ya tendré tiempo de volver al pozo en el que vivía, por hoy… esto es mucho mejor.

Dejo que sea Diana, quien ha venido mucho por trabajo a Barcelona en los últimos años, la que me guíe de vuelta al apartamento. Tengo la sospecha de que hace el camino más largo de lo necesario para que pasemos más rato juntas y no tengo queja al respecto. Caminamos rozando nuestros hombros y nuestras manos de manera inocente, generando una electricidad estática que no hace más que crecer conforme nos acercamos a nuestro destino.

—Tierra llamando a Álex —bromea Diana dándome un leve codazo cuando encaramos la calle de nuestro apartamento.

—Dime —respondo sin más.

—¿Puedo saber en qué estás pensando? —pregunta mientras busca las llaves para abrir la puerta de entrada.

Pienso en ti.

En ti y en mí concretamente.

¿Cómo decírtelo para que no pienses que estoy loca por querer y a la vez no querer que pase algo?

—Solo en que me lo he pasado muy bien esta noche. —Técnicamente no estoy mintiendo—. Ha sido agradable y divertido. —Hago una pausa buscando las palabras que quiero decirle sin que suenen demasiado intensas, aunque algo en mi interior me pide que no me calle más—. De hecho…

Diana se gira a mirarme una vez ha abierto la puerta para dejarme pasar e intentar dilucidar qué estoy pensando y por qué no he terminado esa frase. Noto que los ojos se me humedecen un poco cuando derrumbo el muro de la forma más bestia para que todas las emociones que he pasado años reprimiendo se extiendan sin pudor alguno por todas las células de mi cuerpo.

Y sin decir nada, me centro en sus ojos, buscando lo mismo que noto yo en los míos. ¿Podría llamarlo amor a estas alturas? ¿Sigue siendo eso después del tiempo que llevamos separadas? No sé, lo que sí sé es que se nota el profundo cariño que nos tenemos y que no hemos borrado. Leo el miedo en su iris, el mismo que tengo yo ahora. Miedo a sentir de más. Miedo a no saber frenarlo y volver a lo que éramos.

¿Tan malo sería? Pues quizás sí y quizás no. No lo sé. Estoy aquí mirándola como una imbécil sin saber qué más hacer mientras ella… joder, se muerde el labio de forma nerviosa, y que a mí me parece muy sexy y muy atractiva. Me encantaría ser la guerrera más fuerte y que ese gesto no me afectara. Lo está haciendo y mucho, tanto como para tenerme ya a su merced sin saberlo.

Haz toda la magia que quieras y convierte la noche en algo inolvidable, Diana, por favor, haz tu magia un día más conmigo.

Como si leyera mi mente, Diana entrelaza nuestros dedos y tira de mí para que la siga por el apartamento. Acaricio el dorso de su mano, no sé si para tranquilizarla a ella o para tranquilizarme yo y frenar el pulso que se agolpa en mi garganta cuando noto la cercanía de nuestros cuerpos. Mueve su mano libre en un gesto muy dulce para apartar el flequillo que cae sobre mi frente y peinarlo hasta detrás de mi oreja.

Su magia hace efecto cuando siento que, después de años corriendo, o huyendo más bien, por fin he dejado de hacerlo. He parado a mirar las vistas y las vistas no pueden ser más maravillosas. Sin dejar de mirarme, Diana vuelve a morderse el labio y yo no puedo más, de verdad que no.

—Di… Te juro que si te muerdes el labio así una vez más no me hago responsable de mis actos —susurro con voz ronca casi sobre sus labios.

No voy a poder resistir más. O rompe esta distancia o me voy. Una opción u otra le pido porque de verdad que yo no aguanto más esta tensión. Ya lo dijo Vetusta Morla «dejarse llevar suena demasiado bien» y la maldita canción está en mi cabeza en bucle desde hace rato. Una idea descabellada, sin fundamento lógico y, sin embargo, parece la más adecuada. Así que uso mi cuerpo para acorralarla contra la pared del pasillo, anticipando mi próximo movimiento, que a ella le queda claro en cuanto mis ojos abandonan, de una vez, los suyos para ir directos a su boca.

—Álex, ¿estás segura? —pregunta.

Quiere saber que no me voy a arrepentir de esto y no la voy a culpar mañana. Es lógico después de lo perra que he sido con ella. No le voy a responder con palabras, no hace falta ahora mismo. Ella necesita otra confirmación y voy a dársela. Acuno sus mejillas con ambas manos y, sin perder más tiempo, rompo la distancia que separa nuestros labios para besarla.

Besarla para recuperar el tiempo perdido.

Y, lo más importante, besarla para borrar todas las heridas y volver a empezar.

Cinco días antes

El despacho del comisario Jorge Herrera tenía un aire asfixiante, o así se lo parecía a Hugo desde que había puesto un pie ahí. Probablemente no por el espacio físico, ya que era bastante grande, sino por la importancia y las implicaciones de lo que ahí estaba siendo discutido en esos momentos y que hacía todo más tenso e importante de lo habitual.

Hugo estaba sentado frente a él, con los brazos cruzados sobre la mesa en una posición defensiva de la que él mismo era consciente, mientras a su lado estaba Laura Rojas, su abogada, quien revisaba los documentos legales que les había proporcionado la Policía sobre lo que estaba a punto de ocurrir.

—Repasemos el plan una última vez —dijo la mujer, levantando la mirada de los papeles y fijándose en si su cliente había entendido bien todo lo que tenía que hacer—. Si hay algún cabo suelto, ahora es el momento de atarlo, ¿de acuerdo?

Hugo asintió y esperó que le narraran por no sé cuánta vez el plan que tenían entre manos. A pesar de su cansancio, prestó toda la atención que tenía en su cuerpo porque no podía permitirse cagarla con todo lo que estaba en juego.

—Está bien. Empecemos con lo más básico que nos tiene que quedar claro —dijo él para repasar lo más básico de ese plan y terminar de hacerse a la idea de lo que iba a ocurrir—. A partir del viernes, Hugo Moya García deja de existir.

—Exacto. —El comisario asintió, apoyando los codos en la mesa y entrelazando los dedos para observarle—. El viernes por la noche, alguien que trabaja con nosotros se encargará de hacer la llamada de emergencia informando de tu supuesto suicidio —explicó

Herrera con su tono habitual, carente de emoción ante cualquier situación, que había adquirido con los años—. Para entonces, ya habrás dejado Madrid. Haremos como que limpiamos la escena del crimen y esas cosas para que nadie sospeche y seguiremos con la investigación sin que ese cabrón sospeche que estamos detrás de él.

Hugo exhaló despacio. No era la primera vez que escuchaba los detalles del plan, pero cada vez que lo repasaban, sentía un nudo más fuerte en el estómago.

—Y yo estaré en Barcelona —murmuró pensativo—. Todo el tiempo que sea necesario hasta que todo esto se acabe.

—Así es —asintió Laura dándole algunos papeles que tenía que firmar—. Tu nueva identidad ya está lista. En cuanto llegues, recogerás los documentos en la dirección que te daremos y que será tu piso franco estos meses. Allí serás Hugo Martín Rivas, psicólogo en excedencia que se ha mudado a la ciudad condal por cuestiones personales. La idea es que lleves una vida discreta. Nada de relaciones sociales innecesarias y lo más importante nada de llamar la atención.

Hugo dejó escapar una leve risa sarcástica al escuchar ese comentario. Nunca había sido el ser más social del universo si no fuera por Álex y Marcos que le arrastraban a todos los planes.

—Sí, porque claramente soy un imán de popularidad —ironizó.

El comisario no se molestó en seguirle la broma porque no estaba la cosa para tonterías en esos momentos. Llevaba meses persiguiendo a ese tipo y necesitaba la ayuda de Hugo para ello.

—No puedes ponerte en contacto con nadie —insistió muy serio el comisario porque había sido motivo de discusión entre ellos —. Ni amigos, ni conocidos. A excepción de tu madre y porque no has dado tu brazo a torcer.

En un caso normal, eso no habría estado permitido. Lo que pasa que Hugo había jugado sus mejores armas para que cedieran e incluyeran a su madre en parte de la información del plan que tenían entre manos.

—Eso es algo que quiero dejar claro. —Hugo golpeó la mesa con los dedos, enfatizando cada palabra porque sabía que el

comisario no compartía esa postura—. Mi madre debe saber la verdad en todo momento. No voy a dejarla creyendo que su hijo se ha suicidado con la edad que tiene.

—Lo hemos entendido, Hugo, no te preocupes por eso— intervino Laura que se había asegurado de dejar el acuerdo por escrito para la firma con la Policía—. Como ya te dijimos, habrá agentes encubiertos vigilándola para asegurarnos de que no haya problemas. Ella sabrá que sigues vivo, pero será necesario que mantenga las apariencias en público, ¿vale?

—Esto último es muy importante —insistió el comisario.

—Lo hará —afirmó Hugo que confiaba plenamente en ella—. Pero si en algún momento necesita hablar conmigo, ¿cómo lo hacemos?

El comisario intercambió una mirada con Laura antes de responder. Otra concesión que habían tenido que darle para que aceptara ayudar con el caso.

—Una vez cada dos semanas se le permitirá hacer una videollamada contigo a través de un canal seguro —explicó Herrera —. Tendrás acceso a un móvil específico solo para eso. Pero no podrá llamarte cuando quiera.

—Supongo que es mejor que nada.

Hugo cerró los ojos un segundo y asintió. No era una situación ideal, pero había conseguido, al menos, algunas de sus peticiones.

—Por lo que respecta a tu estancia en Barcelona, hemos conseguido un apartamento bastante decente en uno de los barrios más tranquilos de la ciudad. —Laura le enseñó la dirección y varias fotos del que sería su nuevo hogar, le gustara o no—. Podrás tener una vida normal sin llamar mucho la atención. Y te darán dinero suficiente para todo lo que necesites, pero evita gastos innecesarios y no derroches.

—¿Y si el caso se alarga más de la cuenta? —preguntó Hugo, apoyando el mentón en su mano—. ¿Cuánto tiempo tendré que mantener esta farsa?

—El tiempo que haga falta.

Era una persona bastante seria, pero Hugo no le había escuchado nunca decir nada con tanta seriedad y determinación. Sintió que una losa de hormigón caía sobre sus hombros ante esa respuesta. No sabía si serían semanas, meses o incluso años. Todo dependía de lo rápido que pudieran reunir pruebas contundentes contra aquel hombre.

—Sé que vuestra intención es que me sienta más seguro con todo esto —confesó en voz baja—, pero sigo teniendo un mal presentimiento de que algo va a pasar.

—Hugo… Estás haciendo lo que debes —dijo Laura para tranquilizarle—. Y lo sabes. Está todo planeado y no va a pasar nada.

La miró a los ojos, buscando algo que le diera seguridad, pero solo encontró la misma incertidumbre que sentía él reflejada en la mirada de su abogada. Le estaba prometiendo algo que no podía cumplir.

—Muy bien —suspiró, levantándose de la silla—. ¿Algo más que deba saber?

—Recuerda: el viernes por la noche sales de Madrid —insistió el comisario—. No olvides destruir tu móvil antes de irte.

—Me quedó claro la tercera vez que me lo dijo, comisario —bufó.

Y sin más conversación y sin esperar a Laura, cogió su abrigo del respaldo del asiento y se marchó. Esa reunión, en lugar de calmar su angustia, solo había hecho aumentarla. Caminó por las calles sin rumbo fijo durante un rato, dejando que la brisa fresca de la noche despejara un poco su mente. Madrid seguía igual, con su ruido, sus luces de neón y el murmullo incesante de la gente que volvía a casa después de un largo día de trabajo.

Y él, en solo cinco días, dejaría de existir en esas calles para todo aquel que le conociese.

Cuando llegó a su apartamento, lo primero que hizo fue encender la luz y quedarse en la puerta, observando cada rincón con otros ojos. El sofá donde tantas veces había visto películas con Marcos. La estantería llena de libros que había acumulado durante

los años. La cocina en la que había compartido cenas improvisadas con Diana después de sus sesiones.

Todo lo que conformaba su vida hasta ese momento iba a quedar atrás.

Estaba agotado y no podía pensar en cómo iba a superar los siguientes días haciendo una vida normal sabiendo lo que le esperaba en cuanto llegara el fin de semana. Una locura. Un disparate y un sinsentido como solía decir él.

Fue a su despacho y se dejó caer en su silla, esa misma donde había tratado a cientos de pacientes, aunque solo uno de ellos le había condenado al exilio de la manera más cruel. Pasó por su cabeza la idea de escribir una carta que intentara justificar su muerte para que sus seres queridos no se sintieran tan perdidos y no intentaran buscar respuestas, porque si lo hacían…

Y ahí fue cuando sus ojos se abrieron de par en par cuando una idea cruzó su cabeza. Quizás era incluso más loca que la que le planteaba la Policía, pero si lo hacía, si funcionaba…

¿Qué pasaría si nada tenía sentido? ¿Creerían de verdad sus amigos que se había quitado la vida si veían que nada de su vida encajaba con la persona que conocían? Echó de menos a Álex, la gran paranoica y fan de todas las teorías de conspiración posibles para llevar a cabo su plan y entonces entendió que esa era la clave.

Álex era la clave.

Su mejor amiga no había vuelto a Madrid en cinco años porque decía que no tenía motivos. ¿Los tendría si él moría? ¿Le obligaría Marcos a volver? Si la conocía como creía hacerlo iba a volver y eso le ponía por delante una gran oportunidad y no solo por descubrir la verdad.

¿Y si utilizaba todo aquello a su favor? ¿Por qué no beneficiarse de algo que, en apariencia, era una putada? ¿Y si ponía a Álex contra las cuerdas y la hacía enfrentarse a todo de lo que llevaba años huyendo?

Cada idea que iba formándose en su cabeza parecía más imposible que la anterior y, aun así, tenía sentido. Era su momento de ayudarla a ver lo que había dejado atrás y, a la vez, a que no sufriera tanto por su muerte.

Cogió un folio y en lugar de escribir la carta que tenía pensada en un primer momento, comenzó a trazar su plan. La idea era hacer que hubiese suficientes detalles como para que pensaran que les estaban engañando de alguna forma. Si Álex y Diana seguían pensando con la misma neurona que siempre habían hecho, se pondrían de acuerdo en ese tema, pero no bastaba con eso, no. Necesitaba obligarlas a pasar tiempo juntas de alguna manera, pero… ¿cómo? ¿Cómo hacer que dos personas que no se hablaban tuvieran que interactuar? Pues dejándoles su piso en herencia para que, como poco, tuvieran que hablar de qué hacer con él. Si iban a verlo empezaría el *show* y se darían cuenta de lo que pasaba.

Llamó a Laura y, con el argumento de hacer todo más creíble, le pidió redactar un testamento, lo que ella aceptó creyéndose la mentira. Primer paso, hecho. Se reunirían al día siguiente para terminar de concretar los detalles y redactarlo todo.

El segundo paso era poner detalles sospechosos por todo el apartamento. Necesitaba sembrar las pistas adecuadas, detalles que no encajaran con su personalidad, pero que fueran lo suficientemente obvios para que solo alguien que lo conociera bien notara la incoherencia. Buscó los libros de Chris Benson, que nunca le habían interesado particularmente, pero de los que Álex era muy fan. Compró toda la saga de libros y los colocó en un lugar visible de su biblioteca, donde normalmente solo estaban sus libros de psicología y ensayos sobre el comportamiento humano. Los colocó donde se vieran y procuró que se notara que no habían sido leídos ni una sola vez.

Terminada esa tarea, se levantó y recorrió la casa con una mirada diferente, buscando dónde más podía dejar pistas. Lo tuvo claro cuando vio el tocadiscos. No solía usarlo mucho, y, cuando lo hacía, siempre eran discos de jazz o bandas sonoras instrumentales. Nada que llamara demasiado la atención o despistara durante las sesiones. Sacó el vinilo de *Starlight* y lo colocó sobre el plato del tocadiscos. Ese grupo no tenía absolutamente nada que ver con él, pero sí con Álex y Diana. Sabía que en cuanto alguna de las dos entrara en su apartamento y viera el disco listo para ser reproducido como su último disco antes de morir, se preguntarían qué hacía allí.

Para culminar su tarea, se acercó al escritorio y encendió su ordenador. Le habían pedido que se deshiciera de todas sus grabaciones para evitar que el paciente pudiera robarlas, así que se dispuso a formatearlo y dejarlo con los ajustes de fábrica.

Entonces se le ocurrió una última idea.

¿Y si no solo les dejaba pistas de que estaba vivo sino que les hacía pensar que había pasado algo más por culpa de ese paciente? Sí, eso haría. Una copia de las grabaciones por si alguien de su alrededor las necesitaba llegado el momento. Sacó un pendrive y las copió todas ahí, ya con otro plan de dónde iba a esconderlas en su cabeza. Tras eso, con un movimiento mecánico, seleccionó todo y pulsó «eliminar». La papelera de reciclaje se llenó al instante con cientos de archivos. Vació la papelera, asegurándose de que todo quedara irrecuperable. Luego, abrió la configuración del sistema y restableció el ordenador a los valores de fábrica. Un borrado completo, sin rastros, sin recuerdos. Cuando el proceso terminó, el ordenador reinició con la pantalla de bienvenida como si fuera un equipo recién comprado. Para la guinda del pastel, colocó como contraseña «Chris Benson».

Si las chicas eran listas, hilarían todo ellas solitas.

Y lo eran mucho, al menos si no se mataban en el proceso de descubrirlo.

Con todo en su lugar, echó un último vistazo al despacho. No quedaban rastros de su verdadero yo. La habitación parecía la de un desconocido, alguien con intereses distintos a los suyos, alguien que no encajaba con el Hugo Moya que sus amigos habían conocido.

Cerró los ojos por un segundo y se concentró en intentar dejar a un lado sus propios sentimientos.

En cinco días, dejaría de ser Hugo Moya.

En cinco días, el mundo creería que estaba muerto.

Capítulo 21

Siempre es ella

No recuerdo cuánto hace que no duermo tan bien como esta noche y solo tengo que rodar un poco en la cama para tener frente a mí a la culpable de este sueño tan placentero. Me tumbo de lado, en posición simétrica a la suya, con nuestras frentes rozándose. Todo huele a ella y nunca un aroma ha sido tan memorable. Será la mezcla de su piel, las sábanas y su cabello revuelto lo que me tiene así. O no sé. El caso es que me calma y me deja en el lugar exacto en el que quiero estar, el mismo del que no debí irme. Supongo que eso hace el olor de la persona a la que quieres, que deja una huella que no se borra ni con agua y mucho menos con el tiempo como yo he querido pretender. Un olor que cuando lo percibes, incluso entre la multitud, trae recuerdos de ella.

Porque siempre es ella.

Acaricio su mejilla con dulzura mientras aprovecho esta cercanía para examinar esas pecas que siempre ha tenido en la nariz y que para mí han sido pequeñas constelaciones de las que quedarme prendada día tras día. Aún recuerdo cuando le regañaba por maquillarse y ocultarlas cuando a mí me parecían lo más bonito de mi día. Y lo siguen siendo. Despertarse así con este cosquilleo en el estómago debería estar prohibido, especialmente cuando no sabes si se va a volver a repetir.

Suspiro y me recreo en los recuerdos de anoche, en el roce de nuestra piel, en el temblor de nuestras piernas mientras las bocas emitían gemidos incontrolables y en los viajes de nuestras manos por toda la anatomía de la otra. Un placer. Uno sin igual y es porque

cuando hay sentimientos involucrados, el sexo es mucho más glorioso que acostarse con cualquiera que conoces en un bar una noche. Bien lo sé yo a estas alturas.

Diana… su boca entreabierta con una respiración más que pausada solo hace que me entren ganas de volver a besar esos labios. Sin embargo, no lo hago. Tiene que descansar porque se tomó tarde las pastillas y su cuerpo le está pidiendo recuperarse del esfuerzo que hicimos anoche. Mira que tuve cuidado con la costilla y que no forzara más de la cuenta… Espero que el orgasmo le compensara el dolor en esos momentos.

Voy a centrarme un poco e intentar salir de esta cama antes de que se despierte, evitando así que caigamos de nuevo en la tentación de no dejar este colchón en el que podría quedarme a vivir sin ninguna objeción. No puedo evitar que mis ojos vuelvan a ella, a su silueta y las curvas que hace su cuerpo y en las que yo conduciría mis dedos día tras día hasta memorizar la carretera de su piel. Cojo el primer vaquero que tengo en mi maleta y la sudadera de Diana que está en la silla y me marcho dispuesta a buscar algo de desayuno que no solo nos dé energía para empezar el día, sino que sea un pequeño detalle con ella por la noche que hemos pasado. Nada mejor que un desayuno en la cama para culminar una noche memorable.

En mi intento de ser romántica y de que Diana sepa que no me arrepiento de lo que hemos compartido, decido callejear hasta que encuentro una pastelería en la que espero comprar palmeritas de chocolate, sus favoritas e infalibles para sacarle la sonrisa. Anda que no he curado yo sus días tristes a base de dulces y besos… Con eso a buen recaudo, regreso sobre mis pasos para ir a una cafetería que está en la misma calle de nuestro piso y pedirnos dos cafés y un bagel, de salmón y aguacate por supuesto, para compartir.

¿Qué más se puede pedir? Este pedazo de desayuno y Diana esperándome en la cama desnuda. Un sueño si me preguntan, aunque lo habría negado hace unos meses. La vida cambia, qué se le va a hacer. Mi felicidad y yo volvemos hasta el piso que está en silencio, tal y como lo he dejado. Cierro la puerta y antes de dejar

las llaves en la mesita que hay en la entrada, una cabeza rubia asoma por la puerta de la habitación.

—Joder, Álex, menos mal —suspira antes de esfumarse.

¿Qué le pasa ahora? No entiendo nada… Voy a la habitación y tengo que contener la respiración cuando entro y veo que su cuerpo está apenas cubierto por la sábana de una forma muy sugerente. Su respiración está algo alterada y no para bien por lo que parece, por no hablar de que tiene el semblante algo raro…

—¿Estás bien? —pregunto al verla así de alterada.

Suspira y se tira sobre la cama mientras yo sigo con el desayuno entre mis manos sin saber qué está pasando.

—Pensaba que… nada, da igual —suspira cubriendo su rostro con ambas manos.

Guau… Sí que la traumaticé en el pasado como para pensar que me he marchado así sin más después de acostarnos. Sinceramente, me duele ser yo la culpable de esas inseguridades y dudas que ahora me gustaría ser capaz de borrar a base de caricias.

—Solo he salido a por el desayuno, Di —respondo levantando la bolsa y tendiéndole el café que tengo en la mano—. Pensaba que tendrías hambre y quería darte una sorpresa…

—Gracias —acepta mientras se sienta contra el cabecero de la cama, tirando lo justo de la sábana para que mi vista no se vaya hacia donde no debe—. Te sigues acordando, Álex.

Sí, me acuerdo de que tomas el café doble, con poco azúcar y con un chorrito de leche sin lactosa.

—Me he llevado un susto cuando me he despertado y no te he visto…

—¿De verdad pensabas que haría algo así? —pregunto dolida porque sí, me molesta que siga pensando eso de mí.

No hemos hablado de este tema porque no sé si estamos preparadas para lo que supuso y ahora quizás podamos, al menos, intentarlo.

—No sería la primera vez, ¿no? —responde sin mirarme.

La respuesta es como una patada en el estómago. Es cierto, no puedo negárselo y eso me jode aún más. Yo entiendo que esté dolida por lo mal que lo hice y todo eso… No la culpo, es solo que…

me duele ese ataque y más el tono con el que lo ha dicho. Resulta que yo he dejado caer todos mis escudos y ella no lo ha hecho o no lo tenía tan superado como yo creía.

Soy gilipollas, eso es lo que soy. ¿Me pensaba que nos íbamos a acostar y todo iba a volver a ser como antes? ¿En qué estaba pensando? Sacudo la cabeza y me levanto para ir al salón en un intento de, esta vez sí, huir. Porque ahora es lo que me apetece, hacer la avestruz y meter la cabeza en el hoyo. Sí, ya sé que es un mito urbano, pero me parece muy adecuada ahora mismo esta metáfora. Vuelve a faltarme el aire, cosa que no me pasaba desde hace semanas y ahora… Uf, mejor voy al balcón a ver si así…

—Joder, perdón, Álex —se apresura a decir a mis espaldas.

Cierro los ojos y maldigo haberme encarcelado yo solita en esta terraza de cinco metros cuadrados en la que no puedo volver al interior sin tener que pasar por encima suya.

—Álex, lo siento mucho, de verdad —insiste y yo sigo sin responderle—. No quería que sonara lo mal que ha sonado… me ha salido solo.

Ese es el problema, Diana, que te ha salido solo y eso es por algo. Lo tienes clavado ahí dentro. Mi puta huida cobarde sin decirte nada. No podía. Yo sabía que si te miraba a los ojos, me quedaría y te daría otra oportunidad. Tuve que decidir entre dejarme cautivar un día más o salir de ese bucle que me estaba haciendo tanto daño…

—Álex… —Da un paso al frente para acorralarme contra la barandilla y no me deja otra opción que mirarla y ver el miedo en sus ojos, solo que esta vez es miedo a haberla cagado y eso me tranquiliza un poco—. Me ha dado la paranoia cuando te has ido y ha aparecido el pánico, de ahí que me haya salido ese comentario por impulso y que no refleja nada lo que siento. —Hace una pausa y suspira, pidiéndome permiso para continuar, lo que le concedo al acariciar su mano—. Tenía miedo de que te hubieras marchado y… mira, no sé, he entrado en un bucle de pensamientos negativos e intrusivos sobre la posibilidad de no volver a verte.

Cómo explicarle que no tiene que pedirme perdón si, al fin y al cabo, la causante de todas esas inseguridades que ahora tiene he

sido yo misma. Si pudiera entender la calma que da a mi cabeza cuando dejo mis demonios y mis miedos a un lado… quizás eso borraría sus dudas y miedos. Y aunque sé que es lo que debería decirle, no lo hago. No puedo. No puedo seguir abriendo heridas en mi piel a este ritmo porque no puedo con todo.

—Anda, vístete, tenemos que ir a buscar a Hugo —digo antes de dejar un tierno beso en su frente.

Un beso que para ella no debe de significar lo mismo que para mí porque en cuanto hago el intento de pasar por su lado para marcharme hacia el interior, decide impedir que siga huyendo. Sus dedos presionan mi brazo de una manera nueva, con desesperación, con rabia y yo… yo solo puedo suspirar.

—¿Eso es lo único que te ha retenido aquí? —pregunta con la voz un poco rota.

Obviamente no.

Tampoco le respondo, no sé cómo hacerlo porque ni yo quiero admitir que ni me he acordado de Hugo en las últimas horas y todo es por ella. Ella, que sigue teniendo la capacidad de que el mundo me importe una mierda.

—Diana…

La vacilación en mi voz debe de ser suficiente para agotar su paciencia y mira que siempre tuvo mucha.

—Da igual, lo pillo, Álex.

Y ahora sí me suelta y se marcha a la habitación.

Soy gilipollas. No importa cuándo se lea esto. Fui una gilipollas entonces y lo soy ahora por estar intentando frenar lo inevitable y en el camino seguir haciéndole daño. Porque me da miedo que los monstruos que creía escondidos debajo de la cama, y que no podían hacerme nada porque la sábana me protegía, hayan aprendido que esa tela no es más que una fina capa fácil de traspasar y volver a hacerme sentir como cuando no podía parar de llorar en el aeropuerto de camino a Nueva York.

Putos monstruos, eh. No podían ser tan majos como Sully y Mike Wazowski. No, los míos tenían que ser oscuros y gritarme todas las cosas que no quiero escuchar. Aquí están frente a mí diciéndome una y otra vez que ella solo me hará daño y que cuando todo lo de

Hugo pase volveremos a nuestras vidas, solo que ahora con el corazón roto de nuevo.

Joder, cómo funciona la mente que a veces es más enemiga que amiga.

Vamos a centrarnos en que aún no me he ido y no tengo por qué adelantarme a los acontecimientos, ¿no? Sí, eso es. Doy un manotazo a los monstruos de este balcón y los aparto para entrar en el loft y buscar a Diana. Está sentada en el filo de la cama, de espaldas a la puerta mientras se viste. Su espalda desnuda es más seductora que cualquier cosa que haya visto en mi vida. Dejo que termine de ponerse la blusa, porque tener esta conversación con ella desnuda no ayudará, y me acerco despacio, midiendo todos mis pasos hasta sentarme a su lado.

—Sabes que no solo estoy aquí por él, Di. —Creo que le tranquiliza que siga llamándola así por cómo se gira a mirarme—. Lo de Hugo es muy importante, claro que lo es. Pero no olvides que ya me fui una vez cuando seguíamos con este tema y aun así volví por ti. —Hago una pausa para enfatizar lo próximo que voy a decir y que le cale—. Así que no. No es el único motivo por el que estoy aquí, ¿vale?

—Álex —susurra cogiendo mis dos manos—. No pasa nada si…

—No me arrepiento, de verdad que no —interrumpo sabiendo por dónde va a ir porque la conozco y es ahora ella la que está intentando establecer ciertas barreras—. Tampoco voy a mentirte y decirte que lo tengo todo clarísimo porque no es así. Todavía me sorprende vernos así y… es confuso para mí también, no solo para ti.

Mis pulgares acariciando el dorso de sus manos se sienten como un remanso de paz desde que hemos empezado este tira y afloja absurdo que no estamos llevando bien.

—Está bien —acepta y, sin previo aviso alguno, se acerca para apoyar su cabeza en mi hombro y a mí no me queda otra que abrazarla e intentar calmarla un poco más—. Yo tampoco me arrepiento, al contrario, estoy encantada con esto que ha pasado entre nosotras. Supongo que aún estoy aprendiendo a gestionar nuestras emociones cuando estamos tan cerca.

—Lo entiendo, Di —respondo volviendo a pronunciar ese diminutivo—. No creas que es fácil para mí porque no lo es. Podremos hablar de esto con calma más adelante, ¿vale? Ahora tenemos que encontrar a Hugo.

No es momento de profundizar en este tema, ya lo haremos cuando cerremos algún capítulo de los que tenemos entre manos. Acaricio su mejilla con una ternura infinita antes de levantarme para cambiarme de ropa. Ella intenta imitarme hasta que un quejido de dolor invade toda la habitación.

—Auch…

—¿Estás bien? —pregunto preocupada al ver que su mano va directa a sus costillas.

—Es solo la costilla —dice quitándole importancia justo cuando una sonrisa empieza a formarse y me anticipa un comentario pícaro que me va a sonrojar—. Supongo que el ejercicio de anoche no le vino nada bien.

—Imbécil —río de una manera despreocupada antes de extenderle la mano para ayudarla a levantarse.

—Gracias.

Un movimiento de cabeza, restándole importancia, y una caricia en mi cintura es todo lo que hace antes de volver a dejarme sola. A mí no me queda otra que tirarme boca arriba sobre la cama. Esto es una montaña rusa de no parar de sentir entre unas cosas y otras. Y más que van a venir en cuanto crucemos esa puerta para ponernos manos a la obra. Lo de ayer estuvo bien —mejor que bien — y lo repetiría si no fuera porque toca recordar el motivo de nuestro viaje exprés a Barcelona.

Tras un buen rato poniendo en perspectiva toda la información que tenemos hasta el momento y todas las pistas que hemos ido hilando, Diana llega a una conclusión sobre por dónde podríamos empezar y menos mal, porque obviamente no nos vamos a cruzar a Hugo así como así en una ciudad de más de millón y medio de habitantes. De todas las posibles localizaciones lo hemos reducido a tres espacios: el Parque Güell, la Plaza de Catalunya y el Parc de la Ciutadella.

Este último ha sido el que ha ganado la votación para ser el primero en ser visitado. Diana lo tiene clarísimo y los argumentos son bastante convincentes, no se lo puedo negar. En ese parque tiene lugar una escena muy importante del libro de Chris Benson, concretamente del último libro, el que arrastré a Hugo al cine a ver. No puede ser casualidad. Por no hablar de que es un parque donde Hugo y yo nos pasamos horas tirados en el césped, hasta comimos unas hamburguesas ahí, cuando vinimos a Barcelona a ver el concierto de *Starlight*. Otra casualidad, ¿no?

Es inevitable que me pregunte hasta qué punto todo es una casualidad o una causalidad. Hay momentos y argumentos de Diana que hacen que todo parezca encajar de una forma tan perfecta que hasta cuesta creer que sea simple azar, como si el universo, o Hugo, hubiera colocado ahí las piezas del puzzle. A estas alturas de mi vida empiezo a entender que las casualidades son chispas en el camino y las causalidades son el fuego que nos mantiene vivos. Lo que hoy parece un encuentro fortuito, como cruzarme con Diana, mañana puede revelarse como una consecuencia inevitable de mis decisiones, de mis miedos y de mis deseos. Nada ocurre porque sí; incluso el azar tiene una lógica que solo se entiende cuando miro hacia atrás.

O quizás no haya una diferencia tan grande entre una y otra. Tal vez las casualidades son solo causalidades que todavía no entiendo, y las causalidades son las huellas que dejo sin darme cuenta en el camino.

Al final, creo que todo lo que llega, llega por algo, incluso si no sé explicarlo. Y quizá ahí esté la magia: en aceptar que no siempre tengo que entenderlo y sí sentirlo porque desde que toda esta sarta de casualidades comenzó no he parado de sentir mil emociones por segundo.

¿Es esa la lección que debo aprender de todo esto aunque al final no encuentre a Hugo? ¿Ha sido él, desde el más allá, mandándome señales para que me dejara de gilipolleces y aprendiera a volver a sentir? Porque ha sido eso al fin y al cabo, aprender a sentir una y otra vez cosas que creía que no iba a sentir jamás porque vivía anestesiada por decisión propia.

¡Qué triste! La de años que se pasó intentando despertarme y yo negándoselo. Más bien negándomelo a mí misma… Ahora miro a mi alrededor y veo la ciudad de Barcelona desplegándose ante nosotras como un mosaico de colores, sonidos y culturas. Ni siquiera hemos abierto la boca mientras caminamos por el Eixample, demasiado consumidas por nuestro alrededor y por nosotras mismas.

He estudiado mucho esta ciudad, al fin y al cabo, es una muestra perfecta de diseño, de avances y de romper con lo establecido. Y eso es lo que la hace tan especial, porque te hace sentir pequeño, no por insignificancia, sino por historia, arquitectura y por su vida.

Dejo todos los pensamientos sobre Hugo y sobre nuestra relación a un lado para fijarme en los edificios modernistas, en sus balcones de hierro forjado y las fachadas ornamentadas con detalles que podrían considerarse imposibles. O irreales más bien.

Tan irreales como esto que estoy viviendo ahora mismo. ¿En qué momento me metí yo sola en un *thriller* amoroso y me puse a investigar a lo *Sherlock Holmes*? ¿Vamos a despertar en algún momento en nuestras respectivas vidas de antes porque todo esto era mentira?

Sea cual sea la respuesta, me veo obligada a dejar esos pensamientos a un lado cuando el GPS nos anuncia que hemos llegado a la entrada del Parc de la Ciutadella. Detenemos nuestros pasos un instante frente a la gran verja de hierro que separa la ciudad de este pequeño refugio verde. Creo recordar que era bonito y tenía senderos serpenteantes y jardines frondosos en los que perderse un buen rato. El murmullo de las conversaciones de los turistas se mezcla con el canto de los pájaros y la brisa marina que hay.

Diana está a mi lado, con la cabeza girada en mi dirección, probablemente intentando averiguar qué me pasa ahora.

—¿Vamos a ello? —propone.

—Es una auténtica locura pensar que le vamos a encontrar aquí —susurro sacudiendo la cabeza antes de echar a andar.

—Un poquito —admite alcanzándome para andar a mi mismo ritmo—. Tú simplemente abre bien los ojos a ver si le vemos.

—¿Y si no está? ¿Y si todo esto ha sido en vano?

Gran pregunta, eh.

Yo no puedo responderla. Ella tampoco.

La mera idea de que este clavo ardiendo al que estamos agarradas nos queme y nos deje una cicatriz de por vida es algo que ha rondado mi cabeza más veces de las que me gustaría.

—Álex, no estamos en ese punto. Vamos a pasear por aquí y ver si sacamos algo en claro y si no pues ya entonces hablamos —sugiere ella con una calma de la que es imposible no contagiarse.

—Se nos acumulan las conversaciones pendientes si seguimos así.

La broma no es tan graciosa para lo que ella se ríe. Y yo se lo agradezco aunque sepa que lo hace solo porque necesita ahuyentar algunos de los demonios que sobrevuelan mi cabeza. Siempre tuvo ese poder y parece seguir teniéndolo porque sin que sepa ni cómo ha pasado, me encuentro recorriendo los diferentes senderos que van entrelazándose con fuentes, bancos y espacios para descansar.

—A veces siento que estamos persiguiendo fantasmas —murmuro pensativa.

—No digas tonterías, Álex, en ese caso llevaríamos la *Proton Pack* de los cazafantasmas, tonta.

Y tengo que frenar mi camino una vez más para simplemente admirarla. Esa referencia a una película que vimos tantas veces juntas, el tono de broma cómplice que vuelve, en menos de media hora, a ahuyentar todo lo malo y ella. Ya está. Solo ella. No se ha dado cuenta y ha avanzado un par de pasos y las vistas por detrás son maravillosas. No solo por lo físico, que ahí siempre ha destacado con nota, sino porque camina mucho más segura de lo que lo hacía cuando salíamos.

Encontrarte a ti misma te sienta bien, Di.

—O vienes o te dejo aquí, Álex. No voy a perder el tiempo de buscar a Hugo porque te apetezca admirar el paisaje, o mi culo…

Ahora soy yo la que se ríe. Me encanta esa naturalidad con la que ahora hace todo. No importa que esté buscando a su amigo

muerto, hablando conmigo o preparando el café. Es… libre. Y yo creo que me vuelvo a enamorar solo de verla tan ella en público.

Aligero el paso y la sigo de nuevo por el parque mientras vamos comentando algunos lugares que fueron escenarios de la película de Chris Benson. Nuestras manos se rozan a conciencia entre las dos, sin atrevernos a hacer lo que, probablemente, ambas estamos deseando. ¿Demasiado pronto? A mí me gustaría tener la valentía de hacerlo y que vea así todo lo que me pasa por la cabeza sin que… Ay, ay… ¡Que me ha cogido ella la mano a mí! Mis ojos van directos a ese contacto que se siente como agua bendita sin reparar en que se ha frenado por completo y a mí con ella en un suave tirón. Levanto la mirada buscando la suya y veo una mueca rara en su rostro, de hecho, es que ni me mira a mí. Tiene la mandíbula tensa, la respiración contenida y está nerviosa. Sigo la dirección de sus ojos y entonces lo entiendo. En realidad, no lo entiendo, porque no puede ser… ¿Es?

A unos metros de distancia, sentado en el césped, con la espalda ligeramente encorvada y la cabeza gacha, hay un hombre con el mismo porte y la misma silueta que hemos visto cientos de veces en el pasado: Hugo. Y es él. Ni siquiera necesito oír su voz o verle de frente. No. Se ha disparado el mismo instinto que me ha traído hasta aquí, ese que decía que había gato encerrado y el que ahora confirma las sospechas de recuperar a quien creía perdido.

—Es él —susurra Diana a mi lado.

Y a pesar de todo, mis pies no responden y mi cuerpo se niega a moverse del sitio. Leyendo la situación a la perfección, Diana, que no ha soltado mi mano, entrelaza nuestros dedos y tira con cautela para que nos vayamos poco a poco acercando a ese hombre, con nuestras sombras proyectándose por delante sobre la hierba y haciendo la distancia aún más corta. Sin apartar la vista de su espalda, con la garganta cerrada por la incredulidad, consigo sacar un hilo de voz para hacer la pregunta más esperada.

—¿Hugo?

Capítulo 22

No le pegues más

—¿Hugo?

La mano de Diana aprieta su agarre en la mía durante lo que parece una eternidad. Exactamente el tiempo que tarda ese hombre en girarse y revelar el perfil inconfundible de mi mejor amigo.

Está vivo. Está *fucking* vivo.

Teníamos razón…

—Ya era hora.

Yo sé que esto es una bromita para quitarle hierro al asunto y que esta situación sacada de una película o un libro no parezca lo loca que debe ser para cualquiera al que se lo contemos. Lo sé, insisto. Eso no quita que le quiera matar igualmente. Sí, ahora que está vivo quiero ser yo la que lo mate y lo entierre con gusto.

¿Cómo vas a hacer bromas mientras yo estoy sintiendo una avalancha de emociones que amenaza con atropellarme y hacerme una bola? Ahora mismo mi alegría por verle vivo está mutando en rabia por todo lo que he tenido que experimentar por su culpa.

—¡Eres un imbécil! —grito sin control cuando intenta acercarse a mí para abrazarme y a mí solo me sale empujarle por el pecho. Hugo se trastabilla e intenta no perder el equilibrio mientras avanzo con la intención de volver a empujarle—. Imbécil se queda corto, eres gilipollas y…

—¡Álex! —Diana aparece y se interpone entre nosotros dos justo a tiempo de frenar mi nuevo movimiento e impedir que Hugo acabe de culo en el suelo—. Para, por favor.

Intento esquivarla, aunque no sé cómo se las apaña para anticipar cada uno de mis movimientos, como un perfecto reflejo en

el espejo y cubriendo así a Hugo de mis ataques.

—Álex, porfa.

Descansa sus manos sobre mi pecho y da un paso al frente.

—¡No! Es un estupido y ahora soy yo la que lo quiere matar porque…

—Para —repite Diana, esta vez con más firmeza. Agarra mi rostro con una sola mano, asegurándose de que solo pueda mirarla a ella y consigue su objetivo en cuanto caigo en el verde profundo de sus ojos—. Sé que ahora mismo le odias por todo lo que hemos pasado estas semanas —dice leyendo a la perfección mis sentimientos—, pero está vivo, Álex. Hugo, tu mejor amigo, está vivo.

La dulzura que utiliza para eso último me cala profundamente y el roce de sus dedos sobre mi mejilla, ahora ya con un agarre más relajado y cariñoso, hace que todo mi cuerpo deje a un lado la rabia y me relaje un poco. Consigue que mi postura se ablande sin romper el contacto que nos une. Sumamos otro superpoder a su lista, supongo.

—Si queréis os dejo solas —bromea Hugo escondido en la espalda de Diana.

—¿Ves? Si es que es un imbécil —murmuro en tono algo infantil.

—Yo solo digo que si os gustáis, pues…

—¡Hugo!

Esta vez es Diana la que se gira para cortar su comentario.

Es que no llevo ni cinco minutos con él y ya ha soltado tres burradas por la boca que me hacen querer matarlo. ¿Lo peor? Que en realidad esas actitudes divertidas y sinvergüenzas que ahora me sacan de quicio son las mismas que le convirtieron en mi mejor amigo.

—Perdón, perdón… —se disculpa con las manos en alto en señal de paz antes de abrazar a Diana.

—Hugo…

No le hace esperar antes de fundirse en un abrazo sentido que me hace ver, en primera persona, lo que hace semanas que he ido aprendiendo, y es que esos dos se adoran de una forma que

nunca pensé posible después de mi historia con ella. Y solo puedo pensar en cuánto me alegro de que él tenga más inteligencia emocional que yo y se convirtiera en el refugio y la ayuda que Diana necesitaba para ser quien es hoy.

No escucho lo que se dicen, solo puedo apreciar los ojos llorosos de Diana que amenazan con contagiarme en cuanto ellos se separan y me miran. Mis ojos van alternativamente de uno a otro. Ella, esperando que no vuelva a atacar a mi amigo y pidiéndome que me comporte. Él, esperando que sea yo la que dé el primer paso cual gatito asustado.

Y ahí es cuando ya no puedo aguantar más y me derrumbo por completo, lanzándome con desesperación hacia Hugo sin pensarlo dos veces. En cuanto sus brazos me rodean por completo, me aferro a los laterales de su chaqueta, como si el contacto físico me hiciera entender que es real y no va a desvanecerse. No otra vez.

Me estruja con fuerza, como lo hace Lucas cuando lleva mucho sin verme y, aunque suelo ser un poco reacia a este tipo de achuchones, me dejo. Lo necesito.

¡Es él! Es él de verdad.

Dejo salir todo lo que llevo dentro. Modo catarsis activado, vaya. Y ya no hay vuelta atrás para cerrar este grifo. Las lágrimas que empapan mis mejillas y el hombro de Hugo son de felicidad, de impotencia, de rencor, de alivio… Demasiadas emociones contenidas y comprimidas en este cuerpo provocadas por las dos personas que están mirándome.

—Todo está bien, Álex —dice dejando un beso en mi cabeza.

—No me creo que estés aquí —susurro entre sollozos, sin soltarle y con la cara escondida en su cuello.

—Ni yo que por fin me hayáis encontrado. Empezaba a pensar que lo había puesto demasiado difícil —bromea y hace que ahora sí me separe y se gane otro tortazo en el pecho.

—¡Álex!

Diana y Hugo vuelven a ponerse de acuerdo para regañarme. ¡Se lo ha ganado! No es mi culpa, chicos, que no hubiera fingido él su muerte. Le toca dar explicaciones. Muchas.

—¿Nos cuentas ya a qué ha venido todo esto, Hugo? —pregunto yendo al grano porque la impaciencia empieza a ganar terreno al resto de mis sentimientos.

—Vamos a tomar algo y os lo cuento con detalle para que lo entendáis —propone.

Supongo que puedo esperar unos minutos para recibir mis explicaciones. Especialmente si las acompaña con un café bombón y paga él, por supuesto. Es lo menos que puede hacer. Diana se planta a mi lado y me da un empujoncito con el hombro para que deje de hacerme la dura y eche a andar tras Hugo. Estoy bastante segura de que la interacción no ha pasado por alto para él, solo que esta vez se ha callado el comentario burlón. Menos mal.

Le seguimos por varias calles cercanas alrededor del parque. Camina con seguridad, como si llevara toda la vida viviendo aquí, hasta que alcanzamos un pequeño bar bastante pintoresco. Por su fachada antigua, apunta maneras a ser bar de barrio de toda la vida y así lo confirmo al cruzar la cristalera y ver que el señor de la barra le saluda ya como cliente habitual. Siempre ha tenido don de gentes, así que tampoco me sorprende este hecho. Va directo a una mesa al fondo, bien alejado de la barra para conseguir la privacidad que necesitamos para nuestra conversación. Al intentar seguirle, Diana me lo impide. La miro extrañada, no entendiendo qué pasa, aunque me tranquiliza su mirada tranquila y la caricia que deja en mi antebrazo.

—Hemos encontrado a Hugo, Álex —me recuerda sin dejar de rozar mi piel—. Estamos aquí con él, así que, por favor, relájate. Lo peor ya ha pasado, déjale que se explique y deja de pegarle, por favor te lo pido.

Vaya ojos tienes, Di. Y lo sé porque los he mirado mil veces antes, he soñado con ellos y los he querido y odiado a partes iguales. Esos mismos ojos que ahora me miran y me matan, a la par que sus palabras. Me encantaría besarla por lo que acaba de hacer. Abrazarla. Decirle que lo mejor está por llegar. Y me encantaría que supiera lo mucho que se cuela en mi cabeza en cada ocasión que lo necesito, aunque yo no se lo pida.

—¿Cómo lo haces? —pregunto.

—¿Cómo hago el qué?

Frunce el ceño sin entender de qué hablo.

—Leerme así. —Muevo mi brazo para que su caricia llegue hasta mi mano y podamos entrelazar nuestros dedos—. Saber qué necesito en cada momento y qué tienes que decirme para que se me pase lo que quiera que tenga en la cabeza.

Sonríe. Y vaya sonrisa también, a la par que sus ojos en perfección.

—Supongo que me sale solo, Álex —responde dando un paso más que hace que nuestras narices se rocen—. No es novedad que tengo contigo una conexión indescriptible, y cuando te miro… simplemente lo sé.

Oye, qué bonito, ¿no?

—Gracias.

Va a decirme que no es nada, la conozco, y no la dejo. Y no hay mejor manera de callar a Diana que con un beso que apenas es un roce de labios y que nos deja a las dos flotando antes de ir hacia donde está Hugo que está tan perdido en la carta que ni nos estaba mirando.

Mejor. Me ahorro las bromitas.

—Bueno, pues vamos a lo importante —anuncia él en cuanto nos sentamos en el lado opuesto de la mesa—, ¿me contáis ya por qué os lleváis tan bien?

Estiro la mano para darle como puedo en la cara y el tío la esquiva con unos reflejos que ni el protagonista de *Matrix*. Otra con buenos reflejos es Diana, que alcanza mi brazo y lo baja hasta la mesa, donde se asegura de dejar su mano reposando ahí e impidiendo mi movimiento. Tampoco me quejo, la verdad.

—Estamos aquí para hablar de ti —advierto señalándole con el dedo de la mano que me queda libre—. Luego podrás hacer bromas si quieres.

—Venga, Álex, que seguro que todo esto tampoco ha sido la mejor de las experiencias para él —media Diana una vez más.

Hugo suspira y, por primera vez, baja las barreras y se le ve algo más triste y cansado de lo que ha querido aparentar en este rato.

—No lo ha sido, no —confirma con sinceridad—. Estar aquí, solo, sabiendo que todos vosotros lo estabais pasando mal… Me ha costado mantenerme cuerdo aquí sin volver a Madrid, especialmente después de que tú terminaras en el hospital —dice mientras mira a Diana—. Lo siento mucho por eso.

—¿Sabías lo del hospital? —pregunto alucinando.

—Sí —responde agachando la cabeza avergonzado.

—Y aun así no apareciste, ni nada.

Esta vez sí que es un reproche. Me importan poco las excusas que vaya a ponerme ahora, Diana estaba en peligro y a él ni le dio por aparecer o acabar con esta pantomima. No, él estaba aquí paseando, leyendo y teniendo su bar de confianza mientras ella se retorcía de dolor en una camilla de hospital.

—Álex, os prometo que intenté que la Policía me dejara ir a veros y contaros la verdad —explica manteniendo la paciencia que yo no tengo—. Lo intenté y no me dejaban. Era un momento clave de la investigación y no podía cagarla…. Mi esperanza era que las pistas que os dejé os trajeran aquí y no ha ido mal.

—Así que no estábamos locas —murmura Diana a mi lado—. Realmente nos dejaste pistas para que te encontráramos y supiéramos la verdad.

—Sí.

Lo dice como si no fuera una auténtica locura todo lo que ha hecho y estamos viviendo.

—¿Por qué? —pregunto yo sin poder evitarlo.

Esa es la pregunta que lleva atormentándome desde el primer día. Primero por qué se había suicidado. Después por qué me dejaba un piso con Diana. Tras esas vinieron el por qué nada tenía sentido y por qué parecía que estuviera vivo… Y muchas otras que no me atrevo ni a pensar.

Dame una respuesta, Hugo, responde aunque sea solo a una de ellas y ayúdame a entender qué ha pasado.

Diana no está mucho más tranquila que yo. Se remueve incómoda en su asiento, tensa, no solo por las respuestas, sino por mi actitud o lo que Hugo pueda decir respecto a nuestra relación.

—Quizás lo mejor sea que nos lo expliques todo desde el principio —propone ella.

Desde luego es mucho más pacífica que yo. A mí los instintos asesinos me aumentan cada vez que mi amigo abre la boca y ella… Ella mantiene la calma que a mí me falta y equilibra este equipo que ahora parece que hacemos.

—Vale, pero nada de interrumpirme —advierte Hugo mirándome solo y exclusivamente a mí—. Y nada de protestar.

—Qué remedio —me quejo.

Diana y él se ríen en el momento en el que ruedo los ojos y hacen que bufe, más fastidiada aún.

Ignorando mis quejas, protestas y muecas, Hugo procede a explicarnos la historia que nos ha traído hasta esta cafetería de Barcelona. A mí y a mi ex. Tiene guasa la cosa y acabamos de empezar. O terminar. No tengo claro en qué punto de toda esta historia estamos.

Al parecer toda esta movida se remonta hasta hace más de un año cuando un misterioso paciente, sí, el de las cintas, se presentó en su consulta. No me extraña que le diera mal rollo, si a nosotras escuchando las grabaciones ya se nos ponía la piel de gallina, no quiero ni imaginar tener que lidiar con él en persona. Nos relata cómo se fueron sucediendo las diferentes sesiones, sus sospechas y lo mal que lo pasaba teniendo que fingir ser su colega para conseguir más información. Se le nota algo temeroso y es ahí cuando yo empiezo a dejar mi actitud de mierda a un lado, entendiendo que esto no ha sido fácil para él y que si ha montado todo este circo es porque no le quedaba más remedio.

Durante la historia, Diana posa su mano en mi muslo por debajo de la mesa para impedir que siga moviendo la piernecita y, en consecuencia, haciendo temblar nuestras bebidas. La deja ahí posada y la miro de reojo para agradecerle el gesto.

Siempre pendiente de mí.

Siempre sabiendo lo que necesito.

Y así seguimos durante un buen rato. Escuchando los planes de la policía, la vez que el paciente se plantó en su casa sin avisarle… Su voz suena cada vez más dudosa, temerosa incluso.

Llega el momento en el que nos cuenta el descabellado plan y única solución posible para seguir con el caso, desaparecer de la faz de la tierra. Al menos momentáneamente.

¿Cómo me quejo yo ahora? ¿Cómo le pego otra colleja o empujón si él lo ha pasado igual de mal solo de pensar en cómo nos sentiríamos nosotras? Por no hablar de lo que le tocó vivir con ese tipejo…

—Ese tipo es peligroso, chicas, por eso tuvimos que hacer esto —continúa.

—Fue él quien entró en tu piso y me mandó al hospital, ¿verdad? —pregunta Diana, quien se lleva la mano a las costillas. La herida menos visible, porque aún se ven algunos hematomas y la herida del labio sigue cicatrizando—. No sé ni cómo sigo viva después de lo que nos has contado.

—Sí, fue él —afirma mi amigo con pesar—. La Policía lo vio huyendo del lugar. No quisieron detenerle en ese momento. Necesitaban imputarle primero el resto de cargos con pruebas más sólidas y, además, le imputarían tu ataque y el allanamiento de morada, pero primero tenían que cogerle por lo otro. —Hace una pausa y estira los brazos para que ambas le demos una de nuestras manos—. Os prometo que en cuanto supe lo del ataque quise volver a Madrid y contaros la verdad. No me dejaron. Habría echado por tierra todo el trabajo que habían hecho en la investigación, por eso me quedé aquí.

—Entonces… ¿no vas a poder volver hasta que le detengan? —pregunto.

—Técnicamente no debería volver hasta que se celebre el juicio —responde encogiéndose de hombros con una sonrisa—. Aunque todos sabemos, incluido el comisario Herrera y el subinspector Márquez, que volveré antes.

—Déjame adivinar: tu madre sí que lo sabía.

—Por supuesto —responde como si fuera una obviedad—. Fue una de mis condiciones para aceptar este plan. No podía hacerle pasar por esto sin decírselo. Es bastante mayor, no podía permitir que sufriera así sin motivo o que le diera un chungo por mi culpa.

Anda, mira, sí que tuvo la consideración de avisar a su madre y a mí me ha puesto a resolver una yincana con Diana. Lo peor es que encima no puedo echarle nada en cara. Al contrario, Hugo ha manejado la situación mucho mejor y con más entereza de lo que lo habría hecho cualquiera.

—Ahora os toca contarme qué ha pasado este tiempo entre vosotras —responde Hugo cambiando de tema.

Ya se me ha pasado toda la comprensión y amor que tenía hacia él. Cómo puede ser tan sinvergüenza para que, después de lo que nos ha dicho, decida que lo más relevante es mi relación actual con Diana. ¿Qué quiere que le cuente si ni lo hemos hablado nosotras? ¿Cómo vamos a hablarlo así sin más?

Diana aprieta levemente mi muslo y yo me giro para intentar saber qué quiere decirme. La comisura de su labio se eleva lo justo para que sepa que ella no tiene problema en hablarlo. El problema soy yo, Di. No sé cómo decirte nada, y menos con el artífice de todo esto aquí delante. Me mira a los ojos e inclina la cabeza, analizando mi expresión, y debe interpretarla bien por su siguiente movimiento.

—Me duelen bastante las heridas y me he dejado las pastillas en el apartamento. No puedo perder la toma —anuncia Diana levantándose de la mesa—. Si me disculpáis, os dejo para que os pongáis al día, que esta silla tampoco es la mejor para mis costillas.

Me está dando espacio y tiempo para que yo pueda hablar de lo que pasa con Hugo sin ella. Sin presiones y con el corazón en la mano.

—¿Puedes llegar sola sin problemas con ese dolor? —pregunto cuando veo que se duele al ponerse la chaqueta.

—Sí, no te preocupes —asegura sacudiendo la cabeza—. Vosotros quedaos más rato y habláis.

—Si necesitas algo…

—Te llamo —interrumpe.

Noto cómo el calor sube a mis mejillas y no solo por la sonrisa tan tierna y la caricia que deja en mi mano, sino por el nivel de entendimiento que estamos manejando estos días. Nada mejor que la comprensión mutua y la paz de saber que esa persona siempre hará lo mejor para ti.

La observo mientras se despide, con un gran abrazo, de Hugo. Cuando pasa por mi lado, aún tiene algo más guardado en la recámara. Así es Diana, nunca sabes por dónde va a salir.

—No le pegues más —bromea Diana, arrancando una carcajada a ambos.

—No prometo nada —respondo mordiéndome la sonrisa boba.

Bueno, pues hora de hablar un poco con alguien de lo que me pasa.

Capítulo 23

Del uno al diez

—Ahora que estamos solos, ya puedes empezar a soltar por esa boquita lo que ha pasado —pide Hugo en cuanto perdemos de vista a Diana.

—Tienes un morro que te lo pisas, ¿sabes?

—¿Yo? —pregunta con una inocencia fingida que no aguanto.

—Sí, tú.

Hago el intento de darle otra colleja y me freno a medio camino, recordando lo que Diana ha dicho antes de irse. Él sabe perfectamente lo que ha detenido mi intento de agresión y no lo va a dejar pasar.

—Siempre fue la única a la que hacías caso…

Ya sabía yo… Pues sí, ¿y qué pasa? No es mi culpa que ella sepa entenderme y calarme a la primera. Le hago caso porque confío en ella y en que quiere lo mejor para mí y… Espera. Confío en ella. Es eso. Pensaba que no sería posible, pero sí. Se lo ha ido ganando desde que volvimos a vernos y ahora es que ni lo dudo. Joder, Diana… Qué poder.

—Si quieres que te cuente lo que ha pasado, necesito que tú también me digas algo. —No voy a ser la única aquí que comparta información. Yo quiero saber en qué pensaba cuando organizó esta búsqueda del tesoro—. ¿Por qué las pistas, Hugo? ¿Qué pretendías con todo esto? ¿Por qué nosotras?

Me interesa mucho la última pregunta.

Mierda, ya ha puesto la cara de psicólogo que tanto odio. Cómo no hacerlo cuando lleva años intentando que hable de mis

sentimientos y de todo lo que pasó con Diana. Ha visto su oportunidad con esto y no la va a dejar escapar.

—Pareces más serena, más adulta incluso —responde ignorando mis preguntas.

—Supongo que lidiar con la muerte de tu mejor amigo te hace ver las cosas en perspectiva —respondo esquiva.

—Y ver a Diana, ¿no?

¡Lo sabía! Todo es una trampa suya para juntarnos. Maldita celestina…

—Hugo, responde a mis preguntas primero.

No es una amenaza, él es consciente. Solo soy una chica que quiere respuestas antes de abrirse en canal. ¿Tanto pido? Él lo nota y da un gran sorbo a su cerveza antes de empezar a relatar la explicación que tanto espero.

—Está bien. Déjame explicarme antes de pegarme o matarme, ¿vale? —pide y yo asiento porque por muchas ganas que tenga de hacerlo, más ganas tengo de respuestas—. Cuando supe que tenía que desaparecer y fingir mi muerte, quitando a mi madre, tú fuiste la primera persona en la que pensé, Álex, y…

—Y aun así me has hecho pasar por todo esto —interrumpo.

—¿Qué hemos dicho de no interrumpir y escucharme? —se burla y a mí no me queda otra que cruzarme de brazos y reclinarme contra la silla—. Te adoro, Álex, pero eres una persona muy cerrada con tus sentimientos y, por mucho que digas que no, te conozco casi mejor que tú misma. Te marchaste hace cinco años para huir de tus sentimientos y en estos años has evitado hablar de ese tema. No has querido hacerlo conmigo ni como amigo, ni como psicólogo. No es sano hacer eso.

—Ya lo sé, ¿vale? Lo he aprendido a las malas —suspiro.

—Nunca has querido volver a Madrid por no enfrentarte a ella —continúa él sin regodearse de la confesión que he hecho—. Tenías miedo de ver que no lo habías superado y lo he respetado siempre, aunque no compartiera tus métodos. El problema es que cuando supe lo que tenía que hacer… —La tristeza y preocupación empapan su voz conforme avanza en su justificación—. Sabía que una noticia así podía destruirte por completo, Álex y, como psicólogo, pero sobre

todo como amigo, no podía permitir ser el culpable de que te derrumbaras como un castillo de naipes al volver a Madrid.

—¿Cómo sabías que volvería?

Eso también me lo he preguntado varias veces. Todo lo que ha pasado ha ocurrido porque decidí regresar a Madrid. ¿Cómo podía estar tan seguro de que lo haría?

—Eres insufrible y vas de dura, pero no ibas a dejar a Marcos solo con todo esto y mucho menos ibas a perder la oportunidad de despedirte de mí. —Me está empezando a molestar que me conozca tan bien como dice—. Así que pensé que una forma de evitar que todo eso pasara era que pensaras que había algo extraño en la narrativa. Me puse manos a la obra y tracé todo un plan.

—Muy seguro estabas también de que eso te iba a salir bien y mira que lo has puesto difícil —digo rodando los ojos.

—Eres una cabezota y te cuesta aceptar las cosas. Así que sí, no ibas a aceptar tan fácilmente como Marcos mi marcha —responde mientras se ríe por lo fácil que a él le parece su enrevesado plan—. No sería difícil hacerte creer que pasaba algo si ponía las pistas adecuadas.

—El funeral sin tu familia y la actitud fría de tu madre cuando la vi me extrañaron muchísimo, pero creo que no tanto como el vinilo de *Starlight* —digo mientras pienso en todo lo que ha ido pasando desde el funeral.

—Bendito grupo y mira que no me gusta.

—Nunca he entendido por qué le tienes esa manía.

Un poquito de por favor que son los reyes del pop actual.

—No es mi rollo.

Se encoge de hombros y me hace sentir en casa. Hemos sido siempre bastante opuestos y, aun así, hemos encajado bien. Llevo años discutiendo con él sobre el tipo de música que escuchamos, las películas que vemos o los mejores destinos para los viajes y no querría hacerlo con nadie más.

—Tu rollo es llamarme días antes de tu supuesto suicidio para decirme que estás haciendo planes de venir a verme a Nueva York —le recuerdo con algo de sorna.

—Esa llamada fue premeditada, Álex —explica mientras juega con una servilleta entre sus dedos—. Tenía que hacerte ver que yo no quería quitarme la vida y que no tenía sentido que lo hiciera. Jugué con el hecho de que te conozco muy bien y sé que no eres la mejor lidiando con los problemas o las malas noticias. Tu tendencia a negarte a aceptar la realidad, por una vez, me vino bien.

—¿Gracias? —respondo con cierta ironía.

—No seas tonta y no te lo tomes a mal —me pide dándome un golpecito con el pie por debajo de la mesa para que quite la cara de enfado que debo tener ahora mismo—. Tenía información como amigo y como psicólogo y la usé a mi favor. En el poco tiempo que tuve preparé las pistas y las incongruencias en la historia, pequeños detalles que te harían sospechar de todo y de todos.

—Hubo un momento en que pensaba que me estaba volviendo loca, Hugo —confieso, porque ya no tengo ganas de ocultar lo que he vivido—. Creía que veía fantasmas donde no los había.

—Lo siento por esa parte, aunque no me arrepiento de haberlo hecho así —dice con cierta suficiencia que hace que vuelvan mis ganas de pegarle de nuevo—. Estás aquí, me has encontrado y, déjame decirte que aunque estás un poco agresiva, tienes una serenidad y una paz que no te había visto en años. ¿Tiene algo que ver Diana en eso?

Ya ha vuelto el tío a girar la conversación para conseguir información jugosa. No me extraña que el paciente ese terminara de confesarle todo lo que había hecho y lo que quería…

—Ya que preguntas por ella, ¿me puedes explicar en qué coño estabas pensando al incluirla en el testamento? Nos dejaste una casa a las dos. Por no hablar de que nunca me contaste que era tan amiga tuya… ¿Qué pretendías?

Por favor respóndeme ya a esto antes de que me termine por volver loca del todo.

—Del uno al diez, ¿cuánto me odiaste el día que la viste por primera vez en el funeral? —pregunta apoyando los codos sobre la mesa y juntando sus manos.

—Un puto cien, Hugo. Número arriba, número abajo —respondo en cuanto recuerdo lo que sentí al encontrármela en el tanatorio.

—Del uno al diez, ¿cuánto me odias hoy por haber llegado hasta aquí con ella? —pregunta.

Maldito psicólogo, eh.

Es jodidamente bueno en lo suyo.

No soy capaz de responder o quizás podría responder y darle la razón en cómo ha cambiado ese sentimientos en estas semanas con ella. Mi silencio debe de ser bastante elocuente porque ya está con la sonrisita de oreja a oreja. Qué mal me cae esta persona… ¡Retiro lo dicho de ser mi mejor amigo! Encima me hace un gestito con la mano para que hable… Insoportable.

—Cero. No hay odio por eso.

En cuanto pronuncio esas palabras, la poca presión que aún quedaba en mi pecho termina por liberarse, dejándome lo más ligera que me he sentido en años. ¿A esto se refiere con que sienta bien hablar de los sentimientos?

—Entonces, ¿por qué necesitas saber por qué lo hice? —pregunta él enarcando una ceja.

—Simplemente lo necesito, Hugo.

Venga hombre, como psicólogo se supone que no eres quién para juzgar las necesidades emocionales y esas cosas que siempre dices, ¿no?

—No te conté que éramos amigos porque sabía que te lo tomarías muy mal. Ibas a pensar que me había puesto de su lado cuando lo cierto es que en esto no hay bandos, Álex. —A ver, en todas las rupturas siempre hay bandos, por mucho que él diga que no y quizás sí que hubiera pensado eso cuando de la nada me hubiera enterado de que eran amigos—. Por casualidades de la vida nuestros caminos se cruzaron y conocí a una Diana que no había visto nunca antes. —Desde luego yo también la estoy conociendo ahora—. La he tratado mucho tiempo, me ha contado sus miedos, sus problemas, lo que pasó con su familia…Y, por mucho que intentara explicártelo, tú estabas tan centrada en odiarla que no

habrías querido entenderlo. No quería perderte, así que todos te ocultamos ese detalle.

—Me pintáis como si fuera un monstruo que iba a devoraros por ser sus amigos —me quejo de mala gana.

Me molesta. Claro que me molesta que me hayan ocultado su relación tanto tiempo, por mucho que me lo esté justificando.

—No eres ningún monstruo, quítate esa idea de la cabeza ahora mismo —asegura estirando su mano para coger la mía.

—¿Entonces?

Hasta yo noto la inseguridad en cuanto la pregunta sale de mi garganta.

—No queríamos hacerte daño, ni obligarte a lidiar con lo que tú misma no querías. En lugar de enfrentarte a lo que sentías por Diana, lo bloqueaste y lo enterraste. Por eso no llevabas bien nada relacionado con ella. Fue tu forma de gestionar los sentimientos y nadie consiguió que lo hicieras de otra manera, así que tuvimos que aprender a gestionarlo para no dañarte —responde Hugo y hace que me sienta mal por haberles puesto en esa posición.

—¿Y por eso nos dejaste la casa a las dos? ¿Para que tuviera que enfrentarme a ella de alguna manera?

Es, tal vez, la pregunta que más me he hecho.

—Primero de todo lo hice porque Diana es casi tan paranoica como tú con el tema de las conspiraciones —se burla con algo de gracia por el tono que usa—. No era difícil que alguna de las dos viera las incongruencias y las compartiera con la otra si estabais en el mismo sitio. Y segundo, pero no por ello menos importante, sí, simplemente pensé que cruzarte con ella podría ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Cómo?

—Bueno, estás mejor que hace unos meses, ¿no?

Interesante pregunta.

Hace que me pare a pensarlo porque una cosa es sentirlo y otra decirlo en voz alta y asimilar las implicaciones de las razones por las que me noto mejor. Me siento más… liberada y sosegada. He dejado de correr contra las sombras que me perseguían y las he dejado caminar a mi lado hasta entender por qué querían alcanzarme.

—Sí.

—Mi intención nunca fue que Diana y tú acabarais juntas, sino que fueras capaz de enfrentarte a tu pasado y tus sentimientos por ella —aclara Hugo y no me creo ni una palabrita de que este personaje no nos *shippee* con la que ha liado—. Quería que en el proceso de vivir esta situación aprendieras a seguir con tu vida, con ella o sin ella, en Nueva York. Ahí yo no voy a entrar. Solo quería que volvieras a ser feliz.

«Solo quería que volvieras a ser feliz», qué fácil decirlo.

¿Cómo ha sido él capaz de ver todos estos años que no era feliz y yo estar en una negación tan profunda de pensar que sí lo era?

—Además, no andaba yo muy equivocado con toda esta historia —el tonito de burla vuelve y no voy a darle el gusto de preguntarle de qué habla. Tampoco lo necesita para continuar—. No lo hice tan mal porque Diana fue lo único que te hizo volver cuando ya te habías rendido conmigo.

—Calla, calla…. —Sacudo la cabeza y me tapo la cara con las manos avergonzada—. No sabes el marrón que dejé en el trabajo. Me vine sin que me aprobaran las vacaciones… Es que me van a echar en cuanto vuelva, y con razón.

—¿Y qué más da? ¿Acaso te arrepientes de haberlo hecho?

¿Puede dejar de meter el dedito en la llaga con las preguntas?

—No, pero…

No me arrepiento, eso lo tengo claro. No solo por la claridad mental que siento, ni tampoco por tenerle sentado en frente, a lo mejor ni siquiera solo por Diana. Sino por mí misma. Por cómo estoy ahora y cómo he vuelto a respirar después de mucho tiempo bajo el agua. El problema es que todo eso tiene sus consecuencias y sus nuevas preguntas sin respuestas.

—¿Pero?

No lo va a dejar pasar hasta que termine esa frase. Ya he abierto la veda de hablar sobre mis sentimientos así que un poquito más de sinceridad tampoco me sentará mal.

—Ahora tengo miedo, Hugo —confieso en apenas un susurro.

—¿De que pueda pasar algo más con ella? ¿De volver? —pregunta frunciendo el ceño intentando entenderme. Yo me muerdo el labio porque no sé cómo confesar lo que ha pasado. El rubor de mis mejillas debe ser evidente para que mi amigo empiece a conectar los puntos de lo que ha visto hoy y lo que no estoy diciéndole—. Oh… Ya ha pasado.

—Sí —suspiro aliviada de que lo haya dicho él.

—¿Cuándo? ¿Qué ha pasado? —pregunta intrigado, no desde el punto de vista del cotilleo, sino de la preocupación por mi estado.

—Anoche, y fue…

—No hace falta que me des detalles íntimos, ¿vale? —interrumpe con guasa.

—Eres un imbécil. —No puedo aguantar la risa que me da ese comentario—. Iba a decir que fue como si el tiempo se detuviera, como si no existiera nada más que ella y yo en este mundo.

—Eso es muy bonito y muy difícil de encontrar, Álex.

Ahí está el problema, Hugo. ¿Cómo no voy a estar cagada si con solo acostarnos una vez ya me tiene así?

—Lo sé y por eso me da tanto miedo. —Apoyo mi frente sobre el dorso de mis manos en la tabla de la mesa, derrotada. Hugo me obliga a levantar el rostro y mirarle antes de seguir hablando—. Tengo miedo de la capacidad que sigue teniendo para desmontarme la vida con una mirada, de hacer temblar mi mundo y de entenderme como nadie.

—Tienes miedo de que vuelva a romperte —resume él.

—Hace mucho que me prometí que nadie me iba a herir de esa forma y ahora siento que ella tiene esa capacidad con solo chasquear los dedos.

Hugo no responde de inmediato. Lo que sí hace es mirar mi cara de pena mientras cuento esto.

—No puedo hablar por Diana, ni mucho menos revelar nada de lo que hemos hablado en nuestras sesiones —me advierte de una forma muy sutil—. Lo que sí puedo decirte es que ha cambiado mucho y no es la chica frágil y dudosa que conocías.

—¿Y solo por eso ahora debería dejar toda mi vida y tirarme a sus brazos?

Ahora estoy un poco a la defensiva y él lo nota. Hace un gesto con las palmas de las manos extendidas hacia abajo para que me calme. Yo respiro hondo y me resigno ante esta situación que me está tocando vivir.

—No estoy diciendo que vuelvas con ella, ni hagas locuras —explica con mucha paciencia y lentitud—. Lo que digo es que os debéis una conversación sincera por las dos partes. Deciros lo que sentís ahora, los miedos que tenéis y lo que queréis sin pensar en nada más. Ya habrá tiempo de enfrentarse a los problemas de la vida, que sea juntas o separadas es vuestra decisión, pero no deberías tomar unilateralmente la decisión de nuevo.

—Soy mayorcita, puedes decirme que la cagué con aquella decisión, Hugo, lo asumo.

Impresionante evolución, porque hace unos meses no habría reconocido eso en voz alta ni loca.

—Creo que no supiste manejar tus sentimientos e hiciste lo único que sabías que podía ayudarte, poner tierra de por medio. —Es tan buen amigo que ni ahora teniendo la oportunidad de jactarse de que lleva años teniendo la razón, lo hace—. El problema es que cuanto más tiempo pasabas en negación, peor gestionabas todo y menos tú parecías, Álex.

—Ya… —Más razón que un santo y eso que no soy yo creyente—. Las cosas cambian y ahora estoy intentando hacerlo de otra manera. Te lo prometo. Y sé que tengo que hablar con ella, lo tengo en mi lista de cosas pendientes en la que lo primero era encontrarte a ti.

—Y aquí me tienes ya. Ahora apechuga y cumple la otra parte.

Le lanzo la bola que ha hecho con la servilleta y me río. Vuelve a tener razón. Ahora ya no hay excusas para posponer lo que sea que Diana y yo tenemos entre manos. Hugo está vivo, podemos dejar esta cruzada y volver a nuestra vida de antes. Aunque… ¿Acaso queremos volver a esas vidas?

Gran pregunta.

Tras este rato de conversación intensa y sincera, Hugo entiende que no estoy para más ahora mismo. Pide un par de

cervezas y unas tapas mientras me da espacio para que me calme antes de actuar con total normalidad, como si nada hubiera pasado y estuviéramos en Madrid. Y se siente… bien.

Los dos dejamos que el ambiente distendido y las ganas de ponernos al día se apoderen de nosotros durante un buen rato, disfrutando y riendo. Él también hace lo propio y se abre en canal al contarme cómo se ha sentido estos meses y lo mucho que le ha costado mantenerse cuerdo en medio de su forzada desaparición. Ha tenido que empezar de cero en su vida falsa con un nuevo trabajo y es algo súper extraño para él. Yo haciendo drama por tener que lidiar con mi ex sin pensar que él también ha tenido que pasarlo mal con todo esto.

—Te juro que pensé en mandarte una carta, Álex. Una carta. ¿Te imaginas? —dice sin parar de reír—. Como en las películas de espías en código morse y todo. El maldito Herrera me lo prohíbe todo, tía.

Jodido Herrera. Podría habernos contado algo cuando nos plantamos en la comisaría aquella tarde y no darnos puerta. Joder, que no íbamos a contar nada.

Entre comentarios y miradas cómplices con Hugo, mi cuerpo entra en un estado de relajación y confianza máxima. Sigo procesando todo lo ocurrido, pero con una nueva forma de verlo todo. Tendré tiempo de sobra para lidiar con eso. ¡Marcos va a flipar cuando se entere! A él sí que le voy a restregar que tenía razón con lo de que nada tenía sentido. Já. Chúpate esa.

—Ah, no, de eso nada —dice Hugo robándome la cajita con la cuenta en cuanto la trae el camarero—. Os lo debo.

—De hecho nos debes mucho más que una cena después de la que nos has liado —le recuerdo entrecerrando los ojos.

—Lo sé, lo sé —acepta encantado—. Empezaré por esto.

Dejo que pague y salimos juntos del local. Caminamos un par de calles juntos, en silencio, no queriendo despedirnos todavía. Es como si mi cabeza pensara que si nos separamos, voy a perderle otra vez.

—Muchas gracias por encontrarme. Me encantaría seguir, pero creo que es hora de que vayas a buscar a Diana —dice

dándome un golpecito juguetón en el hombro—. ¿Nos vemos mañana?

—Por supuesto.

Abre los brazos y yo no espero ni un segundo antes de lanzarme a que me envuelva con todo su cariño. Uno de esos abrazos de oso que sanan y relajan. Justo lo que necesitaba. En cuanto nos separamos, Hugo me regala una última sonrisa antes de girarse y desaparecer entre las calles iluminadas de Barcelona.

Mis ojos van directos al cielo, donde una gran luna llena ilumina la mayor parte de la ciudad. Es preciosa. Exhalo con fuerza y echo a andar hacia el apartamento. Y aunque la conversación con Hugo me ha aclarado muchas cosas, también ha hecho que me pregunte muchas otras que voy a tener que enfrentar cuando cruce la puerta del apartamento.

Capítulo 24

Magia o Diana

Hago el trayecto de vuelta mucho más largo de lo que en realidad es en un intento de así tener más tiempo para pensar. En el momento en que cruce esa puerta voy a tener que enfrentar a Diana y la conversación que tenemos pendiente.

No sé qué me da más miedo: lo que Diana pueda decirme o lo que vaya a leer en sus ojos cuando me vea llegar.

Como si no hubiera tenido yo hoy suficiente con todo lo de Hugo…

Esto es un no parar, y parar es lo que en realidad yo quiero.

El aire fresco me corta el rostro cuando freno mi camino y veo mi reflejo en el escaparate de cristal de una pequeña panadería de barrio. Puede ser por las luces o por la falta de ellas más bien, pero luzco cansada. Y, a pesar de eso, siento una chispa en mi interior que no había tenido en años. Noto un escalofrío en cuanto paso más tiempo de la cuenta aquí de pie sin moverme por la humedad que hace en esta ciudad. Retomo mi camino de vuelta con movimientos mecánicos. Voy en piloto automático y no es para menos. Mi cuerpo necesita una tregua del torbellino de emociones e incertidumbre que he tenido en las últimas horas… todo ha desembocado en un final que no termino de asimilar.

Hay un silencio sepulcral cuando abro la puerta del apartamento. ¿Se habrá dormido Diana? Vaya por dios, qué lástima, justo ahora que quería hablar… una pena, eh.

Qué desgracia que voy a tener que tirarme un rato en el sofá a descansar mientras… ah, que está aquí. Lo último que esperaba era encontrármela tumbada, descalza, con las piernas cruzadas y un

libro descansando sobre su estómago. Su respiración es lenta, pausada y profunda.

Suspiro y me apoyo en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos para mirarla durante unos minutos. Es increíble lo fácil y cómodo que me resulta verla así, tan natural, como si esta escena no fuera algo extraordinario sino algo que veo a menudo.

Podría convertirlo en costumbre…

Doy un par de pasos, intentando no hacer ruido, para poder verla mejor. La luz tenue de la lámpara de pie ilumina su rostro con un resplandor cálido, lo que ayuda a su piel habitualmente pálida y al mismo tiempo la hace más inalcanzable. La sombra proyectada resalta la curva de su mandíbula y la suavidad de sus labios entreabiertos en la quietud del sueño.

A mí solo me apetece tumbarme a su lado. Esconderme en su cuello y olvidarlo todo. Disfrutar de los últimos momentos sin tener que lidiar con la vida real. Veo el hueco perfecto en el que colarme para poder recostarme ahí, pero en cuanto mi peso hunde el cojín, Diana se remueve.

—*Fuck…* Lo siento.

Me disculpo por interrumpir su sueño, aunque ahora mismo ella no sabe qué pasa. Parpadea lentamente y se acostumbra a la poca luz que nos rodea antes de darse cuenta de que estoy aquí invadiendo su espacio personal sin permiso. Se incorpora lo justo en el sofá para mirarme mientras se frota los ojos.

Luce adorable así de dormida y de indefensa. ¿Esto era lo que sentía Chandler cada vez que miraba a Mónica en *Friends?* ¿Un sentimiento incontrolable de necesidad de estar con ella a pesar de todo?

—Teníamos razón —murmura con la voz cargada de sueño.

Y nunca me ha producido tanta satisfacción tenerla como el motivo por el que está pronunciando esas dos palabras.

—Teníamos razón —repito yo.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotras. Bosteza, mostrando que sigue cansada y que las pastillas relajantes de la noche tienen un efecto bastante sedante en ella. Y yo podría marcharme a la cama y darle espacio. No quiero. ¿Cómo voy a

quererlo si no sé cuándo se me va a terminar esta cercanía? En lugar de irme, encajo mi cuerpo, con mucho cuidado, junto a ella en el sofá. No se queja y tampoco reacciona. Ni buena, ni mala señal. Es como si ninguna de las dos quisiera romper el frágil equilibrio en el que nos encontramos. Hemos recorrido un camino largo y difícil para ser capaces de estar así, con nuestros cuerpos encajados a la perfección, como si nunca hubieran dejado de estar acostumbrados a acoplarse cuando era necesario.

Hace un gesto para que apoye mi cabeza en su hombro y yo obedezco encantada, pasando mi brazo sobre su cadera, asegurándome de no rozar la costilla que le duele.

Ay… qué paz siento.

Las yemas de mis dedos se mueven con cuidado sobre la piel que queda expuesta en el lateral de su cadera, entre el pantalón del pijama y la camiseta. Esa leve caricia le pone la piel de gallina, al menos hasta que se vuelve a dormir. Yo también cierro los ojos, aunque el sueño no me encuentra tan fácilmente como a ella. Probablemente porque aún estoy alterada y mi adrenalina está disparada. Contra todo pronóstico, en lugar de seguir dándole vueltas a la cabeza, me relajo y disfruto de cómo el dulce aroma tan familiar de Diana se va colando por mi nariz y envuelve todo mi cuerpo en una sensación de nostalgia y alivio a la par.

Ese perfume me arrastra de vuelta a una versión de nosotras que ya no existe, porque las dos hemos crecido mucho y ahora tendríamos otras dinámicas más sanas, ¿no?

Dos minutos me hacen falta para saber que es imposible olvidarla mientras siga oliendo así, a casa, a todo lo que fui capaz de amar y perder.

Aún recuerdo lo cabezota que fue con comprarse este perfume. Lo había visto anunciado porque una modelo que le gustaba lo promocionaba y se le metió en la cabeza ir a olerlo. Yo me hacía la loca todo el tiempo porque sabía que era muy caro y no quería que se gastara ese dinero en un perfume. Una tarde volvíamos de dar un paseo y nos paramos en una tienda que tenía *testers* de ese bote con forma de tacón con el que estaba tan pesada. Ahí lo olimos y… ya no hubo vuelta atrás. Se convirtió en su

olor inmediatamente. De hecho, se lo regalé yo a los pocos días porque la carita de ilusión que tuvo cuando descubrió que le gustaba ese perfume no tenía precio.

Y lo sigue usando a día de hoy.

Hugo dirá que muchas cosas han cambiado y estoy convencida que para bien. A mí me alegra que algunas, como este olor o la forma en la que siempre me mira, no lo hayan hecho en absoluto.

¿Qué voy a hacer contigo, Di? ¿Debería arriesgarme y dejarlo todo por esto? ¿Debería volver a Nueva York e intentar reconducir mi vida ahora que parece que está un poco más tranquila? Siempre decías que yo era muy valiente porque era más abierta y acepté mi sexualidad antes… Si tú supieras el miedo que yo tenía y me hacía la fuerte solo por ti… Siempre he sido una cobarde, no te engañes. Y la prueba es cómo me fui, incapaz ni siquiera de cortar contigo.

Ahora necesito que seas tú la valiente por las dos y me convenzas de que esto tiene sentido y debería quedarme.

Madre mía, es que yo no sé ni cómo me habla…

Dejo escapar un suspiro pesado antes de levantarme del sofá, intentando no despertarla esta vez, y voy directa a la cocina a por un vaso de agua. Me vendría mejor un chupito de tequila, la verdad. Me conformaré con este líquido transparente e insípido. Apoyada en la encimera aún puedo ver la silueta de Diana perfectamente tumbada. Giro y me pongo a mirar por la pequeña ventana que da a un ojopatio con tal de no pensar en ella cinco minutos. He estado cinco años sin hacerlo, porque tampoco me lo permitía a mísma, y ahora es que no puedo parar.

No sé en qué momento dejar de pensar que ella ya no es una opción para mí.

Termino mi vaso de agua mientras observo la ropa tendida de las viviendas contiguas a la nuestra. Estamos en el típico edificio antiguo del centro de Barcelona que ha sido reformado, con mucho gusto, para ser puesto en alquiler. Estoy bastante convencida de que a los vecinos no les hace mucha gracia este negocio y no me extraña. Los alquileres están imposibles con tanto piso turístico. En

Madrid pasa lo mismo, porque Marc está todo el día quejándose de eso.

¡Ay! Marcos va a flipar cuando Hugo le cuente todo lo que ha vivido. Bueno, y cuando yo le cuente lo de Diana. Vuelvo a buscar su silueta en la penumbra y esta vez veo que el sofá está completamente vacío. Frunzo el ceño extrañada y camino hacia la habitación, donde la encuentro tumbada en la cama de espaldas a la puerta.

Anoche dormimos juntas en esa cama en otras circunstancias porque nos acostamos, pero ahora… Mira, a la mierda, si es que me apetece dormir con ella, no le voy a dar más vueltas. Y con esa decisión en la cabeza y tras ponerme el pijama lo más rápido que puedo, me deslizo entre las sábanas hasta quedar tumbada junto a ella, con la misma naturalidad con la que lo hacía cada noche que llegaba tarde y ella ya había llegado a mi apartamento.

Estoy un poco tiesa mirando al techo cuando noto que se mueve despacio y acerca su cuerpo al mío de forma instintiva. No sé si está dormida y es puro instinto o de verdad quiere este contacto.

—Di… —susurro para comprobar si está despierta.

—Mmmmm…

Pues ese ruidito no me lo deja claro.

—Si te molesto me lo puedes decir y me voy al sofá —ofrezco tragando saliva.

Por favor, no me pidas que me vaya.

—No seas boba.

Y en lugar de apartarse, lo que hace es desplazarse un poco más para aferrarse con fuerza a mi cuerpo. Pasa su mano por mi abdomen y apoya su cabeza en mi hombro. Me muevo lo justo para poder pasarle el brazo por sus hombros y envolverla así en la seguridad del calor corporal que emano ahora que he subido un par de grados de temperatura por este leve contacto con ella.

Beso su frente y ella respira hondo antes de caer profundamente dormida otra vez.

No sé si esto es un comienzo o una despedida, pero esta noche prefiero no pensarlo. Solo espero que mañana no te arrepientas de haberme dejado dormir aquí, Di.

◆ ◆ ◆

Dos noches durmiendo con ella.

Dos noches sin pesadillas y sintiendo paz al despertar.

Fucking magic.

Magia o Diana.

Dos palabras que comparten número de letras y vocales y no se alejan casi nada la una de la otra. Curioso el tema de la semántica y el origen de las palabras ya que el nombre de Diana siempre ha estado relacionado con la divinidad y la capacidad de ser luz. Como la luz que está dando en mi vida desde que llegó o la divinidad que es sobre el resto de los mortales para mí esta chica.

¿Qué vamos a hacer ahora, Di?

Llevo rato aquí tumbada escuchando el suave vaivén de su respiración. Abrazando el calor que emite bajo las sábanas y perdiéndome en ella. ¿He pertenecido siempre junto a ella y me he negado a verlo todos estos años o me estoy dejando llevar por la nostalgia del reencuentro?

—Buenos días.

¡Ay! Está despierta y yo aquí acariciando su estómago modo romántica. ¡Qué vergüenza!

El pensamiento me dura medio segundo, hasta que ella se mueve lo justo para dejar un beso en mi frente que me hace relajarme. ¿Hay mayor gesto tierno y de confianza que un besito ahí? Yo creo que no. Quizás solo sea superado en adorabilidad por el besito en la punta de la nariz. Ella siempre me los daba ahí por las noches antes de dormirnos…

—Buenos días —respondo sin atreverme a levantar la cabeza.

—¿Has dormido bien? —pregunta ahora pasando la mano por mi cabello, peinándolo a la par que deja leves caricias sobre mi cuello cuando puede.

—Sí, muy bien.

Las dos sabemos las implicaciones de que yo, una persona que duerme mal todo el tiempo, duerma bien una noche en sus

brazos. El lince rubio que tengo a mi lado probablemente esté sonriendo aunque no la vea, feliz de causar ese efecto en mí. La conoceré yo…

—Sigues respirando por la boca cuando duermes —dice para romper el silencio que se ha vuelto a instalar entre nuestra comodidad.

Me hace reír con esa tontería. Cinco inviernos juntas en los que me pasaba todas las mañanas, al despertar, quejándome de que me dolía la garganta por respirar por la boca.

—Y tú sigues robándome el edredón —me quejo.

Noto cómo su pecho sube y baja de la carcajada que suelta. Sí, sí, que se ría, pero sabe que tengo razón. Levanto la cabeza lo justo para observarla. Estoy acostumbrándome a su constante presencia y a su risa y esto puede ser mi condena. Me he pasado demasiado tiempo sin escucharla y ahora algo me dice que no quiero que eso vuelva a pasar. No recordaba lo que era conectar tan genuinamente con alguien como con ella. He construido muros imposibles de saltar, mucho menos de derribar y no he dejado a nadie pasar hasta… ahora. Y no me aterra tanto como pensaba que lo haría.

Se coloca de lado, a pesar del dolor evidente en su costilla, para mirarme. Así quedamos, en posición fetal una frente a la otra como en un espejo.

Es preciosa hasta recién despierta…

Mi mano va sola a su mejilla. La acuno y acaricio con los dedos su piel. Está suave y calentita. Sería tan fácil romper esta poca distancia y besarla de nuevo… Volver a probar esos labios que han tenido el poder de matarme y revivirme al mismo tiempo desde que los rozara la primera noche. Contengo las ganas y, en lugar de acercar los míos, llevo mi pulgar justo sobre su herida.

Noto el aire que exhala sobre él en una respiración más profunda que las anteriores.

—Di…

Y no me atrevo a decirle lo que tengo en la cabeza. No quiero tener que alejar esa mano, romper el contacto o esta realidad paralela en la que me he permitido ser feliz unos días.

—Lo sé —responde sin apartar la mirada—. Tenemos que hablar.

Gracias.

Gracias por saber tú lo que quiero.

Asiento y no digo nada más. Mi mano baja hasta su cuello, donde dejo caricias más suaves y cariñosas mientras seguimos en silencio, mirándonos. La piel es traicionera, porque recuerda antes de que lo haga tu cerebro y reacciona antes de que seas consciente de lo que estás haciendo.

¿En qué momento perdí este roce que antes daba por hecho? ¿En qué momento decidí negarme el calor de otra persona, concretamente de Diana? Y ahora con mis dedos paseando por la línea de su mandíbula sé que todos mis recuerdos han terminado por ser desenterrados.

Me he pasado años fingiendo que no necesitaba esto, a ella, y que estaba mejor sola que volviendo a intentar tenerla entre mis brazos. ¿En qué coño estaba pensando?

Es ella la que se mueve para abrazarse a mí. Y yo la dejo, claro que lo hago. Se acurruca escondiendo su rostro en mi cuello y el simple roce de su nariz ya me tiene sonriendo. No sé qué estamos haciendo, pero tampoco quiero frenarlo ahora… Diana me trae tantas cosas que creía perdidas… Entre ellas la sensación de poder dejar de ser fuerte todo el tiempo y poder apoyarme en alguien sin pedir permiso y que ese alguien sepa, como hace ella todo el tiempo, justo lo que necesito cuando yo no quiero verlo.

Cierro los ojos y acompaso mi respiración a la suya. Mi dedo índice toma la iniciativa dibujando líneas invisibles por todo su brazo hasta llegar a su mano y, en un movimiento ágil, ella lo atrapa para entrelazar nuestros dedos.

Todo muy de pareja y sin embargo nosotras no…

Ay… Qué dolor de cabeza, de verdad. Yo no sé si era más feliz en Nueva York —no lo era—, lo que sé es que no tenía estas jaquecas constantes por no poder dejar de pensar ni un segundo en nuestra ¿relación?

—Si no estás preparada aún para hablar, podemos esperar un poco más.

Y es su voz contra mi cuello la que me hace estremecerme.

Cero exigencias. Quiero que alguien venga a explicarme cómo Diana puede tener esa capacidad de darme espacio sin alejarse ni un poquito.

Su boca sigue a unos milímetros de mi piel y como no la aparte va a derribar las pocas defensas y fuerza de voluntad que me queda ahora mismo antes de que quiera besarla. En su lugar, decido soltar lo primero que me pasa por la cabeza.

—No creo que vaya a estarlo por mucho que espere —respondo y creo que no he sido tan sincera con ella como en este momento.

Ojalá entiendas que esto no es por ti, es por mí. Y sí, suena a cliché, pero es la verdad. No quiero tener una conversación contigo y volver a joderlo cuando ni yo sé qué estoy haciendo o qué quiero hacer con mi vida.

—Entonces quizás lo mejor sea dejarlo para la vuelta a Madrid en unos días y así podemos disfrutar de lo que quiera que sea esto antes de…

¿Antes de que me arrepienta? ¿Antes de que me marche? ¿Antes de que la caguemos soltándonos alguna burrada? Sea cual sea el final de esa frase que ella no pronuncia, agradezco tener un poco más de tiempo para aclarar mis sentimientos.

—Si no te importa —susurro contra su frente.

Hemos esperado mucho tiempo, qué más da unos días más, ¿no?

—No me importa.

O le importa y finge que no, en cualquier caso a mí me viene bien.

—No quiero moverme, Di. Pero se va a hacer tarde y le dije a Hugo de quedar a tomar algo —digo rompiendo la burbuja en la que estamos metidas.

Necesito un poquito de aire y tierra de por medio porque estoy nublada por su olor y sus caricias.

—¿Estoy invitada? —pregunta levantando la cabeza para mirarme.

—Siempre lo has estado, Diana.

Y a mi vida, también.

Capítulo 25

Eres más guapa que Beyoncé

—Buenos días, señorito —saludo con todo mi encanto mientras me siento en la silla que hay junto a Hugo.

Sí, hoy no me pongo al lado de Diana porque un poco de espacio que nos haga tener las manos para nosotras mismas en lugar de para la otra no creo que haga daño a nadie y seguro que ayuda a mi cabeza a aclararse un poco más.

El paseo hasta la cafetería por la que ayer pasamos y que Hugo aseguró que tiene los mejores huevos benedictinos de la ciudad ha sido bastante silencioso. Bueno, no hemos dicho mucho en general desde que hemos salido del refugio de la cama. Ni siquiera he tenido valor de comentarle a Diana lo bien que le sienta el jersey en tonos azules que lleva y que contrasta con su pelo. Qué bonita me ha parecido siempre la combinación amarillo-azul y más ahora que la he visto en ella.

—¿Qué tal están mis chicas? —pregunta Hugo con una sonrisa mirando a una y otra alternativamente—. ¿Habéis dormido bien? ¿Juntitas quizás?

¿Le puedo pegar ya o es muy temprano?

Diana le ríe la gracia y sacude la cabeza. Aquí es cuando descubro que sentarme frente a ella es incluso peor que tenerla cerca porque puedo ver cómo se sonrojan sus chapetas y le quedan preciosas en ese tono de piel blanquecino que aún arrastra del invierno. Estoy tan centrada en esa imagen que ni siquiera me molesto en escuchar lo que le contesta o la respuesta de Hugo, quien me da un codazo cuando nota mi estado de disociación total.

—Perdón.

—¿Café doble para ver si te espabilas? —ofrece Diana cuando la camarera se acerca.

Asiento y dejo que sea ella la que pida nuestras bebidas mientras Hugo se encarga de la comida. Hacen un buen *team*. ¿Cuántos desayunos así habríamos tenido si no me hubiera ido?

—¿Quieres agua también? —pregunta de forma automática sin mirarme antes de que la camarera se marche.

—Sí —respondo bajito, consciente de que Hugo nos está observando como si fuéramos una mezcla entre documental de animales salvajes y culebrón venezolano que le entretiene muchísimo—. Gracias, Di.

Le quita importancia y agacha la cabeza cuando nota que no puedo dejar de mirarla. ¿Estaré a tiempo de cambiarme de sitio sin que sea descarado el motivo por el que lo hago? Yo no sé si aguanto todo el desayuno sin que sea obvio que no me la puedo quitar de la cabeza. Y ella parece llevarlo mejor que yo porque, en el momento que nota que no le quito los ojos de encima, me sonríe y me saca la lengua de una forma infantil que arranca una carcajada natural en mí.

—Suficiente de este tira y afloja que tenéis —dice Hugo, señalándonos con el dedo a las dos—. ¿Me explicáis ya qué energía extraña hay entre vosotras? Porque ayer me fui pensando que estabais en plan «qué bonito este reencuentro y cómo se miran» y hoy venís con un aura de… no sé… tensión sexual contenida nivel *La isla de las tentaciones*.

¿La isla…? Joder sí que ha tenido tiempo libre en esta ciudad si se ha enganchado a ver esos *realities* para llenar sus noches.

—Hugo, por favor te lo pido, no nos lo pongas más difícil —advierto presionando con el índice y el pulgar el tabique de mi nariz.

—Mmmmm… si me lo pides de rodillas me lo pienso —contesta con una naturalidad que hace que me den ganas de darle una bofetada.

Diana solo puede reír ante la burla de mi amigo y yo los quiero matar a ambos. Es que encima se alían en mi contra para bromear más y meterse conmigo sabiendo que van a salir impunes porque a la hora de la verdad no le hago daño ni a una mosca.

Diana se vuelve a reír, porque claro, ella y Hugo son ahora el dúo dinámico de la comedia, mientras yo estoy aquí intentando no morir de vergüenza ante toda esta situación.

—Entonces, ¿me lo explicáis? —insiste Hugo retomando su tema favorito—. Lo de la tensión sexual, por si no quedaba claro.

¿Cómo no va a quedar claro? Si no hablas de otra cosa, imbécil.

—No hay ninguna tensión sexual…

Y yo aquí, intentando no quedarme embobada con la manera en la que Diana se coloca un mechón del pelo.

—Un poco sí —interrumpe Diana con bastante gracia y hasta a mí me cuesta no reírme—. Resuelta, pero aún hay.

Yo creo que la podemos resolver un poco más…

—¿Te importaría echarme un cable con todo esto? —pregunto rodando los ojos en dirección a Diana, que ha decidido que si no lo hablo con ella, al menos va a disfrutar con el juego intermedio. Siempre se le ha dado esto mejor que a mí, la verdad—. Por favor, Di.

De nuevo, la reducción de su nombre a tan solo dos letras le toca la fibra sensible y sale un poco en mi defensa.

—Estamos procesando un poco todo lo que ha pasado contigo y con nosotras —responde vagamente y a mí me vale porque no está muy alejado de la realidad.

—Procesando… Bonita forma de decirlo, eh. —Hugo arquea una ceja y se gira hacia mí. Genial, me toca otro de sus comentarios super ingeniosos—. ¿Qué procesas tú, Álex? ¿Las sensaciones de dormir acurrucadas? ¿La respiración en el cuello de Diana? ¿O los «uy, perdón, te he tocado sin querer»?

—Cállate —digo entre dientes.

Diana me da una patada por debajo de la mesa y me hace un gesto para que me calme antes de ser ella de nuevo la que medie entre nosotros.

—Sí, tenemos que hablar y lo haremos cuando consideremos oportuno. Ahora mismo tenemos otros asuntos entre manos —explica mucho más calmada que yo.

—Hablar —repite Hugo saboreando la palabra porque sabe lo mal que se me da a mí eso—. Ajá. Lo que viene siendo sentaros, deciros la verdad y ver si folláis antes o después de llorar cuando a Álex le dé el miedo y decida …

—¡HUGO! —explotamos las dos al mismo tiempo.

Lo peor es que sé lo que está haciendo. Igual que era capaz de manipular a su paciente de la forma más sutil siendo su amigo, ahora conmigo hace lo contrario. Está atacando y poniendo en palabras todo lo que pueda estar pasando por mi cabeza. Si no fuera porque sé que lo hace porque considera que es lo mejor para mí, me levantaría y me iría de aquí.

—Perdón, perdón. Ya me callo —dice mientras levanta las manos en señal de defensa.

A falta de poder pegarle, o mejor matarle, le lanzo una servilleta de forma infantiloide. Diana me sigue el juego, una vez más, y le lanza otra.

—Madurez —murmura Hugo, quitándose los restos de papel de la chaqueta—. Mucha madurez veo yo aquí para mantener una conversación adulta.

La verdad es que sí, estamos fatal de eso al parecer.

Y el maldito Hugo aplaude en silencio, orgulloso, como si fuéramos dos crías dando su primer paso para mantener una relación, como si no tuviéramos una historia detrás durante diez años…

¡*Ring*!

Los tres nos asustamos con el estruendo que hace el móvil de Hugo sobre la mesa.

—Joder, ahora no… —murmura con mala cara.

—¿Quién es? —pregunta Diana con curiosidad.

—Herrera. —Hugo hace una mueca—. La única persona a la que no puedo ignorar por mal que me caiga.

—Cógelo, anda —le digo, aunque lo que quiero de verdad es que se vaya un rato y nos deje respirar un poquito con tanta pregunta.

Hugo pone los ojos en blanco, pero acepta su destino y se aleja de nosotras un poco para responder a la llamada, aunque no

nos quita los ojos de encima ni a distancia.

—Venga, un respirito de tanta pregunta sobre nosotras.

Le doy un sorbo al café solo para tener algo que hacer con las manos y que no se me noten los nervios de no saber llevar este tema con tanta serenidad como ella. Por un segundo, las dos nos quedamos mirando el hueco vacío donde estaba Hugo. Y nos da la risa. A la vez.

—Como pasemos cinco minutos más con él —empieza Diana, alzando una ceja con la picardía que solo ella tiene en estos momentos—, nos hace terapia de pareja.

—Lo mato —digo con total convicción—. Le rompo la libreta en la cabeza y le meto la grabadora por… —Diana se ríe antes de que pueda terminar la burrada que iba a soltar, y ese sonido me hace perder el hilo como siempre de lo que quiera que haya en mi cabeza—. El caso es que como le demos un poco de coba nos hace hablar de nuestras emociones hasta que vomitemos.

—Tu cosa favorita entonces, ¿no? —pregunta ella y yo inclino la cabeza sin entender muy bien el comentario—. Lo de hablar de emociones, digo. O de mí.

Otra tan sutil como mi amigo. Yo no puedo más.

Podría gritarle que hace unos años era a ella a la que le costaba hablar de todo lo que tuviera que ver conmigo así que podría darme un poquito de cuartelillo con el hecho de que yo ahora mismo no quiera hacerlo.

Que sí, que esta mañana me ha dicho que se espera, pero por otro lado creo que le puede la duda de qué coño voy a tener que decir.

¡Yo que sé, Diana!

Genial. Muy bien, Álex. Claridad mental cero. Seguimos igual.

—La otra opción es que nos pida que nos miremos a los ojos durante dos minutos —añade Diana para intentar que le siga la conversación.

—Yo no aguanto dos minutos mirándote a los ojos, Di.

—¿Por qué? —pregunta.

Porque me dan ganas de comerte la boca.

Porque en esos ojos soy capaz de ver reflejado lo que fui, lo que soy y lo que quiero ser. Contigo a mi lado, claro. Es un bonito detalle a tener en cuenta.

Porque solo me saldría decirte dos palabras que no sé si quiero decirte o esconder de nuevo.

Oops.

La tensión entre nosotras sube como la espuma otra vez. Mierda.

—Bueno… —dice ella, jugando con la cucharilla.

¿Puede Hugo volver ya? Ahora su ausencia me está viniendo mal.

—Lo que te dije esta mañana era verdad —continúa ella ante mi silencio—. Puedo esperar a que tú quieras hablar por mucho que bromee de ese tema con Hugo.

—Gracias.

Vale, todo controlado de nuevo. Aunque le siga el juego a mi mejor amigo, va a respetar mis tiempos. Quizá hablar con ella no me va a matar con la cabeza tan adulta que tiene ahora. O sí. No sé, la verdad.

Hugo vuelve a la mesa con la misma expresión que tendría yo si me dijeran hace unos meses que iba a vivir todo esto. Se deja caer en la silla, suelta un suspiro dramático y apoya las manos sobre la mesa claramente no tan feliz como hace unos instantes.

—Tengo una buena y una mala noticia —anuncia Hugo guardando su teléfono en el bolsillo de su pantalón—. ¿Por cuál empiezo?

—La mala primero siempre —respondemos Diana y yo al unísono.

—Os tenéis que volver ya a Madrid, así que se os acaba esta luna de miel extraña que imagino que tenéis por vuestras caras —suelta sin anestesia.

—¿Cómo que tenemos que volvernos a Madrid? —pregunta Diana sin entender nada.

—Íbamos a quedarnos unos días más contigo, Hugo. ¡Te acabamos de encontrar! —me quejo.

—Bueno, aquí está la parte buena. —No tiene cara de que sea algo bueno, pero adelante—. El comisario Herrera me ha contado que van a detener a mi paciente en los próximos días. Todo lo que hemos recopilado contra él y varios testimonios han sido suficientes para conseguir una orden de arresto. Si le sumamos todo lo de entrar en mi casa y el ataque a Diana… No tiene escapatoria.

Un escalofrío me recorre entera ante el pensamiento de que ese hombre pueda salirse con la suya. Miro a Diana, que baja instintivamente la mano a sus costillas.

—¿Y si pasa algo y no le detienen o se escapa o algo?

—No va a pasar nada, chicas —responde Hugo con una calma que envidio—. La Policía me va a proteger y me voy a quedar aquí hasta que esté entre rejas. No quiero poneros más en peligro, ni que os metáis en un lío, ya habéis hecho suficiente.

—No te vamos a dejar solo aquí si…

—Álex, por favor —me corta Hugo con una mirada seria, esa que solo usa cuando va en modo psicólogo y amigo a la vez—. Tenéis una vida a la que volver. —Por desgracia—. Os prometo que, en cuanto todo esté solucionado, volveré a Madrid.

Miro a Diana para comprobar si está de acuerdo o no con lo de marcharnos ya. Asiente muy despacio con la cabeza y yo sé que no puedo seguir discutiendo contra los dos. En parte no quiero volver porque en mi cabeza, volver a Madrid es tener que hablar sobre lo nuestro y acabo de perder días de decidir qué coño quiero en un plumazo.

—Está bien, nos volvemos.

—Hoy.

—¿Qué? Ni de coña —respondo sin pensarlo.

—Álex, hoy —insiste él sin dejar margen de maniobra—. Tengo que ir a hacer videollamadas y cosas con Herrera y no quiero, ni por asomo, que sospeche que estábais aquí.

—Pero…

—Nada de peros. —Levanta la mano antes de que pueda intentar convencerle—. Te recuerdo que os plantasteis en la comisaría a soltar teorías, interferisteis en un caso activo y ahora está mosca con el tema por jugar a los investigadores.

Diana intenta disimular la risa detrás de la taza. Traidora adorable.

—Está bien.

—Perfecto —responde sintiéndose por fin ganador—. Pues acabamos el desayuno y os acompaño al piso.

Eso hacemos, terminamos nuestros platos como si no hubiera pasado nada y fuéramos tres amigos que llevan toda la vida compartiendo mesa. No me resulta tan extraño por mi parte con Hugo, sino por la de Diana. Se hablan con mucho cariño, intercambian anécdotas y tienen bromas internas.

Cuando nosotras estábamos saliendo siempre mantuve a mis amigos y a mi relación con Diana separados. Obviamente se conocían y, a veces, hacíamos planes juntos, pero ocupaban lugares distintos en mi vida. Quizás por eso ahora me resulta tan extraño verlos entrelazados de esta forma y aun así… es natural lo bien que encajan juntos.

Diana, con ese humor tan particular que a veces me irrita y otras me derrite, consigue sacar carcajadas a Hugo con una facilidad pasmosa. Y Hugo —mi Hugo, el psicólogo, el paciente, el amigo que siempre ha tenido una palabra exacta para cada uno de mis dramas — le sigue el ritmo sin perder la paciencia innata con la que ha aprendido a lidiar con la intensidad de las emociones de todo el que le rodea.

Y yo… yo no hago nada.

Me encanta manejar todas las situaciones y tener el control en cada entorno y aquí no me apetece. Puedo relajarme y disfrutar del momento sin sentirme en la obligación de controlar nada. Qué sensación más extraña… Es como algo cálido en el pecho y que está ahí muy tranquilito.

En algún punto del camino al apartamento para recoger nuestras cosas y marcharnos de vuelta a Madrid, veo a Hugo bromear con un chico que pasea a un perro mientras Diana está agachada jugando con él. Algo me dice que todas estas sesiones y, en general, los días en Barcelona, se van a quedar grabados en mi memoria de una forma especial.

La llegada al apartamento es bastante más silenciosa que todo el trayecto hasta aquí. Es como si nos metiéramos cada uno en nuestra burbuja de pensamientos sobre los próximos pasos que tenemos por delante y ni Hugo se atreviera a pincharla. Veo cómo Diana se lleva una mano a las costillas mientras subimos las escaleras y es que lo de dormir conmigo encima, por mucho que lo niegue, no ha debido de ser nada bueno para sus dolores.

—Vale —digo, dejando las llaves en el mueble de la entrada y girándome para mirarla—, yo recojo. Tú siéntate donde quieras y no te muevas, por favor.

Da un paso al frente y hace el amago de protestar. No la dejo. Si es que ya sé todo lo que me va a decir, que «no le duele tanto», que «tiene mucha tolerancia al dolor», que «no es nada» y todo lo que se le ocurra para evitar preocuparme.

—No. —Mi tono es tan serio que hasta Hugo se sorprende tras ella—. Tú te sientas y te quedas quieta. Punto. El viaje en coche es largo y no va a ayudar a que se te pase, así que descansa ahora, por favor.

—Estoy bien —insiste.

—Y yo soy Beyoncé —respondo seriamente—. Siéntate.

—Tú eres más guapa que Beyoncé.

Pues ya está. Ya me ha desarmado y no sé cómo contestar a nada más.

Ah, mira, si se va a quedar sentadita a pesar de las quejas. Menos mal, que no estaba yo para seguir discutiendo con ella. Espero a que esté acomodada en el sofá y la forma en la que se deja caer despacio para evitar el tirón de su piel confirma mis sospechas de que está más dolorida de lo que admite.

—Quédate ahí y yo recojo todo.

—Qué detallista, qué atenta, qué servicial —canturrea Hugo apoyado en la puerta.

Insisto, ¿por qué es mi amigo?

—No empecemos —le advierto mientras me marcho a la habitación.

—Solo digo que sigues siendo igual de mandona y de atenta con ella que siempre.

No necesito girarme para saber que tiene su cara de «tenía razón» activada.

—Y tú sigues vivo para verlo, disfruta de tu suerte —replico mientras empiezo a guardar la ropa.

Me saca la lengua y me da un golpe con la cadera antes de tumbarse a observarme. Ni aunque vuelva de entre los muertos madura este tío, eh. Mejor le ignoro por el bien de mi salud mental. Irónico que tenga que ignorar a un psicólogo para lograrlo.

—Oye, Álex —dice cuando ya estoy terminando todo con una sonrisa peligrosamente traviesa. Mala señal—. Una duda técnica antes de que os vayáis…

—No, Hugo.

—Pero si aún no he preguntado nada —protesta.

—Te conozco y sé que no quiero saber esa pregunta —explico.

Es absurdo que le diga eso porque va a hacer la pregunta igualmente.

—Solo hay una cama en todo el apartamento, ¿verdad?

Ya sabía yo que iba a preguntar igualmente.

—Hugo… —le advierto.

—¿Qué? Es información crucial para un psicólogo. Necesito saber si compartisteis cama voluntariamente o si esto es «dónde duermo yo», «pues contigo», «ay, qué remedio»… —Hace un gesto con las manos para no continuar con sus excusas obvias de película —. Ya sabes, la narrativa importa para saber qué os ha llevado hasta aquí.

—La narrativa te la voy a meter por donde te quepa como sigas hablando —respondo con absoluta serenidad.

Y se ríe.

Si es que aquí nadie me toma en serio.

—Solo digo que…

—Hugo —interrumpo de nuevo.

—Vale, vale —levanta las manos en señal de paz, aunque la sonrisa no se le borra—. Me callo.

¿Así de fácil? Ni de coña.

—Me alegro de veros así.

Já.

Ya sabía yo que no iba a callarse. No puede. No está diseñado para eso.

Lo bueno es que esta vez no hay burla en sus palabras, ni una pizca de broma. Es… sincero. Está feliz de vernos juntas otra vez de una manera u otra. Y si él puede ser así de honesto, yo también. Nada de esquivar preguntas o el tema de Diana. No, ahora le voy a decir la absoluta verdad.

—Yo también me alegro.

Capítulo 26

I miss you, I'm sorry

Llevamos varias horas en la carretera y, aun así, siento que no hemos avanzado mucho. Puede ser porque no hemos tenido el valor de volver a hablar de nada que no sea el paisaje o para criticar algún adelantamiento temerario de otro coche.

Creo que ahora mismo no sabe cómo moverse y hablar conmigo sin entrar en arenas movedizas o sin que yo termine por hundirme. Lo que ella no sabe es que sigo exactamente estancada en el mismo punto mental desde que hemos salido de Barcelona.

El famoso punto llamado «¿y ahora qué?»

Tras la despedida un poco emotiva con Hugo he sentido que ponía punto y final a nuestra peculiar burbuja. Esa en la que mi mundo no se caía a pedazos y podía respirar sin presión en el pecho. Una sensación que ha vuelto desde que he plantado mis dos manos en el volante para enfilar la carretera de regreso a Madrid.

Todo por el simple hecho de que todo vuelve a depender de mí.

Vaya, qué irónico que lleve toda la vida queriendo el control de todo lo que me rodea y ahora me horrorice la idea de que esto dependa de mí.

De mí y de las decisiones que tome.

De una conversación que llevo esquivando desde hace cinco años.

No, no quiero pensarlo. Respiro hondo y me centro en la carretera que tengo delante, a ver si así dejo de pensar en lo inevitable que me espera en la capital. Es lo mejor. Ignorarlo porque en ese estado de entumecimiento yo no tenía tantas dudas, por

mucho que me engañara a mí misma. Y justo cuando mi mente empieza a entrar en esa espiral familiar que me lleva directa al «mejor no sentir nada porque duele menos», escucho un leve quejido a mi derecha.

Miro por el rabillo del ojo a Diana, quien presiona un brazo contra las costillas al intentar acomodarse mejor en el asiento del copiloto, y suelta un suspiro ahogado que me hace suspirar a mí, pero de preocupación por ese dolor que no cesa desde hace horas ni con las pastillas.

—¿Di? —Porque yo ya no puedo dejar de llamarla así—. ¿Te duele mucho?

—Un poquito…

Para que lo admita así es que le duele bastante más de lo que dice.

—Diana… —digo posando por instinto y sin pensar la mano en su muslo—. Si quieres, paro un momento y…

—No, no —me corta con cuidado, acomodándose de nuevo en el pegajoso asiento de cuero—. Sigue. Ya queda nada y prefiero llegar cuanto antes a casa y ya descansar ahí.

Posa su mano sobre la mía y la aprieta un poco de forma cariñosa, y yo trago saliva cuando el corazón vuelve a saltarse un latido solo por ese contacto tonto. De verdad, qué intensidad manejamos si nos ponemos así por cogernos de la manita…

Bueno, no sé si es intensidad o es ella, la verdad.

Sí, es ella y el impulso visceral que me sale de protegerla de cualquier cosa por encima de mí misma. Es una maldita cabezota porque yo podría parar en la próxima gasolinera y que se tomara otra pastilla y se estirara, pero no. Doña estoy-bien-y-no-me-duele-nada va a mentirme hasta la saciedad con tal de no preocuparme. Y no es que me moleste que me mienta porque no hay mala intención en esa mentira. Al contrario, es una de esas que se dicen a las personas que más quieres para no preocuparles.

Quizás ese es el problema, que estoy en el grupo de «las personas que más quieres», al igual que lo está ella en el mío. Tanto como para estar conduciendo en tensión esquivando cualquier mínimo bache de la carretera y que no le afecte a sus costillas.

Tanto que no le quito los ojos de encima con cualquier cosa que hace y tanto como para ingeniármelas para evitar soltar su mano un ratito más.

Y aquí sé que estoy completamente perdida.

En esta vida he aprendido que querer tanto a alguien como yo quiero a Diana es abrir la puerta a que pueda destrozarte cuando ella quiera, o sin quererlo. Es poner tu corazón en una cajita de regalo con lazo incluido y confiar en que no lo vayan a romper o tirar a la basura.

Y yo ya viví eso con ella.

Tuve que vivir cómo se rompía, no solo nuestra relación, sino todo mi mundo y eso también me incluía a mí. Tanto dolor que mi cabeza decidió protegerse el resto del tiempo cerrándose al mundo, desconectando de cualquier tipo de emoción o relación amorosa, huyendo a Nueva York y alejando a todos los que podían dañarme más de la cuenta.

Tuve que vivir noches enteras en las que podría haber sido la ciudad de mis sueños llorando sin parar por haberla perdido y por lo mal que terminamos. Por encima de todo, era llorar por no saber cómo dejar de necesitarla en mi vida.

Tuve que vivir cómo era intentar recordar la vida a.D. —antes de Diana—. Es decir, una vida sin lágrimas, pero también sin sus ojos y sin su luz.

Y después de cinco años me encuentro en un coche con ella sintiéndome exactamente como me prometí a mí misma que no iba a sentirme en cuanto crucé miradas con ella. Es decir, con mi corazón en la cajita de regalo de nuevo, con las defensas peor que un equipo de segunda división y con el miedo por las nubes.

No puedo dejar de darle vueltas a todo lo que va a pasar o dejar de pasar con nosotras. A todas las implicaciones de querer intentar algo con ella o de volverme a mi vida en Nueva York. O lo que es lo mismo, tengo mi corazón adelantándose tres capítulos a mi historia con ella para intentar tranquilizarse y el resultado es el opuesto.

¿Puede alguien ir al final de nuestro libro y contarme si esto sale bien?

¿Puede alguien contarme si nuestro amor tiene sentido?

¿Tenemos una vida feliz en nuestro epílogo?

Acaricia el dorso de mi mano con su pulgar mientras su vista está perdida en la ventana y yo ya veo lo fácil que sería volver a acostumbrarme a un amor que nunca se extinguió como yo creía. Simplemente lo tenía bajo la alfombra, concretamente bajo capas de miedo, orgullo, silencio y muchos kilómetros de distancia.

Y es entonces cuando me viene la pregunta que llevo evitando desde que me di cuenta de que seguía teniendo sentimientos por ella. Si en tan poco tiempo Diana tiene este efecto en mí… ¿Qué va a pasar si luego no sale bien?

¿Qué pasará si no ha cambiado tanto como pienso?

¿Qué pasará si soy yo la que esta vez no está preparada?

¿Y si…?

¿Y si vuelvo a vivirlo todo otra vez?

El miedo, el dolor, el abandono emocional… No quiero volver a vivir todo eso y esa es la simple verdad. Un poco cruel, para ella y para mí. Algo tan sencillo como que me da pánico que me vuelvan a hacer daño. No porque ella quiera hacérmelo queriendo, porque la conozco y no lo haría. Nunca quiso a pesar de todo lo que hizo. Ahora podría hacerlo chasqueando sus dedos y destrozarme de nuevo. Y el daño que te hace la persona a la que le has regalado esa caja roja con lazo es el más profundo que puedes experimentar y el más lento en cicatrizar, si es que alguna vez lo hace.

Yo ya sé lo que es romperme por ella y no sé si puedo sobrevivir a una versión 2.0 de todo lo que pasé. Aunque si lo pienso un poco en frío… También sé lo que es una vida sin ella. Llevo años así y… no es que fuera feliz o bonita. Simplemente sobrevivía.

¿Quiero una vida en la que viva a pesar del riesgo al dolor o prefiero una en la que solo sobreviva?

Difícil pregunta.

Y entre tantas dudas y preguntas que tengo, empiezo a divisar Madrid a lo lejos. Un paisaje demasiado conocido y a la vez demasiado extraño ahora mismo. Anda, mira, como mis sentimientos por Diana. Seguimos en silencio y solo cuando nos estamos acercando ya a su portal, apenas a unas calles de distancia, ella

vuelve a cambiar la canción que suena en los altavoces, como ya hizo en nuestro viaje de ida. La elegida para la ocasión es *I miss you, I'm sorry* de Gracie Abrams. Y es que la reconozco en los primeros acordes porque Gracie hace mucho que es de mis artistas favoritas, y esa canción… Uf… Gran manera de mandarme un mensaje cuando has notado que me estaba tensando más de la cuenta, rubia.

Escuchar a esa voz susurrada preguntar en ese coche a través de los altavoces si recuerdo ser felices juntas… ¿Cómo no voy a recordarlo, Di? Si fueron mis mejores años a pesar de todo… Y sí, dije que «para siempre» y luego… Quizás fui yo la que no te dejó luchar porque me marché. Y no, no estoy de acuerdo con lo que dice la canción sobre odiarte. Entiendo que pensaras que lo hacía, pero nunca he podido, por muchas ganas que le haya puesto. La letra de Gracie se sucede acorde tras acorde, dejando muy claro que las dos sentimos nuestros actos.

Es que podría contestarle a cada verso de esta canción. Darle la razón y decirle que yo también la he echado de menos y que no estamos mejor separadas, pero eso no significa que debamos de intentarlo, ¿no?

«Todavía te quiero, lo prometo», lo canta Gracie, pero lo dice Diana.

Sí, lo sé. Eso es lo que lo hace todo tan difícil, que nos seguimos queriendo de una manera muy especial e incluso pura. Trago saliva, aguantando las lágrimas cuando escucho el lamento sobre que nada ocurrió como ella quería y que siente que su casa está llena de fantasmas, del mío concretamente…

En una casa encantada llevo viviendo yo todo este tiempo sin saberlo también, Diana. ¿Podríamos volver a compartir techo y espantar a todos los monstruos o solo crearíamos nuevos?

Me clava un puñal en el pecho el verso que habla sobre los recuerdos, nuestros recuerdos en cada cosa que vemos en nuestra vida cotidiana. Y termino de sentirme en la mierda más absoluta cuando escucho el punto de quiebre exacto en el que todo cambia, o todo se rompe.

Estuvimos en este punto y yo me fui… ¿Debería ahora quedarme?

Y no sé si ella nota mis ojos brillosos, porque trato de no mirarla, pero es ahora su turno de dejar su mano sobre mi muslo durante un breve instante. Sí, he pillado lo que quieres decirme con la canción, si es tu duda… En ese momento giro la esquina de su calle y me detengo justo frente a su puerta.

Aquí ya no hay tiempo de descuento que pedirle al árbitro para pensar. Ha llegado el momento de enfrentar ciertas cosas.

Diana se queda quieta en su asiento, girando la cabeza despacio para poder mirarme y en el momento en el que lo hace y me pierdo en mi verde favorito, el aire se queda atrapado en algún punto entre mi garganta y mis pulmones, incapaz de hablar.

Y mientras yo retengo las ganas de llorar de lo perdida que me siento, ella me mira de una manera extraña. Siempre he sabido leer bastante bien lo que le pasa y ahora siento que no soy capaz de descifrar qué piensa. ¿Ella tampoco sabe qué estamos haciendo? ¿Está esperando que sea yo la que hable primero antes de exponerse? ¿Se está arrepintiendo?

Pues no lo sé.

Lo único que sé es que seguimos en silencio mientras nuestros pensamientos empiezan a empujar hasta la superficie de nuestro mar de dudas. Abre la puerta, desabróchate el cinturón, haz algo, lo que sea, pero deja de mirarme como si pensaras que si sales de este coche vas a perderme para siempre.

¿Lo harás?

¿Qué es lo correcto? ¿Qué es lo seguro? ¿Qué es lo que quiero?

No tengo respuestas.

Lo único que puedo hacer es agachar la cabeza involuntariamente porque seguir mirando cómo me ruega con los ojos que sea yo la que hace algo no es una opción.

—Álex… —Su voz es un susurro que acaricia mi interior de una forma diferente—. Quédate conmigo esta noche.

No es una pregunta, es una petición directa.

Está intentando ponerme puentes para que yo cruce el abismo de mis miedos con tal de no alejarse de mí. Esa petición no pretende más que pasar tiempo juntas. Diana no me está pidiendo ni que nos enrollemos otra vez, ni que le prometa nada de nada o le diga ya mi decisión. Me está pidiendo que no me vaya y pasemos un ratito más antes de… Lo que sea.

—Diana…

—No tienes que hacerlo si no quieres, de verdad —añade inmediatamente, temiendo haberme presionado demasiado con esa petición—. No quiero obligarte a nada. Solo… solo quiero pasar un poco más de tiempo contigo.

Lo que intuía.

—Solo… —Frota la palma de la mano contra su muslo, nerviosa—. Solo no quiero despedirme de ti así. No después de…

Después de haberme tenido en tus brazos. Lo sé porque siento lo mismo. Al menos ella es tan valiente como para ser vulnerable y honesta con todo lo que está pasando. Joder, es que está esperando que le diga algo aunque sea un «no» y a mí no me salen las palabras de lo seca que tengo la boca de los nervios.

Céntrate, Álex.

Cierro los ojos y respiro hondo para coger fuerzas antes de hablar.

—Yo tampoco quiero despedirme ya —admito sin pensar.

Y el hecho de hacerlo sin pensar me hace plantearme si esa frase no es ya una revelación de que voy a despedirme tarde o temprano de ella.

—Significa eso…

No quiere dar por hecho nada conmigo, es lógico después de ver cómo me fui ya una vez.

—Significa que me quedo esta noche contigo.

La sonrisa de su rostro crece hasta su máximo punto. ¿Era tan fácil hacerla feliz? ¿Unas horas conmigo la tienen así? ¿Es que ella no está ni planteándose todo lo que podría salir mal? ¿Por qué es tan inconsciente?

Salimos del coche, lo que es un alivio porque se acabó la tensión extraña que teníamos, y a la vez es un golpe de realidad el

aceptar que vamos a pasar otra noche juntas. Rodeo el coche y abro la puerta del copiloto para ayudar a Diana a salir.

—Despacio —murmuro cuando la veo apoyarse en el borde de la puerta antes de ponerse de pie.

En cuanto me aseguro de que está bien y va de camino al portal, yo saco nuestras maletas para ir a su apartamento. Ese mismo donde hace unos días entendí que seguía teniendo sentimientos por ella. Ese mismo donde empecé a bajar los muros y la dejé entrar. Dejo que abra la puerta y antes de que pueda decirme nada, salgo huyendo a la habitación de invitados donde ya me quedé con anterioridad para soltar mi maleta. Vale, espacio seguro para respirar y… mierda. Tengo también aquí su maleta. Bueno, se la llevo a su habitación, no pasa nada.

No sé dónde está ella, quizás en el salón descansando, o eso espero. Me dirijo a la habitación principal que está vacía con cuidado. Dejo la maleta junto a su armario y es inevitable que vuelva a ver ahí el famoso peluche que le regalé y nuestra foto juntas. No me quiero atormentar más aquí, así que me doy la vuelta para marcharme y me sorprendo al descubrir a Diana en la puerta.

Yo me quedo paralizada en el sitio y ella parece que también.

Su mirada se vuelve a clavar en la mía, solo que esta vez hay algo diferente en el gesto, una intensidad y misterio que no he visto antes. Está llena de vida en el presente, si es que tiene sentido lo que digo, y no de miedo al futuro y a las promesas.

¿Cómo puede hablar tanto solo con los ojos? ¿O cómo soy yo capaz de entenderla?

En un intento de romper esa conexión, mi vista se desvía un segundo de nuevo hasta la fotografía de las dos. Una imagen que captura un momento tan feliz y tan inmenso que nadie podría pensar que ahora estemos en esta situación si la viera.

—¿Por qué… por qué tienes eso ahí? —pregunto sin ocultar el nerviosismo en mi voz.

Diana también se gira para observarla y confirmar que hablo de lo que cree que estoy hablando.

—¿Y por qué no? —responde con tranquilidad—. Esa foto siempre me ha gustado. Y… me recuerda lo feliz que era contigo.

De verdad, qué capacidad esta persona de decir eso. ¿Cómo ha vivido estos cinco años teniéndome tan presente? ¿No ha tenido líos? ¿Ni lo ha intentado? Se me acumulan las preguntas y a la vez no quiero hacerlas porque no quiero descubrir sus respuestas y caer más en el hoyo de imaginarme lo bonito que podría ser todo…

Ni siquiera soy capaz de decirle que yo también era feliz con ella, a pesar de todo. Ojalá poder decirle que, en realidad, no le guardo tanto rencor como he fingido y que esa versión feliz de nosotras ha seguido viviendo en un rincón escondido de mi memoria todo este tiempo.

No puedo hacerlo. O sí puedo y la voz no me sale ni por asomo, quizás porque admitirlo sería pisar un terreno al que todavía me da miedo volver.

Da un paso hacia el interior de la habitación. En mi dirección concretamente, y ya presiento que no va a quedarse callada. No lo ha hecho desde que volví y no va a empezar a hacerlo ahora que estamos en este limbo extraño.

—Álex… —susurra con cuidado mientras se acerca—. Lo siento muchísimo. Siento cómo hice todo en aquel momento. Era una cría que no sabía nada de la vida y que tenía miedo de su familia, de lo que iban a pensar, de lo que yo misma pensaba sobre mí, y llevaba encima muchos prejuicios que ni siquiera sabía que tenía. —Da otro paso que la deja muy cerca de mi cuerpo—. No supe gestionarlo y me escondí, de ti, de mí y de lo que sentía.

¡Ay, no!

No era el momento, Diana. Ahora no, que no estaba lista para esto y menos si me miras con esa carita de no haber roto un plato en tu vida.

—Y sobre todo… —Noto cómo se le rompe la voz antes de continuar—. Siento haberte hecho daño por ser una niñata. No hay un día en el que no piense en ello y en el que no me arrepienta cómo lo hice todo.

Y sé que dice la verdad.

No hay duda por el tono que ha utilizado y por la forma en la que esa disculpa le ha salido como si la hubiera ensayado mil veces frente al espejo, esperando tener la oportunidad perfecta de poder

decírmelo a mí. Da un paso más, dejando nuestros cuerpos peligrosamente cerca. Sabe que soy un volcán a punto de explotar y que puedo saltar de cualquier manera y aun así se fía de estar tan cerca.

Frunzo los labios pensando qué decir.

¿Acepto la disculpa y nos sentamos a hablar de verdad ya? ¿Le digo que no es el momento? ¿Cojo y…? Pues no puedo ni seguir haciéndome esas preguntas porque veo cómo sus ojos bajan a mis labios y yo ya quiero mandarlo todo a la mierda. Porque sería muy fácil hacerlo y… ay, no, no te muerdas el labio así otra vez, que…

¡A la mierda! Ya mañana pensaremos en esto.

Inclino la cabeza y acuno sus mejillas entre mis manos para besarla sin detenerme a pensar en nada más que en las ganas que tengo de volver a probar esos labios carnosos, sean cuales sean las consecuencias de esto.

Porque si es mi última noche con ella, al menos que le demuestre todo lo que tengo dentro. Desde el amor a la nostalgia pasando por todo lo que me he prohibido sentir por ella.

En el momento en el que nuestros labios se tocan, noto que tiembla un poco y se agarra a mi cadera para mantener la compostura. El beso se va volviendo más intenso sin que ninguna de las dos lo fuerce, simplemente ocurre.

Nuestras respiraciones ya no distinguen de qué boca salen y la urgencia que se va apoderando de nuestros cuerpos solo me indica que nos tenemos las mismas ganas. Mis dedos se deslizan por su mandíbula y suben hasta su nuca, donde su piel está ardiendo, y ella responde inclinándose un poco más para profundizar el beso.

Nuestras lenguas vuelven a luchar por el control antes de que encuentren el ritmo exacto con el que moverse. Y en mitad del beso, un suspiro de alivio por su parte que me indica que necesitaba que yo me dejara llevar así una vez más para comprobar que lo de Barcelona no fue un arrebato.

No lo es. Esto es porque lo necesito. Necesito recordarle a mi cuerpo que encajamos bien y que todas esas dudas son producto de mi cabeza. Que la realidad es que aunque nos falte el aire, la

sensación de ahogo es maravillosa y muy diferente a la que siento en Nueva York.

Es ella quien se separa primero, apenas unos centímetros, lo justo para respirar, sin soltar mi cintura, y yo sigo sintiendo sus labios rozando los míos en cada exhalación. Apoyo mi frente contra la suya buscando un contacto aún más íntimo mientras mi mano va a su mejilla para obligarla a mirarme.

—Álex… yo quiero esto —susurra, mientras me sostiene la mirada sin pestañear—. Lo quiero siempre y no solo esta noche.

Me arde el pecho. Literalmente. Bueno, y otras partes de mi cuerpo que ahora mismo no voy a comentar porque no vienen al caso para el cacao que tengo en la cabeza con la bomba que acaba de soltar. Tanto rato pensando que le iba a dar mi corazón envuelto y ahora es ella la que lo ha puesto en bandeja de plata y lo está sosteniendo entre nosotras.

No puedo mentirle y decirle que lo quiero sin ningún tipo de dudas, porque las tengo.

—Di… yo no sé… qué… —empiezo, pero la frase se deshace en mi boca antes de poder completarla porque la verdad es que no sé cómo seguir.

No sé cómo explicarle que tengo miedo, que estoy aterrada y que quererla tanto me empuja en dos direcciones opuestas: la de quedarme y la de huir. ¿Tiene sentido acaso? Supongo que no, pero nosotras tampoco lo tuvimos nunca.

Y como si fuera capaz de leer mis dudas, de que si me deja pensar más de la cuenta esto no va a salir bien, vuelve a besarme, rompiendo el abismo que se estaba abriendo metafóricamente entre nosotras e intentando borrar mis dudas con un gesto tan decidido que me roba el aliento.

Ahora es ella la que ha decidido que si es la última vez, que sea memorable para ambas, y yo no le voy a negar esta noche porque también necesito este recuerdo bonito y feliz si decido marcharme mañana.

Capítulo 27

Mi maldita kriptonita

Noto un rayo de luz bastante incómodo sobre mi rostro cuando me giro en la cama en un vago intento de dormir un rato más. Me niego a abrir los ojos porque siento que todo a mi alrededor es muy delicado y frágil y no tengo ganas de ser yo la que rompa esto que se ha creado en esta habitación.

Hago un intento de tirar de la sábana para tapar mi cuerpo desnudo después de lo de anoche y noto, incluso antes de abrir los ojos, a ella a mi lado. Noto su respiración lenta y profunda, que me indica que sigue plácidamente dormida, y el calor tan familiar que irradia siempre su piel. Yo siempre era de tener las manos frías y ella ardiendo, el combo perfecto en pleno invierno en Madrid. Dios, cómo echo de menos esa sensación de que alguien me caliente las manos en Nueva York…

Decido abrir mis ojos para, al menos, disfrutar de esta vista por si es la última vez que la tengo. Y tengo ese pensamiento porque de verdad no sé qué va a salirme cuando hablemos. No he tenido tiempo ni de pensar en lo que me dijo anoche, ese «lo quiero siempre y no solo esta noche» que soltó sin dudas y… tampoco quiero hacerlo ahora mismo. Ahora quiero deleitarme con la vista de mi rubia tumbada de lado, con la sábana por las caderas, dejando el resto de su cuerpo totalmente expuesto a la misma luz que a mí me ha despertado.

Está preciosa.

Joder, está tan preciosa que no puedo dejar de mirarla. Ni quiero.

¿Cómo hacerlo cuando la curva que hace su costado es perfecta? ¿Cómo dejar de mirarla cuando las sombras que proyectan sus pechos son lo que podría considerarse arte? ¿Cómo no la voy a mirar si tiene la clavícula marcada de una forma tan sexy? ¿Cómo no voy a querer besar ese cuello delicado y todos los lunares que me conozco de memoria porque me pasé años besándolos?

Si es que me gustó desde el primer día y lo sigue haciendo.

Nunca, antes de Diana, había sentido eso por una chica. Nunca me había planteado que me pudieran gustar. Hasta que apareció ella aquella noche y empezó a crecer en mí una mezcla de curiosidad y ganas de tenerla cerca que ni yo entendía. Era como un imán para mí hasta que empecé a entender que lo que pasaba era que me atraía.

Y pensaba que eso sería todo: atracción. Una cosa física que se me pasaría con el tiempo y que podría controlar.

Já. Qué ingenua.

Solo me hizo falta empezar a conocerla para que la atracción fuera convirtiéndose en algo mucho más profundo, en amor. Lo cual era bastante más difícil de gestionar que la atracción. Me bastó una conversación sobre la vida, un par de risas y una mirada cómplice en mitad de una habitación llena de gente para entender que era algo más. Por no hablar de lo que fue ver cómo entendía la vida, cómo se cuestionaba todo, menos a ella misma, cómo estudiaba y hablaba de las cosas que le gustaban… Era… Es que me gustaba todo.

Así que supongo que sí, que su físico me vuelve loca, como a cualquiera con ojos en la cara. Pero lo que terminó de enamorarme y que me tiene aún aquí tumbada mirándola como una imbécil es su forma de pensar, su humor, sus silencios, sus dudas, su inteligencia y… mejor paro porque podría no terminar.

¿Es todo eso suficiente para que decida quedarme? Y no hablo de quedarme hoy en esta cama hasta que se despierte. No, hablo de toda la vida. Hablo de una casa con perro, con anillo y con todos los niños que ella quiera. Hablo de lo que siempre quise para nosotras y que ahora vuelve a dormir a mi lado.

La cuestión es… ¿Lo intento? ¿Va a salir bien?

Siempre he sido de la opinión de que las segundas partes nunca fueron buenas. A las pruebas me remito. ¿*Grease* 2? Un fracaso. ¿*El efecto mariposa* 2? Una mierda con lo buena que era la primera. ¿*Chicas Malas* 2? Mejor ni lo comento… Menos mal que han hecho ahora una nueva versión con Reneé Rapp para hacernos olvidar aquel horror…

Las cosas se hacen una vez y funcionan o no funcionan, ¿no?

Aunque claro, también tenemos a Zidane volviendo al Madrid para llevarse tres *Champions League* consecutivas… ¡Que no! Que esas cosas pasan una vez por suerte y ya, por Dios, Álex.

No sé.

Es todo lo que podría decir si ella abre los ojos ahora mismo y me pregunta qué quiero hacer. No sé qué se supone que debo hacer.

En lugar de darle más vueltas a esto, me acerco un poco más para acortar el espacio que ha ido surgiendo durante la noche entre nuestros cuerpos y me concentro en memorizar cada detalle de su rostro. Porque si cuando haga la pregunta decido irme, al menos tendré para siempre esta imagen en mi recuerdo.

Y en cuanto parpadea sin previo aviso y sus ojos confusos me buscan con desesperación, temiendo que me haya vuelto a marchar, noto que hay una verdad que he reprimido durante años y que está tumbada entre ambas: la he querido de mil formas diferentes, y ninguna ha dejado de existir desde aquella primera noche.

Sus ojos claros se enfocan en mí. Y entonces ocurre: sonríe.

Esa sonrisa que es y siempre será mi maldita kriptonita.

—Buenos días… —murmura, con la voz ronca y… adorable.

Joder, es que consigue que deje de ser una adulta funcional en cuanto me pone esas caritas. Me devuelve realmente a la adolescencia y a la primera vez que me miró así.

Y ante el silencio y que no sé cómo reaccionar o qué decir con todo esto, decido que lo mejor es tirar por lo que suele hacer Hugo y usar el humor para quitarle un poco de importancia al hecho de que anoche nos pasáramos horas besando el cuerpo de la otra.

—Si piensas hacer una broma sobre que no he huido esta vez, te lo digo desde ya: no es el momento —intento sonar seria y

su cara me revela que he debido de fallar estrepitosamente en mi objetivo.

Sonríe y se muerde el labio por mi broma tonta. Antes de que pueda decir nada más, se acerca y rodea mi cintura con un brazo en un abrazo inesperado, familiar y a la vez completamente instintivo, como si fuera lo más normal del mundo entre nosotras. Tiesa. Así me quedo un segundo antes de aceptar la naturalidad del gesto.

Ella no pide permiso, ni tiene miedo. Va hacia delante y espera a ver si yo no me cierro en banda y… lo cierto es que no protesto cuando su cabeza queda apoyada en mi clavícula a la perfección, su pecho desnudo choca con mi costado y yo le devuelvo el abrazo pasando un brazo por sus hombros para descansar mi mano en su espalda.

—Lo de anoche fue… intenso como poco —dice mientras yo dibujo patrones sin sentido con la yema de mi dedo en su piel—. El sexo siempre se nos dio bien, pero es que… wow. Impresionante.

Esta persona no tiene ningún tipo de filtro y vergüenza ahora, eh. Qué bien te ha sentado crecer y no solo por lo bien que follas, no. Por todo.

Se separa lo justo para poder mirarme a los ojos con la barbilla descansando en mi pecho. Su sonrisa traviesa empieza a asomar en sus labios por el comentario que ha hecho y espera a ver si le sigo el rollo. Y… es que me arde la cara ahora mismo porque yo sí tengo algo de pudor con estos temas.

—Bueno… eh… —me aclaro la garganta, intentando afrontar esto, pero es difícil si me mira así—. Sí. Impresionante.

Disfruta de mi reacción y eso que no es que haya sido yo muy expresiva. Y como lo de ser descarada le ha funcionado para que le siga el rollo, no va a parar ahora, que la conozco yo.

—Supongo que la práctica estos años ha ayudado —añade, con una ceja levantada.

Vaya, tremenda manera de intentar averiguar mi historial romántico desde que lo dejamos. Cómo pesca esta chica y yo voy directa al anzuelo con mi respuesta.

—Tampoco he estado con tanta gente estos años —murmuro, incapaz de sostenerle la mirada demasiado con este tema,

especialmente al notar cómo abre ligeramente los ojos, sorprendida por mi sinceridad.

No sigas preguntando, ¿vale?

Vamos a dejar este tema y… ¿qué…? Pierdo el hilo en cuanto su mano va directa hacia mi mejilla para regalarme una caricia lenta y suave. Íntima. No sé qué hacer con todo lo que me está provocando así que tengo que romper el hechizo de alguna manera, y la forma más ingeniosa que se me ocurre es devolverle la pregunta.

—¿Y tú?

¿Yo para qué pregunto? Mierda. No quiero saber la respuesta ni explicaciones sobre…

—Nada serio en este tiempo —responde tan pancha—. Nada importante, la verdad.

—¿Por qué?

AY.

¿Qué coño acabo de hacer? ¿Yo por qué pregunto eso? ¡Que me estoy metiendo sola en la boca del lobo! Y el lobo tiene unos ojos hipnóticos que no dejan de mirarme mientras yo temo por segundos al notar que con ese brillo viene una verdad absoluta.

—¿Tú por qué crees, Álex? —dice con un deje de tristeza solo por el hecho de que mi cara no refleje la respuesta que ella quiere —. Ninguna de esas chicas eran tú cuando me despertaba a la mañana siguiente.

Fuck.

Mis pulmones se olvidan de funcionar y tengo que rogar para que mi cuerpo aguante esta apnea el tiempo suficiente para mantener esta conversación. ¿Qué voy a contestar a eso? ¿Debería contestar a esta declaración acaso? Si es que solo puedo mirarla en busca de una respuesta que no está llegando porque estoy haciendo cortocircuito por lo que ha dicho. ¿Cómo puede hablar tan fácilmente de lo que siente? ¿En qué momento te convertiste en esa y yo en Agallas, el perro cobarde?

—No importaba con quién me acostara porque a la mañana siguiente me faltaba algo, Álex —continúa ella, que baja las caricias de sus dedos hasta mi cuello—. No he conocido a nadie que me

hiciera sentir como lo hacías tú. Hasta cuando te enfadabas y fruncías la nariz de manera adorable… Ninguna me miraba como lo estás haciendo ahora mismo y en conclusión ninguna era tú, peque.

Peque.

Ni siquiera recuerdo la última vez que me llamó así. Ese apelativo cariñoso que me dijo por primera vez tiradas en el sofá viendo una película y se convirtió en algo nuestro para el resto de nuestra relación. Y yo solo puedo hundirme en el colchón por la cantidad de recuerdos que me están cayendo encima y lo que pesan ahora mismo. Una imagen tras otra de momentos en los que ha dicho ese apodo para referirse a mí, en las buenas y en las malas, y demasiadas emociones a la vez. Tantas que el nudo en mi garganta solo se aprieta más hasta amenazar con ahogarme y no sé cómo manejar todo esto.

Ella debe intuir que pasa algo, como siempre ha hecho, y se mueve para quitar el peso de su cuerpo y aliviar parte de mi carga. En su lugar, se mueve para abrazarme en un intento de tranquilizar mi cabeza y noto cómo su respiración cae junto a mi clavícula. Diana acaricia mi brazo con cuidado durante un buen rato, hasta que mi respiración se calma y mi corazón, que debe de notar bajo su oreja, recupera el ritmo normal.

—Álex —dice con un hilo de voz—, no quiero perderte otra vez. Ya lo hice una vez y no quiero eso.

Otra vez el corazón a mil.

Así no hay manera de pensar nada racional, joder.

Es que ella va a por todas. A la mierda lo de esperar a que estuviera lista o darme tiempo. No la culpo porque creo que después de lo de anoche sabe que no voy a estarlo y que o se lanza ella, o esto no avanza, para bien o para mal. Y aquí estoy yo caminando en la cuerda floja, decidiendo en qué dirección ir. Ya no tengo tiempo para seguir pensando más, tengo que afrontar esa conversación sin tener claro lo que quiero. Lo único que sé es que… tengo miedo.

Miedo a mis sentimientos por ella, pero también a lo que implican y a volver a pasar lo mismo que ya viví una vez. Uf… ¿Qué hago?

—Diana…

Suspiro y me muevo para apoyar mi espalda contra el cabecero de su cama. Ella se sienta con las piernas cruzadas frente a mí y la sábana cae tapando solo hasta su cadera y dejando todo su torso desnudo a la vista. Por Dios, esto es trampa, yo no puedo mantener una conversación seria teniéndola así. Es que va a ser literal la expresión de hablar a corazón abierto porque nada nos cubre, solo nuestras dudas. O más bien las mías.

—No llevo contigo ni dos semanas y ya has conseguido colarte en mi interior sin que pueda frenarlo ni un poco —explico agachando la cabeza porque entre la profundidad de sus ojos y su desnudez, yo no sé adónde mirar si no es a mis manos—. Y juro que intento frenarlo y no hay manera y eso… me da auténtico pánico.

—¿Por qué quieres frenarlo? —pregunta estirando su mano para coger las mías y que deje de destrozarme las uñas.

—Porque me da miedo volver a pasar por lo que ya pasé, Diana —confieso de una vez por todas—. Si me tienes así en unos días… ¿Qué va a pasar en semanas o meses? ¿Y si no funciona? ¿Y si nos estamos agarrando a una idea por la nostalgia de lo que fuimos y solo es eso?

—¿De verdad piensas que solo es eso?

Ups. Le ha dolido esa última pregunta por la mala cara que tiene ahora y cómo ha cruzado sus brazos delante de su pecho. Bueno, mira, el lado positivo es que ha quitado los pechos de mi vista.

—No lo sé. ¿Lo sabes tú? —pregunto porque necesito un respiro de mis sentimientos.

—Solo sé que a mí lo que me da miedo es perderte otra vez.

Sus ojos se aguan en cuanto confiesa eso y yo, una vez más, no sé qué hacer. Ella quiere abrirse aquí en canal y entregarme cada una de las piezas que ha guardado bajo llave todo este tiempo. Y su miedo a perderme es igual de válido que el mío a tenernos y volver a perderme a mí misma si no funciona.

—Yo…

—Tú no sientes lo mismo —suspira derrotada notando mis dudas y haciendo el amago de irse de esta cama que se ha convertido en nuestro confesionario.

—Ey, para. —Agarro su muñeca para frenarla y en el gesto me doy cuenta que al tirar le he hecho daño en la costilla—. Perdón, Diana. No te vayas, porfa, que quiero seguir hablando.

Uy, ¿he dicho eso de verdad?

Acepta mi petición, solo que esta vez se queda sentada a mi lado en la misma postura que tengo yo y la vista en el infinito. Creo que no quiere mirarme por si le rompo el corazón. No quiero hacerlo, de verdad que no, pero necesito que me entiendas.

—Diana si te preguntas si te quiero, sí. Lo hago —respondo y en el momento en que esa frase sale por mi boca me siento mejor. Es un alivio decirlo y quitármelo de encima—. Esto ya salió mal una vez y lo hemos pasado mal mucho tiempo. ¿De verdad queremos repetir lo mismo? ¿De verdad queremos arriesgarnos?

—Sí.

Lo tiene clarísimo.

Sí, quiere arriesgarse. Sí, quiere repetir. Sí, quiere todo conmigo… Mi corazón estresado está latiendo tanto que está a punto de escaparse de mi pecho para ir directo a sus manos y yo tengo que hacer un ejercicio de contención para retenerlo. Y contra él lucha mi razón que me recuerda que llevo cinco años construyendo una vida exitosa en Nueva York lejos de ella, lejos del dolor.

Quiero creer cada una de sus palabras igual que creí que Hugo estaba vivo cuando me lo dijo. Quiero creer que ha cambiado y que no somos las mismas niñas. Y a la vez… si tanto hemos cambiado, ¿seguiremos encajando en la realidad de una vida juntas? ¿Con los problemas del diario y del trabajo? ¿Estamos viviendo en una realidad paralela que no queremos afrontar?

Me encantaría creerlo con la misma facilidad que lo hace ella. Lo haría si no fuera porque en algún lugar de mi interior, escondido bajo bastantes capas de hábitos, miedos y supervivencia emocional, hay dudas. La principal ni siquiera es si confío en Diana, es si confío en mí misma y en mi capacidad de volver a abrirme tanto con ella.

—Diana… —Respiro hondo y se me cae el mundo al suelo cuando gira la cabeza apoyada en la pared para mirarme—. Ojalá poder decirte que no me da miedo equivocarme si elijo esto, si te elijo a ti. No puedo hacerlo. He construido una vida entera en Nueva

York y me ha costado mucho llegar a donde estoy y ahora… Un paso en falso es tirar eso por la borda por algo que no sé si va a funcionar. No sé si estoy preparada para tomar una decisión así. Es lo que puedo decirte. No es ni un sí, ni un no.

Vuelve a agachar la cabeza, cada vez más derrotada porque esta conversación no esté yendo como ella quiere. Veo cómo sus dedos juegan ligeramente con el borde de la sábana por los nervios.

—No quiero que tires nada por la borda —dice ella intentando convencerme de que entienda su punto de vista—. Solo quiero que nos des una oportunidad real, una que no esté basada en el pasado o en lo que hicimos. No quiero que renuncies a tu vida. Solo quiero que no renuncies a estar conmigo. Ahora o en algún momento.

Es… demasiado.

Ella es demasiado.

Mis sentimientos son demasiado.

Y noto cómo la ansiedad que creía perdida desde que salí del hospital con ella vuelve de forma irracional y visceral, escapando de mi control. Necesito pararla, necesito hacer algo que me recuerde que no pasa nada y que esto no tiene que ser un problema y lo único que ha funcionado es ella. La idea idílica de que lo mío con Diana funcione o que dejáramos de hacernos daño y… a tomar por culo.

Lo que quiero es besarla sin pensar en las consecuencias, saber que puedo tener sus labios entre los míos una vez más antes de que esta conversación termine. Giro mi cuerpo por completo hacia ella y le agarro la cara con ambas manos antes de besarla. Y no sé qué pretendo con esto, solo sé que tengo que hacerlo como si ese beso fuera el único modo de salvarnos de lo que yo misma estoy destruyendo.

Es un beso desesperado y lleno de necesidad, de confusión, de miedo, de deseo, de amor, de rabia y de todas las emociones que tenemos aquí sentadas con nosotras. Un beso que busca una respuesta en lo físico. Diana me responde con la misma intensidad que la mía a pesar de la sorpresa inicial. Posa su mano en mi nuca y me acerca más aún para poder profundizar el contacto y perderse en mi boca.

Desearía que lo de tener que respirar no fuera una necesidad física para sobrevivir porque es el único motivo por el que Diana descansa su mano en mi pecho para alejarme e intentar recuperar el aliento. Reposa su frente contra la mía y yo aún tengo los ojos cerrados, perdida en las sensaciones que me ha traído ese beso cuando ella habla.

—Te vas a ir a Nueva York, ¿verdad? —pregunta en voz baja.

Sabe la respuesta, pero la quiere oír de mis labios, esos mismos que acaba de devorar, igualmente.

—Necesito volver, Di —digo separándome para poder mirarla a los ojos, al menos le debo eso—. Mi vida está allí. Mi trabajo, mi piso y todo por lo que he currado estos años para estar bien después de… nosotras. No puedo dejarlo ahora todo solo por…

No termino la frase porque no sé cómo hacerlo sin que suene injusto para ella y para mí. Porque podría hacerlo, podría dejarlo todo por ella y jugármela. Dejar la opción segura a un lado e ir a por todas. A lo que de verdad podría hacerme feliz a pesar del riesgo. Así que no. No es para nada justo que le diga que no puedo dejarlo todo por ella porque sí podría hacerlo.

Veo cómo asiente en un gesto lento y gira la cabeza para apartar los ojos de los míos en cuanto las lágrimas amenazan seriamente su precioso verde. Cierra los ojos conteniéndolas y yo solo quiero abrazarla. Lo haría encantada si no sintiera que no tengo el derecho a hacerlo después de lo que estoy diciendo o no diciendo más bien.

—Está bien.

La forma en la que lo dice es como si… hubiera ensayado este momento más de una vez en su cabeza a pesar de no querer vivirlo.

—¿No vas a intentar convencerme de que me quede? —pregunto con un hilo de voz, sorprendida por lo rápido que ha cedido.

—Te conozco lo suficiente como para saber que cuando se te mete algo entre ceja y ceja, no hay nada que hacer contigo, peque —responde con un susurro—. No puedo obligarte a querer algo para lo que no estás lista. Ni puedo retenerte si una parte de ti ya está a miles de kilómetros de aquí.

Y aquí está ella entregándome la libertad y el olvido de esta relación como último acto de amor para que yo vuelva a Estados Unidos a lo que considero que es lo correcto. Me quiere tanto como para dejarme marchar y ni siquiera convencerme de quedarme. Esta vez le estoy dando la oportunidad y aun así me está dejando ir porque ella nunca me obligaría a nada que yo no quisiera.

Uffffff…

No soporto la carita de pena que tiene y cómo una lágrima acaba de caer por su mejilla a tal velocidad que no ha tardado nada en precipitarse por su mandíbula hasta terminar en sus piernas. Alargo mi mano y busco la suya despacio, dudando un momento si debería hacerlo antes de entrelazar nuestros dedos una vez más.

—Lo siento, Di.

¿Sigo teniendo derecho a llamarla así después de hacerla llorar? ¿Tengo derecho siquiera a estar tocándola? La respuesta es sí porque ella aprieta el agarre que nos une y niega despacio antes de volver a mirarme con los ojos inyectados en sangre.

—No pasa nada —dice con la voz ronca por el nudo que hasta yo noto en su garganta—. No es el final que quería para nosotras, pero es mejor que el que tenía.

Tardo un par de segundos en entender qué quiere decir. Cuando lo hago, algo en mi interior se ablanda y quiere protegerla de todo, incluida de mí misma. Diana tenía un final donde no existíamos. No solo eso. Es que en ese final no nos hablábamos y todo lo que tenía que ver con la otra era un recuerdo doloroso.

Y ahora, al menos, somos algo. Extraño, sí. Ahora no nos odiamos, al contrario, sabemos lo que hemos sido y seguimos siendo para la otra, solo que esta vez elegimos no continuar con ello. Lo elijo yo, concretamente, para desgracia de la chica rubia que me mira con cara de cachorrito.

Suspiro y respiro hondo antes de alejarme lo justo para sentarme en el borde de la cama. No voy a hacer esto más doloroso de lo que tiene que ser y por mucho que yo no quiera irme ya porque hacerlo es terminar con esto, no me queda otra. No voy a complicar las cosas ni se lo voy a hacer más difícil. Además, necesito

vestirme y salir de aquí para respirar sin su olor y sin su piel tan cerca y convencerme de que he hecho lo correcto.

Busco mi ropa por toda la habitación y noto cómo sus ojos siguen cada uno de mis movimientos sin moverse ni un centímetro.

—Prométeme que no volverás a desaparecer otros cinco años —dice con un tono que hace que me detenga para mirarla—. Una cosa es que no lo intentemos… y otra es perderte por completo de mi vida otra vez.

Me acaba de matar aquí mismo.

¿Cómo vas a pedirme eso? Yo estoy intentando tener cabeza y saber lo que implica tenernos en nuestra vida y ella lo único que quiere es no perderme, sea como sea. Giro hacia ella, porque merece que la mire cuando responda a esto y ella sostiene mi mirada con una valentía que no tenía hace años, esa valentía que se ha ganado a base de terapia, de trabajo, de reconstruirse y de quererse a sí misma.

—Lo intentaré, Di —respondo finalmente.

No puedo prometerle más. No sería justo hacerlo, pero sí que puedo, al menos, intentarlo.

—Es mejor que nada —susurra.

La miro una última vez sabiendo que este final sigue estando entre lo que pudo ser y lo que, quizás, si la vida quiere, pueda volver a ser.

Capítulo 28

¿Qué coño hago?

Ha sido una despedida taaaaan tensa.

Demasiado tensa para lo que debería haber sido, aunque tampoco podría ser de otra forma conociéndonos. El aire estaba cargado de culpa, de nostalgia y de… pena. La más absoluta pena que, especialmente, ella ha tenido en su rostro. Ha intentado disimularlo, mantenerse firme y que yo no viera lo mucho que le estaba rompiendo el corazón. Eso ha durado hasta que le he dicho adiós y he dado el primer paso hacia la puerta. En ese momento, el brillo de sus ojos se ha intensificado y su mandíbula ha empezado a temblar, anticipando un llanto que ni yo quiero ver, ni ella quería que se produjera frente a mí.

Ha tirado de pura fuerza de voluntad y no ha llorado, lo que yo agradezco. Por lo que la conozco, sé que en cuanto se ha cerrado esa puerta blanca que ahora nos separa, se ha derrumbado por completo. Tanto como estoy a puntito de hacer yo ahora si no fuera porque me he apoyado contra la pared del pasillo, incapaz de avanzar un metro más.

Me siento mal.

Mal es poco, estoy en la mierda.

No solo por el daño que ahora soy yo la que le está haciendo a Diana, sino por todo lo que no he sido capaz de decirle y por no intentarlo como ella me ha pedido que lo haga. No sé si he hecho bien, no sé si he hecho mal, solo sé que duele demasiado para seguir sola torturándome con mis pensamientos.

El problema es que no puedo volver a llamar a esa puerta que sigue a mis espaldas esperándome. Si lo hago, si veo otra vez esa

cara y esos ojos llorosos, no voy a ser capaz de mantener en firme ni una sola de mis decisiones y ahora mismo estoy demasiado hecha polvo para arrastrarla conmigo a ninguna indecisión y duda de mi cabeza.

No.

Lo mejor es irme de aquí.

Activo mi versión autómata y, sin saber exactamente hacia dónde ir, ni qué hacer con mi vida, echo a andar calle abajo. Solo entonces caigo en la cuenta de que no tengo hotel al que volver. Ir a casa de Lucas tampoco es una opción ahora mismo porque tendría que darle muchas explicaciones. Volver a Nueva York está en la ecuación, seguro que hay algún vuelo, lo que pasa es que… no tengo la fuerza mental hoy para enfrentarme a un avión.

¿Qué coño hago?

Si Hugo estuviera aquí al menos podría ir a llorarle por lo que acabo de hacer y… ¡Marcos! Eso es. ¿Cómo no he caído antes? Puedo decirle de quedar para contarle todo lo de Hugo. Se lo debo después de habernos aguantado con todas nuestras teorías y conspiraciones. Sí, eso es. Es la excusa perfecta para distraerme un poco y dejar de darle vueltas a lo de Diana.

Saco el móvil del bolsillo y busco su contacto en favoritos antes de que me arrepienta de lo que voy a hacer. Por suerte, Marcos no tarda ni dos tonos en responder.

—*¡Hola, Álex!* —Su voz suena alerta, como si ya supiera que algo no va bien—. *¿Qué pasa?*

Cierro los ojos un segundo y decido que lo mejor es ir directa al grano.

—¿Te viene mal quedar ahora, Marc? —pregunto, intentando que no se me note el dramita que estoy viviendo—. Quiero hablar contigo.

—*¡Sin problema!* —Hace una pausa que indica que ha pillado al vuelo mi humor—. *¿Ha pasado algo?*

—No, solo quiero verte un rato para hablar de… algo.

¿De que tu mejor amigo está vivo? Mejor lo dejamos como «algo», sí.

Hay un silencio al otro lado de la línea y sé que Marcos acaba de activar el «modo mejor amigo» y está pensando en todo lo que ha podido pasar entre los cuatro mensajes que he ido mandándole estos días dándole largas a quedar o a contarle cosas sobre Hugo.

—*A ver, pregunta obligatoria antes de quedar: ¿te has peleado con Diana o te has acostado con ella?* —Mierda, si es que no se le pasa nada a este tío. Otro como Hugo que las ve venir de lejos. Y mi silencio debe de ser toda la respuesta que necesita antes de seguir hablando—. *Buah… Lo sabía. Sabía que esto iba a pasar desde que te vi en el hospital con ella.*

—Marcos… —murmuro, agotada.

Lo sabías tú, lo sabía ella, lo sabía yo, lo sabían los súper, los Pokémon, el suelo, las paredes… ¡Todo el mundo, Marc! ¡Todo el mundo!

—*¿Qué pasa? Estoy orgulloso de que te hayas dejado de tonterías y te hayas dejado llevar* —dice riendo, aunque a mí todo esto me está haciendo entre cero y nada de gracia, lo que le indica que debe parar—. *Vale, vale, ya veo que no estás de humor… ¿Estás bien?*

—Sí… no… no lo sé —admito dubitativa—. Pero no quiero hablar de eso ahora. Ha pasado, sí, pero… quiero contarte otra cosa más importante y que te va a alegrar la vida.

Agradezco que no me haga un interrogatorio ni sobre Diana, ni sobre lo que sea que quiera contarle, simplemente acepta.

—*Vale. ¿Dónde quedamos?*

—En la cafetería esa que tanto te gusta, la de las mesas vintage —respondo comprobando en el GPS que no me pilla mal dando un paseo—. Te veo ahí en media hora.

—*Perfecto* —responde encantado—. *Te invito yo, Álex, pero a cambio me cuentas lo de Diana.*

—No tardes, Marcos.

Le cuelgo ignorando su comentario sobre Diana y ya arrepintiéndome de esta decisión. Tengo media hora para recomponer mis emociones y aclararme antes de tener que explicarle a Marcos todo lo que ha pasado. Es que va a alucinar cuando sepa lo de Hugo. Bueno, y lo nuestro… Es que soy capaz de

visualizar su cara y cómo va a dramatizar un poco el hecho de que nos haya mentido. No le culpo, yo quería pegarle a Hugo todo el rato.

Lo de explicarle lo de Diana ya será otra historia… No tenía pensado hablar de este tema tan pronto. De hecho, no tenía pensado hablarlo ni mañana, ni dentro de una semana. Es más, puede ser que no lo hubiera contado en absoluto porque reconocer todo lo que ha pasado es reconocer lo que siento y lo que estoy dejando a un lado.

Marcos me va a poner su cara de «te lo dije» y yo voy a querer que la tierra me trague un día más mientras me hace preguntas y, especialmente, me aniquila cuando le diga que me vuelvo a Nueva York sin ella.

Otra vez.

Y cada vez que me doy cuenta de que voy a volver a poner miles de kilómetros entre nosotras no puedo evitar preguntarme si he hecho lo correcto con esta decisión.

Veo a Marcos esperando en la puerta de entrada con los brazos cruzados y la mirada fija en mí conforme me acerco. Ni siquiera me sorprende que haya llegado antes de tiempo; siempre ha tenido esa habilidad para llegar pronto a los sitios. En cuanto acorto los últimos metros que nos separan, lo abrazo. Un abrazo bien fuerte porque de verdad que necesito que alguien me consuele y me arrope para hacerme sentir mejor.

—Esto no es buena señal —dice cuando nos separamos.

—Hola a ti también —respondo intentando sonreír.

Deja un beso en mi mejilla y me arrastra al interior de la cafetería sin decir nada más. La tregua de paz que me está dando solo dura hasta que llama a la camarera y pide dos cafés bien cargados y un par de tostadas para que las compartamos como hacemos siempre. Ahora ya sé que no tengo escapatoria porque ha quitado de la ecuación todas las posibles distracciones que pudiéramos tener, o lo que es lo mismo, todas mis posibles escapatorias para evitar la conversación que él quiere tener y que a mí me apetece más bien poco.

—Venga, empieza a cantar ya. ¿Qué ha pasado? —dice sin rodeos, removiendo su café con la cucharilla—. Si tardas más de tres segundos en responder, voy a asumir que tiene que ver con Diana.

¿Cómo le digo esto? ¿Suelto un «me he acostado con Diana y ahora no sé qué hacer con mi vida» ¿Lo suavizo? ¿Lo dejo para después de lo de Hugo?

—Marcos… —suspiro.

—Mírame a los ojos —pide, señalándose los suyos—. Vamos. ¿Te has peleado con ella? ¿Os habéis acostado? ¿Os habéis peleado después de acostaros? ¿Has huido? ¿Ha huido ella? ¿Ha llorado alguien? ¿Has llorado tú? Bueno, vale, tú no lloras, ya me entiendes…

—¿Puedes no ser así de imbécil durante cinco minutos? —gruño, aunque una parte de mí agradece su torpeza para hacer todas esas preguntas con bastante gracia.

—¡Yo lo intento! Y tú no me lo pones nada fácil —responde haciendo un gesto inocente con sus manos—. Venga, di algo.

Vamos allá. Abro la boca y no sale nada. Mi cuerpo no parece tan predispuesto como yo de mencionar todo lo que ha ocurrido. Vuelvo a intentarlo y nada.

Inhalo.

Exhalo.

No sé cómo hacer esto y no ayuda tener a Marcos mirándome expectante.

—Vale, te ayudo yo porque veo que, si no, no avanzamos —dice cuando ve que no sé por dónde empezar—. ¿Habéis vuelto? ¿Os habéis liado? ¿Ha pasado algo que no querías? ¿Ha pasado algo que sí querías? Dame una pista. Algo. Un verbo. Un adjetivo. Por tu madre, Álex, dime algo.

—No quiero hablar de eso ahora, Marc.

Ya está. Es que es mejor no hablarlo si no me sale.

—¿Cómo que no? —protesta indignado por cómo me voy a cerrar en banda—. ¡Pero si literalmente me has llamado para hablar de «algo»! Y el noventa por ciento de las veces el «algo» es Diana.

—Marcos, por favor —pido con las manos tapando mi rostro.

—Nada de por favor, cuéntame qué ha pasado con Diana.

Se está picando y desesperando a la vez con mi actitud. ¿Me sorprende? Cero. Porque le encanta tener todo cuando él quiere y no le estoy dando la información jugosa que espera.

—Nada.

—Y una mierda.

Voy a confesarle ya que sí porque mentir es absurdo a estas alturas y no voy a poder avanzar a lo de Hugo como no se calle de una vez.

—Vale, sí ha pasado algo.

—¡Has dicho que sí! —dice emocionado y aplaudiendo—. Lo sabía desde que has llamado y cuando has llegado porque hueles a sexo.

Esta persona es tremendamente insufrible, eh.

—Marcos, por favor, un momento de seriedad —le corto antes de que siga con las tonterías—. Necesito contarte algo más importante que eso.

—¿Más importante que lo que sea que pasa entre Diana y tú? —pregunta dudando de que haya algo más importante que nuestra relación—. Lo dudo.

—Sí, mucho más importante.

Parece que empieza a entender que el motivo de mi llamada no era mi vida amorosa cuando me ve el rostro serio y la forma en la que me he cansado de tirar del carro con sus tonterías.

—¿Qué pasa, Álex? —pregunta y su tono ha cambiado por completo.

Ahora sí está preocupado de verdad.

—Hugo está vivo.

Soy capaz de ver su cerebro funcionando a tope para intentar saber de qué hablo. Parpadea varias veces y abre la boca, pero la cierra al instante. Se me ha roto el amigo.

—¿Puedes… puedes repetir eso?

Anda, mira, sabe hablar otra vez.

—Hugo está vivo.

A ver si a la segunda le queda más claro.

—No bromees con estas cosas que…

—No es una broma —interrumpo para que vea que voy en serio con este tema—. Hugo está vivo. Está viviendo en Barcelona y hemos estado dos días con él. Está vivo, Marc. Nuestro mejor amigo está vivo.

—No entiendo nada… Necesito otro café, o quizás tres —dice mientras llama a la camarera para pedir otra ronda para los dos.

Genial, más cafeína que active mi ansiedad y nervios con todo lo que estoy viviendo…

El caso es que no me espero a que nos sirvan para empezar a narrar lo acontecido en los últimos días. La historia no tiene un orden lógico, ni siquiera dentro de mi cabeza, así que voy soltando, más o menos, lo que creo que es importante y Marcos me escucha sin interrumpir. Tiene los ojos como platos y los abre un poco más conforme avanza la historia. Como siga así se le van a salir de las órbitas…

Yo también estaría así si fuera él quien me cuenta que un paciente aparentemente normal ha resultado ser el culpable de todo este lío porque es un loco acosador agresivo. Al llegar a la parte de Hugo echándonos, literalmente, de Barcelona porque ya van a detener a su paciente se lleva las manos a la cabeza. Está viviendo la historia y se está guardando sus comentarios ingeniosos porque sabe que no es el momento.

Solo cuando le digo que eso es todo entiende la magnitud de todo lo que le he contado y de lo que hemos vivido casi sin quererlo. Porque yo no buscaba un misterio, ni perseguir fantasmas, yo quería saber qué le había pasado a mi mejor amigo, que mira por dónde está vivo. Un *win*, *win*.

—Estoy flipando —dice procesando toda la información que he soltado en tan poco tiempo—. Buah, flipando a unos niveles… No te imaginas cuánto me alegro de que Hugo esté vivo.

—Yo también he pasado por todas esas emociones —respondo riendo al recordar mis ganas de pegarle a Hugo cuando le vi—. Fue como ver un espejismo cuando lo tuve delante.

—Un fantasma mal peinado, seguro —apunta él—, porque cuando voy a su casa sin avisarle lleva unos pelos…

—Tiene el pelo bastante largo, sí —admito riendo porque le tiene calado.

—¿Puedo hablar con él? —pregunta ilusionado.

—No, es imposible ahora mismo contactarle —niego con la cabeza resignada—. Tiene que quedarse allí hasta que detengan a ese paciente. Se supone que va a pasar casi ya, así que no creo que tarde en volver.

—Vale, bien, entonces puedo esperarme —acepta mientras inclina la cabeza para observarme con detenimiento. *Fuck*. Va a volver a su tema favorito porque ya le está saliendo la sonrisita en el rostro—. Todo esto con Diana ayudándote y sin que os matéis, eh.

—Ajá.

No solo eso, Marc… Es que hemos hecho un *dream team* envidiable. Y no solo a la hora de descifrar el caso, sino en cualquier momento. Desde decidir qué comíamos a la música en el coche. Una compenetración que… Ay, no. No quiero pensarlo que me hundo porque no lo voy a volver a tener.

No pasa nada. Yo sigo adelante con mi decisión. No puedo ahora echarme atrás y volver a caer en lo mismo.

—Genial, pues resuelto el lío de Hugo, procede a explicarme qué pasa entre vosotras —pregunta sin rodeos.

—No pasa nada —miento, sujetando la taza con ambas manos para esconder mis nervios—. Me vuelvo a Nueva York y ya está.

—Pues no suenas muy convencida con esa decisión.

Maldito lince que me conoce como la palma de su mano y sabe perfectamente cuándo estoy haciendo algo porque quiero y cuándo porque creo que debo.

—Porque no lo estoy —reconozco.

Ni él se ha visto venir que iba a ser tan sincera con este hecho.

—Entonces, ¿por qué te vas? —pregunta echándose hacia delante para estar más cerca de mí cuando la formula.

¡NO LO SÉ!

Marcos se cree que todo es tan fácil como para responder con una razón y ya, que le pregunten a Meryl qué sintió cuando tuvo que

hacer *La decisión de Sophie.*

De verdad, ¿tan difícil es entender que alguien tome una decisión sin estar basada en un argumento súper elaborado y convincente que le dé la razón?

Es que lo quiero decir en voz alta, ¿vale? No quiero porque esa respuesta es tan simple como insoportable: me voy porque soy una cobarde de mierda. Lo fácil es volver a mi vida, aparentemente, perfecta y organizada en Nueva York, donde no hay nada ni nadie que me desestabilice como lo hace ella. Que sí, que vivir sin ella duele, pero es que vivir dejándome llevar por lo grandes que van a ser mis sentimientos me da más miedo aún.

En esta vida hay que ser muy valiente para amar.

Así de simple y así de doloroso, porque el amor duele. Sí, duele.

No voy a adornarlo, ni a fingir que todo es perfecto porque no lo es ni cuando sale bien, ni cuando te quieren y todo es perfecto.

Amar duele porque es exponer tu forma más desnuda y no físicamente hablando. Esa persona te va a hacer daño si hace algo que no quieres, si dice algo que no te esperas o si le pasa algo y la pierdes. Es que hay mil razones por las que te puede herir aunque lo haga sin querer.

Yo no soy nada valiente, lo sé. Dejé de serlo el día que me marché de esta ciudad y no he vuelto a tener una gotita de valentía en mi cuerpo desde entonces. Y mucho menos lo estoy siendo ahora con esta decisión de coger la salida fácil. Esa salida no es otra que la de volver a la ciudad donde he creado espacios seguros y sin recuerdos de ella. La misma donde me convencí de haber pasado página y de que el amor no era para mí.

Y lo acepté.

Pasé a ser una nueva versión de Álex. ¿Mejorada? No lo creo. ¿Se puede ser mejor sin permitirte vivir una parte tan bonita como compartir tu vida con la persona que lo daría todo por ti? Pues eso. Hace ya días que he aprendido que la vida sin ella es a medias y que voy a irme a sobrevivir al otro lado del charco.

Ay… Diana…

Ojalá no me hubieras destrozado en aquel momento.

Ojalá volviera a mi yo más irracional y elegirte como ya lo hice la primera noche que te besé y que supe que no había vuelta atrás con mis sentimientos. Aún recuerdo cuando a la mañana siguiente intenté hacer una lista pros y contras sobre confesar lo que me pasaba contigo y tuve que entender que lo que sentía era tan intenso que no había manera de catalogarlo en un papel. Porque el amor es algo que hay que sentir y no analizar, no como lo estoy haciendo yo ahora…

Ojalá alguien te sepa querer como yo, Diana, porque te juro que nadie te va a querer tanto…

—Porque tengo que hacerlo —suspiro.

La mirada de pena de Marcos en este momento me indica que está igual de roto con esta decisión como yo. Lo siento, Marcos, la he decepcionado a ella y ahora a ti. Y sé que también a Hugo cuando se lo cuente. Todos esperabais que fuera capaz de entregarme a ella por completo, aun sabiendo que eso era confiar plenamente.

La quiero demasiado para intentarlo y arriesgarme a que salga mal porque de esa ya sí que no voy a recuperarme.

—No te voy a insistir ni decir nada más al respecto —acepta Marcos—. No va a servir de nada porque ya has tomado la decisión y no hay quien te baje del burro.

—Ella ha dicho lo mismo…

—Te conocemos bien —dice encogiéndose de hombros—. Y si a mí me da pena todo esto no quiero imaginarme cómo estará ella. Se te nota a kilómetros que sigues enamorada de Diana. Me jode ver que no te atreves a intentarlo porque sé que quieres hacerlo, solo que tú solita te convences de que no.

—Es lo que debo hacer por mi bien, Marcos, no puedo dejarla entrar de nuevo y que salga mal y…

—¿Y si sale bien? —me corta.

Quizá eso sea lo más triste de todo, saber que si sale bien podríamos serlo todo, pero si sale mal… Ay, si sale mal no podremos hacer nada y sufriré por el resto de mi vida el haberla perdido una segunda vez.

—No lo sabemos.

—Mira, Álex, yo no soy quien tiene que vivir tu vida en Nueva York —añade algo cansado de ver que habla con una pared que devuelve todas las bolas en direcciones diferentes y sin control—. Tú decides qué haces.

—Marcos, por favor, deja el tema porque de verdad no puedo más —ruego sin atreverme ni a mirarle porque si lo hago se me van a saltar las lágrimas.

—No voy a hablar más de ella, pero al menos prométeme que no te vas a ir hoy mismo a Nueva York —dice cambiando de tono—. Quédate unos días en mi casa antes de volver. Tengo un sofá cama comodísimo y comida de sobra para que pasemos unos días tranquilos. Además, nadie te hace reír como yo cuando estás modo *drama queen*.

—Eres idiota.

—Di que sí, venga —insiste.

—Está bien, me quedaré contigo unos días y así aprovecho para ir a ver a mi familia —acepto porque sé que no va a parar hasta que lo consiga.

Quizás puedo posponer unos días más la vuelta a Nueva York y, con ello, mi intención de empezar de nuevo sin Diana.

Capítulo 29

La-que-no-debe-ser-nombrada

Al aceptar la propuesta de Marcos de quedarme unos días en Madrid decidí que iba a poner a un lado todos mis sentimientos por Diana y disfrutar del tiempo que estuviera aquí con los míos. Creo que lo he aprovechado de la manera más sana posible, o al menos lo he intentado. He ido a visitar a mi familia y he tenido que mentir un poco ante la inevitable pregunta de «¿y esta visita sorpresa a qué se debe?». Decir que he revivido a mi amigo de entre los muertos está feo, así que me excusé con un nada convincente «tenía cosas que resolver de la herencia de Hugo». Mentir nunca ha sido lo mío y Lucas lo sabe, lo que pasa que me quiere lo suficiente para fingir que se traga esa historia y no hacer más preguntas.

He recargado las pilas a base de tardes en el parque con Mario y también de pasar mucho tiempo con Marcos, más del que hacía años que no compartíamos. Podría decirse que hemos pasado demasiado tiempo juntos y no en el mal sentido, solo que se ha dedicado a hacer todo lo posible por distraerme, como si fuera una niña de cuatro años, con cualquier cosa para que no piense en ella.

Sí, en ella, porque vuelve a ser la-que-no-debe-ser-nombrada.

Hemos desayunado juntos casi todos los días. Luego yo me he ido de compras mientras él trabajaba y le volvía a ver a la salida de su oficina para ir a comer o para planear qué película nos tocaba cada noche antes de ir a ver a mi familia. Todo sería muy idílico si no fuera porque en el fondo de mi cabecita hay un pequeño ser maligno que me hace preguntarme cómo estará ella después de nuestra conversación.

No he tenido ni una sola noticia suya. No sé si le ha escrito a Marcos. Si lo ha hecho, él está bien calladito y lo agradezco porque no suele respetar mis decisiones y lo está haciendo. En parte porque se lo pedí yo misma al saber que me quedaba aquí. No quería tener cerca la opción de volver a caer en ir a verla si sabía que estaba mal o algo.

Mientras tanto yo estoy aquí tirada en el sofá de mi mejor amigo, esperando que se digne a aparecer para entretenerme un poquito. Hoy toca pedir pizza porque ninguno de los dos queremos cocinar. No es por vagueza, al menos no por mi parte, sino porque estoy muy cansada y no físicamente. Cojo el móvil para distraerme un rato en el agujero que es TikTok y pego un bote en el sitio cuando veo la notificación que tengo en la pantalla.

Hugo
¿Puedes hacerme un favor, chiqui?

Esta persona es increíble. No sé nada de él desde que estuvimos en Barcelona. Me dice que no podemos contactarle ni nada y ahora aparece a pedir favores. ¿Se lo voy a hacer? Obviamente, pero a ver qué quiere primero.

Álex
Dime, Hugo.
¿Todo bien?

Hugo
Sí, sí.
No es nada grave.
Pero necesito una cosa de mi piso para la investigación.
¿Te importaría pasarte un momento?

Hace unas semanas me habría negado, pero ahora que sé que no se murió en ese piso, lo veo con otros ojos. Ya no hay escalofríos de pensar que es mío o de que perdí ahí a mi mejor amigo, así que supongo que si le ayudo podrá volver cuanto antes.

Álex
Claro.
Dime qué necesitas.

La burbuja de los tres puntitos aparece y desaparece varias veces antes de obtener el mensaje final.

Hugo
En mi despacho tengo una carpeta azul
con el nombre del paciente.
Está detrás de una pila de libros de psicología.
Necesito que la cojas y me mandes una foto de la primera página.
Es MUY importante.

Álex
¿Te hace falta ya?

Hugo
Sí, cuanto antes.
Poooooooorfa.

Álex
Voy ahora mismo.

Total, para estar aquí esperando a Marcos, al menos así ayudo a Hugo y me entretengo un rato.

En cuanto pongo un pie en la calle maldigo el frío que hace. Estaba tan calentita bajo la manta que el contraste ha sido notable. Aligero el paso para entrar en calor porque Marcos y Hugo no viven

muy lejos y un paseíto no me vendrá mal para despejar la cabeza un poco.

Irremediablemente pienso en la última vez que estuve en ese piso. ¿Con quién? Pues con ella, es que por mucho que yo intente evitarla, aparece en todos lados. Mira, justo en ese restaurante tuvimos nuestra primera cita cuando empezamos a salir y… Joder, otra vez. No hay manera de borrarla. Y ya verás cuando entre al piso donde solo he estado con ella…

Ya podría haberle pedido el favor a Diana.

¡Que no digas su nombre!

Maldita guerra que lucho con mi cabeza desde hace días con este temita.

El tacto de la barandilla metálica en mi mano hace que recuerde que estoy a unos metros de llegar al apartamento de Hugo. Camino unos últimos pasos hasta un rellano desértico y busco la llave en mi bolso antes de abrir la puerta. Huele a cerrado y es que nadie ha estado aquí desde que la policía lo registró. Enciendo la luz del pasillo y me dirijo al despacho porque, aunque Hugo no muriera aquí, tampoco me apetece pasar más tiempo del necesario en el lugar donde Diana y yo nos peleamos la primera vez que me fui en la segunda versión de nuestra historia.

Jesús, vaya lío llevamos, ni una telenovela sáfica de las buenas.

Empujo la puerta del despacho y…

—¡Hola!

Pego un bote en cuanto escucho esa voz y casi me caigo al suelo al tropezar con el mueble de al lado de la puerta. Me llevo la mano al pecho, preocupada por mi pobre corazón que no sé cómo no se ha escapado de mi pecho.

—¡Hugo! —exclamo cuando asimilo que es él de verdad quien está aquí—. ¿Eres imbécil o qué? ¿Qué coño haces sentado ahí como si fueras un puto fantasma? ¡Casi me matas, joder!

Yo sufriendo y él se está riendo a carcajadas por mi reacción. Vuelven a mí los impulsos asesinos que sentí en Barcelona cuando le veo como si nada en la silla de su escritorio, como si nunca se hubiera ido. Mira, hoy no se libra. Camino hacia él, con el corazón

aún en mi garganta y, en cuanto le alcanzo, le suelto una colleja en la cabeza.

—Te juro que te mato —me quejo intentando darle otro golpe que esta vez esquiva—. Te mato, te entierro yo solita, y luego te resucito para matarte otra vez del asco que te tengo.

—Cuánto cariño —se burla él, levantándose con una gran sonrisa—. Perdón, pero merecía la pena verte la cara de sorpresa.

A pesar de que quiera matarle, me lanzo a abrazarle cuando está de pie, con tanta energía que casi le tiro de espaldas. Se las apaña para mantener el equilibrio a duras penas y corresponder el abrazo y apoyar la barbilla en mi cabeza como siempre hace.

—¿Qué haces aquí? —pregunto cuando por fin me separo lo suficiente para mirarlo.

—Se acabó, Álex.

—¿Cómo que «se acabó»? —pregunto sin creerme lo que insinúa—. ¿Significa eso que…?

—Sí, que lo han detenido por fin —anuncia con una gran sonrisa—. Se acabó.

Doy un salto de felicidad en el sitio antes de lanzarme hacia él y enganchar su cuello entre mis brazos. Hugo se ríe por mi reacción

—Cómo me alegro, Hugo —murmuro contra su hombro—. Joder, no sabes la paz que me da saber que esto se acaba y que vas a volver. Y… no solo eso, sino saber que has ayudado a muchas mujeres a que no les pase nada más.

—No cantemos victoria antes de tiempo —me advierte algo más serio—. Queda un juicio muy largo por delante. Hemos hecho lo más difícil, sí, pero aún tenemos que esperar a ver la sentencia.

—Todo va a salir bien.

Me siento rara siendo yo quien esta vez intenta asegurarle por primera vez en nuestra vida que algo va a ir bien. Él sonríe con un brillo especial en los ojos, el de alguien que sabe que puede volver a su vida y dejar atrás unos meses horribles. En ese momento, frunce el ceño y me mira extrañado.

—Oye… ¿y Diana? —pregunta con total naturalidad.

Vaya por Dios, ya ha tenido que nombrarla. ¡Que no se dice su nombre, tío!

Le miro sin tener muy claro qué responder o cómo responder más bien. No tarda en notar que mi reticencia a responder a una pregunta tan básica esconde algo detrás.

—¿Qué pasa? —insiste—. Pensaba que vendríais las dos juntas cuando te escribí. Quería daros la noticia juntas.

Hugo, para, que no me estás poniendo nada fácil contarte esto. Especialmente porque le conozco y sé que me va a dar una charla que no me va a gustar sobre la decisión que he tomado. Doy dos pasos hacia atrás y me dejo caer en el sofá de su despacho, sin pensar que es el mismo en el que Diana y el maldito paciente han pasado muchas tardes contando sus problemas.

—Álex… —pregunta acercándose preocupado por mi actitud —. ¿Qué has hecho?

—No he hecho nada… —miento.

Tecnicamente ese es el puto problema, que no he hecho «nada».

—Suena exactamente a lo que siempre dices cuando has hecho algo—responde él cruzándose de brazos—. Álex, dime la verdad.

Se va a enterar tarde o temprano de lo ocurrido, mejor que esta vez sea al menos yo la que le dé la noticia, que para eso soy la que ha tomado la decisión de marcharse otra vez.

—Se acabó —digo finalmente.

—Sí —responde Hugo rodando los ojos—. Se acabó lo del paciente, la investigación, el escondite… eso ya lo hemos celebrado. Ahora estamos hablando de vosotras dos —señala el espacio vacío a mi lado—. ¿Qué está pasando?

Para lo listo que es no lo está pillando, bueno, o no quiere pillarlo.

—Lo que está pasando es que se acabó, Hugo. Me vuelvo a Nueva York —respondo sin darle más vueltas, aunque no puedo esconder la tristeza en mi voz.

—¿Qué? —pregunta cuando asimila lo que acabo de decirle—. ¿Cómo que te vuelves así, sin más? ¿Qué ha pasado?

—Ha pasado lo que tenía que pasar cuando nos hemos parado a hablar—respondo, frotándome la frente. Por favor, que

alguien me saque de aquí —. Y… y se acabó. No hay más que decir.

—Álex… en Barcelona estabais en una nube —dice Hugo sentándose a mi lado e intentando entender mi mente. ¿Cómo vas a hacerlo cuando ni yo lo hago, amigo?—. Os mirabais de una forma… Vaya, es que no tenía duda de vuestros sentimientos y ahora, ¿se acabó?

Yo también vi esas miraditas, Hugo. Y peor, las sentí.

Sentí su amor en cada una de ellas.

Cierro los ojos para no pensar en eso. No hay manera de que no duela saber que voy a perder esos iris verdes que tanto me gustan.

Quizás si lo hablo un poco me sienta mejor, ¿no?

—Diana quiere intentarlo —confieso al fin, en un intento de sacar la angustia de mi pecho antes de volver a mi vida—. Quiere… quiere que volvamos y lo intentemos otra vez. Y yo… —Tengo que tragar para intentar deshacer el nudo de mi garganta—. Yo tengo miedo —confieso—. Miedo de caer en lo mismo que en el pasado, miedo de que todo vuelva a irse a la mierda, miedo de hacerle daño y de que ella me lo haga, miedo de sentir exactamente lo que siento. Y no puedo con ello, Hugo. No puedo ahora mismo.

Hugo se está debatiendo entre hacer de amigo o de psicólogo, es algo que le pasa mucho. Esta vez decide ser amigo y tratarme con mucho cariño aunque no me entienda. ¿Y qué hace un amigo? Intentar que te des cuenta de tus errores por muy cabezota que seas.

—Álex… —dice despacio—. ¿De verdad crees que huir es la solución?

No, no lo es.

Huir no arregló nada en el pasado y no lo va a hacer tampoco ahora.

He tratado de convencerme de que poner un océano entre Diana y yo era suficiente para sanar y lo único que he hecho es ralentizar el sangrado sin llegar a curar del todo esas cicatrices.

¿Qué otra cosa puedo hacer?

—No, no es la solución, Hugo —admito al fin, con un hilo de voz y la mirada perdida en mis propias manos—. Me fui una vez y no

sirvió de nada. Y no sé por qué creo que ahora va a ser distinto. Pero… ¿Qué hago, Hugo? ¿Qué mierda hago? No sé cómo enfrentar todo esto. No sé cómo… quedarme.

—Mira, Álex —dice cogiendo mi mano para estrujarla y mostrarme su apoyo—, yo no voy a decirte lo que tienes que hacer. Esa decisión es tuya y solo tuya. Es tu vida, son tus sentimientos y tus miedos —continúa con un tono de voz muy dulce para no hacerme daño—, lo que sí voy a decirte es que no sirve de nada vivir con miedo. Créeme. Si yo hubiera vivido así… si hubiera tomado decisiones desde el miedo… Habría hecho el informe sobre ese paciente sin protestar y me habría desentendido del tema. Me habría protegido a mí mismo. Y ¿sabes lo que habría pasado?

—¿Qué?

—Pues que ese hombre seguiría suelto y podría hacer daño a más personas. —Me revuelvo incómoda ante el pensamiento de que la decisión cobarde y cómoda de Hugo implicaría todo lo que me está diciendo—. Yo habría seguido tranquilo y sin daros disgustos a ninguno, con mi vida, mis consultas… Y viviría sabiendo que había sido un cobarde. ¿Tú quieres ser eso?

Hugo rara vez habla de sí mismo sin bromear, pero cuando lo hace… es imposible no sentir que te llega hasta lo más profundo y ahora está sabiendo, a la perfección, cómo hacer un símil entre su caso y mi vida amorosa para que entienda mis propios sentimientos.

—Álex… He pasado un tiempo muy duro allí solo —admite apoyando los codos sobre sus rodillas, agotado—. He pasado miedo, me he aburrido, me he sentido solo y… No te voy a mentir, ha sido una mierda enorme. Me he sentido así hasta que me han dicho que le habían detenido y entonces entendí que todo ha merecido la pena y lo volvería a hacer una y otra vez.

—¿Me estás diciendo que merecería la pena aunque me destroce en el camino? —suspiro.

—Estoy diciendo que siempre estaré en el equipo de enfrentarse al miedo y luchar por lo que uno cree y quiere en esta vida, Álex —continúa mi amigo y reconozco que empiezo a entender su punto—. Porque si sale bien… Buah, lo que sientes es inigualable y yo quiero que tú sientas eso con Diana.

—Ojalá alguien me dijera que va a salir bien y no me diera tanto vértigo esta decisión.

—Nadie puede decirte eso —dice apoyando su mano en mi hombro para animarme—. Sí que te puedo decir que no tengo duda de que sois el amor de la otra, pero tenéis que verlo vosotras mismas. Ella quiere jugársela contigo a pesar de saber que estás al otro lado del mundo… ¿No te dice nada de lo mucho que quiere esto?

—Yo sé que ella me quiere, me lo ha dejado claro y yo a ella también, es solo que…

Ni siquiera puedo terminar la frase.

—Mira, yo no te puedo decir qué hacer o qué no hacer. —Pues ojalá pudieras, Hugo, así al menos tendría alguien más a quien culpar de esta mierda de decisión que tengo que tomar—. Sí te digo que ya sabes que huir no arregló nada, así que quizá es hora de preguntarte qué sí podría hacerlo.

Las lágrimas están volviendo a humedecer mis ojos y ya dudo de ser capaz de controlarlas. ¿Qué te digo, Hugo? Necesito pensar un poquito más antes de tomar esta decisión, así que, porfa, déjame… Un poco de piedad con esta chica perdida que no sabe gestionar sus sentimientos.

—Hugo… No quiero hablar más.

—Vale, solo quería dejarte claro que si tu decisión es irte… te acompañaré al aeropuerto y te daré un abrazo de despedida —promete el psicólogo—. Y si tu decisión es quedarte, os invitaré a cenar a Diana y a ti. Elijas lo que elijas… que no sea por miedo. Eso es lo único que te pido.

Mucho pides tú, Hugo.

Capítulo 30

Mándame a la mierda

Hacer la maleta no es un trámite que me haya gustado nunca. Siempre dudo, echo mil «por si acasos» y todo lo que se pase por mi cabeza que pueda ser útil para cualquiera de los posibles escenarios que mi cabeza ha adelantado. Y, sin embargo, nunca ha sido una experiencia tan incómoda como en este momento. Esta vez la culpa no es de la ropa, ni de las implicaciones que tienen que esté guardando todo ahí dentro.

No, esta vez es porque tengo a Hugo y a Marcos plantados en la puerta de la habitación mirándome como si fuera un mono de feria haciendo un truco especialmente decepcionante.

Supongo que en parte sí que les estoy decepcionando con mi decisión.

Lo siento, chicos, os pensáis que soy una chica mucho más valiente de lo que soy. ¿Qué le hago?

—¿Podéis dejar de mirarme así? Me siento como en un zoo —protesto mientras guardo una camiseta en la maleta—, y me estáis poniendo de los nervios.

—Te estamos haciendo compañía porque la última vez que saliste corriendo no supimos cuándo ibas a volver —recalca Marcos dejando claro todas mis malas decisiones del pasado—, así que perdónanos por aprovechar el tiempo juntos.

Madre mía, cómo están.

—También estamos evaluando todo esto —interviene Hugo, cruzándose de brazos.

—¿Evaluando el qué? —pregunto resoplando y sabiendo que me voy a arrepentir de hacerlo—. ¿Mi técnica de doblado de camisetas? Porque os informo que es impecable.

—No, estamos evaluando el momento exacto en el que te vas a arrepentir —dice ahora Marcos.

A tomar por culo.

Me giro y le lanzo la camiseta que tengo entre las manos a la cabeza. No acierto, pero me he quedado más a gusto al hacerlo.

—De verdad —insisto por no sé cuanta vez hoy—. Parad con este tema. No voy a cambiar de opinión.

Llevan todo el día taladrándome la cabeza con el temita Diana.

—Nos ha quedado claro —dice Hugo, suspirando triste—. Hemos pasado por todas las fases y estrategias posibles: convencerte con algo súper razonado, tirando de emociones, de nostalgia, un poco de chantaje, metáforas de pacientes, de mi propia vida… Y nada.

—Te has dejado la estrategia de decirle que es gilipollas por hacer esto —completa Marcos—. Esa es mi favorita. Muy zen. Muy «haz lo que quieras con tu vida, pero luego no llores».

—Gracias por el apoyo —mascullo.

—Para eso estamos —responde Hugo que está dispuesto a tensar la cuerda todo lo posible con este tema—. Amigos hasta el final, aunque en este caso el final incluya que, otra vez, salgas huyendo en un avión para adormecer tus sentimientos al otro lado del charco.

—¡No estoy huyendo! —Un poco sí, pero no se lo voy a reconocer. Me giro hacia ellos con otra camiseta en la mano y se agachan cuando piensan que voy a volver a tirársela. Ahí han estado graciosos—. Estoy tomando la decisión adulta y responsable que tenía que tomar por mi bien.

La decisión irracional sería quedarme aquí por amor y dejarme llevar sin pensar que estaría dejando toda mi vida de los últimos años por ella.

—Claro —dice Marcos con un tonito de burla evidente—. Adultísima la decisión. Responsabilísima diría yo.

—Te ha faltado «emocionalmente madura» como excusa —añade Hugo—. Eso siempre suma puntos de culpabilidad después.

Me tienen hasta las narices los dos.

—Os recuerdo que no he pedido vuestra opinión.

—Efectivamente, no la has pedido, y aún así te la vamos a seguir dando gratis y sin éxito porque, total, para el caso que nos haces, por lo menos nos echamos unas risas entre nosotros —dice Marcos.

—Mira, es que resulta que estamos agotados de tu actitud, así que como no nos quedan nuevos argumentos que sacar, hemos decidido pasar a la fase de comentarios pasivo-agresivos y humor.

Ahora es Hugo el que se hace el gracioso.

La gracia en el culo tienen, la verdad.

—Exacto, ahora ya solo nos queda observarte y esperar a ver cuándo te pegas la hostia tú solita.

Resoplo y me dejo caer en la cama, mirando el techo e ignorando el hecho de que no he terminado aún de hacer la maleta. Me jode que estén en este plan porque en lugar de hacerme fácil lo de marcharme, me lo están complicando por momentos.

—Chicos… Me voy a ir y ya, porfa, colaborad.

Porque de verdad necesito un mínimo de apoyo con este tema.

Por mucho que Hugo me pidiera que me lo pensara, no lo he hecho. Le prometí considerarlo y en el fondo sabía que no iba a hacerlo porque pensar en esto no es sentarse tranquilamente a valorar opciones lógicas como haría en mi trabajo. No, sentarse a pensar en Diana es entrar en una espiral complicada que nadie más entiende porque no ha vivido nuestra historia. Pensar es recordar, es anticiparse a las posibilidades, es imaginar futuros posibles a lo *Doctor Strange* y es, sobre todo, revivir el pasado con nitidez.

Así que no, no me lo he pensado porque no tengo fuerzas para enfrentarme a mí misma.

Y mientras yo he estado lidiando con todo esto, o más bien no lidiando con ello, Hugo ha vuelto poco a poco a su vida. Eso sí, modo perfil bajo. Es todo lo que le ha permitido el comisario Herrera. No es poco después del tiempo que ha pasado solo en

Barcelona, de hecho, este es el motivo por el que me he quedado unos días más en la ciudad. Necesitaba sentir que cerraba el círculo con los tres otra vez juntos antes de volver a mi vida.

Lo he conseguido cuando han dejado el tema de Diana a un lado. Ahora que lo pienso, mucho decirme a mí sobre el temita, pero no sé nada de ella desde que me fui de su casa. ¿Habrán hablando ellos con Diana? ¿Sabrán cómo está? Porque lo último que quiero es que ella lo pase mal por mi culpa…

—Álex, lo hacemos por tu bien.

Y lo que hacen los muy perros es irse a la cocina a hacerse un café calentito antes de sentarse en el salón.

Gracias por el apoyo, chicos. Yo también os quiero.

—Oye —digo, intentando sonar tranquila mientras dejo mi maleta ya cerrada en el *hall* de entrada—, ¿cómo está Diana con todo esto?

Hugo y Marcos comparten una mirada sospechosa. El caso es que ninguno de los dos responde a mi pregunta.

—¿Hola? —insisto—. Os he hecho una pregunta bastante clara.

—Depende —responde Marcos encogiéndose de hombros.

—¿De qué? —pregunto ya a la defensiva.

—De si realmente quieres saberlo y si estás lista para la respuesta —responde Hugo, dándole un sorbo al café con demasiada calma para mi gusto.

—Claro que quiero saberlo. No seáis así…

—¿Cómo? —dice Marcos, levantando la vista del móvil—. ¿Personas que no van a meterse en medio de algo que tú misma has decidido ignorar?

—No estoy pidiendo un análisis emocional profundo sobre su estado —replico de mala gana—. Solo… saber cómo está.

—Pues si quieres saber cómo está, escríbele.

Joder, tengo a los amigos más simpáticos.

—Ah, no. Venga ya. No empecéis con eso…

—¿Con qué? —pregunta Marcos con un tonito de burla evidente—. ¿Con sugerir una acción lógica y adulta como comunicarte directamente con la persona implicada en esto?

—No me habléis como si yo fuera idiota —digo, cruzándome de brazos—. Sabéis perfectamente por qué no le escribo.

—Sí —asiente Hugo—. Porque tienes miedo.

—Y porque eres gilipollas.

—Sois unos cabrones —concluyo.

—Eso también —dice Marcos.

—No es justo —murmuro—. No podéis hacerme esto ahora.

—Álex —dice Hugo, bajando un poco el tono, sin llegar a ceder ante mi petición—, nadie te está haciendo nada. Tú has tomado una decisión. Y las decisiones vienen con consecuencias.

—Además —añade Marcos—, si te tranquiliza saberlo, no se ha metido en una secta, ni se ha ido a la otra punta del mundo.

—Ni se ha teñido.

—Qué alivio —respondo seca ante la falta de respuestas que no sean modo vacile.

—Pero no está bien. Y eso tampoco debería sorprenderte.

No está bien…

No debería sorprenderme, lo sé. Sería absurdo esperar otra cosa después de cómo me fui, después de lo que le dije y después de lo que no pude prometerle.

—Vale —digo al cabo de unos segundos, fingiendo una entereza que no siento—. Ya está. Mensaje recibido.

—No te estamos diciendo esto para joderte —dice Hugo con calma al notar mi tono de pique por su respuesta—. Te lo decimos porque es la verdad. Y porque fingir que todo está bien no ayuda a nadie. Ni a ella, ni a ti.

—Especialmente a ti —recalca mi querido Marcos—. Que eres experta en convencerte de que estás bien cuando claramente no lo estás.

—Gracias, doctor Freud —respondo rodando los ojos.

—De nada —dice él—. Para eso están los amigos: para decirte lo que no quieres oír justo antes de que hagas una estupidez monumental.

Como vuelvan a decirme que marcharme es un error, una estupidez o cualquiera de los cien sinónimos que se han aprendido hoy, juro que los mato.

—No es una estupidez —protesto.

Yo no sé por qué sigo intentando que me entiendan a estas alturas.

—Si no lo es, tampoco es que sea una decisión que te esté haciendo bien.

Ahora mismo me tienen tan harta que es que no quiero ni mirarles a la cara porque, aunque decidiera que tienen razón, no me da la gana de darles esa victoria con lo pesados que están.

—Álex, escríbele y habláis otra vez para ver si…

—No puedo escribirle, chicos —interrumpo antes de que sigan por ese camino y aquí voy a ser muy clara, a ver si así lo entienden —. Si lo hago… no voy a poder irme.

Tan sencillo como eso.

—Entonces supongo que ya lo tienes claro.

—Sí.

Mentira.

Les dejo ahí mientras voy a recoger las pocas cosas que me quedan porque por más que intento mantener conversaciones tranquilas con ellos, no hay manera de que todo no gire en torno a Diana y mi marcha a Nueva York.

Ojalá me entendieran y ayudaran a calmar mi mente en lugar de a hacer que se agite aún más como un avispero. ¿Es posible sentirse tranquila y a la vez en la mierda más absoluta? Porque me siento un poco así estos días, siendo sincera. En fin, después de doblar tres veces la misma sudadera que me voy a llevar para el avión y de asegurarme de llevar el pasaporte, creo que no tengo más excusas para seguir aquí perdiendo el tiempo antes de irme.

—Chicos… Ahora sí, hora de irme —anuncio colgándome el bolso al hombro.

Se levantan y vienen hacia la entrada de la casa para la despedida y, *spoiler*: se nos dan muy mal a los tres. Yo nunca sé qué hacer o qué decir, Marcos se siente incómodo y hace bromas absurdas que no vienen a cuento, mientras que Hugo esquiva las miradas. Toda la vida siendo así y esta despedida no va a ser diferente.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe al aeropuerto? —ofrece Hugo una última vez.

Niego despacio. Agradezco el gesto, pero solo lo va a hacer más difícil.

—No, creo que es mejor que nos despidamos todos aquí.

Hugo asiente y no vuelve a insistir. Creo que a estas alturas ha pillado que discutir cuando tengo las decisiones tomadas es perder el tiempo. Marcos es el primero en abrir los brazos para que me lance a él.

—No tardes otros cinco años en volver —dice contra mi pelo, con la voz un poco más vulnerable de lo habitual—, y cuídate mucho.

—Vosotros también, chicos.

Y ahora me toca ir a por Hugo, lo cual es aún más extraño teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido en las últimas semanas.

—Gracias por todo, Hugo, de verdad, me has ayudado mucho con todo lo que has hecho —murmuro contra su oreja.

—Cuídate, chiqui —responde estrujándome aún más en sus brazos—. Y recuerda no volver a perderte a ti misma.

—Lo intentaré.

Porque no le puedo prometer que no me pierda en el camino de volver a centrarme en la vida y recuperar la paz y tranquilidad que había vuelto en las últimas semanas y que parece haberse esfumado de nuevo desde que compré mi billete de avión a Nueva York.

—Os quiero chicos.

—Y nosotros a ti, aunque seas un desastre emocional con patas.

No podía faltar la bromita de Marcos.

Sacudo la cabeza y me marcho antes de echarme a llorar de verdad. Todo se siente tan diferente de la última vez que me fui… Quizás porque esta vez ha habido un aviso, ha habido despedidas, abrazos y… Y no me voy enfadada con Diana. Punto importante esto último para notar la diferencia de *mood* en el que me voy.

Creo que las dos veces he sentido tristeza en lugar de alivio o felicidad por marcharme. Es curioso cómo el cuerpo es capaz de

llevarte de nuevo al pasado incluso cuando tu cabeza se niega a aceptarlo, ¿verdad? Si no es por eso no entiendo por qué me siento así, con este *mix* de sentimientos que no tratan solo de este momento, sino de lo que ocurrió anteriormente.

Hace cinco años me fui completamente rota y triste. Llena de rabia por la sucesión de acontecimientos que no supe gestionar y ella mucho menos. Era incapaz de pensar en volver a verla porque si lo hacía, probablemente la perdonaría. Arrancarla de mi día a día era la única manera de superarla, o eso pensaba.

Ahora es distinto y a la vez no.

¿Tiene sentido?

Esta vez no me voy porque haya perdido a Diana, al contrario, la había encontrado en el mejor momento. No… Me voy para evitar que, en algún momento, pueda volver a sentirme justo como en ese momento y tenga que volver a huir.

Me voy a ir voluntariamente a pesar de la pena que siento.

Una pena… menos física y más profunda. La última vez no podía parar de llorar de impotencia, de rabia, de incomprensión… Lloraba porque lo perdía todo. Y ahora sigo triste, incluso más que en aquel momento, pero no lloro porque sería decepcionarme a mí misma por la decisión que he tomado.

Cinco años dan para mucho y he cambiado bastante de la niña que era cuando me fui de aquí, eso es innegable. Ya no soy la chica impulsiva que dejaba que sus emociones tomaran el control de su vida. De hecho… si ahora pasara el incidente con Diana en la graduación, la entendería. Porque en ese momento, no se trataba de mí. Se trataba de su miedo y sus sentimientos. Tenía que haberle dado amor y comprensión y dejar de exigirle que me quisiera en público o como yo consideraba que era correcto.

—Señorita, hemos llegado.

El conductor del Uber se baja del coche para sacar mi maleta de la parte trasera del coche. A mí me cuesta un poquito reaccionar porque estoy demasiado metida en mi cabeza antes de abandonar el vehículo.

Ni siquiera lo majestuoso del edificio de la terminal que siempre me ha gustado ahora me importa. Es que no me remueve

nada en absoluto. Será porque todo mi sistema emocional ahora mismo está centrado en una sola cosa. Bueno, persona.

Sí, la-que-no-debe-ser-nombrada.

Volvamos a llamarla así si quiero poner de nuevo la barrera entre nosotras de alguna manera.

La cola del control de seguridad es larga y me está dando una pereza terrible. Ya podrían poner aquí las máquinas nuevas que no te hacen sacar los líquidos de la maleta porque es un tremendo incordio todo este trámite de deshacer aquí todo lo que has guardado muy bien en tu casa. Por no hablar de quitarse la chaqueta, las botas, el cinturón, sacar el portátil… esto no se acaba, madre mía.

De verdad, no ayuda nada a mi paciencia y mi intento de estar segura con mi decisión que el universo esté haciendo que tarde ocho años en llegar a mi puerta de embarque.

Rescato todas mis cosas al otro lado de la cinta y me consuela que al menos hoy no me ha tocado el control aleatorio de drogas, que para ser aleatorio siempre me toca…

En fin, lo que sí que tengo claro es que necesito un café calentito que me haga sentir mínimamente funcional y me ayude a mantenerme despierta durante el viaje y así combatir el *jet lag* cuando llegue. Hago la cola en un Starbucks y me pido un especial que tienen ahora de calabaza con nata.

Perfecto.

Ahora sí me puedo sentar tranquilamente a esperar mi puerta de embarque mientras escucho música. O eso creo yo, porque el universo está hoy gracioso y la primera canción que me pone es *Daylight* de Taylor Swift.

El *timing* es terrible y la pasaría si no fuera porque está prohibido saltarse una canción de Taylor. Sea el disco que sea.

Si la música no colabora, esperemos que el agujero de las redes sociales lo haga. Abro mi cuenta de Instagram y paso un par de *stories* de gente que no me importa mucho. Veo un desayuno bien iluminado, un perro adorable, cinco anuncios, una frase motivacional que me dan ganas de denunciar por obvia e intensa… y entonces aparece.

Diana.

Tardo un segundo en recordar que la volví a seguir, que en algún momento impulsivo —o valiente, o estúpido— decidí hacerlo, y que ahora eso tiene consecuencias.

Esta es una de ellas y es verla tan guapa en mi pantalla cuando yo todo lo que quiero es no pensar en ella.

Es una foto simple. No hay pose estudiada ni intención aparente de enseñar nada mas que lo que se ve. Diana está tirada en el sofá, medio de lado, con el sol entrando por la ventana y dibujándole sombras en la cara e iluminando sus ojos perfectamente.

Guapísima.

Y… ay, no. Lleva puesta la sudadera gris. No una cualquiera, no. La maldita sudadera que nos compramos a juego en Roma porque nos hacía gracia ir iguales. Creo que yo tiré la mía cuando deshice mi armario antes de escaparme a Nueva York y ella la sigue teniendo. No solo la tiene, sino que la usa justo después de que le haya roto el corazón.

Es masoquista esta persona.

Y como ya he dicho, el universo tiene un sentido del humor gracioso y aquí es cuando suena la parte de la canción que dice que la cantante rubia no quiere mirar a nadie más ahora que la ha visto a ella y que no quiere pensar en nadie más ahora que ha pensado en ella. Te entiendo, Taylor, creo que estamos igual.

¿Quiero ver a alguien más que a Diana en mi vida? ¿Quiero pensar en otra persona como pienso en ella? Aunque quizás deba preguntarme mejor si sería capaz de hacerlo. Como bien está cantando mi amiga íntima Taylor, llevo cinco años sumergida en una noche muy oscura y acabo de ver la luz con ella.

¿Estoy perdiendo la cabeza si dejo pasar el tren de Diana? Vuelvo a abrir la foto y la examino una vez más fijándome que está en el sofá donde, hace no tanto, dormía abrazada a ella. Aquí es cuando empieza a invadirme la sensación de estar observando una vida a la que ya no pertenezco.

Una vida que seguirá su curso si subo a ese avión y a la que no tendré derecho a volver una vez más. Porque la vida te puede

dar una segunda oportunidad, pero una tercera… es difícil.

Llamémoslo casualidad, destino o crueldad, pero la canción habla de Nueva York y de verlo ahora todo mucha más claro. Y pasa a la analogía de los colores que tanto usa en sus canciones la compositora para admitir que pensaba que el amor era de color rojo, en parte todos los pensamos, pero resulta que es dorado.

Tan dorado como la melena de Diana, de hecho.

Joder. La maldita canción se ha colado en cada resquicio de mi ser y no puedo dejar de relacionarla, de alguna manera, con Diana y conmigo.

Y para rematar mi momento de duda que cada vez es mayor y está haciendo que se tambalee la poca fuerza de voluntad que tenía yo respecto a esta decisión, la canción llega a su fin y la voz de Taylor dice algo que va a cambiar todo mi pensamiento. Me parece un poco de persona imbécil, porque no tengo otro nombre, que una canción, y una escena muy melancólica y de película en el aeropuerto, me haya hecho entender que no quiero que mis miedos definan mi vida, ni las cosas que odio o las que me persiguen en mitad de la noche. No, yo quiero que me definan las risas, las cosas que amo y que me hacen bien.

Tengo que dejar la sensatez y la prudencia absurda a un lado y darle la razón a esta jodida canción. Se acabó dejar de agarrarme a una supuesta madurez para marcharme.

¿Me he escondido en decisiones racionales para sentirme segura?

¿Voy a ser feliz así? ¿Siendo prudente?

Hay una diferencia abismal entre estar bien y estar feliz y ese abismo es rubio y tiene el nombre de Diana, aunque haya intentado convencerme de que no.

Este es el momento en el que decido que no quiero definirme por lo que me asusta.

No quiero que mi vida sea una sucesión de decisiones tomadas para no sufrir.

No quiero que el miedo sea lo que trace mis límites, lo que decida hasta dónde llego y a quién dejo fuera de mi vida solo por no arriesgarme.

¿Qué clase de vida sería si lo hago?

Si soy honesta conmigo misma de una vez por todas, si dejo de mentirme a mí y a los que me rodean, la cosa está clara y sé a quién quiero.

Llevo enamorada de ella media vida, la verdad.

Es ella la que siempre aparece en mis sueños, en mis proyecciones de futuro y en todos mis momentos de debilidad. Es el nombre de Diana el que he evitado pronunciar en todo este tiempo porque, en el fondo, sabía que si lo hacía no habría vuelta atrás.

Y es que ahora mismo no quiero que la haya.

A tomar por culo Nueva York, la estabilidad de vida y la versión funcional de mí misma que aprendió a no necesitar a nadie. Porque sí necesito a Diana.

No quiero mirar atrás en unos años y darme cuenta de que la perdí por ser gilipollas y marcharme una segunda vez.

Que le den a seguir huyendo.

Que le den al miedo.

Tiro el café en la primera papelera que encuentro y cojo mi maleta para recorrer el camino inverso que he hecho hace un rato y salir de aquí cuanto antes para pillar el primer taxi que se cruza en mi camino.

El chico me mira extrañado cuando me subo sin aliento, y es que me he hecho la terminal casi corriendo tirando de la maleta, por lo que mi corazón está algo alterado. Bueno, y por lo que he decidido.

Voy a por Diana.

Y creo que es la cosa más clara que he tenido en años, pero eso no significa que tenga ni la más mínima idea de qué coño voy a hacer ahora que ya he abierto los ojos. Porque una cosa es saber que quiero a Diana y otra muy distinta es plantarme en su puerta después de haberle dicho, no hace ni unos días, que me volvía a Nueva York.

Empiezo a darle vueltas a todo lo que podría decirle, y ninguna opción me convence del todo. Lo último que quiero es que piense que soy una maldita veleta que cambia de opinión cada cinco minutos y espera que el mundo se adapte a sus vaivenes. No quiero

que piense que no tengo las cosas claras, que hoy sí y mañana no, que mi miedo manda más que cualquier promesa que pueda hacerle.

Lo último que quiero es hacerle más daño del que ya le he hecho creando ilusiones para luego marcharme.

¿Le digo que me asusté? ¿Que fui una cobarde? ¿Que necesitaba irme para darme cuenta de que no podía hacerlo sin ella? Todo suena a excusa barata cuando lo ensayo mentalmente.

Todo suena a alguien que llega tarde… y en el fondo entendería que me dijera que sí que llego tarde. Y no hablo solo de estos días, sino de años tarde por no haber lidiado antes con esto. Al fin y al cabo tomé una decisión y ahora me tengo que atener a las consecuencias, aunque quiero creer que esto va a salir bien.

Porque tiene que salir bien, ¿no?

Eso me han enseñado los libros y las cientos de películas que he visto durante toda la vida, que el amor lo puede todo y bla bla bla… De verdad que necesito que sí que lo pueda todo y pueda hasta con lo imbécil que he sido, como dirían mis queridos Marcos y Hugo.

—Son cincuenta y cinco euros.

Joder, qué caros están los taxis en Madrid.

Mira, Diana, como me rechaces después de este pastizal van a estar rotos mi cartera y mi corazón.

Y para haber tomado la decisión más importante de mi vida y morirme de ganas de decírselo a la cara, lo cierto es que me tomo con calma lo de recorrerme el edificio y coger el ascensor que me lleva a su planta.

Minutos que incluso alargo más cuando estoy frente a su puerta y tengo que respirar hondo en varias ocasiones para calmarme.

Venga, Álex, llama ya.

Ding, dong.

Y luego, el silencio. La nada más absoluta porque nadie me abre la puerta. Adiós a mi escena romántica de Diana lanzándose a mis brazos y besándome.

—Genial, Álex —murmuro para mí misma—. Eres una auténtica gilipollas.

Me apoyo en la pared del rellano y dejo caer la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos con frustración. Claro que no va a estar esperándome. ¿En qué momento he pensado que esto funcionaba así?

Yo me piro pero pretendo que esté en casa, disponible para mi cambio de opinión, como si yo fuera el centro del universo.

Brillante plan, de verdad.

Pues nada, tocará irme a un hotel o a casa de Marcos otra vez y decirle que quiero hablar con ella. La que me van a dar Marcos y Hugo cuando sepan esto…

—¿Álex?

Levanto la cabeza y veo a Diana apoyada en la puerta de entrada mirándome sin entender nada. Genial, a la mierda todo mi plan porque me ha pillado aquí autocompadeciéndome.

—Diana…

—¿Qué haces aquí?

¿Ha sonado… triste? ¿Es que no se alegra de verme? Me está haciendo dudar y aún no he abierto la boca para hablar. No me gusta esta sensación…

Doy un par de pasos para colocarme frente a ella y es cuando reparo en que sigue llevando la misma maldita sudadera de la foto que ha subido a Instagram y que me ha traído hasta aquí.

—Diana, por favor —digo atropelladamente—. ¿Podemos hablar?

—Álex… —empieza, y suena cansada—. No sé si es buena idea.

Ahora es cuando me fijo en sus ojos y noto que están algo hinchados y que su rostro muestra el cansancio de estos días.

—Lo sé —respondo para que vea que entiendo su posición, pero de verdad necesito una oportunidad de que me escuche—. Y no te voy a pedir nada más que cinco minutos. De verdad. Solo… no quiero decirte esto en el pasillo. Porfa…

Veo las dudas. Veo el miedo. Veo la incertidumbre…

¿Es así como se ha sentido ella cada vez que ha intentado hablar conmigo?

Sus ojos se deslizan hasta mi maleta y luego vuelven a mí. Ahora que lo pienso, esa maleta puede hacerla creer que solo vengo a despedirme una última vez antes de irme a Nueva York. Tendría que haber pensado este plan un poco más porque… ¡Que no! Que lo de pensar siempre me sale mal.

—Pasa —dice finalmente, haciéndose a un lado—. Cinco minutos, Álex.

Vale, cinco minutos, es todo lo que necesito.

Diana va hacia el salón y el silencio que se instala entre nosotras es bastante incómodo. Ella calla porque no sabe qué esperar de mí y yo callo porque no sé qué decirle. Dejo la maleta en la entrada y yo la sigo hasta ver que se sienta en el sofá a mirarme fijamente.

—¿Qué haces aquí, Álex? —vuelve a preguntar.

Gran pregunta, Di.

Aún doy un par de vueltas más al salón para aclarar mis ideas. Los nervios me traicionan y, en lugar de decir algo coherente, lo primero que se me ocurre es una tontería.

—Yo ya no tengo esa sudadera… —suelto señalando la prenda de ropa que tenía en la foto y que sigue vistiendo ahora mismo.

—No me sorprende —responde apartando la vista—. Dejaste bastante claro que todo lo que tenía que ver conmigo o con nosotras no era algo que quisieras tener.

No es un reproche. Es la pura verdad y yo no puedo ni intentar rebatírselo.

—Lo siento —murmuro, sin saber muy bien por qué, pero necesitándolo.

—¿Por qué exactamente, Álex?

Me acerco despacio y, en lugar de sentarme en el sofá a su lado, me dejo caer en la mesita baja que hay frente a ella, quedando a su misma altura. Estiro la mano para elevar su mentón y que me mire a los ojos.

Ese verde imposible que nunca he sabido describir bien.

Es un verde lleno de matices, como si guardara dentro todas las versiones de Diana que he conocido y las que aún no. Y, sinceramente, es que quiero conocerlas todas y ver el mundo a través de ese verde.

Creo que, sin haberlo sabido, siempre he estado buscando ese color en todas partes. En otras ciudades, en otros cielos, en otras personas… Y nunca estaba. Nunca era igual porque nunca era ella.

Nunca era la vida que tendría con Diana.

—Álex, porfa, dime lo que sea y…

—Te quiero —interrumpo.

Diana suspira y no dice nada. Porfa… reacciona, rubia, que me va a dar algo.

—Eso también lo pensabas hace unos días y te fuiste igualmente.

Ouch.

Razón tiene y noto que está dolida, con lógica. Pues nada, me toca ser un poco más explícita y dejarle claro lo que pasa aquí.

—Me fui porque soy gilipollas. —Y contra todo pronóstico saca un mínima sonrisa en ella que me da el valor que necesito para confiar en mí misma con todo esto—. Siempre has sido tú, Diana, por mucho que yo me haya negado a verlo y por mucho que me haya intentado convencer que no lo eras yéndome a la otra punta del mundo.

—¿Qué me estás queriendo decir con esto, Álex?

Yo también querría una confirmación clara de mis intenciones.

—Lo que quiero decir es que me fui hace cinco años pensando que la distancia iba a borrar todo lo que sentía por ti. Y obviamente no lo hizo. —Estiro mi mano con cuidado para acercarla a la suya, esperando un breve instante para ver si la aleja antes de cogerla—. Si no funcionó en aquel momento que estaba enfadada contigo, ¿por qué iba a hacerlo ahora? ¿Por qué marcharme para intentar olvidarte cuando no va a funcionar?

—O sea, que… ¿Solo quieres estar conmigo porque la última vez que intentaste irte no funcionó?

No, imbécil, lo estás entendiendo todo mal.

—Diana, no lo hago por eso —aclaro y decido ser todavía más expresiva con mis sentimientos si es que se puede—. Quiero estar contigo porque te quiero. Porque te quería cuando no sabía ni lo que significaba querer a alguien de verdad. Te he querido muy torpemente porque no sabía hacerlo mejor. Te he querido con mucho miedo. He sido muy inmadura con nuestra relación y puse quizás demasiadas expectativas en que el amor lo podía todo cuando tenía muy pocas herramientas para entenderlo y hacerlo bien. Soy consciente de que te he querido mal algunas veces, de verdad que lo sé, y me duele admitirlo. Pero incluso entonces… incluso cuando lo hicimos todo del revés y cuando nos hicimos daño mutuamente, te quería, Diana. Nunca he dejado de hacerlo.

Veo cómo traga saliva, de hecho le cuesta un poco, pero no suelta mi mano. Eso es buena señal, ¿no?

—Álex… Yo… No quiero que te quedes por el recuerdo de lo que fuimos, quiero que quieras estar aquí con nuestra nueva versión —dice y noto que la voz le tiembla un poco—. Te pedí que te quedaras y no podías hacerlo. No te parecía suficiente quererme… ¿Por qué ahora sí?

—Porque me he dado cuenta de que me he dejado llevar por el miedo de que volviéramos a hacernos daño, pero… ¿y si no pasa? ¿Y si nos damos la oportunidad y es lo mejor que hemos hecho? —admito deslizándome un poco sobre la mesa para acercarme más a su rostro—. Te dije eso porque elegí no sentir todo lo que tenía dentro y elegí no arriesgar nada. Me he dado cuenta de que no quiero nada de lo que consiga en la vida o un mega piso en Nueva York si no estoy contigo.

En este punto a mí los ojos se me han llenado de lágrimas porque siento que me estoy abriendo en canal y aun así no sé si todo esto está siendo correspondido. ¿No debería ella darme algún tipo de muestra de cariño a estas alturas? ¿Es ahora ella la que está asustada cual gato indefenso?

—Dime algo, porfa. Mándame a la mierda o lo que sea, pero dime algo —ruego.

—Déjame confirmar una cosa —dice con cuidado removiendo sus dedos entre los míos—. Estás aquí porque… ¿quieres estar

conmigo? Como en… estar de salir, de darnos una oportunidad de verdad.

—Sí. —Hasta a mí me sorprende lo segura que sueno cuando se lo digo—. Y no te puedo prometer que no nos peleemos, o que en algún momento haya dudas o la caguemos, porque probablemente lo hagamos. Lo que sí te puedo prometer es que te quiero y que no voy a volver a irme a ningún sitio sin ti.

—¿Y tu trabajo? ¿Tu vida en Nueva York?

—Nunca pensé que diría algo así, pero buscaré otro o hablaremos sobre cómo hacerlo. Eso es lo último en mi lista de prioridades, Di.

—Eso es… fuerte viniendo de ti.

Y ese comentario que en otro momento me habría sentado bastante mal, ahora me hace reír. Una carcajada genuina de esas que solo ella provoca.

—¿Verdad? —pregunto para darle la razón—. Yo solo quiero estar contigo, Diana. Me preguntabas qué hago aquí y lo que hago es elegirte, esta vez para siempre —sentencio.

Diana se queda en silencio unos segundos que a mí se me hacen eternos. Y entonces, sin previo aviso, suelta mi mano y se levanta para marcharse del salón.

La veo alejarse hacia el pasillo y siento cómo todas las dudas que había conseguido acallar vuelven en tromba sobre mí.

Genial, Álex.

Muy bien.

Has hablado, te has abierto en canal, le has prometido el mundo… y ahora se pira sin decir nada. ¿Qué esperaba?

Agacho la cabeza, derrotada, con la sensación de haber llegado demasiado tarde otra vez. Respiro hondo y contengo las ganas de romper a llorar porque lo último que me apetece es que me vea así.

Al menos quiero irme con algo de dignidad, así que me levanto para salir de aquí por patas cuando algo me golpea la cabeza y me deja confusa.

—Ay —murmuro por puro reflejo.

Cojo lo que sea que me ha caído encima y frunzo el ceño al reconocer lo que tengo entre mis manos. Es una sudadera gris exactamente igual que la que lleva puesta Diana ahora mismo. No entiendo nada así que levanto la vista hacia ella, completamente descolocada.

—¿Qué…?

Diana se cruza de brazos, mirándome con una sonrisa en su rostro.

—Eres tonta, peque —Ay, me ha dicho peque, eso es buena señal—. No la tiraste cuando te fuiste, siempre he tenido yo las dos sudaderas.

—¿Las dos? —repito, todavía sin entender nada.

—Te fuiste tan rápido que te dejaste la mitad de tus cosas por el camino —continúa como si fuera obvio mientras da un paso para acercarse a mí.

—¿Y… por qué la guardaste? —pregunto en voz baja alucinando con que haya guardado esto tantos años.

Se encoge un poco de hombros, como si le diera vergüenza admitirlo.

—Supongo que siempre tuve la esperanza de que volvieras de alguna manera —confiesa agachando la cabeza sonrojada—. No sabía cómo, ni cuándo, ni si iba a pasar de verdad… pero no quise deshacerme de ella. Por si acaso… No sé, me recordaba a un viaje muy bonito y no quería olvidar esos buenos momentos.

Bueno, pues ya no hay manera alguna de contener las lágrimas.

—Diana…

Nos quedamos de pie, tan cerca que casi puedo sentir su respiración mezclarse con la mía. Mis ojos bajan a sus labios porque de verdad necesito besarla para confirmar lo que esta sudadera significa.

—Te quiero —digo con la voz rota y un nudo bastante grande que no me va a dejar decir mucho más.

—Yo también te quiero —responde.

Por fin.

Las palabras más celestiales que he escuchado en mi vida han llegado procedentes de sus labios. Los mismos que me muero por besar como la primera vez y que no tardan en unirse a los míos cuando es ella la que rompe la poca distancia que queda entre nosotras.

Un beso que sabe a primera vez y también a sal por las lágrimas que hace rato que resbalan por nuestras mejillas, aunque poco nos importan a estas alturas. Las prioridades claras y solo me voy a separar de ella en caso de asfixia.

Joder, es que no tiene nada que ver con los besos de días anteriores, este es… especial. No sé ni cómo explicarlo, todo lo que sé es que me está sanando de mil maneras nuevas las heridas de hace años.

Apoyo la frente en la suya al separarnos, aún recuperando el aliento y la miro a los ojos para confirmar que puedo volver a besarla.

Lloramos mientras nos besamos, sin vergüenza, sin contención, agarrándonos como si por fin hubiéramos entendido que soltarnos nunca fue la solución. Mis manos tiemblan al rodearla mientras las suyas me aprietan la espalda con una necesidad nueva.

—No me voy a volver a ir, de verdad —susurro contra sus labios.

Diana me abraza con fuerza, enterrando la cara en mi cuello, y siento su respiración descompasada junto a su risa ahogada entre lágrimas.

—Lo sé.

Aquí, mirándola a los ojos una vez más, entiendo que durante años he pensado que lo que dejé en Madrid fue una etapa mal cerrada de mi vida, una ciudad llena de demasiados recuerdos y una versión ingenua de mí misma que lo hizo todo mal.

Me he pasado cinco años convencida de que había huido de un lugar, cuando en realidad huía de una historia.

De LA historia.

Porque lo que dejé en Madrid fue la mejor historia de amor que he tenido nunca. Una que nos quedó grande por el miedo y que dejé a un lado por cobarde.

Y durante mucho tiempo he creído que eso era algo que no se podía recuperar, que algunas historias solo pasan una vez y que lo de Diana era algo inalcanzable.

Estaba equivocada y mira que siempre me ha jodido no tener razón, pero cuánto me alegro haber fallado con esto porque lo que dejé en Madrid fue el amor de mi vida y ahora lo he recuperado.

Epílogo

Es curioso cómo cambia la vida en un año.

Hace un año nunca habría pensado que la normalidad sería ver a Diana entrar en la habitación envuelta, únicamente, en una toalla en tono celeste que elegí yo después de pasar media hora en unos grandes almacenes decidiendo qué color iba mejor con nuestro nuevo baño. Lleva el pelo aún algo húmedo, cosa que me encanta, y anda con una tranquilidad pasmosa teniendo en cuenta el día que es hoy.

Mientras tanto, yo sigo sentada en la cama, con el portátil en mis piernas y la espalda apoyada en el cabecero de piel, repasando unas presentaciones de trabajo que tengo que dejar sí o sí enviadas hoy. Bueno, tenía que haberlas dejado anoche, pero tuve cita con Diana y me distraje un poquito. No pasa nada, en la oficina de Madrid están encantados con mi incorporación y siempre me dan margen de varios días para las entregas de proyectos.

—Vamos a llegar tarde —advierte mi chica apoyándose en el marco de la puerta—. Álex, por favor, deja eso ya.

Qué bien suena lo de *mi chica* y mira que lo pienso casi a diario, pero me sigue sonando nuevo. Levanto la vista hacia ella un segundo, lo justo para comprobar que sigue siendo igual de guapa que hace quince minutos cuando ha dejado huérfana la cama, y vuelvo al ordenador con un suspiro.

—Me falta adjuntar una cosa y enviarlo —respondo copiando dicho archivo lo más rápido que puedo—. Dame treinta segundos, amor.

—Eso dijiste hace diez minutos.

—Detallitos tontos—murmuro aguantándome la risa porque me conoce muy bien.

—Álex…

—Voy, voy —prometo mientras pulso el botón de enviar y cierro el portátil de un golpe antes de dejarlo a un lado—. Ya está, enviado.

Diana se acerca sin decir nada más y, antes de que yo pueda reaccionar, se inclina sobre mí y me planta un beso largo y dulce sobre los labios. Un beso que dice «buenos días» o que más bien hace buenos todos los días que estamos juntas. Me derrito un poco en el sitio, lo admito, y cuando se separa me quedo mirándola con una sonrisa juguetona.

—Vamos a llegar tarde —advierto mirándola de arriba a abajo y agarrándola por la cintura—, pero no por mi email, sino por todo lo que te voy a hacer como no te vistas rápido.

Diana se ríe negando con la cabeza y me da un golpecito en el hombro para que me aleje de ella.

—Vete a la ducha ahora mismo o Hugo nos mata como lleguemos tarde —responde mientras se aleja de mí, advirtiendo el peligro que tengo y lo fácil que puede caer ella también en mi trampa—. Yo voy a vestirme mientras tanto y así compensamos tu falta de puntualidad últimamente.

Sacudo la cabeza y me río, omitiendo el hecho de que si llegamos tarde siempre es porque nos liamos más de la cuenta la una en la otra. Nuestros amigos ya están más que acostumbrados, aunque se quejen a veces, pero en el fondo se alegran de vernos así.

¿Cómo no hacerlo si no borramos las sonrisas de nuestros rostros?

Guau, es que ha pasado ya un año… Qué rápido y qué natural ha sido todo.

Un maldito año desde que decidí no subirme a aquel avión con rumbo a Nueva York y, desde entonces, Diana y yo hemos hecho un equipo envidiable. O lo que es lo mismo, llevamos un año saliendo. Nos hemos cuidado día tras día, hemos hablado mucho y hemos compartido espacio, rutinas, manías y discusiones.

Sí, llevamos casi un año viviendo juntas.

Nuestros amigos pensaron que estábamos un poco locas por tomar esa decisión, no voy a mentir. Retomar una relación después de cinco años, con todo el historial que arrastrábamos las dos, y además hacerlo mudándonos juntas casi de inmediato… no sonaba precisamente una decisión prudente.

Marcos dijo algo así como que «estábamos piradas» y Hugo dijo alguna frase del tipo «os estáis saltando capítulos del manual de las relaciones». Nuestra respuesta siempre fue la misma. ¿Cuándo hemos hecho nosotras las cosas como se supone que había que hacerlas?

En nuestra defensa diré que al principio fue por una cuestión meramente logística.

Yo dejé mi trabajo en Nueva York para volver a buscarme un hueco en la capital, lo que tampoco fue muy difícil viendo mi experiencia y mi portfolio. Acostumbrarme a un nuevo trabajo y la vida de nuevo en Madrid hizo que lo de buscar piso se me hiciera un poco bola, lo reconozco, soy de lidiar con un drama cada vez y tenía dos entre manos en ese momento. Así que mientras tanto, vivía en casa de Diana.

De manera temporal, en teoría.

De manera bastante permanente, en la práctica.

Y aquí es cuando vino la razón más importante de todas para tomar la decisión final. Una que no tenía nada que ver con lo que se debe o no hacer, con la logística o lo que quisieran nuestros amigos y familiares. Tenía que ver con nosotras y no era otra que la de tener ganas de recuperar todo el tiempo que hemos perdido sin la otra estos años.

Nos conocemos de sobra como para saber que, aunque cada una tuviera un piso en Madrid, íbamos a dormir juntas la mayor parte de las noches, la ropa iba a volver a convertirse en un elemento compartido para ambas y que las compras las haríamos a medias.

Así que dejamos de fingir que no era lo que queríamos y decidimos vivir juntas de manera más oficial en casa de Diana.

Y sorprendentemente, o quizá no tanto, funcionó bastante bien.

No voy a hacerme la guay, hemos tenido peleas y discusiones, es lógico. Ha habido muchas conversaciones sobre tareas domésticas, límites personales, espacios y miedos que hemos tenido que ir administrando con los meses. Lo más importante es que ninguna de las veces quisimos dejarlo.

Hemos aprendido en este año a seguir eligiéndonos porque, al final del día, nos hacemos felices hasta cuando me ha tirado un cojín a la cabeza un rato antes por no recoger mis calcetines. Podría decir que la decisión que todo el mundo tildó como locura fue, en realidad, la más coherente que he tomado en mi vida.

—Sal de ahí, remolona —dice Diana entrando en el baño para secarse el pelo—. De verdad que no podemos llegar tarde.

Me río y admito que tiene razón y me he perdido un poco en mis pensamientos. Cierro el grifo a regañadientes y cojo una toalla con el pelo empapado.

—¿Me subes la cremallera, porfa? —pide girándose para revelar parte de su espalda desnuda.

Lo que quiero es quitarle el vestido. Voy a hacer un esfuerzo por contenerme un poquito que luego nos pasa lo que nos pasa. Se pone frente al espejo y yo hago lo que me ha pedido antes de rodear su cintura con mis brazos para pegarla todo lo posible a mi cuerpo.

—Hola —murmuro dejando un beso en su hombro desnudo.

Ella sonríe y pega su mejilla a la mía, encajando a la perfección y sin dejar de mirarme a los ojos a través del reflejo. Vaya ojos, no me voy a cansar nunca. Ojalá el día que tengamos un niño los herede de ti, Di.

—Te quiero, peque.

—Y yo a ti, amor —respondo sin dudar, porque hace mucho tiempo que no las hay, antes de darle un beso en su mejilla y separarme para mirarla mejor—. Estás muy guapa con ese vestido.

Diana se sonroja, como si todavía no se hubiera acostumbrado a que le diga esas cosas, y me empuja suavemente con el codo.

—Anda, vístete ya, por favor.

—¿Y si no me visto? —bromeo inclinándome otra vez para un nuevo beso.

—¡Álex! —protesta poniendo una mano en mi pecho.

Uno nuestros labios una última vez, agarrándola por la cintura mejor para pegarla y profundizar un beso que sé que ella también quiere continuar. Freno en el momento justo en el que se me escapa un bocado en su labio inferior que lo hincha al instante.

—Así tienes más ganas de que volvamos pronto —le digo guiñándole un ojo.

—Te mato… —ríe volviendo a centrarse en el espejo—. Te recuerdo que hemos quedado en los juzgados y luego vamos a comer, así que compórtate y no me tientes más.

—No prometo nada —grito mientras me marcho a la habitación.

Pues nada, *outfit* elegante porque tengo que ir a juego con mi chica y porque es un día importante para nosotras.

Hemos quedado en los juzgados con Hugo y Marcos porque hoy, por fin, vamos a conocer la sentencia del paciente de Hugo. Ha pasado un año entero desde su detención y no ha sido precisamente un camino tranquilo hasta llegar aquí. Declaraciones constantes, testimonios, abogados, rumores… Hugo lo ha pasado mal y hemos estado muy pendientes de él estos meses porque lo ha tenido que revivir todo una y otra vez ya que su testimonio era clave.

Cuando el caso se hizo público, algo cambió y supimos que la acusación tenía las de ganar. Empezaron a aparecer otras víctimas. Personas que habían pasado por situaciones parecidas, que habían callado durante años por miedo o vergüenza y que, al ver su foto en los medios, decidieron denunciar. La historia dejó de ser un caso aislado y se convirtió en algo mucho más grande.

La pelota empezó a rodar cuesta abajo y ya no hubo forma de pararla.

No ha sido como los juicios americanos de las películas, no ha tenido jurado ni discursos grandilocuentes ni giros de guion espectaculares, pero ha estado cerca. Lo suficiente como para que cada notificación judicial nos encogiera el estómago.

Y hoy, por fin, se acaba.

Hoy se dicta sentencia y podemos pasar todos página y volver a nuestras vidas.

—¿Vamos? —pregunta Diana ya con el abrigo y el bolso colgado.

—Vamos.

Salimos de casa, sí, de nuestra casa, porque poco me importa a mí que la eligiera sola Diana hace años si en tan solo unos meses hemos hecho un hogar con todas mis cosas mezcladas con las suyas, y paramos un taxi en la esquina de la calle. Es hora punta y, sinceramente, a ninguna de las dos nos apetece meternos en el metro que tiene que estar bastante colapsado. No es que el tráfico esté mucho mejor, la verdad. De hecho, está imposible, como siempre, y el taxista farfulla algo sobre Madrid y las prisas mientras Diana me aprieta la mano en silencio para que no haga el típico comentario de cuánto odio yo también el tráfico de esta ciudad.

Habré vuelto a Madrid y me encanta vivir aquí con Diana y tener a mi familia y amigos cerca, pero no van a conseguir que proclame nunca mi amor por la ciudad. Por ellos sí, por el caos no.

Nada más poner un pie fuera del vehículo vemos que Marcos está esperándonos fuera mirando algo en su móvil. En cuanto nos ve se le cambia la cara y ya intuimos que quiere matarnos por llegar tan justas…

—¿Podéis dejar de apurar siempre tanto la hora, por favor? —dice dándonos un abrazo rápido a cada una—. Hugo ya está dentro, vamos.

Diana y yo nos miramos al mismo tiempo y nos sonrojamos como dos adolescentes pilladas porque por mucho que no queramos, siempre nos pasa lo mismo.

—Lo sentimos…

—Sí, sí, lo de siempre.

Aguanto la risa que me da verle quejarse así y le seguimos al interior de los juzgados. Todas y cada una de las veces que he venido me han parecido extremadamente fríos, algo impersonales y sin ningún resquicio de humanidad en ellos cuando justo lo que se juzga aquí es a humanos. Nos cruzamos con abogados, acusados,

trabajadores y todo tipo de personas mientras vamos a la sala en la que Hugo nos está esperando. Por razones obvias, no está en la misma sala que el acusado. No se han visto en todo el juicio porque la policía ha seguido manteniendo que el psicólogo se quitó la vida y no puede participar y todo lo que tienen es previo a ese hecho. Una mentira como una casa que nos da a todos cierta tranquilidad de saber que, pase lo que pase, ese hombre no va a ir a buscarle.

Nos sentamos en la última fila, esperando el veredicto, y hemos debido de hacer ruido, porque nuestro amigo se gira para buscarnos con la mirada y articular un «gracias por venir» sin pronunciar palabra que las dos correspondemos con una sonrisa y un movimiento de cabeza.

Me voy a saltar toda la parafernalia legal, primero porque no la entiendo muy bien y segundo porque creo que si intentara reproducir algo de lo que dice el juez, lo diría mal. Tampoco ayuda el tono neutro y monótono que usa. Venga, hombre, un poco de emoción mientras lee los cargos, que este es un caso importante.

Escuchamos los argumentos finales y aquí llega por fin el veredicto.

Redoble de tambores y… ¡Culpable!

No sé ni cuántos años ha dicho de cárcel, pero son muchos, cientos y nadie vive tanto, así que son suficientes para garantizar que se pudra en la cárcel y pague por todo lo que le hizo a esas mujeres y no volverá a hacer nunca más.

Se acabó.

Diana suelta un suspiro exagerado y yo le cojo la mano aliviada. Era algo que esperábamos con muchas ganas. Marcos murmura un «por fin» que solo escuchamos nosotras y Hugo… Ay, mi niño viene corriendo hacia nosotras con una expresión que no le había visto nunca: pura felicidad, alivio y absoluta paz.

Nos fundimos todos en un gran abrazo que necesitamos y empezamos a reírnos en cuanto nos separamos.

—¡A celebrarlo! —dice Hugo feliz—. Se acabó esta maldita pesadilla.

—Se acabó —repito yo apretando su brazo.

Pues sí, tocará celebrarlo como ha dicho mi amigo y el destino lo tenemos claro porque habíamos reservado mesa en un restaurante cercano por si tocaba brindar por la victoria o por si, en el peor de los casos, necesitábamos un lugar donde llorar juntos por la derrota.

No queríamos estar solos pasara lo que pasara, eso sí que lo teníamos claro.

Caminamos los cuatro comentando cosas del juicio y de cómo hemos vivido estos meses, al menos hasta que Marcos se queja de que no ha desayunado por llegar a la hora y ahora se muere de hambre y sí, ha habido miradita de reproche en nuestra dirección. Yo sí he desayunado y muy rico, Marc, qué te digo…

Lo de quedar para comer juntos los cuatro ya no es algo excepcional. Quizás lo fue durante un tiempo porque ninguno terminaba de creérselo, pero ahora se ha convertido en una dinámica casi natural cada semana. Ya sea ir al cine, quedar para comer o ir a un museo, siempre buscamos huecos para ser parte de las rutinas de cada uno. Y esto ha funcionado tan bien que aprendí, rápidamente, lo bien que encajaba Diana con ellos y por qué eran amigos en mi ausencia.

Eso sí, me ha tocado aprender bromas internas y escuchar muchas historias de estos tres en mis años en Nueva York. Lo he hecho siempre con una sonrisa porque me alegra que se tuvieran cuando yo no estuve para ellos, la verdad.

Una botella de vino para todos y un buen brindis nada más sentarnos da por inaugurada esta comida de cuatro en la que las emociones están hoy a flor de piel. Creo que no es solo por la sentencia en sí misma, sino por todo lo que significa, por el año de cambios, por cómo empezó todo… No sé, es algo que creo que, por una cosa o por otra, vamos a recordar siempre.

—Por cierto —dice Hugo, dando otro sorbo a su copa—, después de un año sigo esperando un gracias, eh.

—¿Gracias por qué exactamente? —preguntamos a la vez.

Ya sé lo que quiere, pero me va a hacer gracia verle llevarse el mérito por esto.

—Por reuniros —responde señalando nuestras manos unidas sobre la mesa—. Mirad cómo estáis ahora. Algo de mérito tendré, ¿no?

—Hombre… —interviene Marcos riendo—, yo diría que con esto te has ganado, como mínimo, ser el padrino de sus hijos.

—Claro que sí, Hugo, una experiencia maravillosa lo que nos hiciste vivir —interviene Diana con bastante gracia—, nos lo pasamos genial pensando que habías muerto. Una experiencia bárbara, de verdad. Te voy a poner cinco estrellas en la reseña de Google como psicólogo con tus trucos para superar traumas.

—Sí, muy recomendable todo eso de escuchar cintas de un psicópata y tal —añado.

—Minucias —dice negando con la cabeza—. Tiene narices que tuviera que llegar a eso para que os volvierais a encontrar y hablar, chicas.

—Bueno, yo siempre supe que, de alguna manera, íbamos a volver a cruzarnos —dice Diana apretando mi mano—. Y no andaba muy equivocada, aunque podría haber sido de manera menos macabra, la verdad.

—Ya está la mística que cree en el destino —se burla Marcos.

—Cada uno con sus historias, Marcos, tu crees en tu *gaydar*, ¿no?

—Es que eso existe —se defiende.

Esta es la normalidad entre estos dos que viven picándose constantemente tanto como Hugo y yo, lo que crea dinámicas muy divertidas.

—La verdad es que sí que te voy a dar las gracias, Hugo —digo yo por fin elevando la copa un poco en su dirección—. Y un buen regalo también te haré.

—Genial —dice Marcos, sin perder la oportunidad—. Yo también quiero mi regalo. Te recuerdo que fui yo el que aguantó tus llantitos por Diana durante semanas mientras este vivía en Barcelona.

—Así que hubo llantos e ibas de dura, eh…

Diana me mira con una sonrisa y aquí me va a costar mentirle porque siempre me he hecho un poco más la fuerte de lo que en

realidad era.

—Eso es mentira —protesto.

—Eso es generosidad, porque decir que solo fueron llantos cuando me llamabas para preguntar por ella con excusas de mierda y…

—Suficiente —interrumpo lanzándole un hueso de aceituna que pasa rozándole la cara.

—Imbécil.

—Venga, parad ya —dice Diana sin parar de reír ante este espectáculo—. Uno padrino de nuestros hijos y el otro padrino de la boda. ¿Os vale?

¿Acaba de decir…? Lo ha dicho, ¿no?

—¿Ya estáis pensando en la boda?

Gracias Marcos por preguntarlo tú, que ahora mismo estoy en shock con esta persona. Sí, ha habido comentarios de broma sobre la boda y sí, yo también lo quiero algún día, pero que lo diga tan abiertamente delante de nuestros amigos cuando antes no podía ni saberse que estábamos juntas… Guau… Vaya cambio, Di, y qué feliz estoy de verlo.

—Algún día habrá boda, chicos, es inevitable —dice encogiéndose de hombros algo sonrojada por su atrevimiento—. No nos adelantemos porque aún no nos hemos puesto de acuerdo ni en el color de los azulejos del baño que vamos a reformar.

—Porque el azul es más bonito —intervengo de inmediato para convencerla de mi postura.

—Te vas a cansar de ese color —dice Diana suspirando.

—Eso no es verdad.

Un poco verdad puede ser y ella me conoce bien como para saber que me suelen cansar las cosas muy llamativas. Menos ella, ella no me cansa ni en un millón de años.

—Lo es.

—No lo es.

—Álex…

—Diana…

Nuestros amigos estallan en carcajadas al mismo tiempo y no me extraña. Deberían estar más que acostumbrados a estos piques

que tenemos a estas alturas. Piques que se saldan con la decisión de ceder de una de las dos y la verdad es que ni me importa tanto darle el capricho porque al final siempre me gusta lo que elija.

—Definitivamente vais a durar toda la vida —ríe Hugo.

Lo sé, amigo, lo sé y eso es lo más bonito. La certeza de saber que, pase lo que pase, ninguna quiere otra cosa diferente a esa.

El ambiente se va relajando aún más conforme llegan los platos y el vino empieza a hacer su trabajo en nuestros organismos. Me dejo caer contra la cómoda silla, observándolos a los tres mientras discuten sobre qué serie debe ganar este año el Globo de Oro en comedia, y noto una felicidad nueva.

He aprendido muchas cosas este último año. Podría decir que ahora sé mucho más sobre el amor, sobre Diana, sobre mis amigos, pero creo que de lo que más he aprendido es sobre mí misma. Demos las gracias a la terapia por esto último, gran culpable de que ahora sepa gestionar mejor mis sentimientos y las cosas que me ocurren. También me ha ayudado mucho a pedir ayuda y no tener que seguir creyendo que yo puedo solita con todo. No hay necesidad de hacerlo sola cuando tengo tanta gente dispuesta a ayudarme.

Empecé a ir a terapia poco después de asentarme en Madrid, no con Hugo —demasiado conflicto de intereses incluso para mí—, sino con alguien que no tenía nada que ver con nuestra historia y que, precisamente por eso, podía ayudarme a entenderla desde fuera.

Y ha sido una de las mejores decisiones que he tomado.

Ahora soy capaz de poner nombre a mis miedos, a mis sentimientos, y de ver mi relación de una manera más clara. Diana también ha seguido con sus sesiones y creo que nos ha venido a las dos muy bien para construir una pareja sana desde el minuto uno.

No somos perfectas, ni mucho menos. Seguimos teniendo piques absurdos, diferencias de criterio y días en los que una de las dos necesita más espacio que la otra. Solo que ahora hablamos las cosas y nos entendemos.

Vaya manera de madurar y crecer, eh.

No quiero otra vida que no sea esta.

Terminamos de comer con una ronda de cafés y una sobremesa bastante larga, de esas que nos gustan a nosotros, y nos peleamos por ver quién paga y quién hace los Bizums correspondientes. No niego que siempre dejo que Diana gestione esto porque a mí se me suele olvidar hacerlos entre una cosa y otra… Un descuido tonto porque tengo la cabeza en mil cosas. Perdón a mis amigos por esto.

—Bueno, ¿qué? —dice Hugo que tiene ganas de continuar un rato más—. ¿Os apetece que vayamos a tomar algo?

Diana se gira hacia mí automáticamente, con esa costumbre que hemos adquirido sin darnos cuenta de no hacer nada que a la otra no le apetezca o dar por hecho que nuestro antojo va antes que el de nuestra pareja.

—¿Te apetece? —pregunta con una sonrisa que ya me indica que me deja la decisión a mí.

—Creo que prefiero ir a casa —admito dando un último sorbo a la copa de vino para rematarla—. He tenido suficiente vino para un martes laborable y mañana me arrepentiré cuando me suene el despertador si seguimos bebiendo.

—Sí, mejor —acepta ella cogiendo mi mano y estrechándola —. Yo tampoco estoy para alargar mucho más el día.

—Claro, claro… a casa —dice Hugo poniendo los ojos en blanco—. Seguro que vais a «descansar».

—Sí, a descansar en el sofá viendo una peli y relajarnos en nuestro día libre, el cual hemos cogido por ti, Hugo —recalco.

—Ah, claro, *Netflix & Chill* entonces —interviene Marcos—. Qué bonito es el amor.

Son dos personas a las que les gusta sacarme mucho de quicio, no hay otra explicación para lo tontos que son.

—Sois idiotas —responde Diana, aunque se le escapa la sonrisa.

—Recordad hidrataros —continúa Hugo que sabe que aún puede picarme un poco más antes de que le mande a la mierda—. Es importante después de… actividades físicas intensas.

—Se acabó, nos vamos —respondo yo levantándonos de la mesa.

Nos despedimos de esos dos, prometiendo hacer algo el finde y luego, cada uno toma su camino. Diana y yo decidimos volver a casa andando porque hace una buena tarde y queremos disfrutar un poco más del día antes de ir a casa. Es un camino bastante largo, no nos importa.

En otra época habríamos cogido el metro, un taxi o lo que fuera para acortar este trayecto. Hoy, sin embargo, disfrutamos caminando despacio, cogidas de la mano, sin soltarnos ni un momento. Detalle importante porque es algo que no podíamos hacer la primera vez que salimos y que ahora es lo más natural del mundo cuando vamos juntas.

Aprovechamos para gestionar las tareas de la casa de esta semana y decidir los planes del finde antes de llegar a nuestro pequeño hogar. Voy a tirarme al sofá en cuanto me quito los zapatos y el abrigo y Diana no tarda ni dos segundos en lanzarse sobre mí, acomodándose en mi cuerpo y apoyando la cabeza en mi pecho. La rodeo con los brazos y cierro los ojos, sintiendo su peso y su calor. Es una sensación que nunca me cansa.

—Por cierto, se me había olvidado decirte que la semana que viene mi hermano quiere hacer una barbacoa por su cumple —digo cuando recuerdo el plan que se me había pasado completamente.

—Allí estaremos —responde Diana, apoyando la barbilla en mi pecho para mirarme—. Tengo que pasar tiempo con Mario y seguir haciendo honor a mi título de su tía favorita.

—¿Perdón?

—El otro día me dijo que era su tía favorita, lo siento, peque, te he ganado la partida —repite aguantándose la sonrisa para sonar seria—. Me lo dijo muy serio, ¿eh?

—Ni de coña llevo yo años aguantando al mocoso para que me robes el puesto en un año —me quejo.

—Lo siento, cariño.

—No vale.

El puchero que pongo en mis labios es tan exagerado que ella no se puede resistir a besarlo y yo empiezo a no tener quejas de que mi sobrino la haya elegido a ella como su favorita. Tampoco es algo que me sorprenda mucho.

—¿Celosa?

—Mira, ¿sabes qué? Ni me importa —digo al final—. No me extraña nada que ese niño haya quedado prendado por ti. Yo también lo haría. Eres una persona muy fácilmente querible, Di. Qué le vamos a hacer.

Se inclina lo justo para darme un beso corto en los labios, agradecida por mi comentario, y vuelve a acomodarse sobre mí.

—Te quiero.

—Y yo a ti, amor.

Qué fácil, ¿no?

—Entonces, ¿ponemos una peli un rato? —sugiere.

—Pues la verdad es que eso de *Netflix & chill* me está apeteciendo mucho más ahora…

—¡Álex!

Nada, que no se haga la digna con el golpecito que me da en el pecho porque se está riendo y está pensando, exactamente, lo mismo que yo ahora mismo. No es mi culpa, está demasiado guapa como para dejarlo pasar. Nos miramos a los ojos y yo solo quiero volver a repetir lo mucho que la quiero para que le quede muy claro.

Al final, Hugo tenía razón en la comida, aunque no se lo haya reconocido tan fácilmente porque luego se pasa el día echándomelo en cara. Tiene narices todo lo que ha tenido que pasar para que yo volviera a Madrid y todo lo que él tuvo que dejar en el camino para que nos aguantáramos tanto como para que yo me diera cuenta de lo que tenía delante.

Y lo que tenía delante era a ella.

En su nueva forma más adulta, pero igual de encantadora que la que me enamoró.

Le estaré eternamente agradecida por toda esta historia y sí, probablemente será el padrino de nuestros hijos cuando los tengamos porque no hay duda que los habrá cuando el momento sea el adecuado.

Se merecerá mi agradecimiento siempre, pero, sobre todo, le estaré agradecida a Diana.

Por haber crecido tanto en estos años.

Por haberse convertido en la mujer que es hoy.

Por haber tenido la paciencia de aguantarme incluso cuando yo era una gilipollas.

Por esperarme siempre.

Y por elegirme cada día, igual que yo la elijo ahora porque me ha costado entender que no se trataba de empezar de cero, sino de continuar donde siempre quisimos estar las dos.

Agradecimientos

Gracias a la persona que más me ha apoyado siempre con toda esta locura. A la que ya intentó hace unos años que me animara a publicar lo que me pasaba por la cabeza. A la misma que siempre ha sido la primera en leerme y en venir a darme un beso después de terminar cada capítulo. Te quiero y no sé qué sería de mi vida sin ti. Gracias a la Juls del pasado supongo por escribir aquella historia que nos unió en primer lugar... Una buena decisión por una vez, ¿no? 🐣💕

Gracias a Marta por compartir conmigo todo este viaje de la escritura y la publicación. Por corregir y editar este libro con tanto mimo. Pero sobre todo, por aguantarme a diario con mis dramas (y no precisamente los de escribir) y las lloraditas infinitas. 🤓

Gracias a ti que has llegado hasta aquí con esta historia. Espero que la hayas disfrutado tanto como yo escribiéndola y si en algún punto te ha ayudado, seré feliz. 🥹

Y gracias a cada una de las lectoras que han estado ahí en estos últimos dos años, haciéndome mejorar y motivándome a escribir siempre un capítulo más hasta en mis peores días. 🙏

Prometo más. Nos leemos pronto :)